

REVISTA DE LA BIBLIOTECA ARCHIVO Y MUSEO

1-2



AYUNTAMIENTO DE MADRID
1950

Ayuntamiento de Madrid

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

EDITADA POR LA COMISIÓN DE CULTURA

JEFE DE REDACCIÓN: Agustín Gómez Iglesias.

REDACTORES: Ramón García Pérez, E. Varela Hervías, Enrique Pastor, Federico Pérez Castro, Miguel Molina Campuzano.

SUMARIO

ARTÍCULOS:

FRANCISCO IÑIGUEZ ALMECH.—*Juan de Herrera y las reformas en el Madrid de Felipe II*, pág. 3.

GREGORIO MARAÑÓN.—*La casa del Conde Duque*, pág. 109.

FERNANDO URGORRI CASADO.—*Ideas sobre el gobierno económico de España en el siglo XVII*, pág. 123.

ANTONIO SIERRA CORELLA.—*Los forjadores de la grandeza de Madrid*, pág. 231.

MIGUEL HERRERO.—*El conflicto del agua*, pág. 251.

ENRIQUE PASTOR MATEOS.—*Noticias sobre la organización profesional en Madrid durante la Edad Media*, pág. 261.

JUAN ANTONIO TAMAYO.—*Madrid en el teatro de Tirso de Molina*, pág. 291.

LUIS DE HOYOS.—*Origen y formación del tipo antropológico madrileño*, pág. 365.

DOCUMENTOS:

Las epidemias de cólera en Madrid en el siglo XIX, reflejadas en autobiografías y memorias (JOSÉ VALLEJO), pág. 377.

Catálogo de los fondos documentales del Archivo de Villa referentes a agrimensores (ENRIQUE PASTOR MATEOS), pág. 399.

Extracto de los «Libros de acuerdos» del Ayuntamiento de Madrid a partir del año 1601 (FEDERICO PÉREZ CASTRO), pág. 417.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, por RAMÓN PAZ e ISIDORO MONTIEL, pág. 451.

INFORMACIÓN:

Exposiciones en el Archivo y Hemeroteca Municipales, pág. 479.

Se publica en dos tomos anuales, que forman un volumen de 500 a 550 páginas.

Precios de suscripción: España y Portugal, 25 pesetas anuales. Número suelto, 14 pesetas. -Precio del presente número, 28 pesetas. Hispanoamérica, 30 pesetas anuales. Los demás países, 35 pesetas.

La correspondencia dirijase a la Secretaría de la REVISTA, **Plaza Mayor, 27, Madrid.**
Ayuntamiento de Madrid

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

Año XIX Enero-Diciembre, 1900 Núms. 51-60

JUAN DE HERRERA Y LAS REFORMAS
EN EL MADRID DE FELIPE II

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

COMO ERA MADRID.

No es fácil tarea reconstituir con certeza el plano de Madrid hacia fechas que anteceden más de medio siglo al primero conocido; y la dificultad se agiganta cuando tenemos ante los ojos nül datos del inmenso esfuerzo constructivo de esos años, sin parangón posible con los anteriores al establecimiento de la Corte, cosa lógica, pero también incomparable con aquellas otras posteriores de las grandes mejoras urbanas emprendidas por los monarcas más activos de la Casa de Borbón. Las Plazas arrojan unos datos elementísimos, recogidos diligentemente por los abundantes escritores madrileños¹. En 1563 dicen, hacia unas 2000 casas en la corte, y asegura Quintana moraban en ella de 12.000 a 14.000 personas; doce años después eran 4.000 los edificios, y a fines del siglo (1597) llegaban hacia

¹ Es inútil seguir la bibliografía, cuando se trata de datos. No extraña, pues, que se aparezcan nombres en cada palabra hasta media y paginas de Escrivano, Ancoar de los Rios, Madrid Caballero, Isenquiza, Tician, Palencia, Martorel, Klotz, etc., y aun Enríquez, Buena y López de Haro, de los que se valga quien quiera menos monedas al tiempo.

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO
DE MADRID POR LA COMISION DE CULTURA

DE LA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS Y LETRAS

Directores: Ramón Carrón Pérez, D. Antonio Herrero, Enrique
Pérez, Federico Pérez Castro, Miguel Malón Campesino.

SUMARIO

CONTENIDO

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

El Museo de Historia Natural de Madrid y el Museo de Historia Natural de
Barcelona. (A. Carrón Pérez)

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

Año XIX

Enero-Diciembre, 1950

Núms. 59-60

JUAN DE HERRERA Y LAS REFORMAS EN EL MADRID DE FELIPE II

I

COMO ERA MADRID

No es fácil tarea reconstituir con certeza el plano de Madrid hacia fechas que anteceden más de medio siglo al primero conocido; y la dificultad se agiganta cuando tenemos ante los ojos mil datos del inmenso esfuerzo constructivo de esos años, sin parangón posible con los anteriores al establecimiento de la Corte, cosa lógica, pero también incomparables con aquellos otros posteriores de las grandes mejoras urbanas emprendidas por los monarcas más activos de la Casa de Borbón. Las *Visitass* arrojan unos datos eleccuentísimos, recogidos diligentemente por los abundantes escritores madrileñistas¹. En 1563 dicen había unas 2.520 casas en la corte, y asegura Quintana moraban en ella de 12.000 a 14.000 personas; once años después eran 4.000 los edificios, y a fines del siglo (1597) llegaban hasta

¹ Es inútil precisar la bibliografía, conocida de todos. No extrañe, pues, que no aparezcan llamadas en cada palabra hacia títulos y páginas de Mesonero, Amador de los Ríos, Madoz, Caballero, Lampérez, Tormo, Polentinos, Martínez Kléiser, etc., y aun Quintana, Baena y López de Hoyos, no por menos vulgares menos manejados siempre.

7.016 las construcciones, lo que precisa una cantidad total de 4.496 casas fabricadas en treinta y cuatro años.

Los siguientes marchan a ritmo muy inferior: el año 1766 llega la cifra a 7.049; a 7.080 se alcanza en 1797, y baja luego a 6.600 en 1844, a causa de las guerras napoleónicas y de tantas plazas abiertas a costa de las construcciones. Y eso contando solamente con los datos considerados como seguros, y sin entrar en las fantasías de Quintana con sus 13.000 edificios, 13 parroquias y 300.000 personas.

Por consecuencia lógica, los planos de De Wit y Texeira no nos presentan el aspecto de Madrid hacia 1570, que ahora interesa. Esta es la razón que obligó a trazar los croquis de las figuras 1, 2 y 3 para remediar en lo posible la falta, y desde luego sin pretensiones de absoluta justeza: con una relativa aproximación les basta.

Todos se trazaron a base del grabado de Texeira, puesto a escala con ayuda del plano de Coello, y luego de quitar edificios y enmendar reformas conocidas.

Intenta el primero (fig. 1) presentar un esquema de cómo andaba por aquellos años el acceso a Madrid, y más concretamente al Alcázar, y recoge, o lo pretende al menos, algunos de los sucesivos ensanches de la Villa, libres por esta parte de las *pueblas*, encargadas de extenderla por el otro lado más allá del viejo arrabal de Santo Domingo, y que hicieron famosos los nombres de Peralta (por las actuales calles de Torija, Estrella y Silva), D. Diego González Enao (centrada hacia la de Fomento) y D. Juan de la Victoria, cuya calle axial aun lleva el nombre de Puebla.

Por esta otra zona se van produciendo los ensanches en la forma usual de incorporar los arrabales y encerrarlos dentro de nuevos muros, trazados de puerta a puerta de la vieja muralla, que se inutiliza en el tramo intermedio y desaparece, dejando su rastro en las calles forzadas que a ella se adaptaron.

No interesan ahora los núcleos más viejos, junto a la alcazaba emplazada en el Alcázar (número 1 del croquis. Las siguientes llamadas se indicarán simplemente con los números entre paréntesis).

De este poblado inicial, nos dicen, se pasa al que marcha del Alcázar a las puertas de la Vega y Puente Segoviana, para trepar por la otra pertinente a la de Moros y volver hacia la que primero se llamó de la Culebra y luego Puerta Cerrada, por haber permanecido así largos años. Desde aquí no tiene ya problemas su trazado.

general a través de la calle Mayor, por la puerta de Guadalajara, para cerrar el contorno en el Alcázar. En detalle sí los tiene, y graves.

Desde luego, esta muralla es cierta y segura; no lo es tanto que se remonte, como pretenden, a los años anteriores a la reconquista de Alfonso VI (1083-1085), o a los inmediatos siguientes. Es, en primer lugar, extraño que un poblado de perímetro corto atravesase violentamente una vaguada tan dura como fué la llamada hoy calle de Segovia. En segundo lugar, dibuja el muro, para conseguir este paso difícil, un ángulo entrante, marcadamente hacia adentro, imposible de concebir en cerca pensada de una vez. Cuando existe un trazado de este tipo, hay que suponer casi siempre una agregación que se adaptó de modo forzado a las viejas cortinas.

Ahora bien; estudiados con cuidado los planos más antiguos, pueden dibujarse sin esfuerzo las viejas calles, interrumpidas violentamente por las reformas urbanas. Por este camino llegamos a ver unas calles elípticas, casi concéntricas, que permiten adivinar una cerca, dibujada rellena en la zona contigua a la puerta de la Vega (4), porque existe en aquellos planos, y de trazos gruesos en el resto.

La construcción del palacio de Uceda, o de los Consejos, al fin de la calle Mayor, y la abundancia de huertas y jardines de la nueva urbanización, recogida ya por Texeira, dificultan las afirmaciones categóricas en la zona más próxima a dicha calle; mas una vez supuesto el muro en esta manera, es interesante ver si pueden confirmarse o desvanecerse las dudas y vacilaciones a que da lugar.

Partiendo desde la calle Mayor y su puerta de Guadalajara, va la muralla por el trayecto bien seguro de San Miguel (9) y las *Cavas*, dentro de una manzana larguísima, hasta el estrechamiento donde estuvo la puerta de la Culebra, y de ella, sin ningún quiebro dudoso, a cortar el macizo, relleno de negro, de la parroquia dedicada a San Pedro (17). Pudo ser ésta una grave dificultad, muy pronto resuelta cuando nos cuentan que esta iglesia fué allí trasladada desde la puerta de la Culebra, el año 1345, en el reinado de Alfonso XI (1312-50). Tiene delante una placita¹ donde nacen varias calles en

¹ En alguno de los planos viejos se llama de Puerta Cerrada y tiendas de San Pedro a esta plaza.

abanico, lo mismo que sucede ante cada puerta. Suelen ser condición característica para situar el emplazamiento de una salida que desapareció, y en efecto allí debió de existir una, anterior a la de Moros, no recogida hasta ahora por quienes han revuelto los papeles medievales, guardadores todavía de muchas sorpresas.

Así conocemos hubo un arco de Santa María y otro de la Almudena imposibles de colocar en ningún recinto conocido, y un estudio reciente sobre el alfoz madrileño descubre otra, de Sagra o Xagra, en el año 1422, tan fantasma como aquéllas¹.

Sigue la muralla en forma oblonga, limitado su recinto a la vertiente Sur de la colina protegida por el Alcázar, sin ángulos entrantes ni formas extrañas en todo el recorrido, hipotético, naturalmente, y fundado en razones topográficas y elocuentes restos de calles.

Por cierto que, yendo en busca de razones en su apoyo, me enseñaron una, preciosa, de la *Planimetría*. Junto a la manzana 139, destinada a fábrica de la moneda por Felipe III en la calle de Segovia, dibuja un mogote informe, casi pegado a los caños, más adelante documentados, y allí anota: «Muralla.» Coincide su emplazamiento exactamente con el lugar de cruce dibujado en el croquis antes de conocer este plano.

Era conocido, por el contrario, otro de mucha mayor entidad. Luego de la conquista de Madrid, agrégase al recinto en fecha bastante próxima el arrabal de la morería, formado rápidamente fuera de muros, en forma típica, del otro lado del barranco y en la opuesta ladera. Fué unido, en la forma de siempre, por medio de una cadena de cortinas y torreones desde la puerta de la Vega a la Cerrada o de la Culebra, incluida dentro la parroquia de San Andrés (18), y la puerta de Moros ante ella; trazado que no constituye novedad, salvo un detalle de interés subido, marcado por Texeira en los retazos de muralla existentes en su tiempo: todas las torres contiguas a la puerta de la Vega tienen planta cuadrada, y las del otro lado de la vaguada, redonda; dato de fuerza al menos para separar fechas y etapas distintas, no muy de fiar, cierto, en la imprecisión de Texeira, poco fiel para muchos detalles.

¹ Agustín Gómez Iglesias, *Algunos términos del alfoz madrileño*. (REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO, año XVII, núm. 56 (1948), págs. 181 a 238.)

Confirmanlo en este caso unos de los dibujos conservados en el álbum de la Biblioteca Nacional de Viena *Villes de l'Espagne*, trazados a medias entre Wingaerde, el Antonio de las Viñas que trabajó con Felipe II, y Hoefnagel, autor de los dibujos originales grabados en el libro *Civitatis Orbis Terrarum*. Los publicó D. Félix Boix, y el Museo Municipal de Madrid expone reproducciones de ambos. Las figuras 4 y 5 los repiten parcialmente. Deben de ser un poco anteriores a 1561, y no parecen del mismo autor. El primero es más esquemático y artístico, y también menos fiel que el otro. Baste para demostrarlo el número de iglesias que uno y otro dibujan y rotulan. A partir de *San Salvator*, tiene el original entero de la figura 4 un monasterio, *San Mychiel*, el hospital de Antón Martín, San Pedro (debajo tachado: San Salvator), y San Andrés, quedando muy fuera de muros San Francisco. Hay que advertir sobre este dibujo que su punto de vista es muy alto y alcanza muchos edificios del otro lado de la muralla, al contrario del reproducido en la figura 5, al que sirve de límite. No obstante ello, podemos ver *San Salvator*, *San Micael*, *San Nicolo*, Santa María, San Justo, San Pedro, *Santa Capella* (la del Obispo) y San Andrés, yéndose fuera San Francisco, y tras de la muralla del fondo, aquel monasterio innominado y el hospital de Antón Martín.

Ambas láminas representan a la derecha, en lo alto de la cuesta, unas torres albarranas y varias redondas que van bajando hasta el fondo. Sigue el muro, muy derruido, pero no roto, y a la otra vertiente algunas torres cuadradas, próximas a la puerta de la Vega; en las dos con una cruz delante; luego la figura 4 continúa con torreonnes circulares, mientras la 5 nos los muestra cuidadosamente cuadrados hasta muy cerca del Alcázar, donde es fácil suponer reformas cristianas de cualquier fecha. La coincidencia del dibujo con el plano de Texeira jamás puede ser casual: tiene que obedecer a unos fragmentos vistos por los dos artistas, y da la casualidad de que los cubos de la derecha y las torres albarranas son cristianos con toda certeza y no pueden llevarse a los musulmanes del siglo x o de los primeros años del xi, como serían en caso de que se construyeran antes de la conquista de Alfonso VI. Todo lo califal conocido y las obras de las primeras taifas: Alcazaba de Mérida, Medina Azahra, lo viejo de la Alhambra, el castillo de Gormaz, las torres primitivas de la Aljafería de Zaragoza, la puerta de Visagra en Toledo y las

muy pocas más conocidas, se hicieron sin excepción de torreones cuadrados. Todavía en las almorávides y almohades: Sevilla, Cáceres y Badajoz, por no mencionar otras, abundan todas en torres cuadrangulares sobre las de planta poligonal.

Consecuencia obligada es, pues, consignarlo en pro de la hipotética cerca del croquis. En cuanto a la fecha de incorporación de la morería, ha de ser anterior, en plazo desconocido, al traslado de San Pedro.

Otro arrabal agregado más tarde—en el siglo xv al parecer—fué el de Santa Cruz, elevado a parroquia por el cardenal Cisneros. La nueva cerca, que no tendría misión defensiva, debió de ir, por la otra línea de trazos finos del croquis, desde la puerta de la Culebra, calles de la Concepción Jerónima, Barrio Nuevo (nombre bien elocuente; hoy se llama del Conde de Romanones), a empalmar con Carretas a la Puerta del Sol. Tampoco está consignado por nadie este recinto en forma concreta; sin perjuicio de que muchos aluden a peculiaridades posibles suyas. Son pruebas en favor la densidad de casas de la zona, en contraste con cuanto la rodea; la forma típica del perímetro y la serie de conventos del siglo xvi que se van adaptando sucesivamente a su línea: primero fueron la Concepción Jerónima (1502), la Trinidad (1562), la Magdalena (1560). A las tapias de sus huertas se ajusta la calle siguiente, que primero se llamó de los Teatinos, luego de la Compañía y ahora de la Colegiata, para continuar por la Merced (no existe) y la Magdalena, única que ha mantenido el nombre.

La segunda serie de fundaciones se alinea detrás: hospital de la Latina (1506), construido fuera de muros, como los demás análogos: San Ginés, cercano a la puerta de Balnadú; el Buen Suceso, junto a la del Sol; Antón Martín y el General. El de Beatriz Galindo estaba junto a la puerta de Moros.

Siguen el Colegio Imperial (1560), la Merced (1564) y el convento de Santa María Magdalena, citado antes, y que por entonces no tuvo ninguno a las espaldas. Las tapias de sus huertos marcan el nuevo límite por las calles de la Magdalena y del Duque de Alba, que no tenía nombre; cruzó la calle de Toledo por el hospital de la Latina, con su puerta de nombre inicial no demasiado claro (dudoso entre la Latina y Toledo), y muere en la de Moros.

La prolongación de la cerca puesta al arrabal de Santa Cruz

por la cava del Carmen a Santo Domingo y Palacio, encerrando los arrabales de San Ginés, San Martín y Santo Domingo, es tan conocida, que no precisa de una línea. La posterior, a partir de Antón Martín, es enteramente desconocida, y por ser la que interesa en estos años de Felipe II, es forzoso puntualizarla en la medida de lo posible y justificar algo su inmediata anterior. Las fechas de las fundaciones son ya bastantes convincentes; pero conviene agregar algún dato más.

El despoblado de la zona contigua a la Concepción Jerónima está mencionado en uno de los documentos copiados en el estudio del señor Gómez Iglesias (pág. 194): «Seyendo del dicho conçejo (de Madrid) a Barrio Nuevo, frontero de la puerta cierrada de la dicha Madrit, hun exido, que Francisco Ferrandez... fizo fazer en el dos tejares.»

El campo yermo del Concejo, el *exido*, frente a la puerta Cerrada hasta Barrio Nuevo, que da nombre a la calle, no puede estar mejor especificado el año 1422; así pudo hacer su fundación Beatriz Galindo y seguir todos los siguientes a partir de 1560. Si hubiese tenido la densidad de casas del arrabal de Santa Cruz, hubiera sido difícil.

Otro acuerdo concejil, de 15 de junio de 1565, para distribuir entre los regidores la limpieza de Madrid por cuarteles¹. Como es corto y de interés grande, va transcrito en su parte esencial. Acor-daron delimitar:

«Un quartel desde la puerta de Guadalajara por la calle de Santiago y calle del Sr. Pedro de Herrera, a San Juan y a palacio [tachado: y desde el arco de la Almudena hasta] hasta la puerta de Valnadú, todo lo que dize lo cercado de la Villa a aquella parte, a de tener cargo deste quartel el Sr. D. Pedro de Ribera.

Otro quartel desde la puerta çerrada hasta el arco de Santa María, todo lo que dize hasta la calle que va de la puerta de Guadalajara a palacio, cupo al Sr. D. Francisco Herrera.

Otro quartel desde el arco de Santa María a la puerta Cerrada, a la mano derecha, todo lo que está cercado de la Villa hasta la puerta de Moros, cupo al Sr. D. Diego de Vargas.

¹ Ramón García Pérez, *Descripción topográfica de Madrid en el siglo XVI*. (REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO. Año IV, núm. 13 (1927), págs. 85-88.)

Otro quartel como salen por la puerta de Valnadú y van por las fuentes de en medio de la calle del Arenal adelante, por detras de las casas de D.^a María de Aragón, a dar a la puerta del Sol, por la calle de San Luys, todo lo que queda hasta la parroquia de San Martín y puerta de Santo Domingo, cupo al Sr. Contador Peralta.

Otro quartel saliendo por la puerta de Guadalajara para la calle Mayor a la puerta del Sol, por la calle de la carrera de S. Geronimo y la calle del Príncipe, que va hasta la casa de Pedro Diaz Laso, y de alli, por la calle derecha, por el horno de ladrillo de Juan Alonso, con todo lo que ay hasta la calle del Arenal, cupo al Sr. Pedro de Herrera.

Otro quartel, la plaça Mayor y la plaça de Sta. Cruz y calle de Toledo, con todo lo que hay hasta la calle Mayor y calle del Principe, que va a dar a la casa de Pedro Diaz Laso y horno de ladrillo de Juan Alonso, cupo al Sr. Dr. Gerónimo de Pisa.

Otro quartel como salen de la puerta Cerrada por la calle de Toledo y por la calle de los Teatinos hasta el ospital de Antón Martín, con todo lo que ay hasta la plaça Mayor y calle de Tocha, y entrando por la cava de tras de la plaça, cupo al Sr. Alvaro de Mena.

Otro quartel desde enmedio de la calle de Toledo, que comienza desde la esquina de la casa de Villa Real, pintor, por la calle de Diego Sanchez, carretero, a dar en casa de Joan Cavallero, con todo lo que queda a mano izquierda, hasta la calle que va de los Teatinos al ospital de Anton Martín, cupo al Sr. D. Lorenzo de Vargas.

Otro quartel que entra desde la casa de Francisco de Rojas, que esta en la calle de Toledo y casa de Pinedo y el matadero de la Villa, a mano derecha hasta la puerta de San Francisco y puerta de Moros y calle de San Francisco y puerta Cerrada, cupo al Sr. D. Pedro de Ludeña.

Las quales dichas ynmundicias se echen al arroyo de San Gerónimo y barranco de la cuesta de Toledo y puerta de Alvega (nombre viejo de la Vega) y barrancon de Lavapiés.»

Destacan en el acto sobre el resto del montón de nombres y calles la cerca medieval, no musulmana, intacta y en funciones de mantener lo *cercado*, y también la falta absoluta de la menor alusión a los otros muros de cierre, fuesen o no murallas cuando se hicieron, porque de algunas no hubo duda.

Llega la población poco más o menos al límite antedicho, y en él cítanse puertas; pero nada más. Parece como si entonces hubieran prescindido por completo de límites, muy rápidamente variables de año en año, y que por ello no se mantuvieron, al mismo tiempo que se pierden (los inmediatos anteriores, sin objeto y abandonados; pero no el viejo de ciudad y morería juntos.

Hacen el reparto por sectores, cuarteles, a base de unas cuantas calles, comenzando por el casco histórico, dividido en tres segmentos:

Primera zona: Comprendida entre el muro y la parte baja de la calle Mayor, sin nombre todavía en ese trozo; luego la llamaron de la Almudena, cuyo arco se cita en este párrafo tachado.

Segunda zona: Tendida al sur de Mayor hasta la calle de Santa María (Sacramento), en la parte comprendida entre Puerta Cerrada y el arco de Santa María, situado antiguamente en la unión de esta calle y la conservada por Texeira como de Nuestra Señora del Arco.¹

Tercera zona: El resto de lo *que está cercado hasta la puerta de Moros*, limitado al Norte por la calle de Santa María, que parece confundida, en este párrafo y el anterior, con el arco de su nombre.

La parte que podemos llamar de arrabales, puesto que siguen fuera del recinto, está dividida en seis cuarteles:

Primero: Parte al norte de la calle del Arenal, desde Balnadú, próximo al Alcázar, a Sol y puerta de Santo Domingo, sin la menor mención de la cerca y apartándose de ella en la subida, trazada por la calle de San Luis (Montera), en lugar de Preciados o Carmen, por donde dicen fué la cava; más al Norte se dejan sin asignar las pueblas, como si no fueran del Concejo.

Segundo: Calles entre Arenal y Mayor, llamada así desde fuera de la puerta de Guadalajara, más la zona entre la carrera de San Jerónimo y lo que restó al oriente de la subida de San Luis. Por cierto sin citar la calle de Alcalá y dejando apenas sin definir el límite marcado por la calle del Príncipe: una casa reconocida por el nombre de su dueño, Pedro Díaz Laso, y un horno de ladrillos, característico de arrabal un poco lejano y muy poco poblado. Tampoco

¹ En la figura 5, y encima de la puerta de la Vega, hay otro junto a la iglesia de Santa María. Este arco era el llamado de la Almudena; pero ¿es el mismo de Santa María? Por el contexto, parece que sí, y entonces la calle del mismo nombre se cuenta entera.

existe el monasterio de «Las Vallecas», fundado en 1535 en la calle de Alcalá, esquina a Peligros; y es verdaderamente extraño, porque remata el cuartel anterior en Montera y éste en Príncipe, que ha de prolongarse por lo que hoy es Sevilla, y antes Peligros, si ha de tener algo junto a la carrera de San Jerónimo: esa calle derecha del horno de ladrillos que tenía Juan Alonso, y bastante más con certeza hasta la calle del Arenal, puesta como fin.

Tercero: Comprende las plazas Mayor y de Santa Cruz, y calles comprendidas entre la de Atocha, hasta el hospital de Antón Martín, y la carrera de San Jerónimo, limitada al Este por la calle del Príncipe y la casa y horno de antes.

Cuarto: Al sur de la plaza Mayor y calle de Atocha, hasta la de los *Tatinos* (luego de la Compañía y hoy Colegiata), plaza del Progreso y calle de la Magdalena, hasta el hospital de Antón Martín, tomado como referencia; la puerta de igual nombre no existía. De esta plazuela a la calle del Príncipe hay que suponer siguiera la de Matute, quedando así fijo el límite por esta parte.

Quinto: Al sur del anterior, se tiende, limitado por las calles de Toledo y Colegiata, hasta un lugar difícilmente definible, pues han de recurrir a la casa del pintor Villarreal, la calle del carretero Diego Sánchez y otra casa que fué de Juan Caballero, muy conocido en ella y suficiente para los regidores.

Valía la pena de puntualizar tales imprecisiones, porque el tal límite iba por la cerca supuesta a lo largo de la calle del Duque de Alba y calle de la Magdalena.

Sexto: Desde el mismo lugar anterior, tan impreciso como antes: casa de Pinedo y Francisco de Rojas, en la calle de Toledo, junto al Matadero, que se fué alejando, conforme va aumentando la longitud de la calle, a las puertas de San Francisco y de Moros, así y por este orden, y luego por la cava de San Francisco, llamada calle, a Puerta Cerrada.

No aparece la puerta de San Francisco entre las venticinco de las listas clásicas y mejor informadas. Ha de ser la situada al arranque de la carrera de San Francisco, registrada en documentos que serán más tarde objeto de otro estudio. También merece unas palabras el nombre de calle aplicado a la cava, rellena, por tanto, y sin función ninguna, y tampoco puede confundirse con otra calle, pues no hay más que ella entre las puertas de Moros y Cerrada.

Ultima nota del reparto constituyen los vertederos, alejados del casco urbano y situados en el *arroyo de San Gerónimo*, en el Prado, exterior de la puerta de la Vega y barrancos de la cuesta de Toledo y Lavapiés.

Volviendo a la documentación antedicha de 1423, recogida por el señor Gómez Iglesias: el ejido frontero de Puerta Cerrada está ya medio edificado; pero no los tendidos ante las puertas de la Sagra y de la Vega, que dieron lugar a pleitos viejos a cuenta de un huerto. «Seyendo exido del dicho conçejo ende en derecho del muro de la cerca de la dicha Madrit, en vera de la cava del, entre la puerta de Albeda [*sic*: de Alvega y luego de la Vega] e la puerta de Xagra..., tenía [Pedro García Caballero] una huerta cerrada de canbrones, plantada de arvoles e ortalíça, acerca de la puerta Sagra de la dicha Villa, e dos o tres tierras cabo de ella.»

Los dos caminos de Segovia y Toledo, con sus puentes, aparecen entre los mismos documentos: «Cerca de la poza de las huertas de Alvega, por el camino que va a la puerta de Alvega a la dicha puente Segoviana».

«Una ysla... que esta en fondo de la puente Toledana, en el río de Guadarrama (hasta entrado el siglo xvi se llamó así al Manzanares) que va de la dicha puente hasta el vado de Formiguera..., que pasçian y pasçieron y abebravan los ganados de los vecinos [de Madrid].» Y en otro repite los terrenos de pastos desde allá a la Arganzuela, y así continuaron corrido un siglo largo, ampliados con hornos de ladrillos, tenerías y oficios molestos, hacia el río (excepto por la zona de San Francisco al Alcázar), y conventos, huertas y casas de recreo en la del Prado de San Jerónimo, con la invasión de viviendas consiguiente, limitada en principio a las pueblas por el Norte, que también fueron viendo nacer casitas entre una y otra.

Y éste es el límite que aparece en el croquis de la figura 3, dibujado sobre el plano de Texeira del modo siguiente:

Alcázar y cerca adelante, puertas de la Vega y de Moros, plaza de la Cebada, calle sin nombre entre las de Toledo y los Estudios, Duque de Alba, Magdalena, plaza de Antón Martín, plazuela de Matute, calles del Príncipe, los Peligros en sus dos tramos partidos por la calle de Alcalá, Caballero de Gracia, Red (mercado) de San Luis, calle del Postigo de San Martín, plaza (puerta) de Santo

Domingo y calle de Torija, llamada de Cristo en Texeira, de quien van tomados todos los nombres.

Todo el resto, bastante extenso, era considerado extramuros, y no lo cuidan¹.

Explican muy bien el trazado las desapariciones de las puertas. La del Sol, ensanchada en 1502, fué derribada el año 70 (?), conservando el nombre la plaza. La que se llamó de la Culebra quedó inútil, en el momento que fuera, cuando llevaron la calle de Toledo hasta la plaza del Arrabal, a la que seguiremos llamando así, a pesar de constar por casi toda la documentación como Mayor.

El momento dicho fué anterior a 1423, pues en el grupo de papeles de esta fecha consta Puerta Cerrada, y el cierre obedeció, sin duda, a que se hizo inútil. Caso contrario, hubiéranla modificado en tal o cual forma: quizá por ensanche, supresión de los codos o cualquiera otra variante, como las muchas que sufrieron las demás; pero cerrarla, nunca. Jamás puede una población inutilizar todo un sector por los cuentos de vieja que nos dicen de ladrones aprovechados, *capeadores* dentro del doble codo del paso; ni tampoco por causa de la honda cava peligrosa de la salida, en opinión de Quintana.

Murió antes la calle de Toledo en la puerta, y cualquier plano madrileño marca el corte violento de su prolongación, rompiendo el abanico de calles consiguiente a toda puerta.

Sería interesante poder definir esta fecha, porque fija el comienzo del auge e importancia de la puerta de Guadalajara, enriquecida con torres y estatuas.

En cuanto a la otra, la Cerrada, cae definitivamente el año 1569.

Confirma la llegada de la calle a la plaza del Arrabal una «Escritura de venta otorgada por Geronimo de Madrid, mesonero, en favor de esta Villa de Madrid, de unas casas meson que el susodicho tenía en la plaza del Arrabal, parroquia de Sta. Cruz, las quales Madrid le compro para hacer en ellas la carniceria, que oy ay en la plaza Mayor, en precio de 216 ducados de oro, libres de veintena y alcabala, con la carga de tres mil quinientos maravedis

¹ Otros documentos, dejados para otro lugar, enseñan cómo fué la parte hacia el Sur, consignada en otra delimitación.

y dos pares de gallinas de censo y renta perpetuos en cada un año, en favor de Juan del Marmol, vecino de ella.—Ante Diego Mendoz, escribano publico»¹.

El texto dice así:

«En la villa de Madrid a 12 dias del mes de junyo, año del nascimiento de nuestro Salvador Jesu Cristo de mill e quynientos e treynta e dos años, Geronimo de Madrid, mesonero, vecyno de la dicha Villa, dixo al señor Juan del Marmol, vecyno de la dicha Villa, que presente estaba, que el esta concertado de bender a esta dicha Villa e a los señores Corregidor e rejidores della, las casas e meson que el dicho Geronimo tiene en la plaça del Arrabal de esta dicha Villa, en la colazion de Sta. Cruz, en linde del meson e casas de Juan de Carcasona e de casas de Payo Barbero, con el cargo de III mill e quynientos maravedis y dos pares de gallinas de censo cada un año; etc.»

Fueron testigos Hernando de Medina, Francisco de Calatayud, Fernando de la Cruz y Juan del Mármol, vecinos todos de Madrid.

Vemos la abundancia de mesones en la plaza del Arrabal, y que las casas que vende Jerónimo de Madrid lindan a ambos lados con casas. Pues bien; años más tarde (1582) nos contará Juan de Herrera en otro documento, que veremos adelante, cómo las carnicerías edificadas en este lugar (figs. 7 y 8) tienen salida a la calle de Toledo. Sin duda, al construirlas se la dieron por parte del solar adquirido.

Ha sido un poco laborioso este principio; pero era obligado para exponer el crecimiento sucesivo de la Villa y separar todas estas anexiones de barrios extramuros, y aun las *pueblas*, de las reformas francas iniciadas—o al menos ampliamente desarrolladas—por Felipe II a causa de este crecimiento, de ritmo cada vez más acelerado, y de la transformación del Alcázar en Palacio Real. Ambas mudanzas engendraron dos problemas que siguen siendo actuales: los accesos y las plazas, reducidas entonces a la grande para mercados, ceremonias y festejos, y a otras secundarias de menor importancia.

¹ Archivo Municipal, 3-147-70.

II

INICIACION DE LAS REFORMAS

El problema de los accesos y de su enlace con el Alcázar era de necesidad urgente por el auge de la circulación rodada y su paso por derroteros nada sencillos.

Por la zona Norte no había dificultades: las recientes pueblas demuestran que la densidad de casas era pequeña. Además, no existen por allí graves pendientes.

Hacia Oriente, la vía principal es la calle Mayor hasta la Puerta del Sol. Desde ésta no hay tampoco inconveniente, pues las tres calles que la subdividen eran entonces de trazado reciente: la actual de la Montera (llamada en el siglo xvi de San Luis o de la Red de San Luis), la de Alcalá y la carrera de San Jerónimo. El problema se reduce a la calle Mayor, que da mucha guerra.

Una vez abierta, por el Sur, la calle de Toledo hasta la plaza del Arrabal, tampoco tiene dificultades por sí misma; pero agrava las que ya complicaban a la calle Mayor.

Entre los accesos de la Puerta del Sol y la calle de Toledo se agrega todavía otro: el que tiene su ingreso por Atocha. Confirman el trazado los jalones de iglesias y conventos: Santa Cruz, parroquia antigua; Santo Tomás, fundado en 1584, aunque logra su forma definitiva con los barrocos; la Trinidad, comenzada en 1562; la parroquia de San Sebastián, también del siglo xvi, y el hospital del Amor de Dios, fundación del hermano Antón Martín, compañero de San Juan de Dios, el año 1552.

Por los años que tratamos llegaba ya la calle hasta la puerta de Atocha, dejando a trasmano la entrada anterior, por lo que hoy es calle de Santa Isabel, a consecuencia de la fundación del Hospital General por Felipe II (la bula de San Pio V es de 1567; pero no queda establecido hasta veinte años más tarde); antes del año 1571 no se consideraba calle, por cuanto a la llegada del legado pontificio que trajo el nombramiento de general a Don Juan de Austria

para la empresa de Lepanto es recibido en la puerta vieja de Antón Martín, y no en la nueva de Atocha.

Todas estas fechas, aparte la de Santa Cruz, están proclamando que la calle adquiere forma definitiva en pleno siglo xvi.

Por fin, hacia el Oeste existía la dificultad más grave. Los acantilados que aislan el Alcázar por este lado dificultan un trazado cualquiera. La puerta de la Vega, asentada a media altura, servía para muy poco, y la avenida que se llevó el viejo puente de Segovia (representado en las figuras 4 y 5) dió motivo a las nuevas modificaciones y a que se acometiese una gran empresa. El 6 de enero de 1565 escribe Felipe II a Aranjuez¹: «Dicennos aca tantas cossas de la creciente del rio de ay [el Tajo] como alla podrían decir de la de aqui [del Manzanares], y entre otras cosas, que se ha llebado el rio la puente de Segovia, y desta manera mal paso tendremos para la Huerta [la Casa] del Campo, y asi yo no se por donde llegue ay, que menester es myrar por donde seque el lodo que ay.» Este puente estaba mucho más arriba, casi frente a la puerta que servía. El nuevo, dice Baena, se labró en 1582, y León Pinelo corrige y lo lleva a 1584. Ninguna de las dos fechas convence, porque el año 1575 está ya en funciones la calle hasta bien adentro, como veremos a seguida, y calle y puente en el fondo de la vaguada son consecuencia el uno del otro y van planeados juntos.

Las dos figuras citadas nos enseñan el muro roto; pero sin asomos de puente ni calle, que hubiesen representado si la hubiesen tenido ante los ojos. La figura siguiente (núm. 6) pertenece al álbum del viaje de Cosme de Médicis, conservado en Florencia; es del año 1668, y presenta el nuevo puente y la avenida que lo enlaza con la calle de su nombre sin la menor torcedura, como también se aprecia en los dos croquis de las primeras figuras. Tiene el dibujo original el ingreso de la calle cerrado por una doble puerta adintelada que no concuerda con las descripciones de la que llegó hasta el siglo pasado. Formaban ésta dos arcos gemelos de medio punto, contruidos con ladrillo y rematados por sendos frontones. Encima corría un ático de líneas simples.

Pero lo interesante del dibujo, aparte del puente, unánimemente adjudicado a Juan de Herrera — atribución muy probable y sin docu-

¹ Archivo del Instituto de Valencia de Don Juan, Envío 67, núm. 87.

mentar hasta ahora—, es el gran terraplén que une el puente a la puerta. Han desaparecido por completo los pontones de doble rampa, alomados al centro, tan típicos de la Edad Media. El nuevo destino del paso de coches ha impuesto el cambio de forma, y la gran avenida que lo prolonga se alza entre dos muros de contención de tierras, huyendo de la tradicional adaptación al terreno y en busca de una pendiente uniforme, que constituye la nueva obsesión.

No fué sencillo el trazado de la calle. Dos documentos custodiados en el British Museum¹ dan cuenta de las perplejidades surgidas cuando la calle alcanza el tramo dibujado en el croquis de la figura 1. Los dos papeles están redactados por un arquitecto, Angelo de Barreda, montañés sin duda, italianizante sin disputa, y que presume, con razón, de saber nivelar. No he logrado de él un solo dato.

Ambos escritos van dirigidos al corregidor, licenciado D. Martín de Espinosa, nombrado para el cargo por cédula real de 31 de julio de 1571, fecha tomada como punto de partida del estudio. Termina su cargo en 1579, por lo cual la oscilación de fecha de los dos documentos es tan pequeña, que ha excusado el trabajo molesto de echarse al colete los seis o siete enormes tomos donde constan los acuerdos del Concejo de estos años. No vale la pena².

Dice así la nivelación:

«Ilustrisimo señor: Desde la Puerta Cerrada hasta la esquinilla de la huerta redonda ccxl pies. Antes de llegar al ryo ay quatro mill y ciento y veinte pies de largo.» (Margen: «Largo iiij mil cxx pies».)

«Tiene de cayda doscientos y treinta y dos.» (Margen: «Cayda ccxxij pies».)

«Cabe de cayda a cinco pies y treze veintanos por ciento, y para mas claro cinco pies y dos tercios escasos de pie por ciento.—Angelo.»

¹ Signatura Add. 28352, folio, papel (235 hojas) número, 6: «Largo y cayda de la calle Nueva Grande.» (Por equivocación consta en el catálogo de Gayangos como la Mayor.)—Idem ff20 y número 7: «Carta autógrafa de Angelo de Barreda al Corregidor Diego de Espinosa.» (También confundido: es el licenciado Martín de Espinosa.)

² Archivo Municipal de Madrid, manuscrito 2-297-108. El cese consta en el manuscrito 2-398-15.

Salvo la primera cifra de los doscientos cuarenta pies, imposible de referir a nada, concuerdan todas sensiblemente con el plano de Coello, utilizado para la escala y las curvas de nivel.

La carta es mucho más explícita y pintoresca, de buena cepa montañesa:

«Ilustrísimo señor: Vista la voluntad que V. S. muestra en la fabrica de las calles nuevas desta villa, me paresço advertir a V. S. de algunas cosas que para el efecto convienen, no tanto para mostrarme estudioso en la facultad de nivelar, como para que V. S. conosca el desseo que tengo de servir a vuestra ilustrísima señoría.

No quiero tratar de si hubo yerro a la nivelacion de la calle Nueva al principio, por ser cossa passada. Solo dire la orden que me paresca se deve guardar en lo por venir, salvo el claro y ilustrísimo juizio de V. S. y debaxo de la sombra de tales alas.

Que se pongan dos estacas señaladas: una al principio de la calle y otra al fin, y se mida el largo que tiene.

Que se nivele que pies tiene de cayda y se repartan a como acude por ciento.

Que se vayan incando estacas de cinquenta en cinquenta pies y asentando por memoria a como acuden de baxada o subida de una a otra, para que echen tierra o la saquen, como acudiere.

El por donde a de yr la calle es a election y lto. [¿Ilustramiento?] de V. S.; pero si sube por donde agora va a Sant Pedro, casas de Diego de Vargas, rompiendo por la puerta falsa de la casa de D. Francisco de Coalla, va a dar a la misma puerta Cerrada, con muy poca buelta a las casas y huerto del dicho D. Diego. Es lo mas llano y a menos costa y, en fin, es toda una calle. Y si fuere assi, mande V. S. que no se quite mas tierra de la plaza del Conde de Puñonrostro, porque con ella se haran dos efectos: el uno baxar aquella plaça y el otro subir la calle a menos costa.

Si subiesse por encima de las fuentes a las casas de Peñalosa y Regidor Zarate a dar a la plaza del Conde de Puñonrostro, derribanse muchas casas y en fin para en la dicha plaçuela con muy agra subida, por estar quasi a nivel con la Puerta Cerrada; y si passase adelante, el inconveniente y costa de muchas casas y derribar la torre de Coalla.

Yo nivele desde las cavallerizas de su Mgd. hasta la calle Nueva, para la otra calle. Hay mill y ocho pies de largo y ciento y ocho de cayda. Y en caso que no huviera mas de 1000 de largo y 100 de cayda cabe a diez por ciento. En la calle que della sube a casa de V. S. ay 350 pies de largo y al respecto 31 de cayda. Quitados 12 pies y $\frac{14}{20}$ que ella tiene agora de baxada, se avrian de baxar xxij pies y $\frac{6}{20}$ a las casillas del horno. En la calle que va de la puerta de Alvega a Sancta María ay 530 pies de largo y 53 de cayda. Quitandose 27 pies y $\frac{12}{20}$ se avrian de abaxar 25 pies y ocho puntos.

Considere V. S. quales quedarian las casas y calles vecinas en caso que se aya de acomodar esta subida. Yo dare la orden que mas convenga, siendo V. S. servido de mandarmelo, a quien humildemente suplico perdone mi atrevimiento, por ser con zelo de buen criado.

Ilustrisimo señor. Bessa los ilustrisimos pies de V. S. su humilde criado *Angelo de Barreda.*

Hasta aquí el documento. Conviene repetir que las distancias y diferencias de nivel, o *caydas*, como las llama, siguen acordes con las trazadas por Coello, una vez identificadas en lo posible casas, calles y plazas; por suerte, en número bastante para entender el texto. Ciertamente, Barreda se acredita como *estudioso* y aprovechado en la *facultad de nivelar*.

Pero es mucho más estudioso de suavidades y decir muchas cosas sin parecerlo; todo por su *zelo de buen criado*, deseo de servir, siempre *debaxo de la sombra* de las alas del corregidor, salvo su *ilustrisimo juicio* y besando sus no menos ilustres pies.

Y con todo, comienza notando el interés del licenciado Espinosa por las calles nuevas, en proyecto y a medio construir. Estas calles eran las de Segovia, puesto que propone que pase ante San Pedro y muera en Puerta Cerrada, y dos enlaces: con las caballerizas de Palacio el uno (2), y el otro de Santa María a la puerta de la Vega. Tal interés o voluntad del corregidor indica no había salido la idea de su Concejo, y no está de acuerdo con ella. Sugiere equivocaciones en lo hecho hasta cerca de San Pedro (17), en las que, *cautisimo, no quiere entrar*; señal evidente de un origen alto, digno de respeto. No obstante, y a seguida, van los medios de corregir la nivelación, supuesta equivocada, mediante estacas cada cincuenta pies, anotan-

do *por memoria* el desnivel de cada una con relación a la pendiente media, para rellenar o desmontar estas cantidades y conseguir la cuesta uniforme. No puede darse mayor suavidad.

Luego comienza la parte más dificultosa, espinosa mejor, sin aludir con ello al corregidor. La calle enfilaba la plazuela del Conde de Puñonrostro (8), donde está hoy la iglesia de San Justo, ampliada la de entonces por el infante Don Luis Antonio, arzobispo de Toledo.

Quizá fué trazada en forma un poco alegre sobre el plano, sin tener en cuenta los inconvenientes de la obra. El informe se torna cauteloso, dentro de una sencillez verdaderamente candorosa. La solución más sencilla (sin disputa, la del Concejo) consiste en volver un poco para dejar intacta la casa y huerta de D. Diego de Vargas, por delante de San Pedro, hasta Puerta Cerrada; sin más percance que malbaratar la puerta falsa de la casa adjunta, de D. Francisco de Coalla, poco importante, a su recatado juicio, y menos digna de respeto que la de Vargas.

Por el contrario, si continuase a la plazuela de Puñonrostro, *derribanse muchas casas*; andan por en medio las de Peñalosa y Zárate, regidor, para más señas, según anotó como de pasada; feo problema, al parecer, y por remate, la torre de Coalla, y, en fin, tiene una subida muy fuerte, *muy agra*, que se calla con todo cuidado. Son casi sesenta pies para seiscientos de longitud: el 10 por 100, que no le asusta nunca. Por eso no le conviene escribir una sola cifra, a pesar de su afición, nunca desmentida, que le fuerza a consignar las demás; sin tener en cuenta lo que faltaba por rebajar en la plazuela de Puñonrostro, que también calla.

El obstáculo real son las casas: ante ellas se para y va por otro lado.

De pasada continúa contando al corregidor cómo niveló desde las Caballerizas hasta la calle Nueva, *para la otra calle*, aun en proyecto, que pretendía unir el fin de la recién abierta con el Alcázar, pasando por Santa María. Las medidas acusan unos mil pies de distancia por ciento de desnivel, luego de mandar a paseo los picos, en realidad pequeños y que no le interesan. Obtiene una pendiente del 10 por 100. No le asusta lo más mínimo, como tampoco las casas que por allá pudiese haber: no eran intangibles. Años más tarde, hubiérale parado el palacio de Uceda. Entonces no existía, por suerte.

Aquí el problema está en las acometidas de las calles, y las que registra tienen su interés. La que sube a la casa de D. Martín de Espinosa (en la calle de Santa María, actual del Sacramento) tiene otro 10 por 100 de pendiente, que alcanza su total de treinta y cinco pies. Como ahora sólo tiene doce y catorce veintenos, tendrían que rebajarse veintidós y seis veintenos (seis metros y veinticuatro centímetros) a las casillas del horno.

En la actual plaza de la Cruz Verde, aquí situada, existe aún este desnivel, aprovechado para una fuente. En verdad basta y sobra para dejar colgadas las casillas primeras de la calle propuesta. Su emplazamiento se aclara por Texeira, que llama del Horno a la calleja en codo situada detrás.

Más grave era la cosa junto a Santa María (3), donde necesitaban desmontar veinticinco pies y ocho veintenos (siete metros y once centímetros). «*¡Considere V. S. quales quedarian las casas y calles vecinas!*» Haría falta conocer a fondo aquellos vericuetos para saber hasta qué punto son exactas estas sugerencias y medidas, tan sospechosas como sesudas, y que recuerdan las discusiones de café de todos los tiempos.

Por lo demás, el sistema discursivo está bien claro: acumular dificultades a lo ingrato para el corregidor y quitarlas a su propuesta primera, más llamativa y detallada. Y se sale con la suya en definitiva, quedando una mala salida para una entrada tan aparatosa, y el conjunto con aspecto de cualquier cosa menos de *toda una calle*, como dice sentenciosamente.

Por el momento hemos de dejar los pleitos de la calle de Segovia para ir tras de otros derroteros, no sin advertir que esta salida tan modesta obligaba a fuertes arreglos en la calle de Santa María (actual del Sacramento), que debieron de hacerse, y menciona de pasada, como de costumbre, al referir los desmontes de la plaza de Puñonrostro, y a costa de un pico a la saliente manzana de Puerta Cerrada, para que la vuelta entre las dos calles no fuese tan violenta. Todo esto queda anotado en el croquis de la figura 2, que repite a escala el Texeira, según quedó consignado, luego de suprimir algunas cosas de Felipe IV. En él se ven todavía las zonas de los derribos forzados, causa de otros acuerdos que se consignarán adelante.

Lo que no consta es el tracista y primer constructor de la calle

Nueva Grande (actual de Segovia), acometida con denuedo digno de su nombre, para terminar torcida y chiquita como cualquier otra.

Como también queda en la sombra el organismo rector de la reforma.

Caso inverso, de principios menudos y final majestuoso, fué la Plaza Mayor.

Las únicas noticias que hasta ahora teníamos de la vieja plaza del Arrabal (10) es que era más pequeña. Un diario de obras de la Casa de la Panadería, que existe en el Archivo de Villa, recoge el dato de unos cimientos aparecidos bien adentro de la plaza cuando se pavimentó.

Reunía muchas calles, con sus problemas de circulación consiguientes.

¡Aquellos coches que trajo por primera vez la esposa del príncipe Don Juan!

No fué ésta la razón de la reforma. Tenía otras misiones importantes, y su nombre expresivo de Mayor hemos visto se adentra mucho en el siglo xv. En los libros de acuerdos del Concejo aparece repetidas veces. Por ejemplo, uno de 29 de mayo de 1576 ordena la venta de pan, cada día treinta fanegas de pan ázido, y lo vendan en la Plaza Mayor¹. Siempre los acuerdos referentes al pan van unidos a la Plaza Mayor, como en la del Sol véndense las verduras, complicándose el siglo xvii con el pan de los labriegos, según nos cuentan Salas Barbadillo y Lope de Vega al mencionar las ensaladas de la misma plaza; novedades muy pronto unidas a las baratijas y nuevas tolerancias.

También abundan en la Mayor los bodegones, y estuvo llena de mesas y puestos de venta, que dieron mucho quehacer para su reforma, aparte de la Carnicería, instalada en las casas adquiridas en 1532.

Era, por tanto, mercado, y su título de Mayor encierra el destino de los festejos públicos; como en la puerta de la Vega y sus alrededores se corrían los gallos; acudían los desocupados, murmuradores y mozas de partido a la de Guadalajara, y herreros y buñoleros tenían su asiento en Puerta Cerrada. Herrero García recuerda en esta misma *Revista* (tomo III, págs. 282 y sigs.) cómo una rosca de

¹ Archivo Municipal. *Libro de Acuerdos municipales* de aquel año.

crujientes y recién fritos buñuelos de esta procedencia quitaron un antojo a la esposa de Felipe IV.

Entonces aun no se vendían allí el pescado ni la pólvora.

Y pues de comercio callejero tratamos, no estará de más consignar se vendían, o debían venderse, la piedra, cal y yeso tras del hospital de Antón Martín, en la cuesta hasta las casas de Antonio Pérez (convento de Santa Isabel); la cebada, en las puertas del Sol, Santo Domingo y la Latina. Los hornos se van echando a los arrabales sucesivos, y el carbón y la leña debían estar en la puerta de Santo Domingo, calle de Alcalá (desde el convento de las Vallecas en adelante) y en la plaza de la Madera, lo que nos lleva de la mano a las infinitas calles de gremios.

Los soportales de Atocha, Mayor y Toledo eran de gran movimiento y constituían un centro comercial clarísimo en la unión de todos que fué la plaza.

Los inconvenientes de su forma irregular, de sus portales con postes de madera y entradas angostas eran patentes a todos.

De la mayor importancia para el comienzo de las necesarias reformas son unos documentos que se conservan encarpetados con el siguiente título¹: «*Traças.*—Madrid.—Para quitar y derribar las casas que llaman de la mançana. Año 1581.»

El documento principal es una relación preciosamente escrita, tan menudísima en su letra como pesada de texto, sin más firma que una rúbrica que desconozco.

El título advierte se trata de una «Relacion en la qual se declara el intento del arbitrio y medio que el Corregidor de la Villa de Madrid ha propuesto para quitar y derribar las casas que llaman de la mançana, que estan edificadas de tiempo antiguo en la plaça de la dicha Villa, en gran perjuicio della, como se muestra por el diseño y planta de como agora esta y se enmienda y reforma por otro diseño y planta de como ha de quedar, que el uno y el otro van con esta relacion, para que su Mgd. los mande ver».

Por gran fortuna, a nadie se le ocurrió quitarlos, y se conservan (figs. 7 y 8).

«Este arbitrio se aprueba por las consideraciones siguientes:

¹ Archivo de Zabálburu. Caja 219, números 100 a 102.

Que las dichas casas que se han de derribar son causa de todas las incomodidades y imperfecciones que tiene la dicha plaça, y quedando assi no tiene remedio ni enmienda, y assi ha mas de treinta años que se desea y procura quitar y por no haver con que pagar a los dueños se ha dexado de hazer, los quales se pueden muy bien gratificar en la forma siguiente:

Mudando las dichas casas a la parte que va señalada, en la qual hay sitio y suelo para dar a cada uno otros tantos pies como dexa y quedan gratificados del sitio con mucha ventaja por lo que haze al que se derriba, por dos razones: la una porque la açera que estas casas tenian a la plaça, en las fiestas no tenían vista, sino para la mitad della. Lo segundo porque la açera que tenian a las espaldas caya a un callejon muy sombrio, sucio y angosto y sin ningun provecho; y mudadas a la otra parte, por delante tienen la Plaza Mayor y por detras la de Santa Cruz, que es de mucho comercio, de manera que edificaran a dos aces iguales de valor y aprovechamiento y de limpia y sana habitación, y han de labrar uniformemente, con buen ornato.

Los dueños de los tributos y directo dominio, reciben beneficio, por las razones dichas, en mudar su censo a mejor parte y ha edificios nuevos.

Resta agora advertir si el sitio es capaz para gratificar a todos y dexar en el entrada conveniente para la dicha plaça. Respondese que si; porque los cincuenta pies que la mançana de casas tiene de ancho, o de hueco, se pueden mas bien dar donde se las señala, sin ocupar la plaça, y esto se comprueba con que siempre que hay fiestas, se hacen alli tablados del mismo ancho, para acortar y mejorar la plaça, con no estar quitada la manzana de las dichas casas, y aun de mas de los dichos cincuenta pies se les añaden dos pies, sin el buelo para portales, que son otros diez açia la dicha plaça, en correspondencia de todas las demas açes della, y lo suffre muy bien su grandeza, y este buelo de portales se aplicara para ayuda de los edificios, como adelante se dira.

Y en lo que toca al largo de la dicha mançana de casas, aunque es veinte pies mayor que el sitio donde se han de mudar, esta falta se recompensara en la plaçuela que agora esta dentro del callejon y a las espaldas de la dicha manzana, la qual conviene que se edifique y ocupe, como se muestra en la segunda planta, y assi se vendera y aprovechara.

La entrada [a la plaza] se paga y recompensa con lo que hay de hueco en la dicha mançana, en un cobertizo donde se encierran los toros, que tambien en la entrada que agora se hiçiere de nuevo, se tiene intento y fin de haçerla cubierta, por aprovechamiento mayor.

Queda solo por decir con que se gratifican los edificios de las casas que se han de derribar, pues ya se ha satisfecho para el buelo y tributos.

A esto se responde que estos edificios, con el reçelo que han tenido de que forçosamente se abian de derribar, están muy viejos y son de tabiques y de muy poco presçio, y dexando a los dueños dellos los materiales, se tasa el daño en muy poca cantidad, y asta ofrecen de pagar los dueños de las casas que estan detras de la dicha mançana, en el callejon della, que eran inhabitables y quedaran en lo mejor de la plaça, y assimismo las que hay donde la calle de la Roperia hasta la puerta de Guadalajara, que aunque no caigan detras derechamente de la dicha mançana, todavia les quita la vista de la mayor parte de la plaza, y ayudando, muy buena parte de lo que se ha de dar por los dichos edificios viejos, y el buelo que se añade en los edificios nuevos, ayudara como se ha presupuesto en el capitulo antecedente.

De manera que queda declarado y concludido que no es neçessario, conforme a esta relacion, que la Villa gaste ningunos maravedis en quitar y derribar la dicha mançana de casas, y que la plaça queda desembaraçada del impedimento y fealdad que le causaban y quadrada por la parte que era mas sin proportion, y solo le quedara para ser en toda perfection, neçessidad adelante, de poner en cuadro el viaje [esviaje] o angulo que haçe açia la parte de la baxada y calle que va a la puerta de Guadalajara, lo qual se puede acomodar y enmendar haçiendo alli una lonja triangulada de mercaderes, como lo pide el sitio, guardando las dos bocas de calles y líneas de la calle de Toledo a la de la Ropería, y quedaria la plaça quadrada y perfecta. Aunque esto segundo de la lonja no se propone para agora de presente, sino para haçer demostracion del intento de la traça, y assi va señalada con tres líneas de puntos menudos, que no es obra que fuerça ni obliga a que se haga, ni hay la facilidad en ella que se representa y diçe del derribar de la dicha mançana de casas de que agora se trata.»

Pocas palabras exige para su comentario un texto tan prolijo.

Importa destacar el programa de la plaza como sitio para mercado y festejos, hasta imponer el corral de los toros y la aspiración a su regularidad, cuadrándola. Es curiosa la afirmación reiterada de la sobra de espacio, y que quieran lograr la regularidad total, aunque sólo sea como deseo, a costá del suelo.

Económicamente éste es un fallo que echa por tierra cuanto habían de pagar los propietarios de las viviendas situadas entre las calles de la Ropería y la otra que va a la puerta de Guadalajara; pues la lonja era para ellos infinitamente peor que la *dicha mançana* de la no menos *dicha plaza Mayor*, y el motivo del impuesto se venía por tierra.

Otra equivocación tiene el ignorado autor de la idea: la angostísima entrada de la calle de Atocha; le disculpa el afán de hallar nuevos solares para compensar los perdidos, procedentes de las casas derribadas, incorporados a la plaza.

Conviene aquí un largo paréntesis antes de iniciar el estudio de los planos. De este modo irá seguida toda la reforma y se verán mejor sus causas.

II

LA PRIMERA JUNTA DE URBANISMO

Los documentos recién transcritos siguen la serie de las empresas concejiles, con su corregidor a la cabeza, en este caso don Luis Gaitán de Ayala. No todas tienen igual origen, porque entonces regían los asuntos de la Villa dos entidades: el Concejo y la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Unas veces de acuerdo, en desacuerdo muchas, iba la cosa tal cual, disculpándose unos con otros en no pocas ocasiones. Todos sienten la preocupación de la capital, que se va creando como Dios quiere y cada uno de estos organismos puede: cuando no vienen las quejas de agravios que inutilizan todo esfuerzo, cosa corriente y de todos los días.

Pérez Pastor abunda en esta literatura interesantísima. Así, el doctor Pérez de Herrera, gran protegido de Felipe II, opone serios y largos razonamientos al traslado de la Corte a Valladolid cuando cambian los tiempos y las opiniones se truecan. A vuelta de disquisiciones curiosas, habla de la mezquindad de los servicios municipales y manera de corregir defectos. Su lema es sanear moralmente la corte; lograr bien y a punto los abastecimientos necesarios, baratos y abundantes; traza para conseguir la limpieza de calles y plazas; atajar las casas *a la malicia*, y arbitrio que permita a los ministros, consejeros y criados reales vivir en casas cómodas sin costosas servidumbres de alojamiento; en fin, abundancia de casas. Los tiempos se repiten con facilidad y vuelven las gentes a seguir caminos muchas veces andados.

En cuanto a la edificación propiamente dicha, poco explica: su consejo de labrar las fachadas o delanteras de las calles principales de una misma manera o igualdad de estilo.

Abunda mucho lo sanitario: Castillo de Bovadilla y Brancabasso marchan por esta vía, y Juan de Xerez y su colega Deza acopian citas griegas y latinas para discutir y razonar cuanto se les alcanza. Cuando al fin, en el capítulo VI, se deciden por Madrid como lugar el más apropiado para la capital, descansamos todos:

ellos dos, el lector y hasta Homero, Cicerón y Tácito. No es para menos.

Desde nuestro punto de vista interesa algo la transformación de la Villa propuesta a seguida. Van orientados hacia el saneamiento, como los otros: red de alcantarillas, limpiezas y un canal del Jarama para tener aguas limpias. Pero también la *Razón de Corte*, que así se llama la obra, conservada manuscrita en la Biblioteca Nacional, aboga por el alumbrado, nombre de calles y números en las casas, rótulos y barrios para los profesionales, el derecho de aposento y las *malicias* consabidas, más propias de aldea que de corte.

Nada extraña que la Sala de Alcaldes de Casa y Corte echara su cuarto a espadas en un famoso «Pregón general para la buena governación desta Corte» (1585), todo repleto de órdenes de policía¹. Para nada menciona la construcción y sus maneras posibles. Por este camino era difícil lograr frutos positivos y dignos de alabanza en buenos edificios y conjuntos.

Cuando fueron descritos los comienzos de la calle de Segovia, quedaban en la sombra unos manejos, mejor unas fuerzas misteriosas, imposibles de sacar a luz por entonces. Ante el nuevo esfuerzo del Corregimiento en la Plaza Mayor, comienza a descorrerse el velo. Al respaldo del documento repite la letra de Mateo Vázquez el mismo título, y en papel aparte anota:

«A la Villa de Madrid se a de responder que su Magd. a visto las traças de la plaça de dicha Villa y la intención que tiene en el quitar la mançana de aquellas casas que se pretenden quitar; y dize que la Villa averigue el valor de las casas de la dicha mançana [tachado: no agrabiando a los dueños dellas] segun que aora le tienen, no agraviando a los dueños de ellas, y que averiguado esto se sepa de donde se podrá sacar la cantidad que montaren y que tanto daran de refaction las casas que de esto resciven beneficio, para que se entienda si bastara a pagar las dichas casas de la mançana [se le ha contagiado el estilo], y en caso de que esto no baste,

¹ Quien desee verlo, consulte el artículo del señor González de Amezúa en esta REVISTA, tomo III (1926), págs. 401-429. Este precioso artículo, y otro de 1933, págs. 141 y siguientes, han sido utilizados abundantemente, y a ellos se refieren las citas.

que avisen de donde se podrá aver lo que faltare para acabar de pagar a los dueños de las dichas casas de la mançana [otra vez] y que en lo que toca a la forma que a de tener la plaça que se comunique con Juan de Herrera, apposentador de Palacio cuando ay fuera a esa Villa, que será con brevedad, y las traças que la Villa imbio con un arbitrio se le tornan a ymbiar.»¹

Anda entonces Herrera con Don Felipe para la expedición de Portugal, y, según vemos, está disconforme con el proyecto *en lo que toca a la forma que a de tener la plaça*, y le cuesta trabajo creer las cuentas galanas de que todo se haga solo, sin el gasto de un maravedí.

Antes de su retorno a Madrid informa todavía un asunto de la puerta de Guadalajara, ensanchada para la entrada de Doña Ana de Austria, y todavía pequeña. En 1580 se incendió por el exceso de luces, dicen, que pusieron para festejar lo de Portugal; incendio que, dicho sea con cautela, agradó a Felipe II, porque facilitaba un nuevo ensanche.

Así dice su nota:

«Lo que se ha de responder a la Villa de Madrid sobre lo de la puerta de Guadalajara: Que en lo que toca al asentar de nuevo el relox [estropeado por el incendio] ençima del cubo que esta arrimado a las casas de Gaspar Gómez y Robles, el librero, que esto se trate con Gimenez Ortiz [del Consejo Real; es la primera vez que aparece] y que Juan de Valencia, el clérigo, imbie una traçilla en como esto se pretende hazer, comunicandolo con el Gimenez Ortiz y con el Corregidor, y hecha la resolución de ellos lo imbie para que su Magd. lo vea y resuelva como sea servido.

Que el segundo y tercero cubo se derriven, como esta hordenado en la traça que se dio en el incendio, la cual traça, u otra como ella, a de imbiar a su Magd. el dicho Juan de Valencia, por aca.»²

¹ Archivo de Zabálburu. Documento citado, caja 219, núm. 102.

² Archivo del Instituto de Valencia de Don Juan. Envío 99, núm. 148, sin fecha, encuadernado entre los papeles de 1581, fecha que va bien.

Aquel poder misterioso se encarna en Felipe II, Juan de Herrera y un Jiménez Ortiz que ambos ponen por cima del corregidor. Por lo demás, Herrera en estos años comenzaba a usar ampliamente de sus ayudantes, reservándose por lo común la dirección suprema y las trazas. Cuando los achaques van inutilizándole, como le sucedió a Covarrubias, sus ayudantes llegaron a ser sus manos y pies. Estaba entre los más queridos Valencia, el clérigo, hijastro de Luis de Vega y hermanastro, por ende, de su hijo Gaspar, ambos maestros del rey. Fué Valencia compañero de Juan de Herrera en el taller de Juan Bautista de Toledo, y luego su ayudante, a quien estima y recomienda infinitas veces. Era el otro Francisco de Mora, formado por Herrera para sucesor en todo; veremos a los dos intervenir con frecuencia.

Los achaques de Herrera comienzan en forma sensible a partir de 1584. En carta a Mateo Vázquez, fechada el 22 de septiembre¹ se queja ya con amargura: «De mi enfermedad, por no contar mas lastimas [lleva muchas relatadas de otros, ciertamente] no diré nada a su merced, mas de dejarlo en las manos de Ntro. Señor, para que disponga de mi conforme su divina voluntad y que mas sea de su Sto. Servicio.»

Otra carta al mismo, en 18 de junio de 1590, informa sobre pleitos de Pompeyo Leoni con doña Leonor de Quiñones a cuenta de una casa. Quéjase de sus piernas entorpecidas y dolientes, proponiendo para excusar estos pleitos y «que se entienda la justicia de entrambos, que se debería mandar a una persona puesta por su Magd (que podía ser Valencia) que oyese a la una y otra parte y entendiese la verdad y justicia que cada uno pretende tener, y entendida procurase convenirlos, y cuando no quissiesen pasar por esto, podra cada uno seguir su justicia por la via hordinaria, que si alguno dellos pide algo sin ella, no dexaran de hazer penitencia dello con escrivanos y otros ministros»².

La manera como actuaba Herrera está clara. ¡Lástima no conocer más testimonios de sus informes y trazas! Darían mucha luz y disiparían tanta tiniebla empeñada en seguir y permanecer.

Jiménez Ortiz hasta ahora es un enigma, quizá aclarado por otros.

¹ Archivo del Instituto de Valencia de Don Juan. Envío 100, núm. 31.

² Archivo de Zabálburu. Caja 212, núm. 4.

Felipe II tuvo desde el principio en sus Consejos personas que le asesorasen acerca de sus múltiples obras, diversos siempre de los técnicos y en contacto bastante íntimo con ellos. Formaron parte de su Junta de Obras y Bosques, y sus pareceres interesan siempre. A ratos fueron definitivos en cuanto a eficacia, aunque dejaran que desear en otros aspectos.

De ellos conocemos bien destacado al marqués de Cortes, y mucho más al conde de Chinchón; Jiménez Ortiz fué otro, destinado en estas líneas a tener todos los triunfos en el juego de obras de la corte.

Otros dos nuevos documentos de Herrera, también inéditos, siguen dando noticias. El de más años es una nota de 1581, escrita todavía fuera de Madrid. Trata en ella de las fuentes de la Casa de Campo, obras del Alcázar de Toledo y otras solicitadas por las *beatas* de Santa Catalina de Sena. Entre todo, lo siguiente: «Mançana de la plaça.—Que se escriba a Gimenez Ortiz que su Magd gustara de que aquella mançana se quite, pues se han ofrescido tan buenos medios para ello.»¹

El otro es una extensa carta al secretario Mateo Vázquez, ya vuelto de Portugal, fechada el 25 de marzo de 1582. También sobre muchas cosas: el nombramiento de su ayudante Diego de Alcántara «para exercer el offiçio de maestro mayor de las obras de la Santa Iglesia de Toledo, que çierto a el se le ha hecho muy grande [merced] y a mi lo mesmo». Luego se ocupa de la «liçencia para me casar con aquella deuda mia»; de una *visita* a la casa de Mateo Vázquez en compañía del secretario Gasol; de los dibujos hechos sobre las plantas y animales traídos de América por el doctor Francisco Hernández y que habían de grabarse en madera para el «libro que ha hecho el doctor Nardo Antonio, y con esto se buscare alguno que talle las figuras de madera». Las infinitas aficiones y tareas de Juan de Herrera refléjanse constantemente en sus escritos².

La parte que interesa dice así:

«Anoche se acabo de tomar resolucion con Gimenez Ortiz y con el Corregidor de esta Villa en lo de la mançana de la plaça, y se hiçieron las traças en como aquella avia de quedar

¹ Archivo del Instituto de Valencia de Don Juan. Envío 99, núm. 146.

² Ibidem. Envío 99, núm. 127.

a satisfación de todos, y ansi se mandara poner luego en execucion el quitar la mancana, y lo que se fabricare de nuevo quedara con horden y bueno, y la Villa con aprovechamiento despues de aver satisfecho a los de la mancana.»

.....
«Hordenase otrosi, de poner la carneçeria, pescaderia, tocineria y gallineria delante, en unos corredores que estan detras de las carneçerias de la Villa, que tienen salida a la calle de Toledo, pues sera una obra muy aventajada y no de mucha costa. Es menester ir ennobleciendo este pueblo de esta manera, porque çierto es cosa extraña con todo lo que se fabrica en el y gastan dineros en edificios, quan poco luce y se echa de ver, y todo esto a costa de no aver fabricado con horden, ni en lugares que acompañen unos con otros, sino tan desbaratado todo que no ay tomalle tino; y convendria mucho, siendo su Magd. servido, que las ruines casas, o choças, por mejor decir, que ay dentro de lo principal de la Villa, que o los dueños las reedificasen o se las tomasen por lo que valen, no pudiendo ellos reedificar, que esto sufridero es hazerse. Por la puliçia y buen gobierno, cosa es que en coyuntura podra V. m. tratallo con su Magd.»

Todo esto quedará por el momento en el aire; interesa mucho más la queja de lo mal que se va construyendo Madrid y los remedios puramente técnicos que expone como jalones de una ordenación urbana.

No caen sobre terreno baldío sus advertencias, y la siembra había de producir una cosecha abundante, pero de gestación lenta, todavía desconocida.

El hecho es que en 1590 aparece una cédula real por la cual se crea una nueva Junta para las obras de Madrid¹:

«En la Villa de Madrid, domingo seis dias del mes de mayo de mill e quinientos e noventa años. Estando juntos en las casas del señor liçenciado Agustin Ximenez Ortiz, del

¹ Archivo Municipal. Manuscrito 15, 1-1-54. Es un legajo que tiene las copias de dos documentos y los acuerdos de la Junta en papel doble folio, encuadernado en pergamino; 13 hojas, a falta de las 4 y 9. Llega al año 1593. Aparte varios expedientes en la forma normal. González Amezúa lo conoció y manejó; pero no le interesaron las obras en sus estudios, y no se ocupa de ellas.

consejo de su Magd., el dicho Sr. Liçenciado y los señores Dr. Pareja de Peralta, del Consejo de su Magd. e alcalde de su casa y corte, D. Luís Gaitan de Ayala, del Consejo de Hazien-da de su Magd. e su Corregidor desta Villa y su tierra, et Her-nando Delgadillo, e Joan de Valençia, arquitecto de su Magd.

El dicho señor Liçenciado Ximenez Ortiz entrego a mi, el escribano público yuso scripto, una çedula real de su Magd. firmada de su real mano y refrendada de Mateo Vaz-quez de Leca, su secretario, en El Pardo a quatro *días deste mes* de mayo e año, la qual por su mandado yo lei e publi-que, cuyo tenor a la letra es como sigue¹:

«El Rey: el liçenciado Ximenez Ortiz, del mi Consejo: Sa-ved que por lo que toca al beneficio y aumento desta Villa de Madrid, y para que en ella aya la limpieza, ornato y pulçia que combiene, me a parecido diputar personas particulares, de quien se tenga satisfaccion, que lo trataran y probieheran como combenga, con mucho provecho y utilidad que destas cosas resultara para la salud y purificacion de los ayres que con la basura, lodo y polvo en ymbierno y berano, etc.

[Formarán la Junta Jiméñez Ortiz, Luis Gaitán de Ayala y dos regidores elegidos por el Concejo] llamando quando os pareçiere, personas expertas y praticas de semejantes materias».

[Nombra contador de las obras hechas por orden de la Junta a Hernando Delgadillo] «y mando y encargo a los dichos regidores diputados tengan gran quenta y raçon en visitar y ver las dichas obras y acudir a la buena execucion dellas, de manera que se hagan con la brevedad, bondad y perfeccion que combiene».

«La qual çedula yo, el dicho scribano, ley de verbo ad berbun [*sic*]; y leida los dichos señores liçenciado Ximenez Ortiz y doctor Pareja de Peralta, y Luis Gaitan de Ayala, la obedecieron, besaron y pusieron sobre su caveça, con el aca-tamiento devido, y mandaron se notifique en el Ayuntamiento desta Villa, para que se guarde y cumpla y haga lo que su Magd. por ella manda.—Ante my, *Francisco Martínez*».

¹ El señor González Amezcua la transcribió íntegra en los citados trabajos, lo mismo que algunos otros documentos posteriores del mismo legajo, por lo cual será extractado o mencionado todo aquello que no interesa directamente.

En la vuelta, el cumplimiento.

El 7 de mayo, lunes, se reúnen en el Ayuntamiento «D. Luis Gaitan de Ayala, D. Pedro de Bosmediano, D. Joan de Vitoria, Gabriel de Galarza, D. Iñigo de Mendoça, Francisco del Prado, Diego López de Riva de Neira, Melchor de Matute, D. Gonçalo de Monçon, Leandro Hurtado, D. Leonardo de Cos, D. Geronimo de Barrionuevo, D. Joan de la Barrera, Gaspar de Medina, D. Diego de Olivares, Gregorio de Usategui, D. Francisco de Alfaro, Diego de Urbina, el contador Navarrete, Diego de Chaves, Francisco de Herrera, D. Pedro Çapata, el contador Sardaneta, regidores». Son elegidos diputados comisarios para la Junta D. Pedro Zapata y Gabriel de Galarza, regidores hasta mayo de 1591. Siguen hasta el 1593, al menos.

Miércoles, día 9, en casa de Jiménez Ortiz, «del Consejo Supremo de su Magd». Acordaron «que en este libro se escriban los acuerdos que en la Junta se hicieren, así como los libros que han de llevar los contadores».

La junta es siempre en casa de Jiménez Ortiz, en cuyo despacho instalan una mesa con «sobremesa de damasco carmesí con las caídas de terçiopelo carmesí y su fleco de oro». Encima colocan «una campanilla de plata y un tintero y salvadera de lo mismo con las armas reales en cada pieça». (Acuerdo del 10 de marzo de 1592.) No necesita más la Junta para funcionar por el momento.

El 11 de julio de 1590 acordaron:

«Que se pregone que todas las rejas que estuviesen en las calles y plaças desta Villa, que buelen fuera de la pared, o çerramiento donde estuvyeran puestas mas de quatro dedos, con el grueso de las mismas rejas, y que esten menos de onze pies de alto del suelo [3,08 metros] se quiten y retraigan, de manera que no buelen mas de lo susodicho, y de aqui adelante en las obras y hedifiçios, que de nuevo se hizieren, no se puedan poner ni pongan de mas buelo y salida de los dichos quatro dedos con el grueso de la reja, ni genero de saledicho, que se pusiere, pueda salir ni salga mas de pie y medio. Lo qual se haga e cumpla antes de quarenta dias cumplidos primeros siguientes, y lo hagan los dueños y señores propietarios de las dichas casas, o los alquiladores dellas a costa del alquiler, y en negligencia de los unos y de los otros los huespedes

de aposento a la dicha costa, y se cumpla so pena de quatro ducados; y a cada reja o balcon que no estubiere reducido a la dicha medida dentro del dicho termino, aplicados la mitad a obras publicas y la otra mitad para el denunciador y que a su costa del ostal o dueños, demas de la dicha pena, se reduzcan y pongan como esta dicho.»

.....

«Otrosi mandan que ninguna persona, de cualquier calidad que sea, pueda usar, ni use, ni tenga en su casa albañar ny baciadero sino a raiz de la tierra, aunque sea para aguas limpias ni llovedizas, ni para otro ningun efeto, y los que hasta agora estuvieren hechos de otra manera, los cierran y quiten dentro de seis dias primeros siguientes, sobre dicha pena e apercivimiento.»

El capítulo siguiente dice al margen: «Inmundicias no se bañen por bentanas ni açuteas, sino por la puerta y a que oras.» Se han de verter al medio de la calle, desde las diez de la noche en *berano* y en *yubierno* desde las nueve, so pena de quatro ducados de día y la mitad de noche, demás del daño que hicieren, aplicados como siempre.

Capítulo siguiente. Margen: «Carros y coches, ni la madera con que se hazen, no esten en las calles.» El texto aclara que sólo podrán estar parados lo que dure enganchar los tiros. La pena es de seis ducados.

Capítulo siguiente. Margen: «Estiercol no se saque, ni se hagan en las calles muladares.» El texto aclara que se trata del estiércol de caballerizas, que deben sacar los carros o bestias con serones, pena de diez ducados.

Es el primer pregón que sale de la Junta, inédito hasta ahora. Influido por la agobiante molestia de los atascos en las calles y los pésimos olores de tanta inmundicia, aparece dominado por una idea bastante modesta de remedios inmediatos. Ya asoman preocupaciones de otro orden, y, que conozca, es la primera ordenanza de salientes y vuelos en las construcciones. Son muy poco sabidas las consecuencias a que diese lugar, y por ello es difícil de resistir la tentación de citar un expediente, notable por causa de rejas, incluido en el mismo lote:

En 5 de marzo de 1592 firma Juan López una denuncia contra Andrés de Ribera y su mujer, «por tener en sus cassas, que son junto a la iglesia parroquial de San Juan desta Villa, tres rejas de hieirro grandes por remeter, contra el pregón mandado dar». No cumplen ni pagan, y son condenados en doce ducados y costas, «por lo qual se les sacó una binagerilla de plata, que tiene de peso cinquenta y dos ochavos [de onza], como consta en la fee del contraste». Termina el escribano pidiendo que se venda, en vista de que siguen sin pagar.

El 10 de enero de 1592, el escribano Bartolomé Paradín lo notifica al heredero de los causantes, marqués de Auñón, «el qual dixo que lo oya», con oídos de mercader, por lo visto, puesto que lo vuelve a pesar el contraste Antonio Muñoz, ante el mismo escribano, certificando: «Pesa un jarrito de plata, biejo, con un asa levantada a manera de binagera en el contraste de la Corte, seis onzas y tres ochavas.» Se remata y vende el 19 de marzo.

Y por seguir con curiosidades a cuenta del bando, el 22 de octubre de 1592 acuerda la Junta que el caño que está junto a la iglesia de Santiago, «que sale por lo alto cerca de la puerta de los pies [de la iglesia], se derrive y deshaga, y se ponga de manera que por el no salga ningun genero de inmundicia».

En 29 de octubre se debe notificar «al cura de Santiago, que posa dentro de la misma yglesia, que por la ventana que sale a la calle no heche agua limpia ni sucia, ni otro ningun genero de inmundicia, y guarde el pregon so la pena del». Al pie dice: «Notifícasele.»

Sigue trabajando la Junta: no le bastan sus agentes, y acuerdan, el 14 de enero de 1591, nombrar procurador fiscal a Juan Yáñez Fajardo, con sueldo de 20.000 maravedís al año.

El 28 de enero del mismo año queda aprobado, y se publica, otro pregón. Entre los papeles de los expedientes está el acuerdo original, autorizado por las firmas de Jiménez Ortiz, Gaitán de Ayala y el escribano Francisco Martínez. Al cuaderno de pergamino le faltan los capítulos a partir del quinto, último incluido, por falta del folio cuarto¹.

¹ La transcripción de lo textual está tomada del documento original, con las variantes usuales. La publicada por el señor González Amezúa está demasiado modernizada.

«Los señores que por mandato y comision del Rey, Nuestro Señor, se juntan a proveer y ordenar, y a cuyo cargo esta el ornato y puliçia desta Villa y Corte, y a las cosas tocantes a ello, y a la salud y limpieça della, ordenan y mandan a todos los vecinos y moradores y estantes en esta dicha Villa y Corte, de cualquier estado, calidad y condiçion que sean, que guarden y cumplan lo que en estos capitulos ira declarado, so las penas en ellos y en cada uno dellos puestas, en las quales los dan por condenados lo contrario haçiendo, aplicadas la mitad para los gastos de las obras publicas y de la dicha Junta e la otra mitad para el denunciador.

1.º Primeramente que esta Villa, Justicia y Regimiento della, ni otra ninguna huniversidad ni persona particular, de cualquier calidad que sea, de oy en adelante no edifiquen, ni labren, ni vendan, ni den a censo para edificar ni labrar ninguna tierra ni solares yermos fuera desta Villa, aunque esten conjuntos a las casas y poblacion della, sin pedir primero liçencia y presentar y mostrar, ante los dichos señores la planta e intento que tienen de edificar, para que se les de por ellos liçencia y la orden y traça que han de guardar, y para que los dichos edificios nuevos no salgan, ni ecedan de los limites que a de aver en la poblacion de esta Villa, ni perjudiquen al ornato y puliçia della, so pena de que dichas ventas, çensos y enagenaciones seran, y dende luego se dan, por ningunos y de ningun valor y efeto, y los edificios que se hizieren se mandaran derribar y deshacer a costa de los dueños dellos. Y demas de lo dicho incurran en pena de diez mil maravedis por cada posesion, sitio o solar que se vendiese o edificare contra la dicha orden.

2.º Que en todas las casas y edificios desta Villa y sus arrabales, aunque sea en partes muy remotas, en que ubiere tejaroçes, aleros o tejadillos, mostradores o perchas, o cubiertos de tiendas o de bentanas, o de bobedas, o entradas de caballeriças, scriptorios de scribanos, tabladillos, poyos, scalones, lumbreras o otra cualquier cosa fixa que bolare o saliere de las paredes y no estubiere mas alto que onze pies del suelo de la calle [3,08 metros], dentro de quinze dias, contados del en que se pregonaren estos capítulos, lo quiten y derriven todo ello, sin dejar cosa ninguna que salga a fuera del paño de las paredes, sino fuere tan solamente en los dichos aleros y tejaroçes medio pie, que se permite que buelen las tejas de los canales, aunque esten mas bajo de los dichos onze pies,

y dende ellos arriba puedan bolar y salir a fuera de las paredes todas las dichas cosas pie y medio [42 cm.], so pena de seis ducados, y que se quite y derribe a su costa del dueño de la casa donde estubiere.

3.º Y so la misma pena se les manda que quiten y desagan qualquier chimenea que bolare y saliere de las dichas paredes y del pañeo dellas, saliendo a qualquier calle publica, aunque esten las dichas chimeneas mas altas que los dichos onze pies en qualquier alto que esten, en qualquier cantidad que salieren afuera.

4.º En todos los portales de la plaça y calle Mayor, y calles de Toledo y de Atocha, y las demas desta Villa, donde ubiere pilares de madera, los dueños dellos dentro de tres meses, contados segun esta dicho, los quiten y pongan en lugar dellos otros de piedra, con sus basas y capiteles de lo mismo, so la dicha pena de los dichos seis ducados por cada casa donde los ubiere, pasado el dicho término, y que se quiten y muden a costa de los dueños dellos.

5.º [Afecta a los que trabajan y venden en la calle: bodegones, sastres, cabestreros, zapateros, cerrajeros y tenderos en general, a los que se permite solamente en los lugares previamente señalados por la Junta.]

6.º [La venta de carbón y leña se fija en la plaza de la Madera, en la calle de Toledo, calle de Alcalá (luego del convento de las Vallecas) o plaza de Santo Domingo.]

7.º [Venta de piedra, cal y yeso: de la puerta trasera del hospital de Antón Martín hasta las casas de Antonio Pérez, y no antes, ni frente al hospital.]

8.º y 9.º [Trabajos de madera, hierro, cobre, acero y demás metales: se hagan y vendan dentro de las casas, excepto aquellos que tuvieran soportales, o en tiempo de feria, y aparte, los forasteros que los trajesen a vender.]

10. [Los esparteros han de vivir, morar y vender donde se les señale; al igual que los tintoreros, alfareros, alcalleres y herradores.]

11. [Que a los mercaderes de telas, freneros, guarnicioneros, espaderos, silleros, tundidores, doradores, roperos, jubeteros, corredores, cabestreros, cajeros, carpinteros, torneros y otros que tienen tiendas en los portales de la calle y plaza Mayor y calles de Toledo y Atocha se les limite por la Junta el uso y ocupación de sus respectivos soportales.]

12. Que todas las personas que labraren o edificaren, o repararen, o hizieren otra qualquier obra en qualquier casa desta Villa, de qualquier calidad y dueño que sea la dicha casa y obra, no ocupen ni hechen en las dichas plaças y calles publicas la tierra, cascote, arena y las demas ynmundicias que sobren de las dichas sus obras, sino fuere por hazello llevar luego al campo [pudiendo tenerlos a lo sumo diez dias].

Y porque venga a notiça de todos, etc.»

Lleva al pie una nota de Francisco Martínez, del tenor siguiente:

«En la Villa de Madrid, martes veinte e nueve dias del mes de henero de mill e quinientos e noventa y un años, por ante mi, el scribano publico y de los dichos yuso scriptos, por boz de Pedro de Madrid y Baltasar Sanchez, pregoneros publicos con altas e yntelegibles bozes, presentes los alguaziles Taraçona y Tovar, alguaziles desta Villa, en la plaza de Sant Salvador y en la que esta a la puerta de Guadalajara y en la plaça Maior desta Villa y en la calle de Tocha y puerta de Santo Domingo se pregono este pregon, siendo presentes Diego de la Ponte e Joan Rodriguez de Riba de Neira, y otras muchas personas que a ello fueron presentes. — Ante my, *Francisco Martínez.*»

Nos encontramos por primera vez¹ unas ordenanzas de la construcción, muy concisas y poco extensas en comparación de las actuales, largas y detalladas de sobra en fuerza de puntualizar y desarrollar las mismas ideas fundamentales, recogidas en esta primera por completo, una vez separadas las nacidas de nuevos usos o modernizaciones, entonces empezadas a soñar por los teóricos. Es interesantísima la parte de ordenación, ornato y decoro de los nuevos edificios, que han de presentar planos y memoria a la Junta, encargada taxativamente de estos menesteres en forma bastante autoritaria, cosa lógica en aquellos tiempos y con mayor motivo tratándose de asuntos nuevos para los que no era posible inventar una reglamentación de repente.

¹ Hasta ahora son las más viejas publicadas. Existen, sin embargo, otras inéditas en el Archivo de Villa con fecha anterior.

Cuando es posible, se da; así sucede con los vuelos, salientes, alineaciones, aleros y porches; en las otras cuestiones de estética la reglamentación es difícilísima siempre, y entonces de novedad absoluta: la novedad sobre la cual llamó Herrera la atención y afirmó era esencial para conseguir bien la nueva capital. Todas sus ideas están recogidas en el pregón, que no sale de la Junta, al menos en su forma definitiva. Brota de más arriba, y el original, por suerte conservado, está redactado en forma enteramente diversa de la usada por Francisco Martínez, autor de todos los escritos de la Junta, menos de éste, escrito, con letra cuidada y limpia, en estilo bien diverso.

Otra nota interesante de estas primeras ordenanzas es la reglamentación de mercaderes y artesanos, que entonces comenzaba a ser un poco trasnochada, ya que en Valladolid quedó relegada años antes, cuando se incendió la plaza. Ciertamente es que en el pregón tienen poco del viejo carácter gremial y se orientan hacia su mejor funcionamiento, así como a evitar los fastidios de talleres molestos y los inconvenientes de la venta callejera.

Parece que fué desagradable a los interesados, que intentaron un motín, con sustos, carreras, treinta detenciones y cuatro castigos afrentosos, según nos cuenta sesudamente Cabrera de Córdoba y abulta mucho el padre Sigüenza, peor enterado en su encierro escorialense.

El 4 de marzo de 1592 firma el rey la segunda cédula; léese el día 9, y va inserta en el libro con todo cuidado. Es de advertir que la Junta llevaba un cuaderno (acuerdo del 20 de marzo del 92) para registrar todas las consultas de Su Majestad y sus respuestas, por desgracia no encontrado. Los acuerdos son pocos, al menos los escritos, y el dichoso librito sería enormemente curioso para ver la actuación de los altos poderes que andan detrás y por cima de la Junta. Esta cédula real es consecuencia de tales consultas, siempre definitivas y constantes desde mucho antes de registrarlas. Reconoce con largueza desvelos y trabajos para que la Villa «se ennoblezca con nuevas obras publicas y hedificios particulares»; más hay un triste percance: los recursos de la Junta no son bastantes, y «a resultado que esta Villa de Madrid esta muy empeñada por alguna de las dichas obras publicas que se an hecho, suelos y casas y sitios que se an tomado para ellas y para ensanchar la plaça Mayor

y la que llaman de Sta. María, de que se deven muchos dineros y çensos». [¡Aquellas cuentas galanas de la Plaza Mayor! La deuda total asciende a quinientos mil ducados. El rey propone remedios, y termina:] «Sacando ansimismo cada un año de lo que proçediese de la sisa de la carne, los diez mill ducados que por çedula mía estan mandados librar para las obras, ornato y puliçia de la Villa.—Fecha en Madrid; etc.» (Refrendada por Gasol y dirigida a Jiménez Ortiz.)

Muestra la cédula los trabajos intensos de la Junta mucho mejor que los pocos y escuetos acuerdos anotados, a la vez que menciona un dato importantísimo para las obras de la plaza, que se recogerá después. Del ensanche que hicieron en la otra de Santa María no hay nada. Aumenta el número de vocales de la Junta, apuntando a remediar algo que había quedado cojo. La tal Junta recogía en su seno a uno de los organismos rectores de la Villa; pero no la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, incluída desde este momento. Así, la nueva entidad unió todas las actividades posibles, y en cumplimiento de ella, el día 12 de marzo reúnen en casa de Jiménez Ortiz el licenciado Juan Sarmiento de Valladares, del Consejo Real; el licenciado Gudiel y el doctor Pareja de Peralta, alcaldes de Casa y Corte; Luis Gaytán de Ayala, Zapata y Galarza, ya conocidos. Nombran un relator, Pedro Baz, que lo era de la Cárcel Real; porteros, Juan de Antezana y Juan Gómez Fajardo, y depositario, a Andrés García, por acuerdo de 17 de abril de 1592.

Por otro, de 22 de abril de 1592, ingresa como escribano Bartolomé Calderón. Tales escribanos parecen no andaban muy duchos en su cometido, y un acuerdo pintoresco, tomado el 13 de mayo, les ordena a rajatabla no admitan ninguna denuncia de portero, bien sea como denunciante o testigo. Antes (17 de abril) les ordenaron no sacasen *prendas* sin mandamiento.

Nuevo funcionario el 3 de junio:

«Que se nombre a Francisco de Mora por maestro mayor de las obras que se hizieren en esta Villa por orden de la Junta, y se le den de salario 300 ducados cada un año, y este salario corra desde primero de henero de este año de noventa y dos; el qual tenga a su cargo las dichas obras y haga las traças, monteas y condiçiones y modelos, y tenga cuidado de ver y visitar las dichas obras y lo que mas fuere neçesario para

que vayan con el ornato y perpetuidad que conviene, y como su Magd. mas se sirba, por cuya orden se haze este nombramiento y lo que ha hecho hasta agora en este ministerio se entienda entra en este salario, sin que pueda pedir ni pida otra ninguna cosa.»

Dice muchas cosas el acuerdo. Lo toman por orden real. Lleva ya tiempo trabajando para la Junta. Aclaran cumplida y fielmente sus obligaciones, que no difieren gran cosa de las actuales, y explican cuál era la misión del proyectista y director de obra en aquellos años del siglo xvi.

Juan de Herrera, entonces ya francamente achacoso, ha colocado a su otro ayudante predilecto, con seguridad porque Valencia está igualmente viejo y enfermo.

Otros acuerdos, siempre de funcionamiento, dejados aparte cuantos atañen a las obras, nos hablan de un cambio introducido en las horas fijadas para *baçiar*: del 1 de abril al 30 de septiembre, después de las once de la noche; desde el 1 de octubre al 31 marzo, pasadas las diez (acuerdo del 4 de julio). El 17 de diciembre apruébase un nuevo pregón sobre *mantenimientos*, porque los encarecen los *recatones*, que se adelantan a los caminos cuando los traen, y luego los revenden caros; abundan los de trigo, cebada, etc.; porque la Junta tiene una actividad extraordinaria, de la que nos da cuenta un borrador inédito que anda suelto al fin del legajo. Está escrito el año 1599, cuando, ya ido de este mundo Felipe II, quedó sin su decidido amparo y el nuevo monarca empezó a mermarle medios y atribuciones:

«Su Magd. por lo que tocaba al bien y beneficio publico y aumento desta Villa, y para que en ella hubiere la limpieza, ornato y pulçia que combiene, y para las obras publicas y hedifiçios que en ella se hiçiesen y para su gobierno y desempeño, y para la provision del pan y vino que se trae y mete para su [pósito, tachado; encima, abasto] y abasto desta Corte y para los demas mantenimientos, para por la malicia de los tratantes y regatones, que suelen de ordinario mezclarlos, corrompiendolos y dañandolos, y muchos fraudes en los precios, pesas y medidas, y quebrantando la postura dellos. Cesase en estas cautelas, y para la cobrança de las deudas desta Villa y hacer

tomar las cuentas de su posito, propios, sobras e rentas, y de las sisas que estaban conçedidas para ayuda a su desempeño y para que usasen de medios y arbitrios para el y para arrendar y beneficiar las otras sisas y las que estaban conçedidas en la carne y rastro y para que de todo lo que desto proçediese quitar en los censos y pagasen las deudas sueltas, y para que la Villa gastara con moderacion sus propios y rentas y diez mill ducados en obras, y hiciesen postura en el pan, vino, carne y otros mantenimientos, que se traen y venden en esta Corte, y executar lo que se ordenase por la mayor parte, abiendo tres botos conformes y la apelacion ante ellos, con jurisdiccion pribativa. Creo la Junta y nombro en ella al principio a los Sres. licenciados Ximenez Ortiz y Valladares Sarmiento, y al licenciado Gudiel, Dr. Pareja de Peralta, alcaldes de su Casa y Corte, y al Corregidor que es o fuere de esta Villa de Madrid, para que el o los susodichos o la mayor parte dellos, por ausencia o enfermedad, o justo ympedimento de alguno dellos, asistiendo con ellos dos regidores, tuviesen cuidado en la execucion de lo que en la dicha Junta se acordare; pudiesen tratar, conferir y practicar, resolver y executar todo lo que entendiesen ser nesçesario y conbiniente para los dichos hefetos. Aviendo consultado a su Magd. primero lo que les paresçiere en las cosas que fueren de consideracion. Estos señores todos, dende nuebe de marzo del año de noventa y dos asta fin del año de noventa y quatro, hiçieron las posturas del pan, carne, vino y otros mantenimientos, que se metian y vendian en esta Corte, y probeyan el posito de pan de todo lo que hera nesçesario, haciendolo comprar y traer donde quiera que lo avia y trataron de las posturas de los demas mantenimientos que se trayan, metian y bendian en esta Corte y daban orden y traça en las obras que se avian de haçer en esta Villa, ansi suyas como de particulares; despues entro su señoria el señor Presidente y los Sres. Geronimo del Corral, por muerte del Sr. Ximenez Ortiz, y Rui Perez de Ribera y el alcalde Ayala, por muerte del Dr. Pareja, y en esta Junta se fue tratando lo mismo y particularmente lo del abasto del pan, a que se acudia con mucho cuidado y diligençia, y estuvo siempre muy probeida desto y de todo lo demas nesçesario y a muy moderados preçios; y lo mismo se hiço con lo que toca al ornato y puliça y obras, que da tanta autoridad como se a visto, y por hacer la Villa la diligençia diçiendo que se les quitaba su preheminencia en la primera ynstançia, aunque se les de-

negó por dos veces el año pasado de noventa y ocho, no se conserbo la Junta como antes estaba, y se dexó lo que toca al abasto de pan y vino y otros mantenimientos, de que an resultado, dos ynconbinientes, que se an visto en lo que toca a la probision de pan y vino, porque no se a visto tan caro ni menos de muchos años a esta parte, y en la espedición de los negoçios tocantes a ello no a abido tanta brebedad en el despacho como avia en la Junta, porque se despachaba alli luego yncontinenti y ansi el bien y beneficio desta Villa y para lo que toca a su gobierno y desempeño, y cobrança de sus deudas, y acabar sus cuentas, y cobrar sus alcançes y mas deudas, es nesçesario y muy ymportante que la Junta se torne en el estado en que estaba y haga lo mismo y de la misma manera que su Magd. con tanto cuidado la crio, porque si se ha de nuevo empeñado y no tiene personas que con mucho cuidado, como se tenía, asistan a todo esto, esta Villa quedara destruida y acabada, demas de que en lo que toca a su ornato y puliçia cesara todo lo que a abido asta agora, abiendo sido de tanta ymportançia como se a visto y ve por expirençia.»

Está redactado este cansino, monótono y pesado alegato por el mismo Francisco Martínez, y por una nota marginal (*Lo del memorial de la Junta*) comprobamos fué un intento de vuelta al esplendor pasado, basada en la *expirençia* de sus trabajos, y principalmente en los que atañían a los *mantenimientos*, pan y vino, y a las obras públicas y particulares, a su buen orden, *ornato y puliçia*, imposibles de conseguir sin la *traça y orden* impuestos por la Junta, luego de consultar a Su Majestad los asuntos importantes, a juicio de los componentes, entre los que figuró el presidente del Consejo Real.

No la reglamentaron, es otra consecuencia del mamotreto, cosa rara con un monarca tan ordenancista; y lo curioso es que el otro organismo parecido, la Junta de Obras y Bosques, tampoco tuvo reglamento especial.

Reuníanse los componentes de la Junta los lunes, miércoles y viernes de cada semana; resolvían sus complejos menesteres con o sin consultas previas al rey y a los técnicos; tomábanse los pertinentes acuerdos, y esto era todo.

Como en casi toda la documentación de estos siglos, faltan los más de estos trámites. Está claro que existían, por los pocos llegados

a nosotros; pero su falta de formalidad y aparato administrativo reducía estas consultas a simples notas, rara vez conservadas, con el perjuicio lamentable de que al mismo tiempo se perdió con tales apuntes la labor de los técnicos. Es raro conste quién es el autor de unas trazas, aparecidas como por arte de magia, y aun los pocos acuerdos escritos—unos ciento setenta en los nueve años de tres reuniones semanales—mencionan así como cuatro o cinco veces a los ayudantes de Herrera, y ninguna a Felipe II ni a su arquitecto. Sin las pocas notas de los archivos de Valencia de Don Juan, de Zabálburu y del British Museum, hubiese quedado absolutamente desconocida su actuación, interesantísima.

Para terminar con los papeles y volver a las reformas urbanas, falta resaltar un poco el pugilato que era de esperar entre Concejo y Junta. Rara vez dos entidades con análogos cometidos, que se entremezclan unos con otros, pueden vivir en paz y armonía. Todavía es peor el pleito si la creada posteriormente está por cima de la tradicional en autoridad, apoyo de las alturas o medios económicos y de actuación; entonces el conflicto es inevitable, y tan pronto la ocasión preséntase oportuna, vuelve quien puede por sus fueros y reconquista del terreno perdido, cuidando mucho, claro está, de fundar sus pretensiones en grandes méritos, tradiciones insignes y relevantes servicios.

Esta fué la historia de la que llamamos *primera Junta de Urbanismo*, utilizando la fea palabreja moderna y afrancesada, porque ya no hay más remedio si queremos entendernos. Tuvo orígenes flamantes, actuación meritoria, éxitos indudables, y declinó cuando el favor real que le dió la vida se fué para no volver. Desde entonces languideció, agotándose lentamente.

IV

LAS TAREAS DE LA JUNTA

Veamos ahora sus frutos en las reformas madrileñas, casi todas emprendidas antes y que fueron la causa eficiente de su gestación y nacimiento. Para conseguir una mayor claridad van agrupados los acuerdos referentes a cuestiones análogas, prescindiendo del orden cronológico del manuscrito, al que se hará constante referencia en su doble aspecto de libro de actas y expedientes.

Un primer grupo, ahora de interés nulo, se relaciona con el abastecimiento. Aunque sus resoluciones son inéditas, como las demás que les siguen, van solamente reseñadas para cumplir la única misión que pueden tener aquí: orientar a quienes afecten para sus estudios.

Preocupación constante fué siempre el trigo, en general unido a la cebada, tan precisa para los animales como el pan lo es para las personas.

El *alholí* no tiene bastante capacidad para la harina necesaria, y en 18 de marzo de 1592 (fol. 6) se amplía. En otras ocasiones fué también obligado dar mayor cabida al almacén del trigo. Ahora es «otra troxe», aparte de las dos empleadas en este menester. El 3 de abril dan comisión al señor Ahedo de Trillo para comprar trigo; el día 8 se preocupan de la venta de pan (fol. 6 vto.), y el 29 traen 300 fanegas de harina y 400 de trigo (fol. 7), al par que ordenan a los taberneros no tengan *bodegones* ni *mondongueros* a sus puertas.

Los días 17 y 26 de junio toca el turno a la cebada (fol. 8), y fijan sus precios; el 2 de julio está consignada la postura de la cebada, al mismo tiempo que adquieren trigo; acuerdos que repiten para más cebada y pan el 1 de agosto (fol. 10); el 18 fijan precio a este último, y repiten el 17 de septiembre (fol. 11 vto.) tasando el pan de dos libras a 18 maravedís, publicándolo el pregonero al día siguiente. El 10 de diciembre (fol. 12 vto.) cunde la preocupación del próximo año, y acuerdan entregar doce mil ducados para trigo, exigiendo, pasados unos dos meses (20 de febrero de 1593, fol. 13 vto.), una

relación del trigo que falta por traer, último acuerdo que consta en el libro, al que precede otro del día 18 con nuevos precios de cebada, y del 4 para trigo y harina.

Las carnes tienen su reflejo en las preocupaciones de aquellos graves señores. El día 8 de abril de 1592 (fol. 6 vto.) tratan de la provisión de carnes, traídas y pagadas, al par de otras que no constan, el 17 de junio (fol. 8), por valor de 3.000 ducados. En esta cantidad debe de estar incluida la compra de ganado vacuno en la feria de Zafra (10 de junio, fol. 7 vto.), repitiéndose el pago el día 10 de noviembre (fol. 12), esta vez para tocino y pescado. Completan la serie los acuerdos de los días 12 y 17 de diciembre ordenando a los caponeros saquen la cebada que venden por las plazas a las puertas del Sol y Santo Domingo y la Latina, con apercibimiento de pérdida y multa si en otros lugares los ven; y a los *recatones*, que siguen con la mala costumbre de comprar por los caminos cuando los campesinos traen las provisiones, para revenderlas luego de tapadillo y más caro; costumbre de todos los tiempos de escasez.

Terminados los empeños de abastos, inician otros de orden diverso. Entre ellos, la dificultad de que se lleven los hornos para cocer pan donde no molesten. «Que se consulte a su Magd. (10 de diciembre de 1592, fol. 12 vto.) que los que an de hazer ornos no quieren hazerlos en los arrabales sino en casas propias que ayan de hedificar de nuevo, y estas se les an de reservar de huespedes de aposento.» Poco antes (el 15 de octubre, fol. 12) ordenaron ya «que se pregone que todos los panaderos de corte o villa que son al presente, e los que quisieren ser, que tovieran casas o solares, se les dara libertad de guespedes del aposento por todo el tiempo que tovieran y sustentaren los dichos ornos, y pareciesen a se screvir ante Francisco Martínez, scrivano del número del Ayuntamiento desta Villa, a se scrivir». Eran tiempos difíciles, y no dicen cuál fué el resultado de la consulta, que fué unida con otra confirmadora de tales problemas agudos: «Los labradores no quieren tomar trigo ni harina para tenerlo de manifesto.» Eso que ahora tiene un nombre novísimo, y las ventajillas de cuantos desean aprovechar todas las circunstancias en provecho y utilidad propios, preocuparon hondamente a los señores de la Junta.

Siguen hacia los alrededores y arrabales: sus huertos han de registrarse (16 de enero de 1593, fol. 12 vto.): «Un puente en el

barranco de Leganitos, acordado el cuatro de febrero del mismo año.» Repiten y reiteran las denuncias por infracciones sobre limpieza e inmundicias (16 de enero del 93), y llueven las *prendas* de quienes no pagan o lo hacen mal. Entre otras, un poco fastidiosas, la siguiente (10 de noviembre del 92, fol. 12): «Que se notifique a don Fadrique de Vargas Manrique, o a su mayordomo, que luego quiten un albañal que cae y sale de su casa a la callejuela de San Pedro, entre las dichas casas y las casas de Diego Vargas [las que dificultaron la calle de Segovia], atento que cae muy de alto y conforme al pregon no se puede tener. Lo que cumplan so pena de çinquenta mill maravedis para la camara de su Magd. y que se hara a su costa.» Debe cumplirse, porque no hay más acuerdos sobre dicho asunto.

De mayor envergadura son las calles. Solamente su conservación lleva día tras día su nota, resuelta o no, según los casos. En 18 de marzo de 1592 (fol. 6) ordenan «que los hoyos de la calle Mayor, calle de Tocha, calle de Toledo y las que van a Palacio, se reparen [roto] empedrados neçesarios, con el cuidado necesario, y el señor Corregidor lo haga hazer, y lo que se gastare en ello se pague de sobras de rentas por el recetor desta Villa, librandose en la forma acostumbrada y como hasta agora se a hecho lo de la parte que costare a esta Villa, y para esto, y lo demas que se deva de hazer, se busquen y traigan empedradores de fuera». Parece no había bastantes aquí, o no eran de gran confianza.

Francisco de Mora, Antonio y Diego Sillero, deberán encargarse de estudiar (en 17 de abril) «lo de los empedradores, y den su parecer sobre ello»; así en general y extendido a toda la Villa, como confirma la orden para «que se pregone que quien quisiere encargarse de tener en pie los empedrados desta Villa, por calles o parroquias o cuarteles o toda junta, que acudan al Sr. Licdo. Gudiel o al Sr. Corregidor o a cada uno por si a hazer su postura». No tuvo gran eficacia, y el 20 de agosto (fol. 11) acuerdan «que se haga el repartimiento del repaso de la cuesta y calçada y calle [así: especificados los tres tramos] de Toledo, como esta acordado, haziendose [el reparto, no la calle] honze leguas en largo y tres en ancho de cada poste en contorno desta Villa, repartiendo este distrito las dos partes y la otra tercia parte se reparta y pague esta Villa, conforme la tasaçion que hizieren Antonio y Diego Sillero y el repartimiento lo hagan el Sr. Corregidor y el Sr. Galarza y Francisco Martinez».

Y luego: «Que lo que monte el empedrado de la calle de Alcalá y reparo de aquel camino, que se haze para la buena benida de su Magd. se reparta: dos partes entre los lugares que estan diez leguas en contorno desta Villa, y en la ciudad de Guadalajara y villa de Alcalá de Henares, y se haga por el Sr. Corregidor y Gabriel de Galarça y Francisco Martínez, conforme a la declaracion de Antonio Sillero»; constando al mismo folio el 19 de septiembre «que se pongan en poder de Gregorio Sanchez otros mill ducados [no constan partidas anteriores] para proseguir la obra de los empedrados de la calle de Toledo y calle de Alcalá, en el interin que se cobran los repartimientos y se libran en sobras de rentas, y Gregorio Sanchez lo gaste por orden del Sr. Corregidor».

Junto a la conservación está el trazado y apertura de calles nuevas y la reforma de varias antiguas. Entre las primeras hay dos de poca importancia en las proximidades del Alcázar. La más cercana está mencionada en una instancia dirigida a Jiménez Ortiz el 7 de marzo de 1592 (Expedientes):

«Muy poderoso señor: Diego de Herrera, contador de quantas de vuestra Alteza¹ dice que por mandado de V. Alza se corto un pedaço del corral de sus casas, para el ensanche de la calle que ba de la posada del Presidente del Consejo a Palacio, lo cual se hizo sin çitarle ni llamarle para ello, sin medir y tasar el dicho pedaço de corral, a v. Alteza pide y suplica mande que esto se tase, puniendo el de su parte una persona con la que nombrare la Junta, y se le pague lo que montare, que en ello rescivira merced.—*Diego de Herrera.*»

[Vuelta]: «Que nombre quien se junte con Diego Sillero para tasarlo», [y abajo]: «Corte de calles a Sta. Maria.»

La calle tan expeditivamente hecha, sin el menor trámite previo, será la que une con amplitud y sin estorbos los puntos 2 y 3 de los croquis primeros. Las demás callejuelas de esa zona, desaparecidas todas, no acusan reforma alguna. La obra estuvo relacionada, o fué consecuencia, del ensanche que hicieron en la plaza de Santa María.

¹ Es raro el tratamiento. Lo tenía el Consejo de Castilla. Aquí va dirigido a un consejero, y no es caso único: las comunicaciones de los escribanos lo repiten, aunque no constantemente.

Otra nueva calle, entre San Ginés y las Descalzas, recién fundadas por la princesa Doña Juana de Portugal. Consta la primera noticia en el folio 3 del libro de acuerdos de la Junta (14 de enero de 1591):

«Que se de orden como se ensanche la callejuela que suve para el monasterio de las Descalzas desde la plazuela de la yglesia de St. Ginés, tomando de las casas de Joan y Lorenço Ramirez lo que por orden de esta Junta esta tratado, que hera antes el ospital de St. Gines, y lo mismo, si fuere necessario de las casas de Joan Fernandez de Espinosa y lo mismo de las de los Alcantaras [*sic*], que estan estotra esquina, y se les notifique nombren tasadores, que se junten con Diego Sillero a quien la Junta nombra, con apercivimiento que, no nombrandose, nombrarase de ofiçio, y tercero en caso de discordia, y lo que toca a lo que se a de tasar a Joan y Lorenço Ramirez, a de ser lo que se a hecho despues del conçierto que con ellos se hizo.»

El 20 de agosto del año siguiente (fol. 11), nos cuentan:

«Que la cantidad que monta lo que se paga por lo que se a cortado de la calle nueva de Sant Gines, para su ensanche, se repartan las dos partes della entre los vecinos de las calles que se a tratado en esta Junta, y la otra parte a esta Villa, y el repartimiento hagan los Sres. Corregidor, Galarça y D. Pedro Çapata con Antonio y Diego Sillero.»

Y el 28 de noviembre (fol. 12 vto.):

«Que Diego de Chaves meta en la arca tresçientos y veinte e çinco mill maravedis, para pagar lo que se toma de las casas de Joan Fernandez de Espinosa, y otras cosas, y se hagan las libranças neçesarias.»

El trámite es menos expeditivo, aunque igualmente eficaz, y la calle se ve perfectamente en el plano de Texeira (figura 11), corta y recta entre las dos placitas de ambos edificios.

El resto de cuanto registran sobre calles en general, así como las obras, se refiere a detalles pequeños, muy de ver todos, porque

indican la preocupación de mejoras por doquier, consecuencia de un plan general, fácil de llevar en la memoria y sin complicaciones escritas por la pequeñez y facilidad del Madrid de entonces y sus escasos servicios. Por esto no llegó a nosotros y tenemos que adivinarlo.

Así, un acuerdo de 4 de julio de 1592 (fol. 8 vto.) manda «que se notifique a Roque de Paredes, herrero, que derrive el portal que esta delante de su casa, a la herrería [sitá en desconocido lugar] pagandole lo que esta tasado, por mandado de los dichos señores, llevando para si los pertrechos, y se derrive luego, y si no se derrive a su costa».

Un mandamiento a Antonio y Diego Sillero da cuenta el 7 de junio de 1591 (Expedientes) de cómo han de ver un poste de piedra que Bernal Andrés quiere poner en su casa de la plaza de Herradores, en cumplimiento del pregón, sin duda. Al dorso:

«Por este mandamiento de v. m. emos ydo a ver y señalar adonde se ha de poner un poste, entre las casas de Alonso de Migolla y casas de Bernal Andres, verdugadero, y nosotros lo hemos visto y mirado y dezimos que el pilar de piedra que quieren poner, se ponga, aziendole buena zepa devaxo, de cal y canto, y se ponga el pilar de medio a medio de las divisiones de las casas, puniendose con una esquadria que salga desde la dicha medianeria al poste que se pone en el portal, de manera que el pilar de piedra ocupe la mytad de la grosseza en la una pertenencia y la otra mytad en la otra, y desta manera se pondra el pilar sin agravio de los susodichos; y es nuestro parezer por el juramento que azemos y lo firmamos de nuestros nombres. —*Antonio Sillero.—Diego Sillero.*»

El problema de las alineaciones tiene asimismo testimonios entre los informes de los expedientes:

«Mando a vos, Gregorio de Usategui y Elena Hortiz, vecinos desta Villa, que no prosigais con las obras que teneis empeçadas en vuestras cassas, en la calle de las Fuentes, hasta tanto se bea si es conbeniente que se quite un rincon que esta junto a las dichas vuestras casas, para el hornato y puliçia de la calle, y mando a los oficiales y peones, que en ello trabajan, no prosigan con ello, so pena los unos, y los otros de

cada cinco mill maravedis, y que se demolera lo que se hiziere, atento que por el procurador general se a pedido asi.—Fecha en Madrid a veinte y dos de agosto de mill DXCI años.
Martínez.»

La notificación va escrita al dorso y en una de las letras más pésimas que pueden verse:

«En la villa de Madrid a veynte y dos dias del mes de agosto de myll y quinientos e noventa e un años. Yo, el escrivano yuso scrito, notifique el mandamyento de esa otra parte [la del anverso] a Gregorio de Usategui, vecino e negociante desta Villa, en su persona, el qual dixo que en la vesita que se hizo por mandado del Gregorio y por comisarios nombrados por esta Villa, para que biesen los edificios que estaban peligrosos, se vio que toda la casa de la dicha Elena Hortiz, que linda con las casas del suso dicho, en la calle de las Fuentes, y vista por los alarifes que hacen la dicha bisita acompañando al Sr. D. Gonzalo de Monzon, comysario nombrado por la dicha Villa, declararon que la dicha casa estaba peligrosa, y para segurida [sic] y por juicio de peritos, por mi, scrivano de la dicha bysita, se le notifico saliese della y la derribase, y bisto el peligro que por estar vezino le podia resultar, dio por su parte el permiso correspondiente, pidiendo se mandase cumplir el parecer de los dichos alarifes, de lo qual se dio traslado a la dicha Elena Ortiz, y se remato el negocio a prueba, en el qual el tiene el habal de provanza de como la casa esta peligrosa y para hundirse, y de como conviene para el hornato y puliçia publica que un rincon que esta en la casa de la dicha Elena Ortiz se quite, remetiendose adentro con el edificio de la dicha su casa, conforme esta acordado por esta Villa, quando queriendo edificar el Dr. Diego Lopez Madero y el, les compelieron a que saliesen con su edificio, conforme a la orden que esta Villa mando hechar, estando en este estado y para determynarse la causa, hecha probanzas por ambas partes, se entrego todo lo escripto en este caso, con testimonio publico de mi el scrivano de la visita y de la Junta de los señores que por mandado de su Magd. se haze para el ornato e puliçia de esta Villa, para que los señores della lo provean y determynen, conforme a la zedula que tienen de su Magd. Y que ansi suplican se bea por bista de ojos por

algunos de los señores de la dicha Junta, para que lo determinen, y provean lo que fuere justo, que el por su parte esta puesto de obedezzer lo que se le mandare. Esto dio por su respuesta e lo firme. — *Gregorio de Usategui*. — *Gaspar Valentin*, scrivano.»

«Este dicho día, mes y año dichos, yo el dicho escrivano, notifique el mandamiento de esta otra parte a Elena Ortiz y a Serafin de la Parra, oficial, que trabajaba en la dicha obra con otras personas, los quales dixerón que lo oyan y lo firme. *Valentin*, escrivano.»

Sigue otro mandamiento, casi simultáneo:

«Qualquier alarife desta Villa, bed la obra que en su casa hace Elena Ortiz de Atienza, y bed si con la dicha obra llega a un rincon que el procurador general pretende que se a de quitar e ygualar, para el hornato de la calle, y si la obra que haze es en perjuicio de la dicha pretension, y bisto, con juramento que primero hagais, declarad lo que conbiene cerca de lo suso dicho, y lo traigais ante mi para lo ber y proveer en justicia. — Fecha en Madrid a xxiii de agosto de mil DXCI años. — *Martinez*.»

Al dorso, el cumplimiento:

«Por este mandamiento de v. m. e visto la escalera que, dentro de sus cassas haze Elena Ortiz, contenida en el mandamiento de esa otra parte y por que me manda bea la pretension que esa Villa pretende para el ornato y puliçia della, y la dicha Elena Ortiz puede hazer muy bien la escalera que va haciendo para subir a sus aposentos, porque con ella no toca a lo que esa Villa pretende, con mas de quatro pies, y es todo el ese my parezer y declaracion, y sin hazer agravio a nynguna de las partes, por el juramento que hago, y lo firme de mi nombre. — *Blas Hernandez*.»

Al pie da cuenta el escrivano:

«En Madrid a veynte y dos [está equivocado: el mandamiento es del veintitrés] de agosto de myll e quinientos e no-

venta e un años, ante my, escrivano, Blas Hernandez, alarife de esta Villa, juro a Dios en forma e dio la declaracion de arriba, y lo firme.—Ante my, *Gaspar Valentin*, scrivano.»

En papel aparte continúan los trámites:

«Aucto.—En la villa de Madrid a veynte y tres dias del mes de agosto de mill y quinientos y noventa e un años. Visto este negocio por el Sr. Dr. Alonso de Lievana, teniente de Corregidor, que es, sobre el embargo que el procurador general desta Villa, en nombre della, hizo en la obra que Elena Ortiz haze dentro de sus cassas en la calle de las Fuentes, que lo que mandava y mando dar traslado al dicho procurador general, para que en nombre de la dicha Villa pida lo que viere que es conveniente, y que dando fianças de demoler la dicha Elena Ortiz se le embargue la obra, que ansi le esta embargada, y ansi lo ordeno e mando e firmo.—*Dr. Lievana.*»

[Al pie]:

«En la Villa de Madrid a veynte y tres dias de agosto de mill y quinientos e noventa e un años por ante mii, el scrivano publico de yuso scripto, parecio presente Francisco Roman Camero, vecino desta Villa, que vive en frente del pesso del Rey de esta dicha Villa, y que lo que se obligaba y obligo que la dicha Elena Ortiz labrara y hedificara la obra que hizo en sus cassas, que es en la calle de las Fuentes, conforme al parecer que sobre ello dio Blas Hernandez, alarife de esta Villa, y no ezedera en ello en cossa ninguna, donde no y en su defeto [sigue al dorso] siendo Luis Geronimo Feux y Alonso Martinez y Joan Perez, etc. responsables.—*Francisco Roman.*»

«Notificación.—En la Villa de Madrid a veynte y tres dias del mes de agosto de myll e quinientos e noventa e un años, yo el scrivano yuso scripto, notifique el aviso de esta otra parte a Juan de la Torre, procurador general de esta Villa, y en nombre de ella en su persona, el qual dixo que lo oye y lo firme.—*Valentin*, scrivano.»

No hay más papeles sobre este asunto, llevado con rapidez vertiginosa y que es de suponer terminara con el rincón de la calle, para su ornato. No puede pensarse de otro modo cuando tantos responden y afirman su cumplimiento.

Entre las calles de más importancia existen datos de la apertura del paseo de Atocha. Uno, muy viejo en el orden de la Junta (fol. 3), lo inicia:

«Otrosi acordaron que las casillas que estan junto al alameda, en la calle que baxa del Prado de Sant Geronimo para el camino de Ntra. Sra. de Atocha, en la travesía de un camino, que atrabiesa la dicha alameda, para las huertas que estan de la otra parte, hacia el çercado de Sant Geronimo, se derriben y quiten, por ser tan perjudiciales como son para la dicha alameda y encañados del agua de las fuentes que por el dicho camino van al pilon que esta en el, y para que a los dueños se les pague el valor dellas, se les notifique nombren por su parte tasador que se junte con Antonio Sillero, alarife desta Villa, a quien por parte de la Junta se nombra para ello.» (1 de agosto de 1590.)

Esta zona estaba sin urbanizar. El 14 de enero del año siguiente (en el mismo folio) acordaron:

«Que se tome lo que fuere neçesario del çercado de D. Luis Ramirez de Haro, para una calle nueva, que se a de abrir y plantar de alamos negros desde el pilon del camino de N.^a Sra. de Atocha, hasta llegar al dicho monasterio, como esta acordelado, y se notifique a D. Ladrón de Guebara, curador del dicho D. Luis Ramirez, nombre por su parte tasador que se una con Antonio Sillero, a quien por parte de la Junta se nombra para tasar lo que ansi se a de tomar del dicho çercado, con aperçivimiento de que de no nombrando, en su ausençia se nombrara, y terçero en casso de discordia.»

El paseo está trazado y marcado, *acordelado*, en su lugar y en toda su extensión, y se plantará de álamos negros, tan queridos de Felipe II.

Había por allí una conducción de aguas y un pilón, causas ambas de múltiples desvelos, como siempre que una de ellas aparecía

por cualquier parte. Los acuerdos sobre la materia abundan, y vale la pena de extractarlos rápidamente.

El miércoles, 27 de junio de 1590 (fol. 2), acordaron no se lavase ropa en el agua de regar los huertos, ya fuere de estanque y conducción, pozo o noria, so la pena de cuatro ducados y diez días de cárcel.

El 14 de noviembre de 1592 (fol. 2):

«Que la obra del alcantarilla que se a de hazer para llevar desde los labaderos [de los caños del Peral, deben de ser] el remanente del agua dellos a la guerta y jardin de su Magd. junto a la Priora, la haga Diego Sillero, conforme a la traça y orden que diere Francisco de Mora, y se haga a costa de obras de la Junta.»

.....
«Que se remate la del enlosado de los dichos labaderos al presçio que lo tienen puesto Joan del Pozo y Joan de Buesa Valdeastras.»

La primera intervención en materia de fuentes aparece el 17 de abril de 1592 (fol. 6 vto.), y ordena: «Que Antonio e Diego Sillero y Francisco de Mora, bean lo que toca a las fuentes de Leganitos y Lavapiés y fuentes del Prado.» El mismo día ordenan la libranza de doscientos ducados a cuenta de lo que se debe de la obra de los lavaderos, repitiéndose por cuatrocientos ducados, en las mismas condiciones, el 20 de mayo. (Fol. 7 vto.)

Poco después, el 14 de julio (fol. 10), ordenan reparos en las fuentes de Leganitos y Lavapiés, a cargo de Antonio Sillero, y el 7 de noviembre (fol. 12), «en esta Junta Diego Sillero, alarife de la Villa, aceto de hazer en persona la obra de las escaleras cortadas de piedra que an de hazer para los labaderos que se an hecho junto a las fuentes del Peral, conforme a la traça de Francisco de Mora, y lo dara hecho y acavado para el dia de Navydad primero venidero, o pagara quinientos ducados de pena, y los dichos señores lo acetaron».

No debieron de cumplir los anteriores, que hacían la obra a tasación, o no entraron los escalones en ella. Era obra pequeña, al menos se hacía rápidamente, y la pena impuesta y aceptada en caso

de incumplimiento parece francamente excesiva. Estarían ya cansados de plazos incumplidos, y apretarían la mano para que no fallase otro más.

Por fin, el 29 de agosto de 1592 registran los expedientes la obra del pilón y la fuente de la calle de Segovia, marcada por Texeira poco más arriba de las casas donde Felipe III instaló la fábrica de la moneda:

«Los señores que por mandado de su Magd. se juntan para el hornato y puliçia, obras, gobierno y desempeño [así, para que no haya duda], mandaron que los ciento y cinquenta mil quatrocientos y setenta maravedis, que esta Villa esta deviendo a Pedro de Nates, y sus herederos, de la obra que el suso dicho hiço en los paredones y pilon y fuentes y escudo de armas que hiço a la salida de la calle Nueva desta Villa, antes de llegar a la puerta de la Peste [*sic*], se libren en Pedro de Salçedo, recebtor desta Villa, para que los pague de sobras de rentas, y en la librança que se diere, se ponga que se depositen en el depositario general desta Villa, para que de allí se bayan pagando los embargos que estan hechos al dicho dinero, para que conforme a su autoridad se bayan pagando conforme a la cantidad que les cupiere y ansi lo mandaron y rubricaron.»

Firman Francisco Jiménez Ortiz, doctor Pareja de Peralta, Rodrigo del Aguila y Francisco Martínez.

La Junta era muy activa para proceder; pero no se libró de los atascos de dinero, que fueron y son la pesadilla de todas las empresas, a poco importantes y costosas que sean.

El documento nos da una noticia interesante: el nombre de puerta de la Peste, aplicado a la de Segovia, llamada siempre de la Puente, y la seguridad de que puerta y calle están en plenas funciones, no obstante lo cual sigue por aquellas fechas la duda de su continuación.

La fuente estaba ya terminada el 31 de octubre de 1590 (fol. 3):

«Acordaron que Antonio Sillero, alarife desta Villa, con pareçer y orden de Joan de Valencia, criado de su Magd., haga hazer las minas y conductos que se an de hazer de la fuente

del pilar nuevo, que esta en la calle Nueva, por la parte y lugar que señalare el dicho Joan de Valencia, para que las aguas que van a los caños del dicho pilar, vayan purificadas y limpias, y cesen los ynconbinientes que hasta agora se an visto, por benir los encañados por donde agora vienen; y como lo fueren haziendo, hagan relacion a la Junta, para que se provea lo que mas convenga.»

Lo que aquí dice asegura que la obra es anterior a la constitución de la Junta, la cual ha de pechar con su pago, que será uno de los *desempeños* de la Villa, tan cacareados. Quizá el nombre de la Peste, señalado poco ha, sea consecuencia de los *ynconbinientes que hasta agora se an visto* en la repetida fuente, de aguas contaminadas en tan gran manera, que forzaron nueva conducción, dirigida por Juan de Valencia, *criado de su Magd.*, por si hubiese duda de la intervención que el estudio montado en el Alcázar tuvo en todos los menesteres constructivos de la Junta. O también tal nombre extraño puede obedecer a que se abriera con motivo de la peste, que obligó a cerrar otras para combatir la epidemia.

V

LA CALLE DE SEGOVIA

El mismo documento consigna otro acuerdo, en ningún modo desdeñable, para la historia de la calle:

«Que se notifique a los cofadres de la cofadria [sic] de Sant Helisio [San Eloy. No conocía la otra forma], cuya adbocacion celebran los plateros, y a las demas personas, que compraron los sitios que estan en contorno del dicho pilar y fronteros del, que luego labren cada uno en su sitio con ornato y pulçia, conforme a los hitos y remates que dellos se hizo, con aperçibimiento, que se les haze, que se les quitaran y daran a otras personas para que los labren, que desde ahora se les alça qualquier embargo que de las dichas obras les este hecho.»

Se inician en los documentos aquí revisados los procedimientos modernos de expropiación y venta con plusvalía y obligación de construir en un plazo fijado, so pena de pérdida del solar. Tampoco existe duda de la ordenación entera de la zona, obligando a construir *con ornato y pulçia, conforme a los hitos y remates* hechos y marcados.

Y respecto del ayudante de Juan de Herrera, el 4 de junio de 1590 (fol. 1 vto.) acordaron:

«Que la orden que se a dado [¿Por quién? La Junta no llevaba un mes de vida] para la fabrica de la calle Nueva y lo que a ella corresponde para salir a la plazuela del Conde de Puño en Rostro, Juan de Valençia haga hechar los cordeles por la forma que esta tratado, para que se vea, conforme a la traça, donde van a herir y lo que se a de cortar de cada casa, para que se consulte a su Magd. y se execute la orden que sobre esto fuere servido de dar.»

No puede haber ya vacilaciones. La traza y la orden regia que aparentaron ignorar el corregidor Espinosa y su arquitecto Barreda, están aquí citadas con toda justeza. Como de costumbre, no dice quién la proyectó; es una mala costumbre, que no podemos evitar y sí lamentar cuantas veces sea necesario. Aquí la cosa está clara: es el primer asunto de obras registrado en el libro pocos días después de constituida la Junta, creada por real cédula y con instrucciones directas de Felipe II, entre las que puede afirmarse sin miedo a error que estaba ésta, unida a la correspondiente a la plaza, escrita a continuación de este acuerdo y de la cual trataremos luego. Siguen en serie otros más de calle y plaza, las dos obsesiones creadoras de la Junta, y del cumplimiento de todas encargóse al ayudante de Herrera, el mismo que el arquitecto de El Escorial utiliza para cumplir sus órdenes, como comprueban los pocos documentos directos que ha sido dable consultar.

Siguen los trabajos (fol. 2):

«Acordaron [13 de junio del mismo año] que el cordel que esta hechado [el que ordenaron pusiera Valencia] para lo que se a de cortar para salir derecho a la calle Nueva desde la esquina de abajo de las casas de D. Alonso de Erçilla adelante, se tase por Antonio Sillero e Antonio de Herrera (¿sobrino de Juan de Herrera?) a quien [*sic*] desde agora para ello se nombra, los quales lo tasen por menudo, para que se bea lo que podra costar todo.

Item. Que se heche otro cordel, para que se bea lo que se a de cortar de las casas que son de Gaspar de Ayala y de las casas del licenciado Herrera, que estan por bajo de ellas, y hechado se notifique a los dueños de las dichas casas, que nombren por su parte tasadores y que se junten con el nombrado por parte de la Villa, para que se bea y entienda el valor de lo que ansi se les quita y corta, con aperçivimiento que, no nombrando, en su rebeldía se nombrara, y terceros en caso de discordia.»

Tanta tasación *por menudo* y todos los *acordelamientos* no valieron para nada, y esta vez la Junta sucumbió ante el Concejo, que le llevaba la ventaja de diez años de forcejeo, largas y marrullerías en el asunto. Era difícil, o imposible, poder con ellos.

El último acuerdo consignado sobre la calle tiene fecha de 22 de abril de 1592 (fol. 7):

«Que se libren a Miguel de Arana lo que se le debe del sitio que tenía comprado y pagado a la puerta Cerrada y los veinte y cinco mill maravedis que pago de la compusición del dicho sitio para ser libre de huespedes [de aposento].»

Es otra noticia interesante. Este fué el solar aludido más arriba, recuperado para quitar la vuelta durísima; pero la *compusición* para librarse de la servidumbre de aposento mediante el pago de unos maravedises, acrecentadores del fondo de la Junta, era otra facilidad para ambas partes, Junta y comprador, parecida a nuestra exención de impuestos, y que hacía posible entrever el fin de las casas de una o dos plantas, *a la malicia*, para librarlas de la engorrosa obligación.

VI

CALLE MAYOR

Vistos los acuerdos sobre las calles de Atocha y Segovia, quedan dentro del tema propuesto los que atañen a la Mayor.

Por orden rigurosamente cronológico de acuerdos, el 22 de mayo de 1592 (fol. 7 vto.) ordenan:

«Que se libren a Doña Luisa de Tamayo lo que se la deve de lo que se corta de una casa en la calle que va de Sant Salvador a Sta. Maria [no hay otra distinta de la Mayor; es el trozo que todavía no tiene nombre], y lo mismo lo que se resta deviendo a D. Bernaldo Ramirez de lo que se corta de una casa para el ensanche de aquella calle y se hagan las libranças conforme a los autos en que se manda librar.»¹

Trata esta nota del ensanche de la calle. Basta mirar el plano de Texeira para comprobar las calles reformadas, mucho más anchas y cuidadas que todas las demás. Son precisamente las que vamos anotando y que se ven en el fragmento de la figura 11. Tras de la Plaza Mayor está la plaza de Herradores, por cierto sin soportales. Nace de ella la calle de las Fuentes, sin rincones; los caños del Peral y la otra calle que va de San Ginés a las Descalzas.

Destaca entre todas la calle Mayor. Además del ensanche, pudo nivelarse. Debe de tener esta explicación el siguiente acuerdo de 15 de junio del mismo año (fol. 8):

«Que se notifique a los dueños de las casas nuevas de la calle Mayor que luego las apuntalen, apuntalando cada uno su casa por una parte y otra, de manera que no se hundan, ni ellos ni los vecinos recivan ningun daño, con apercivimiento que a su costa se hara y se pornan en la carcel.»

¹ Siguen otras libranzas a favor de Antonio de Herrera, Ambrosio González de Heredia, Juan de Sosa, D. Diego de Olivares y Jerónimo de Barrionuevo, por motivos diversos; sin interés ahora.

Sobre todas las consideraciones sugeridas por tal texto, llama la atención el gran número de casas nuevas de la calle, suficiente para que dicten los señores de la Junta una orden colectiva de esta importancia y dureza. Al principio lo creí referente a las obras, por dejar sin apoyo las medianerías contiguas durante el tiempo transcurrido entre el derribo de la casa vieja y la terminación de la nueva, como parece indicado por las palabras *por una parte y otra*, de difícil sentido. Ciertamente que las casas de entonces eran de poco fondo, y puede entenderse por sus dos haces: a la calle y a su espalda, al patio o huerto; pero es un poco más difícil y violenta la interpretación, que se trastorna luego al añadir *de manera que no se hundan, ni ellos ni los vecinos reciban ningún daño*.

Si tal peligro de hundimiento fuese de los *vecinos*, el sentido expuesto primero estaría claro; pero el peligro es propio y puede dañar a los vecinos; luego lo que ordenan apuntalar es, en efecto, la propia casa, como dice el primer período: *Que se notifique a los dueños de las casas nuevas de la calle Mayor que luego las apuntalen*. Por otra parte, el concepto de casas nuevas no debe aplicarse a solares ni a obras en marcha, sino a casas terminadas.

La única explicación lógica parece ser que el peligro es ajeno a las casas mismas, por su condición de nuevas, y ha de partir de variaciones en la calle, que obligadamente obedecerán a cambios de rasante.

Es raro que la orden se dirija a las casas nuevas nada más. ¿No estarían las viejas en mayor peligro? Esta consideración sugiere otra posible manera de explicar el texto: pueden estar aisladas las casas nuevas, entre solares al uno y al otro lado. Entonces sería claro lo que pretende evitar con el apuntalado de una y otra parte y el posible daño a los vecinos; exigiendo asimismo una situación de variantes de suelo, precisas para que peligren construcciones recién hechas, y que todo aquello estuviese *tamquam tabula rasa*, como diría el buen Martínez, tan aficionado a latines malos.

Creo debemos inclinarnos a ella y reconocer, y esto de cualquier manera que se interprete, la transformación total de la calle, confirmada por algún acuerdo más, por suerte no tan sibilino para nuestros días; entonces seguro que fué clarísimo.

El 7 de enero de 1593 (fol. 13) mandan:

«Que se embargue la delantera de las casas que labra en la calle Mayor Jaime Benasque, para que en lo que toca a la dicha delantera no labre ni haga hedificio ninguno hasta que otra cosa se le ordene».

Acuerdo claro de ensanche y nivelación. El embargo, tantas veces aparecido aquí y allá, no era otra cosa que la suspensión, el impedimento temporal—o definitivo en ciertos casos—; y la prohibición de alzar la fachada tiene que responder a dudas de alineaciones o rasantes, y mejor a los dos motivos. El 4 de febrero (fol. 13) se aclara mucho el problema:

«Que Antonio Sillero haga un tanteo de lo que valdra lo que se corta de los portales de las casas de Jaime Benasque y los otros dos que están delante del, y se traigan a la Junta.»

El ensanche de la calle no tiene dudas, ni tampoco la ordenación general de la misma, según este otro acuerdo de días antes (19 de enero, en el mismo folio):

«Que se notifique a Jaime Benasque que las casas que labra en la calle Mayor, las labre con extensión [¿altura? Porque no podía extenderse a los lados, so pena de que fuera todo un solar] y ornato, de la misma manera que labro Enrique de Malcot en alto, delantera, puertas y bentanas, y baya con trabaçones, remitiendose sin que quede cosa ninguna del portal, y para que se tase lo que se quita, nombre por su parte quien se sume con Antonio Sillero, a quien se nombra por los dichos señores.»

Desaparecen muchos problemas, y queda enunciado otro: los soportales. *Sin que quede cosa ninguna del portal*, dice a la letra, y en la enumeración de los elementos de fachada tampoco aparecen. ¿Iniciaron o desarrollaron entonces su desaparición, y ensancharon la calle a su costa? Que los hubo, es incuestionable. ¿Hasta dónde? La contestación es mucho más difícil. Los tuvo la iglesia del Salvador; no consta los hubiera en Nuestra Señora de Constantinopla y Santa María, ni existieron en la plaza de la Villa, a juzgar por las casas de

Cisneros, Luján y la contigua; tampoco en los posteriores palacios de Uceda y el que hubo frente a Nuestra Señora de Constantinopla, y sí existieron en Platerías, y tras de la Plaza Mayor, casi hasta nuestros días, en la verdadera calle Mayor de entonces.

Con estas dudas están dibujados en el croquis primero hasta San Salvador, parados allí ante lo incierto del trozo siguiente. Por la misma causa están asimismo en el trozo seguro de la calle de Toledo y plaza de Santa Cruz, sin seguir por Atocha, que los tuvo, y se mencionan entre los soportales por sus postes de madera; pero ¿hasta dónde y a partir de qué sitio? Como no vi dato ninguno, quedó la calle sin ellos; pero con la constancia de que los tenía. Texeira nos pudo sacar del apuro en muchos lugares; pero marca unos huecos largos y sistemáticos que lo mismo pueden ser porches como tiendas o fantasías de las muchas en que se entretuvo al dibujar los detalles. Espinosa y el mismo Coello abundan en soportales en este trozo de Mayor, y a ellos se atuvo el croquis segundo.

Los expedientes de esta calle son también sabrosos.

Afecta el de menos atractivo a una obra que hace en la calle Mayor Juan Enríquez, pellejero de profesión, *conforme a la traça hordenada por su Magd.*, único dato de interés, y éste subido, que aporta; le *embarga* Miguel González, sastre, por invadir su terreno contiguo (26 de agosto de 1591). Al dorso, Antonio y Diego Sillero informan que es cierto, porque el sótano que labra el primero se remata bajo el solar lindante. Siguen el acuerdo, suscrito por Martínez, de conformidad, y la notificación por el escribano Valentín. Sin la mención destacada e importante para confirmar una vez más la intervención de una ordenanza de forma y ornato, con *traças* que salen o pasan por el estudio de Herrera, no hubiese valido la pena de reseñarlo.

Organiza un buen lío Gaspar García, mercader, con sus casas:

«Gaspar García, mercader vecino desta Villa de Madrid, morador en la calle Mayor, en sus casas propias. Digo: que por mandamiento del Sr. Alcalde Pareja de Peralta, un portero desta Corte, me llevo treynta y siete reales, porque no abia echado un poste de piedra, conforme a la prematika; el qual poste, que esta por echar, y porque yo pague los dichos treinta y siete reales, no es mio, sino de Marcos García, sastre, que es mi vecino; que el poste mio, que a mi me pertenece y yo

estoy obligado a poner, desde el mes de mayo le tengo puesto, atento lo qual a v. señoría pido y suplico, pues el dicho poste, que esta por echar de piedra, no es mio, sino del dicho Marcos Garçia, manden me buelvan los dichos veinte y siete reales y se cobren del dicho Marcos Garçia, que es el que los deve, sobre que pido justicia, e lo firmo.—*Gaspar Garçia*, [Abajo]: En XXXI de julio de mill DXCI años.—Informaçion.—*Marcos Garçia*.»

El asunto está claro en cuanto al fondo del mismo, relacionado con la sustitución de postes de madera; en este caso, en los porches de la calle Mayor:

«En Madrid a primer dia del mes de agosto de mill e quinientos e noventa y un año; yo el scrivano publico de yuso scripto, by e notifique la peticion desta otra parte, e lo alla proveido, a Marcos Garçia en su persona... el qual dixo que el dicho poste que en la dicha petición se haze mençion hes de medianeria de entrambos, y que en lo que toca a la pena que se ha llevado por no estar quitado, el tiene pagado su poste, e que la otra mitad toca pagar al dicho Gaspar Garçia, e echar el dicho medio poste, e pagar ansy mesmo lo que lo tocara de hechar la viga e zapata. Esto dio por respuesta, siendo testigos domingo de Rois y Juan Ruiz... (Lo suprimido son fórmulas usuales, ya vistas, y tachaduras enmendadas.)—Por ante my, *Marcos de Sandoval*.»

Otro papel continúa la serie:

«Provança de Gaspar Garcia, mercader.—En la Villa de Madrid a dos dias del mes de agosto de mill y quinientos e noventa y un años, Gaspar Garçia mercader, veçino desta Villa, para la informaçion que a ofresçido por ante mí, el scrivano yuso scripto, pregunte por testigo a Gaspar de Almeira, veçino desta dicha Villa, que vive en las cassas del dicho Gaspar Garçia del qual se recevio juramento en forma e prometio decir verdad, y siendo preguntado por la petición dixo que el testigo conoce a los dichos Gaspar Garçia e Marcos Garçia de vista y habla y que lo que save de lo contenido en el dicho pedimento es que el testigo vive por su alquiler en las casas

de dicho Marcos Garçia, que son en la calle Mayor de esta dicha Villa, y que el poste que esta por poner, es de la cassa del dicho Marcos Garçia, y si se pone en la parte y lugar donde estaba puesto el poste viexo; porque el testigo a tenido arrendado el dicho sitio juntamente con la dicha cassa y el arrendado [*sic*] como cossa que pertenezia a la cassa del dicho Marcos Garçia y cobrava el arrendamiento del, pero que si agora se a de poner en la mesma parte o no, que el testigo no lo sabe, y esto es la verdad... *Gaspar de Almeida*.» [No Almeida, como interpretó el escribano *yuso scripto*, que no firma.]

Abajo, Gaspar García presenta un testigo, llamado Juan de Soto, cantero, quien dice:

«Conoce a los dichos Gaspar Garçia y Marcos Garçia, de quatro meses a esta parte... de vista y trato y comunicacion que con ellos a tenido y lo que save e passa es que abra tres meses, poco mas o menos, que el testigo, por mandado de Gaspar Garçia, asento un poste de piedra en las cassas y pertenencias del dicho Gaspar Garçia, y luego como le asento, fue a el el dicho Marcos Garçia e Villarroel, ropero, y se concertaron con el testigo que el les echase dos curunas [*sic*] en otras cassas, por baxo de las del dicho Gaspar Garçia, y se las avia de pagar el dicho Marcos Garçia como consta por una escritura de obligacion, a pagarle diez y seis ducados y medio de poste y medio, y Villarroel cinco ducados y medio de medio poste, y por esta razon entiende y tiene por cierto el testigo, que el dicho poste, que pone el dicho Marcos Garçia, es suyo y no del dicho Gaspar Garçia, por estar el sitio de dicho poste fuera de la pertenencia del dicho Gaspar Garçia, como esta claro, y esto es lo que save...—*Juan de Soto*.»

No hay otra cosa de tan complicado y claro pleito, que se terminaría rápidamente, si no lo embrollaron más los dos García o el cantero de las *curunas* y sus formas de pago; recuerdo del problema infantil de las sardinas y los reales.

Otra nueva complicación refiere la siguiente orden de 17 de agosto de 1591:

«Antonio y Diego Sillero, alarifes desta Villa, yo vos mando que luego visto este mandamiento veais una obra y edificio que Tamayo y sus compañeros hazen en la calle Mayor desta Villa, conforme a la traça y orden que por mandado de su Magd. se dio; y visto medid que tanto sitio es lo que con la obra y edifizio de Joan de Mendoza se toma de las cassas de los menores de D. Pedro Val de Rivera, difunto, ansi por la parte de dentro, como por la de fuera, y del sitio que esta Villa da para yncorporar en las dichas cassas; declarando en particular ante el escrivano yuso scripto, para que visto por los señores de la Junta, se provea sobre ello lo que convenga, a tenor que esta ansy probeido por el Sr. Lic.^{do} Ximenez Ortiz, del Consejo de Su Magd. y uno de los Sres. de la dicha Junta, y cumplido, so pena de cada cinco mill maravedis...—*Martinez.*» [Al pie]: «Para ver una obra.»

[Al dorso]:

«Por este mandamiento de V. m. fuymos a ver las casas en el mandamiento contenidas, las quales casas hemos visto en presencia de las partes, y lo emos medido en su presencia, y dexamos señalado el sitio de la casa de los menores de D. Pedro Valde Rybera, y dexamos yncados clavos entre la dicha casa y casa de Juan de Mendoza, y an de dejar a la casa de los menores dichos el zerramiento que las divide con las casas de Juan de Mendoza asta la otra devision de las casas viejas de Ezpres (?) y Mateo de Aguero, asi por la delantera de las puertas como por la salida de mas afuera, donde ponen la carrera, porque dexandole esto no aran agravio a los dichos menores, y ansi mysmo emos myrado que tanto es lo que an tomado del sitio de las casas de los dichos menores, por la parte de afuera, por lo baxo de las bovedas de lo que esta Villa les da, y allamos que por la parte de las puertas de las casas de las casas [*sic*] que aora azen, no le an tomado cosa ninguna; empero por la parte de afuera, le an tomado dos pies y medio en lo de la boveda, saliendo con los portales de quadrado, como an de salir, a los dichos menores les an de dexar los dichos diez pies y medio [antes dijeron dos] arriba dichos, en lo de la casa, y la salida de quadrado afuera desde el zenro asta el zielo, y este es nuestro parezer...—*Antonio Sillero. Diego Sillero.*»

En 4 de septiembre, una orden:

«Mando a vos Tamayo, barvero vecino desta Villa y a los maestros, ofiçiales y peones que estan haziendo labrando [*sic*] en unas cassas que vos teneis en la calle Mayor desta Villa, junto a otras de Miguel Sancho, vecino della, y en linde dellas, saved que ante my pareçio el dicho Miguel Sancho y me hizo relacion diziendo que para hazer la dicha vuestra cassa le derribasteis una pared que estaba a raiz de su cassa y abiendo de yr por donde yba, sin hazer otra nueva obra, la tornavades a hazer y haciades, metiendootos con ella en un sotano que el tiene, y a tenido quieta y pacificamente, de que el vivia [*sic*] grandisimo daño y perjuicio... [queda embargado en la parte denunciada].—*Dr. Lievana*.—Por ante my, *Suarez*, scrivano.»

El mismo 4 de septiembre, la notificación al dorso, suscrita por el escribano Alonso del Corral.

Testimonios todos del remozamiento sufrido por la calle Mayor, de la sustitución de sus postes de madera, conforme a la *prematica*; de nuevas casas con soportal o sin él, remetidos o salientes, y de la gentecita que había de lidiar la dicha Junta.

Cierra la serie un expediente curioso de ver, porque remata en cierto modo aquellas obras de la puerta de Guadalajara informadas por Herrera:

«Baltasar Gomez de Mora, curador que fue de los hijos de Pedro de Villanueva, dize que al tiempo que se ensancho la puerta de Guadalajara se tomaron unas cassas de los dichos herederos, que heran junto a Sant Miguel [Ginés, tachado], para dar en ella sytios a los que se les tomaban delante para el dicho ensanche, y es ansi que del precio de las dichas cassas se le restaron deviendo veinte y dos myll dosçientos y ochenta maravedis en que fueron tasadas demas del precio en que la primera bez se tasaron, que se depositaron, por no quererlas reçibir, por se aver agraviado de la dicha tasacion, por se aver mandado derribar las dichas cassas por el señor comisario del Consejo, a quien estaba cometido, y haçer el dicho deposito, y porque el a otorgado carta de venta en favor desta

Villa de las dichas cassas, y se le restan deviendo los dichos veynte y dos myll y dosçientos ochenta maravedis, suplica a v. s. sea servido luego se le libren y para ello... [un rasgo ininteligible].—*Baltasar Gómez.*»

[Abajo]: «Informe el Sr. Luis Bazquez si en la plaza de la Villa o puerta de Guadalajara, que se an tomado casas, si se las an librado estos XXII mill CC LXXX maravedis que pide. En VI de mayo de 1591.»

Los trámites son larguísimos y no merecen los honores de la transcripción. Francisco Martínez reconoce ante Jiménez Ortiz la expropiación de unas casas *hacia la yglesia de San Miguel*, en justicia y verdad de lo reclamado. Nuevo informe (26 de junio del 93) acredita que los *censos que la Villa tomó el año de 578 para la obra de la puerta de Guadalaxara no se an librado a los dichos herederos del dicho Pedro de Villanueva*, quien es posible continúe esperando los veintidós mil doscientos ochenta maravedís.

Fué intensa la reforma de la puerta: ya era fácil deducirlo por aquellas notas del reloj y acerca de las dos torres que debían desaparecer. Debíó de ser esta puerta la única monumental; es fácil imaginarla parecida al arco de Santa María, en Burgos, y a esta condición de riqueza y aparato, al ornato y pulicia, que dirían los señores de la Junta, debíó su conservación unos cuantos años después de haber desaparecido muchas de sus compañeras de antigüedad y algunas posteriores: la del Sol, por ejemplo.

La otra cuestión dilatoria de los pagos, ni fué única ni tampoco extraña. Forma parte del *desempeño* de la Villa, porque la deuda estaba en pie mucho antes que los señores comenzaran a reunirse en busca de remedios, y además cayeron encima nuevos compromisos de obras, no siempre posibles de remediar con la rapidez de trámite, pretendida siempre como uno de sus fines, y lograda muchas veces. Si los expedientes hubieran llegado en mayor abundancia, podríamos tener elementos de juicio bastantes para saber cuáles de estos casos, *rápidos o retardados, abundaron más. En ocasiones les salvan arbitrios diversos; otras, los repartos, protestados con frecuencia. Valga la siguiente muestra:*

«Diego de Henao, regidor de Madrid, digo que Francisco de Ciruelas, empedrador, a empedrado la calle del Barco, donde yo tengo unas casas, y por Antonio Sillero y Juan de Aza, alarifes, se me reparten tres mill e tantos maravedis de lo empedrado, de que yo en la dicha medida y tasa estoy muy agraviado, porque el empedrado biejo, que deben de tasar solo manos, a presçio de a dos reales y medio. Por lo tener yo reçien empedrado lo tasan a çinco reales, y el empedrado a nueve; siendo como es piedra pelada y mui menuda, que deben de tasallo a çinco reales, y tasanlo a siete. Y en la medida se an herrado y ensañado, y sin ber si esta bien empedrado o no piden se les paguen. A v. m. suplica, etc.—*Diego de Henao.*»

Un tal Rojas, escribano, cuenta al reverso cómo Alonso Carrero y Blas Hernández, alarifes de Villa, se juntaron con los otros que tanto agraviaron a Henao, y lo vuelven a tasar y medir (23 de julio de 1591) al parecer en las mismas cifras anteriores, porque no dice nada. A la otra hoja:

«Diego de Henao, regidor de Madrid, digo que Francisco Ciruelas empedro la mitad de la calle del Varco, y la piedra para ello le dio Varrera, tavernero de Corte. Suplico a v. m. le mande con juramento declare a como le dio y se concerto cada tapia de la piedra que le diese, para lo qual...—*Diego de Henao.*»

El *dicho* Rojas escribe al pie «que el dicho Barrera jure y declare» lo que sepa en relación con esto.

El 30 de julio, el escribano Francisco Hernández, que por raro caso firma claro, y para contraste escribe peor que ninguno, notifica la *petición de la otra parte* de la hoja a Pedro de la Barrera, tabernero de esta corte, y declara que vendió *mucha cantidad de piedra*, para empedrar la calle, a tres reales y medio *cada tapia de la dicha piedra*; lo cual certifica el escribano, y agrega que la piedra vendida ascendió a cuatrocientas cargas, poco más o menos.

Falta la resolución, como en todos o la mayor parte de los casos, y es lástima, porque a Diego de Henao, por el camino que iba, daba la impresión de que ni su cargo de regidor, ni sus informes y triqui-

ñuelas, ni su pesadez densísima, le valían para nada práctico y tenía que pagar los tres mil maravedís que le soplaron.

Manejó mucho dinero la Junta. Los datos consignados de sus empeños, los diez mil ducados anuales y varias libranzas para construcciones en el Rastro, tres mil ducados a cuenta de lo que se debe a Diego Sillero, encargado de ellas (10 de junio de 1592); mil ducados en condiciones parecidas, el día 13 de agosto, y varias otras, no muchas, indican el volumen de los fondos, atrasos y trabajos varios que ordenaron.

Volviendo a las puertas y murallas, Francisco Martínez pide a Antonio y Diego Sillero el 31 de diciembre de 1591:

«Vean çierta obra y edificio que Francisco de Çamora, mercader, haçe en unas cassas que tiene a zenso en esta villa de Madrid, en la cava de San Francisco [Miguel, tachado], çerca de la puerta de Moros, que se le a embargado por parte de Juan de la Torre, procurador general desta Villa, y en su nombre, diciendo que con la dicha obra derriba parte de la çerca deste Villa, y hace agujeros en ella; y el dicho Francisco Çamora dize que antes la fortifica y repara, porque a causa de aver estado muchos años la parte donde el edifica yermo y abierto, la çerca estava toda roçada y que el la fortifica y adereça y que antes bien e dello a esta Villa provecho y hutilidad que no daño, y bisto; etc.—*Martínez.*»

A la vuelta, el informe de la casa *arrimada a la zerca desta Villa*:

«Nosotros lo emos visto y aviendonos ynformado de las partes dezimos que nuestro parecer es que v. m. debe mandar al dicho Zamora reciba la dicha zerca de cal y canto, de luzimiento de tres pies de grueso, como lo tiene empezado a recibir, y esto sea en toda su casa, de cabo a rabo, assi la zerca como el gubo [*sic*], todo aquello que parece aver aondado mas que el asiento de la zerca, que esta desde el asiento de su casa, hasta reçeibir la dicha zerca, y en lo que el procurador jeneral pide que carga sobre la zerca su edificio, dezimos que si el dicho Zamora mostrare que paga zenso a la Villa por el cargar en ella, y le tiene dado lizencia que lo puede azer, porque en una parte carga maderamientos y en otra mete carre-

ras, y si el dicho Zamora no paga zenzo de ello, ni la Villa no le tiene dado lizençia, v. m. le deve mandar que no cargue en parte ninguna de la dicha zerca, si no fuere pagando y tomando la lizenzia desta villa, y este es nuestro parecer; etc.—*Antonio Sillero.—Juan Díaz.*»

[Abajo]: «En dos de henero de mill e quinientos e noventa y dos escrevieron e juraron.—Por ante my, *Francisco Martines.*»

Perdió la muralla interés en grado considerable, y el Municipio encontró fácil y hacedero que fuese aprovechada por cuantos desearan construir dentro de su cerco inamovible, utilizando cuanto pudiesen, adosando sus obras, construídas sobre el muro, en fuerza de apoyos, carreras y viguería, con tal sacara de tolerarlo unos maravedises. Cuando por incorporación de arrabales abiertos quedaba inútil, adosábanse las casas por ambas caras, con doble ingreso para las arcas y el ahorro de derruirla. Esta es la causa de las dos calles paralelas que recorren los trazados curvos, al menos en general, de las viejas cercas, perdidas en el interior de manzanas larguísimas, entre los lugares donde estaban asentadas de antes dos puertas contiguas; si es que ulteriores reformas no las perforaron por mil sitios, para deformar de mejor manera el vestigio único del lugar de su asiento. Para comprobar una vez entre infinitas esta verdad tan sabida, es inapreciable el documento.

En cuanto a la cerca atañe, hemos de lamentar la concisión absurda del acuerdo consignado el 17 de abril de 1592 (fol. 6 vto.): «Que se bea lo que toca a lo de los limites que su Magd. a mandado poner en contorno desta Villa y el estado en que esta.» Nueva e interesantísima delimitación, que sería maravillosa para resolver dudas y discusiones. Es posible tuviera repercusión en los acuerdos municipales, y con certeza estaría especificada en el cuaderno de consultas de la Junta de Su Majestad. No fué posible encontrar éste, y para perderse en los tomos del otro, faltó tiempo. Quede aquí para nuevos trabajos, propios o ajenos.

VII

PLAZA MAYOR

De la Plaza Mayor, última fase de la reforma, sabemos ya muchas cosas, interesantes de recapitular. Su nombre y categoría de Mayor es viejo, muy anterior a Felipe II, y reflejóse de siempre en ella y su destino: mercado de pan y de carne desde 1532, al menos con carnicería instalada en edificios del Concejo; repletos de tiendas y bodegones los porches y casas; tenía toril para sus fiestas y conservaba postes de madera, no podemos saber en cuánto número.

Para merecer el nombre y que todos olvidasen el humilde y viejo del Arrabal de Santa Cruz, faltábale monumentalidad tan sólo, y ya vimos cómo el corregidor Gaitán de Ayala intentaba dársela. El hallazgo de su propuesta, y el de los planos, más afortunado todavía, permite describir y contemplar su conjunto pueblerino y pintoresco (figs. 7 y 8). La planta anterior a su reforma era irregular; por su izquierda, una calle de 67 pies de ancho (18,76 metros), reducida en 2,80 metros por el saliente del porche situado en una sola acera, unió la plaza a la puerta de Guadalajara, y muy cerca se abría el cobertizo de San Miguel, con estrecho pasaje hacia el templo, con sólo nueve pies de anchura (2,52 metros).

Hacia el Sur corría desde esta calle un porche en forma oblicua, por la precisión de adaptarse a la cava de San Miguel, hasta morir en la calle de Toledo, acometida muchos años antes a la plaza, pero con categoría de calle nueva: 60 pies entre los muros (16,80 metros, 11,20 de calzada); un poco menos que la otra salida, también reformada con seguridad.

Siguió hacia la derecha un grupo irregular de casas, que no tienen indicación ninguna. El otro plano las llama *las carnecerías de la Villa*, y son aquellas adquiridas a Jerónimo de Madrid para este menester. Tuvieron su correspondiente soportal, cortado en el ángulo formado por la calleja *que baxa a los escritorios del crimen*, antecesores de la suntuosa Cárcel de Corte, en la cual no pensó nadie por entonces.

La derecha, lado hacia Levante, está ampliamente abierta hacia Santa Cruz, y precisamente en el empalme de las dos plazas rezan unas letras: *las carnecerías de la Corte*; y lo mismo repite el otro plano. Era la improvisación del traslado que allí las instaló provisionalmente, y allá seguían veinte años después.

Al otro costado del espacio abierto renacen casas y porches de menor fondo (8 pies = 2,24 metros), así como un nuevo pasadizo de 11 pies (3,08 metros) a la calle de los Bodegones. Interrúmpense pronto los porches, sin fin alguno dibujado, ni razón que lo aconseje, si no es el límite de la zona comercial, nunca tan rotundo y tajante, y dudoso por demás; porque la calle era bastante amplia (56 pies = 15,68 metros), y moría muy pronto en la Mayor, comercial entre todas. Al otro lado no tuvo porches, al menos en el plano

El frente del Norte es accidentado. Una manzana de casas, la famosa *manzana* de Gaitán de Ayala, está tendida a lo largo, separada de otro gran frente de casas por angosto callejón, de 28 pies de amplitud (7,84 metros), a los que deben quitarse 11 pies por la zona que podemos llamar amplia (quedan 4,76 metros). Por el otro extremo tiene una total amplitud de 6,30 metros, con la misma calzada que el resto. Va a morir a una placita en fondo de saco, de 12,04 por 21,56 metros.

Dice el letrero de la calleja: *Calle que está detrás de la manzana. O casas que se han de quitar*. A ella va a salir otro paso cubierto, llamado el *corral de los toros*, de 11 por 50 pies (3,08 \times 14 metros); muy bien cabía una corridita, bastante fácil de encerrar, además, por la calleja.

La plazuelilla, tan chica es, que no tiene nombre ni destino. Su letrero reza: *Plazuela detrás del corral de los toros*; y tiene bastante.

La famosa manzana tenía de total longitud 264 pies (73,92 metros) y de latitud 52 pies (14,56 metros), y llevaba porches en su costado menor y parte de su frente, unido el último a la calle sin nombre, hacia Saliente, por tres peldaños de bajada al cubierto, puesto que la Plaza Mayor estaba a nivel sensiblemente inferior del que siempre tuvo la de Santa Cruz, en el alto de la colina.

Desde la manzana prolongábase la otra fachada del callejón hasta la calle primera reseñada, hacia la puerta de Guadalajara, y se interrumpían los soportales de todo el frente en la entrada de otra

calleja, que medía 22 pies y medio (6,30 metros) y se llamó de la Ropería.

Los anchos totales entre manzana y carnicería tienen de dimensión 208 pies y medio (58,38 metros), 196 pies y medio (55,02 metros) y 208 pies (58,24 metros). La máxima longitud era de 587 pies, si la escala del segundo plano es correcta (164,36 metros).

Tuvo el conjunto un fuerte desnivel, con caída hacia la calle de Toledo y la puerta de Guadalajara, sin registrar en las curvas de nivel del croquis, ajustadas a la nivelación de la plaza actual y sin rectificación posible a la desaparecida, por falta de datos.

Confirma la existencia de la cuesta un dato incontrovertible: por medio de la plaza de Santa Cruz atraviesa la curva de los 300 pies. La contigua inferior hace una panza, absolutamente irrazonada en este croquis y natural en el siguiente, por la nueva plaza, ya horizontal. La otra curva, de 280 pies de cota, lleva un trazado normal y atraviesa la iglesia de San Miguel, nivelada poco más o menos con la cava de su nombre. Entre cava y plaza hay una manzana de casas de poco fondo, con fachada a las dos; luego el desnivel entre ambas no pudo ser muy fuerte en un principio. Como tampoco hubiera sido lógico hacer una muralla delante justo de un fuerte desmonte, por su parte externa.

Como consecuencia de todo ello, la diferencia de cota entre el empalme con la plaza de Santa Cruz y los porches de enfrente oscilaría entre 12 y 15 pies (3,36 a 4,20 metros), respetable cantidad, que fué causa, cuando se puso la plaza horizontal, de la enorme pendiente que tiene el primer tramo de la calle de Toledo y de que hubiera de abrirse la calle de la Escalinata como única forma de enlazar la nueva plaza con la cava de San Miguel.

Tampoco debe nadie poner en duda que esta rara forma de plazas empalmadas no es primitiva. Cuándo se modificó, y de cuál manera, averigüelo Vargas, que todo lo sabe, dicen; pero basta una ojeada al croquis para comprender que esas plazas enlazadas y las calles rotas por ellas están así porque alguien intervino antes en forma violenta para ganar aspecto y superficie disponible.

Está equivocada la opinión de Gaitán de Ayala cuando afirma que la dichosa manzana, que nada tiene que ver con aquella de la discordia, pero se le parece, estaba construída de muchos años antes; la realidad era que la tal plaza, *como esta agora*, fué abierta

ante la manzana, allí conservada como testigo de un anterior trazado, que se llevaron por delante cuando fuera, y no podemos reconstruir sin hipótesis demasiado aventuradas, difíciles de apoyar en nada concreto y eficiente, y que tampoco llevarían a ningún fin práctico. Así estaba la plaza, y de esta manera nos la encontramos al comienzo de las reformas, laboriosas y largas, terminadas felizmente por el remate de Juan Gómez de Mora, conocido por todos.

Fué modestísima y equivocada la primera idea (fig. 8). Obsesionados por la economía, cosa natural en aquel Concejo, entrapado por todas partes, conformábanse con medio regularizar dos lados del cuadrilátero, compensando los solares, a maravilla, a costa de la fundamental entrada de Atocha y de la superficie de la plaza misma, reducida 127 pies en su longitud máxima (35,56 metros) error garrafal que no podía prosperar.

Otra deficiencia notable consistía en mantener el frente inclinado entre las calles Mayor y de Toledo. En la pintoresca plaza primitiva, toda rincones y salientes caprichosos, hacía bien, indiscutiblemente; pero en la propuesta como definitiva plaza Mayor de la corte, y enfrente de otros dos hastiales ordenados con ornato y *pulicia*, bien contruídos y a escuadra rigurosa, el tal costado sería lamentable.

Porque es de advertir que el plano está un poco o bastante regularizado en cuanto a sus ángulos. Al intentar incluirlo en fuerza de sus cotas en el de Coello, y eso que está a pequeña escala, ha sido necesario reformar bastante muchos ángulos; de otro modo era imposible su encaje.

Los mismos que hacían la propuesta se dieron cuenta de la dificultad, y propusieron otro disparate mayor: la lonja triangular en el pico. La plaza hubiese resultado menor, o a lo menos igual, que cualquiera otra de las mayores existentes en la misma Villa, y no hubiese alterado su carácter pueblerino.

Así llegó el proyecto a manos de Juan de Herrera. Quedaron transcritas sus cautas palabras—también era montañés—y la indicación regia de no emprender nada sin consultar al propio Herrera, que no está conforme con las trazas ni cree las maravillas del arbitrio para que no cueste un real, según quedó consignado.

Todavía en otra nota a Jiménez Ortiz, asimismo transcrita, continúa con el mismo tono, que pierde la carta enviada al se-

cretario Vázquez de Leca. Allí consta su dirección y consejo en junta habida con Jiménez y el corregidor, y también las trazas hechas por él *como aquello avia de quedar a satisfacción de todos*. Contentaban las remitidas a Gaitán de Ayala; pero no a los otros; por ello propusieron—impusieron quizá—nuevos sistemas y trazas, encaminados a conseguir que todo aquello *quedara con horden y bueno*; señal bastante para demostrar que no opinaban así los otros. La parte económica, caballo de batalla del corregidor, ajustábase, y *la Villa con aprovechamiento, despues de aver satisfecho a los de la mançana*.

Pasa en el acto a exponer su idea: quedará la *carnicería, tochnería y gallinería delante*, frente a la manzana, *en unos corredores que están detras de las carneçerías de la Villa*, o sea un patio abierto a la calle de Toledo, *que sera una obra muy aventajada y no de mucha costa*, al paso que se ordena, mejora y ennoblece aquel frente irregular y pobre. No lo dice así; pero se ve cuánto piensa en ello al decir a seguida: *«Es menester ir ennobleciendo este pueblo de esta manera, porque cierto es cosa extraña con todo lo que se fabrica en el y gastan dineros en edifficios, quan poco luce y se echa de ver, porque resulta todo mezquino y mal compuesto, a causa de no aver fabricado con horden ni en lugares que acompañen unos con otros.»* Y puesto en el disparadero, que se revela en sus palabras como una obsesión constante y objeto de sus meditaciones, pierde el tino y no se contiene poco ni mucho: todo es malísimo, *«tan desbaratado que no hay tomalle tino»*. Palabras dirigidas al entonces secretario íntimo de Don Felipe, encaminadas a sus regios oídos para que allí se juntaran con otras escuchadas segura y ciertamente de labios de su arquitecto, para que unas y otras sembraran el germen de una idea que hemos dicho cómo fructificó.

Termina el desarrollo con otra propuesta, modernísima de concepto: *«Convendría mucho, siendo su Magd. servido, que las ruines casas, o choças, por mejor decir»*, del pueblerino Madrid, así como las maliciosas que se fabricaban, todas en *lo principal de la Villa, que o los dueños las reedificasen o se las tomasen por lo que valen*, en el caso de imposibilidad material por su parte (*no pudiendo ellos reedificar*); novedad grande, pero no grave ni perjudicial para los propietarios, *que esto sufridero es de hazerse*. No podía faltar la

sugerencia, preciosa para saber que va todo esto enderezado a Felipe II: «*Por la pulçia y buen govierno, cosa es que en coyuntura podra v. m. tratallo con su Magd.*» ¿Cuántas veces lo había él indicado en otras *coyunturas* propicias? Muchas, ciertamente, y otras muchas les seguirían hasta conseguir lo que nadie había soñado.

Otro documento¹, fechado el 25 de agosto de 1592 y dirigido por Jiménez Ortiz a Mateo Vázquez, es lógica y natural consecuencia de los otros. Los desarrolla y aplica, iniciando en la plaza y la manzana el camino de expropiaciones esbozado por Herrera, y los cubileteos y plusvalías de Gaitán de Ayala. Trátase de otra carta a Mateo Vázquez, junto al rey en Lisboa, y también enviada directamente al monarca, mucho más que al secretario. Descubre las *prisas* de Don Felipe en el arreglo: aquel ansia de terminar que siempre le acometía luego que podía vencer sus irresoluciones semipiternas. Temperamento curioso el de Felipe II: larguísimo para resolverse, indeciso por demás; consulta, pesa, mide y calibra las opiniones más diversas y dispares; estudiando todo sin prisa, despacio, deja pasar los días y los tiempos en forma desesperante, hasta que, decidido una vez por todas, parécenle siglos los minutos que pasan hasta poder contemplar ejecutadas sus resoluciones.

La carta de Vázquez a Jiménez Ortiz hablaba de estas prisas. No logré ver el escrito; pero la contestación no deja lugar a la duda. Comienza por unos pleitos de la Corona de Aragón, fuera de lugar, y sigue:

«Para que su Magd. entienda la ocasion porque no se comienza a derribar la mançana de la plaça, y el estado en que esta, embió con esta la tasaçion que se a hecho de las casas que se an de derribar y del beneficio que reciben los que estan detras de ellas, que an de salir a la plaça, y los suelos que se han de edificar en la plaça de Sta. Cruz, que si se venden como estan tasados, saldra la quenta casi al justo, sin que la Villa ponga nada de su cassa. Ponerse a luego en execuçion, y como se fuere cobrando dinero de los que reciben beneficio, y de los suelos que se vendieren, se yran pagando y derribando las cassas, porque no es justo que nadie reciba agravio. Yo creo alguno de los dueños querrian suelos,

¹ Archivo del Instituto de Valencia de Don Juan. Envío 99, núm. 115.

y con estos se podra cumplir presto, y con los demas no, hasta que los suelos se vendan.

Acabada la obra sera cosa de ver, porque la plaça quedara muy buena, y lo que se edificase en la de Sta. Cruz tambien, y en la brevedad se terna cuydado, cumpliendo con lo que es justo.»

La tasación, que se conserva adjunta, está falta del cuerpo de medidas (si las hubo), relación de casas y precios, reducida solamente a los beneficios, o mejor al resumen general de ellos, que en fin de cuentas era la parte de interés para Su Majestad, y que pudo ser la única remitida a Lisboa.

Va dividida en tres partidas: diferencia supuesta entre valores de expropiación de casas y venta de solares o *suelos*, estimada por Francisco de Monzón, maestro que tasa, de este modo:

«Casas que se derriban.—16.204,300 maravedis.—El beneficio.»

Aumento de valor del suelo destinado para nuevas casas en la plaza de Santa Cruz, invadida por el ensanche:

«De la plaza de Sta. Cruz.—13.074,800 maravedis.—Aumento.»

Mejora del valor de las nuevas construcciones, partida un poco rara, que ha de entenderse como valor en renta y venta sobre el actual, si fuesen construídas antes de la reforma:

«Mejora de las casas que se edifiquen.—2.349,513 maravedis.»

Si esto es cierto y corresponde a la realidad de las ventas, advierte Jiménez Ortiz, también cauto, el beneficio total conseguido será de 31.628,613 maravedís, que estima suficiente, según dice, para la obra entera, *sin que la Villa pague nada de su cassa*. Es optimista de veras.

A través de todo esto comenzamos a ver claro lo que aprobaron en la junta de Gaitán de Ayala, Jiménez Ortiz y Herrera. Para nada se habla de aquellas compensaciones del *arbitrio* presentado por el

corregidor; por el contrario, ofrecerán los solares, antes de la expropiación de los edificios, a los propios dueños: *yo creo algunos de los dueños querrán suelos y con estos se podrá cumplir presto*; los demás se *van pagando y derribando las cassas*, porque *no es justo que nadie reciba agravio*. Todo indica que fué abandonada la idea de la permuta, y es de importancia consignarlo, porque en ella estaba la clave y fundamento de la vieja propuesta.

Otro dato digno de nota: la plaza nuevamente proyectada en las trazas de Herrera se remete en la contigua de Santa Cruz por manera intensa, a juzgar por el beneficio obtenido, casi tan grande como el correspondiente a las casas derribadas.

Si unimos esto a la idea de antes sobre la carnicería, vemos que se va perfilando la nueva plaza tal y como todos la admiramos hoy.

Pero insistamos un poco más en el sistema, esencialmente moderno, de la propuesta, constituida por una serie de sucesivas expropiaciones, derribos y ventas con plusvalía, o revalorización mejor, que afecta a solares—los *suelos* resultantes—, que pueden quedar en manos de sus dueños sin más trámite que el pago de la diferencia tasada por Monzón y aceptada por los otros; o bien pasar a manos de compradores, si los antiguos renunciaron sus derechos preferentes. En este caso, los derribos irán siendo ejecutados conforme aparezcan y paguen los nuevos propietarios, *para que los anteriores no se perjudiquen con tardanzas; porque no es justo que nadie reciba agravio*.

El proyecto comienza a ser realidad, y el maestro Sillero inicia los trabajos en la Carnicería. Hora es ya de que hablemos un poco de este maestro y del otro con su mismo apellido, tantas veces aparecidos en la documentación.

Llaguno consignó un documento, por el cual Antonio Sillero construía las Descalzas, fundación de la princesa Doña Juana, hermana de Felipe II y madre del infortunado rey Don Sebastián de Portugal, allá por los años de 1565.

Todos los autores siguientes han repetido el dato, y Polentinos cree su hijo o hermano al Diego constructor de la Panadería que se quemó en la regencia de Doña Mariana de Austria.

Lo cierto es que veinticinco años después de la fecha encontrada por Llaguno continúan los dos en plena actividad. Son alarifes de la Villa, y los manejan Concejo y Junta como maestros en-

cargados de inspeccionar denuncias o avisos, de redactar con difícil escritura los informes consiguientes y de construir muchas obras en concepto de contratistas de confianza, incluso dirigiendo construcciones municipales de pequeña cuantía sin salirse de las trazas redactadas por los arquitectos. ¿Son hermanos? ¿Padre e hijo, o parientes? Sin un documento que lo diga, nos quedamos en la misma duda, resuelta solamente en sentido de su parentesco y estrecha unión profesional y, hemos de suponer, afectiva.

Diego Sillero interviene en efecto en la Plaza Mayor por estos años, y luego, en los de auge de la Junta, comienza la Panadería el de 1591, y causa preocupaciones a cuantos intentaron estudiar la obra, perplejos ante el contrasentido que supone una empresa iniciada con brío este año para quedar luego apagada y resurgir con Juan Gómez de Mora mucho después casi como un relámpago, construyendo la totalidad de la plaza—expropiaciones, derribos y obras—, hasta rematarla, en dos años, con un gasto de 700.000 ducados. Las obras de Sillero quedan en la región de lo dudoso y no aclarado: nadie habla de ellas, subyugados todos por la plaza de Mora, unida y de una pieza. Tampoco de la intervención de Herrera, varias veces consignada.

Nuevos documentos precisan mucho este dudoso período: la Plaza Mayor es tema preferido de la Junta, objeto de múltiples acuerdos y obsesión que aparece, como inspirada desde las altas esferas, desde su primera reunión, unida a la calle de Segovia, pero con mejor éxito.

Reunidos en casa de Jiménez Ortiz el 4 de junio de 1590 (folio 1 vuelto), acuerdan:

«Que se haga un modelo de los sitios [los puestos de venta] que a de aver en la plaza Maior desta Villa, y en las puertas del Sol y Sto. Domingo y en las demas plaças donde a de aver y se an de vender los bastimentos, para que se vea de que forma estan y con que ornato y puliçia, para que el hueco de la plaça lo este como conbiene, y se consulte asimismo a su Magd. para que se baya con mayor brevedad y execucion.»¹

¹ Celosos de las obras, acuerdan en la misma reunión: «Que se de memorial a su Magd. haciendo en el relación del pleito de Bernaldo Ramirez de Vargas, y de otros si los huviere, para que se remitan a la Junta, atento que es cosa dependiente de obras.»

Tiene destacada importancia el siguiente (13 de junio, fol. 2), que rectifica y concreta la fecha de la Panadería:

«Haviendo visto los señores Lic^{do} Ximenez Ortiz y Luis Gaitan de Ayala [nuevamente corregidor desde 1587, tras de D. Alonso de Cardenas], haviendo visto el acuerdo dicho por escritura sobre las obras e edificio que se a de hazer en las panaderias desta Villa, acordaron de encargar la dicha obra a Diego Sillero, alarife de la Villa, para que el haga la dicha obra de la dicha Panaderia, toda ella a tasaçion a toda costa de manos, ofiçiales y pertrechos, y mas materiales y peones, atento que ninguno la puede hazer con mas comodidad y brevedad, como se vio por las mas obras que a hecho en esta Villa, y se haga la scriptura y de fianças para ello.»

Tenían ya, sin disputa, proyecto previo, nacido de aquellas trazas de Herrera y aprobado por Felipe II: sin él es imposible la tasación o contrata *a toda costa*, y Sillero no proyecta nunca.

La confianza inspirada por el maestro estaba fundada en las muchas obras y el continuo servir bien en ellas, y no lo reduce un contratiempo acaecido dos años después (26 de junio de 1592, fol. 7 vto.): «Que Diego Sillero y Juan Diaz, que estan presos por las palabras que ovieron, pague cada uno dos ducados para el ospital general.»

Ni tampoco debió de ir en contra suya la exigencia del 10 de junio de 1590, registrada en el mismo folio 2, por la cual el licenciado Valladares impone que se hagan exclusivamente por *remate*, es decir, por subasta, las obras ordenadas por la Junta.

Preocuparon por modo constante los puestos de venta (1 de agosto, fol. 2 vto.): «La plaça no se ocupe sino con mesas de bastimentos, y esto fuera de los porches, pena de 10 ducados.»

Y el 16 de noviembre (fol. 3) acordaron:

«Que se pregone que dentro de seis dias primeros siguientes, contados del dia que se pregonase, todos los que tienen tiendas, tablas y sitios en la plaza Mayor desta Villa lo dexten libre y desembaraçado y no ocupen la dicha plaça por ninguna via hasta tanto que los sitios y puntos donde an de estar les esten señalados y puestos de la manera que cada uno le a de tener y servirse del, lo qual cumplan so pena de diez ducados, por mitad denunciador y obras publicas y diez dias de carcel.»

No es fácil trabajo el emprendido: es arduo y costoso, deja mucho escombros, y los señores de la Junta buscan por todos los medios posibles el remedio.

El 3 de abril de 1592 (fol. 6) reza una nota:

«Que se pregone quien quisiere comprar los pertrechos de las casas que se derriban para la Panadería desta Villa, hagan postura y se remate en el mayor ponedor, derribandolos a su costa la persona en quien se remataren.»

Pregón que se repite el día 8 (fol. íd. vto.):

«Que se pregone que quien quisiere comprar los pertrechos de las casas que se derriban para la panadería, hagan postura dellos, pagados de contado.»

Variante de cuenta que puede razonar el nuevo pregón, sin pensar en que pudo repetirse por no acudir nadie en buenas condiciones al primero. El pago al contado escapóseles en él.

Tiene, además, una coletilla:

«Que se pregone que los que tienen mesas nuevas o viejas, a quien no se hubiere dado, ni señalado, sitio en la plaza Mayor desta Villa, ni le estuviere señalada, las quiten dentro de mañana en todo el día, so pena de perder las mesas, aplicadas al hospital general, y de diez ducados aplicados mitad para el denunciador y la otra mitad a obras publicas.»

Todavía tuvo nuevas variantes el pregón de los materiales del derribo para la Panadería. A continuación de esta orden sobre puestos de venta vienen otra vez a repetir la fórmula que debía cantar el pregonero:

«Que se pregone quien quisiere comprar los materiales de las casas que se derriban para la Panadería, haga postura dellos ante mí, el presente scrivano [Martínez] y se rematen en el mayor ponedor, derribandolos a su costa la persona en quien se rematare.»

No veo la causa de tantas redacciones distintas y casi iguales, si dejamos aparte el pago inmediato, desaparecido de nuevo de esta última forma.

Seguía mientras tanto la obra de la plaza, comenzada a toda prisa luego de los informes, ceñidos por entonces al cambalache de expropiaciones, derribos y ventas de solares en la plaza de Santa Cruz. Los nuevos edificios estaban construídos en las fechas actuales, según atestigua un acuerdo interesantísimo del 20 de abril del mismo año (fol. 6 vto.) Acordaron:

«Que se pregone que frente de los portales de las casas nuevas de la mançana de Sta. Cruz, ninguna persona dueña de las dichas casas alquile ni consienta en ningun hueco de los dichos portales a ninguna persona ni officio, so pena de veinte ducados, aplicados por terçeras partes: denunciador, camara y obras publicas, sy los dueños lo consienten, en la dicha pena.»

La acera de hacia Saliente de la Plaza Mayor estaba construída y habitada; no en balde pasaron diez años mal contados entre aquellos informes y estos resultados.

También continuaron los derribos de las casas adquiridas para la Panadería. Nos lo dicen el 13 de mayo (fol. 7) con la concisión de costumbre, que si es lamentable siempre, adquiere caracteres de verdadera lástima en el caso actual:

«Acordose que para execucion de lo que esta acordado de la obra de la Panaderia, que se haga conforme a las traças y monea, y para que aquella se guarde y cumpla, se hagan las condiciones que paresçiere ser nesçesarias y combenientes, y hechas Francisco de Mora las rebea y enmiende, para que conforme a ellas, se haga.»

Tiene dos partes el acuerdo: la ejecución de la obra conforme a unas plantas y alzado que, según la mala costumbre de todos aquellos buenos señores, no se cuidan de advertir quién las trazó, y otra referente a las condiciones contractuales para la construcción. Puede hablarse perfectamente sobre el proceso para la con-

fección de ésta, gracias a los trabajos emprendidos acerca de las obras reales, tanto de El Escorial como las madrileñas. Llevaría lejos una exposición completa, porque no está hecha, y sobraría en este trabajo, ya demasiado largo; mas como anticipo, y en concepto de tal, conviene incluir unas palabras acerca del tema.

Pululaba gran cantidad de gente de pluma en derredor de las obras oficiales: administrativos, contadores, leguleyos, escribanos, secretarios y consultores de categorías varias. La obra de El Escorial, primera ordenada en todos sus aspectos económicos, proporcionó unas bases, sin cesar modificadas en nuevas instrucciones, que iban naciendo del cacumen de todas estas gentes, y eran redactadas en las Secretarías del caso, para ir a consulta de consejeros y técnicos, encargados de apostillar cuidadosamente uno por uno capítulos y artículos con sus opiniones, conformes o contrarias, a más de las variantes y ampliaciones sugeridas por su práctica, celo e inteligencia.

Luego todo esto se recopilaba nuevamente y salía ordenado en la nueva instrucción, promulgada con todos los honores. Hay varios ejemplos de ello perdidos por los archivos, y algún día saldrán a luz, si Dios lo quiere.

De modo que esta parte se adapta sin variantes al acuerdo: la gente de pluma redactará el pliego de condiciones, que decimos ahora; Francisco de Mora las *reverá*, conforme al verbo maravilloso del texto, y enmendará según su criterio y experiencia. Luego las formularán conforme a los dos escritos: redacción del secretario y enmiendas.

Peor pleito suponen las trazas, aunque en este caso remediable. Hasta el 3 de junio nadie piensa en nombrar a Francisco de Mora maestro mayor de las obras de la Villa. Por consecuencia, continúa en la otra fecha sólo con el título de ayudante de Herrera, recomendado por él para la ejecución de los trabajos iniciados sobre el table-ro de su estudio, lo mismo que Valencia. Además ya vimos que las trazas y la obra están vivas desde antes del 13 de junio de 1590, por lo menos.

No hay razón ninguna, por tanto, que obligue a creer tales trazas como fruto de Mora, mientras no se demuestre lo contrario, y espero que no podrá demostrarse nunca. Esas trazas fueron hechas por Herrera como complemento de las que dió a Jiménez Ortiz y a Gaitán de Ayala en su reunión memorable.

En cuanto a la obra en sí, continuaba marchando, y aquellos pregones de materiales tan dificultosos tuvieron eficacia; caso contrario, estaría de más el anterior documento y no se hubieran producido los siguientes.

Viene esto a cuento de unos datos algo confusos que aparecen consignados en el libro de siempre:

«Que se libre en el arca de las tres llaves lo que esta Villa deve de la compusición de sus casas de las carneçerias y del sitio de la Panaderia.» (Fol. 8.)

Estará relacionado con éste el siguiente, escrito a continuación:

«Que a Mateo de la Fuente, pastelero, y a la muyer y herederos de Diego Ramon, tavernero, se les libre de la dicha arca lo que se les deve de los sitios que dellos se tomaron, conforme a lo que esta acordado.» (17 de junio del 92.)

El 11 de agosto, nuevos acuerdos (fol. 10 vto.):

«Acordose que Alonso Carrero, y Alexo Gonzalez, alarifes, hagan un tanteo de lo que podran valer los materiales de las casas que se derriban para la Panaderia.

Que se tasen las casas que Pedro de Olmedo compro de Joan de Herrera, criado de su Magd., que se toman para la dicha Panaderia, y desde agora se nombra por los dichos señores [de la Junta] a Antonio Sillero y se notifique a Pedro de Olmedo nombre por su parte tasador que se junte con el dicho Antonio Sillero, con aperçivimiento que, no nombrando, se nombrara de ofiçio, y terçero en caso de discordia.»

El día 20 anotan en el mismo folio:

«Acordose que la Villa, y esta Junta por ella, se encargue de los censos que tienen las casas que se toman y derriban para la panaderia, para que se paguen a los dueños, cuyas fueren, ansi perpetuos como al quitar, desde el día que se desenbaraçaren, y quitado lo que montan estos çensos lo

demás se libre a quien lo oviere de aver, conforme a la tasa-
ción que esta hecha.

Que se pregonen los materiales que se quitan de las casas
todas y se rematen al mejor ponedor que asista, por orden
del Sr. Alcalde mañana viernes.»

Y el 2 de septiembre (folio 11):

«Que la tierra que se ha hechado de los sitios de la pana-
deria la saquen los carros de la Villa, y sacada y llevada, los
Sres. Dr. Pareja y D. Rodrigo del Aguila [nuevo corregi-
dor, en sustitución de Gaitán de Ayala] pongan las mesas
de la plaça por su orden, conforme a la planta que dellas esta
hecha.»

Van todos juntos y seguidos uno tras del otro, única forma de
que se entiendan y podamos comprender tanto aspecto contradicto-
rio como aparece en tan pocos días, pues entre todos no llegan a dos
meses.

Debe quedar destacado sobre todos el referente a la Carnicería,
al menos en plena marcha, porque se debe dinero —y debía de ser
bastante— de su *compusición*. No dicen la cantidad, y es una verda-
dera lástima; acaso pudiéramos por ella deducir si tan sólo fueron
reparadas estas casas, o se remozaron de arriba abajo. La condición
estricta de utilizar el arca de las tres llaves indica por modo eficaz que
la cantidad era fuerte; de otra manera no se hubiese mencionado tal
arca, como sucede con otros infinitos acuerdos, y la orden de guar-
dar los ducados en el arca de las tres llaves indica también que no
era inmediato el pago; o bien faltaron los trámites que fueran, o se-
guía la obra, que es lo más seguro. De todas maneras, y suponiendo
se tratara del remozamiento de la Carnicería, como es de creer, al
mismo tiempo que hacían las casas del costado y la frontera Pana-
dería, es lo probable que la *compusición* se limitase a la nueva fa-
chada, remetida y a línea, porque en ningún lado aparece la menor
mención de pertrechos y derribos. Ciertó, asimismo, que las casas
de la Carnicería eran de construcción reciente, y no debemos olvi-
dar que su reforma constaba en el programa de Juan de Herrera
como *obra muy aventajada y no de mucha costa*, que pondría aquel

costado de la plaza en consonancia con el resto, edificado *con orden y bueno*.

Los acuerdos de las casas para la Panadería afectan a tasación de materiales de las viejas casas *que se derriban*—a valoración y pago de censos perpetuos y redimibles—, a nuevo pregón de materiales y al vaciado de los solares para los sótanos.

Disuenan los nombres de los tasadores Alonso Carrero, Alexo González y Antonio Sillero, contra la costumbre del constante empleo para todo de Diego Sillero. Explican este cambio momentáneo los acuerdos anteriores, que demuestran está entonces Diego trabajando en la obra como constructor y contratista. No podía ser juez y parte, y así queda a un lado en estas nuevas tasaciones. Porque son nuevas, no repetición de las anteriores ni de las mismas casas. Llegamos a esta consideración con toda facilidad si estudiamos un poco el plano de Juan Gómez de Mora, publicado ahora por primera vez (fig. 9). Desde luego es muy posterior: lleva la fecha de 1626, y es el definitivo de la plaza por entonces. Sirve, sin embargo, para este objeto, por extrañar en él los pequeñísimos frentes de casas, marcados con toda claridad, y que de ordinario comprenden uno o dos huecos; los que llegan a tres no son más que cuatro, y no hay casas de más ventanas, aparte Carnicería y Panadería, con cinco la primera y once la segunda. Y si esto sucedía en la nueva plaza, ordenada, enriquecida y demás maravillas que se propusieron, podemos imaginarnos cómo serían las anteriores que se derribaron. Con certeza fueron necesarias nueve o más casas para cumplir la longitud de fachada de la nueva Panadería, y tal número explica el crecido de tasaciones, derribos y pregones de materiales y pertrechos. La expropiación no fué de una vez, y la obra estaba en marcha cuando hablaban todavía de todas estas cosas: por ello se pregonan los materiales un 20 de agosto, y el 2 de septiembre siguiente ordenan llevar fuera la tierra extraída del vaciado de los solares.

Por cierto que entre ellos hay al menos uno que fué de Juan de Herrera, donde estaban *las casas* que vendió a Pedro de Olmedo. ¿Formarían parte de la dote de su mujer, que él cuenta a Mateo Vázquez, en 2 de marzo de 1584, hubo de vender hacía años para pagar sus deudas? La fecha está muy lejana para que se dignasen recordarla y consignarla aquellos graves señores de la Junta como

dato para la identificación de las casas. Tuvieron forzosamente que cambiar de dueño hacía muy poco tiempo para que se conocieran como de Juan de Herrera mejor que de Pedro de Olmedo, y por deducción lógica cabe pensar en una *oportunidad* aprovechada por Herrera para deshacerse de unas casas que él sabía estarían muy pronto sujetas a expropiación, con todas sus complicaciones, y prefirió soltarlas a tiempo; solución un poco picaresca, quizá, que debió de ser cierta. No es nuevo el arte de capear; entonces abundó mucho, y no tiene cosa que extrañe, si es cierto aquel otro asunto de unos tesoros ocultos concedidos por el rey en Molinillo a Juan de Carrión, cabo de Guardia a pie, conforme a todos los requisitos legales, y que por escritura notarial eran de Herrera... si parecían, según nos cuenta Arcaute en su *Juan de Herrera*, sin decirnos de qué lugar copió la noticia¹. De todas maneras, son hechos únicos de este jaez en la vida de Herrera, siempre correcta y pulcra.

Trata también el documento último de que el corregidor y un alcalde de Casa y Corte pongan en orden los puestos de venta, las mesas de la plaza, *conforme a la planta que dellas esta hecha*, nueva intervención de Francisco de Mora y una de las primeras como maestro mayor de la Villa, que indica lo avanzada que iba la obra general de la plaza.

La preocupación de siempre acerca de los puestos de venta iba a terminarse de una vez. Su forma y tamaño fué tema de discusiones, hasta que se adoptó el modelo, impuesto a todos por la orden de 22 de mayo del mismo año 1592:

«Que se notifique a Alonso de Mendaño, el moço, y a los demas que tienen arrendadas tablas francas al Rey, Reina y Principe [noticia curiosa de una propiedad y renta de la real familia] hagan luego tablas conforme al modelo de las demas que estan hechas, y del largo y ancho que fuere necesario, y la Villa y los señores de las tablas francas paguen la quinta parte de lo que costare y los obligados lo demas, y el que instale despues dellos tenga obligacion de recibir estas tablas en el preçio que se tasaren, con el menoscavo que tovierén, quitado el dicho menoscavo.» (Folio 7 vto.)

Agustín Ruiz de Arcaute, *Juan de Herrera* (Madrid, 1936), pág. 113.

Si era extensa la picaresca, no podía faltar entre los vendedores de la plaza, e intentan cortarla así (15 de septiembre del mismo año, folio 11):

«Que todos los que tienen tablas en la plaza que se les an dado por orden de estos señores, las tengan ocupadas y bendan en ellas sus mantenimientos, con aperçivimiento que se les quitaran y daran a otros; y no las alquilen, vendan ni tras pasen, sin orden de la Junta, con aperçivimiento que serán castigados por todo rigor, y estando acavadas de sentar, se obliguen y den fianças de tenellas probeidas.»

Aquí terminan todos los datos recogidos de la actividad de la Junta, y al parecer no hay más. Nos dejan con la miel en los labios, porque aquellos seis años que pasaron hasta la muerte de Felipe II (1598) hubieron de tener actividad intensa para la reforma definitiva de la plaza.

Como nos hemos de pasar sin ellos, y los de acuerdos del Concejo quedaron seguramente vistos por los muchos que antes investigaron sobre la materia¹, hay que deducir cuánto queda en el aire y sin la base firme de un testimonio coetáneo.

Hasta el momento tenemos seguras las trazas de Herrera para la reforma de la plaza, y sus indicaciones respecto de remeterla hacia Santa Cruz y de transformar la Carnicería. Siguen las obras en estos dos costados de la plaza, la terminación de la acera de Atocha y la obra general y definitiva de la Panadería, con trazas seguramente del mismo Herrera, dirección de Francisco de Mora y ejecución de Sillero.

Falta por mencionar una sola vez hasta este año de 1593 el cuarto lado de la plaza: el inclinado que deformaba la regularidad del contorno y no tenía arreglo posible; había de ser quitado para remediar el daño.

Todo este repaso indujo a pensar en que a los señores de la Junta les faltaron los arrestos suficientes para emprender la totalidad de la reforma, en realidad reconstrucción completa, reservando

¹ Los estudios del conde de Polentinos, *Las casas del Ayuntamiento y la Plaza Mayor de Madrid*, (1913), y Esperanza Guerra, *La casa de la Panadería*, en esta REVISTA, tomo VIII (1931), págs., 378-81, como más completos.

el cuarto frente para Juan Gómez de Mora y Felipe III, cuando volvió de su escapada con la Corte a Valladolid. Parecía lo seguro, y lo sería si no existiese una carta publicada por Amador de los Ríos¹. La atribuyen a Diego Hurtado de Mendoza, sin fundamento, según dicen. Está escrita por un anónimo literato, no malo ciertamente, que dejó Madrid durante unos años, bastantes desde luego, y lo encuentra reformado a su vuelta. Reducida la carta a lo que tiene aquí aplicación, dice así:

«Digo, señor, que yo halle la corte donde la dexe, pero tan mudada que casi no la conoçia, porque todo lo halle trocado: palacio, lugar, ministerio, trajes, hombres y mujeres. Palacio remendado, la Puerta de Guadalajara derrocada, la plaza cuadrada...; muchas casas nuevas y otras derribadas, una puente hecha muy hermosa...; en resolución, no he visto cosa que no este mudada ni hombre que no se ande lamentando.»

Advierte Amador de los Ríos que Argensola fechó esta carta hacia 1584, fecha que no le va mal.

Remiéndose el Alcázar en varias etapas, dejadas aparte, claro está, las anteriores del siglo xv y del emperador. Termina la primera hacia al 66, y la siguiente, por los primeros años que siguen al 70. Desde aquí hay que esperar a Felipe III para encontrarlo en obras de *remiendo*, fácilmente apreciables; es el momento en que Juan Gómez de Mora construye la nueva fachada.

Antes quedó reseñada la fecha generalmente admitida para el puente de Segovia (1582), un poco tardía quizá, pero que va bien de todas maneras, y el derribo de la puerta de Guadalajara está fijado por López de Hoyos el 70, cosa imposible, y por los más diez años después, a consecuencia del incendio; fecha discutible ante los nuevos documentos aportados aquí, pero no disparatada si el año es aproximado.

Por 1581 está escrita la nota de Herrera referente a la nueva colocación del reloj en uno de los cubos, que ha de continuar en pie *arrimado a las casas de Gaspar Gómez y Robles, el librero*. Si hubiese de irse al diablo el cubo, no se pondría el reloj en él. En

¹ *Historia de la Villa y Corte de Madrid* (Madrid, 1863), tomo III, págs. 144-45.

cambio, deben demoler el *segundo y tercero cubo*, según consta en *la traça que se dio en el incendio* reciente y que Su Majestad ha de volver a estudiar y aprobar. ¿Salió de aquí el cambio de criterio y la orden de quitar el estorbo de en medio, en vez del ensanche proyectado? No tengo elementos seguros de juicio. Lo que todos dicen no es más que indicio posible, porque son muchos ya los casos de fechas consignadas al parecer por acuerdo unánime y que en realidad son únicamente nacidos de lo anotado a la ligera por alguno, repetido por cuantos le siguen sin la menor comprobación.

Puede tomarse en sentidos opuestos la documentación consecuencia del escrito de Baltasar Gómez Mesa (1591) reseñado con el anterior en las mismas páginas: *al tiempo que se ensancho la puerta de Guadalajara le tomaron unas casas*. Está de acuerdo el escribano Martínez el 14 de noviembre del 92: *en las casas que se tomaron en la puerta de Guadalajara para el ensanche della*, y también se conforma el escrito final (16 de junio del 93), obra de Baltasar de Arceo: *los çensos que la Villa tomo el año 578* (no debe de ser exacto el año) *para la obra de la puerta de Guadalajara*. Tomados todos al pie de la letra, parecen referirse a la puerta en pie y ensanchada; pero son tan ambiguos y poco precisos, sin la menor referencia a lo material de la puerta, que bien pueden creerse afectos al lugar donde estuvo, como sucede en el plano de Gómez de Mora (fig. 9) fechado en 1626, cuando había desaparecido muchos años hacía, y sin embargo anota en un lugar: *Calle que ba de la puerta de Guadalajara a la plaça*. El sitio, el lugar donde estuvo la puerta, continuó llamándose así muchos años, como sucede todavía con las del Sol y Atocha, y el ensanche tantas veces repetido en los escritos del 91 al 93 puede ser de la calle o plaza que resultó del derribo, marcada por Texeira en su plano (fig. 11) con el mismo nombre.

De todos modos, no puede aclararse mucho más el problema¹, sugerido ahora por la fecha de la carta, que ha de ajustarse a las gran-

¹ Antes fueron reseñados los informes del expediente (manuscrito 1-1-54 del Archivo de Villa). Ahora, ante esta duda, va la transcripción en este lugar; así podrán todos fácilmente estudiarlo:

«En las casas que se tomaron en la puerta de Guadalajara para el ensanche della, se tomaron de los herederos de Pedro de Villanueva unas hacía la yglesia de San Miguel, las quales fueron tasadas por la primera tasación en quatrocientos y siete mil tresçientos y veinte maravedis, y estos se mandaron depositar en Gregorio Sanchez, receptor que hera desta Villa, y por la parte del curador de los dichos menores se agravio de la dicha

des novedades reseñadas: mudanzas del Alcázar, posibles de ver desde 1566; el puente de Segovia, expuesto a la admiración pública hacia el año 1580, y la Plaza Mayor *cuadrada*, que ha de llevarse bastante más acá de 1590, aunque se trate de obras iniciadas, pues tampoco está claro si ha de ser interpretada su letra en sentido estricto. Por el momento parece que sí, y en este caso la obra de la plaza fué completa en su iniciación y llevaron sus cuatro lados hasta las alineaciones que hoy tienen.

Ayudados por los planos del Archivo de Zabálburu, es muy sen-

tasación y pidió que quando no hobiese lugar de desagrarle, se le diesen treçientos ducados que se le avian prometido al tiempo que se trato de tomarle la dicha casa. Sin embargo de lo suso dicho se le mando tomar dicha casa y se acomodo en ella a Hernan Gutierrez, y por parte del dicho curador se pidió al Sr. Lic^{do} Ximenez Ortiz, del Consejo de su Magd. que suçedio en la comision que tenia el Sr. Rodrigo Bazquez sobre el dicho ensanche, mandase que primero que se le tomase la dicha casa, y puesto no se le dava la refacion de los dichos treçientos ducados, tubiese por bien se tornasen a retasar, lo qual se proveyo anssi, y aviendo nombrado tasadores por su parte y esta Villa por la suya, por los dichos tasadores fueron tasadas las dichas casas en veinte y dos mill doscientos y ochenta maravedis mas de los quatrocientos y siete mill treçientos y veinte maravedis en que antes estavan tasadas. Y porque el dicho curador a otorgado carta de venta de las dichas casas en favor desta Villa y pide se le paguen los dichos veinte y dos mill doçientos y ochenta maravedis que se le restan debiendo demas de los quatrocientos y siete mill e treçientos veinte maravedis que estavan depositados en el dicho Gregorio Sanchez, y despues se remobio el dicho deposito en Baltasar Gomez, es neçesario que el Sr. Contador Luis Bazquez de Acuña bea las quantas que dio el dicho Gregorio Sanchez de lo que entro en su poder para la dicha obra de la dicha puerta de Guadalajara, o en las que a dado de la receptoria dicha de el tiempo que se tomo la dicha obra asta agora, si parece por ellas que se le ayan librado los dichos veinte y dos mill y doçientos y ochenta maravedis o son otros maravedis algunos de mas de los dichos quatrocientos y siete mil treçientos y veinte maravedis que antes le estavan librados y depositados. Porque si no estan librados se le libren.—En Madrid a catorçe de nobiembre de mill e quinientos y noventa y dos años.—*Francisco Martinez.*»

«Por los libros de las quantas desta villa de Madrid pareçe que por las que se an tomado a Gregorio Sanchez, recetor que fue desta dicha Villa, asi de la dicha recetoria de los años desde el DLXXVIII hasta el de DXC, como de los maravedis que entraron en su poder, procedidos de los censos que la Villa tomo el año de DLXXVIII para la obra de la puerta de Guadalajara, no se an librado a los dichos herederos del dicho Pedro de Villanueva lo XXII mill CCLXXX arriba contenidos.—Fecho en Madrid a XXVI de junio de DXCIII.—*Baltasar de Arçeo.*»

«Yo he visto los papeles e recaudos que esta Villa tiene sobre la toma de las casas de los herederos de Pedro de Villanueva y la certificación que Baltasar de Arçeo da en que por los libros de las quantas desta Villa de Madrid no parece averse librado a los herederos del dicho Pedro de Villanueva los veinte e dos mill e doscientos y ochenta maravedis, y siendo esto ansi e no paresciendo que por otra parte se an pagado y esta Villa los debe pagar a los herederos del dicho Pedro de Villanueva, y esto me paresçe.—En Madrid a 20 de Septiembre de 1594.—*Melchor Rojas.*»

cillo de averiguar en qué consiste la reforma total y cuáles datos y líneas iniciales toma como bases de su trazado.

Para evitar referencias complicadas, fué dibujado el croquis de la figura 10 superponiendo el *estado actual* anterior a la reforma (fig. 7), y la planta de Juan Gómez de Mora (fig. 9), rayando las zonas edificadas de los fondos de porches y entradas de calles, descubiertas y encubiertas, con trazo grueso, sin representar los pilares de la nueva plaza, que complicarían el trazado sin necesidad¹.

Son profundas las modificaciones introducidas. Quedan en su lugar las dos calles sin nombre en el Texeira y coincidentes en un caso entre los otros dos manejados: la calle de la Ropería (actual del Siete de Julio, y de la Amargura en el plano de Coello). A la otra calle, sin nombre en el plano viejo, llama Gómez de Mora de los *Binos* (Coello, de Boteros, y ahora, de Felipe III), faltando entre ellas el callejón del Triunfo o del Infierno, que de ambos modos se dijo, abierto mucho más tarde.

La Ropería siguió exactamente como era, y la otra, probablemente también, puesto que su línea definitiva se adapta a la exterior de los porches, que el plano viejo representa interrumpidos de repente, sin saber por qué causa, con el consiguiente ensanche de la calle, poco probable; como tampoco lo es que el nuevo trazado la estrechase.

Entre ambas fueron expropiadas las casas para la Panadería; pero no en toda su longitud. Hacia la calles de los Vinos quedan 70 pies (19,60 metros), y de la parte de la Ropería, otros tantos. No queda al centro de la plaza: hay cinco pies de diferencia en más junto a la Ropería, quizá por error de replanteo. Los anchos de calle y la línea entre ambas coinciden sensiblemente en los dos planos. Encaja enfrente, sin ningún esfuerzo asimismo, la embocadura de Toledo, y hemos acabado de contar elementos y líneas antiguas que pasan al trazado nuevo. Por la parte de Santa Cruz, en lugar de la plaza y callejón de los Bodegones, presenta el otro las calles

¹ Fué tomada como buena la escala de Gómez de Mora y rectificadas las diferencias existentes entre las notas y la escala del croquis anónimo del archivo de Zabálburu, por suerte lleno de numeritos, que facilitaron el trabajo. El croquis es muy incorrecto y se ajusta mal a la escala; en cambio, el de Gómez de Mora solamente necesitó de correcciones en la calle de Toledo, representada inclinada en sentido inverso del verdadero. Las cotas ajustan bien.

de las Postas (Sal), Peso Real (Zaragoza) y Atocha, desviándose junto a la Carnicería la calle sin nombre que iba a los «escritorios del crimen», para formar la nueva calle Imperial, montada sobre el macizo de casas de esta parte.

La Carnicería fué mucho más pequeña: tuvo 50 pies de frente (14 metros), centrado rigurosamente en la línea de porches, no en la de fondo, entre las calles Imperial y de Toledo, con unos 100 pies (28 metros) a cada lado, que valen para siete casas. Este bloque no tiene el menor intento de simetría en su conjunto; sin duda, el corte de la calle de Toledo fué razón bastante para huir de una ordenación forzada.

Al rincón próximo a la embocadura de la calle de Toledo ábrense las escalerillas que bajaron a la cava de San Miguel y descienden hoy a la calle de Cuchilleros, encargada de sustituirla, bien reformada, por cierto.

En el último lado, de esta escalera a la calle Nueva, no permitió el desnivel abrir ninguna otra; pero en la última fué recogido el callejoncillo encubierto de San Miguel, que antes salía en el pico de la plaza vieja.

Pues bien; siguiendo el mismo orden, nos habla la documentación vista de los solares y construcción de la Panadería, cuyas obras adjudicanse a Diego Sillero el 13 de junio de 1590, insistiendo el 13 de mayo de 1592 (casi dos años exactos después) *se haga conforme a la traça y monteada dadas de antes*, bajo la dirección de Francisco de Mora.

El frente hacia Santa Cruz tenía casas terminadas en esta última fecha, con sus porches, puesto que no se permite alquilarlos en pregón de 20 de abril, y los libramientos para la reforma de la Carnicería comienzan el 17 de junio, siempre del mismo año, y son para el pago de cuanto se debe de la obra realizada.

Esto es todo. Veamos ahora cuáles son sus consecuencias.

La proximidad hacia la calle Mayor y las construcciones en aquella parte repercuten, como es natural, en la calle. En los tres años mal contados que abarcan los documentos, entre cortes de casas, edificios nuevos, embargo de porches y tasaciones, son ocho los expedientes y acuerdos diversos afectos a otras tantas casas, y seguramente a más, que son ya bastantes en la corta longitud de la calle de entonces, entre las puertas de Guadalajara y del Sol, a la

que habían de quitarse palacios, como el de Oñate (reconstruido luego en barroco), e iglesias, como San Felipe. Además, hay que contar que sólo motivaron expedientes las obras protestadas por alguien; las otras siguen su curso y nadie se entera.

Fué, por tanto, conjunta la reforma, y no tuvo demasiadas dificultades, limitada, como parece, desde el rincón de la calle de los Vinos a la Panadería. Ni hay allá desniveles intensos, ni tampoco un problema grave de expropiaciones en bloque y nuevos trazados, como sucedería de haber llegado hasta la calle Nueva que va a la puerta de Guadalajara.

Es mucho más grave el costado siguiente, hacia Santa Cruz. Compárense los croquis primeros y las plantas superpuestas, y queda patente lo violenta que fué la transformación. Sin género alguno de duda, fué primitiva; está consignada en el informe de Herrera, en la tasación de Monzón y en los documentos de la Junta. Entró, por consecuencia, en el primer proyecto del arquitecto real, no del corregidor, y se ejecutó con toda su violencia, reconocible aun hoy mismo en los planos actuales. Quizá desapareciese mucho de ella si hubiera sido suprimida la calle de Postas, o de las Postas; pero no lo fué ni entonces ni nunca.

Ahora bien; lo más complicado de toda esta parte fué la transformación de manzanas y de calles, realizada sin contar para nada con lo existente, construyendo casi toda una plaza y metiendo en la Mayor la calle de Atocha, por un ángulo y en forma oblicua, forzada del todo, pero necesaria para la sistematización de calles tantas veces recordadas.

Sigue la acera de la Carnicería, y en ella paran la obra los documentos al centro de la plaza, antes, por consiguiente, de comenzar las dificultades graves, las más graves del proyecto.

Al nivelar la plaza, y por fuerza hubieron al menos de comenzar a enrasarla, se encontraron con el desnivel violento de toda la segunda mitad de este frente y del otro contiguo a la cava de San Miguel, que obligó a desmontar y hacer de nuevo la cuesta inicial de la calle de Toledo; a derruir todo el frente izquierdo, desde esta calle a la Nueva, más toda la vieja calle de este lugar hasta la Mayor. De todo esto no hay hasta ahora un solo documento; cierto que faltan seis años de actuación, y esta es la dificultad para admitir a la letra el texto de la *Carta anónima* de la Biblioteca Nacional

publicada por Amador de los Ríos. No hay duda de su existencia en el proyecto; pero no cabe ni puede caber en cabeza de nadie la idea de acometer con tal grandeza, y pese a todas las dificultades, una gran plaza regular, y dejarle casi una mitad mezquina, torcida y sin el menor parecido con el resto. El proyecto fué así; pero si lo hicieron entero, entonces ¿qué le quedó por hacer a Juan Gómez de Mora? Ciertó que el plazo que le dan de dos años es muy pequeño; pero hablan de tasación de casas en 17 de octubre de 1617, derribos y cifras ingentes de gastos, justificadas si toda esta zona hubiera quedado intacta o poco menos, pero imposibles en caso contrario.

Otro dato que obliga a pensar en este parón es que la plaza siguióse usando para las fiestas entre las dos etapas de obras. En 1601 se niegan los vecinos a pagar 300 ducados que les exigían por una fiesta de toros y cañas. El dato es conocido de sobra. Piensa el Concejo llevar el festejo a las de El Salvador (actual de la Villa) y del Sol. Cuando tuvo intento semejante, no las encontraría tan enteramente diferentes como quedaron luego; hubiera sido insensato. Desde luego no fué muy cuerdo, porque desistieron e idearon la draconiana medida de hacer grandes tablados para tapar las ventanas de la plaza y que los vecinos no viesén la fiesta. Acuden en protesta a Felipe III, alegando *los altos precios que por razón de las fiestas pagaron por las casas*. ¿Quiénes pagaron estos altos precios por sus casas? ¿Todos los vecinos? Entonces nos encontramos con la plaza completa. Pero pudieron y debieron ser los de la parte renovada, que afectaban a un lado completo y poco más de la mitad de otros dos; es decir, a casi la mitad de la plaza antes referida, y que eran bastantes para plantear la protesta.

El último dato, recogido de siempre, atañe a la llamada por Gómez de Mora calle Nueva. Parece ser la última terminada en su etapa final de trabajos.

¿Queda algo de aquella plaza primera? Desde luego, la planta general, ajustada al proyecto de Herrera, que desarrolla por primera vez el programa elaborado lentamente de una gran plaza regular y ordenada para mercado y festejos, llegando incluso a los detalles de los puestos de venta y de su distribución en la plaza, seguramente con trazas de Francisco de Mora, informadas e inspiradas por el mismo Herrera.

León Pinelo nos cuenta que una vez terminada se comprometieron los vecinos a pagar 700 ducados cada fiesta; así desapareció el motivo de nuevas protestas como la pasada. Añade que tenía 434 por 334 pies, con marcado error, pues la planta de Mora mide al interior de los soportales 445 por 320 pies ($123,60 \times 89,60$ metros) y por el exterior 415 por 290, si la escala es exacta. Estas cantidades son bastante aproximadas a la proporción 8:5 de la escala áurea, tan usada entonces. Anda la directa entre las dos dimensiones totales alrededor de 1,40, poco menos de vez y media la una sobre la otra. La proporción geométrica da un error casi nulo: lado mayor igual a la diagonal del cuadrado construido sobre el lado menor. Las dimensiones actuales son $112,10 \times 91,65$ metros al fondo de porches, y $101 \times 80,20$ al exterior de los pilares.

Todavía menos verosímiles son las medidas asignadas por el mismo autor a la Panadería: 124 pies de fachada, 18 para las medianerías laterales y 56 para el muro de fondo. Pues bien; aparte de que la fachada en el plano de Gómez de Mora tiene de longitud 140 pies, si sumamos las tres de los lados interiores obtenemos un total de 92 pies, bastante inferior a los 124 que supone para la fachada. Con estas cuatro dimensiones es, por ende, absolutamente imposible construir el cuadrilátero del solar. Quizá tuviese al interior entrantes no reseñados, cosa improbable ahora, porque el incendio del reinado de Carlos II dió al traste con todo el edificio.

Sigue León Pinelo su descripción, y anota seis calles *descubiertas*, con su embocadura franca, y tres *encubiertas* bajo los porches, dato cierto, si exceptuamos la calle del Peso Real; hay allí unas rayas hechas después con tinta muy desvaída que dejan lugar a bastantes sospechas. Dice tenía habitación para 3.000 personas y cabían en las fiestas 50.000 espectadores.

Hasta aquí los datos de la plaza, muy poco alterados en las últimas reformas. Casi la fundamental consistió en abrir, contigua a la Panadería, la calle del Infierno, por orden real de 1634.

Son mucho más difíciles los alzados. Los sucesivos incendios y la reforma final uniformaron y alteraron tan por completo la plaza entera, que podemos afirmar sin exageración ninguna es la actual obra de Villanueva y de sus seguidores hasta bastante entrado el siglo xix. El modelo de Madrid expuesto en el Museo Municipal tiene variantes, como la falta del arco de embocadura en la calle de

Felipe III y la falta de fachada entre las calles de Zaragoza (Peso Real) y Atocha, también recogida en el plano de Coello (1849). Entonces se hicieron nuevos todos los porches, incluídos dinteles, arcos y cornisones de piedra, a excepción de la Panadería; cubriéronse con arcos las calles descubiertas, y quedaron todos los balcones enmarcados en piedra, destacados sobre los fondos enlucidos de las casas, todas de igual altura y del mismo número de pisos¹.

La vieja plaza era diversa. Quedan en el Museo Municipal dos cuadros al óleo descritos así en el *Catálogo de la Exposición del Antiguo Madrid*²:

«Perspectiva de la Plaza Mayor en 1618. En el centro, el Rey Felipe III, con su comitiva, precedido de la guardia alemana y española y seguido de los archeros flamencos. Oleo. Anónimo. Ancho, 1,90; alto, 1,35.» (Fig. 12.)

«Fiesta celebrada en la Plaza Mayor el lunes 21 de agosto de 1672 (*sic*: fué 1623), para solemnizar el proyectado casamiento del Príncipe de Gales y la Infanta D.^a María de Austria.

»En esta fiesta tomó parte el Rey Felipe IV, que se encuentra a caballo debajo del balcón central de la Casa Panadería, donde están la Reina e Infanta; en otro de los balcones laterales está el Príncipe de Gales. Cuadro al óleo, firmado por Juan de la Corte. Nacido en Madrid en 1597, fallecido en 1660. Ancho, 2,84; alto 1,58.» (Fig. 13.)

Mucho más correcto el segundo, al menos de perspectiva y atuen-do, coinciden ambos en muchos detalles interesantes de la plaza, borrados por la unificación de Villanueva. Tienen punto de vista análogo, colocado mucho más alto en el primero, y muestran casi la misma cantidad de plaza, con el error perspectivo de aparecer con mayor fondo del real. Son las dos vistas menos incorrectas entre todas las muchas conocidas.

Aparece al centro la Panadería. Abren su planta baja siete arcos para incorporar a la plaza el mercado de pan. A los lados, sendas puertas pequeñas: son las que llevan por las rampas laterales al sótano, donde estuvieron las cuadras, el almacén y demás meneste-

¹ Fernando Chueca y Carlos de Miguel, *La vida y las obras de Juan de Villanueva*. (Madrid, 1949.)

² Números 1281 y 1282 del citado Catálogo.

res precisos a los vendedores. Todavía más hacia las medianerías, otras dos puertas; la izquierda conducía a la escalera del salón real, en la planta principal. «En esta cassa, que llaman Panadería, ben los Reyes las fiestas», anota Gómez de Mora en su lugar. La del otro lado llevó hasta las tres plantas, alquiladas a vecinos. Eran pendientes y duras, deficiencia que, unida a su estrechez, ordenó corregir Felipe IV mediante nueva escalera.

La gran sala mercado de planta baja puede muy bien ser la misma que existe como único vestigio, poco alterado, de las trazas de Herrera y dirección de Francisco de Mora¹.

Encima corren tres pisos, enteramente de ladrillo, separados sus balcones por bandas verticales y enmarcados de recuadros salientes con *orejas* en los dinteles, al modo herreriano. La carpintería, excesivamente destacada en el cuadro anónimo, y las barandas de balcón, altísimas, dan un aspecto raro, suprimido por Juan de la Corte en el suyo. Hasta aquí siguen concordes: arriba lleva tejado éste, por reformas conocidas que pudieron arrastrar el escudete policromado que lleva encima el anterior, si es que alguna vez lo tuvo². Jamás pudo presentar, desde luego, las remetidas torres y la barandilla de hierro por delante de ellas, aunque tuviese, como es seguro, la terraza y el ático al fondo, repetido en las casas de los lados y todos cubiertos de pizarra.

Los edificios de tres pisos encima del porche van exclusivamente de calle a calle. Todo el resto de la plaza subió hasta cuatro, también sin acuerdo entre los dos artistas, pues el uno asignó altura igual a las cornisas, mientras el anterior las supone distintas, elevada la de cuatro pisos casi la altura de uno, y en discrepancia ambos con Texeira, con sus tres pisos únicamente para la Panadería en el frente del fondo, y en el resto, lo que Dios quiera: cuatro en la calle del Peso Real, tres en Atocha, y averigüe quien pueda cuántos en el resto.

Apártase también Juan de la Corte por el sistema de cubiertas representado, de acuerdo con lo por él visto, que no era ya la forma inicial sistemática: cubiertas de plomo las terrazas de primera crujía

¹ Pueden verse los datos de este edificio en mi estudio *La Casa Real de la Panadería*, en esta REVISTA. Año XVII (1948), núm. 56.

² En cambio, ninguno registra los tres escudos pintados y dorados puestos sobre el balcón real en 1641, dato interesante para fecharlos.

y pizarra en el resto, alzado como un ático; preciosa forma que ha sido una pérdida lamentable para la plaza y daño sensible que ha de cargarse a las *previsiones* acordadas en Concejo de julio de 1631, luego del incendio que mandó la Carnicería al montón de edificios perdidos para siempre¹.

Dice el acuerdo que tenían las casas de la Carnicería veinte balcones de hierro «por aver como avia cinco ventanas y tener cuatro altos, y mas los antepechos de los terrados», a más asimismo del soportal; es decir, que era exactamente igual al resto de la plaza, exceptuado el frente de la Panadería entre las dos calles consabidas.

Quintana, que publicó su obra dos años antes del incendio, la describe más sucintamente, pero mejor que la Panadería. Según él, tuvo «soportales muy dien labrados, que sustentan columnas con sus basas y capiteles de piedra, gruesas, alrededor de un gran patio [la galería citada por Herrera], debaxo de los quales estan las tablas donde se pesa el mantenimiento. Tiene vivienda para el Alcayde della, y otras pieças para los repesos; éntrase a ella por dos puertas: una sale a la plaza y otra a otra calle [mencionada también en el informe de Herrera], para el desahogo de la gente, y entrambas con sus portadas de cantería y escudos con las armas de la Villa».

No existe —al menos, no conozco— un solo dato gráfico de este costado de la plaza antes del primer incendio; pero basta la descripción para saber perfectamente cómo era. Al reconstruirlo se hizo con variantes esenciales, en fuerza del acuerdo antedicho.

En primer lugar, ordenan no volver a construir el pasadizo de la calle Imperial, derribado como zanja cortafuegos.

También que se quite el plomo de los terrados y no se ponga nuevo ni en los edificios subsistentes ni en los nuevos. Parece que al fundirse con el calor del incendio caía en gotas ardientes sobre quienes intentaron apagarlo, causando una dificultad gravísima que añadir a todas las previsibles.

No afectan a la forma las restantes órdenes dadas a cereros, esparteros, cabestreros, *coheteros*, pasteleros y bodegueros para que

¹ Fueron publicadas por A. Miralles y T. Díaz Galdós, *Incendio de la Plaza Mayor en 1631*. (REVISTA DE LA BIBLIOTECA ARCHIVO Y MUSEO. Año IV, núm. 12 (1927), páginas 85-88.)

salgan de la plaza o tengan cuenta con el fuego y las materias inflamables y combustibles.

Y ahora, un problema: el tejado que cubre la primera crujía de la Panadería parece presentir en 1623 las consecuencias del incendio de 1631. ¿No sería pintado el cuadro después de esta fecha y de la reforma indudable de la cubierta? Es la única explicación lógica de la forma, rotundamente anómala y a todas luces no primitiva.

Otra reforma, y esta vez no achacable al fuego, modificó por modo lamentable los soportales de la plaza. Dedicados a tiendas, tuvieron una sola altura hasta su techo, sin cortes intermedios, muy pronto aparecidos para conseguir entresuelos dedicados a talleres y almacenes. Otro nuevo acuerdo del Concejo (7 de septiembre de 1632) manda a los arrabales definitivamente a cabestreros, cofreiros, carpinteros y varios otros, obligados a mantener fuego cerca de materias combustibles, al tiempo que ordenan la desaparición de los entresuelos, fabricados malamente en las *seras de carnicerías y roperos de viexo*, por bajos de techo, sin chimeneas ni piezas separadas para encender lumbre; como vemos, una maravilla.

Aunque parezca mentira en obra de categoría, dejaron adueñarse de ella a gremios muy poco distinguidos y cuidadosos. Es difícil que fuera por derechos adquiridos, con el precedente ya citado de libertades completas en el caso análogo de la plaza de Valladolid años antes. Obedecería a razones económicas seguramente, y así vemos instalados los pañeros desde la calle Nueva a la de Toledo; los de cáñamos y roperos de viejo, de ésta a la Imperial; los quincalleros, de aquí a la de Postas, y de ésta a la Nueva, los de sedas; dejados aparte, como es lógico, los edificios oficiales.

Así fueron el aspecto y la historia de la Plaza Mayor.

- 1 ALCAZAR—2 CABALLERIZAS Y ARMERIA
- 3 PARROQUIA DE SANTA MARIA
- 4 PUERTA DE LA VEGA
- 5 PARROQUIA DE SAN NICOLAS
- 6 CONVENTO DE N. S. DE CONSTANTINOPLA (1469)
- 7 PARROQUIA DE SAN SALVADOR
- 8 PARROQUIA DE SAN JUSTO
- 9 PARROQUIA DE SAN MIGUEL
- 10 PLAZA DEL ARRABAL
- 11 PLAZA DE SANTA CRUZ
- 12 CONVENTO DE SANTO TOMAS (1584)
- 13 CONVENTO DE SAN FELIPE (1546)
- 14 PUERTA DEL SOL
- 15 CONCEPCION JERONIMA (1502)
- 16 CONVENTO DE LA CONCEPCION JERONIMA (1502)
- 17 COLEGIO IMPERIAL (1560)
- 18 PARROQUIA DE SAN PEDRO
- 19 PARROQUIA DE SAN ANDRES

MADRID
 CROQUIS CONJETURAL DE LA ZONA COMPRENDIDA
 ENTRE EL RIO MANZANARES Y LA PLAZA DEL ARRABAL
 HACIA EL AÑO 1575

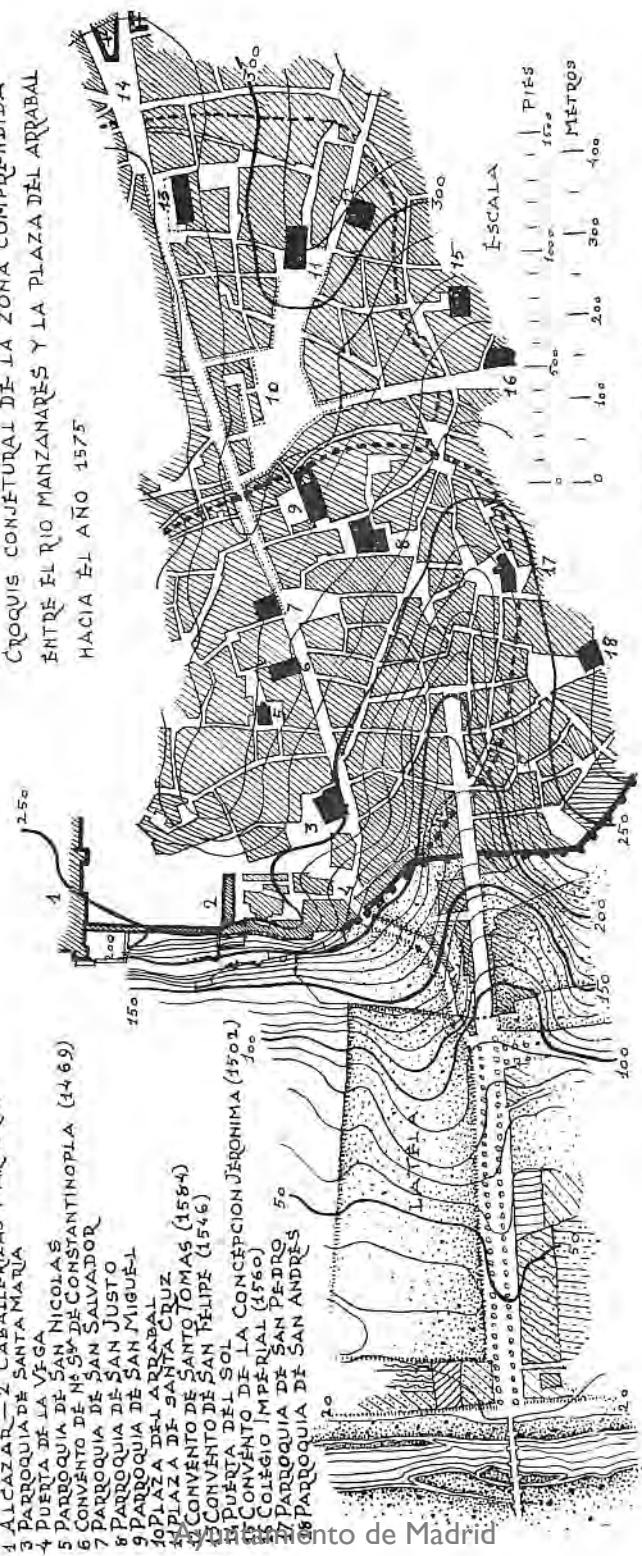


Figura 1.—Croquis conjetural que muestra la entrada de Madrid por la calle de Segovia hacia 1575.

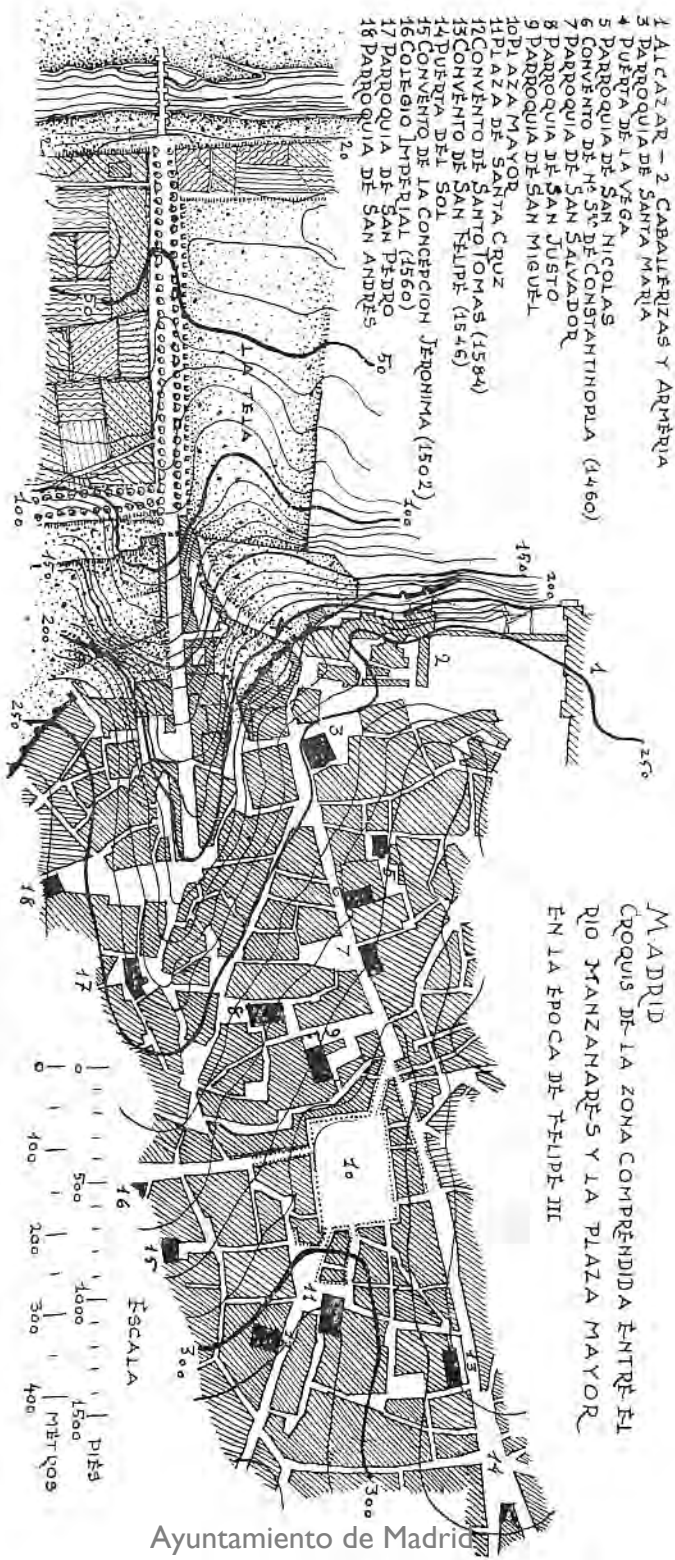


Figura 2.—Croquis de la entrada de Madrid por la calle de Segovia en los comienzos del siglo XVII.



Figura 3.—Límite de Madrid trazado sobre el plano de Texeira según el acuerdo de 15 de junio de 1565 para la limpieza de sus calles.

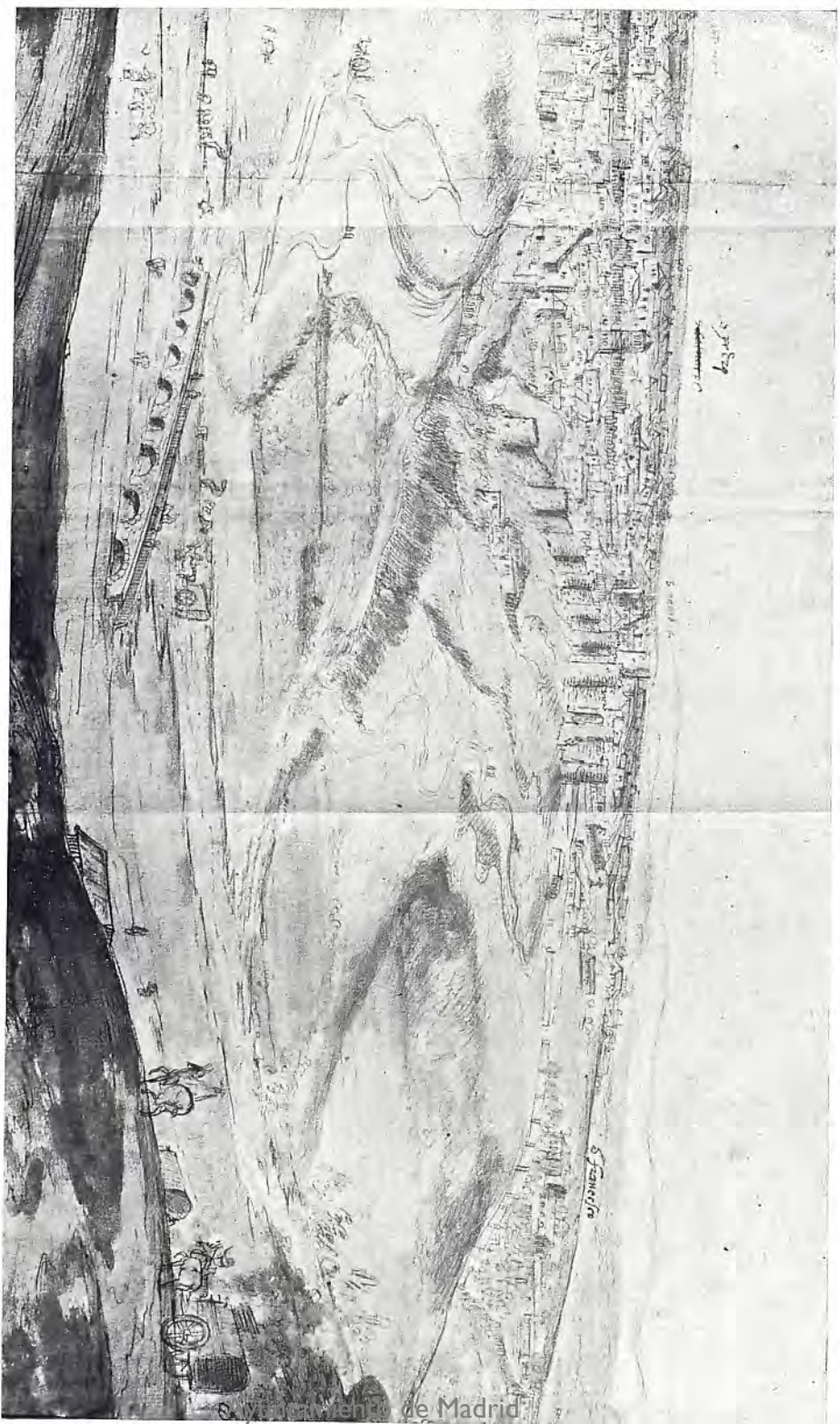


Figura 4.—Fragmento de un dibujo de Madrid visto desde los altos de la Casa de Campo. El viejo puente de Segovia, la muralla y la depresión correspondiente a la vaguada de la calle de Segovia (1561?).

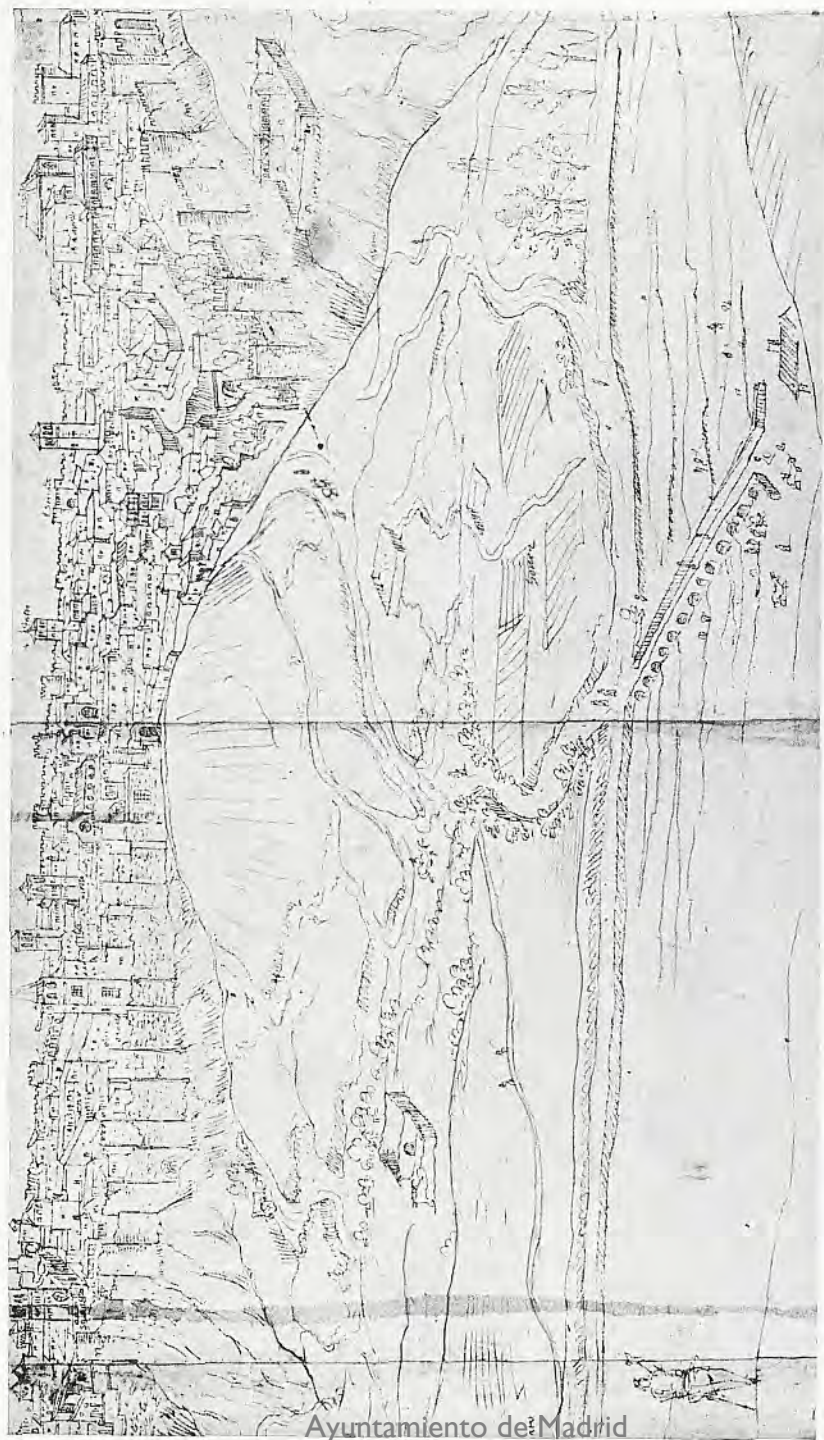
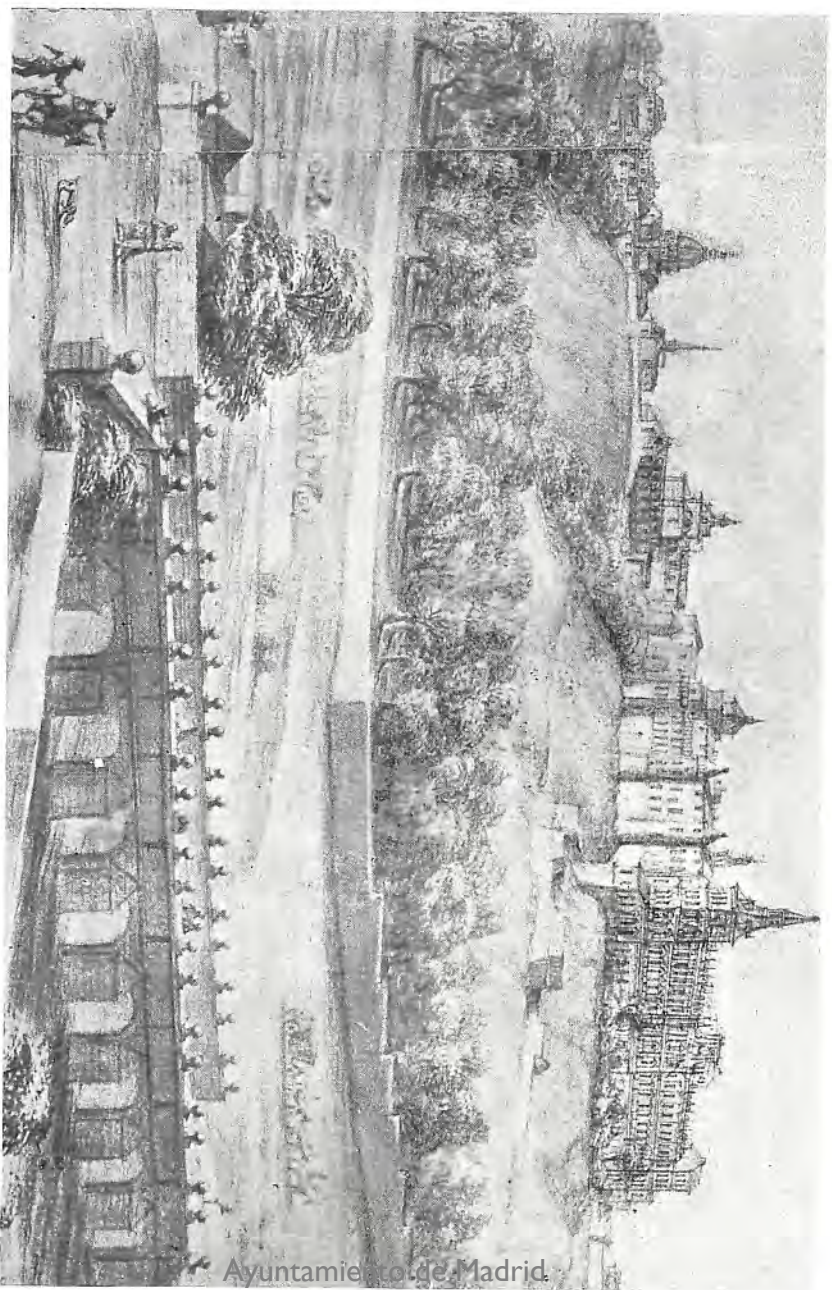


Figura 5. — Detalle de otro dibujo tomado desde el mismo lugar y con punto de vista más bajo que el anterior. El puente viejo de Segovia y la zona occidental de la muralla (?1561?).

(Biblioteca Nacional de Viena.)



Ayuntamiento de Madrid

Figura 6.—Detalle de una lámina dibujada para ilustrar el viaje por España de Cosme de Médicis. El nuevo puente de Segovia y el Alcázar.

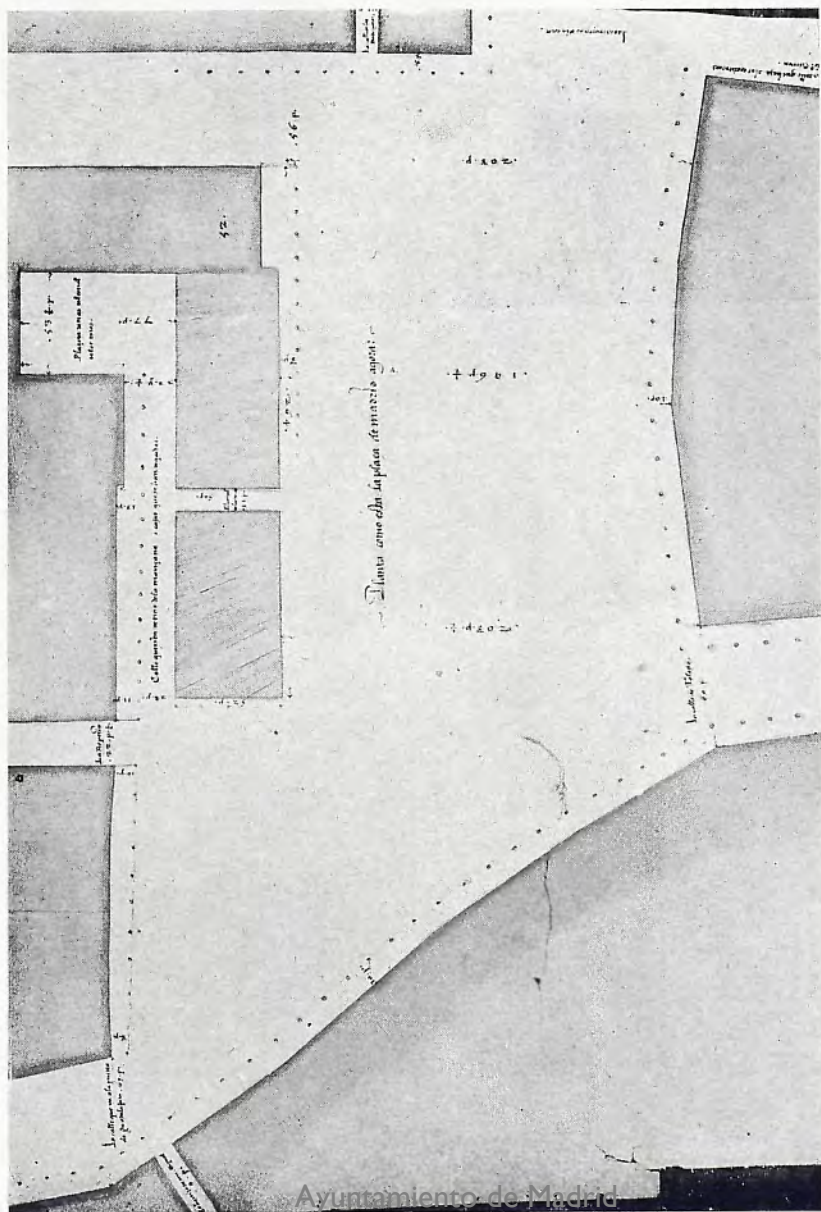


Figura 7.—Planta de la Plaza Mayor, o del Arrabal, en el año 1581.

(Archivo de Zabálbur.)

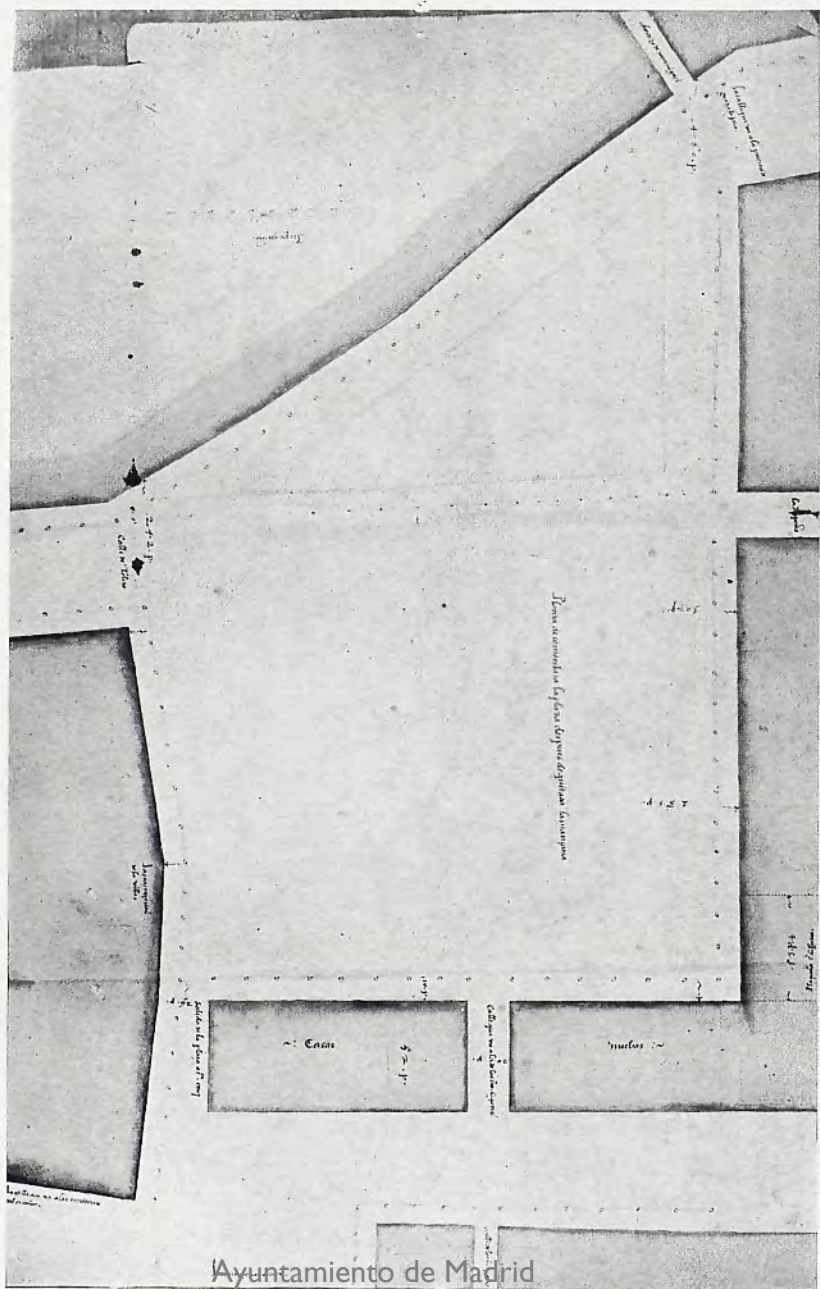
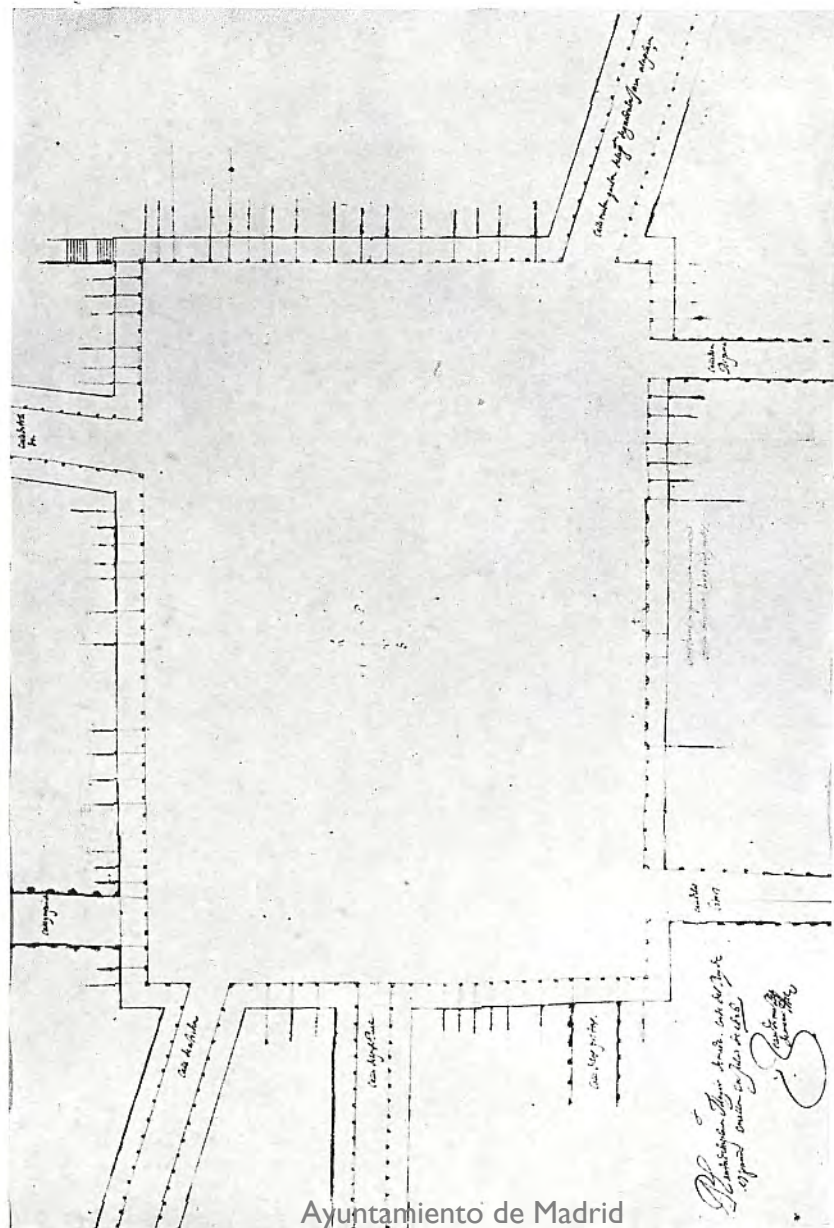


Figura 8.—Primer proyecto de reforma de la Plaza Mayor, o del Arrabal, trazado el año 1581.

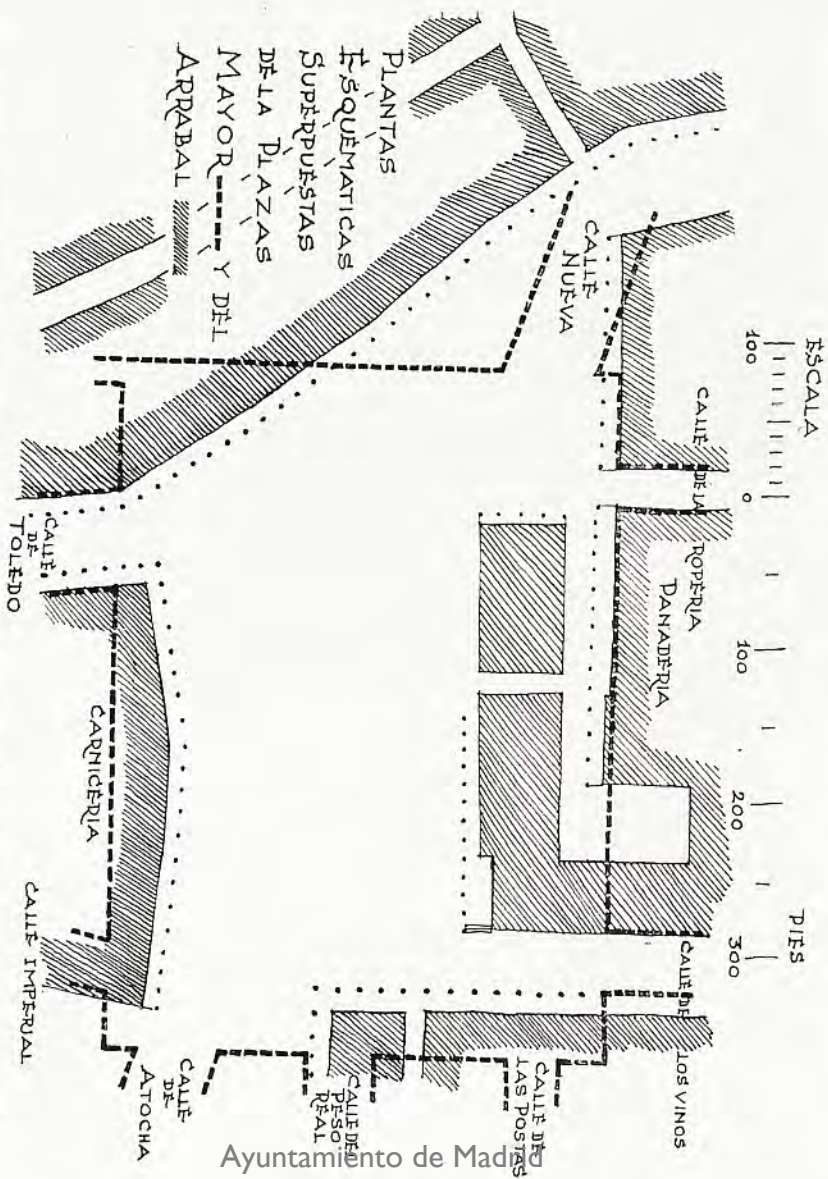
(Arquitecto de Zabálburu.)



Ayuntamiento de Madrid

Figura 9.—Plano de la nueva Plaza Mayor, firmado por Juan Gómez de Mora en julio de 1636.

(Biblioteca Vaticana.)



Ayuntamiento de Madrid

Figura 10.—Croquis trazado superponiendo a la misma escala los planos de la Plaza Mayor hechos en 1581 y 1626, antes de comenzar y luego de terminar las obras de Felipe II y Felipe III.



11.—Detalle del plano de Madrid grabado por Texeira. Al centro, la Plaza Mayor, y en su contorno, algunas calles reformadas por Felipe II: Almudena-Platerías; Santa María, Segovia, Toledo, Atocha, Mayor, prolongación de San Ginés y Fuentes.

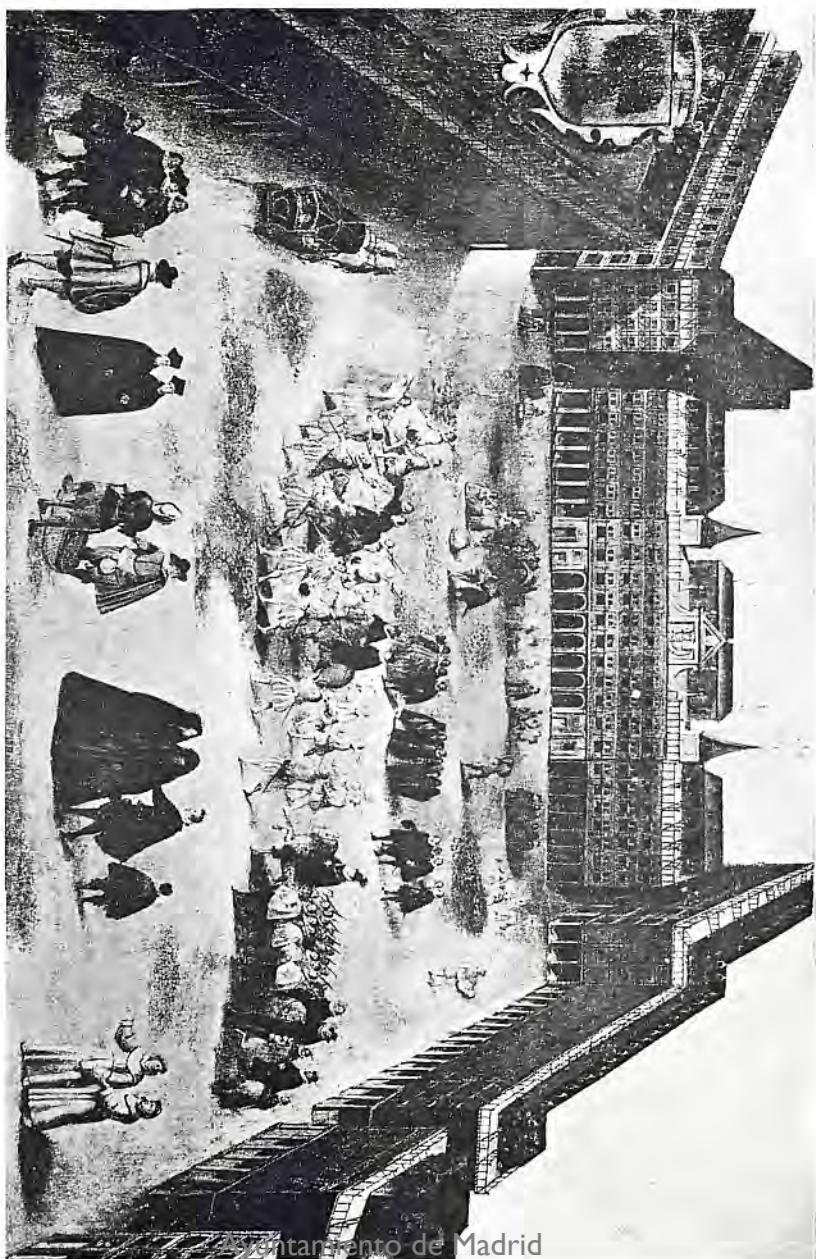


Figura 12. - La Plaza Mayor según el cuadro anónimo del Museo Municipal procedente de la colección Ortiz de Cañavate (¿1618?).



Figura 13.—La Plaza Mayor según el cuadro del Museo Municipal firmado por Juan de la Corte (1597-1660) y pintado entre los años de 1631 y 1641.
(Procede de la señora viuda de García Patencia.)

VIII

CONCLUSION

Pasan los años, las gentes permanecen y la Historia, que todo lo maneja, prefiere muchas veces las personas a los siglos.

En dos ocasiones planteó la capital parecidos problemas: de recién nacida y cuando, luego de cuatro siglos, quedó malparada por la guerra mantenida en sus calles durante dos años largos. El añejo fué la exigencia de convertir en plazo corto una villa castellana en corte del reino, poderoso y grande sobre todos los de su tiempo. Ahora consistió la dificultad en el rápido logro de una reconstrucción digna de la capital y del triunfo obtenido en una lucha gloriosa.

Y fué también semejante el remedio propuesto, adoptado y puesto en marcha; y no resultó idéntico porque jamás pueden igualarse las condiciones, íntimas o formales, de períodos tan distanciados. Pueden algunas coincidir, alcanzar otras analogías intensas, muchas más serán parangonables; presentarán formas, conjuntos, aspectos e ideas originariamente iguales; pero al concretarse de modo sensible, surgirán las pequeñas diferencias y los grandes cambios operados, bastantes para mudar el carácter de las resoluciones, que fueron en las dos apartadas fechas fruto de una misma idea.

El tiempo dirá cuáles serán los resultados finales del actual organismo creado y en funciones; del otro podemos exponer el resumen de sus actuaciones, por desgracia sólo en parte y limitados a los documentos hallados, que es de esperar y desear vayan completándose.

Falta, entre mil, uno de interés capital: los límites que Felipe II y su Junta de Urbanismo trataron de asignar a la Villa durante la discusión tenida el 17 de abril de 1592. Cotejados con aquellos del 65, que ignoraban muchos ensanches y daban de lado preocupaciones externas a sus convencionales líneas finales, proporcionarían una

base para comprender la transformación impuesta por aquellos miles de casas construídas en treinta y tantos años.

También nos darían resuelto el problema de las cercas nuevas, menos resistentes que las murallas medievales, pues que tan poco duraron, dejando tras ellas rastro tan impalpable que ni una vez aparecen nombradas en la delimitación referida, mientras conservan honores y prestigios las antiguas, tiempo hacía encerradas dentro del caserío, al menos por las más de sus cortinas. No podía perdurar tal estado, y poco después fueron cayendo sus puertas una a una, mientras nuevas construcciones emplearon los muros potentes para que sus vigas y carreras descansaran, con licencia o sin ella, hasta borrarlas del plano, aunque de ningún modo en absoluto. Todavía recoge parte la *Planimetría* del conde de Aranda en tiempos de Carlos III, como consecuencia de las observaciones realizadas en la *visita* llevada a cabo por aquellos cuatro arquitectos a las órdenes de Churriguera.

De las otras que pudieran existir durante el reinado de Felipe II, no hallé el menor dato gráfico, ni tampoco documental, en la parte consultada.

Quizá es igualmente grave cuanto falta sobre la reforma general de calles. Conocemos la pavimentación de muchas porque originaron complicaciones, agravios, protestas o gastos cuantiosos. Otras no dejaron más rastro que la preocupación de que estuvieran en buen estado y fuesen conservadas en forma total, dato evidente de anteriores trabajos en los pavimentos. Por un papel único quedó patente más arriba la consideración de igualdad lograda, en este aspecto al menos, por las *pueblas*, olvidadas en el reparto de limpiezas de 1565.

Entre líneas apareció la diferenciación de tramos diversos, de categoría desigual, en las calles principales: la de Toledo era en parte calle, luego calzada y al fin cuesta y camino; Alcalá comenzaba calle y seguía camino; Atocha tenía su zona comercial a partir de Santa Cruz, y después avanzaba, como las otras, hasta interrumpirse junto al hospital de Antón Martín; Segovia no había nacido; Mayor se tendía en corto tramo, fuera de la puerta de Guadalajara, y quedaba prolongada a lo largo de una calleja sin importancia, que no mereció los honores de un nombre.

Pasados pocos años, eran una perfecta unidad todas y cada una:

Toledo, Alcalá, Atocha, Segovia y la Mayor, destacadas en los planos fuertemente y con propia individualidad, aunque por resabios tradicionales conservara la última los nombres, recientes además, de Almudena y Platerías, reservando el de Mayor para el tramo dueño del nombre histórico.

Todas se construyeron sujetas a ordenación y trazas de conjunto, sometidos a ellas los proyectos de cada edificio, según acuerdo, comprobado tantas veces por el libro de la Junta y la autorización regia.

El incendio del Alcázar se llevó todo el archivo de planos, guardado meticulosamente por Felipe II, y en él desaparecieron definitivamente, si no están salvados, como los viejos de la Plaza Mayor, en algún lugar ignorado entre legajos que nadie vió.

Esta es quizá la más lamentable entre todas las faltas, pues nos impide conocer cómo entendieron monarca, técnicos y Junta qué debían ser las calles principales de la corte.

La Plaza Mayor puede orientar un poco; no mucho, ciertamente, porque desde un principio fué conjunto aparte, de programa lentamente elaborado y soluciones sucesivas; todo tan espontáneo y lógico, que obliga a pensar en ideas originales, sin ninguna inspiración próxima de obras hechas antes en España o fuera de ella. Dato éste de interés grande, pues no hay que olvidar le siguió de cerca la traza de Juan de Herrera para Zocodover, en Toledo, y luego las otras que culminaron en Salamanca; todas concebidas como unidad regular y conjunto monumental aislado y perfecto.

Debió de ser curioso el aspecto de la plaza, conseguido como violento contraste de la masa roja de ladrillo, los porches graníticos y los hierros negros y dorados. Y es más curiosa porque enseña la ductilidad de Herrera, tallado como arquitecto en el granito de Guadarrama, castellanizándose tan pronto baja de la sierra a la meseta con el manejo del ladrillo, cada vez en mayor cantidad a través de sus obras en el Palacio de Aranjuez y la Lonja de Sevilla, porque ambas son suyas, no solamente por atribución constante, sino porque así lo afirman los documentos consultados en los archivos, que dieron toda clase de facilidades para su estudio, por cuya amabilidad es obligación grata consignar aquí la gratitud más sincera al excelentísimo señor duque de Alba, al

Patronato del Instituto de Valencia de Don Juan y a su archivero, D. Pedro Longás; a los condes de Heredia Spínola, actuales poseedores del Archivo de Zabálburu; al Archivo Vaticano y a su archivero, reverendo padre Albareda; al director del British Museum y al archivero de Villa, D. Agustín Gómez Iglesias. Sin la colaboración y ayuda de todos hubiera sido imposible este trabajo.

FRANCISCO IÑIGUEZ ALMECH.

LA CASA DEL CONDE DUQUE

A la ilustre investigadora y escritora María Luisa Caturba.

A todo buen madrileño le satisface el haber contribuido al conocimiento de la historia de la Villa y Corte; y esa modesta pero entrañable satisfacción siento yo, que soy madrileño de los primeros en el amor, por haber aclarado, no ninguno de los fastos gloriosos de nuestra ciudad, sino un leve detalle, como el fijar el verdadero domicilio del más poderoso personaje de la Corte de Felipe IV: el Conde Duque de Olivares. Insignificante es, en efecto, mi aportación; pero lo insignificante colabora con lo que no lo es para rehacer la verdad; además se trata en esta ocasión de un pequeño hecho con el que se enlazan otros sucesos grandes; y se refiere, en fin, a edificios que han desaparecido ya o están en trance de desaparecer, y que merecen por ello quedar precisados en la crónica madrileña.

En el libro que dediqué al Conde Duque¹, expuse los antecedentes de la cuestión, que ahora resumo y completo. Hasta aquella fecha, en 1936, se venía diciendo, y se leía en todas partes, que don Gaspar de Guzmán, que durante tantos años tuvo en sus manos la suerte del Imperio español, habitó en un palacio espléndido situado en la calle que todavía se llama «del Conde Duque». Esta creencia se fundaba en la afirmación del ilustre escritor D. Ramón Mesonero Romanos, patriarca indiscutible de la erudición madrileñista, al que yo también admiro profundamente, más aun que por su sabiduría,

¹ G. Marañón, *El Conde Duque de Olivares*. Primera edición, Madrid, 1936.

que algunas veces flaqueaba, por su visión, tan clara, optimista y graciosa, de las costumbres, virtudes y defectos de nuestro pueblo, y sobre todo por la prosa, de elegantísima y permanente simplicidad. Se la oí alabar muchas veces, siendo yo un niño, a D. Benito Pérez Galdós, y, entre paréntesis, no poco influyó en el estilo del autor de las *Novelas Contemporáneas*; estilo que en su tiempo fué tachado de excesivamente prosaico, y que hoy, y precisamente por este que se consideraba defecto y era cardinal virtud, sobrevive al naufragio de casi todos los estilistas alambicados o ampulosos de su tiempo.

Mesonero Romanos escribió: «La calle del Conde Duque y el portillo en que termina nos traen a la memoria al poderoso valido de Felipe IV, D. Gaspar de Guzmán, Conde Duque de Olivares, cuyo suntuoso palacio y jardines se alzaban en aquel sitio y están representados en el plano antiguo hacia donde ahora el cuartel de Guardias.»¹ Esta versión la repiten los demás autores de *Guías de Madrid* o historiadores de sus sucesos. Capmani, más explícito aún, afirma² que el Conde Duque «labró su palacio próximo al sitio que hoy ocupa el del Duque de Berwick y de Alba», y añade que «este gran Privado lo embelleció con jardines y mandó abrir un portillo por donde salía en su arrogante caballo, a pasear, con el traje elegante que usaba y su chambergo de plumas. Su palacio tenía cuatro torres con los escudos de su esclarecido linaje, doradas las veletas y caladas las cruces, magnífico el balconaje, con la misma magnificencia de un Alcázar; y la muralla ocupaba la parte de esta calle, por detrás del Colegio de los Irlandeses, que fué después Convento de Afligidos; y dentro de la muralla estaban los jardines y por ellos se salía al portillo, dando la vuelta la cerca, por la puebla de los Mártires, a unirse con el palacio. Allí acudía la gente, la principal de la Corte, a visitar el Ministro Conde Duque, para no perder su gracia; aquélla era la oficina de los negocios públicos y allí a donde para todo se acudía. La circunstancia de estar aquí el portillo del Conde Duque, dió el mismo nombre a la calle». Pocas veces la fantasía irresponsable de un pretendido historiador habrá podido reunir en tan pocas palabras mayores agravios a la verdad.

¹ R. Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid*. Madrid, 1861.

² A. Capmani, *Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid*. Madrid, 1863.

El libro, muy conocido —y de mucha más respetabilidad y veracidad—, de Peñasco¹ se limita a decir, cuando describe la calle del Conde Duque, que «en ella tuvo su palacio el Conde Duque de Olivares». Es inútil seguir copiando citas.

No creo equivocarme al achacar el error inicial a Mesonero Romanos. Por lo menos, yo no he encontrado antecedentes anteriores al famoso libro de D. Ramón sobre Madrid, que alcanzó copiosas ediciones y que aun hoy se lee con deleite y provecho. Este error originóse, sin duda, a la sombra del título de «calle del Conde Duque» que ostentaba ya esta vía cuando el cronista madrileño vivió, a caballo entre los siglos XVIII y XIX; y a la sugestión de ese título se añadía la existencia del gran cuartel de Caballería del Conde Duque, de cuya Arma fué general nuestro personaje, y también la existencia, al final de la calle, hacia la actual de Alberto Aguilera, de la puerta o portillo asimismo llamada del Conde Duque. Todo esto le inducía, sin duda, a creer que allí vivió D. Gaspar; y llevado de su convicción —y nada hay como una convicción para forjar visiones—, encontró en «el antiguo plano de Madrid» representando el palacio «hacia donde ahora está el Cuartel de Guardías». Pero todo esto es un tejido de inexactitudes.

La calle del Conde Duque se llamó de San Juan Bautista durante casi todo el siglo XVII, y como tal figura en el plano de Texeira que sirvió de guía a Mesonero Romanos para sus paseos eruditos. No se sabe exactamente cuándo empezó a llamarse del Conde Duque; pero seguramente fué entre 1761 y 1769, pues en el plano de Chalmandrier (1761) figura con el nombre de «calle Real del Cuartel», y en el de Espinosa (1769) aparece ya como del Conde Duque.

Pero ¿de qué Conde Duque? Era poco probable que en esta época de máxima depresión de la fama del ministro de Felipe IV se diese su odiado nombre a una calle de Madrid. Según versión que he recogido en la Casa de Alba, la denominación procede de que «el título de Conde Duque con que se designan la calle, ronda y cuartel, no se relacionan, como se cree, con el Conde Duque de Olivares, sino con el conde de Miranda, duque de Peñaranda, pues a su Casa, por el mayorazgo de Chaves, pertenecieron siempre los terrenos de la antigua población de San Joaquín, que comprendía una

¹ H. Peñasco y C. Cambroner, *Las calles de Madrid*. Madrid, 1889.

dilatada extensión en las afueras de Madrid, dentro de la cual se encontraba el actual palacio de Liria y lo que es hoy cuartel de Caballería, entonces de Guardias de Corps¹.

Por tanto, esta calle no se llamó del Conde Duque hasta muy tarde; y lo fué por otro conde y duque que no era D. Gaspar de Guzmán. El cuartel de Guardias de Corps, edificado, de orden de Felipe V, por el gran arquitecto Pedro de Ribera, sólo posteriormente fué denominado también del conde duque, y no de Olivares, sino de Miranda y Peñaranda. Y en cuanto al portillo o puerta del Conde Duque, durante el siglo xvii no se le llamaba así, sino puerta del Conde de Niebla, según consta en el plano de Madrid de 1620-1630.

Es, pues, inexacta la afirmación de Capmani, arriba citada, de que este portillo diera nombre a la calle; por el contrario, lo tomó de ella, transformándose de puerta del Conde de Niebla en puerta del Conde Duque cuando ya la calle se llamaba de este último modo.

La afirmación de Mesonero Romanos de que «en el plano antiguo de Madrid» aparece representado el palacio suntuoso del Conde Duque, es también errónea, y el error se deshace con sólo mirar al plano. Ni en él — el de Texeira — ni en el más antiguo de 1620-1630 se ve palacio alguno, ni le señalan los índices de dichos planos. Las casas que figuran «hacia donde esta hoy el cuartel», son casas humildes. Un poco más atrás, hacia donde está hoy el palacio de Liria, se ve un gran edificio con jardín: el convento de San Joaquín, que dió nombre a los terrenos vecinos.

Habría otra razón previa para desechar definitivamente este error de la historia madrileña, y es que aquellos lugares, hacia el reinado de Felipe IV, eran suburbios de la Villa, y los grandes señores buscaban los barrios próximos al Alcázar, los casi imbricados el uno en el otro, de Santa María y de San Juan, para construir sus palacios, cerca del gran alhiguí de todo buen cortesano, que era la morada del rey. Finalmente, en toda la literatura libelesca de la época, copiosísima, en buena parte recogida en mi libro, en cuyos versos o prosas se investigó tan al pormenor la hacienda del Conde Duque, inventándole hasta lo que no tenía, porque todo les parecía poco a sus enemigos para justificar su leyenda de codicioso y malversador, para nada se nombra el palacio fastuoso de las doradas

¹ Comunicación de don J. Paz.

veletas, los magníficos balconajes y los lujosísimos jardines. Si dijeron los pasquines que era una mansión principesca el casi pobre apeadero de Loeches, ¡qué no hubieran escrito e hiperbolizado de haber existido este hipotético alcázar de las mil y una noches! Tampoco se alude a él en el testamento del Conde Duque ni en ninguno de los varios inventarios que conocemos de sus bienes.

Desechada la leyenda del gran palacio, era preciso buscar la casa en que D. Gaspar habitó antes de entrar en el Alcázar como primer ministro. Durante el cuarto de siglo que duró su poderío, hasta su caída, sabíase que tuvo habitaciones en el Palacio Real; pero conservando siempre la casa suya, que estaba incorporada a su mayorazgo, donde se alojaba parte de su copiosa servidumbre y de sus cocheras y caballerizas, y donde se reunía con sus familiares o con gentes a quienes quería tratar fuera del ambiente del Alcázar, lleno de infinitos ojos y oídos, a los que nada se escapaba; sin contar con que, como ahora veremos, la casa tenía un censo «de aposento de Corte», es decir, la obligación con la Corona de alojar huéspedes cuando conviniera al servicio del rey; si bien D. Gaspar se sacudió pronto esta obligación, como luego se dirá, aprovechando su omnimoda influencia. Es decir, que la casa estaba abierta, y en ella presta siempre la cocina, la cual, según nos dice el conde de la Roca, «la conservaba en su casa de la villa para ciertos huéspedes y deudos de vida asentada»¹. El mismo conde de la Roca, amigo y apologista del valido, sería, sin duda, uno de los frecuentes comensales.

En la época en que yo hice mis investigaciones, no pude encontrar dato alguno, en los archivos que consulté, respecto a la localización de la casa. Pero pude orientarme con seguridad por algunas noticias, citadas al pasar, en el mismo libro de Mesonero Romanos y en las tan nombradas como insoportables *Memorias* de Novoa². Mesonero, en efecto, al describir el barrio de San Juan, alude a la manzana 428, que estaba formada, dice, por dos grandes edificios contiguos: uno, el que fué casa de los Lodeñas y rehizo a principios del siglo XVII el marqués de la Laguna, pero siguió llamándose siempre «casa de los Lodeñas», con entrada por la plaza de Santiago y fachada a las calles de la Cruzada y de Santiago. En este edi-

¹ Conde de la Roca, *Fragmentos históricos de la vida de D. Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares*, etc., «Semanario Erudito», II, Madrid, 1787.

² M. de Novoa, *Memorias*. Madrid, 1878.

ficio estuvo posteriormente, y por muchos años, la Diputación Provincial; después fué derribado, y en su lugar se ha construido una casa de vecinos.

A su lado completaba la manzana otro inmueble con entrada por la calle de la Cruzada y fachadas a la plaza de San Juan (hoy plaza de Ramales) y a la calle de Santiago, la cual, según Mesonero, perteneció, y no se equivocaba, «a la familia de los Guzmanes». Mesonero no se fijó en este dato porque estaba obsesionado por la calle del Conde Duque; si hubiera valorado el apellido *Guzmán*, hubiérase acercado a la solución y evitado la novela del otro palacio. Estos Guzmanes que vivieron en dicha casa, que aún existe llena de carácter, aunque más o menos reformada, eran parientes próximos, en efecto, de D. Gaspar, el valido; y es más que probable que él también la habitara en sus años juveniles, durante sus estancias en la Villa y Corte, hasta que adquirió su propia vivienda.

La mansión del futuro conde duque estaba calle por medio de esta de los Guzmanes. Sobre la pista me puso una frase de Novoa, el cual, con su antipática prosa, expresión de su alma resentida, anota, al describir las intrigas cortesanas de los últimos días de Felipe III, que el conde de Olivares (entonces D. Gaspar no era todavía conde duque), «alentado con esta musa, caminó para su casa, que era junto a San Juan, fabricada hoy de mejores ladrillos que arrojó la Cruzada, y juntó en consejo a la parentela, entre los cuales eran el mayor injerto D. Baltasar de Zúñiga y el Conde de Monterrey».

Es difícil entender con precisión lo que quería decir Novoa con eso de «mejores ladrillos que arrojó la Cruzada»; pero es indudable que se refería a la casa de la Cruzada, que estaba detrás de la de los Guzmanes, con una calle por medio, que se llama hoy «de la Cruzada», y se llamó así desde largo tiempo atrás, aunque no todavía en los días del Conde Duque, puesto que en los documentos de venta que luego citaré se la designa sin ese nombre ni otro alguno, sino describiéndola como una vía que «corre de San Salvador a Palacio».

Esta «casa de la Cruzada» fué, con certeza, la del Conde Duque. Y lo sorprendente es que el mismo Mesonero, inventor del otro palacio y promotor de las confusiones de los cronistas locales que le sucedieron, lo había leído ya en algún documento que no cita, puesto que lo dejó escrito en su *Manual de Madrid*, donde, al describir la manzana 427 del barrio de San Juan, dice que su principal

edificio es la casa de la Santa Cruzada, que pasó después a la propiedad de la familia Herrera y luego a la del «Conde de Olivares», que reedificó la casa del Consejo de la Santa Cruzada para establecerse en ella. No se fijó Mesonero en que este conde de Olivares era el Conde Duque. Y yo mismo, en la primera edición de mi libro, supuse que este conde de Olivares era el padre de D. Gaspar, equivocándome, porque fué el propio D. Gaspar, entonces conde de Olivares, hasta que, al incorporarse el ducado de Sanlúcar la Mayor, empezó a intitularse conde duque.

Por los documentos que existen en el Archivo de Protocolos, cuya indicación debo a amistad de María Luisa Caturla, nos enteramos de los pormenores de la adquisición de esta casa por D. Gaspar de Guzmán¹. Confirma en primer lugar, ya de modo incontrovertible, la hipótesis mía de que la casa de la Cruzada fué la adquirida y habitada por el ambicioso Guzmán. Nos dice también que el edificio, como Tribunal de la Santa Cruzada, perteneció al Cabildo toledano, del cual pasó, y luego diré cuándo, a la familia Herrera, con otros detalles y anotaciones que brevemente comentaré.

Los Herrera, familia poderosa desde varios reinados atrás, eran gente dilapidadora. Por de pronto, en tiempos de Felipe II su casa era una de los más encopetados garlitos de la Villa y Corte, y a ella acudían aristócratas, cortesanos y extranjeros adeptos del vicio de tirar de la oreja a Jorge, vicio que entonces alcanzaba magnitud desconocida en nuestros tiempos, menos heroicos, pero de moralidad infinitamente superior. Antonio Pérez, gran jugador también, fué uno de los asiduos de la blasonada chirlata, que en aquellos años regía D. Melchor de Herrera, marqués de Auñón². La fortuna de los ricos propietarios debía de ir de cabeza, porque cuando pidieron al rey Felipe III licencia para deshacerse de la casa en cuestión, en 1617, alegaban que esta casa de la Cruzada, que había sido incorporada al mayorazgo de los Herrera por un D. Pedro, abuelo del actual vendedor, D. Pedro de Herrera y Ossorio, «es muy vieja y se está cayendo, por lo cual está por alquilar lo más del año, y en sus reparos se consume la mayor parte de los alquileres». Concedió el monarca la autorización, y la casa salió, como ordenaba la ley, a pública subasta el día 27 de enero de 1620, pregonándolo «Juan Martín,

¹ Archivo de Protocolos, 2027, fol. 474.

² G. Marañón, *Antonio Pérez*. Tercera edición, 1951.

pregonero público, en alta voz, en las Platerías y plaza de San Salvador, de esta villa, habiéndose de rematar en quien más diese por ella y que acudiese ante el escribano público a hacer la postura y puja».

Sólo se presentó a la subasta D. Gaspar de Guzmán. En el lector de hoy surge la duda de que el intrigante aristócrata, ya muy próximo a su omnipotente valimiento, influyera con sobornos o con amenazas en la falta de otros postores. Entonces esto se hacía un día sí y otro no. Pero en el caso que relato no pasa de mera suposición. Ningún dato valorable permite confirmarlo, y por otra parte, no es imposible que a nadie más que a Olivares conviniera la compra, pues el edificio, ruinoso, requería mucho dinero para ser rehabilitado; tenía la molesta obligación de acoger huéspedes de Corte, y, en fin, por el precio de 9.000 ducados en que fué concedida, con gran satisfacción de su dueño, D. Pedro de Herrera, no podía considerarse como una ganga.

Don Gaspar, este año de 1620 acababa de pasar una de sus crisis de depresión, que terminó, como otras muchas, en una fuga, esta vez desde Lisboa, adonde fué con la comitiva de Felipe III, a acogerse al retiro de Sevilla, en cuya ciudad y provincia radicaban los principales bienes de su mayorazgo y donde podía hacer la vida retraída que convenía a su fase melancólica, lejos de la polvareda política y cerca de sus siempre caras y cultivadas amistades intelectuales. Pero al saber la noticia de la gravedad del rey, que ya estuvo a punto de morir, volviendo de Portugal, en Casarrubios del Monte, y que había recaído a poco de llegar a Madrid, saltó bruscamente, cual solía, desde el hundimiento a la frenética actividad, y apareció en la Corte resuelto a reñir, en las proximidades de la estancia donde expiraba sin pena ni gloria el bobalicón Felipe III, la gran batalla por la posesión del príncipe heredero, Don Felipe, pronto Felipe IV, que ya desde su adolescencia aparecía como una presa dócil, de bondad inalterable, de ingenio no tan grande como se ha dicho, pero no romo para una familia en la pendiente de la decadencia, de extraordinaria simpatía y de paralítica voluntad.

Para la tremenda pasión de mandar del joven conde de Olivares, la conquista del príncipe no ofrecía dificultad mayor. Era el rubio Don Felipe como una liebre que D. Gaspar, consumada ave de presa, seguía atentamente desde la altura, esperando el momento de abatirse sobre ella. Pero la gran batalla no se planteaba con el futuro

monarca, sino con la Corte, mar agitado, de intrigas altas y bajas, eclesiásticas y civiles, todas tremendas, y sobre todo con los grandes de España, que formaban el cuadro en torno del señor que moría y del señor que se disponía a sucederle, atentos todos a defender de los extraños la presa que tenían dominada, y presto cada cual a la maniobra audaz que le permitiera ser él el nuevo válido omnipotente, el verdadero monarca, que los Austrias de la decadencia necesitaban como lazarillo inexcusable de su abulia y de su ineptitud.

Era para ello preciso instalarse en Madrid, con boato que eclipsara a sus rivales, y formar una corte propia, en su palacio, desde donde intrigar y vencer. Así, pues, apresuró los tratos que desde tres años antes había iniciado con D. Pedro de Herrera, y el 9 de marzo del mismo año de 1620, «Don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, Gentilhombre de la Cámara del Serenísimo Príncipe nuestro señor, residente de su Corte, dijo que cumpliendo con lo que tiene tratado con Pedro de Herrera Ossorio, vecino de esta Corte, de muchos días atrás, hace postura en las casas principales de su mayorazgo [de Herrera] para las comprar en precio de nueve mil ducados con la carga de huésped de aposento de Corte que tiene».

La situación del edificio, muy cerca del Alcázar y al lado de sus familiares, los otros Guzmanes, justificaba su elección. Pronto se rehizo la ruinosa vivienda. En el plano de Texeira aparece el edificio, ya recompuesto con sus dos grandes torres, de mansión principal, tal como, con arreglos ajustados a sus sucesivos inquilinos y a los gustos de las distintas épocas, la hemos conocido todavía los de mi generación, como cuartel de Inválidos, hasta que fué derribada en 1933 para erigir en su solar una vivienda de vecinos.

El documento de venta de la casa ocupa cincuenta y nueve folios, y no vale la pena de copiarlo íntegro. Es un perfecto y dilatadísimo muestrario de todas las vaguedades, circunloquios y repeticiones que hacen tan enojosa la lectura de estos papeles, en los que cada dato concreto aparece sumergido en un mar proceloso de la peor retórica escribanil. Se explica esto, ante todo, por la tendencia mental de todas las burocracias a complicar los problemas y a huir, como las cucarachas de la luz, de todo lo que sea esquema y claridad; y no sin razón, porque la claridad acabaría con la burocracia. Y se explica también por un motivo interesado, y es que cada folio de estas soporíferas escrituras se pagaba en esta época

a real y medio, y los plumíferos de Notarías y Juzgados de alguna manera tenían que procurarse, en sus covachuelas, la subsistencia, no menos difícil que la de ahora.

A veces, sin embargo, la alegría de encontrar el dato perdido en las oleadas de argumentos vacuos, de fórmulas estereotipadas y de frases latinas sin venir a cuento, compensa el enfado de la lectura. Y así, por este papel nos enteramos, por ejemplo, de la cuantía exacta de la fortuna del Conde Duque al comienzo de su carrera política. El documento la especifica, porque la hacienda de ambos condes de Olivares había de servir de garantía al pago de la casa de Madrid, cuyo importe era, como he dicho, de 9.000 ducados, que habían de pagarse, en forma de renta de 450 ducados cada año, «por tercios de cuatro en cuatro meses, en cada tercio 150 ducados juntos, en buena moneda de oro o plata doble, corriente y de entero peso, y no en otra».

Los bienes de la condesa, doña Inés de Zúñiga, ascendían a 30.000 ducados de dote y arras, «asegurados por escrituras y recargos contra el dicho Conde, D. Gaspar de Guzmán, mi señor y mi marido».

Los del Conde eran cuantiosos: la villa de Olivares, con sus vasallos y rentas y pechos y derechos y casas y censos y tributos; la villa de Castilleja de la Cuesta, con todos sus olivares, molinos, silos, tierras y viñas; la villa de Castilleja de Guzmán, con sus vasallos y casas y rentas y pechos y derechos y diezmos y setenos y almojarifazgos y otras rentas y tributos y gallinas; la villa de Eliche, con sus vasallos y casa y renta, olivares, molinos, tierras, viñas y otras haciendas; el heredamiento de Miraflores, cerca de Sevilla, y La Fuente del Arzobispo, con su casa y huerta, viñas y olivares y tributos; doscientas fanegas de tierra de pan sembrar en el Donadio de Soberbina, «que todo es de mi casa», y unas casas en la ciudad de Sevilla, en la colación de Santiago el Viejo, y otras en la colación de San Miguel, y otras treinta y tantas casas en la ciudad de Sevilla, de diferentes calidades y valores; y dos huertas en la ciudad de Sevilla, en la puerta de la Macarena; y un censo perpetuo de tres mil quinientos maravedís y seis gallinas sobre otras casas de Sevilla, en la calle de Placentines; y cinco mil quinientos maravedís de tributo y censo sobre otras casas en Sevilla, en la calle de las Cruces; y otro censo perpetuo de cuatro mil trescientos maravedís

y diez gallinas en el corral del Rey, en Sevilla; y otro censo perpetuo de novecientos treinta maravedís sobre dos viñas; y otro de setecientos maravedís sobre otra casa de Sevilla, en Santiago el Viejo; y otros censos perpetuos en Sevilla; y dos mil arrobas de aceite de renta al año en el diezmo del aceite de Sevilla; y un juro de setecientos cincuenta mil maravedís de renta sobre la del almojarifazgo de Sevilla; y otro juro de setecientos cincuenta mil maravedís sobre las alcabalas de Sevilla; y otro de setecientos cincuenta mil maravedís sobre las alcabalas de Granada; y otro juro de setecientos cincuenta mil maravedís sobre las alcabalas de Granada y Málaga; y otro de trescientos cuarenta y siete mil trescientos doce maravedís de renta sobre las alcabalas de Carmona; y otro de treinta y dos mil maravedís de renta sobre el almojarifazgo mayor de Sevilla; y otro de cien mil maravedís de renta sobre el mismo almojarifazgo de Sevilla; y otros dos, uno de catorce mil cuatrocientos maravedís y otro de veinticinco mil maravedís de renta sobre el mismo; y otro de cincuenta mil sobre el mismo; y otro de ciento ochenta y siete mil quinientos maravedís sobre la hacienda y casa del duque de Arcos; y otro de quinientos mil maravedís sobre el Concejo de la villa de Lora; y otro de ciento treinta y un mil doscientos cincuenta maravedís contra ciertos vecinos de las villas de Morón y de Lora; y otro censo de ochenta y tres mil trescientos treinta y cuatro maravedís de renta contra los herederos de Hernando de Jerez; y otro de sesenta y dos mil quinientos maravedís de renta contra los herederos de Cristóbal Dávila; y otro de cincuenta y nueve mil doscientos cincuenta maravedís de renta contra Alonso Hernández de Castro y su mujer; y otro de veinte mil trescientos maravedís contra Luisa Ortiz, de Sevilla; y otros dos, uno de trece mil ochocientos ochenta maravedís y otro de doce mil maravedís contra los herederos de Alonso Mejía y los de Gonzalo de Balca, ambos sevillanos.

Se ve por este resumen que el conde de Olivares tenía la retaguardia económica bien dispuesta para la gran conquista del Poder que se proponía. Y se ve también de qué manera vergonzosa se hacían las grandes fortunas de entonces, con donaciones arbitrarias, arrancadas a los débiles monarcas, a costa del pueblo infeliz, que pagaba los tributos, y con la compra, venta y reventa de censos y juros, explotando los apuros de la clase media. El almojarifazgo de Sevilla pasaba casi íntegro al bolsillo del futuro valido; y de

otras rentas públicas extraía también pellizcos suculentos, como acaba de verse en la edificante enumeración.

Como dato curioso citaré que tres años después de adquirida la casa de la Cruzada, con tan copiosa garantía, el 27 de mayo de 1623, siendo ya D. Gaspar dueño de la voluntad del rey, se apresuró a hacerle firmar un decreto de exención de la carga de huéspedes de Corte que la casa tenía, con lo que aumentó considerablemente su valor¹. En este método, no precisamente delicado, de revalorizar las fincas a favor de la influencia política, el conde de Olivares fué un precursor de otros personajes de nuestros tiempos.

En diciembre de 1625, D. Gaspar, ya conde duque de Olivares, recabó ante el notario Santiago Fernández nueva copia de la escritura de venta de la casa de la Cruzada. Corresponde esta fecha a la de la confirmación del embarazo de su hija, la buena y dulce María de Guzmán, casada con el duque de Medina de las Torres y muerta de sobreparto en julio del año siguiente. Es, por tanto, seguro que D. Gaspar preparaba sus papeles para disponer la herencia de su presunto nieto, y su mayorazgo. Es sabido que este nieto no llegó a vivir. La pasión de la casta alentaba con sobrehumano empuje en el Conde Duque, y el que quedara frustrada su herencia directa fué para él tragedia casi tan grande como la misma pérdida de María, a la que adoraba. Este documento dice todo lo esencial del anterior; pero en pocas y claras palabras, por lo que va copiado a continuación¹.

«31 Diciembre 1625. Sea notorio a los que esta publica escritura de venta real y enajenacion perpétua vieren, como yo Don Gaspar de Guzman, Conde de Olivares, Duque de Sanlúcar la Mayor, Comendador Mayor de la Orden y Caballería de Alcántara, Sumiller de Corps y Caballerizo Mayor del Rey Nuestro Señor, del su Consejo de Estado, Alcaide perpétuo de los Alcázares y Atarazanas Reales de la Ciudad de Sevilla y sus anejos; estando en la Villa de Madrid, Corte del Rey Nuestro Señor, digo: que compré de Don Pedro de Herrera Osorio, vecino de esta Villa de Madrid y el me vendió, con facultad de Su Majestad, para mí y los sucesores de mi Casa y Mayorazgo, varias casas principales en esta dicha Villa, en la Parroquia de San Juan, enfrente de las casas de los Señores

¹ Archivo de Protocolos, 2037, fol. 805.

Marqueses de La Laguna y el Marques de Valdunquillo, Don Fernando de Guzman, mi sobrino que lindan con dos calles, la una que viene de San Salvador a Palacio y la otra que va de San Juan a San Nicolas; y por las espaldas con casas de los herederos de Don Melchor de Prado, en que vive la Marquesa de Flores-Davila; y casa de los herederos de [palabra ilegible] Castillo; y por otro lado, casas de Juan de Soria; con las cabaillerizas y cocheras y lo demas incluso en ellas y a ellas perteneciente, con todos los derechos y señorios que le tocaban y otras preeminencias y calidades que estan expresadas en la venta; y con la carga de huesped de aposento de Corte que entonces tenia, de calidad de escoger, libres de censo perpetuo y alquiler y otras cargas, salvo la de su mayorazgo; de que la saco y libro con dicha facultad Real que tuvo para me las vender, como en efecto, me las vendió, precedidas las diligencias que la misma facultad Real mandaba, en precio de nueve mil ducados que valen tres cuentos trescientos setenta y cinco mil maravedis, que se quedaron a censo sobre la misma casa, etc.—*El Conde Duque de Sanlucar*.—Ante *Santiago Fernandez*.»

Al caer el Conde Duque, en enero de 1643, su casa se deshizo. Murió él en el destierro, en Toro, sin haber vuelto nunca más a Madrid, y doña Inés, la condesa, cuando ya viuda regresó de Loeches, se instaló en otras casas más modestas. Su hacienda estaba quebrantada; pero, además, su natural austero y el dolor de su caída y de la muerte de los suyos le impedían volver a la mansión que había alojado sus días de felicidad y de gloria. No he podido hallar, ni el hallazgo era excesivamente interesante, el destino de la casa de la Cruzada después del fin del Conde Duque. Su última etapa fué, como antes dije, la de alojamiento de los inválidos del Ejército español; y de los días estudiantiles conservo aún el recuerdo de los gloriosos mancos o cojos, embutidos en uniformes un tanto anacrónicos, haciendo la guardia ante el viejo caserón.

La casa de los Guzmanes tiene, en cambio, una historia circunstanciada hasta el día de hoy. En el manuscrito que se conserva en el archivo de los condes de Revilla de la Cañada¹, que amable-

¹ *Títulos de las casas de D. Domingo Trespacios en la calle de la Cruzada*. Archivo de los Condes de Revilla de la Cañada.

mente me han proporcionado, constan los sucesivos poseedores de la finca. En 1554 lo fué D. Francisco Dueñas de Aragón, cobrador de las bulas de la Cruzada, que se llenó de deudas, y por no pagarlas fué embargado por D. Jerónimo Candiono, el cual vendió el inmueble a la familia Herrera, que antes mencioné. Era el Herrera comprador de la casa regidor de Madrid, donde poseía numerosos inmuebles, entre ellos el de enfrente, la Casa de la Cruzada. En 1603, don Iñigo de Herrera y Velasco, marqués de Auñón, la vendió a D. Pedro Ossorio de Guzmán, señor de la villa de Valdunquillo, en cinco mil quinientos ducados. Pasó más adelante a la Casa de Alba, a la que pertenecía el mayorazgo que fundó D. Pedro, hasta que por pleito, que ganó en 1729 la condesa de Fromán, pasó a la posesión de ésta. De ella adquirió el caserón el conde de Trespalacios, que la permutó a D. José Collado por varias dehesas en Trujillo. Este D. José Collado era el padre de la primera condesa de Revilla de la Cañada, título que poseía el dueño de la finca, recién fallecido.

En esta casa vivió y murió el poeta Núñez de Arce. Aun andan por ahí algunos que asistieron a las tertulias del poeta. Una lápida en la fachada recuerda al lírico huésped. La casa tenía un arco que comunicaba con la iglesia de San Juan, hoy desaparecida, en la que poseían tribuna los dueños.

Esta es la historia de una casa ilustre, bajo cuyo techo discurrieron las vidas de unos grandes personajes, iguales a las de todos los seres humanos, porque todas están hechas de las mismas ambiciones, de las mismas esperanzas y de los mismos dolores. Pero si una mansión cualquiera representa siempre de manera incomparable la vida de una época, la simboliza sobre todo cuando, como ésta, sirvió de albergue al hombre más famoso de la política de su tiempo, par en la egregia nombradía de los mayores estadistas de Europa.

Y ahora, cuando después de habernos hundido unos instantes en nuestros Siglos de Oro, volvemos, como los buzos, a la superficie de la actualidad, tengo la misma sensación de siempre: que toda aquella gloria, vista desde hoy, es muy resplandeciente y muy entretenida; pero me alegro mucho de vivir en los tiempos de hoy, que, según dicen, son tan malos.

G. MARAÑÓN.

IDEAS SOBRE EL GOBIERNO ECONOMICO DE ESPAÑA EN EL SIGLO XVII

LA CRISIS DE 1627, LA MONEDA DE VELLON Y EL INTENTO DE FUNDACION DE UN BANCO NACIONAL EXCLUSIVO

I

INTRODUCCION

El año 1627, cúspide de una fuerte crisis, tiene un interés extraordinario en la historia económica de España, porque se trata de un año típico, no sólo por la altura que alcanzaron los niveles de precios, sino también por las medidas excepcionales tomadas por el Gobierno, encaminadas a resolver una situación que apareció a los contemporáneos como excepcionalmente crítica también.

Por eso un estudio detallado de toda la trabazón de las condiciones económicas, legislativas y de índole comercial arrojará una luz extraordinaria para juzgar el acierto de los gobernantes y la posición más o menos equivocada de la gran escuela de economistas que los trastornos del siglo xvii hicieron florecer en España.

Las ideas de estos economistas configuraron de tal manera las opiniones de los historiadores posteriores, que hacen necesaria una revisión detallada, que no se contente con el estudio de las meras variaciones de precios.

En definitiva, es a esto último a lo que se reduce la gran obra

del norteamericano Earl J. Hamilton¹; pero el sistema de números índices de precios anuales que emplea sólo da una idea del movimiento general durante el siglo entero, y sirve desde luego para fundamentar sus ideas sobre la importancia en la oscilación de precios de las importaciones de metales americanos; pero no basta para explicarlos el detalle de las oscilaciones de los distintos productos aislados y de las distintas épocas; por eso las opiniones que Hamilton tiene sobre la decadencia de España y la actitud de los gobernantes, no sólo son discutibles, sino que, por no caer dentro del área de sus investigaciones primitivas, no añaden ninguna novedad a la confusión que se produce al juzgar los hombres y las cosas del siglo xvii español², y especialmente al Conde Duque de Olivares, que en general estaba más enterado de todas estas cuestiones que sus propios críticos contemporáneos. Lo vamos a ver bien claro en este modesto trabajo al tratar de una cuestión tan crítica como la creación de la Diputación General para el Consumo de la Moneda de Vellón³.

El señor Hamilton, por ejemplo, hace destacar «la disminución de la personalidad de los gobernantes después de Felipe II», «el papel lastimoso y ridículo de Olivares tratando de emular a Felipe II y sin conciencia de la debilidad de la nación», y finalmente añade

¹ Nos referimos principalmente a una colección de artículos aparecidos en diversas revistas, reunidos primero en un volumen con el título *American Treasure and the Price Revolution in Spain* (1501-1660), Cambridge, Mass., 1934, 428 págs., y continuado después en *War and Prices in old Spain* (1651-1800), ídem íd., 1947. La Biblioteca Económica de la *Revista de Occidente* ha traducido al español algunos de estos artículos y otros dispersos, reunidos bajo el título de *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos*. (Madrid, 1948.)

² En *American Treasure*, pág. 79, dice: «The wholesale emigration of young men, the enormous increase in religious foundations under royal patronage, and the emergence of more vigorous international competition by northern Europe had caused a progressive decadence of Castilian agriculture, industry and commerce during the preceding reing.»

En la pág. 301: «At the end of de century, when a devastating epidemic and a overissue of vellon coinage took place, did others factors play important roles in the price upheval.»

³ En la pág. 304: «... furthermore, all the inductive data at our disposal point to economic decadence.»

Estas frases resumen la posición general de Hamilton, que expone en su artículo *La decadencia de España en el siglo XVII*, inserto en *El florecimiento del capitalismo*, etcétera. Discutiremos algunos de sus puntos de vista.

⁴ Hamilton hace referencia breve a esta serie de pragmáticas en las páginas 288 y siguientes de su artículo *Vellon inflation*, en *American Treasure*. (Traducido al español en *El florecimiento*, etc.)

cómo «con la intervención estatal y el paternalismo que prevalecía en España, las consecuencias económicas de una administración cada vez peor fueron catastróficas»¹.

Suponemos que se refiere con esto al sistema de tributación, tasas y embargo de grano y ganados. En otro lugar se refiere también a la actuación de las Cortes, que enjuicia mal, puesto que eran un instrumento entorpecedor más que otra cosa. Sobre todas estas cuestiones creemos que la exposición detallada de las condiciones particulares de la crisis de 1627, primera de las grandes crisis del siglo xvii, podrá arrojar una luz extraordinaria. Modernamente se tiende a estimar a Olivares (Marañón, Ibarra..., siguiendo una posición iniciada por Cánovas²) en más de lo que lo hicieron los historiadores anteriores, que partían de un punto de vista liberal, libre-cambista y hasta foralista. Pero las medidas que estos historiadores y economistas proponen como «remedios» tienen su origen, ya lo hemos dicho, en las ideas de los hombres del siglo xvii, y una de dos: o se intentaron aplicar y no dieron resultado, o su rendimiento fué muy inferior al correspondiente al esfuerzo necesario, o, por el contrario, se han demostrado como inaplicables. Alguna de estas ideas (Fernández de Mata, Campomanes) las recoge Hamilton, y se equivoca. La estructura de la crisis del siglo xvii es algo que está por encima de las posibilidades de un Gobierno de aquellas épocas.

¿Cómo podrían, además, sustraer a España del ritmo económico a que iba Europa entera? El mismo Hamilton, en otro de sus libros, nos enseña que las circunstancias mejoraron mucho después de 1680, y cabe preguntarse si por ventura mejoró también el Gobierno en los tiempos de Carlos II³.

¹ *La decadencia de España*, etc., págs. 127 y 128.

² En *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, dos volúmenes.

³ Ver sobre todo esto el artículo de Ferdinand Braudel *Histoire d'Espagne et histoire des prix*, en la revista *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*. (Armand Colin, Paris, Abril-junio 1951).

II

LA CUESTION DE LA MONEDA DE VELLÓN
Y LA PLATA

Los daños que causa la moneda de vellón es un lugar común de todos los arbitristas, así como la creencia de que con la baja de la moneda a la mitad o a la cuarta parte bajarían los mantenimientos. Todo lo referente a la moneda de vellón es muy monótono y muy complicado. En los años del reinado de Felipe IV, que alteró su valor muchas veces¹, prohibió su labra o la redujo a la mitad de su valor, la cuestión del vellón es fundamental.

Las monedas de vellón eran de cobre, y valían las unas ocho maravedises, llamadas cuartillos, y las otras, cuatro, llamadas cuartos, y todas ellas llevaban el nombre genérico de reales de vellón, para distinguirlos del real fuerte o de plata, que valía treinta y cuatro maravedises. La cuestión estriba en que los cuatro reales de a ocho no tenían el valor intrínseco de un real de plata, sino aproximadamente el de una cuarta parte, como parecen coincidir todos los tratadistas de este asunto. Naturalmente, la Real Hacienda ganaba dinero con la acuñación de esta moneda, que con los apuros del Estado cada día se volvía más abundante. Carlos V y Felipe II labraron moneda de vellón que tenía liga de plata, y se llamó vellón rico.

En tiempos de Felipe III no abundaba mucho². Pero ya este monarca, en el año 1602, duplicó el valor de la moneda de vellón³. La consecuencia de esto fué que poco tiempo después se cambiaba

¹ Las noticias de Hamilton pueden completarse con el libro de Alois Heiss *Descripción de la moneda hispanocristiana* (Madrid, 1865-69), y referencia a los documentos en la *Bibliografía Numismática* de Juan de Dios de la Rada Delgado. (Madrid, 1885.)

² Hamilton, *American Treasure*, pág. 88, calcula en 27 millones de ducados el vellón que circulaba antes de 1621; pero Cardona sólo considera unos cinco millones de maravedises, cifra muchísimo menor. Los datos de Hamilton están tomados de la Contaduría General, del Archivo de Simancas.

³ Archivo del Ayuntamiento de Madrid, *Secretaría*, 3-413-47.

por plata pagando de premio el 100 por 100¹; es decir, que prácticamente venía a valer lo mismo; pero la Hacienda había ganado una cifra relativamente pequeña. Sin embargo, el trastorno que causó la moneda fué a la larga muy grave; pero de un modo muy distinto a como lo causa una inflación moderna.

Debemos hacer notar, a pesar de lo dicho, comoquiera que hoy se admite que los Gobiernos tienen suficiente poder para imponer valor a la moneda, aunque no valiese su valor nominal, con el tiempo los premios de la plata ya habían bajado al 30 por 100 en el año 1608², y según Hamilton, bajaron todavía más hasta 1626, en que los rumores de que se iba a desvalorizar la moneda hicieron subir de nuevo los premios³. Entonces el rey ordenó que los premios de la plata (8 de marzo de 1625) no pudieran pasar del 10 por 100⁴, medida que, como se comprenderá, tuvo una gran importancia en la vida económica. Por de pronto, los premios de la plata a vellón subieron del 17,60 por 100 al 25 por 100, y de este año arranca la subida vertiginosa de las subsistencias⁵. Cada vez abundaba más el vellón.

En el año 1621, las Cortes permitieron que el rey mandase labrar 100.000 ducados, es decir, 37 millones de maravedises. Se labró

¹ Así se dice en las Cortes. (*Actas*, tomo XXXIX, pág. 405.) El señor Hamilton está, a nuestro juicio, totalmente equivocado en las cifras que da de los cambios del vellón a plata para los años anteriores al 1620. Los datos que utiliza son más bien conjeturas. Dice que antes de 1620 el más alto premio fué el 5,8 por 100. Ignoramos si en Andalucía la plata, que abundaba más, vendría cambiada más barata que en Castilla; pero desde luego para esta región estos datos no valen en absoluto y se concilian mal con la cifra de vellón amonedado que él mismo nos dice que circula: aproximadamente la mitad que en 1626, en el apogeo de la abundancia. (Vid. *American Treasure*, págs. 92 y sigs.)

² Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, sesión de 30 de julio de 1608. Por 4.000 reales que se trocaron en plata se pagaron 1.200 reales, lo que viene a resultar el 30 por 100. En 1609, según Hamilton, Mariana dice que el trueque se podía hacer por el 10 por 100.

³ Vid. para todo esto Hamilton, *American Treasure* (gráfico 4 y tabla correspondiente en las págs. 96 y 97). Son tipos medios los que da este libro. Generalmente se hicieron operaciones a tipos bastante más elevados.

Desde 1623 se viene hablando en las Cortes de este asunto. (*Actas de Cortes*, tomo XXXIX, págs. 405 y 290) Del 9 de agosto de 1626 hay un parecer del presidente del Consejo de Castilla respondiendo a una consulta hecha por el rey a los Consejos sobre los medios de bajar la moneda de vellón. (Vid. nota núm. 2 de la pág. 155.)

Hacia el año 1624 se hicieron repartos forzosos de moneda falsa. (Archivo de Villa, *Secretaría*, 3-413-49.)

⁴ Heiss, *Descripción de las monedas*, tomo I, pág. 188. Un ejemplar, en la Academia de la Historia: *Colección de Cédulas reales*, tomo II, pragmática de la reducción y trueque de moneda de vellón a plata.

⁵ Hamilton, *American Treasure*, tabla de la pág. 96.

todavía más, autorizando el rey a particulares y asentistas la labra de vellón, hasta que llegó a subir, según Lisón, Arizmendi y otros, hasta 40 millones¹. Pero según los datos de Hamilton, esta cifra se eleva a 41 millones de ducados².

Como es natural, en virtud de la ley de Gresham, la moneda más baja desplazó a la más cara, y ya en febrero del año 1625 no se encontraba plata, aunque se pagara el premio a 28 por 100. En efecto; el mayordomo de Propios de la Villa de Madrid, teniendo que pagar en plata varios sermones, no la encontró, y los regidores acordaron pagar en vellón, añadiendo una gratificación del 20 por 100, a pesar de que el cambio corría a más del 28 por 100 y la tasa estaba puesta en el 10 por 100³. Con esto queremos señalar el mayor de los inconvenientes de la moneda de vellón: no todo el mundo cobraba y pagaba con arreglo al premio que corría, con lo cual el valor relativo de la moneda hubiera sido indiferente al comercio, y los precios estipulados en plata no se alterarían. En estos reajustes deficientes es en los que estriba la extorsión y el hecho de que los contemporáneos atribuyeran la subida de precios de estos años casi exclusivamente al vellón.

Entre 1625 y 1628, la curva que señala los premios de la plata tiene forma muy diferente a la de otros períodos, y una pendiente mucho mayor, llegando a valer el premio hasta el 50 por 100⁴. La razón está en que coincide con los años de las discusiones sobre la baja del vellón y con la institución de las pragmáticas sobre el consumo de la moneda. Paradójico resulta pensar que en estos años no se labró⁵. Después, con las distintas disposiciones sobre el particular, con las repetidas tasas, desvalorizaciones y revalorizaciones, la moneda se desprestigió por completo, llegando a valer el premio el 190 por 100 en 1642⁶.

Sin embargo, y contra lo que pudiera creerse, estos premios no eran uniformemente aceptados; júzguese la extorsión que esto signi-

¹ Biblioteca Nacional, manuscritos 10913 y 6731.

² Hamilton, *American Treasure*, pág. 88.

³ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XL, folio 607 vuelto.

⁴ Hamilton, *American Treasure*, figura 4.^a, pág. 97.

⁵ *Ibidem*, págs. 88 y sigs.; *Actas de Cortes*, tomo XXXVIII, pág. 15, sesión del 8 de mayo de 1626.

⁶ Vid. sobre todas estas alternativas Hamilton, *Loc. cit.*; Carrera Pujal, *Historia Económica de España*, pág. 588, y Heiss, *Op. cit.*, pág. 183, tomo I.

ficaba. Un arbitrista nos dice que cuando él escribía oscilaban entre el 50, el 100 y el 120 por 100¹.

Los cambistas fueron los que impusieron la costumbre de pagar premios por los trueques de moneda. En las ferias se solía pagar el 5 por 1.000 por las transferencias de crédito que por medio de ellos se hacían los comerciantes unos a otros², y más tarde se introdujo la costumbre de pagar el 3 por 100 por cambiar reales sencillos de plata por monedas mayores, porque en cada cien monedas sencillas se sacaban al peso dos reales más que en cien reales de plata gruesa, como decían entonces³.

La razón de estos premios estaba en el curso internacional que en aquellos tiempos tenía la moneda, y en el extraordinario comercio exterior que entonces mantenía España. La plata española era más «fuerte» que la extranjera en un 20 por 100, según Barbón y Castañeda⁴, y los extranjeros la buscaban para fundirla o para ganar el premio que la plata española llevaba pasadas las fronteras. Según Carranza⁵, un doblón valía en Irún 26 reales, y al pasar a Francia lo cambiaban por 30. Todos los arbitristas convienen en que los extranjeros exigían plata para hacer los pagos, y ellos daban en cambio vellón, porque, por ende, el cobre fuera de España iba más barato. Era lógico que, a pesar de las remesas de plata americana, la plata estuviera acaparada. Creemos que el señor Hamilton se equivoca al no considerar este factor y juzgar estas cosas demasiado «ingenuas» para merecer atención. El error está en conceder demasiada importancia a la cantidad de vellón circulante, que no es relativamente grande, y no al descrédito de la moneda⁶.

¹ Anónimo. Biblioteca Nacional, manuscrito 8180. Vid. además supra.

² C. Espejo y J. Paz, *Las antiguas ferias de Medina del Campo* (Valladolid, 1912), pág. 100.

³ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folios 522 y sigs.; *Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 465.

⁴ Cit. por Carrera Pujal, pág. 566.

⁵ *Ibidem*, págs. 568 y sigs.

⁶ Hamilton, *El florecimiento del capitalismo*, etc., pág. 81. Dice: «Algunas explicaciones irracionales del premio de la plata, tales como la introducción ilegal en Castilla de vellón falsificado, y las maquinaciones de los banqueros y cambistas extranjeros, aunque expuestas por la gran mayoría de los economistas contemporáneos y aceptadas por el Gobierno, son demasiado ingenuas para merecer atención.» El mismo señor Hamilton habla en otros lugares de la falta de cobre.

Las frases de Barbón y de Carranza responden a todo un estado de opinión que llegó

Es difícil calcular la proporción de plata y vellón que circulaba. Hamilton no nos da datos para estos años de que nos ocupamos. Ciertamente que tuvo que oscilar mucho. En el año 1628, con motivo de la baja de la moneda de vellón, se hicieron registros, y los contadores presentaron relaciones de la plata y del vellón que tenían en su poder. El contador de la Villa de Madrid presentó un estado por el cual se ve que la proporción era aproximadamente dos tercios de vellón por uno de plata¹, mucho menor, por tanto, que la correspondiente a los años de 1638, en que subió al 90 por 100². Un escritor anónimo del año 1625 (julio) estima que circulaban en plata solamente 240 millones de maravedises; es decir, unos siete millones de reales³. Partiendo de la cifra que para el vellón da Hamilton, resultaría haber 20.500.000 ducados de plata; pero no puede ser tan grande la cifra.

Como puede observarse, la cantidad de plata que circulaba es escasa, y en todo caso mucho menor de la que venía en cualquier remesa anual de América. De otro modo no podría haber la estrecha dependencia entre las curvas de precios y la de las importaciones de plata que presenta Hamilton. En el quinquenio 1624-1630, en que la remesa fué escasa y su envío muy poco uniforme además, llegaron, según Hamilton, por término medio a 24.954.526 pesos de a 450 maravedises cada uno⁴.

a las Cortes en 1623, en que se propuso crecer la moneda de plata para evitar su emigración. (*Actas de Cortes*, tomo XXXVIII, pág. 78, y tomo XXXIX, pág. 405.)

En el Archivo de Madrid constan documentos del año 1624 referentes a repartos forzosos de moneda falsa. (Vid. nota 3 de la página 127.)

El anónimo de la Biblioteca Nacional destaca la independencia de los premios de la plata con la abundancia de ella. (Biblioteca Nacional, manuscrito 6731, fols. 84 y sigs.) Sobre el cobre, vid Espejo, *Ferías*, pág. 291.

¹ Archivo de Villa, *Secretaría*, 3-413-48, sesión del 9 de septiembre de 1628.

Montaba el metálico que la Villa tenía en esa fecha, 3.128.240 maravedises; de ellos, 2.038.946 en moneda de vellón, por lo que se perdió en la reducción 1.019.473 maravedises.

² Hamilton, *American Treasure*, pág. 90.

³ Muy digno de fe. Calcula la cantidad de vellón en unos 40 millones de ducados. Sus ideas son muy atinadas. (Biblioteca Nacional, manuscrito 6731, folio 84, año 1625.)

⁴ Hamilton, *American Treasure*, pág. 35, tabla 1.^a

Una gráfica de la concordancia de los precios medios con las importaciones de metales preciosos, en la página 301, carta 20.

Un ducado tenía 11 reales y un maravedí; el real de plata, 34 maravedises; el ducado, por tanto, 375 maravedises.

Las exportaciones montaban, según Moncada, la suma de 20 millones de ducados (Haebler, *Prosperidad*, pág. 273) en el año 1591.

En 1623 sólo llegaron 12 millones de ducados, según dijo Olivares en las Cortes, en donde se habla claramente de la escasez de plata, de las sacas que hacen los extranjeros y de que en Sevilla, después que llegan los galeones, sólo quedan 100.000 ducados, es decir, 1.100.000 reales¹, lo cual viene a ser lo suficientemente importante como para que alterase considerablemente los precios de una remesa a otra. El anónimo de la Biblioteca Nacional dice que en nueve meses llegaron en el año 1625, en que escribe, 16.000 millones de maravedises, o sea unos 35.500.000 pesos, como en los años más abundantes. Es curioso observar que ese año empezó la gran carestía de precios², que continuó en 1626, en que, a finales, había llegado «plata para dos años», según consta en varios documentos³. ¿Es ésta la causa de la carestía de estos años?

Las noticias sobre falta de plata son muy abundantes⁴; pero son dignas de considerarse las contenidas en una carta que el prior de la Universidad de Mercaderes de Sevilla dirigió al rey, en la que expone que, habiendo dispuesto que se labren monedas sencillas, se tarda mucho en labrarlas, y que la producción diaria de la Casa de la Moneda de Sevilla en 1627 no llega a 100.000 reales diarios, habiendo acuñado antiguamente hasta un millón, cuando se labraba moneda gruesa. Al recibirse de América una remesa de plata, los comerciantes sevillanos tenían necesidad de hacer sus pagos, y para eso llevaban a convertir la plata en pasta que les venía consignada en la flota, a la Casa de la Moneda, que, como veremos, no daba abasto. Entonces los genoveses establecieron la costumbre de facilitar la moneda en el acto y hacerse cargo ellos de la plata consignada, mediante el cobro de un descuento del 9 y del 10 por 100⁵.

¹ *Actas de Cortes*, tomo XXXIX, pág. 284. Estos datos no son fidedignos.

² Biblioteca Nacional, manuscrito 6731, folios 85 y sigs. Tiene este manuscrito fecha de julio de 1625. Las cifras que da Hamilton son de cinco en cinco años; por eso no coincide. Sobre repercusión en los ganados, ver nuestra figura 1.^a (noviembre de 1626), en que llegó la remesa de que hacemos mención en la nota siguiente.

³ *Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 380, sesión del 24 de noviembre de 1626, e *Ibidem*, pág. 387, sesión de 4 de diciembre de 1626, se hace referencia a la llegada de otra flota.

En *Actas de Cortes*, tomo XLV, págs. 465 y sigs., se dice: «Habiendo venido el año pasado plata de dos años». (Sesión del 10 de mayo de 1627.)

⁴ Hamilton pone diversos ejemplos: *American Treasure*, pág. 90; *El florecimiento*, etcétera, pág. 71.

⁵ *Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 465; Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, fols. 522 y sigs., se copia la consulta a las ciudades sobre esta petición.

En estas épocas se nota una subida en todo el interés de los préstamos¹.

Este documento contiene frases muy exactas sobre la situación del comercio, que coinciden con lo expuesto por Olivares en las Cortes² y con lo que Espejo nos dice en su libro sobre las ferias³. Sobre el sistema de préstamos y pagos mutuos de los comerciantes en estos años podrán verse las inestimables cartas dirigidas al negociante Larrumbe, que publicaremos⁴.

El prior de la Universidad de Comerciantes dice, con el tono lastimero de las súplicas de esta época, entre otras cosas, ésta, que resulta muy luminosa para entender las causas de la crisis: «... que el comercio está parado por falta de moneda de plata; que los comerciantes se fian unos a otros, y así se perpetúan los tratos; pero esta corriente para, al faltar la plata, y con ella el pago puntual de sus compromisos.»⁵

Olivares nos dice que los comerciantes «todos compran al fiado, metidos entre dos inconvenientes: uno, por los créditos que contraen, que son como personas fallidas; otro, de los extranjeros de quienes reciben la mercancía fiada y a los cuales no pueden pagar con puntualidad, y así pierden el crédito y se les ejecuta todo el caudal, por cuyos caminos se ocasionan quiebras que arrastran las de otros comerciantes, y aunque las tiendas de los mercaderes están con buena apariencia a quien las ve, deben lo mismo que parece que tienen, y si los extranjeros apretasen en sacar sus caudales, quedarían los naturales destruidos»⁶.

«Como no basta la moneda, los plateros hacían doblones», dice Pellicer⁷. Esta es la causa por la que se propuso la emisión de moneda de molino⁸.

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, fols. 293, 341, 342 (abril y mayo de 1627).

² *Actas de Cortes*, tomo XXXVIII, pág. 138. (Año 1625.)

³ Espejo, *Ferías*, pág. 260: «Todo el crédito estaba fundado en el dinero de América.»

⁴ Vid. punto XV de nuestro trabajo; Archivo de Villa, *Contaduría*, 2-242-1. Véase además Espejo, *Ferías*, págs. 291 y 309.

⁵ Vid. nota núm. 5 de la página anterior.

⁶ Vid. nota núm. 2 de esta misma página.

⁷ Pellicer de Ossau, citado por Carrera Pujal, tomo I, pág. 538. (Comercio impedido.)

⁸ Biblioteca Nacional, manuscrito 8180, *Daños del vellón*. Expone la necesidad de hacer moneda de molino.

Habiéndose prohibido la saca de plata en el año 1628, los comerciantes alemanes se dirigieron al rey, por medio del embajador del Imperio, conde de Falkenberg, pidiendo que se mitigara con ellos un poco el rigor de la pragmática, y entre otras cosas dicen que con la falta de moneda todas las operaciones se hacen al fiado, y que las mercancías son difíciles de vender a las gentes que no disponen de moneda¹.

Como la carestía de las cosas iba en aumento, se necesitaba más moneda, y al no haberla, forzosamente el comercio se veía obligado a préstamos a largo plazo y a compensarse las cuentas². La deflación, como se ve, no hace bajar los precios, como ocurriría en épocas normales. Sólo los comerciantes alemanes dicen que la falta de moneda dificulta las ventas. De todos modos, estos altos y bajos en la moneda, esta concentración del movimiento de los pagos en épocas muy cortas, contribuyen extraordinariamente a poner en manos de unos pocos, grandes poseedores de dinero y plata, toda la vida comercial, y explican en parte las alteraciones tan bruscas que pueden observarse en las curvas de precios en un espacio de tiempo muy reducido. (Figs. 1 y 2.)

La influencia de la puntualidad, el retraso o la pérdida de las flotas de América, era extraordinaria en todo el comercio castellano, y así nos lo presenta Espejo: «Alguna veces, la plata que venía de Indias se necesitaba para los asuntos públicos, y entonces no se entregaba el dinero a quienes venía consignado, sufriendo la contratación grandes perjuicios, entre ellos el aplazamiento de las ferias y las prórrogas por no haber llegado la flota esperada para proveer de pagos y numerario a las ferias de Medina. De este modo, como todo el crédito estaba fundado en el dinero de América, cuando se perdía alguna flota, los banqueros estaban interesados en que no se supiera, y hacían correr la noticia de que llegaba bien, como pasó en 1605³. Más que la pragmática deflacionista de 1628, la bajada de precios puede atribuirse a la captura de la flota que venía este año de América, que apresaron los holandeses⁴.

* * *

¹ Espejo, *Ferías*, pág. 184.

² Vid. nota núm. 4 de la página anterior.

³ Espejo, *Ferías*, pág. 206.

⁴ Hamilton, *American Treasure*, pág. 19

Vemos, por tanto, que la deflación de plata no está compensada por la inflación — por llamarla así — del vellón, sino que los inconvenientes se suman, tomando una fisonomía muy distinta a la de las crisis actuales, pero muy parecidas a lo ocurrido en el final del Imperio Romano, tal como nos lo pinta Rostozeff¹.

Hoy se admite que con el papel moneda, el Estado, por sí solo, por la fuerza legal, puede dar valor independiente del intrínseco; pero es muy importante distinguir que en la antigüedad no ocurría así. En primer lugar, por la costumbre de poner premios en los cambios y de valorar al peso las monedas, y en segundo lugar, porque las monedas no tenían, como hoy, la circulación reducida al interior del país, sino que tenían valor, por decirlo así, internacional, como puede tenerlo hoy el dólar. El vellón no podía gozar de esta estimación, y estando el comercio, como estaba, en manos de extranjeros², y siendo tan importantes las exportaciones³, tenía que ser forzosamente desechado en la mayoría de los pagos. No bastaba con que el premio igualase las dos monedas, y hemos visto, además, que por lo general el premio no estaba en relación con el valor intrínseco de ella, sino con su estimación; a esto quedaba reducido el «curso legal» impuesto por el Gobierno. La mayor extorsión ya hemos visto que está en la variación, incluso simultánea, de los premios, y en que las personas obligadas a admitir el pago no recibían un premio «justo».

¹ «La depreciación progresiva de la moneda, el descenso general de las condiciones económicas y el sistema de saqueo metódico que eran las liturgias originaron violentas y convulsivas oscilaciones en los precios, que no se desarrollaron paralelamente a la depreciación continua de la valuta... Mientras estas condiciones perduraron, no pudo haber esperanza alguna de restaurar la estabilidad económica y asentar la valuta sobre bases firmes... El fracaso más conocido fué el de Diocleciano en su tentativa de sanear la valuta y estabilizar los precios... Diocleciano compartía la funesta creencia del mundo antiguo en la omnipotencia del Estado, creencia en la que permanecen hoy muchos teóricos modernos.»

Sostiene este autor la teoría de que la ruina de la clase media sustrajo al comercio consumidores y acentuó su ruina, así como la de la industria. Sólo los artículos de primera necesidad y los de lujo subsistieron. Hubo en estas épocas una gran emigración de oro y plata al Oriente. (Rostozeff, *Historia social y económica del Imperio Romano*, traducción española. Madrid, 1937, tomo II, págs. 462 y 471.)

² *Actas de Cortes*, tomo XXXIX, pág. 21: «Es tanta la suma que se entrega a los hombres de negocios para el extranjero, que no habrá bastante para darles.» [Moneda de vellón.] Vid. nota núm. 2 de la pág. 132; Espejo, *Ferías*, pág. 327, 169 y 326, y además Haebler, *Prosperidad*, pág. 271.

³ Haebler, *Prosperidad*, págs. 37, 278 y 273.

Se produce así un desajuste, que efectivamente es causa de desconfianza y de subida de precios; pero esto, naturalmente, en un tono que no justifica las grandes oscilaciones que vamos a ver. En las curvas de precios se ve claramente cómo las variaciones del valor y la cantidad del vellón apenas influyen. Lo que sí influye es la tasa del premio de la reducción a plata que se dispuso en 1625 (8 de marzo) y la gran cantidad de plata llegada por esta fecha.

Como puede verse, la abundancia de vellón no desencadena el ciclo de prosperidad que en otras épocas y otros países acarrearón el alza de precios y la abundante oferta de dinero¹; más que por ninguna otra razón, porque la riqueza nacional no era susceptible de ser aumentada, ni tampoco la deflación de la plata produce, al menos en esta época, la caída de los precios, como tan a menudo se repite, por contraste, con la inflación. Los precios suben ahora porque otras causas los hacen subir.

Por de pronto, el señor Hamilton reconoce, al lado de la moneda de vellón, otras cargas, y desde luego una innegable postración en la agricultura y, según él, aun mayor en la industria, en los años de que nos ocupamos². Hace poco, el señor Olagüe, en un libro muy voluminoso, revisa con un punto de vista muy laudable—y certero a veces—la cuestión de la decadencia de España³; pero en lo referente al estado económico hay que reconocer que el siglo xvi, no sólo en España, sino en Europa entera⁴, fué penosísimo, si bien son revisables muchas de las ideas que sobre este punto circulan, e incluso, en opinión muy acertada de Hamilton, la «decadencia económica

¹ Garver y Hansen, *Principios de Economía* (Trad. española), págs. 374 y sigs.

² Vid. nota núm. 2 de la pág. 124; nota núm. 1 de la pág. 125, y Hamilton, *El florecimiento*, págs. 123 y siguientes.

³ Olagüe, *La decadencia de España* (San Sebastián, s. a.), sostiene en el capítulo dedicado a la economía que no hubo descenso en la producción; que el trigo era suficiente; que el ganado en el siglo xviii incluso aumentó, pues había en el xviii seis millones de cabezas, cuando en el siglo xvi sólo había 2.500.000; que las bandadas de mendigos eran el resultado pasajero de años de hambre; etc. El error está en que durante el siglo xviii la fisonomía económica cambia mucho desde el principio hasta el final del siglo. Los datos de Olagüe y la comprensión de ellos son muy discutibles. (Págs. 341 y sigs.)

Lo que vale en el libro de Olagüe es su intención de revisión y su punto de partida, que en otros campos—el político y espiritual, por ejemplo—resulta acertado y fecundo.

⁴ Vid. nota núm. 3 de la pág. 125. Sostiene Braudel este punto de vista, comentando a Hamilton, quien, por otra parte, hace en su obra muy extensas comparaciones con la situación en Europa, que conoce perfectamente.

no fué tan aguda como parece deducirse de las quejas de los contemporáneos»¹.

Lo que resulta más dudoso es que la abundancia de la moneda de vellón tuviese la importancia que le da Hamilton, y en nuestra modesta opinión, los factores agrícolas y políticos y la índole de la organización económica de aquellos tiempos tienen más importancia que las cuestiones monetarias y la cantidad de dinero acuñado, que de ninguna manera podían producir efectos similares a los de una inflación moderna.

La curva general de índices de precios trazada con los datos del señor Hamilton presenta en el primer tercio del siglo xvii dos cúspides muy destacadas: la una, de los años 1595 a 1606, y la otra, más aguda todavía, entre los años 1625 y 1630, en que decae de nuevo².

Que la causa de estas alteraciones sea la cantidad de moneda de vellón, resulta bastante problemático, así como también la coincidencia de las curvas de los premios de la moneda de plata reducida a vellón, con la de índices de precios³. En general, el método de números índices empleado por el señor Hamilton sólo puede acusar alteraciones monetarias, porque es casi el único factor común a todas las contrataciones de mercancías, y las distintas causas particulares de las variaciones de precios de cada una o cada grupo quedan generalmente compensadas.

Así como la subida de precios en 1625 es casi unánime y simultánea en las curvas de los grupos de productos que ha trazado el señor Hamilton, no lo son, en cambio, ni el descenso ni los niveles alcanzados: factores muy importantes y muy sensibles a una inflación, como son los cereales, no subieron apenas, en comparación con los precios a que llegaron en épocas de sequía o de malas cosechas, a pesar de que las de estos años no fueron pingües. El trigo, por ejemplo, cuando casi todos los productos empiezan a ceder en 1630, alcanza en Castilla la Nueva los precios más altos de todo este período, debido a una época de escasez agudísima. Los ganados, en cambio, inician la subida antes de 1625, en que empiezan a subir los premios a la plata.

¹ Hamilton, *American Treasure*, pág. 303; *El florecimiento*, pág. 123.

² *Ibidem*, pág. 301.

³ *Ibidem*. Comparar págs. 47, 217 y 301. Este libro va a ser traducido; por eso hacemos referencias a él. No podemos reproducir estos gráficos.

La unanimidad en la subida de casi todos los productos (el aceite y el vino no subieron gran cosa) puede explicarse por la abundancia de vellón, es cierto, pero también por la interdependencia de unos precios con otros, como ocurre con los del ganado, aves y pescado, que presentan curvas bastante semejantes, porque el alza de los productos de primera necesidad más importantes arrastra a los demás.

Para admitir la influencia del vellón hay que reconocer que la repercusión se produjo con algunos años de retraso, y no deja de ser extraño que la subida se produzca violentamente al final de la etapa de la acuñación, y no de modo progresivo desde el año 1621, en que se vuelve a emitir en cantidad considerable. Como el alza de precios suele retrasarse en los procesos de inflación, no hay inconveniente en admitir esto; pero en cambio vemos que la elevación del valor de la moneda en 1602 apenas si repercutió en los precios, e incluso después, en épocas de escasez de cereales, no llegaron a alcanzar un nivel comparable al del año 1630, ni al de 1591 y otras épocas durísimas. Los ganados, en cambio, que en 1601, problemamente como consecuencia de una epidemia, disminuyeron en un tercio, bajaron de precio muy pronto, a pesar de la medida inflacionaria.

La unanimidad que encontramos en 1625, de ninguna forma se puede hallar en la etapa de carestía de 1595 a 1606¹, producida por la duplicación de esta moneda en el año 1602². Si se suma a esto la plata llegada de América en estos años y en 1591 a 1600, en que las importaciones fueron las mayores³, los precios deberían haber alcanzado, admitiendo cierto retraso en la repercusión, niveles muy elevados, con una mayor uniformidad de la que se encuentra. Sólo los cereales oscilaron violentísimamente, con precios incluso mayores que los alcanzados en 1630; pero tenemos referencia de malas cosechas⁴, que acepta el mismo señor Hamilton. Los precios alcanzados

¹ Hamilton, *American Treasure*, pág. 241. (Vid. sobre todo esto el capítulo *Group Prices Movement* del mismo *American Treasure*, con gráficos particulares de las alteraciones de los distintos grupos de precios y algunas indicaciones rápidas de lo que considera sus causas.)

² Hamilton, *American Treasure*, pág. 88.

³ *Ibidem*, pág. 34.

⁴ Archivo de Villa, *Secretaría*, Rogativas por falta de agua en los años 1612 (2-269-25), 1619 (2-269-14), 1626 (2-269-12), 1629 (2-269-17), 1635 (2-269-11) y 1642 (2-269-16), además de otros testimonios.

por las distintas clases de artículos entre los años 1595 y 1625 no se corresponden ni en el tiempo ni en los niveles alcanzados.

No queremos excluir con esto, del todo, la importancia del vellón, y sobre todo de la plata americana, en las variaciones de precios; pero sí destacar cómo ésta muchas veces quedaba anulada o exagerada por otros factores concurrentes, de mayor interés y efectividad en estas épocas, y que por cierto ya no lo son en las actuales. Más adelante nos ocuparemos de esto con más detalle. Entre otras, podemos señalar la escasez de las cosechas de cereales, agravada por la dificultad y carestía de los transportes terrestres, que depende a su vez de la abundancia de granos; la falta del papel regulador del comercio por mayor¹; la represión de precios, que agudiza los contrastes de los productos de venta más o menos clandestina o tolerada, y, finalmente, la despoblación y la carestía de los jornales, que estudia con detalle el señor Hamilton y que no ofrece duda.

Un factor muy importante en la subida de precios del año 1625 al 1630 es el desprestigio de la moneda de vellón, no su cantidad. Los contemporáneos, al hablar de los daños de esta clase de moneda, no suelen referirse a su abundancia, e incluso la subestiman, como hemos visto, sino a su descrédito e invalidez para el comercio con el extranjero, de gran importancia entonces en España. La coincidencia de la curva de los premios de la reducción a plata de la moneda de vellón con la del alza general de precios, no prueba más que el descrédito de la moneda de cobre y la subida de la plata, como otra mercancía cualquiera, que precisamente se exportaba en barras en gran cantidad. Y es, en realidad, cosa muy distinta a decir que hay correspondencia entre la cantidad de dinero circulante y los niveles de precios, puesto que ya hemos visto que los premios de la plata no tienen una relación muy estrecha con la abundancia o escasez de vellón o plata, sino con su desprestigio².

¹ Vid. nuestro punto IV y los XI, XII y XIII.

² El anónimo de la Biblioteca Nacional a que nos hemos referido ya hace hincapié en que en el año 1625 —en que escribe—, a pesar de la enorme cantidad de plata importada, los premios del vellón amenazan subir al 50 ó al 100 por 100 (Biblioteca Nacional, manuscrito 6731, folios 84 y sigs.) La cantidad de plata importada este año era aproximadamente igual al vellón. (Vid. nota núm. 2 de la página 131 y texto correspondiente.) En la sesión de Cortes del 16 de junio de 1627 (*Actas de Cortes*, tomo XLVI, pág. 45), los procuradores insisten en el descrédito de la moneda como causa de la carestía.

Finalmente, el mismo señor Hamilton nos cuenta cómo en ciertas ocasiones, ante el temor de desvalorizaciones de la moneda de vellón, las gentes se apresuraban a comprar mayor cantidad de bienes que la ordinaria, forzando así la demanda, y por tanto, los precios¹. Asimismo vemos también que, como dice Fernández de Mata, los Pósitos de las ciudades, en previsión de épocas de escasez, acaparan grandes cantidades en un momento dado, cantidades que se deterioran algunas y se sustraen al consumo². Hamilton da poca importancia a esta cuestión, y, a nuestro juicio, se equivoca³. En estas épocas incluso sube el interés de los capitales, como veremos más adelante.

Por último, la medida deflacionista de 1628, que redujo el vellón a la mitad de su valor, sólo repercutió en los precios, según el historiador de que nos ocupamos ahora, en un 9 por 100⁴, e incluso puede decirse que la baja no vino en la curva media hasta 1630. En algunos productos ya se había presentado antes, y vuelve a subir después, y en otros la depresión tiene lugar mucho después, o, como ocurre con el trigo, el alza sigue en aumento.

En el siglo XVII el déficit de bienes es algo bien notorio, y de ahí las autorizaciones para importar mercancías⁵.

Si tenemos en cuenta la ecuación de Stuart Mill, en que M son los medios de numerario, V la velocidad de circulación del dinero y T la producción, resulta que

$$\frac{M \cdot V}{T} = \text{Precio.}$$

¹ Hamilton, *American Treasure*, pág. 101; *El florecimiento*, pág. 71. Son ejemplos posteriores a 1628.

² «Como a un mismo tiempo todos los Pósitos van a comprar el trigo, que no saben si lo habrán menester, ocasionan la alteración de su precio, con perjuicio general.» (Página 348 del tomo IV del *Discurso sobre la educación popular de los artesanos*, de Campomanes. (Madrid, 1777.)

³ «It seems that almost in all cities and important towns of Castille and Leon there were public granaries, but accessible knowledge of their administration is too meager to support generalization concerning their influence upon prices.» (*American Treasure*, página 257.)

Ver frente a esto lo dicho en el punto XIII de nuestro trabajo.

⁴ Hamilton, *El florecimiento*, pág. 130.

⁵ Pragmática del 13 de septiembre de 1627. (Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-159-154.)

Como la velocidad de circulación hemos visto que es muy pequeña, porque el comercio está casi todo el año parado y son frecuentes las operaciones a plazos muy largos, la plata no es abundante y el vellón se usa muy poco en el comercio por mayor, para que los precios suban es preciso que la *producción sea muy escasa*. No estamos, pues, en una época de prosperidad, sino de penuria, y las gentes tienen la sensación de escasez y malestar en grado mucho mayor al real, como sucede en la crisis de 1627, porque mucho más quebranto que los precios altos fué la oscilación violentísima de los precios de las cosas¹ a que los españoles de nuestra época de oro estaban sometidos.

La consecuencia es la emigración de la plata y la importación clandestina de mercancías. También es efecto de esto el hecho de que, al cesar la ascensión general de los precios hacia 1600, justo cuando empiezan a decrecer las importaciones de plata de América, la ascensión de la curva se sustituye por oscilaciones violentísimas, del 50 por 100 muchas veces, y aun del 100 por 100 en algunos productos, que se suceden con muy corta frecuencia.

Estas oscilaciones se hacen paulatinamente cada vez más agudas en el último tercio del siglo xvi, y son anteriores a la cuestión del vellón. La falta de plata debería hacer descender los precios; pero no ocurre así; la teoría del señor Hamilton es que el vellón mantiene el nivel².

Aun sin negar alguna influencia a esta clase de moneda, creemos que los niveles de precios los mantiene la falta de productos, que empieza a notarse mucho antes del año 1600. Las grandes oscilaciones se hacen cada vez mayores porque es mayor también el déficit de producción, menor la potencia niveladora de los capitales y del comercio por mayor³ y mayores también las calamidades que azotaron a toda Europa en estos años. La inestabilidad de los precios aumenta porque su verdadera tendencia, por la falta de plata, es a decaer; pero una mala cosecha, una peste, una inundación, exacer-

¹ Hamilton destaca esta gran extorsión: *El fiorecimiento*, pág. 81; *American Treasure*, págs. 102 y sigs.

² Vid. infra.

³ Espejo señala una decadencia de la Banca, después de 1576, por la suspensión de pagos de rentas a los asentistas. Las ferias se resintieron de esta medida porque se retiraron de ellas los cambistas. (*Ferías*, págs. 152 a 164 y 307 a 309). Más tarde, el capital se concentró en manos de pocos.

ban la escasez, y los precios se remontan extraordinariamente, favorecidos por la costumbre de pagar precios muy elevados. Tampoco hay inconveniente en admitir mayor repercusión cada vez en las variaciones de la moneda de vellón, dentro de las reservas hechas; pero si ésta fuese la más importante causa, las curvas tendrían una cierta regularidad, que están muy lejos de tener.

Hay una cuestión de gran importancia en la ruina de nuestra industria, que admite Hamilton con acierto, y de la que Olivares y las Cortes se ocuparon varias veces: la competencia extranjera, especialmente del Norte¹, bastante exagerada, como veremos², pero relacionada con la alta estimación de la plata y el desprestigio del vellón. Porque al introducir mercancías extranjeras se producía una doble ganancia, que ya hemos expuesto, y formaba algo así como un *dumping* automático, que de todas formas desequilibraría nuestra balanza de pagos, pues aunque la industria española, de altos jornales, redujera los costes, las dobles ganancias que con la plata obtenían los extranjeros les permitían siempre, por la solidez intrínseca de nuestra moneda, proporcionar mercancías más baratas.

Las razones de la «decadencia» económica de España son algo muy complicado, y el mismo señor Hamilton, en su artículo, tiene la franqueza de confesar que no sabe, en definitiva, por qué se produce³. Bastante probable nos parece que haya que buscarlas en los cambios de dirección del comercio y en el cambio de cultivos, que debió de transformar toda la fisonomía de España en esta época, y sobre el que llamaron acertadamente la atención Caja de Leruela, Daza y Valverde al empezar el siglo xvii, que son los predecesores de las ideas de Joaquín Costa.

¹ Hamilton, *American Treasure*, pág. 79.

² Vid. nuestro punto XIV.

³ Hamilton, *El florecimiento*, pág. 123.

III

LAS OPINIONES DE LOS CONTEMPORANEOS
SOBRE LA CRISIS

Desde que subió al Poder el Conde Duque de Olivares, el afán de renovación produjo una agitación de las ideas económicas, que fomentaba las consultas repetidas a Concejos y ciudades, y las deliberaciones de las Cortes. Nosotros no vamos a tratar ahora de estudiar este complicado movimiento de ideas, que es bastante conocido y está estudiado muy al detalle por Hamilton, y sobre todo por el señor Carrera Pujal en su reciente libro¹; pero sí queremos destacar que, por razón de los sucesos políticos y económicos de que nos estamos ocupando, se produjo en los años 27 y 28 una floración de la literatura económica, que la apartó del tópico y la hace doblemente interesante. Para resumir, sólo diremos que de estos años son los trabajos de Caja de Leruela², que tiene ideas verdaderamente exactas y que se adelantan a su tiempo, sobre todo en las cuestiones de detalle. También son contemporáneos de esta crisis el libro de Carranza³ sobre el valor de las monedas y la inflación; el de Barbón y Castañeda⁴, los memoriales de Cardona⁵, de Arizmendi⁶, de Peña-

¹ Carrera Pujal, *Historia de la Economía española* (cinco volúmenes), tomo I.

² Miguel Caja de Leruela escribió primeramente un opúsculo en 1627: *Discurso sobre la principal causa y reparo de la necesidad común, carestía general y despoblación de estos reinos* (s. l.), 91 folios, en cuarto. Más tarde se publicó la edición que nosotros utilizamos, más extensa, con el título *Restauración de la antigua abundancia de España o prestantísimo único y fácil reparo de su carestía presente*. (Nápoles, 1631, 288 páginas, en cuarto.) Se reimprimió en Madrid en 1713.

La primera redacción del libro es del año 1626, en que fué encargada por varios procuradores en Cortes. Consta así en *Actas de Cortes*, tomo XLV, sesiones del 5 de noviembre de 1626 y del 13 de febrero del siguiente año.

³ Alonso de Carranza, *El ajustamiento y proporción de las monedas*, etc. (Madrid, 1629, en folio.) Es libro muy importante.

⁴ Guillén Barbón y Castañeda, *Provechosos arbitrios al consumo de vellón, conservación de la plata, población de España*, etc. (Madrid, Andrés de la Parra, 1628.)

⁵ Uno de ellos, publicado por Carranza; otro, en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid número 6731. En las *Actas de Cortes* se cita otro memorial, del que luego hablaremos.

⁶ Francisco de Arizmendi, manuscrito 6731 de la Biblioteca Nacional.

losa, de Lisón y Biedma¹, que son los más importantes de todo el período².

Estas ideas responden a un estado general de opinión, polemista y analizador, que influyó extraordinariamente en las Cortes, y sobre todo en Olivares, que, como hemos de ver, recoge muchas veces en los documentos oficiales no la realidad económica de su tiempo, sino el cuadro presentado por los economistas, que algunas veces es diferente. Ejemplo de lo que venimos diciendo es la aceptación que tuvo por las Cortes el libro de Caja de Leruela, impreso a su costa³, y la repercusión que las ideas de Daza y de Valverde, referentes a los cambios de cultivos, tuvieron en la medida que tomó la Junta de Población el año 1625 al escribir a las ciudades su secretario, D. Francisco de Calatayud, ordenando hacer un padrón de las ciudades que se iban despoblando, e interesándose especialmente por los *cambios de cultivos*⁴, pues se decía ya que la sustitución de los pastos por la vid y el trigo era la principal causa de la decadencia de la ganadería. Después, el 4 de diciembre de 1626, un procurador recoge en las Cortes las ideas de Caja de Leruela sobre estos asuntos⁵; y como estos ejemplos se podrían citar otros muchos.

¹ Mateo Lisón y Viedma, *Fundación de Erarios y Consumo del Vellón*, 1627. (Biblioteca Nacional, manuscrito 10913.)

² Especialmente sobre lo escrito con motivo del vellón es imposible hacer un elenco completo. Sobre estas cuestiones, además de la bibliografía de Hamilton sobre la materia y de los libros de Colmeiro, *Discurso sobre los políticos y arbitristas*, etc. (Madrid, 1857); Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, y el citado de Carrera Pujal, puede consultarse Juan de Dios de la Rada y Delgado, *Bibliografía Numismática española*, (Madrid, 1886), muy incómoda en su disposición.

³ *Actas de Cortes*, tomo XLV, sesiones del 15 de noviembre de 1626 y del 18 de febrero de 1627. También lo asegura el autor en el prólogo. Ver sobre Caja de Leruela, Julián Zarco, *El licenciado Caja de Leruela y las causas de la decadencia de España*. (*Religión y Cultura*, 1934, tomos XXVI y XXVII.)

⁴ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XL, fol. 583, sesión del 11 de enero de 1625. Se inserta literalmente.

⁵ Discurso del procurador D. Antonio del Río, en que expone el acuerdo tomado por la Mesta de suplicar se eviten los nuevos rompimientos de tierras. Por estos años se produjeron frecuentes discusiones sobre este asunto, de las que Klein (págs. 321, 315 y 335) se ocupa por extenso, y que culminaron en la medida tomada por el rey en 1633 en este sentido.

El discurso, muy interesante, extractado en *Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 391.

A nuestro juicio, el señor Klein ha enlocado mal la cuestión que se discute, y sobre todo la posición de Caja de Leruela, que no es partidario de la Mesta, sino de los ganados estantes. (Vid. Caja de Leruela, *Restauración*, págs. 45 y 96. Sobre los pequeños ganaderos, págs. 55, 59 y 60.)

De todos los economistas, Mateo Lisón y Biedma es el que mejor ha comprendido el problema de la moneda de vellón, porque atribuye a las discusiones sobre ella no sólo el descrédito de la moneda, sino también «la carestía que se produce desde un año a esta parte poco más o menos (escribe en el año 1627), y este mismo tiempo ha que se dejó de labrar la dicha moneda, y siendo cierto como así es, se podrá decir que la dicha subida y carestía de precios se había causado desde que no se labra el dicho vellón, y lo cierto, Señor, es que el daño se causó desde que se trató de bajar esta moneda (alude a la medida tomada en 1627), porque como corrió la voz que estaba baja, el que se halló con mercaderías, ganados y lo demás, tenía por mejor tenerlo en ser que darlo por moneda; y de la dilación se engendró la confusión, y de la confusión la perdición, y así no fué en haber mucha moneda de vellón la causa del daño, ni pide tanta priesa su reducción, que como no se labre y se tenga en que no la entren, se irá consumiendo, de suerte que en pocos años será necesario labrarse más»¹.

Por otra parte, tanto Carranza como el anónimo de la Biblioteca Nacional se dan cuenta—y esto es muy importante—de que el Gobierno no puede dejar de labrar moneda de vellón, porque se perjudicaría la Hacienda enormemente al privarse de esta ventaja, ya que los pagos de contribuciones se hacían también en moneda de vellón, con lo que el Estado quedaba perjudicado dos veces.

No todos los arbitristas enfocan la crisis desde un punto de vista bullonista, sino que se dan cuenta de que factores distintos a la cantidad de metal, aun dentro del terreno monetario, y fuera de él, tienen la máxima importancia; ideas que anuncian la fisiocracia y el proteccionismo.

El más importante de todos ellos es Caja de Leruela, que resume así las ideas de los contemporáneos respecto a la penuria económica, todas ellas dignas de revisión²: las guerras de Flandes; los negocios de los extranjeros; el abuso de censos, juros, vínculos y mayorazgos; la entrada de mercaderías extranjeras; la infinidad de monasterios; el exceso de tributos; la moneda de vellón; y por últi-

¹ Biblioteca Nacional, manuscrito 10913. Inserta este párrafo Carrera Pujal (*Historia de la Economía española*, tomo I, págs. 584 y sigs.). Muy buen resumen de las ideas de este autor. Calcula, como Hamilton, en 40 millones de ducados el vellón circulante.

² Caja de Leruela, *Restauración*, pág. 46.

mo, lamentándose de que esta pequeña cuestión haya absorbido la atención de todos, proclama que la verdadera causa está en la reducción a menos de un tercio de la riqueza ganadera de España¹.

La crítica que Caja de Leruela hace de todas estas ideas es muy certera, y es una de las mejores cosas de su libro. No podemos prescindir de exponer sus líneas generales, porque sus ideas son previas a todo análisis de la situación del siglo xvii.

Dice con cierta razón que las guerras de Flandes no arruinan el Erario, por el reducido número de hombres que toman parte en ellas, y mucho menos la agricultura, porque «la gente que va a la milicia no es la que se había de ocupar en la labranza»². Y efectivamente, los 30.000 hombres que mantenía entonces España no podían arruinar la nación³.

Opina, como Haebler, que los extranjeros no sólo no fueron perjudiciales, sino beneficiosos, porque aportaron capitales y métodos de los que estábamos muy necesitados en España⁴.

Respecto a la ociosidad, dice que más bien es efecto que causa, y lo mismo dice de los que entran en los conventos para rehuir las cargas públicas, y que los tributos no serían tan pesados si la riqueza nacional fuese mayor, como ocurría antiguamente⁵. Habla de la escasez de capitales, porque los caudales se embebían en censos,

¹ Caja de Leruela, *Restauración*, págs. 47 y 49. Hamilton cita un informe de 1619 en este sentido. (*Decadencia*, pág. 123, tomado de Colmeiro, B. E. E., vol. II, pág. 82.) Klein, *La Mesta*, pág. 39, critica las cifras de Caja de Leruela, y sostiene que la disminución de los ganados es muy anterior al siglo xvii y se remonta a los tiempos de Carlos V. Afirma que la decadencia de la agricultura no tiene que ver con la Mesta. (Pág. 336.)

² *Ibidem*, págs. 61 a 72.

³ En 1622, Olivares se proponía tener un ejército de 30.000 hombres. (Real cédula de 20 de octubre de 1622, publicada por Campomanes en el *Apéndice al Discurso sobre la Educación popular de los artesanos* (Madrid, 1777), tomo IV, págs. 306 y sigs.)

En 1632, las Cortes aprobaron la formación de un ejército de 20.000 infantes y 1.000 caballos. Deleito y Piñuela, *La España de Felipe IV* (Madrid, 1928), pág. 131, cita a Danvila, *El Poder civil*, tomo III, pág. 158, sobre documentos de Simancas.

En 1635, este mismo número era el que constituyó poco más o menos el ejército del Cardenal-Infante en Flandes durante esta guerra. (Vid. Lonchay en su magnífico libro sobre la dominación en Flandes en el siglo xvii.) En este mismo año, por razón de la guerra con Francia, se elevó el ejército a 60.000 hombres. Después se redujo mucho. Todo lo más se llegaron a mantener 77.000 hombres. (Deleito, *Op. cit.*, págs. 131 a 135.)

⁴ Caja de Leruela, *Restauración*, págs. 70 a 72; Haebler, *Die Blütezeit Spaniens und ihre Verfall*. Trad. española (Madrid, 1899), pág. 274.

⁵ *Ibidem*, págs. 79 y sigs.

juros, vínculos y mayorazgos¹; pero cree que la falta de ganados «ha echado a los oficiales y mecánicos de España, y obligado a vestir con ropas extranjeras».

En cuanto a la carestía de la vida de los años en que escribe (1627), se muestra partidario de que se tolere la entrada de mercancías extranjeras «hasta que la abundancia traiga obreros para restaurar la riqueza»².

En cuanto a la moneda de vellón, Caja opina que «no causa copia ni esterilidad de abastecimientos»; pero añade que hay que subir el precio de los mantenimientos, «si bien esto a los labradores —continúa— ni a los que tienen trato, no puede perjudicarles, porque ellos suben a su vez las cosas que venden». «Sólo perjudica —dice— a los que disfrutaban de rentas.» Caja incluso cree que la carestía de ganados, si los labradores tuvieran suficientes, les daría provecho, más que daño³. Pero este autor olvida algo muy importante, como es el reajuste de costes, jornales, etc., así como la disminución del valor real del dinero que se devuelve en las deudas a largo plazo. Sin embargo, se dió cuenta de la gran fuerza impulsora de la devaluación de la moneda. Este es un punto que no vamos a tratar; pero remitimos al lector al gran libro de Garver y Hansen⁴, donde brevemente se exponen las ideas modernas sobre estas cuestiones, tan importantes. Tenemos que advertir de nuevo que las crisis de 1626, 1627 y 1628, aunque tengan algunas características semejantes, no son crisis de inflación, similares a las modernas, sino de escasez. Es muy diferente que la demanda se produzca por abundancia de dinero, a que se produzca por falta de mercancías, aunque el dinero abunde. La diferencia está en los medios de compensar este desequilibrio. Caja de Leruela tiene el mérito de haber distinguido bien esto, y por eso propone la introducción de mercancías extranjeras. También lo comprendió así el Gobierno de Felipe IV, a pesar de que —nunca se insistirá bastante sobre esto— el rey y las Cortes, desde hacía mucho tiempo, tradicionalmente, mantenían una política proteccionista que por cierto no podía soste-

¹ Caja de Leruela, *Restauración*, pág. 71.

² *Ibidem*, pág. 76.

³ *Ibidem*, pág. 82.

⁴ F. B. Garver y A. H. Hansen, *Principles of Economics*. Traducción española con el mismo título, segunda edición (Madrid. Aguilar, 1946), pág. 376.

nerse. Según Haebler¹, ya en 1617 y 1620 se crearon Juntas de Reформación con este fin.

Más tarde expondremos y discutiremos las opiniones de Miguel Caja de Leruela sobre lo tocante a los ganados, para entrar de lleno en la cuestión palpitante entonces: el vellón.

Pero antes es necesario ver las ideas de Olivares y de los Consejos. Reunidas las Cortes en 1623, Olivares, que entró con un gran programa de reformas, quiso llevar a la práctica algunas de ellas, y como las Cortes solicitaron conocer el estado del reino antes de ponerse a discutir los nuevos tributos y el proyecto de formación de Erarios, es decir, de una entidad bancaria exclusiva que prestase dinero a particulares, recibiese dinero de ellos a préstamo y financiase los gastos de la Real Hacienda, teniendo a ésta por garantía, antes de esto —decimos— les remitió una célebre exposición, en donde se ocupa de la tributación, la agricultura, la industria y el estado del comercio.

Después de reproducir ideas semejantes a las de Caja de Leruela, aunque todavía no había publicado sus libros sobre los ganados, se refiere a la necesidad de una entidad bancaria que regularice los préstamos en el comercio, cuyo crédito y finanza pinta monopolizados por los extranjeros, en cuyas manos se encuentran los comerciantes españoles, que «no tienen caudal propio» y están a merced de ellos. Se ocupa de los labradores y de la escasez de brazos, diciendo que «si los años no resultan muy fértiles, apenas se pueden desquitar de sus fatigas, y si lo son, no tiene salida el trigo, además de estar abrumados por el exceso de censos de las tierras». Como puede verse, todo esto va encaminado a convencer a los procuradores de la necesidad del crédito oficial. (También Caja de Leruela habla de esto.)

Muy interesante es lo que dice respecto de la falta de obreros y de los altos jornales que cobran, lo cual lleva consigo el que se fabrique muy caro y que las mercancías que vengan de fuera resulten incomparablemente más baratas². Más adelante veremos esto, que no es del todo exacto; pero nos interesa ahora hacer notar que

¹ K. Haebler, *Prosperidad*, pág. 134.

² *Actas de Cortes*, tomo XXXVIII, págs. 120 y sigs.; especialmente, págs. 138 y 139. Año 1623.

Olivares tenía presente estos problemas, y que efectivamente trató de resolverlos con imposiciones tributarias que favorecieran la industria, y que las Cortes muchas veces no querían aceptar¹.

Añade que «algunos dicen que el Reyno no está tan acabado como se dice», y que durante muchos años ha padecido los mismos males. Esto es rigurosamente cierto, y nunca se insistirá bastante en ello, contra la opinión de los partidarios de la «decadencia» de España. Pero el mismo Olivares dice que no resulta ser así, y que «el Reyno tributa hoy más que el año 1575», y da varias cifras, diciendo que se tributa cinco o seis veces más, siendo la población menor en la proporción de 13 a 8.

Expone que lo que viene de las Indias (1623) no llega a cinco millones, y que están cargados con excesivas sumas de mercedes perpetuas, que montan unos 35.348 ducados. Parece que dice esto como para hacerse perdonar el hecho de presentar a las Cortes un proyecto que lleva en sí un nuevo tributo del 5 por 100 de todas las haciendas, mucho más pesado que todos los anteriores. Después añade que se necesitan «remedios duros, como cuando se corta el brazo para precaver el corazón del cáncer»; e inmediatamente presenta el proyecto del Erario².

¹ *Actas de Cortes*, tomo XXXIX, pág. 114.

² *Loc. cit.* en la nota núm. 1 de la página anterior.

IV

EL AGIO DE CAPITALES

Estas consideraciones nos llevan a exponer una faceta muy interesante de esos tiempos: el agio de capitales.

La situación del comercio, que, por otra parte, estaba totalmente controlado por los genoveses (sobre todo en lo referente al ganado, paños, armas, cereales y seda¹, es decir, el comercio de exportación y el más importante), así como todo lo hasta ahora expuesto, favorecía extraordinariamente a la especulación. Se especulaba con todo, incluso con el dinero mismo².

La costumbre era que los comerciantes que llegaban con géneros a las ferias, o los compradores, no se pagasen entre sí con dinero, sino con una forma especial de transferencias de crédito, hechas por medio de los cambistas, en donde registraban sus saldos, entregando su moneda al principio de las ferias, y retirándola al final. Pero ocurría muchas veces que en lugar de cobrar en metálico, quedaban los restos abonados de feria a feria (las de Medina del Campo eran semestrales), pagándose unos a otros con letras de cambio (de ahí su nombre) giradas hasta la próxima feria. Según Espejo, cuando vino la costumbre, hacia la mitad del siglo *xvi*, de prorrogar la celebración de las ferias, los cambistas, que eran el alma de ellas, empezaron a faltar³. Asimismo las operaciones de compra y venta empezaron a dejarse de hacer en las ferias, y se desplazaron a las ciudades más importantes, Madrid entre ellas⁴. Todo ello contribuyó a que fuera necesaria mayor cantidad de crédito. En la quiebra ocurrida a la Real Hacienda en el año 1576, Felipe II pagó en juros a los asentistas que le habían prestado dinero. Esto acarreó la quiebra de muchos de ellos y la de otros comerciantes⁵. Faltaron de la feria los asentistas, y escaseó tanto el capital

¹ Haebler, *Prosperidad*, pág. 271; Espejo, *Ferías*, págs. 326 y 169.

² Espejo, *Ferías*, págs. 221 y 133.

³ *Ibidem*, págs. 309, 310 y 291.

⁴ *Ibidem*, págs., 326 y 287. Vid. punto XIV de nuestro trabajo.

⁵ *Ibidem*, págs. 307 y 152 a 164.

y el crédito, que los ganaderos, que solían vender sus lanas y sus carnes al fiado, se vieron en un grave apuro: los señores no les fiaban los pastos de las dehesas, y la demanda de dinero se hizo muy grande¹. Esto concentró en manos de muy pocos el capital.

En 1627 esta desconfianza nos la pinta un documento del Archivo de Madrid en que se dice que en las ferias todos exigían ya el dinero al contado, lo cual representaba un trastorno enorme por el peso y las dificultades del tráfico². En 1626 costó a la Villa de Madrid 756 reales el transportar 8,000 ducados que se llevaron a la feria de Trujillo para hacer los pagos del ganado comprado³.

En estas condiciones, los tenedores de capital, cuando escaseaba el numerario en una plaza, unas veces por la multitud de negocios concertados, otras por la saca de dinero y por razón de asientos para situarlos en plazas fuera del reino, o por otras mil causas, tomaban el dinero que traían los cambistas, abonando un premio moderado, y después, al llegar los mercaderes y tratantes con necesidad de dinero, y hallarlo todo acaparado, tenían que pagar por él doblados intereses. Otras veces retiraban el dinero de las mesas de los cambistas, o sus cuentas de los libros de aquellos cambistas que les debían, de tal manera que controlaban la feria⁴.

Sin embargo, los tipos de interés eran bastante bajos en España; pero no tanto en las ferias. En 1627 se encontraba dinero al 5 por 100⁵; pero ya en el mes de mayo había subido al 6⁶, como consecuencia del establecimiento de la Diputación General para el Consumo del Vellón. Después que fué suprimida, la Villa de Madrid, ante la perspectiva de una mala cosecha y de carestía, tuvo necesidad de tomar a censo una fuerte cantidad, y hubo de pagar al 8 por 100⁷.

En general, la razón de que en España estuviese barato el interés, dependía de que las personas eclesiásticas, conventos, comunidades y patronatos benéficos, por razones de índole moral, llevaban tantos por ciento muy pequeños: a veces, el 3 por 100.

¹ Espejo, *Ferías*, pág. 309.

² Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, fol. 479.

³ *Ibidem*, *Contaduría*, Cuentas de compras de ganado (mayo 1626), 2-321-1.

⁴ Espejo, *Ferías*, pág. 133.

⁵ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 249, sesión 12 abril 1627.

⁶ *Ibidem*, tomo XLIII, folio 341, sesiones del 25 de mayo de 1627, al 6 por 100; *ibidem*, folio 352, sesión del 17 de mayo de 1627, al 7 por 100.

⁷ *Ibidem*, tomo XLVI, folio 192, sesión del 20 de julio de 1630, al 8 por 100.

V

LOS INTENTOS DE CREAR UN BANCO NACIONAL

Todo lo expuesto hizo que se sintiese la necesidad de regular las instituciones de crédito. Ya en 1552 se propuso al rey que se enviara a las ferias un factor real, en calidad de cambista, porque esto proporcionaría muchos ingresos a la Hacienda y favorecería a todos¹. No llegó a realizarse esta idea; pero, en cambio, años más tarde Felipe II envió a Medina del Campo un factor para que fundase un Banco e hiciese allí los cobros y pagos, que empezaban a realizarse en Madrid y en Alcalá, en lugar de ser en la ciudad de las ferias. Tampoco debió de tener éxito el proyecto².

La idea de fundar un Banco del Estado surgió, efectivamente, en tiempos de Felipe II. El célebre economista y secretario de Felipe II D. Luis Valle de la Cerda nos cuenta que el autor del proyecto de los Erarios o Bancos públicos fué Pedro Doudegherste, natural de Flandes, el cual, siendo mozo—dice—y habiendo estudiado jurisprudencia, residió después algunos años en España e Italia, y volvió a su país, donde escribió la historia de aquellos Estados. Sirvió luego al emperador en Alemania, y habiendo comunicado su proyecto a varios príncipes, lo participó a Felipe II, primero desde Alemania, en el año 1576, y después, ya en España, en 1583. Antes de morir se lo comunicó a Luis Valle de la Cerda, que lo volvió a tratar con el rey. Pasaron seis meses en cabildeos y deliberaciones, y mientras tanto expiró su autor en 1591. Entonces, Valle publicó el proyecto.

Se indicaban ya como ventajas el suprimir los usureros, facilitar los préstamos para el comercio, desempeñar la Hacienda, asegurar el pago de las rentas públicas y el cobro de los tributos.

Para ello se fundarían oficinas en todas la ciudades, en donde se daría dinero a censo sobre hipotecas al 6 por 100, y se recibiría

¹ Espejo, *Ferías*, pág. 102.

² *Ibidem*, pág. 287. Se llamaba el factor Juan Ortega de la Torre.

al 5 por 100 de los particulares que quisieran llevar allí su dinero. Recibirían además todas las rentas del reino.

Junto con esto se fundarían Montes de Piedad, que prestarían cantidades pequeñas sobre prendas. Los Montes de Piedad tomarían sus fondos del Erario, y prestarían al 6,50 por 100¹.

Los Montes de Piedad existían desde hacía tiempo en Italia, y el Papa León X, de acuerdo con el Concilio de Letrán, había sancionado su institución en el año 1515 con una bula, y permitía una ganancia moderada: hasta donde fuera necesario para cubrir los gastos, sin ganancia alguna. Recomendaba que se sostuvieran con mandas o rentas que cedieran personas piadosas, y excomulgaba *latae sententiae* a todos los que pretendieran desacreditar estos Montes².

En el proyecto español se decía que el objeto era que nadie, «por falta de representación y de dinero en el público, sea forzado a vender por injusto precio sus frutos anticipados, o llevar el peso de grandes intereses o cambios»³.

No es necesario ponderar lo que hubiera cambiado la fisonomía económica de España si el intento se hubiese realizado.

En 1598 el proyecto se preparó para ser presentado a las Cortes.

Al subir al Poder Olivares, entre otras reformas, quiso implantarlo a todo trance, y el 20 de octubre de 1622 se publicó una larguísima real cédula, firmada por Pedro de Contreras, el presidente del Consejo Real, en que se instituían los Erarios⁴.

Se presentan como la panacea que remediaría todos los males de la nación y como la «tabla única de salvación de la Monarquía». Se instituyen asimismo los Montes de Piedad. Los tipos de interés serían el 5 por 100 para recibir y el 7 por 100 para prestar. Se establecerían en las capitales de partido de recaudación de alcabalas, en número de 119. En esta cédula se contiene el germen de la pragmática que en 1627 estableció las Diputaciones para el Consumo del Vellón. En una exposición muy larga se enumeraban las ventajas de

¹ Sempere y Guarinos, *Biblioteca Económica Española*, tomo I, págs. X a XIV. (Sobre Luis Valle de la Cerda.)

² Publicada por Campomanes, *Apéndice al Discurso sobre la educación popular*, tomo IV, pág. 361.

³ *Loc. cit.* en la nota núm. 1 de esta misma página.

⁴ Publicada por Campomanes, *Apéndice al Discurso sobre la educación popular*, tomo IV, pág. 306.

estas entidades, diciendo que regularían el mercado de trigo en las épocas de escasez y excesiva abundancia, permitiendo por medio de los préstamos que los labradores retuvieran el trigo en las épocas de abundancia; que se aumentarían las fábricas, se suprimiría el sistema de ventas al fiado, «y con esto se acomodarán mucho más los precios de todas las mercancías». Pone el ejemplo de que las ovejas vendidas al fiado se venden una cuarta parte más caras que de contado, y lo mismo sucede con todas las mercancías; se aseguraría el cobro de las rentas reales; desaparecerían la frecuencia de las quiebras, las usuras; «remediará mucho la saca de plata y oro fuera del reino, porque lo hacían los banqueros extranjeros, y se suprimirán los asientos con los extranjeros; al mejorar la situación económica, dejarán de emigrar tanto las gentes»; etcétera.

No iba descaminado Olivares, y puede decirse que tuvo una visión más clara de los asuntos que la mayoría de los contemporáneos. Ahora bien; si la idea era buena, como declararon las Cortes en 1623, cuando se les sometió el proyecto, el modo de ejecutarlo no lo era. Pero lo que no se pudo encontrar, a pesar de que se deliberó largo sobre el asunto, fué una manera distinta de hacerlo. La razón era la desconfianza que el rey y la Hacienda Real causaban a los particulares, que se resistían a poner su dinero a crédito¹. Los tiempos de Law no habían llegado aún.

Para encontrar dinero se recurrió a varios expedientes, bastante malos. Estos eran los «remedios duros» a que se refería Olivares en la exposición a las Cortes de que ya hablamos. Se trataba de que todos los españoles entregasen al Erario, en el término de cinco años, el 5 por 100, o veintena, de sus haciendas. Naturalmente, las Cortes no se mostraron dispuestas a esto. Todas las rentas reales entrarían a formar parte del Erario; se abonaría el 5 por 100 de los capitales entregados, y, finalmente, se suprimiría el servicio de millones y se crearía un nuevo impuesto público. Por esto hablaba Olivares, en la exposición, de la pesadumbre de los tributos que imperaban; quería cambiar una cosa por la otra, y conseguir así que las Cortes votasen lo de la veintena, que se aparecía difícil.

Las Cortes reclamaron el proyecto de los Erarios, y acordaron

¹ *Actas de Cortes*, tomo XXXVIII, pág. 151. (Duraron las negociaciones los meses de abril, mayo y junio.) Vid. además págs. 124, 281 y 48 a 59.

dejar a las ciudades la decisión de la cuestión de la veintena y ponerse a deliberar sobre la forma en que se instituirían los Erarios¹. Al ver esto, el presidente de Castilla manifestó a Rafael Cornejo, secretario de las Cortes, que el rey ya había tomado la decisión firme de establecerlos, y que sólo les correspondía a ellos deliberar sobre la veintena². Hacia el mes de junio de 1623, en que ocurría esto, los procuradores volvieron a contestar que su deber era estudiar lo de la forma, y que lo de la veintena correspondía a las ciudades³, y ver ellos de encontrar otros medios mejores. Pidieron entonces que se les remitieran todos los papeles referentes al asunto; y efectivamente, después de impresos, para que cada procurador pudiese estudiarlos detenidamente, se remitió a las Cortes el proyecto de 1598 y los siguientes. En fin de cuentas, no se acordó nada⁴.

Los principales reparos fueron que no había capital anticipado; que se temía a la quiebra, y que las gentes no se fiaban de la Administración real, pues suponían que en caso de apuro el rey echaría mano de todo, como se hacía con las consignaciones de plata de América, con los juros, rentas y otras muchas cosas⁵.

Pero el Conde Duque no se dió por vencido.

¹ *Actas de Cortes*, tomo XXXVIII, pág. 376.

² *Ibidem*, pág. 378.

³ *Ibidem*, pág. 391.

⁴ *Ibidem*, págs. 422 y 451.

⁵ *Ibidem*, pág. 151.

VI

LA BAJA DE LA MONEDA DE VELLÓN

El otro problema que se agitaba en la mente de Olivares, de los consejeros del de Castilla y de la Junta de Población era la manera de retirar la moneda de vellón. Ya hemos visto cómo en la mentalidad de Olivares se asociaron estas dos ideas en la real cédula del año 1622. Sin embargo, la moneda seguía labrándose¹.

En 1623 se presentaron varios proyectos a las Cortes sobre alteraciones en el valor de la moneda de vellón. Pero en 1626 el rey sometió a una Junta una consulta, en el sentido de preguntar si era lícito bajar el valor de la moneda de vellón sin resarcir a sus dueños, y en todo caso, qué compensación podía dárseles². Ya un año antes se dió (el 8 de marzo) una pragmática tasando los trueques del vellón a plata, que ya hemos señalado como muy importante entre las causas de la carestía que se produce.

En la Biblioteca Nacional se conserva el parecer que dió el presidente del Consejo de Italia sobre la cuestión. Estudia las opiniones corrientes en aquella época, que eran las siguientes:

Primera, que no se labre más moneda; que no se permita la entrada, y que no se baje. El presidente dice que esto no es suficiente.

Segunda, que no se baje la cuarta parte. Dice que el uso ya lo ha hecho con la cuestión del premio, y que en derecho se puede. Mariana, en su tratado *De monetis*, sostenía lo contrario. Dice además que el daño de los súbditos no puede ser mucho, porque ya reciben el vellón con la demasía del 30 por 100, y las mercancías se suben un tercio más si se pagan en vellón. Que no debe tenerse en cuenta el daño de los tenedores de juros y de censos, y si los depositarios, receptores de tributos, etc., reciben algún daño, debe

¹ 8 de mayo de 1626. Carta de la ciudad de Toledo sobre cese de la labor del vellón. (*Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 15.)

² Biblioteca Nacional, manuscrito 6731, folio 60. Parecer del presidente del Consejo de Italia sobre alteración del vellón.

oponerse el bien común. Opina sobre todo que no se debe dar recompensa, porque, en primer lugar, el rey no tiene obligación de compensar lo que otro hizo, y en segundo lugar, cualquier recompensa redundaría en perjuicio de sus vasallos¹.

Muy interesantes son las ideas críticas de un autor anónimo, cuyo memorial se conserva en la Biblioteca Nacional, que escribe en julio del 25. Conocía a Carranza, si es que no es el mismo, y hace un estudio crítico de las opiniones sobre la baja de la moneda de vellón; es digno de notarse por su sagacidad, que la experiencia vino a confirmar. Dice que no se podrá dejar de labrar moneda de esta clase porque la Hacienda Real se perjudicaría, porque «aunque ahora no gane nada con la labra, esto le sirve para resarcirse de los pagos que con ella le hacen». Dice también que ninguna ley podrá impedir la entrada de vellón desde el extranjero; que es necesario ir mejorando poco a poco la ley de esta moneda. Es uno de los pocos que comprende que la reducción de la moneda de vellón no traerá consigo la baja de las mercancías, como ocurrió, efectivamente; en cambio, «cualquiera de los medios propuestos para la baja pueden traer mayores daños». Los va estudiando uno por uno: se propuso en las Cortes subir la moneda de plata y oro un 25 o un 30 por 100, y que con dicha subida se supiera la baja del vellón a la mitad. Objeta que la plata que hay no es bastante para que con este tanto por ciento se pueda resarcir lo del vellón, y que esto traería trastornos en los precios, que se regulan por la moneda de plata.

Es enemigo de la baja violenta de la moneda, porque —dice— perjudicaría a los más pobres, que son los que la tienen, por ser de poco valor. El compensarlos de la pérdida es imposible sin echar nuevos tributos. Finalmente, su opinión —y esto es curioso— es que en todos los pagos se ha de guardar una relación fija entre las monedas de cobre y las de plata².

Juan de Arizmendi escribió en fecha desconocida un memorial en que proponía que la baja se haga compensando a los tenedores la moneda que tuvieren, a costa de un nuevo tributo impuesto a los extranjeros³.

¹ Vid. la nota núm. 2 de la página anterior.

² Biblioteca Nacional, manuscrito 6731, folio 84.

³ *Ibidem*, folio 105.

VII

LA DIPUTACION GENERAL PARA EL CONSUMO
DE LA MONEDA DE VELLON

Teniendo en cuenta toda esta problemática, la solución que Olivares y los consejeros de Castilla y Hacienda encontraron en marzo de 1627 para reducir a su justo valor la moneda de vellón y para fundar al mismo tiempo una nueva especie de Erario o Banco Nacional, debió de parecerles excelente.

La subida a la Presidencia del Consejo de Castilla del cardenal Trejo¹, arzobispo de Sevilla y pariente de D. Rodrigo Calderón, y la de otros consejeros, significó la puesta en práctica del proyecto, que se elaboró con todo secreto, habiendo consultado al Papa y a una Junta de teólogos, así como a la infanta Isabel Clara Eugenia, que regía los Países Bajos, según se dice en la pragmática de 1627 en que cristalizó el proyecto².

Es indudable que un negocio como éste, en que iba el crédito de la moneda, no podía divulgarse, ni tampoco volver a las Cortes, donde, en primer lugar, habían sido rechazados proyectos similares, y en segundo lugar, las largas dilaciones harían público que se trataba de bajar la moneda, y esto sería, como puede comprenderse, enormemente perturbador en el comercio. Sin embargo, las Cortes hicieron de esto (lo mismo que las ciudades por otras cuestiones) una cuestión de principios y de atribuciones, y esta fué la principal causa del nuevo fracaso de algo que, a pesar de su utilidad y su necesidad, no se conseguiría hasta un siglo después.

Además de la pragmática del 27 de marzo, se publicó con fecha 11 de abril la negociación que con los «hombres de negocios» encargados de la dirección del asunto hacían la Hacienda Real y el rey en su propio nombre³.

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 293. La Villa acude a felicitarle.

² *Ibidem*, *Secretaría*, 2-159-153.

³ *Ibidem*, *Secretaría*, 2-159-149.

Dos días después, el 13, se publicaba una serie de privilegios que se otorgaban a la nueva institución y a sus oficiales¹.

La experiencia de los anteriores fracasos había demostrado que las principales dificultades estaban en dotar de caudal a los Erarios sin imponer nuevos tributos, y el separarlos de la Real Hacienda para hacer de ellos una institución independiente e inspirar así la confianza que la Administración real no podía. La novedad del proyecto estuvo en la solución que se dió a estas dos cuestiones.

Se creaba una entidad, llamada Diputación General para el Consumo de la Moneda de Vellón, a la que se acometía el encargo de ir poco a poco canjeando la moneda de esta clase por otra que valiese la cuarta parte, para lo cual se resellarían ciertas cantidades, según determinadas negociaciones, hasta consumir todas las que circulaban, sin haber causado extorsión grande a nadie. En el preámbulo se señalaban la abundancia de la moneda de vellón y la facilidad con que los extranjeros la introducían en España, por estar en sus países más barato el cobre, como la causa de la carestía, y se expresaba la confianza en que, cuando estuviese resellada y reducida toda la moneda, bajarían las subsistencias, como había ocurrido en otros países, como Venecia e Inglaterra².

Esta Diputación General, a la que se le concedieron las mismas prerrogativas y atribuciones que al Fisco, tendría diez sucursales: en Madrid, Sevilla, Granada, Córdoba, Toledo, Valladolid, Murcia, Segovia, Cuenca y Salamanca, y se prometía ir la extendiendo a otras ciudades.

La Diputación General estaría gobernada por ocho «hombres de negocios», que se obligarían con la Real Hacienda por cuatro años, prometiendo el rey que «se había de estar y pasar por lo que hubieran negociado y contratado». Pero con objeto de desechar temores y recelos por parte del público y de los «hombres de negocios», a los que se les daba el título de diputados, el rey prometía que el caudal y efectos con que se constituiría la entidad bancaria

¹ Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-159-152.

² Hauser nos habla de que en Inglaterra se intentó en tiempos de Isabel conseguir la baja de las subsistencias por la reducción de la moneda en la proporción de 4 a 1; pero que este intento no se consiguió. Se creó, en cambio, una entidad bancaria estatal, con el control del oro, llevada a cabo por Burleigh. (*La Prépondérance espagnole*, volumen XI de *Peuples et Civilisations. Histoire Générale* de Halphen y Sagnac, pág. 199.)

«no se había de sacar de las Diputaciones por ninguna necesidad que se ofrezca, aunque fuese por causa pública», hasta después de canceladas todas las obligaciones y deshecha la Sociedad.

Los ocho banqueros no aportarían capital, sino sólo su industria y crédito (con lo que el optimismo de Olivares creyó, con razón, que aseguraría el éxito de la empresa), y a cambio de esto participarían de las pérdidas o de los beneficios en una tercera parte, a dividir entre los ocho. Las otras dos terceras partes serían para la Real Hacienda. Como puede verse, la entidad transcendía de ser una mera oficina o arbitrio para consumir la moneda de vellón, y en el pensamiento de todos, y sobre todo en el de los detractores, estaba el juzgar que se trataba de un verdadero Banco, que en caso de éxito se prorrogaría¹. De los antiguos Erarios tenía, además de los tipos de interés (el 5 por 100 para recibir y el 7 por 100 para los préstamos que hiciera, que tenían el carácter de exclusivos, puesto que se prohibió que ninguna otra persona prestase dinero), la cualidad de recibir todas las rentas públicas en los lugares donde no hubiere depositarios ni receptores reales, y asimismo el hacer los pagos de las obligaciones de la Hacienda Real en esos mismos lugares.

En la cédula de 12 de abril se facultó a los ocho banqueros a que empleasen el dinero disponible en los negocios que creyeran convenientes.

Por las condiciones del contrato, porque de un verdadero contrato entre el rey y los ocho negociantes se trataba, se ve que la iniciativa de la fundación de esta institución debió partir del Poder, y no de ellos, para quienes son toda clase de garantías y ventajas, como si se hubiesen mostrado reacios a dar sus fortunas como garantía. Sólo ante la perspectiva de no perder nada y las seguridades que el rey les dió de hacerles mercedes si, a pesar de todo, salían perjudicados, debieron de aceptar; pero a condición de una total independencia en los detalles de la dirección y en la inversión de fondos. Olivares y el rey aceptaron estas condiciones, que contribuían a separar la entidad de la Hacienda y, por lo mismo—pensa-

¹ Las Cortes llaman «erario» a la institución que se funda, «conociéndolo en la materia, aunque diferenciándolo con el nombre de Diputación». (Memorial presentado al rey por las Cortes, *Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 459.)

ban—, a darle solidez, garantía y crédito. Pero se equivocaron: todo el mundo, y las Cortes desde luego, criticó esta amplia libertad¹.

Los diputados no tendrían que dar cuenta de lo que se negociare sino sólo a los contadores (en funciones de algo así como de interventores de la autoridad real), y no se les podría hacer cargo a ninguno de ellos, ni por sí ni por sus factores ni otros ministros, de omisión y de mala administración, ni de haber tenido ocioso el dinero, ni de quiebras de cobradores, tasadores de prendas ni personas con quienes negociaren y contrataren, sino sólo por el dinero que hubiese entrado en su poder.

Como la Real Hacienda aportaba el dinero, y el fin era, en resumidas cuentas, la utilidad pública, se estableció una Junta supervisora, en la que se delegaba la autoridad real para resolver las cuestiones que pudieran plantearse; modificar, ampliar o suprimir lo que creyera conveniente; aprobar los nombramientos de los empleados, factores representantes de los diputados, tasadores, jueces ejecutores, etc., que serían nombrados a propuesta de los diputados, y, finalmente, para aceptar los balances y controlar el funcionamiento de las Diputaciones. El secretario de esta Junta fué don Francisco de Calatayud, que lo era de la Junta de Reformación o de Población, y que debió de ser el alma de todo esto y de otras reformas. Como vocal figuraba D. Francisco de Alarcón, del Consejo Real, muy interesado en las cuestiones relacionadas con el vellón, y a quien van dedicados varios memoriales referentes al asunto y el mismo célebre libro de Caja de Leruela. Además de éste, el marqués de la Puebla (D. Francisco de Avila), del Consejo de Hacienda, que tomó parte muy activa en la confección de los detalles del proyecto, y el jesuita Hernando de Salazar, «nuestro predicador», dice la pragmática. Como representante de los hombres de negocios figuraba Octavio Centurión.

Era este Octavio Centurión, que aparece en otros documentos—sin duda fué investido poco después de estas fechas como caballero de Santiago y de Alcántara—, un riquísimo banquero, hijo de un Cristóbal Centurión que vemos dedicado a estos negocios, en las ferias de Medina del Campo, en el segundo tercio del si-

¹ El ejemplar del Archivo de la Villa de Madrid tiene anotaciones en este sentido. También se dice en las Cortes. (*Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 459.)

glo xvi¹. El 6 de mayo de 1625 hicieron un asiento con el rey, proporcionándole 958.750 escudos para atenciones dentro del reino y fuera de él. Por este asiento se le facultaba para vender hasta 17.500 vasallos en los lugares realengos.

Figuran en este asiento, junto con Centurión, Carlo Strata y Vicencio Scuarcafigo, que forman parte de la Diputación². El control de las cuentas se haría por un contador nombrado por la Junta, que llevaría un libro especial para cada una de las clases de operaciones que estaban encomendadas a la Diputación, y habría uno en cada sucursal. Los demás funcionarios tendrían que ser ratificados en su cargo por la Junta cada seis meses; pero podrían ser investidos y removidos de sus cargos por los hombres de negocios, dando conocimiento a la Junta. Sólo los cajeros eran independientes de ella.

Para proporcionar capital a la entidad, se dispuso que todo el dinero que se hubiese de cobrar por el servicio llamado «Donativo», se ingresaría en ella. De hecho, como sabemos por un documento del Archivo de Madrid, todo el dinero éste lo adelantó Octavio Centurión³. Además de esto, la Real Hacienda entregaría el equivalente a los juros correspondientes a 100.000 ducados de rentas sobre sisas, que las Cortes habían autorizado a vender al rey con anterioridad. Probablemente, los hombres de negocios adelantarian el dinero antes de hacerse las ventas, como se hizo en la de los 100.000 vasallos el año 1625. Para conseguir que los particulares aportaran dinero a rédito, al mismo tiempo que se iba reduciendo el vellón, se recurrió a los siguientes arbitrios, alguno de ellos idea del marqués de la Puebla⁴:

Los particulares podrían depositar su dinero en moneda de vellón al 5 por 100 de interés, el cual, al cabo de cuatro años, se les devolvería en plata. Un 20 por 100 se resellaría y se reduciría a la

¹ Espejo, *Ferías*, págs. 97 y 308.

² Archivo de Villa. Copias de reales cédulas disponiendo la venta de vasallos de la jurisdicción de Madrid, copiadas en los *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folios 293 y siguientes, 274 y sigs., 323 y sigs., 396 y sigs., 440 y sigs., 489 y sigs., 485 y sigs., etc.

³ *Ibidem*, *Contaduría*, 4-484-3.

⁴ Un arbitrista, Manuel López Pereyra (Biblioteca Nacional, manuscrito 6731, folios 72 y sigs.), dice que a él se debe la idea del trueque del vellón a plata.

Con motivo de la venta de vasallos a que nos hemos referido, este consejero, como otros muchos hicieron, adquirió el lugar de Hortaleza. (Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 323, sesión del 26 de abril de 1627.)

cuarta parte de su valor, quedando esta cuarta parte del 20 por 100, o sea un 5 por 100 de beneficio, para la Diputación, con lo que, en realidad, salían los intereses del primer año gratis. Ahora bien; como el descuento del 20 por 100 era menor que el premio de la plata que corría, en el caso de que la Diputación cumpliese su compromiso, los particulares resultaban beneficiados. No se les permitía retirar su dinero hasta después de un año. En tal caso se les devolvería en vellón el 80 por 100 de lo depositado, y el otro 20 por 100, reducido a la cuarta parte. Podían, sin embargo, retirar el dinero que quisieran, en calidad de préstamo de la Diputación, con tal que no pasara de lo depositado, y pagarían por él solamente el 5 por 100, en lugar del 7 por 100, con lo que quedaría en su poder.

Con estos créditos o cuentas corrientes, en la Diputación podrían pagarse los juros de la renta de que antes se hizo referencia, y se podrían comprar los vasallos que se vendieron en virtud del asiento de 6 de mayo de 1625. Como todo este dinero lo anticiparon Centurión y sus consortes, era ésta una manera de resarcir a los hombres de negocios y de librarse la Hacienda Real de la deuda que con ellos tenía contraída. Con esto, aunque el fin de resellar la moneda de vellón no se perjudicaba, sí se restaba caudal a la entidad bancaria, porque este dinero iba pasando al peculio particular de los banqueros, que lo habían adelantado. En realidad, la Hacienda Real, que en teoría ponía el capital para la Diputación, en la práctica no puso nada, e incluso llegó a faltar capital para atender los muchos préstamos que se solicitaron de ella. Los hombres de negocios verdaderamente no ganaban nada con esto, porque este dinero que cobraban era ya realmente suyo. Por el contrario, tenían que anticipar cantidades para la nueva institución, y en definitiva lo que hacían era prolongar más tiempo el empréstito. Por esto suponemos que no tendrían gran interés en el asunto, cuya iniciativa partió del Conde Duque, tenaz en su idea de establecer los Erarios. Por esta causa, las condiciones de los hombres de negocios fueron muy ventajosas para ellos. Las Cortes y el público no comprendieron que quienes realmente se beneficiaban eran el pueblo entero y la Hacienda, y clamaron contra los privilegios concedidos a estos hombres¹.

¹ *Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 459. (Vid. las notas números 1 y 2 de la página 169 y textos correspondientes.)

Junto con lo que podríamos llamar las cuentas corrientes y los créditos, que según la cédula del 13 de abril no podían ser embargados por deudas, delitos o resultas de contratos y obligaciones, siempre que no se expresara clara y distintamente que estos créditos de la Diputación servían de garantía, junto con esto, decimos, se admitía el dinero que por valor de las rentas de medio año de las iglesias y beneficios quisieran imponer los prelados. En ese caso podrían a su muerte disponer libremente de ellas, según breve de Su Santidad, que les dispensaba de los *motu proprio*, que sólo les permitía legar la tercera parte de ellas. Ingresaría además en las Diputaciones, para ser resellado y reducido a la cuarta parte, todo el dinero que se recaudase por la cuarta parte de las penas pecuniarias, que se distribuía en aquella época entre el juez, el denunciante, la Cámara Real y ahora la Diputación. Para aumentar estos ingresos se permitía a los jueces, dentro de ciertos límites y dando cuenta a la Junta de la Diputación, conmutar la pena de cárcel por una composición pecuniaria, que se ingresaría también para ser resellada. Todo esto quedaría como beneficio de la Diputación.

Con objeto de allegar nuevos fondos, se establecía que el premio del cambio de vellón por plata u oro fuese libre, pagando las dos partes el 1 por 100 del valor del vellón, incluido el mismo premio que se pagase. Además se autorizaba, a pesar de las prohibiciones, a que se llevase cierto interés por los giros de dinero en letras de cambio, según una tarifa que se añadió a la primera pragmática.

Finalmente, pasaría a las Diputaciones el 2 por 100 de cada parte de los bienes que se vendieren o compraren. Los comerciantes vendrían obligados a llevar un libro especial con esta cuenta.

La jurisdicción en todo lo referente a las Diputaciones, y las infracciones contra estas disposiciones, correspondía a jueces nombrados especialmente por ellas, y en alzada entendería la Cancillería de Valladolid o la Junta de la Diputación General.

Los delitos de saca de plata o entrada de moneda de vellón se averiguarían, por proceso muy sumario, por los Tribunales del Santo Oficio¹. La razón de esto estaba en que los familiares de él vigilaban

¹ Pragmática de 27 de marzo de 1627. (Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-159-153.) Se hizo una real cédula especial dando instrucciones sobre la forma en que los visitadores del Santo Oficio entenderían en esta cuestión. Se conservaba en la Biblioteca Nacional bajo la antigua signatura Dd-115. (Hoy falta.)

las Aduanas y embarcaban en los navíos algunos días para comprobar que no llevaban libros ni objetos de *herética pravitate*. Como el registro era minucioso, se suponía que les sería fácil controlar la entrada y salida de moneda¹.

La real cédula de 11 de abril regula otros detalles del funcionamiento interno de las Diputaciones y de los derechos de los hombres de negocios por una parte y el rey por otra, que pasaremos por alto para no alargar más la exposición de estas tres larguísimas leyes. Únicamente añadiremos que por la cédula del 13 de marzo se establecía que por las prendas hurtadas y llevadas a empeñar a la Diputación, o por los bienes sobre los que pesaran anteriores hipotecas que no se declarasen, los perjudicados no tendrían derecho alguno sin abonar a la Diputación la cantidad prestada sobre ellas, siempre que reclamaran en el plazo de quince días, después de los cuales perderían todo derecho.

El dinero resellado se depositaría en una arca de tres llaves. Una de ellas la tendría el diputado o factor; la otra, el contador de la Diputación, y la otra, un regidor o persona de confianza designada por el Ayuntamiento. Entre los privilegios que se concedían a los diputados — o donde ellos no estuvieren, a sus factores — estaba la exención de cargas concejiles, hospedaje, soldados, etc., y el figurar en las procesiones y comitivas al lado del regidor más antiguo. Estas últimas disposiciones motivaron, como veremos luego, la protesta de las ciudades.

¹ Espejo, *Ferías*, pág. 185.

VIII

EL FRACASO

Las Cortes no tuvieron noticia de lo que se trataba; pero llegaron hasta ellas los rumores de que se iba a tomar una resolución en la cuestión del consumo de la moneda de vellón sin contar con ellas. Por tratarse de una materia tan importante, los procuradores llevaron muy a mal la actitud del Consejo Real y de la Junta de Población. En la sesión del 13 de marzo, después de largos discursos, acordaron que se suplicara a Su Majestad que no se tomase ninguna medida sin contar con ellos¹. Dirigieron al fin un memorial al rey² en este sentido, y entretanto llegó el día 27 de marzo, en que se hizo pública la primera pragmática de que hemos tratado. El «Reino» entonces recabó del Poder el texto de ella, con ánimo de deliberar, y protestando de que no se cumpliese una de las condiciones del servicio de millones, que estipulaba que el rey no podría tomar medidas sobre el vellón sin el voto de las Cortes³.

Entretanto, empezaron a llegar cartas de las ciudades haciendo consultas y exponiendo su descontento por la medida tomada. Granada, no sabemos si por intervención de Mateo Lisón Biezma, caballero veinticuatro de la ciudad y autor del memorial contra los Erarios de que hemos hablado, fué la primera ciudad que protestó⁴.

Pasaban los días, deliberaban las Cortes, seguían llegando cartas de las ciudades del reino, y Olivares y los del Consejo, para tratar de divertir la atención de los procuradores y de las ciudades, planteó la cuestión de la carestía de los mantenimientos. En efecto: el día 4 de mayo, el cardenal Trejo se dirigió a las ciudades con una

¹ *Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 422.

² *Ibidem*, pág. 428.

³ *Ibidem*, pág. 431.

⁴ *Ibidem*, pág. 449. En el folleto de la Biblioteca Nacional, manuscrito 11002, se insertan en la portada los títulos de Mateo Lisón.

carta en la que pedía la opinión sobre lo que debía hacerse para contener la carestía de la vida¹.

Al mismo tiempo, los trámites para la organización de las casas y factorías de la Diputación se llevaban a toda prisa. El mismo día 4, D. Francisco de Calatayud, secretario de la Junta de Población y nombrado también secretario de la Junta de la Diputación, escribió una carta a Madrid exigiendo que se nombrasen los tres regidores que habían de ser propuestos para asistir al resello de la moneda de vellón, y ordenando a la Villa que hiciese el nombramiento con toda urgencia, porque al día siguiente había de emprezarse a horadar la moneda².

El día 10 de mayo recibieron los procuradores, antes de que hubieran tenido tiempo de elevar al rey súplica ni memorial alguno, un billete del cardenal Trejo, análogo al que habían recibido las ciudades³.

Los procuradores recibieron el mismo día la comunicación de que el rey estaba admirado de que las Cortes se opusieran «a un medio tan suave», que parecía ser la solución de tantos problemas. La carta del cardenal Trejo va concebida en términos de contenida energía, ante el temor de un conflicto abierto con las Cortes. «Me ha mandado dar a entender al Reino, y a la misma Junta, que si se trata en ella de ayudar al buen efecto de esta ley, como conviene, se tendrá por servido de ello; pero si se trata de impedir la ejecución de esta ley, su Majestad se resolverá luego en mandar publicar la total baja de la moneda de vellón, para lo cual tiene pareceres, no sólo de Ministros y teólogos, sino de la Santidad del Papa..... V. md. dirá esto al Reyno y a la Junta cuando le pareciere ocasión, sin esperar a que la materia reciba mayor daño.»⁴

De momento, los procuradores consideraron que era su deber seguir estudiando la pragmática y significar al rey que los Erarios, ahora disfrazados con el nombre de Diputación, ya habían sido rechazados en el año 1623, y que con mayor motivo debían serlo ahora, porque se ponían en manos de extranjeros⁵. Pasados los días, se

¹ Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-369-3.

² *Ibidem*, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 339.

³ *Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 470.

⁴ *Ibidem*, pág. 459.

⁵ Ut supra.

ablandaron estas decisiones, y después de varias idas y venidas, los procuradores se agarraron al clavo ardiendo que la carta del rey les tendía, y como no tenían poder ejecutivo ninguno, en primer lugar para mantener la protesta, y por otra parte para salvar su crédito, se pusieron a entablar discusiones sobre qué medios habría de hacer la reducción y baja de la moneda de vellón¹.

Al recibir el billete referente a la carestía, la primera idea fué zafarse de estudiar un problema que sabían de antemano que no tenía solución, y contestaron al día siguiente, a la ligera, que pedían que se ejecutasen las leyes que había puestas en vigor contra los regatones, y que el Reino dejaría a las ciudades la decisión sobre este asunto². Se veía clara la intención de no tratar más de esto; pero el cardenal Trejo les obligó a que dieran una contestación más explícita. Con otra carta, que merece ser transcrita: «Que puesto que ya se va ejecutando el resello de la moneda de vellón, sólo sirve (la actitud de las Cortes) para desacreditar lo hecho, sin dar remedio», en realidad lanzaba un reto, desafiando a las Cortes a que encontrasen otros medios más suaves, que nosotros ya sabemos que no había ni podía haber. Dijo asimismo Cornejo que le habían ordenado comunicase al Reino que desde el lunes 7 de junio se había de ir tratando del remedio de los excesivos precios en que todas las cosas están, y les pide que no aguarden a las ciudades para tomar resolución. Amenaza a la vez con que, si no responden, no podrán después quejarse si se toma alguna resolución sin su parecer³. Realmente, bastante contestación era ya el silencio de las Cortes; pero ahora sólo podía haber una contestación: era la petición de que se tomaran medidas de rigor. Esto es precisamente lo que querían los del Consejo.

Si no creyéramos que el cardenal Trejo era un hombre íntegro, cabría pensar en el hecho de que la persecución de los comerciantes (muchos de ellos solventes) aseguraba buenos ingresos a la Diputación y a la Cámara Real por la cuarta parte de las condenas que se establecían. Sin embargo, puede pensarse también en un interés sincero, ya que al Consejo Real llegaban a todas las horas y de todas

¹ *Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 489.

² *Ibidem*, págs. 479 y 489.

³ *Ibidem*, tomo XLVI, pág. 1.

las ciudades peticiones de subida de los mantenimientos que corrían a cargo ser provistos por los Municipios.

En fin de cuentas, los dos procuradores comisionados por las Cortes para hablar con el presidente y cardenal, notificaron en la sesión del 17 de mayo que el cardenal se avenía a entregar al rey un memorial en que se le significaban los defectos de la Diputación, y que en cuanto a lo de la carestía, el Reino proponía que se escribiese a las ciudades pidiéndoles opinión, y que en vista de lo que ellas contestasen, hablaría¹. Era una manera de ganar tiempo para deliberar mientras tanto, más que sobre las Diputaciones, sobre el atropello que significaba no haberlas consultado.

El 22 de mayo, la Villa de Madrid envió un importante documento, referente a las medidas de represión de precios. Se hacía hincapié en él en la necesidad de imponer tasas, de perseguir a los regatones, y se decía que deberían regir los precios del año 24². Ni que decir tiene que el año escogido era uno de los más prósperos y el que había tenido precios más bajos desde hacía más de veinte años.

La Diputación iba desarrollándose, y el día 5 de mayo concedió el primer préstamo al Ayuntamiento de Madrid, por valor de 20.000 ducados, porque no disponía aún de los 80.000 que se pedían³. Naturalmente, en una carrera de precios como la que se había iniciado, la necesidad de préstamos aumentó también, y la fama de la Diputación tuvo que sufrir mucho al no poder atender a la demanda de capitales y al sufrir el descrédito que propalaban los prestamistas perjudicados por la medida. Los ingresos de la Diputación no fueron suficientes, y los factores procuraban retrasar la entrega de los préstamos todo lo más posible⁴.

Después de haber recibido la Villa de Madrid la comunicación de mandar regidores, en lugar de nombrarlos, elevó un largo memorial al rey protestando de que al factor de la Diputación se le diese la misma categoría que al regidor más antiguo en los actos

¹ *Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 489.

² Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-369-3. (Copiada en *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 356. Es interesantísima.)

³ *Ibidem*, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 341.

⁴ Los de la Diputación acceden a facilitar el préstamo «después de muchos días de andar en este negocio». (Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 352.)

públicos. Decía que esta distinción, sólo reservada a los consejeros del rey y a los grandes de España, era totalmente inútil e iba contra el prestigio del Regimiento. Añadía que entre todos los nombrados para presenciar el resello de la moneda, el regidor era el de más categoría, y le correspondía a él guardar la llave del arca, y que de ninguna manera debía proponer terna de regidores, sino que debía nombrarlos él¹.

Un mes después se recibieron cartas en el mismo sentido, enviadas por las ciudades de Zamora, Sevilla, Burgos, León y Salamanca, acompañadas algunas de ellas de memoriales dirigidos al rey y a las Cortes².

Los procuradores se hicieron eco de estas protestas y no cesaron en su empeño de presentar un largo memorial al rey, que fué aprobado por partes, en diversas sesiones, a pesar de que se recibió una orden taxativa del cardenal Trejo en el sentido de que no se leyese en las Cortes el memorial elaborado³. Finalmente, en la sesión del 9 de julio se redactó otro memorial pidiendo al rey la represión de precios, no sin la protesta de algunos procuradores, cuyas ideas vamos a resumir⁴.

Don Francisco Ruiz Díaz de Pineda dijo «que los precios dependen de la abundancia o escasez de las cosas, y el variarlos no trae más que inconvenientes».

Don Cristóbal de Covalada dijo «que los precios de algunas mercancías son fruto de la tierra y están sujetos a los tiempos, y las manufacturas ponen su precio de las necesidades de ajustar los precios de las cosas de que se hacen, y que si se pudieran regular todas las cosas en su justo valor, le parecería conveniente; pero esto es imposible, y la experiencia ha mostrado que el haber querido poner tasa en algunas cosas ha resultado de mayor inconveniente y la carestía de ellas, como se vió en la pragmática que se promulgó de que se guardasen los precios del año pasado de 1624, por lo que subieron las mercancías un tercio más». Su opinión era que se declarase que no se hagan pragmáticas.

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 347.

² Sevilla, con un memorial para presentar al rey. (*Actas de Cortes*, tomo XLVI, pág. 33.)

³ *Actas de Cortes*, tomo XLVI, págs. 1, 5 y 6. Además, págs. 11, 37, 41 y 45.

⁴ *Ibidem*, págs. 6 y sigs.

Don Pedro de Torres opina «que se confíe a los Ayuntamientos el poner tasas, y como por entonces se vió que los mercaderes y tratantes recogían y guardaban las mercaderías, se les mande que no lo hagan, pena de perderlas, y como podía ser que los tratantes de ganados mayores y menores no los quisieran vender ni dar a los precios que se les pusieren, se haga ley para que los lugares los puedan sacar para su abasto». Es decir, que se vuelva al antiguo sistema de sacas, posturas y embargos.

El memorial que en fin de cuentas las Cortes enviaron al rey, contenía las siguientes críticas:

Primera: Que como se establecía una contribución del 1,5 por 100, correspondía a las Cortes el aprobarla.

Segunda: Que en virtud de la condición de millones, el rey no podía tocar la situación del vellón.

Tercera: Que las Cortes habían rechazado el establecimiento de Erarios en el año 1623.

Cuarta: Que la contribución nueva no redundaba en beneficio del rey ni de nadie.

Quinta: Que iba en menosprecio de los vasallos el encomendar esto a extranjeros.

Sexta: Que con esta medida la moneda de vellón ha perdido su crédito y vale la cuarta parte.

Séptima: Que el sistema de conversión es muy lento e ineficaz.

Octava: Que el interés del 7 por 100 es muy caro.

Novena: Que el resellar el 2 por 100 a comprador y vendedor es onerosísimo y perjudica a los que tienen rentas, que ya están muy castigados.

Décima: Que las prendas hurtadas tendrán guarida cierta en la Diputación, y que el plazo de quince días que se da a los dueños para reclamarlas es muy corto.

El Poder volvió a contestar, sencillamente, que buscaran otro medio mejor¹.

Así las cosas, se recibió en Madrid, el 9 de julio, una carta firmada por D. Francisco de Calatayud, escrita el 20 de junio, pidiendo a la Villa que diese su parecer en razón de los medios que podía haber en la ejecución del consumo de la moneda de vellón. La Villa

¹ Vid. nota núm. 3 de la página anterior, y *Actas de Cortes*, tomo XLVI, pág. 78.

de Madrid contestó que tenía «por muy dañosos los medios elegidos, y que había ya tratado de los medios suaves para la ejecución, y no los halla, y que se remite a los que el Reino determine sobre esta cuestión»¹.

En la Junta Suprema de la Diputación se recibían cada día más peticiones de censos, y el nervosismo iba en aumento. Al día siguiente, 21, la Junta de la Diputación escribió al Regimiento de Madrid mandándole que se registrasen los bienes raíces, juros y censos que hay en esta Villa y su término². La antigua idea de dotar a la Diputación de capital con el 5 por 100 de las haciendas particulares, volvía a tomar cuerpo. La Villa se resiste y va en súplica al presidente de Castilla, diciendo que sufre el crédito de los particulares, e interpone algo así como un recurso de reposición y reforma ante la misma Junta. Sin embargo de esto, se acuerda que se vaya haciendo el registro³.

El mismo día, las Cortes recibieron una comunicación análoga. Unos procuradores opinan que debe tratarse de esto antes que nada, y otros, que se siga con la cuestión del vellón. Al final, recelosas las Cortes, deciden enviar comisionados al Conde Duque y al cardenal Trejo antes de tomar ningún acuerdo, y suplicarles que revocuen la orden, por el mismo motivo que alegó el Municipio⁴.

Aunque hoy pueda parecer pueril el motivo, para comprender la razón que asistía a las Cortes debemos recordar la forma en que se hacía el comercio, completamente al fiado, y que la pérdida del crédito de muchos comerciantes podría significar la quiebra de ellos y de sus acreedores, y ser una verdadera catástrofe económica.

El cardenal Trejo volvió a contestar — cabe imaginarse que irónicamente — que buscaran otros medios mejores para resolver el problema del vellón. Desde el 8 de julio, las Cortes empezaron a tratar con seriedad de esta cuestión⁵. Entretanto, el día 9 salió un auto del Consejo imponiendo graves penas a los especuladores, y reproduciendo una provisión del día 27 de junio. En esta provisión se dice taxativamente que los que tienen dinero se dedican a la espe-

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 424.

² *Ibidem*, folio 392.

³ *Ibidem*, folio 394.

⁴ *Actas de Cortes*, tomo XLVI, pág. 54.

⁵ *Ibidem*, pág. 78.

culación, y que por esta causa no pondrían su dinero a censo¹. Se ve claramente la relación que estas medidas de represión de precios tienen con el deseo de proporcionar capital a las Diputaciones y asegurar su funcionamiento, hasta ahora precario. Verdaderamente, la solución encontrada valía la pena de estos sacrificios. Pero había otra razón más importante para que las Diputaciones no encontraran dinero, a pesar de ser un buen negocio para los inversores, ya que el 25 por 100 que les descontaban en sus cuentas era menor que el premio con que corría la moneda de vellón. En general, los rentistas desconfiaban de las quiebras del Estado o de que el rey, como al fin sucedió, se quedase con los fondos, y por otra parte, el descrédito de la Diputación aumentaba con las deliberaciones de las Cortes y de los Municipios. Todo el mundo estaba convencido que era una entidad provisional. Esta, y no otra, fué la verdadera causa de su fracaso. Por si esto fuera poco, empezaron a venderse los 100.000 vasallos que las Cortes habían concedido al rey el 6 de mayo de 1625 para pagar un asiento de moneda hecho por Octavio Centurión para diversos gastos en Milán. En este mismo año de 1627, sólo de la jurisdicción de Madrid se vendieron las villas de Leganés, Aravaca, Hortaleza, Húmera, Chamartín, Carabanchel y otras, con todas sus rentas y derechos reales y de Cámara².

Por el auto del 9 de julio, que desde luego fué eficaz, porque se derrumbó el alto precio del ganado vacuno, se disponía que no se permitiese comprar, si no fuera para volver a vender por varas, sedas, terciopelos, lana, paños y lencería, ni materias primas para la industria textil. Los reos no podían ser puestos en libertad por ninguna clase de pretextos. Es indudable que a partir de entonces los precios bajaban poco a poco. Mientras, en el Consejo Real, en la Sala de Alcaldes y en los Ayuntamientos se recibían informes sobre los valores de la mercancía y de los jornales de toda clase de trabajadores, que dieron por resultado la extensa lista de tasas que se publicó por la pragmática del 13 de septiembre³.

La redacción de memoriales y arbitrios se multiplicó de manera prodigiosa en estos meses del verano del año 1627. En la Biblioteca

¹ Archivo de Villa. Copiada en *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 418.

² Vid. nota núm. 2 de la pág. 161.

³ Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-159-154. (Vid. además punto XI de nuestro trabajo.)

Nacional se conserva un memorial, firmado por un llamado Manuel López Pereyra, en que, aceptando las Diputaciones, se rechaza la baja brusca de la moneda de vellón, que las gentes ya daban por descontada. Dice que el bajar una cuarta parte al valor de la moneda no perjudicaría a nadie. De hecho no era así, porque bajaría también la estimación de la moneda, y aumentaría el precio.

Para ir retirando de la circulación la moneda de vellón y para dar vida a las Diputaciones, se le ocurre que éstas se encarguen de pagar las deudas de todos los que depositasen en ella el 90 por 100 de su deuda; a su vez, al deudor se le pagaría un 20 por 100 menos, embolsándose, por tanto, el 10 por 100 de ganancia, que se reduciría a la cuarta parte. Si el deudor, en lugar de retirar el dinero de la Diputación, lo dejase allí, se le daría recibo por el 90 por 100 de la deuda, con lo cual podría pagar a su vez una deuda del 100 por 100, con lo que no perdería nada. El procedimiento es muy ingenioso, y dada la índole del comercio de aquellos tiempos, pasaría a poder de las Diputaciones todo el numerario circulante, con lo que podría cumplir sus funciones bancarias, con perjuicio de muy pocos o de ninguno, si continuaba funcionando. Justifica el beneficio de las Diputaciones por el más alto interés del reino, y prevé que la velocidad de circulación de estas deudas ha de ser muy grande. Lo que no prevé es que, al aumentar la circulación del dinero, aumentarían también los precios¹.

López Pereyra debía de ser algún alto funcionario o algún consejero, porque ha visto los pareceres de otros colegas. Por él sabemos que la idea de restituir en plata el vellón depositado en las Diputaciones, se debe al marqués de la Puebla.

Ante las Cortes se presentaron también otros muchos memoriales, no menos curiosos.

El que tiene el interés de haber sido aceptado por las Cortes, fué el que presentó Francisco de Peñalosa. Pedía que se juntaran en un solo día dos millones; que se registre el vellón, que quedaría reducido a la cuarta parte, y que con los dos millones se resarciera de las pérdidas a los tenedores de la moneda, empezando por los más pobres. A los demás, o a los que tuvieran cantidades inferiores a 200 reales, se les reconocería una deuda, ante escribano, por valor

¹ Biblioteca Nacional, manuscrito 4731, folios 72 y sigs.

de las tres cuartas partes que perdieron. A estas escrituras se les reconocería dentro de cada Ayuntamiento valor de moneda. Dice que este método ha dado resultado en el extranjero, y que «hoy corren más cédulas que dinero entre los hombres de negocios». Estos créditos se irían pagando con el importe de una nueva sisa, por valor de un maravedí en libra de carne. En cuanto a la carestía, opina que en realidad no existía escasez, y que cuando se hiciera el pago en plata, se podrían comprar las mercancías a los mismos precios¹.

Otros procuradores representaron insistentemente la necesidad de que el rey diese su palabra de que no saldrían perjudicados los que tuviesen moneda de vellón².

Pasaron el resto de los días del año 1627 sin que las Cortes trataran de ningún tema que entre dentro de nuestro trabajo. La pragmática de 13 de septiembre que establecía las tasas no se refleja en los libros de actas. El 28 de marzo del año 1628 fué el Señorío de Vizcaya el que volvió a poner el problema sobre el tapete al presentar al rey, por medio de las Cortes, una proposición por la cual se ofrecían a hacer ellos solos la reducción de la moneda de vellón a la cuarta parte, abonando una gratificación a los que pudieren resultar perjudicados. Las demás ciudades, por medio de sus procuradores, protestaron de esto, diciendo que se quedarían sin moneda de plata, y que el vellón de Vizcaya afluiría a los otros reinos³. Visitado el Conde Duque, recibió bien a los procuradores, y les prometió, en otra ocasión, hacer lo posible por suprimir la moneda de vellón en cuanto se conociesen otros medios más suaves⁴.

Los procuradores pidieron, finalmente, que se les entregaran todas las propuestas y pareceres que se hubiesen dado sobre la moneda de vellón⁵. Así llegó el 28 de abril, en que se recibió una comunicación del cardenal Trejo diciendo que la escasez de mantenimientos era muy grande, y que urgía tomar una resolución con respecto a la moneda de vellón. Así conminada la representación de las ciudades, expuso finalmente que se habían visto arbitrios

¹ *Actas de Cortes*, tomo XLVI, pág. 87.

² *Ibidem*, pág. 101.

³ *Ibidem*, pág. 337.

⁴ *Ibidem*, págs. 342 y sigs. y pág. 351.

⁵ *Ibidem*, pág. 359.

lentos de inconvenientes y dificultades, que amenazaban mayores riesgos; que opinaban que se experimentasen primero los métodos más suaves, de tal modo que no impidan aplicarse más tarde otros más rigurosos, si hiciese falta. Pedían que se acredite con la palabra real la moneda de vellón; se mostraban partidarios de imponer un arbitrio nuevo para ir reduciendo la moneda a la cuarta parte, y eligen para esto el medio de «las escrituras», o sea el arbitrio propuesto por Francisco de Peñalosa. Piden que el rey conceda además 200.000 ducados del servicio de millones que le otorgaron las Cortes. Exigen que cesen las Diputaciones y que no se vuelva a labrar vellón. Se redactó un memorial conteniendo estos extremos¹.

El 7 de junio, las Cortes vuelven sobre la cuestión de los precios, y piden que se supriman los jueces ejecutores de las pragmáticas². Hasta el mes de julio no volvieron a ocuparse las Cortes de estas cuestiones, ni el Poder Real dió contestación alguna. Después de muchas negociaciones, los procuradores dieron a entender a los del Consejo que no tratarían de la prórroga del servicio de millones hasta que estuviera resuelto el asunto de las Diputaciones³.

Prácticamente, la supresión de este organismo fué una imposición de las Cortes, que no perdonaron nunca el no haber sido consultadas, y que en realidad tardaron más de un año en llegar a una solución mucho peor que el proyecto de Olivares y el marqués de la Puebla. Varias ciudades escribieron al Consejo Real ofreciéndose a satisfacer con sus Propios y rentas a los perjudicados en una posible baja de la moneda de vellón⁴.

El 11 de julio, adelantándose Olivares, que sabía que las Cortes le iban a presentar un memorial, que pensaban incluir dentro de las condiciones de la prórroga del servicio de millones, y que, por tanto, iba a tener fuerza de convenio entre el rey y el reino, buscando no perder autoridad, escribió una carta circular a todas las ciudades, significando que muchas de ellas le habían hecho presente los inconvenientes de los métodos elegidos para el consumo de la moneda de vellón, y diciendo que Sevilla, Toledo, Vizcaya,

¹ *Actas de Cortes*, págs. 387 y 401.

² *Ibidem*, tomo XLVII, pág. 44.

³ *Ibidem*, págs. 48, 50 y 54.

⁴ *Ibidem*, pág. 54.

Guipúzcoa, Alava y otras estaban dispuestas a cargar con la costa que produjera la indemnización por la baja. Por todo ello ordenaba a todos los corregidores que en plazo de ocho días se juntasen a deliberar en los Ayuntamientos, y enviaran la contestación¹.

Estaba claro que lo que Olivares quería era derogar la pragmática sin que las Cortes tuvieran tiempo de imponerlo, y quitar con una disposición real lo que con otra se había establecido. Efectivamente, así ocurrió: el 15 de julio, las Cortes concretaron las condiciones del nuevo servicio de millones, redactadas sobre la base del acuerdo de junio de que hemos hablado². Y antes de que el rey contestase, ya había salido la pragmática del 7 de agosto en que se recogía lo fundamental de las peticiones de las Cortes, pero se reservaba la cobranza del 1,5 por 100 «sólo por esta vez»³.

A las condiciones de millones, el rey contestó detalladamente a todas; pero a las referentes a la Diputación, contestó vaga y simplemente que lo que pedían las Cortes ya estaba dispuesto en la pragmática.

Después de concedida la prórroga del servicio de millones, todavía insistieron los procuradores en que se suprimiera el 1,5 por 100. El rey accedió; pero esta condición no se cumplió, y el tributo no se quitó hasta muchos años después⁴.

Mientras duraban estas negociaciones, el secretario Calatayud ordenó a los corregidores de las villas y ciudades que el 1 por 100 se hiciera recaudar por las justicias, y recordando la obligación de cumplir lo mandado en cuanto a la Diputación, que, según parece deducirse de otro documento, ya había dejado de cumplirse⁵. Por otra parte, se estaban concentrando en Madrid los caudales de las Diputaciones. La ciudad de Salamanca, que no estaba enterada, sin duda, todavía a fines de julio, de lo que se estaba tratando, escribió una carta a las Cortes protestando de que se retiraran estos caudales⁶.

¹ Copia simple del documento en la Biblioteca Nacional, manuscrito 6731, folio 68.

² *Actas de Cortes*, tomo XLVII, pág. 73.

³ Se inserta íntegra en los *Libros de Acuerdos* del Ayuntamiento de Madrid. Los ejemplares de esta pragmática son muy escasos. (Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIV, folio 251.)

⁴ *Actas de Cortes*, tomo XLVII, pág. 141.

⁵ Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-352-37.

⁶ *Actas de Cortes*, tomo XLVII, pág. 119.

La pragmática del 7 de agosto de 1628 en que se dispone la baja a la mitad de la moneda de vellón, tiene un terrible tono patético, y entre protestas de amor a los vasallos por parte del rey, que ocultan la preocupación por el trastorno económico que se causaba a las clases humildes, se promete, tal como quería el procurador Camargo¹, que nunca más se alterará el valor de la moneda de vellón, a pesar de lo cual los premios de la plata subieron muy pronto rapidísimamente. Se mandaba hacer un registro del dinero que se adeudaba en cada ciudad a cada uno de los tenedores de vellón por razón de la baja que se hacía, y se dejaba libre facultad a las ciudades para proporcionar el arbitrio que creyeran conveniente para resarcir estas pérdidas dentro de cada jurisdicción.

Se establecía que en cada Ayuntamiento se nombrarían dos comerciantes por cada parroquia que, provistos especialmente de voz y voto, se habrían de juntar con todo el Regimiento de la ciudad para tratar de encontrar el medio de hacer la dicha compensación, con tal de que no fuese imponiendo sisas. Naturalmente, esto era punto menos que imposible; pero se trataba de llevar hasta el último rincón posible la convicción de que no había medio alguno de compensación, ni se podía hacer otra cosa. Efectivamente ocurría así en Madrid, que contestó al Consejo que no había ningún medio posible².

Como las Cortes habían propuesto aquel medio llamado de las «escrituras», se ordenó que todos los que no tuviesen vellón, recabasen una carta del escribano municipal en la que se les reconocía la deuda por la cantidad rebajada.

En cuanto a la represión de precios, y también en cumplimiento de la nueva concesión de millones, se suprimían las tasas; pero se amenazaba con la pena capital «si se perseverare o volviese a los mismos u otros excesos de los especuladores». Sin embargo, en este aspecto no varió nada la cuestión, porque pocos meses después se

¹ *Actas de Cortes*, tomo XLVII, pág. 136: «... con el rumor general que ha causado la moneda de vellón, y decir que se trata de reducir, con que no se hallan mercaderías y la negociación general del reino ha cesado totalmente. Que se suplique que se acredite la moneda de vellón.» Otros muchos procuradores se habían expresado en este sentido varias veces.

² Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIV, fol. 258.

volvieron a establecer tasas para el trigo¹, y la moneda de vellón quedó más desprestigiada aún que antes. El descrédito llegó a ser tan grande, que en el año 1633 la Sala de Alcaldes de Casa y Corte tuvo que prohibir bajo graves penas hablar (entiéndase escribir) acerca de la baja o subida de la moneda de vellón². Como era natural, la baja de la moneda produjo confusiones en los pagos de las deudas, en el premio de la plata y en los cobros de los receptores de tributos³.

¹ Biblioteca Nacional, tomos de *Varios*, 1-60-79. (Citado por Hamilton, *American Treasure*, en la bibliografía.)

² Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-173-11.

³ *Actas de Cortes*, tomo XLVII, pág. 260.

IX

MONTES DE PIEDAD

La implantación de los Montes de Piedad significó el mismo fracaso que las Diputaciones. El 28 de mayo de 1627, el corregidor de la Villa de Madrid notificó a los regidores que iba a volver a tratarse del establecimiento de Montes de Piedad. Se revisaron entonces todos los acuerdos tomados respecto al asunto, y la cuestión quedó sobreseída¹.

Como es sabido, por la real cédula del año 1622 se disponía que se fundasen en todo el reino Montes de Piedad que facilitasen pequeños préstamos sobre prendas menudas y sobre productos agrícolas.

En 1623 y en 1625 se volvió sobre la idea, y el 22 de febrero de este último año se formó una Junta, en casa del marqués de la Hinojosa, de la que formaban parte los consejeros del rey Gil Imón de la Mota, García Deal, un italiano llamado Coimo, del Consejo de Italia; D. Mendo de la Mota, del Consejo de Portugal; el dicho marqués, D. Juan de Castro, corregidor de la Villa y dos regidores más que fueron nombrados para eso².

El 11 de marzo deliberó la Villa sobre el tema, y se registran en los libros de actas, muy por detalle, los pareceres de los regidores, que no dejan de ser muy curiosos para ver el estado de opinión sobre la materia³.

El proyecto de Olivares y Calatayud pretendía que la Villa de Madrid, a sus expensas, proporcionase el capital necesario tomando dinero a censo, cuyos intereses se pagarían con el producto de alguna de las sisas; pero todas ellas, salvo la del «Cuarto de Palacio» y la de la «Iglesia Mayor», estaban ya empeñadas. En general, los regidores opinan que, tratándose de una obra piadosa, debía apli-

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 364.

² *Ibidem*, tomo XL, folio 611.

³ *Ibidem*, folios 622, 623 y sigs.

carse la sisa de la Iglesia, sacando breve pontificio para que contribuyesen los eclesiásticos.

Además de los reparos económicos, los regidores ponen dificultades de índoles muy diversas. Muchos de ellos, que habían estado en Italia, reconocen su utilidad; pero añaden que eso, que para los extranjeros puede ser de provecho, en España desarrollaría el vicio y sería la ruina de las haciendas, porque muchos aumentarían así sus gastos. Olivares y sus ministros tenían ideas mucho más altas, y suponían, no sin cierto optimismo, que los Montes de Piedad contribuirían a que los labradores pudieran retener su trigo en las épocas de abundancia, y encontrar dinero con que mantenerse, en las épocas de escasez, con la prenda de la cosecha futura.

Don Juan Alvarez, regidor de Madrid, muy buen conocedor de las cosas del campo, al dar su parecer, dice que los pobres no se beneficiarán gran cosa de los Montes de Piedad, porque, o no tienen prendas, o en el día del vencimiento no podrían hacer efectivo el pago y perderían la prenda. Dice también que los labradores no podrán utilizar los Montes de Piedad, porque las cosas del campo son difíciles de pignorar. Se fijaba en 200.000 ducados la cantidad inicial señalada como capital del Monte. Don Juan Alvarez dice que no sería bastante, y que además no le parece lícito que se lleve dinero por dinero (en lo cual también se equivocaba, puesto que el Papa León X había autorizado un interés módico); que en cuanto a tomar el dinero a censo, vendría a ser lo mismo que echar una nueva sisa, porque al retirar el dinero del fin para que se había destinado, hay que prorrogarla unos años más para poder cumplir con el propósito primitivo.

Otro regidor defiende calurosamente los Montes de Piedad, y dice que en Zaragoza ya funcionaba uno con muy buen resultado. Otro refiere que el reino ya ha tratado y desechado esta idea, y que es ocioso volver a tratar de ello. Don Lorenzo de Olivares dice que no se pueden imponer nuevas sisas, y que él ya había protestado de la nueva que se estableció para hacer la cárcel de Madrid; que prefiere que no se quite a la iglesia mayor, y que no conviene que se haga Monte de Piedad.

Llevados estos pareceres a la segunda junta, que se celebró en casa del marqués de la Hinojosa, Olivares y Calatayud presionaron al corregidor y a los regidores para que volvieran a re-

unirse, y les conminaron para que el martes 9 de abril enviasen la respuesta.

Revisados los pareceres anteriores, los regidores se ven forzados a ceder, y la discusión se centra sobre qué sisa había de hacerse el asiento del censo; pero D. Juan de Pinedo todavía manifiesta que él no ve las ventajas del Monte de Piedad, ni para la república ni para los particulares; que la gente moza sustraerá objetos de las casas de sus padres para llevarlos a empeñar, y que la culpa recaerá sobre los criados, que, por otra parte, pueden hacer lo mismo; que se fomentará el vicio, etc. «Los hombres poderosos—añade—sacarán el dinero sin prendas, porque los oficiales que tuvieren a su cargo administrarlo no se atreverán a negárselo». Además él supone que no contribuirán a evitar la despoblación, «porque ésta no viene—dice—de la falta de Montes de Piedad, sino del exceso de cargas públicas, cuyo mejor remedio sería suprimirlas o aliviarlas»¹.

Hasta el referido año de 1627 no se volvió a hablar del asunto, a pesar de que la contestación de la Villa fué que estaba dispuesta a la creación del Monte.

Como se ve, la obsesión de la moneda de vellón y la creencia en la pesadez de los tributos ofuscaron de tal manera a gobernantes y gobernados, que no les permitió tener una idea clara de la situación y de los medios para resolverla...

X

LA REPOBLACION FORESTAL

La otra medida que tomó el Poder para la restauración de la riqueza de España fué el intento de repoblación forestal. Los montes, como los ganados, son dos clases de riqueza que, por ser difíciles de sustituir y reponer, sufren terriblemente las consecuencias de la carestía. Cuando se produjo la constante alza de precios en el siglo xvi, junto con la elevación del valor de la tierra, las maderas, carbón y leña subieron también extraordinariamente, y los bosques fueron víctimas de una explotación desordenada, que hizo desaparecer muchos de ellos. La carestía obliga a los leñadores a sacar mayores jornales, y se intensifica el ritmo de producción de los bosques en una medida mayor de la «renta» natural. En lugares como las encomiendas de las Ordenes militares, al producirse la subida de precios, los comendadores, para aumentar las rentas, se valieron de todos los medios posibles, sin consideración al futuro, puesto que disfrutaban de las encomiendas de por vida y no pasaban a sus sucesores, sino a quien el rey o el Capítulo las quisiera conceder. Grandes extensiones de la Mancha que pasaron a poder de los Fúcares al hacer éstos un asiento con Carlos V, sufrieron esta misma devastación, y muchos bosques y dehesas, según Caja de Leruela, se convirtieron en viñedos, que rentaban más¹.

Felipe II, que siempre tuvo gran atención a estos problemas, como es sabido, se dió cuenta de la despoblación forestal y de la carestía de la madera, que sobre todo en Madrid, con el crecimiento de la población, llegó a ser tan importante, que el rey tuvo que tomar medidas.

El gran economista que acabamos de citar comprendió perfectamente este problema, tan relacionado con el ganado, y publicó la famosa instrucción dada por Felipe II al obispo Covarrubias².

¹ Caja de Leruela, *Restauración*, págs. 142 y sigs. (Vid. nota núms. 1 y 3 de la página siguiente.)

² *Ibidem*, pag. 174.

Ya en la Edad Media existía el cargo de montero mayor y guarda mayor de los bosques; pero Olivares, de quien no nos recatamos de decir que se parecía mucho a Felipe II, puso también su atención en este problema y nombró a D. Francisco de Tejada para la misión de vigilar el estado de conservación de los bosques, con el título de superintendente general.

La Villa de Madrid, al saberlo, elevó un memorial al Consejo Real ponderando la despoblación forestal de los alrededores de Madrid, y suplicando se nombrase una persona encargada de la vigilancia de los bosques de la jurisdicción¹.

En el año 1627, de que nos ocupamos, hubo, según consta en los libros de acuerdos, la mayor falta de carbón que se había conocido hasta entonces², y los vecinos del pueblo de Aravaca, que vivían casi exclusivamente de la tala de árboles y venta de leña, multiplicaron la explotación desordenada de sus bosques. Con la enajenación hecha en este año de las villas del cinturón de Madrid, el corregidor y el regidor encargado especialmente de los bosques perdieron la jurisdicción sobre estos lugares. En ese momento, habiendo encontrado —dice un memorial— una persona muy experta en cuestiones de arboricultura, el Regimiento de Madrid elevó al Consejo la súplica de que se diese a esta persona jurisdicción sobre los bosques del cinturón, y a la vez se propuso un esbozo de reglamento forestal, en donde se detallaban cuidadosamente las clases de árboles que convienen a cada clase de terreno, las épocas en que debía hacerse la corta, las partes que pueden ser taladas en cada época; y se pide además que se prohíba cortar árboles a ras de suelo, y que los ganados entren cuando están desarrollándose los pimpollos³.

El Consejo Real contestó a la Villa de Madrid ratificando el nombramiento propuesto; pero como las personas que habían comprado los lugares del cinturón eran muy influyentes: generales (el marqués de Leganés, entre ellos), consejeros de Hacienda y Estado, grandes de España y otras altas categorías, el Consejo no otorgó por esta vez la jurisdicción sobre los dichos lugares; pero

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, pág. 380. En las Cortes se presentó al rey esta cuestión después: el 15 de julio de 1628. (*Actas de Cortes*, tomo XLVII, página 85.)

² *Ibidem*, tomo XLIII, fols. 262 y 380.

³ *Ibidem*, folios 300 y sigs.

se ordenó a D. Francisco de Tejada que, además de extender el nombramiento propuesto, redactara una instrucción para todos los guardas y regidores encargados de los bosques, en que se insertaban las ideas y las frases del memorial presentado por Madrid. Pero se hacía hincapié en que los lugares que habían de ser repoblados no deberían ser pastos comunales ni dehesas de ganado¹. Sólo en 1629, por las frecuentes disputas de los términos lindantes, se concedió al corregidor de Madrid la facultad de juzgar en los delitos cometidos en montes de su tierra, aunque los reos no fuesen vecinos de Madrid².

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, folio 324 vuelto.

² *Ibidem*, *Secretaría*, 2-159-147.

XI

LA ESTRUCTURA DE LA CRISIS Y LA REPRESION
DE PRECIOS

Según las teorías de Garver y Hansen sobre los ciclos de producción, podemos suponer que las importaciones de oro (que fueron crecientes, como ya se ha dicho, hasta 1591) produjeron un ciclo de prosperidad innegable. La curva de los precios del trigo, si se tienen en cuenta solamente los precios máximos de cada oscilación, presenta su punto de inflexión precisamente en 1591, que fué un año de gran carestía. Si tenemos en cuenta que también la diferencia de dinero puede detener la fase ascendente¹, determinando la crisis, según es creencia de los economistas actuales, podemos considerar la situación económica posterior a 1591 como la fase descendente del ciclo. Una escasez de productos agrícolas (ganado, trigo, madera, seda, etc.) que parece indudable y puede ser, como hemos indicado hace poco, consecuencia precisamente de la devastación que producen la carestía y el alza, origina el hecho de que la línea de los precios, en esta segunda fase, prácticamente se nivele, y la curva tome sensiblemente la forma de una recta horizontal. La otra novedad está en que las oscilaciones cíclicas, pero no periódicas², de la curva son cada vez más bruscas, y la diferencia de precios, que es lo verdaderamente terrible en la vida económica, da a los contemporáneos una sensación de malestar y de carestía que no corresponde del todo a los verdaderos niveles de precios, en comparación con los alcanzados en otras épocas de escasez y con el verdadero nivel de vida.

Es indudable que un buen sistema bancario agrícola, sobre todo como pretendió organizar años más tarde Francisco Fernández de Mata, hubiera podido distribuir estas alternativas de abundancia

¹ Garver y Hansen, *Op. cit.*, pág. 367.

² Moore sostiene que las alternativas de abundancia y escasez de los cereales son periódicas. (Garver y Hansen, *Op. cit.*, pág. 372.)

y escasez, nivelando a una altura más constante las oscilaciones de precios¹. La misma escasez de capitales que hemos estudiado, la concentración de masas de trigo en un solo propietario (los Fúcares, que controlaban los precios del trigo de casi toda la Mancha), el comercio de lanas en poder de los genoveses, los mismos Pósitos de las ciudades, como vieron muy bien Olivares y Fernández de Mata, que compran en la misma época cantidades fabulosas de trigo, son causa de estas enormes oscilaciones y del agio exorbitado de las ferias. Podía darse el caso, como ocurrió en Torrejón de Velasco, una gran feria en donde se surtía de corderos la ciudad de Madrid, que de pronto desaparecieran casi todos los vendedores². Había cabañas de 30.000 y 40.000 cabezas de ganado³. Puede comprenderse qué volumen fabuloso de capitales era necesario para controlar estos mercados.

Las grandes oscilaciones de precios arruinaban completamente a los pequeños propietarios, y esta multitud de pérdidas se compensaba en las ganancias fabulosas de los grandes hacendados.

Todo el mundo sabe que en la época del final del Imperio Romano se produjeron estos mismos efectos (Caja de Leruela hace comparaciones de éstas). La causa también es la misma: la falta de numerario. Esto explica que haya en España una verdadera importación de capital extranjero, pero que no basta para cubrir las demandas de dinero. Por eso no pueden llenar el verdadero fin de la especulación, que, como dice Garver y Hansen, tiene, compensándose, una función niveladora en el mercado⁴. Como esto hemos visto que no era posible, el efecto es contrario. La ruina progresiva de la pequeña propiedad lleva consigo la escasez cada vez mayor de los bienes de valor medio, que, como son el ganado y las pequeñas huertas bien cultivadas, constituyen el verdadero sustento de lo que podríamos llamar la clase media agrícola.

Independientemente de las estadísticas de Klein sobre el número de los ganados trashumantes (que valora, en tiempo de Carlos V

¹ Esta función la llenaba en Valencia la «Taula» por medio de préstamos a los importadores de cereales, sin interés, y por la regulación que ejercía sobre los precios y la exportación e importación. (Hamilton, *American Treasure*, pág. 257.)

² Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLII, folios 307 y 338 (abril 1627).

³ Caja de Leruela, *Restauración*, pág. 47.

⁴ Garver y Hansen, *Op. cit.*, págs. 303 y sigs.

en dos millones y medio, y que sostiene, contra el gran Caja de Leruela, que no eran siete millones, y que, por tanto, no hubo disminución de la ganadería en el primer tercio del siglo xvii), no debemos olvidar que, en primer lugar, Caja de Leruela había sentido en su propia carne, y esto le da su tono apasionado, las consecuencias de la regresión económica, pues, como él mismo dice, presencié la ruina de la «cabaña de sus padres», los Caja de Cuenca; y cita nombres de amigos suyos y conocidos cuyos grandes rebaños disminuyeron¹. Esto, que Caja no sabe explicar de una manera del todo satisfactoria, quizá pueda entenderse como dimanante de que los pequeños labradores cambien el cultivo intensivo en las pequeñas propiedades y la cría de ganados en las tierras sobrantes por los cultivos extensivos, como la vid, el trigo y el olivo². La razón de esto la comprendió muy bien Olivares al preocuparse de estudiar, como hemos visto, los cambios de cultivo que se estaban operando. Aunque la subida de precios del año 25 al 27 es general, es de notar que el aceite no sube, y la razón es que la producción de olivos era cada vez mayor³. Como vemos, España va perdiendo su rica fisonomía medieval y va tomando la que actualmente tiene. En conclusión: un aspecto de las ideas de Caja de Leruela, que el señor Carrera Pujal no destaca y a Klein no le interesa, es precisamente la desaparición del ganado estante, de carnes, que la Mesta no protege⁴, y que desaparece a consecuencia de los nuevos cultivos y de la fase de hambre—se podría añadir—del gran ciclo económico que produjo la plata americana.

La proletarización del campo, a pesar de que la población disminuye, representaba una pérdida continua de riqueza y una baja del nivel de vida, a pesar de los altos jornales. De aquí la política de tasas. Es una incógnita casi imposible de resolver el saber si la represión de los precios fué o no perjudicial. No creemos que en esta época se pudieran tener más elementos de juicio que la simple experiencia.

La política de tasas, embargos y requisiciones, que se aplicó con todo rigor al trigo, no contribuyó, por ejemplo, al abandono de este

¹ Caja de Leruela, *Restauración*, pág. 48; Klein, *La Mesta*, pág. 39.

² *Ibidem*, págs. 96, 48 y 49.

³ Haebler, *Prosperidad*, págs. 50 y sigs. y 62.

⁴ Caja de Leruela, *Restauración*, págs. 48 y 96.

cultivo, porque las razones económicas que lo sostenían eran más fuertes. Las tasas y la represión de precios favorecían indudablemente a las gentes de las ciudades, que eran las que mandaban, a través de las Cortes y de la Administración. En cuanto al nivel de vida, las tasas lo mantenían en las ciudades, a costa de los Municipios, de un modo uniforme¹. Esto explica que los regidores del Ayuntamiento de Madrid exigiesen de manera que no deja lugar a dudas la restauración de las tasas², aunque hemos visto exponer a un procurador en Cortes que las «empleadas el año pasado no habían dado resultado». Cuando el mercado se derrumba, como debió de haber ocurrido en 1629 y 1630 con los ganados y el trigo, mientras existe la tasa, los precios se conservan más altos, porque es difícil conocer la verdadera situación del mercado y porque los compradores vienen habituados desde hace bastante tiempo a pagar un determinado precio, que estiman justo; si bien las tasas pudieron representar en aquella época precisamente lo que hoy hubiera hecho la abundancia de capitales. Haebler y Hamilton, por ejemplo, creen que la continuada represión de precios impidió el desarrollo que la economía nacional debía haber tenido por la abundancia de metal moneda. Hay que tener en cuenta, en primer lugar, que las «posturas» o tasas no eran muchas veces un tipo de precios de represión, sino más bien un margen tope al que no siempre llegaba el mercado. En el proceso de Larrumbe, mercader de Valladolid, que vamos a estudiar después, figuran varios artículos vendidos por debajo de la tasa, y en muchos de éstos, como es un comprador por mayor, se le hace la rebaja acostumbrada. La razón de esto está en que los comerciantes de las pequeñas industrias de las ciudades no tienen el concepto de que los precios son libres—como en realidad no lo son—, y están acostumbrados a que les vengan marcados, bien por el gremio, bien por los regidores, los fieles ejecutores, los alcaldes de Corte, etc.; y al público le ocurre lo mismo³.

¹ El Consejo de Castilla no permitía a los Municipios elevar el precio de las subsistencias que estaban obligados a proveer más que cifras muy reducidas y que no estaban en relación con los precios de las ferias. Progresivamente se iban arruinando de esta manera, y se veían forzados a echar nuevos tributos municipales. Citaremos sólo dos súplicas en este sentido; una de Madrid (Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLII, folio 479 vuelto) y otra de Valladolid (*Actas de Cortes*, tomo XLVII, pág. 135).

² Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-369-3, y *Libros de Acuerdos*, tomo XLII, pág. 418.

³ *Ibidem*, 8-405-9 y 2-422-35, entre otros; Haebler, *Prosperidad*, págs. 50 y sigs.

El año 1625 fué un mal año: el Manzanares tuvo grandes avenidas, que rompieron los puentes, y para abastecer la población hubo que construir almadías¹. La cosecha de trigo fué mala, y esto, además de las tasas puestas a los premios de la plata, la subida de ganado y otras causas, así como la mucha moneda de vellón que desde el año 1621 venía labrándose, produjo un alza en casi todas las cosas. Durante el año 1626 se promulgó una pragmática en que se disponía que se guardaran en todas las cosas los precios que regían el año 1624². Los procuradores Covalada y Pedro de Torres expusieron en las Cortes que el ganado subió un 35 por 100, mientras que los mercaderes ocultaron sus mercancías, y los ganaderos dejaron de llevar a las ferias las reses³. En el año 1626, como vemos por la figura 1.^a, llegó a valer un carnero 44 reales, y un buey 43 ducados, como término medio, en las épocas más caras, mientras que en 1624 valían 26 reales y 24 ducados, respectivamente⁴. Vemos, pues, que la proporción del alza del ganado es mayor que la del resto de las cosas. La cosecha del año 1627 fué también muy escasa, con lo que se produjo un alza del precio del trigo hacia el mes de abril, al mismo tiempo que la cebada llegaba a valer 18 reales fanega, que era el precio de los períodos de mayor escasez⁵.

La subida de los cereales va, a pesar de las malas cosechas, bastante retrasada con respecto del ganado, que, no se puede saber a ciencia cierta por qué, no comparece en las ferias⁶.

A pesar de la pragmática de que hablamos, que no debió de cumplirse, la carestía en el año 1627 iba en aumento. Si observamos la gráfica de la figura 1.^a de los precios del ganado, podemos ver que empieza en noviembre un nuevo aumento, tanto en el ganado vacuno como en el ganado lanar. Por esta misma fecha sabemos

¹ Archivo de Villa, *Secretaría*, 1-477-4. (Vid. nota núm. 1 de la pág. 195.) El año anterior había sido muy riguroso. (*Actas de Cortes*, tomo XXXVIII, pág. 138.)

² Se cita en el discurso de Covalada. (Vid. infra.) Además, en la carta sobre carestía dirigida por el Ayuntamiento de Madrid. (Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-369-3.)

³ *Actas de Cortes*, tomo XLVI, págs. 6 y sigs. Discursos de Covalada y de D. Pedro de Torres.

⁴ Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-369-3; Caja de Leruela, *Restauración*, pág. 49.

⁵ *Ibidem*, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, pág. 294: «... el año pasado, cuando hubo falta de trigo»; folio 351: «... empieza a notarse la falta en 1627», y folio 445. En 1627 se compró cebada para los machos de las carnicerías de Madrid a 18 reales la fanega. (Archivo de Villa, *Contaduría*, cuentas de las Carnicerías de Villa, 2-321-1.)

⁶ *Ibidem*, tomo XLIII, fols. 307, 338 y 342 (abril 1627).

que llegó a Sevilla una flota con plata «para dos años»¹. Coincidieron, como se ve, en este desdichado año todas cuantas causas pueden concurrir para una vertiginosa subida de precios. Puede decirse que sólo el aceite y el vino resistieron el alza.

Un dato muy significativo figura en una comunicación que la Universidad de Alcalá dirigió a las Cortes: «Ora por la falta de premios de las letras, *ora por la carestía de los tiempos*, es tan notable la falta de estudiantes en las principales Universidades, y los estipendios y salarios de las cátedras han venido a tal menoscabo de los que solían ser, que los hombres doctos y graves no pueden preservar (*sic*) en ellas sin buscar otras comodidades para su sustento.»²

Los vendedores de artículos de primera necesidad, cuando llegaba un período de escasez, pedían que se «subiese la postura» (precio autorizado por los regidores), y más tarde, en las épocas de abundancia, no volvía a bajarse. Así ocurrió, por ejemplo, con el vinagre el año 1622, que a pesar de la baja que sufrieron el trigo, los ganados y otros artículos muy importantes en los años siguientes de 1623 y 1624, no se bajó, y al volver la carestía en el año 26, se pidió y autorizó una nueva subida del 5 por 100; es decir, desde el año 22 al 27 subió tres veces, resultando un 25 por 100 aproximadamente³. También subieron el carbón, el cáñamo, las hortalizas y las legumbres; pero en menor proporción. Los huevos subieron también un 20 por 100, y se tiene noticia de que hubo una epizootia en las gallinas⁴.

Como se ve, no pueden compararse todas estas subidas con la del trigo, que de 16 reales fanega subió hasta 28⁵. Por otra parte, esta subida puede comprobarse que es la acostumbrada en épocas de escasez.

Una comunicación del regidor Juan Alvarez al Concejo de Madrid dice que en abril de 1627 el consumo de carnero fué mayor que nunca⁶. La causa de esto es, indudablemente, que mientras las otras

¹ Vid. nota núm. 3 de la pág. 131.

² *Actas de Cortes*, tomo XLV, pág. 334.

³ Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-244-8; *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, fol. 268.

⁴ *Ibidem*, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folios 341, 361, 362, 380, 411, 414, 465, 477, 628. En el folio 477: «... por las muchas gallinas enfermas que hay en los lugares.» Sobre lo mismo, el 2-245-21 de Secretaría.

⁵ *Ibidem*, *Contaduría*, 2-305-1.

⁶ *Ibidem*, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folios 338 y sigs.

provisiones subían, como la Villa de Madrid mantenía fijo el precio de las carnes, las gentes compraban más. Se ve, pues, que había más abundancia de dinero, y por tanto, síntomas de inflación, aunque pequeña. ¿Repercutía esto en la enorme subida de los ganados?

Se sabe que los campesinos, que por lo general no comían carne de carnero, solían matar cabritos. Cuando se les prohibió esto, cabe preguntarse si aumentarían el consumo del carnero y elevarían, por tanto, el precio. Resumiendo: creemos que la crisis del año 27 es una de tantas que tienen por base la escasez de trigo y de ganado, y que se producían muy frecuentemente, constituyendo casi el estado normal. En cuanto se juntaban dos o tres años malos, faltaba el trigo, y precisamente por la falta de cereales se encarecía el transporte, al faltar la tracción por bueyes, y resultaba carísimo traerlo de otras comarcas. Más adelante veremos esto con detalle. En conclusión: la crisis, evidentemente, tenía una base agrícola.

Si se tiene en cuenta la oscilación de precios, tan grande, se comprende que no podía dejarse sin tasar un artículo tan importante, y abandonar a las gentes a la codicia de unos pocos especuladores.

Por eso la Villa de Madrid clamaba por las tasas. Sin embargo, esta opinión era demasiado interesada. Desde hacía algún tiempo, las tasas no las ponía ya la Villa, sino que se fijaban por una Comisión que desde el tiempo de Felipe II se había nombrado para administrar la Hacienda de Madrid, y estaba integrada por el Presidente del Consejo de Castilla y miembros de otros Consejos¹. Por regla general, cuando se solicitaba una subida de precios, la dene-gaban o concedían menos de lo que se pedía. Así, no permitían a la Villa subir el precio de la carne, y como ésta compraba en las ferias mucho más caro que antes, las pérdidas eran enormes². Lo mismo ocurría con el trigo. Volvieron a pedir, por tanto, que se restable-

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, folios 454 y 323. La costumbre de apelar al Consejo de las «posturas» de los fieles ejecutores contribuyó a que prácticamente fuese el Consejo Real quien fijase los precios en Madrid (*Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 380.) Las apelaciones fueron muy frecuentes. En 1591 a 1599 fué exclusivamente la Junta de Policía y Hacienda, nombrada por el rey de la forma indicada, la que ponía los precios. (*Secretaría*, 3-405-7, 3-405-9 y 2-158-193.) La Sala de Alcaldes de Casa y Corte fijó los precios de la pragmática de 13 de septiembre.

² *Ibidem*, tomo XLIII, folios 289, 307, 338 y sigs. Sobre todo, folios 444 y 479. Además, Valladolid. (*Actas de Cortes*, tomo XLVII, pág. 135.)

cieran los precios del año 1624, y decían que el haber derogado esta disposición había ocasionado «la ruina presente». Piden que se hagan cumplir las disposiciones que prohíben matar corderos, terneros y calvillos.

La experiencia de otros períodos de carestía le hace prever que las tasas de los precios sólo pueden ser eficaces si se regulan desde el que produce hasta el último que vende, y además, que los agricultores y ganaderos, lo mismo que los comerciantes, ocultarían las mercancías; pero que entonces deben autorizarse los embargos y requisiciones que ya se venían acostumbrando hacer por jueces nombrados especialmente para esto.

La carta dice además una serie de ideas muy semejantes a las de Caja de Leruela; por ejemplo, pide que no se permita roturar tierras y que se abandonen las últimamente ocupadas.

Un dato muy importante es la noticia que nos da esta carta de la enormemente desproporcionada subida de las lanas (un 140 por 100 la lana merina y un 120 por 100 la lana basta). ¿Es que los genoveses, que monopolizaban la lana, exigían el pago en plata, que llevaba un 50 por 100 de premio? Probablemente; pero la producción se incrementó hasta tal punto, que los pastores hacían un esquileo más cada dos años. (¿Cómo puede ser esto?)¹

En contestación a la carta que días antes el cardenal Trejo les había enviado sobre la carestía de los alimentos, los regidores acordaron llamar a una Comisión de personas de todos los gremios y, a la vista de los libros, redactar un proyecto de tabla de precios, que mandarían al Consejo Real².

Como las ciudades pedían insistentemente que se contuviera la especulación, hacia el mes de mayo aparecieron en las ferias alguaciles que detenían a los que llamaban *regatones*, en cumplimiento de disposiciones contra ellos, que siempre habían estado vigentes y que figuran en la Recopilación.

Don Juan Alvarez informa con fecha 5 de mayo que en la feria de Cacabelos, «que es la mayor que se hace en todo el Reino», no ha habido ganado por esta causa, y pide que se suplique al presidente de Castilla que no se considere regatones a los que compren

¹ Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-369-3; *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, pág. 356.

² *Ibidem*, *Libros de Acuerdos*, sesión del 12 de mayo de 1627, tomo XLIII, folio 355.

ganado mayor hasta el tiempo en que se celebra la feria de La Bañeza, sino a los que compraren después de este tiempo. A pesar de esto, vemos por la gráfica de precios que mientras los carneros descendían algo, los bueyes, no¹.

El 27 de junio, emanada del Consejo Real, salió una provisión, de que ya hemos hablado, prohibiendo la compra por mayor, especialmente de sedas (ni en capullo ni en madeja), con tal que no fuese para teñir ni para tejer².

Finalmente, el día 13 de septiembre salió una importantísima pragmática tasando los precios de las mercancías: lanas por mayor, carnes en vivo, telas, papel, productos farmacéuticos, azúcares, cueros, pinturas, materiales de construcción, atalajes, armas, artículos de cáñamo y esparto, loza y vidrio, así como las hechuras de herrajes y cerraduras; además de los jornales de toda clase de oficios y de los campesinos (pastores, labradores, criados)³.

En el preámbulo se culpaba a la codicia de criadores y tratantes el que los precios subiesen «de una semana a otra sin causa suficiente, de que ha resultado la carestía de los jornales y mantenimientos... y han venido a bajar las haciendas de cuatro años a esta parte a menos de la mitad».

Se dice que los regatones (especuladores) «se han introducido en todas las especies del comercio, anticipando las compras a los mercaderes, haciéndolas en los telares antes de tejerse los paños y sedas, adelantando las pagas a los criadores y laborantes, y subiéndoles el precio, por excluir de esta primera compra a los mercaderes, con lo que los ganados, lienzos y otros tejidos, que solían venir a las ferias y se vendían por sus verdaderos dueños a precios acomodados a los mercaderes de tienda, vecinos y particulares, han dejado de venir, en perjuicio grande de los derechos reales y de los lugares en que se hacían estos mercados, y las sedas y otras cosas que solían venderse inmediatamente a los mercaderes, y al fiado, no los hallan ahora al contado, por interponerse estos revendedores⁴.

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 342, sesión 5 mayo 1627.

² *Ibidem*, folio 418.

³ *Ibidem*, *Secretaría*, 2-159-154.

⁴ Sobre lo afirmado aquí y la manera de comerciar de las distintas clases de regatones y su función, ver Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, págs. 342, 408 y 470; Espejo, *Ferías*, págs. 205, 187, 305, 133, 326, 169; Haebler, *Prosperidad*, pág. 261, y lo dicho por nosotros en los puntos XII, XVI y IV.

Se cita una serie de leyes de la Nueva Recopilación referentes a este asunto, disponiendo que se cumplan y prohibiendo la venta por mayor de sedas, paños, lencería, cera, hierro, papel, cordobanes, pieles curtidas o por curtir, «si no fuere para vender en tiendas públicas por varas y al por menor o para sacar fuera del Reino».

Por la primera vez se castigaba con la pérdida de la mercancía y 30.000 maravedises; por la segunda se duplicaba la pena, y por la tercera se les condenaba a cuatro años de galeras, a la vergüenza pública y a la pérdida de la mitad de los bienes.

Se exceptuaba taxativamente a los mercaderes de lonja «que no son de estos reinos de España, sino que se meten y pueden meter de fuera de ellos, conforme a las leyes para tener mercancías en beneficio de los naturales».

Se atribuye a la prohibición de introducir mercancías de fuera del reino la carestía en los mantenimientos, «por no ser suficientes (las propias) a dar cumplida provisión para el consumo necesario y para la saca y cargazones que de ellas se hacen». Después de hablar de la esterilidad de los años, se autoriza la entrada de toda clase de mercancías, no sólo de los «reinos unidos a esta Corona, sino de los amigos y confederados, con tal que las dichas mercaderías no se hayan fabricado en reinos, islas o provincias de enemigos».

La tal autorización tenía carácter de provisional, en tanto que las fábricas de estos reinos no dieran abasto a la provisión de los naturales, o que alguna de las ciudades de Aragón, Portugal e Italia no se obligaren al abasto de dichas mercancías o parte de ellas, en cuyo caso se prohibiría la entrada de ellas, «por ser como es nuestro propósito socorrer de tal manera a la necesidad presente, que no haga impedimento a los fabricantes y laborantes del Reino, en el caso que puedan proveer con abundancia y sin la carestía que hoy corre».

Se dice también que se van disponiendo fábricas, y por el texto de estas frases cabe sospechar que los gobernantes no sólo tenían en cuenta la protección a la industria, sino que es probable que tuvieran algún proyecto de creación de fábricas.

Se hace eco la pragmática de la idea, tan corriente en aquella época, de la abundancia de vagos que hay en la Corte, como causa de la despoblación de Castilla y crecimiento de los jornales. Contra esto se dispone que se pongan en vigor las leyes contra vagos. Esta

era una de las causas por las que desde el tiempo de Felipe II se trató de poner una cerca a Madrid.

Atribuye la carestía del ganado a las inundaciones, que efectivamente hubo en el año 1625 y en el 1626¹.

Se ordena que, en vista de la gran falta de cabras y de machos («con que de ordinario se sustentan los trabajadores y gente del campo»), y de que esto repercute en el mayor consumo de carnero, que no se puedan matar cabritos, salvo de noviembre a Cuaresma.

Las tasas que se establecían eran un tipo máximo, que las justicias locales tenían atribuciones para rebajar; eran algo más altas que los precios del año 24; así, por ejemplo, un carnero que valía 24 reales, se ponía a 28.

Se prohibía también estipular los precios en plata o en oro, con exclusión del vellón, permitiendo al deudor escoger la moneda que quisiera.

Se establecía el juicio que llamaríamos hoy sumarísimo contra los especuladores. Los fiscales seguirían de oficio las causas, aunque hubiese denunciadores; se marcaba el plazo de quince días para seguir esta causa, y se derogaban toda clase de fueros de jurisdicción en esta materia. Para la comprobación de los delitos bastaban tres testigos, aunque depusieran por hechos distintos. Pero se establecía, en cambio, la necesidad de que los alguaciles llevasen mandamiento judicial para visitar las tiendas y obligar a los mercaderes a vender mercancías.

Del mismo modo los géneros que venían del extranjero tenían que traer una especie de «guía» del puerto o Aduana de origen.

Los fabricantes de paños tenían que poner precisamente el lugar donde se fabricaban las mercancías, y la calidad del paño; pero se prohibía expresamente poner el del fabricante o cualquier marca de fábrica.

¹ Vid. nota núm. 1 de la pág. 189, y la pragmática de 13 de septiembre de 1627 (Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-159-154) y Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, sesión del 25 de marzo de 1627: «... el año pasado fué muy malo.» Hubo también temporadas de aguda sequía. (Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-269-12, Rogativas por falta de agua.)

XII

LAS CONDICIONES AGRICOLAS Y LA ESPECULACION

En realidad, toda la serie de causas que se exponen en esta pragmática no fueron peculiares de este año, y plantean la cuestión de la sinceridad y exactitud de los motivos. Por eso se hace necesario examinar detalladamente el estado económico de la producción en sus distintos ramos.

En el año 1592, una provisión de Felipe II pinta también la sequía, la falta de vendedores y de recuas y a los regatones como causantes de la falta de pan y la subida de todas las mercancías¹. España pasó entonces por una de tantas crisis análogas a la que estudiamos. En los años 1598, 1600, 1605, 1610, 1615 y 1618 se registraron otras, y la exposición oficial de los motivos, no por reiterada, deja de ser menos cierta².

Si comparamos la curva de precios del trigo (fig. 3.^a) en los años que estudiamos, podemos ver el reflejo indudable de las condiciones atmosféricas.

La temporada del 23-24, que fué tormentosa, seca y muy avara de cereales, determinó la subida bastante regular del trigo en el año 25. Como siguieron dos años de inundaciones, comprobadas en documentos indiferentes a estas cuestiones, el alza de precios en los años 26 y 27 es muy explicable³, como lo es también el descenso que se nota en los años 29 y 30, porque las dos temporadas del 27 al 28 y del 28 al 29 debieron de ser buenas⁴, y las cosechas, óptimas. Se verá bien claro esto cuando estudiemos la subida del trigo el año 30. Los ganados, indudablemente, como se dice en la prag-

¹ Archivo de Villa, *Secretaría*, 1-1-54.

² Sobre todo esto se ocupa Hamilton en el capítulo correspondiente a los granos.

³ Archivo de Villa, *Secretaría*, 1-477-4: «... el año pasado de 1625, de las inundaciones»; *Actas de Cortes*, tomo XXXVIII, pág. 138; Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLII, folio 294. (Vid. notas número 1 de las págs. 189 y 195.)

⁴ *Actas de Cortes*, tomo XLVI, pág. 389: «... aunque el año va tan bueno de frutos»; Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 351: «... y aunque no ha habido falta, ni se puede temer, por la abundancia grande que hay de trigo en este Reino...»

mática, sufrieron mucho con las grandes inundaciones del 25 y 26, y aunque los años siguientes fueron buenos, continuó la subida, por la facilidad de mantener las reses y el altísimo precio a que iban las lanas. En la figura 1.^a puede verse bien clara la influencia de las lluvias en la subida del ganado vacuno.

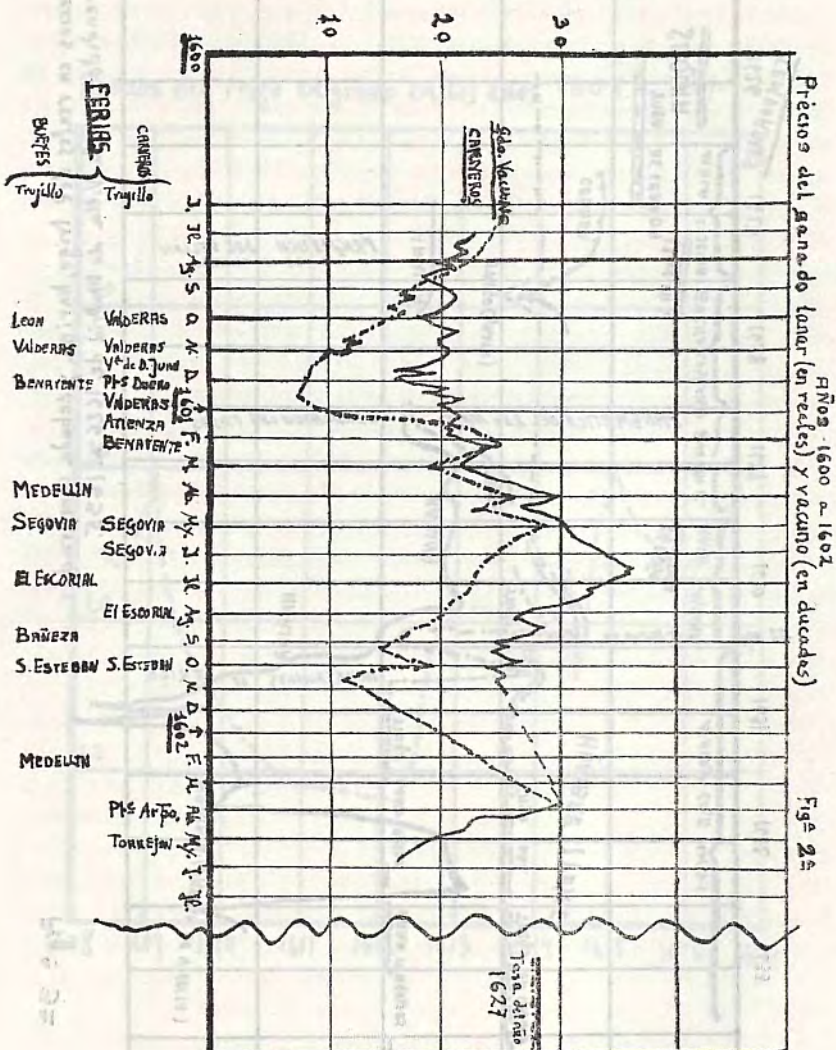
Con todo, la curva de los ganados (figs. 1.^a y 2.^a) en los años 1601 (de extraordinaria escasez), 1626 y 1627 presenta una forma sensiblemente análoga. Pero se observa que los mayores precios no corresponden al ciclo natural de las alzas y bajas de los ganados. En Castilla, los mayores precios se alcanzan al principio del invierno para los carneros, y en marzo para los bueyes. Los carneros vuelven a subir entre mayo y junio, en que se esquilan. Una carta del regidor Juan Alvarez nos asegura que en aquella época se hacía lo mismo, porque expresa sus temores de que a la entrada del invierno los carneros suban más aún al llegar las lluvias¹.

Notamos, sin embargo, en las curvas que en estos años de que tratamos los precios altísimos de las dos clases de ganado se mantienen muy altos uno o dos meses más después de pasadas estas épocas. Es decir, que hay una gran retención, que no puede explicarse sino por la especulación desorbitada. La curva aparece, por decirlo así, desplazada muy hacia adelante de su forma normal, y las cúspides son mucho más altas de lo que debían ser. En diversos sitios se habla de la desorganización de las ferias²; esto explica, en primer lugar, lo brusco de los contrastes de precios de unas ferias a otras en un intervalo de muy pocos días, y la gran diferencia de precios de las partidas compradas en una misma feria. No obstante, la dirección de los precios (hacia arriba o hacia abajo) aparece siempre clara, y repercute en seguida de unas ferias a otras.

Vemos, pues, claramente que la práctica de la especulación había alcanzado caracteres enormes. Pero no era una cosa nueva. Como tampoco el hecho de que los fabricantes y labradores vendieran en sus casas las mercancías, en lugar de llevarlas a las ferias, que, por otra parte, estaban en decadencia, porque las principales contrataciones, sobre todo de tejidos, se hacían en Madrid. Por el

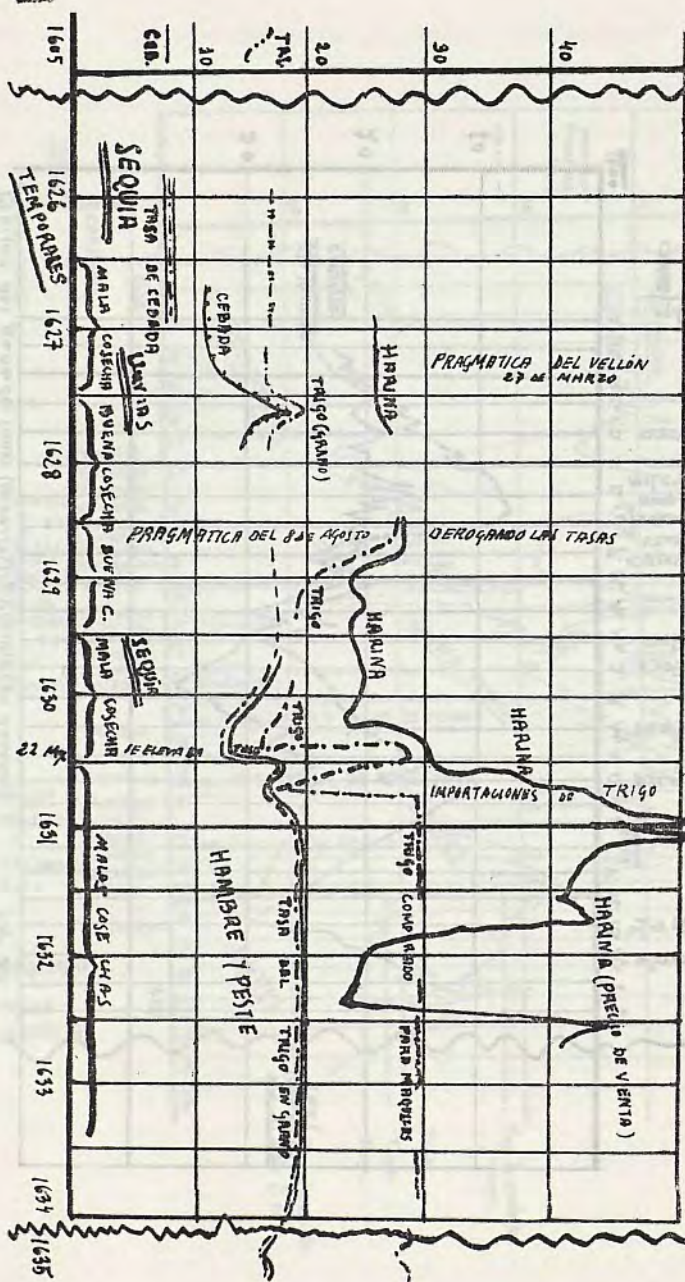
¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 479.

² Espejo, *Ferías*, pág. 305. No es del todo exacto lo dicho por este autor. En general sostiene Espejo que hacia el tercer tercio del siglo xvi las ferias se desorganizaron.

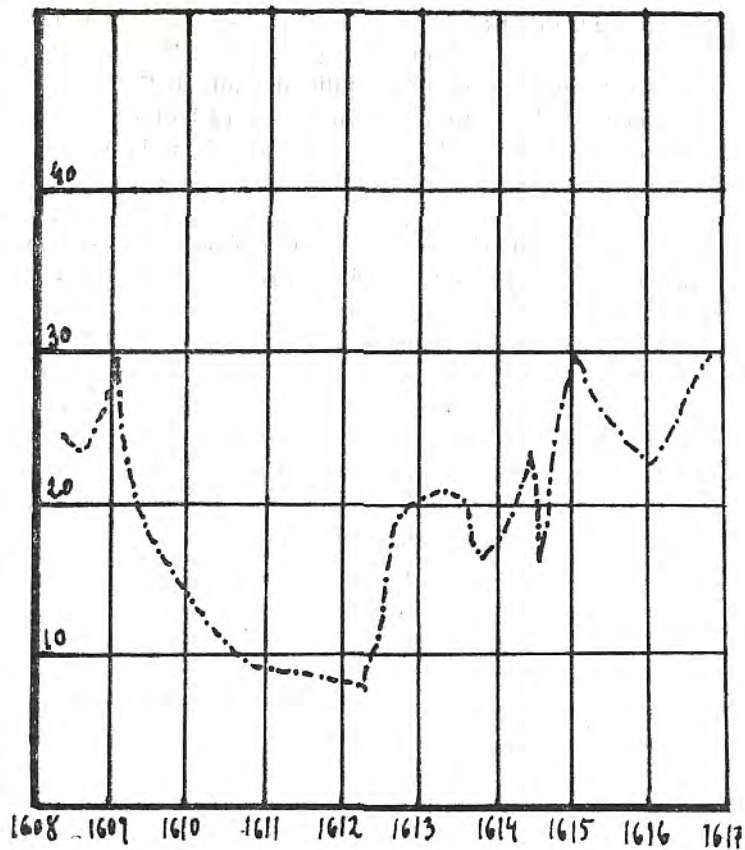


Precios en reales de trigo, harina y cebada comprados o vendidos por la Veta de Madrid de 1626 a 1635.

Fig. 32



Precios del trigo en grano en los años 1608 ~ 1617.



proceso de Larrumbe vemos que figuran citados en él varios comerciantes que le proporcionaban mercancías de una sola clase o región. Es decir, que se dedicaban a importar en Madrid, y desde allí distribuir a los otros comerciantes exclusivamente los productos de determinada fábrica o comarca. Espejo nos habla también de cómo las letras, en lugar de girarse de feria a feria, se empezaban a girar, a fines del siglo xvi, a plazo fijo y a pagar en Madrid¹. En este sentido, el auto promulgado el 16 de julio del año 1625 prohibiendo sacar mercancías de la Corte fué altamente perturbador².

La llegada de plata y el pago inmediato de toda la serie de deudas, aplazadas hasta este momento, ponía rapidísimamente en circulación todo el comercio, y proporcionaba en un mismo momento poder extraordinario de compra a los especuladores. De ahí las grandes oscilaciones, y en especial la gran subida de los ganados iniciada en noviembre, favorecida por toda clase de causas.

Alonso de Salinas—según Espejo—decía que hacia 1575 los géneros, que solían venderse en las ferias del reino, se compraban ya en las fábricas para salir por Sevilla o Lisboa con dirección a Inglaterra, pagando al contado y muchas veces antes de estar fabricados. Las lanas ya no se vendían en las ferias, sino en los lugares donde se habían de consignar, y los ganados que iban a ellas, iban para ser vendidos a bajo precio, o fiarlos, o malbaratarlos³.



1575 1576 1577 1578 1579 1580 1581 1582 1583 1584 1585 1586 1587 1588 1589 1590

1591 1592 1593 1594 1595 1596 1597 1598 1599 1600 1601 1602 1603 1604 1605 1606

1610 1611 1612 1613 1614 1615 1616 1617 1618 1619 1620 1621 1622 1623 1624 1625

1626 1627 1628 1629 1630 1631 1632 1633 1634 1635 1636 1637 1638 1639 1640 1641

1642 1643 1644 1645 1646 1647 1648 1649 1650 1651 1652 1653 1654 1655 1656 1657

1658 1659 1660 1661 1662 1663 1664 1665 1666 1667 1668 1669 1670 1671 1672 1673

¹ Espejo, *Ferias*, pág. 227.

² Archivo de Villa, *Contaduría*, 2-242-1, folio 77; auto del Consejo Real, copiado en el proceso a que se refiere este expediente.

³ Espejo, *Ferias*, pág. 305.

XIII

EL TRANSPORTE

Una de las cosas que más influyó en las tremendas oscilaciones de precios fué la carestía de los transportes que la sequía y las malas cosechas acarreaban. En esta época empiezan a sustituirse los carros de bueyes por los de mulas. El transporte hecho con estos animales era más caro, y estaba sometido a las oscilaciones del precio de la cebada en mayor grado que el otro; pero la falta de ganado vacuno se sintió también enormemente en este aspecto de la vida económica, y repercutió extraordinariamente en el encarecimiento de todas las cosas, especialmente en Madrid.

Klein, en *La Mesta*, utiliza una declaración, que figura en un pleito sostenido por los carreteros, para exponer las rutas del tráfico de carretas de bueyes, que constituía una verdadera trashumancia de este ganado, con lo cual salía muy barato mantenerlo, porque comían en los bordes del camino, durante los descansos, en virtud del derecho de suelta o de desyunte.

Había dos rutas principales, que partían de Toledo, donde solían pasar los inviernos: una hacia el Sur, al comenzar el mes de abril, y otra hacia el Norte. Los primeros cargaban leña y carbón en los montes de Toledo, y lo llevaban a Talavera, a los hornos de cerámica; allí cargaban probablemente tejas vidriadas, cacharros, telas, etc., que llevaban a Sevilla para exportar a América, y después cargaban sal en Andalucía, que llevaban a Coria y Plasencia. Desde allí iban a buscar la madera a los bosques de la Alcudia, para llevarla a las minas de Almadén y volver a bajar, para exportarla a las minas de oro de América.

Los del Norte, partiendo también de los montes de Toledo, traían leña y ganados a Madrid, y subían después a Segovia a cargar lana, que llevaban a Burgos, Vitoria y Bilbao, donde se exportaba a Inglaterra y Flandes. Algunos cargaban hierro en Vitoria, que llevaban a la costa para ser embarcado. Cargaban sal y descendían hacia el Sur, dejándola en Medina, Burgos, Peñaranda y las

grandes ferias de Castilla la Vieja. Klein dice que algunos llegaban hasta Ponferrada.¹ Por datos del Archivo de Madrid sabemos que algunos iban hacia Soria en el otoño, donde cargaban leña, o hacia Peñaranda y Medina a cargar vinagre, después de haber vaciado en Burgos. Venían con este cargamento a Madrid, y como esta ruta se interfería con la de la sal, cuando en los años que historiamos, con el crecimiento de la importancia comercial de Madrid, faltaron carretas suficientes para este transporte, eran frecuentes las reclamaciones de los carboneros, porque los encargados de la sal les requisaban las carretas en que tenían que traer la leña. Precisamente en marzo de 1627 hay una reclamación de este tipo. Pocos días después figura en los libros de acuerdos que los obligados al abasto de carbón manifiestan que, habiendo suplicado al Consejo Real que no podían traer el carbón porque los de la sal les quitaban las carretas, y habiendo pedido que les permitiesen a ellos a su vez embargar las carretas necesarias, se les asignaron distritos y se les dieron cédulas de embargo; pero después que les resultó muy difícil encontrar vehículos, porque se iban antes de llegar ellos y tenían que cogerlos «al paso en esta Corte», o bien fuera de los distritos asignados, se encontraron con que al llegar a Madrid, los alcaldes de Corte se los quitaron, porque decían que tenían necesidad de ellos los obligados del «brezo», del que hacían gran consumo, sobre todo, los cerrajeros y herreros. Exponen los carboneros que este transporte nunca se hizo en carros, sino con cabalgaduras menores o algún carro de mulas. (Pero ahora, con la subida enorme de la cebada, de un ciento por ciento, el transporte de mulas resultaba, naturalmente, muy caro, y de ahí la razón de que los boyeros no dieran abasto.) El Consejo Real, por cierto, no atendió su súplica, y entonces recurrieron a la Villa para que les liberase de la obligación de abastecer, y les indemnice, «porque si pasa el verano» no se podrán proveer de carbón, que ya lo tienen hecho y fabricado².

El resultado fué la subida y falta de carbón en la Villa.

Como vemos, el transporte con carros de bueyes correspondía

¹ Klein, *La Mesta*, pág. 33.

² Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folios 262, 268, 335, y *Secretaría*, 2-244-8.

a las mercancías de mucho peso y relativamente de poco valor; es decir, el transporte pesado, que con mulas salía muy caro.

Ya Valverde, Arrieta y Daza llamaron la atención sobre los inconvenientes de sustituir con mulas a los bueyes, y en las Cortes, desde muchos años atrás, se habían planteado reformas y disposiciones en este sentido, que ahora no nos interesa tratar.

Caja de Leruela expone que, aunque parezca mentira, el acarreo por bueyes, sobre ser más barato que las mulas, que según él encarecieron los transportes el triple, era más rápido, pues andaban cada día siete y ocho leguas, sacando el carretero un jornal muy alto¹. Pero la opinión de Espejo es que solían andar solamente dos leguas por jornada; a lo sumo, seis².

La razón que da Caja la transcribimos íntegra, porque es un cuadro vivo del problema: «Ya que estamos en la plática de la carretería — dice —, me parece no pasar en silencio un inconveniente muy considerable que se ha conocido de pocos años a esta parte en esta materia, y es que para sobrecargar los carros con quince y veinte arrobas de fuste de más de lo que solían llevar cada uno de Alicante, de Cartagena y de Murcia a la Corte, por la codicia, *como han subido tanto los precios de los portes* (Caja escribe en el año 1627, que nos ocupa) hacen los ejes (de los carros) cortos, porque sufran mayor peso. De esto resulta que las ruedas andan más juntas, y las cortaduras que rompen del camino, que llaman carriladas, están más estrechas, y como las dos mulas que van en el yugo (o como dicen ellos en el casco) no caben ambas entre una y otra carrilada, van forcejeando entre sí por tomar la vereda de en medio (quien conozca las caballerías sabe cómo buscan de escoger el terreno que pisan) y trabajan en esto mucho más que en llevar la carga. De esto resulta que haciendo las mulas el trabajo con una sola mano se «mancan» fácilmente, arruinando a sus dueños. Los prácticos de esto dicen en la Mancha que esta mudanza de los ejes tenía destruida la carretería y a muchos en el hospital.»³

Los precios del transporte estaban íntimamente ligados a las bruscas oscilaciones de los precios de la cebada y cereales, y sufrió-

¹ Caja de Leruela, *Restauración*, pág. 156.

² Espejo, *Ferías*, pág. 249.

³ Caja de Leruela, pág. 156.

ron también el mismo sistema de tasas y embargos, que se cumplía a rajatabla por ser muy fácil de controlar.

En 1558, una pragmática tasaba el transporte en seis maravedises por fanega de cereales y legua; después subió a ocho, y ya en 1582 se tasó en diez maravedises¹. Hacia 1591 se dispusieron embargos de carretería, y se puso la tasa a ocho maravedises². En 1600 se volvió a tasar en ocho maravedises fanega y legua, lo que prueba que habían subido; pero no se cumplió esta tasa, y el precio se normalizó en diez maravedises³. Durante la carestía del año 1627 llegó a pagarse a 14 maravedises, aunque la tasa era a diez⁴. El mayor rigor de los años sucesivos hizo que este precio se cumpliera, aunque se daba a los carreteros, a título de socorro, alguna cantidad más, sobre todo trigo o harina de la misma que transportaban⁵. En 1630 se pagaron algunos carros a 12 maravedises fanega⁶. Sin embargo, la tasa se había puesto a ocho maravedises, y hubo que disponer que se pagase a diez, como en adelante se hizo.

Lo mismo que era costumbre embargar el trigo en las épocas de escasez, se disponía el embargo o requisa de toda clase de carretas o recuas que estuviesen vacantes, «no descaminando a ningún carretero o arriero que hiciese su camino con cualquier carga». Tenemos noticia de que este sistema se aplicó el año 1591, por Felipe II, con motivo de la gran sequía que hubo, para hacer la provisión del trigo del Pósito. Después vino a convertirse en la manera normal de transportar el trigo que venía a Madrid, porque, como vemos, la dificultad de encontrar carreterías para los particulares era muy grande. Estos embargos se hacían pagando el importe por fanega y legua con arreglo al precio de tasa, como ya hemos visto, y dando el Consejo Real una comisión a un juez especial, llamado «de sacas», encargado de embargar y «conducir» el trigo a la Villa. Durante la carestía que hubo en los años 1600, 1605, 1608, y sobre todo en 1614, se empleó también el sistema⁷.

La carretería o «bagajes» (mulas, bueyes, etc.) tenía que ser pro-

¹ Espejo, *Ferías*, pág. 249.

² Archivo de Villa, *Contaduría*, 2-74-2.

³ Ut supra.

⁴ Archivo de Villa, *Contaduría*, 2-305-1.

⁵ *Ibidem*, 2-305-1, y *Libros de Acuerdos de la Junta del Pósito*, libro II, folio 10 vuelto.

⁶ *Ibidem*, *Libros de Acuerdos*, tomo XLVI, folio 154.

⁷ *Ibidem*, *Contaduría*, 2-74-2 y 2-242-1.

porcionada por los pueblos del tránsito. Durante el año 1627, con motivo del transporte de 10.000 fanegas de trigo que se compraron al marqués de Malpica y debían ser transportadas a Madrid desde Malpica y desde Valdeperas, se encontraron los encargados de conducirlo con que los arrieros y transportistas de los pueblos, que estaban obligados por una provisión del Consejo a facilitar los bagajes, decían que no los tenían. Esta provisión se imprimió, y se distribuyeron setenta y siete copias a los lugares. Los vecinos se prestaron a traer trigo si se les pagaba a 14 reales legua y fanega, y entonces los lugares obligados, para no prestar las cabalgaduras y bueyes, pagaban la diferencia de los 10 a los 14 reales¹.

También faltó en Madrid, por las mismas razones de transporte, la nieve, que en invierno se traía a los famosos «pozos» para ser utilizada en verano en los refrescos².

El mayor inconveniente de los embargos y requisas era éste: que resultaban enormemente perjudicados los particulares que tenían necesidad de las mercancías o de los carros embargados, de los que no podían disponer si no era pagándolos a un precio mucho mayor que el justo.

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folios 200 y 368.

² *Ibidem*, folio 476.

XIV

EL TRIGO Y EL SISTEMA DE EMBARGOS
Y POSTURAS

Este mismo sistema de embargos se empleó para la provisión de trigo al Pósito de la Villa; para la de carneros, e incluso para la venta de tejidos (en los años 26 y 27), pues el corregidor daba cédulas a los alguaciles para que éstos, acompañados de un comerciante, fuesen a exigir a otros la venta de las mercancías a precio de tasa. En estas órdenes de venta estaba dispuesto que figurasen la cantidad y clase de mercancías, el nombre del comprador y vendedor, e incluso el del alguacil o encargado de ejecutar la orden. En la pragmática de 13 de septiembre se establecían penas para los alguaciles que se extralimitasen en el cumplimiento de estas órdenes¹.

Sin embargo, mucho más frecuente que éstas fueron las sacas de trigo².

Ya en tiempo de Felipe II (4 de diciembre de 1591), con ocasión de la gran carestía de trigo, se cita una pragmática anterior que disponía los embargos, y se da comisión a un juez especial para hacer la saca y conducción del trigo³. Los perjudicados por esta tasa podían presentar sus reclamaciones ante el Consejo Real. Del año 1614, con ocasión de otra carestía algo mejor, se conserva en el Archivo Municipal un pleito que nos permite ver al detalle cómo se hacían estos embargos. Hay un expediente formado contra un eclesiástico de la villa de Ayllón que tenía almacenado mucho trigo y se iba deshaciendo de él para evitar que se lo embargasen para conducirlo a la Villa de Madrid⁴.

¹ Vid. en primer lugar la pragmática de 13 de septiembre de 1627 (Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-159-154) y cartas del proceso Larrumbe (Archivo de Villa, *Contaduría*, 2-242-1.)

² Hamilton se ocupa de esta clase de «sacas» en el capítulo referente al movimiento de precios de los granos, y detalla todas las épocas de escasez de cereales en que se emplearon. (*American Treasure*.)

³ Archivo de Villa, *Contaduría*, 2-74-2.

⁴ *Ibidem*, 2-242-1.

Estaban obligados a entregar su trigo a cambio del precio de tasa «qualesquier personas de qualesquier estado y calidad». Del año 27 hay otro pleito seguido contra el obispo de Sigüenza, que intentó negarse a la entrega de ganado, llegando incluso a interponer censuras contra el juez de sacas, que lo era D. Francisco de Sardineta, distinguido regidor de la Villa de Madrid¹.

Las comisiones que se daban a los jueces eran por tiempo limitado y para una región bastante amplia. A menudo se concedían prórrogas de ocho o diez días, por provisión del Consejo Real, de cuya autoridad iban investidos los jueces². Estos delegaban a su vez en escribanos públicos para hacer la «cala y cata», como se dice en los documentos; es decir, la averiguación del trigo de los particulares mediante un registro a sus domicilios y graneros, donde se veía la calidad y cantidad del trigo, obligándoles a abrir sacos y almacenes y registrando ante el escribano la cantidad que poseían.

Conservamos una instrucción del 5 de julio de 1614, dada a uno de estos escribanos³. Se establecía en primer lugar, en las comisiones dadas a los jueces, que no se podían embargar más que las cantidades de trigo sobrantes, dejando a sus propietarios para el consumo del año de su casa y criados y para pagar los diezmos.

Cuando un escribano llegaba a un pueblo, el corregidor venía obligado a ayudarle en sus funciones, y se prohibía sacar del lugar trigo alguno mientras se hacían las averiguaciones, así como vender o dar libranzas de trigo a nadie. Es decir, se bloqueaban las existencias de trigo de toda clase de personas. Si algún arriero sacare o vendiese trigo fuera del lugar, se disponía que se le «descaminase» y se le quitasen el trigo y la recua.

Por regla general, los embargos de trigo se hacían a las personas más pudientes. Generalmente, a los comendadores de las Ordenes, en la Mancha; a los nobles y a los eclesiásticos, sin excluir a la Orden de San Juan.

El trigo para la provisión de Madrid, según una comisión dada a D. Juan Alvarez en julio de 1630, se trajo de las villas de Templeque, Madrudejos, Corral de Almaguer, Campo de Criptana, Alcázar

¹ Archivo de Villa, *Contaduría*, 3-450-1.

² *Ibidem*, 2-242-1.

³ *Ibidem*, 2-36-4.

de Consuegra, El Toboso, Socuéllamos (todas ellas encomiendas de Santiago y San Juan), Villarrobleto, Daimiel, Manzanares, La Membrilla, Argamasilla, La Solana y Villanueva de los Infantes.

Mucho de este trigo procedía de las tercias (derechos de la Mesa maestral) de la Orden de Santiago, que disfrutaban los Fúcares, y figuran también en otros documentos embargos hechos al mayor-domo del marqués de Villena y otros nobles¹.

Como se ve, se hacían preferentemente los embargos sobre las propiedades de los poderosos; pero en las épocas de escasez, tratándose de embargos de carnes, no sucedía así. Frecuentemente, los pastores reclamaban ante el Consejo Real porque, o bien se les quitaban los carneros sin pagarles el precio debido (y entonces, frecuentemente, el Consejo Real mandaba se les abonase una demasía), o bien se les quitaban más carneros de los debidos. Consta documentalmente que varias veces se devolvieron carneros sobrantes a sus dueños².

En el 5 de julio de 1628, el ya citado procurador D. Cristóbal de Covalada, que hemos visto mostrarse enemigo del sistema de tasas y embargos, protestó en las Cortes de que algunos jueces enviados para sacar ganado para el abasto de la Corte eran tan rigurosos en las sacas, que dejaban totalmente desprovistos de carne los lugares.

Las Cortes atendieron estas peticiones y acordaron mandar comisionados que expusieran al presidente del Consejo de Castilla la necesidad de suprimir este sistema³.

Caja de Leruela pinta con caracteres más fuertes los abusos cometidos en la cuestión del ganado. Dice que en el año 1627 y 1628 «los jueces que se han enviado en pesquisas de carnes para la provisión de esta Corte, con absoluto poder y comisión, habiendo penetrado las dehesas del Reino y los montes bravos, no han hallado sino los borregos que habían de abastecer los años de 1629 y 1630, y por no volverse vacíos, los tomaron, y se han pesado en las carni-

¹ Archivo de Villa, *Contaduría*, Vid. infra.

² En diciembre de 1627, ante una reclamación ante el Consejo, se mandó que pagasen a 28 reales carneros comprados a 16, y otros a seis reales más; es decir, a 22 reales.

En Carnaval de 1628 se devolvieron carneros embargados a sus dueños. Son bastantes frecuentes estas indicaciones. (Archivo de Villa, *Libro de Caja de las Carnicerías de Villa*, año 1627-1628, y *Contaduría*, 2-36-4.)

³ *Actas de Cortes*, tomo XLVII, pág. 43, sesión del 5 de julio de 1628.

cerías tan flacos y en agraz, que muchos no pesaban quince libras, habiendo de pesar cuando vienen al cuchillo treinta y cuatro o cuarenta libras para sacar la costa que tienen. Y yá hubo quejas en el Consejo de algún juez que quitó los bueyes al arado y los envió a las carnicerías»¹.

No podemos saber a ciencia cierta lo que haya de verdad en todo esto. Desde luego, en el año 1625 consta documentalmente que los carneros que se pesaban eran muy flacos². En los años 1628 y 1629, en otras comarcas se vendió el ganado más barato que la tasa; pero el número de carneros comprado en cada partida era muchísimo menor, lo que prueba la dificultad de encontrar ganado, y que los embargos se hacían muchas veces sobre rebaños pocos numerosos.

Otro de los sistemas que se empleaban era el de las «posturas». Se llamaban así los precios establecidos por los regidores que tenían a su cargo el mercado. En los libros de acuerdos hay muchas solicitudes pidiendo subir las posturas, lo que nos permite conocer el estado del mercado y muchas incidencias curiosas.

En 1616, por ejemplo, los mesoneros se dirigieron a la Villa reclamando contra la «postura» hecha en los precios de la cebada, que, según las leyes, estaban autorizados a vender a los caminantes y forasteros que posasen en sus mesones. Dicen que la fanega de cebada va a razón de 16 y 17 reales, y que en veinte leguas del contorno no se halla, y que a pesar de la licencia que se dió para que los forasteros que la trajesen a vender a Madrid la pudieran vender al precio que quisieran (la tasa de la cebada era todo lo más a nueve reales), «no la hallamos a comprar y nos es fuerza ir a buscarla a 30 y 40 leguas de esta Corte». Presentaban con la solicitud varios testimonios de escribanos acreditando haber presenciado compras hechas a mayor precio de la «postura» de los regidores. Pedían también en esta misma súplica que, a su costa, «una persona de nuestra Corte vaya 20 leguas en contorno y se informe y haga diligencia del precio a como pasa la dicha cebada y la paja fuera de las 6 leguas, y si la hay para vender, y la cosecha que se espera, y constando ser así verdad, se mande que se nos haga postura equivalente, porque de otra manera es imposible poderse vender,

¹ Caja de Leruela, *Restauración*, pág. 53.

² Archivo de Villa. *Libros de Acuerdos*, tomo XL, folio 659.

y de que a los caminantes y personas que vienen a posar a esta Corte se les seguirá notable daño».

En el año anterior estaba la postura a nueve reales, y se vendía en la plaza de la Cebada a 13 y a 14; pero los regidores sólo concedieron el aumento hasta 11 reales, y al subir nuevamente el precio de la cebada, al año siguiente, los mesoneros tuvieron que presentar la súplica de que hablamos¹.

La venta de pan se hacía, bien por las panaderías que administraba la Villa, o bien por tahonas independientes, a las que, en época de escasez, el Pósito proporcionaba parte de la harina. En 1592, con ocasión de una gran escasez de trigo, Felipe II dispuso que la Villa de Madrid comprase trigo y repartiese unas 400 o 500 fanegas diarias a los tahoneros², fundando para ello una Junta, compuesta por varios consejeros del de Castilla, el corregidor y varios regidores, «para aliviar —decía— al Consejo Real, que está muy ocupado». Se concedía facultad también para hacer los embargos de trigo de que ya hemos hablado.

Como esta carga que echaba sobre la Villa, y otras muchas, que derivaban de la policía y el ornato, festejos, etc., tenía, según se dice en el documento, empeñada a la Villa de Madrid, se formó una Junta semejante para la administración de la Hacienda de la Villa, que a su vez entendería en las cuestiones de ornato y de infracciones en los precios y calidad de las mercancías³. La exposición de motivos nos da abundantes noticias sobre la causa de la escasez, que son muy parecidas a las del año que estudiamos: «... y por los daños que había padecido en la provisión del pan del Pósito, vendiéndolo a mucho menos precio de lo que costaba, comprándolo fuera de las 12 leguas alrededor de esta Villa, lo cual se había hecho con orden del mi Consejo y respecto de la gente pobre que aquí residen o que suelen venir a sus negocios, y que con esta ocasión no se encareciese toda la comarca y aún todo el reino, si se hubiera de vender a como salía, con costas de jueces que lo han ido a comprar y de los portes, que son muchos; de todos los cuales dichos censos (que ha tenido que tomar para estos fines) paga muchos réditos,

¹ Archivo de Villa, *Secretaría*, 3-405-18.

² *Ibidem*, *Contaduría*, 2-74-2.

³ *Ibidem*, *Secretaría*, 1-1-54 y 3-105-7.

y aunque con licencia del dicho mi Consejo para la paga de ellos, se haga sisa en algunos mantenimientos, no será bastante para la paga de tan grande deuda, que montará 50.000 ducados y el daño iba creciendo cada día; y habiéndose visto por experiencia que de muchos años a esta parte, en algunos tiempos del año, han sucedido y suceden grandes faltas de pan cocido, las cuales no han cesado, aunque se han procurado remedios por muchos caminos... sin excluir para ello la pérdida del pan del Pósito y las diligencias que se han procurado hacer, así por el dicho mi Consejo como por los Alcaldes de mi Casa y Corte, Corregidor y Ayuntamiento de esta Villa, de manera que muchas veces de la falta de pan han resultado revueltas y pependencias, por querer tomar lo que viene de fuera para venderse y para la provisión de casas particulares, y que con requerimiento que se suele hacer por los Alcaldes, con comisión de los del mi Consejo, en los lugares del contorno de esta villa de 10 y 15 leguas y más, para traer pan cocido a esta Corte, los dichos lugares y vecinos particulares de ellos son vejados y molestados y cada día se quejan del agravio que en éste reciben, diciendo que se les causan muchas deudas y daños, sin ser obligados a semejante carga, y asimismo sucede muy de ordinario haber falta de otros mantenimientos para el sustento de tanta gente como en esta nuestra Corte suele residir, a causa de la esterilidad de los años y faltas que hay en las personas que los traen a vender, así por los malos temporales de agua y nieves como por no tener recuas, y muchas veces por la malicia de los tratantes y regatones, los cuales también he sido informado que suelen hacer de ordinario mezclas en los mantenimientos, corrompiéndolos y dañándolos, y muchos fraudes en los precios, pesas y medidas, y quebrantando las posturas de los precios...»

Especialmente en los años 1616, 17 y 18, la carestía fué muy grande, y hubo necesidad de distribuir trigo del Pósito para los pueblos de los contornos de Madrid, y permitir la venta a qualquier precio¹.

La situación mejoró; pero pasados algunos años, la Villa de Madrid, en la carta de respuesta al cardenal Trejo, dice que ésta fué una de las causas de la subida de precios que nosotros estudiamos.

Muy curiosa para ver cómo se hacía la venta de pan, es la expo-

¹ Archivo de Villa, *Secretaria*, 2-369-3 y 2-244-20.

sición que los panaderos hicieron a la Villa, en que, después de alabar la medida tomada, que daba libertad de precios, piden que, en vista de que el corregidor no solía castigar la falta de una onza de peso en un pan de dos libras, se establezca que cuando falte este peso no se les pueda quitar el pan, ni formar causa ni condena, «porque de hacerse — dice — sólo sirve de achaque y dar lugar a que los panaderos con semejantes extorsiones vayan dejando el trato, de que suele resultar la falta de pan y daños pasados». La súplica es demasiado interesada¹.

Veamos ahora lo ocurrido en el año 1627. En el mes de marzo, aunque el año 1626 había sido de escasez, y a pesar de los temporales y de las dos malas cosechas anteriores, algunos grandes propietarios tenían trigo en abundancia, porque el año 1623 fué muy espléndido², llegando aquel año a valer en Toledo el trigo solamente a 14 reales, y en algunos sitios incluso a cuatro. El marqués de Malpica, por ejemplo, ofreció 10.000 fanegas de trigo a 16 reales. Vistas las muestras, se admitió y se firmó la compra; pero ya en el mes de abril el precio del trigo iba en aumento, y cuando fueron a hacerse cargo del trigo, se encontraron con que sólo 700 fanegas eran buenas, y las demás, de trigo viejo y lleno de gorgojo, que daría mala harina³. Como no estaba todavía pagado, exigieron al mayordomo del marqués que entregase trigo bueno, y así efectivamente se hizo⁴.

Hacia mediados de mayo se vendía el pan en Madrid a precios caros, y el presidente del Consejo de Castilla escribió a la Villa que estuviese prevenida para la falta de trigo. Sin embargo, aunque la cosecha se presentaba buena, a mediados de julio empezó en Madrid a faltar pan⁵, y se dispuso por el presidente de Castilla que se repartieran cada día 200 fanegas de harina del Pósito, a 25 reales. Cada panadero debería tener cuatro fanegas de harina en reserva, y en caso de falta, se le repondrían dos fanegas cada día⁶. La cantidad repartida, si se compara con las 400 fanegas diarias que se repartieron el año 1592, no era muy grande; pero a pesar de la buena

¹ Archivo de Villa, *Secretaría*, 2-244-20.

² *Actas de Cortes*, tomo XXXIX, pág. 250.

³ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 313.

⁴ *Ibidem*, folio 379.

⁵ *Ibidem*, folio 351.

⁶ *Ibidem*, folio 445.

cosecha, hacia julio del año 1628 la carestía iba en aumento, y sólo a fines del año 1629 los precios del trigo cedieron, como consecuencia de dos años seguidos de buenas cosechas.

La cebada, en cambio, llegó a valer más cara en este año de 1627 (se pagó a 18 reales para los machos de las carnicerías de Madrid, siendo la tasa a nueve) que en el año 1618, en que corría a 14, 16 y 18 reales¹.

La influencia de la buena cosecha que hubo en la temporada del 27 al 28^a se nota en la baja del trigo, que coincidió con la promulgación de la pragmática de 7 de agosto de 1628 derogando las tasas. Ya en julio, los labradores y ganaderos no querían pagar la harina a 28 reales, y hubo que bajarla a 26. Se dice en un documento que, por no querer la Villa bajarla más, hubo falta de pan en Madrid. Al fin se accedió a la baja, repartiéndose 400 fanegas diarias. Se dice también que hasta el 20 de enero de 1629 no hubo necesidad, y se fueron dando a 26 reales², continuando la baja hasta los primeros meses del año 1630, en que, habiéndose visto claro que venía una cosecha muy mala, empezó a subir el trigo rápidamente³.

Esta carestía del año 1630 puede estudiarse muy bien en los documentos del Archivo de Madrid, y es interesantísima, porque a través de ellos puede verse claramente en qué gran medida la sequía, los temporales y los transportes influían en la carestía.

En realidad, la producción de trigo no era suficiente, y así se dice claramente en un proyecto que los regidores elevan al Poder⁴. Haebler se ocupa de cómo los procuradores en Cortes pidieron varias veces que se prohibieran las exportaciones de trigo a América, y se importase del extranjero⁵. Hauser dice que Francia surtía a España de trigo y ganados⁶.

¹ Archivo de Villa, *Contaduría, Libro de las Carnicerías de Villa*, 2-36-4, y *Contaduría*, 3-405-18.

² *Actas de Cortes*, tomo XLVI, pág. 389; Archivo de Villa, *Contaduría*, 2-305-1.

³ En agosto alcanzó la harina los mayores precios (28 reales): «... la falta de pan va en aumento y se espera será mayor por las fiestas que vienen.» (Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIV, folio 247.)

Pero ya por esta época los pueblos del cinturón de Madrid no querían pagar la harina a este precio, y fué preciso bajarla. (Archivo de Villa, *Contaduría*, 2-305-1.)

⁴ Archivo de Villa, *Libro de Acuerdos de la Junta del Pósito*, libro II, folio 3 vuelto.

⁵ *Ibidem*, *Libros de Acuerdos*, tomo XLVI, folio 154 vuelto.

⁶ Haebler, *Prosperidad*, págs. 49 y 50.

⁷ Hauser, *La Prépondérance*, pág. 197.

En el año 1630, las importaciones fueron imposibles. Las de Italia, por la carestía del transporte¹, y las de Francia, por el hambre que azotó a este país, hasta el punto que pasaban a España bandas de franceses hambrientos². El hambre en España fué mayor que nunca.

Hacia junio empezó a preverse que la cosecha iba a ser escasa, y como la temporada anterior del 29 al 30, según se dice en el libro de acuerdos de la Junta del Pósito de Madrid, la cosecha fué mala, los regidores se propusieron tomar medidas y acaparar trigo para el Pósito³, al mismo tiempo que lo estaban haciendo las otras ciudades, y puede decirse que la nación entera. Los precios (fig. 3.^a) subieron vertiginosamente en pocos días, y el 22 de mayo se estableció una tasa de 18 reales fanega, aunque pocos días antes se había vendido a 13, y luego a 16, que era la tasa de los anteriores años de escasez. A juzgar por el precio de esta nueva tasa, la crisis se anunciaba como la del año 1591-1592.

Las actas de la sesión municipal del 28 de junio de 1630 tienen un valor inestimable. Los regidores comprendieron que debían tomar medidas extraordinarias, y acordaron elevar un memorial al Consejo Real, dispuestos a evitar que se redoblaran todos los inconvenientes y molestias de las pasadas escaseces⁴.

Aquel año consta que las lluvias torrenciales hicieron crecer al río Manzanares de tal manera, que se llevó unos molinos⁵. Al juntarse dos años de escasez, era previsible el hambre. Ahora no se trataba sólo de proveer al abastecimiento de Madrid; proponen que se haga una especie de Pósito para España entera: «Habiéndose tratado de la poca cosecha de trigo que es la de este año—dice el acta—y que, porque sobre estar apurado todo el reino y no haber ninguno en todo él, por haberse consumido y acabado, y que conviene que con todo cuidado y diligencia se trate de hacer provisión, no sólo para esta villa, sino para todas las ciudades y villas y lugares de estos reinos, con la falta que hay tan grande, en muchos lugares

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLVI, folios 154 y sigs. (Contestación del presidente del Consejo de Italia al Ayuntamiento de Madrid.)

² *Ibidem*, tomo XLVI, folio 159.

³ Vid. nota núm. 4 de la página anterior.

⁴ Vid. nota núm. 5 de la página anterior.

⁵ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLVI, folio 159. Se habla de «las grandes avenidas que hubo este año».

comen pan de cebada, que es lo que ocasionará la peste» (que efectivamente vino, no sólo en España, sino también en Francia), los regidores acordaron:

1.º Comprar 200.000 fanegas de trigo o más, si se encontraban.
2.º Suplicar que se prohíba vender el trigo a los comendadores de las Ordenes militares, y se embargue el trigo de las tercias (es decir, la tercera parte de los diezmos que corresponden al episcopado) de los arzobispados de Toledo (con la anuencia del cardenal-infante, con quien parece que contaban) y del obispo de Cuenca y otros (cuyos prelados tenían cargos en la Corte), y lo traigan a Madrid, donde se haría un Pósito general, para lo que se proponen distintos modos de financiarlo.

3.º Pedían también que se trajese trigo de otros reinos de la Monarquía (Sicilia, Cerdeña, Mallorca, Aragón), y especialmente de Andalucía, donde no había escasez (lo cual prueba que la exportación a América no era interesante), recurriendo para pagarlo a un gran empréstito, como los que se hacían para financiar las guerras: «... que si se tomare resolucion de traer trigo destos reinos... se haga asiento con los hombres de negocios, como se hace para otras ocasiones del servicio de su magestad, y ninguno puede haber de tan gran consideración e importancia como éste.»

4.º Todo el dinero sobrante de las atenciones más precisas de la Villa se aplicaría para pagar el trigo que se comprare.

5.º Que se formaran varios Pósitos a cuatro leguas de la Villa «para que no pierdan tiempo los que traen el trigo por haber sólo un Pósito y un Mayordomo». Del mismo modo, a medida que la necesidad lo requirió, se dispuso que el trigo que venía de Andalucía se juntase con el de la Mancha en los molinos de Buena Mesón, y allí mismo lo hiciesen harina y lo transportasen a Manzanares, donde se iban concentrando otras remesas de harina.

Las medidas propuestas no llegaron a realizarse en su mayor parte, salvo las que estuvo en manos de los regidores llevarlas a cabo. El rey había restablecido ya el Pósito y su Junta en las mismas condiciones en que había estado en las épocas de escasez¹ en tiempos de Felipe II y Felipe III; pero no se realizó el proyecto del

¹ Real cédula de 31 de julio de 1630. (Archivo de Villa, *Libro II de la Junta del Pósito*, folio 1, en que se copia al abrir el libro.)

Pósito general. Se establecieron las tasas y los embargos. La cebada se autorizó a nueve reales, y el trigo, a 18. Según Haebler, se permitieron importaciones en los reinos de Valencia y Cataluña¹.

En cuanto al trigo de Sicilia y Cerdeña, se hizo una consulta al Consejo de Italia, cuya contestación figura en el acta de la sesión del 24 de julio. Se dice en este importantísimo documento que la fanega de trigo de estos países, puesta en Alicante, saldría a 20 reales y medio, que reducidos a plata al 25 por 100, vendrían a ser 25 reales y medio de vellón en Alicante o Cartagena, y desde allí, pudiendo venir en carretas de bueyes, costará de porte más de 20 reales cada fanega, y si hubiese de venir en recuas o carros de mulas, costaría casi doble, sin contar los derechos de Aduanas, comisarios y expendedores. El trigo siciliano costaría a cuatro reales más.

El trigo no podría, por tanto, venir a la Corte; pero podría servir para abastecer las fronteras y los lugares de veinte leguas más adentro. En todo caso, podría llevarse a la Mancha y al reino de Murcia para suplir lo que se retirara para la Corte.

El Consejo indica que, comoquiera que hay mercaderes que se dedican en Italia a la exportación de trigo, se suplique al rey que ordene que los virreyes de Sicilia obliguen a estos mercaderes a enviar trigo a España, «dándoles todo favor y ayuda y licencias amplias, y se les permita venderlo al precio más alto que puedan, con tal que se obliguen a traerlo a España». Se recomienda que lo mismo se haga en Aragón, y se expone que en Italia ha habido buena cosecha.

Para evitar—dice la respuesta a la consulta—que muchas personas hagan granjería con estas cosas, deben enviarse a Sicilia comisionados para la compra, y que se establezcan allí de manera fija. Podrían llevar unos 25.000 ó 30.000 ducados cada uno, y más adelante se les librarían mayores créditos. Los que podrían proporcionarlos serían los tantas veces citados Octavio Centurión, Juan Lucas Palavesin (*sic*), Francisco Serra, Bartolomé Spinola y Esaú del Vago, «que, aunque derechamente no los podrían dar para Sicilia y Cerdeña, podrían hacer que desde Génova sus correspondientes los den, haciéndoles aquí la seguridad a toda satisfacción».

¹ Haebler, *Prosperidad*, pág. 63.

El Ayuntamiento, a la vista de esta respuesta, acordó suplicar al rey que mandase a los virreyes que facilitaran el envío a España de trigo; pero que no se mandara a nadie a Italia, porque este trigo salía muy caro¹.

Se dispusieron a buscar dinero por su cuenta, «pero fué muy poca la cantidad que hallaron, y se vieron obligados—dice el acta—a pedirlo a genoveses, portugueses, flamencos y franceses, y a los tribunales, monasterios, comunidades y gremios, y se han repartido los dichos señores de la Junta para hablar con las personas que lo presten a esta Villa».

Ante las dificultades de encontrar dinero, los mismos regidores se prestaron a ponerlo de su bolsillo; sin embargo, en el momento de hacer el préstamo, muchos regidores faltaron, y fué necesario obligarles a venir a la Junta.

El corregidor, D. Nuño de Múgica, abrió la suscripción prestando 1.000 ducados al contado, que se pagarían a fin de mayo del año siguiente (1631), en que calculaban que estaría vendido el trigo; los demás regidores aportaron también diversas cantidades², y al final se encontró el dinero que faltaba al 8 por 100. Se hizo también un asiento con los Fúcares, que aportaron el trigo de la Mancha, que previamente les había sido embargado³.

De Baeza, Ubeda, Jaén, Andújar y otras ciudades andaluzas se trajo trigo a 15, 16 y 18 reales fanega, y para esto, Octavio Centurión facilitó créditos en estas ciudades mediante el pago en Madrid de 30.000 ducados⁴.

Entretanto, el trigo en los alrededores de Madrid subía extraordinariamente. La Villa tuvo que hacer un préstamo a la ciudad de Toledo, y el trigo que fué necesario comprar para suplir las faltas y la pérdida por la maquila se pagaba a 28 y 30 reales fanega. La harina subió, de 25 reales que valía en marzo, a 50 hacia el mes de octubre, llegando a valer en noviembre 56 reales. Empezó entonces la baja hasta el mes de julio del año 31, y hacia el mes de mayo del año 32 vino una baja vertiginosa, porque la gran cantidad de harina

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLVI, sesión del 24 de julio de 1630.

² *Ibidem*, folio 192.

³ *Ibidem*, *Contaduría*, 2-305-1: «Con comisión de los señores del Consejo.» (22 de mayo de 1630.)

⁴ *Ibidem*, 4-322-2 y 4-484-3. (Asiento con Octavio Centurión.)

acumulada en el Pósito se estaba perdiendo, y de 45 reales que valía en mayo, llegó a venderse en junio de 1632 a 22, volviendo a subir después hasta 45 reales¹. Mientras tanto, en el año 1631 fué necesario que se pregonase en los pueblos de la jurisdicción de Madrid la orden del rey de que se guardase la tasa, porque era tanta la escasez, que nadie la respetaba².

El pan llegó a venderse en la Villa de Madrid al precio oficial de 32 maravedises³ un pan de dos libras, y se permitió la venta al precio que cada uno pudiese.

Hacia el año 35, la carestía cedió, tanto en ganado como en trigo.

Como puede verse, los niveles de precios fueron mucho mayores que durante las escaseces de 1609, 1614, 1615 ó 1617, a pesar de estar reducido el vellón a la mitad de su valor.

¹ Archivo de Villa, *Contaduría*, 2-305-1.

² *Ibidem*, *Secretaría*, 2-101-4 y 2-101-3.

³ *Ibidem*, *Libro II de la Junta del Pósito*, folio 2.

XV

LOS TEJIDOS

La razón de la escasez de las telas de vestir es un problema muy complejo, enormemente discutido por los contemporáneos, que requeriría una investigación especial, con fuentes que no poseemos, en el Archivo de Madrid; pero sí queremos decir que juzgamos equivocadas algunas ideas sobre este asunto. Haebler, por ejemplo, supone que no quedaban en España por esta época más que unas pocas fábricas de paños de lana, burdos y groseros¹. Esto es completamente falso, como prueban la misma pragmática del año 1627 y el hecho de que las prendas de vestir estuviesen relativamente muy baratas; pero es indudable que la enorme subida de la lana que se registra en el año 1627, tuvo que contribuir extraordinariamente a la carestía de las prendas de vestir. Por el proceso Larrumbe vemos que los géneros más buscados no eran los paños de lana corrientes, sino los paños muy bastos, o precisamente las sedas más caras². Especialmente escaseaba la materia prima, lo cual no es ni mucho menos un síntoma de decadencia de la industria.

Otro dato: por los precios de la pragmática vemos que las sedas francesas e italianas eran incomparablemente más caras que las españolas, y en ese sentido no es cierto que la producción extranjera hiciese, como pretende Olivares, una competencia ruinosa a la española³.

Por una lista de prendas dadas en el año 1652 a los soldados, que publica Clonard⁴, vemos que el coste de estas prendas era en este año mucho más barato que los precios de tasa del año 1627, lo cual

¹ Haebler, *Prosperidad*, pág. 135.

² Esto confirma lo dicho en otro lugar sobre la ruina de la clase media en esta época.

³ *Actas de Cortes*, tomo XXXVIII, pág. 140. (Vid. nuestro punto II sobre *dumping*.)

⁴ Conde de Clonard, *Historia de la Infantería*, citada por Deleito y Piñuela, *La España de Felipe IV* (Madrid, 1928), pág. 158. Se funda, según Deleito, en documentos del Archivo de Simancas.

parece probar: primero, que la tasa no fué muy rigurosa, y en este sentido ya hemos hablado de cómo por el proceso Larrumbe podemos ver que era relativamente fácil encontrar géneros, y que, comprados por mayor y a la tasa, los comerciantes cedían aún ventajas por debajo de la tasa, y segundo, que la industria no debió de decaer en estos años en la medida que se asegura.

La producción de seda, en cambio, debió de sufrir mucho, de un lado, por la expulsión de los moriscos¹; de otro, por los tributos que cargaban las sedas de Granada, y por último, por la tasa rigurosa que pesaba sobre esta clase de mercancías. Sabemos que varios diputados protestaron en las Cortes de que las sedas de Granada tenían un precio de tasa que no daba margen para cubrir los costes, y que se perjudicaban los criadores de gusanos².

La pragmática del 13 de septiembre nos permite comprender que la mayor parte de los géneros extranjeros de seda y lino se fabricaban en España mucho más baratos. Los centros productores de sedas eran Granada, Murcia, Valencia, Sevilla y Toledo, y los tipos de fabricación, variadísimos: damascos, tafetanes, lamas, rasos, brocateles, fallas, gorgueranes, tavíes, chamelotes, tercianelas; todas ellas en distintos colores: carmesí, floreados, nogal y predominantemente negros y pardos, que eran los que más aceptación tenían. Los pasamanos de seda, los mantos, etc., eran muy difíciles de encontrar.

En cuanto a la producción de lanas, puede decirse lo mismo: había fábricas en Segovia, Palencia, Ávila, Baeza, Soria, que producían los paños más estimados, siendo los más baratos los de Cuenca, porque las lanas eran más bastas y el pelo más corto. Se producían paños en muchas poblaciones que actualmente son pequeñas, como Alburquerque, Molina de Aragón, Brihuega, Piedrahita, Villafranca, Villacastín, Las Navas, Colmenar Viejo, Cifuentes, La Parrilla y Atazón.

¹ El señor Hamilton se ocupa de la repercusión económica de la expulsión de los moriscos, y pone de manifiesto que no se reflejó en los precios de los jornales ni en la producción agrícola; pero no se ocupa apenas de la industria. Sin duda fué muy escasa; pero no pudo ser nula. La producción de seda en esta época fué mucho menor, por un motivo o por otro. Era el artículo más buscado.

² *Actas de Cortes*, tomo XLVI, pág. 471, sesión del 7 de junio de 1628: «... que en las sedas de Granada y Murcia se pongan los precios convenientes en favor de los criadores de ellas.»

Espejo da, entre las causas de la decadencia de la industria, además de los tópicos acostumbrados, las siguientes: la falta de materia prima, los altos precios de los jornales, el exceso de tributos, la falta de libertad en las formas de producción y sobre todo (es la idea nueva que aporta) la presentación de un producto siempre idéntico, cuando es así que el gusto evoluciona y exige nuevos tipos de producción¹. Dejaremos por ahora la discusión de este asunto; pero tenemos que indicar únicamente que, dada la vida internacional de España y la riqueza extraordinaria de algunos españoles y extranjeros que negociaban en España, la demanda de tejidos de lujo extranjeros tenía que ser muy grande, sin contar con la exportación a América. Por el proceso Larrumbe y la colección de cartas contenidas en él podemos comprender la demanda enorme de sedas y tejidos de seda. ¿Es que el nivel de vida en España era muy alto?

Una de las más importantes causas de la falta de tejidos era la especulación que hacían los extranjeros, sobre todo en las lanas. En Burgos y Medina, los genoveses llevaban la iniciativa en las ferias, y según ellos actuaban los demás tratantes, que compraban o vendían al precio impuesto por los genoveses².

Según Haebler, monopolizaban principalmente el comercio de lanas, cereales, sedas y acero³.

Ya hemos hablado de la desorganización de las ferias hacia 1576, en tiempo de Felipe II, y del cambio que sufrió la forma de hacerse el comercio, a que se refiere la pragmática, y que veremos claramente en el proceso de Larrumbe. Es indudable que esto contribuyó a perturbar el comercio, por el interés del Estado en resucitar las ferias, que estaban en decadencia al progresar el sistema de comercio por mayor que se venía haciendo ya en las ciudades, sobre todo en Madrid.

También es indudable que había una base de escasez de productos, demostrada por las leyes, que desde muy antiguo prohibían las sacas (exportación) de los siguientes artículos: todo género de ganado y carnes frescas; cueros, curtidos o sin curtir; armas, sillas

¹ Espejo, *Ferías*, pág. 183.

² *Ibidem*, págs. 326 y 169.

³ Haebler, *Prosperidad*, pág. 271.

y frenos; hierro, acero y plata labrada¹. Sin embargo, en ciertas épocas no se cumplieron estas leyes. Todos estos artículos forman el núcleo principal de la pragmática de las tasas.

Los efectos de ella en el comercio fueron diversos. Según Espejo, algunas de las tasas no estaban bien hechas, y cita un reclamo de los comerciantes en la que dicen que las telas, blondas y encajes de Malinas se habían tasado sin distinguir los tipos y sin tener en cuenta que unas habían subido mucho de precio y otras de los mismos géneros valían igual².

En general, esto es exagerado, y la ley de tasas no puede estar mejor hecha ni más detallada. Además, se concedía autoridad a los Ayuntamientos para rebajar las tasas, por lo cual se pusieron bastante altas.

Las medidas del año 1627 perjudicaron sobre todo a los comerciantes extranjeros, porque al prohibirles sacar plata, no podían compensar las importaciones con las exportaciones³. Esta misma noticia nos la da Haebler, que dice claramente que el comercio de exportación era menor que el de importación⁴.

Pero el trastorno enorme que produjeron las tasas en el comercio de tejidos lo podemos ver por un proceso sumarísimo, que se conserva en el Archivo de Madrid, seguido contra Juan de Larrumbe, comprador y dependiente de Francisco Lozano, mercader de Valladolid, que vino a Madrid, apremiado por el corregidor y por el presidente de la Chancillería de aquella ciudad, para la provisión de mercancías para varias tiendas.

Francisco Lozano había estado preso por tener la tienda vacía. Hacia el mes de febrero de 1628, el dicho Lozano, su suegro, Marcos Sánchez de Aranzamendía, y Francisco Díaz, también mercader de Valladolid, se pusieron de acuerdo para mandar a Juan de Larrumbe a Toledo y Madrid para proveerse de sedas y paños bastos. Juan de Larrumbe fué primero a Toledo, provisto de dinero, créditos y letras de cambio. Se conservan unidas al proceso nueve o diez cartas que los comerciantes de Valladolid dirigieron a Larrumbe,

¹ Sempere y Guarinos, *Ob. cit.*, tomo I, pág. 34.

² Espejo, *Ferías*, pág. 184.

³ *Ibidem.* (Reclamación de los comerciantes alemanes por medio del embajador del Imperio.)

⁴ Haebler, *Prosperidad*, pág. 273.

documentos valiosísimos para comprender la situación del comercio. Una de ellas dice que Larrumbe debía sacar provisión para que pudiesen subir las mercancías que estuviesen tasadas más bajas que en Madrid. En otra, Francisco Díaz se queja de que las mercancías compradas—unas estameñas de Francia—salen muy caras, y que unos pasamanos no servían para nada, encargándole muy encarecidamente que compruebe bien que las mercancías sean legítimas, o que no compre nada, en el peor de los casos. En otra carta enviada a Toledo, en contestación a un pedido de mercancías de lana que un comerciante de esta ciudad había hecho a Marcos Sánchez, se dice que los peñascos, sayaletes y picotes que pide «no los hay en todo el lugar, por el presente, porque hay tanta falta en esta ciudad de todo como en ésa». Se dice en la misma carta que Juan de Larrumbe lleva la orden de que compre todo lo que encuentre en Toledo, y le pide a este comerciante le facilite dinero, mediante una letra, de la que se declararán deudores en Valladolid.

Habiendo recibido noticias el mercader de esta ciudad Francisco Díaz de que otro comprador de Valladolid había encontrado en Toledo pasamanos, bastoncillos y otras muchas mercaderías de Milán, ordena a Juan de Larrumbe que pase a Toledo en cuanto termine sus compras en Madrid, y que tratando de palabra, aunque ellos han recibido carta de que no lo hay, confía en que personalmente y abonando más dinero se han de encontrar. Desde Toledo seguirá a Murcia, donde buscaría seda. Le pide que procure abreviar sus diligencias, y que en cuanto a la seda de Granada, se alegra de poderla recibir. «Procura sacarlas—dice—de manera que no te lo embaracen, aunque sea de noche, y en todo se pondrá el cuidado que siempre.» Termina la carta con el consejo «conforme vieres, así hagas en todo».

Las otras cartas le encargan diversas mercancías, hábitos y pasamanos, que había de comprar «por cualquier precio donde los hallare». Sin duda, Juan de Larrumbe escribió a sus principales diciendo que en Toledo era muy difícil hacer compras, y contesta Francisco Díaz que en todo caso traiga algunas mercancías buenas, para cumplir con los amigos, y que acuda al corregidor pidiendo testimonio de que ha ido a comprar y no ha hallado mercancía. Este testimonio no valía de simple escribano, sino que tenía que solicitar del corregidor un auto mandando que los comerciantes le

diesen el género, y que al no hallarlo, lo certificase así, para evitar la responsabilidad en que incurría por no tener mercancías en la tienda.

Mientras tanto, en Madrid habían pedido ya dos provisiones al corregidor: la una, para sacar fuera de Madrid las mercancías, y la otra, para poder comprar por mayor. En el momento en que Juan de Larrumbe fué detenido, Jerónimo Díaz (otro corresponsal y hermano de Francisco Díaz) tenía sacada ya una de ellas, y la otra estaba encargada de sacarla un tal Antonio de Valladolid, comerciante de la calle de Preciados que facilitaba créditos a Larrumbe y hospedaje para su persona y las mercancías que compraba, porque era correspondiente de los mercaderes vallisoletanos. En esta misma carta, después de pedir a Larrumbe que abrevie, le dice que vale más no tener género, «porque no se puede vender en Valladolid ni un real, ni un maravedí más de lo que establece la pragmática».

Francisco Lozano, en cambio, escribe el mismo día pidiéndole que traiga algunas mercancías, con tal que no se pierda, «aunque no haga más de sacar, se saque el mismo dinero».

Le encarga varios mantos de seda y piezas del mismo tejido, negras; damascos, picotes (tejido de lana y seda) pardos y negros, así como otras mercancías. Pide también estameñas de Francia, y sargas negras. En la misma carta le envía una del obispo de Avila para el corregidor de Madrid, que Larrumbe había significado ser necesaria para obtener la licencia para sacar mercancías. En esta carta, el obispo de Avila, presidente de la Chancillería de Valladolid, pondera la falta de mercancías que hay en esta ciudad, y acredita a Juan de Larrumbe como dependiente de Francisco Lozano.

Por las Memorias y borradores de las compras hechas en Toledo y Madrid por Juan de Larrumbe, podemos observar la clase de mercancías y los precios a que se compraron. Casi todas ellas se compraron a los precios de la tasa, y algunas compradas a Antonio Enríquez, en Madrid, a precio menor. En cambio, un valenciano, cuyo nombre no figura en la declaración de Larrumbe, vendió a éste 150 libras de seda sin elaborar a 184 reales, cuando es así que en la pragmática la más cara valía a 117. Otra partida de seda negra fué vendida por el mismo en 74 reales la arroba, estando tasada a 64.

En cambio, las lanas negras compradas a Antonio Enríquez en Madrid, juntamente con otras partidas de tejidos de seda, lo fueron a menos de la tasa.

También se vendieron así cinco piezas de sarga negra imperial que se compraron a Juan de Merlo, un comerciante de Madrid, establecido en la calle de Santiago, el cual fué procesado por vender sin varear 81 piezas de estameñas negras, vendidas también a menos de la tasa.

En la declaración de Larrumbe y en las Memorias que iban a ser enviadas a sus principales, figura un Bartolomé Castellanos, establecido en Madrid, en la calle de San Ginés, que vende a los precios de tasa varias piezas de raso, tafetán y picote, exclusivamente de seda valenciana, haciéndole el 3 por 100 de rebaja en todas ellas.

Un mercader de lonja, Setimio Greco, le vende noventa piezas de chamelote de lana y cincuenta de chamelote de seda, procedentes de Italia, así como cien varas de raso dorado, todo ello a precio moderado y haciéndole el 5 y el 6 por 100 de descuento.

El día 1 de marzo, siendo día de fiesta, como se dice en los autos, Juan de Larrumbe fué a casa de Juan de Merlo, que solía tener mercancías de las fábricas de Toledo, y le compró, con la puerta abierta —ex profeso, sin duda—, unas piezas de sarga negra «imperial» y de «estameñas de Francia» (no comprendemos bien por qué Juan de Larrumbe no recató su mercadería), y tomando un esportillero, lo cargó con ella, sin tajarla, y se encaminó a la casa de Antonio de Valladolid, donde tenía las otras compradas, que, como ya hemos dicho, estaba en la calle de Preciados. Al pasar por la calle Mayor, en pleno día, lo encontró un alguacil, que lo detuvo. Llevado a presencia del teniente de corregidor, le encontraron en los bolsillos las cartas y papeles que figuran en el proceso. Larrumbe declaró la verdad, según puede comprobarse por la Memoria de las mercancías compradas. Juan de Merlo fué también detenido y sus libros examinados, y a pesar de ser comprobada la veracidad de sus declaraciones, el alguacil le acusó de haber vendido la sarga imperial a 19 reales, y comoquiera que esta clase de tejidos no venía tasada en la pragmática de manera distinta y clara, fueron condenados el dicho Juan de Merlo y Juan de Larrumbe por sacar de Madrid géneros ocultamente y por contravenir un auto del Consejo, de 16 de julio

de 1626, que prohibía comprar o vender mercancías por mayor para sacar fuera de Madrid.

Una vez que hubieron abonado la multa que la pragmática les imponía, fueron puestos en libertad, cobrando el juez, el alguacil denunciante, la Cámara Real y la Diputación para el Consumo de la Moneda de Vellón la cuarta parte de la condena cada uno. Al margen de la sentencia figuran los recibos firmados de los representantes de las cuatro partes¹.

¹ Archivo de Villa, *Contaduría*, 2-242-1.

CONCLUSION

En conclusión, se ve bien claro de todo lo expuesto que los períodos de sequía y de escasez producían un enorme quebranto en la economía, que es difícil hoy de imaginar y que paulatinamente iban elevando el coste de la vida, a pesar de que las importaciones de plata de América iban descendiendo. La moneda de vellón, aunque introdujo el desorden en los precios, no fué causa proporcionada a la carestía, y las medidas que se tomaron para revalorizar la moneda y contrarrestar sus efectos, fueron perjudiciales, porque le quitaron el crédito y sembraron la desconfianza entre las gentes y el desorden en los precios. La necesidad de controlar la Banca y regularizar los pagos del Estado es algo que, después de la fundación del Banco de España, no podemos ya imaginar y que viene a demostrar en qué medida Olivares se dió cuenta del problema, adelantándose en esto, como en otras muchas cosas, a sus contemporáneos. Los documentos reales demuestran una preocupación y un conocimiento por los problemas de aquel entonces, sencillamente grande y meritorio; pero ni en la cuestión financiera ni en la dirección de la producción económica el Estado podía tener entonces la influencia y los medios suficientes.

La Administración en general era muy deficiente, y no estuvo a la altura de las circunstancias. Aunque muchas de las Juntas creadas para resolver determinados problemas estaban llenas de buena intención, sobre los hombres que gobernaban pesaba tal cantidad de cargos y cometidos, que no podían atenderlos de manera satisfactoria, y tanto las deliberaciones de las Cortes como las de las Juntas, fueron en general entorpecedoras. En el Ayuntamiento de Madrid hay una súplica, dirigida al cardenal Trejo, en que se pide que cuando él y otros presidentes de los Consejos no puedan asistir a la Junta para la Administración de la Hacienda de Madrid, puedan tomar los acuerdos el corregidor y los consejeros que asistieran, porque la Junta no se reúne «todas las veces que se necesita»¹.

¹ Archivo de Villa, *Libros de Acuerdos*, tomo XLIII, folio 454.

Este sistema de Juntas y de dilaciones fué uno de los males que venía padeciendo España desde tiempo de Felipe II, y al continuarla, los reyes posteriores sólo son responsables en el sentido de no haber sabido modernizar la Administración con arreglo a las necesidades del momento. También la «decadencia» económica arranca, como hemos visto, de este reinado.

En esto, como en tantas otras cosas, el Gobierno español en estas épocas sólo representaba una serie de tanteos económicos y administrativos de los que no estuvieron libres los otros países, y que forman interesantes ensayos de la modernización del Poder.

FERNANDO URGORRI CASADO.



Ayuntamiento de Madrid
El doctor Cristóbal Pérez de Herrera a los cincuenta y seis años de edad

LOS FORJADORES DE LA GRANDEZA DE MADRID

EL DOCTOR CRISTOBAL PEREZ
DE HERRERA

Contra la propaganda, ya jovial, ya mal intencionada, de muchos detractores frívolos, inconscientes o maliciosos, y hasta interesados en la difamación, o por lo menos en el desprecio, es necesario afirmar que esta Villa de Madrid nunca ha dejado de tener cierta importancia, muy digna de ser tenida en cuenta por los investigadores de la historia de las sociedades humanas de todas clases, con sus instituciones básicas y aun especiales y pintorescas.

Ninguna de las agrupaciones políticas, grandes o pequeñas, nacionales o locales, pudo jamás establecerse sólidamente, y menos aun subsistir por largo tiempo, sin tener una razón natural suficiente, y según este principio, aplicado a la población madrileña, que desde ahora y por mucho tiempo va a ocupar nuestra atención, eso ocurre aquí, ya que los resonantes descubrimientos arqueológicos hechos junto al Manzanares comprobaron la importancia de la primitiva civilización existente en esta localidad a partir de la misma edad de piedra, por lo cual preciso es inferir que sus primitivos pobladores alguna razón poderosa tendrían para establecerse aquí, como la tendrían sus sucesores para permanecer en las citadas márgenes o para volver a ellas, no obstante los numerosos, terribles y extensos movimientos migratorios humanos de que necesariamente ha tenido que ser testigo y víctima la referida comarca.

No se han realizado aún los estudios necesarios, ni se han logrado los descubrimientos convenientes, para el total esclarecimiento de largos periodos de la vida matritense, existiendo grandes lagunas, difíciles de llenar en el estado actual de las ciencias históricas; pues ¿qué es lo que hoy se conoce de lo primitivo carpetano, y aun de lo mismo romano, de lo visigodo y de lo árabe de la famosa Villa? Muy poco, ciertamente; y sin embargo, más avanzada ya la Edad Media, no es Madrid una aldea insignificante, como rutinariamente se afirma, sino una población más o menos pujante, que tiene bien justificada su propia existencia, ininterrumpida en el espacio de muchos siglos, manifestándose cada vez más próspera, hasta aparecer concierto brillo en los siglos xiv y xv. De este lento, pero incontenible desarrollo, existen pruebas claras en numerosos y preciosos documentos, no exprimidos todavía lo bastante para su mejor completo aprovechamiento.

Nada tendríamos que añadir a estos hechos, que no tuviéramos que aplicar también a otras muchas poblaciones españolas: importancia de sus instituciones municipales y fundaciones especiales de cualquier clase, reflejadas claramente en sus ordenanzas primitivas y posteriores; es decir, sus justicias y su hacienda, sus magistraturas y sus parroquias; en pocas palabras: la población en marcha, con todo lo referente al orden, a los abastos y a las necesidades sanitarias y sociales de la misma, como también a los centros religiosos y gremiales, benéficos y culturales, etc. Todo el tesoro documental y todas las fuentes que se refieran a todo lo anteriormente dicho deben recogerse con inteligencia, pues es fácil comprender que habrá habido alguna dispersión de las mismas, no por involuntaria menos lamentable. A dicha tarea recuperadora y ordenadora habrá de dedicarse en lo sucesivo alguna atención más positiva, inmediata y hasta urgente.

Esta doctrina es, naturalmente, aplicable a toda ciudad o villa importante, como antes ya se ha insinuado; pero cambian lógicamente las cosas al mudarse profundamente el carácter y la fisonomía de una población determinada, es decir, al pasar de ser una capital de provincia o comarca al rango de capital nacional, incontrovertible y definitiva, con repercusiones trascendentales, convirtiéndose en cerebro y corazón de un buen grupo de naciones, cual madre fecunda que las hizo venir al mundo de la civilización cristia-

na y de la más elevada cultura. Una población de esta clase debe tener siempre, en lo interior, una fuerte acción asimiladora de los diversos elementos regionales, y en lo exterior, un racional y hábil poder de integración a lo universal, sin merma de las propias virtudes ni renuncia de sus especiales cualidades, pudiendo influir así ella sobre los demás habitantes nacionales y aun sobre los simples huéspedes y extranjeros.

Otras ciudades españolas podrán regatear importancia y buenas condiciones metropolitanas a esta señorial Villa de Madrid, adjudicándose ellas, aun ahora, mayores riquezas naturales, mejor situación geográfica, etc.; pero nadie se atreverá a negarle excepcional simpatía, distinción elegante, viveza de espíritu, señorío innato y muy generalizada cultura, con otras muchas raras cualidades, muy estimables y necesarias para desempeñar airoosamente el papel histórico que Dios tuvo a bien señalarle, y muy difíciles de hallar juntas armónicamente en cualquier parte. Admiramos nosotros a otras varias importantísimas poblaciones, cuyos nombres todo el mundo adivina, por su nobleza y lustre innegables; pero en estas magníficas prendas locales y personales, como en las buenas cualidades anteriormente apuntadas, no cede Madrid el puesto privilegiado a ninguna de ellas, ni de dentro ni de fuera del territorio nacional.

El establecimiento definitivo de la Corte en este céntrico solar determinó una transformación profunda del viejo Madrid en lo monumental, y más aun en lo espiritual, teniendo todo esto su fundamento sólido en sus condiciones favorables, preexistentes y reales, que alguien había de hacer valer; sin esta intervención inteligente, tenaz, previsor y casi profética, el destino de Madrid habría sido muy distinto del que ahora afortunadamente tiene y del que conocerán luego los venideros, y habría sido quizá muy diferente también la intervención de España en la historia del mundo, sin que pueda decirse que esta influencia haya terminado todavía, pues tenemos en nuestro país muchas reservas de altos valores materiales, y sobre todo espirituales, que algún día han de tener perfecto aprovechamiento.

Principal forjador de las grandezas ciertas y previsibles de este señorial Madrid fué un salmantino insigne, el doctor Cristóbal Pérez de Herrera, prestigioso médico de los reyes Felipe II y Felipe III, como también de las Cortes españolas y de la coronada Villa, polí-

grafo nada vulgar, filántropo atenido a las más puras leyes y doctrinas del cristianismo, sociólogo eminente, observador sagaz y penetrante, experto, activísimo y bien intencionado.

Como principio de mi modesta colaboración en esta prestigiosa REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid, quiero presentar a los estudiosos, tanto locales como extraños, esta colosal figura, aunque trazada solamente a grandes rasgos, tomados de sus propias obras de todas clases, ya que por ellas se conoce bien a cada hombre, del mismo modo que al conocimiento de cada árbol se llega por los frutos que produce.

La diversidad de actividades del grande y poco conocido personaje no contribuirá a desdibujar su sobresaliente y *polifacética* figura, sino que, contrariamente, servirá para presentarla en vigoroso boceto, susceptible de ulteriores inspiraciones, perfeccionamientos y ampliaciones, que nadie duda han de surgir, no tardando el tiempo, respecto a ese olvidado gran salmantino, de cuya naturaleza originaria siempre se enorgullece, español magnífico y madrileño esclarecido por afecto sincero y elección propia, no hallando yo por ahora las razones en que se funda el olvido en que le ha sepultado esta simpática Villa de Madrid, tan pródiga en dedicar monumentos, calles y plazas a mediocres personajillos que muy poco o nada notable hicieron por ella, tan oscuros además, que para saber algo acerca de ellos hay que recurrir frecuentemente a diccionarios enciclopédicos o a periódicos y a guías y almanaques de los tiempos mejores de tales agraciados.

Antes de pasar adelante, y como inciso aclaratorio previo, quiero hacer constar aquí que los materiales para este trabajo inicial de colaboración mía, y después para otros subsiguientes, no están tomados precisamente del espléndido Archivo y de la rica Biblioteca y Hemeroteca Municipales, pues fuera de estos Centros, tan importantes y bien organizados, como todos saben, existe documentación y bibliografía abundantes, es decir, un verdadero tesoro de fuentes para la historia completa de Madrid, política y administrativa, económica y social, literaria y artística, seria y espectacular, etc., difícil de utilizar convenientemente, y aun de conocer ni aun siquiera a medias, por razón de su propia dispersión.

Este mismo trabajo mío, modesto bosquejo biográfico del doctor Cristóbal Pérez de Herrera, fundamentado en esa diversidad de

fuentes, me ha ofrecido ocasión propicia para iniciar la necesaria labor de recogida, selección y publicación urgente de esos materiales históricos que, esperando una mano acariciadora, se hallan bien conservados en lugares tan insignes como son la Biblioteca Nacional y el Archivo Histórico Nacional, el Archivo del Ministerio de Hacienda y el del Real Palacio, el General de Protocolos, el del Consejo General de la Gobernación del Arzobispado de Toledo, los de las parroquias madrileñas, etc. Si a los lectores y favorecedores de esta REVISTA interesara dicha publicación, no tardarían en comenzar las operaciones previas, aun a sabiendas de que lo conseguido en los primeros esfuerzos realizados no sería tan grande como la ambición del investigador, ni tan perfecto como la materia lo merece y la cultura de los estudiosos lectores lo exige.

Muy variadas facetas presenta la vida de nuestro doctor, expuestas, afortunadamente, por él mismo en la enumeración ordenada y objetiva de sus propios méritos a la autoridad real para la consecución de la justa recompensa debida a ellos. El patriota, el facultativo de la Medicina, el filántropo, el sociólogo, el político, el arbitrista, el erudito, el hablista y el madrileñista insigne merece ser estudiado honradamente en presencia de sus cuarenta publicaciones, de sus autógrafos y de muchos valiosos documentos. Interesa esa gran figura a nuestra Marina de guerra, a la Sanidad militar, a las instituciones de previsión social, a las de beneficencia, a los cultivadores de las ciencias morales y políticas, a los especialistas de historia de la Medicina, a los versados en las disciplinas del lenguaje, a todos los cuales pueden ofrecerse sus escritos—para el conocimiento de su formación científica y hechos concretos suyos—para formar el juicio debido sobre su ejemplar conducta. Navegó y peleó intensamente, curó en mar y en tierra, retribuido y también gratuitamente; fundó aquí hospitales y refugios, defendiendo científicamente la necesidad y la conveniencia de tales instituciones contra las objeciones de algunos sabios de su tiempo. Con muchos de éstos hubo de alternar y discutir, no sólo de palabra, sino también por escrito, principalmente sobre medicina, y siendo además muy versado en bellas letras, colaboró con los buenos escritores del Siglo de Oro, habiendo dejado pruebas estimables de ello en los preliminares de libros conocidos, del mismo modo que otros autores le dedicaron a él alabanzas en sus publicaciones, según costumbre de aquellos tiempos.

Sobre alguno de estos aspectos daré a continuación solamente ligeras noticias bibliográficas, pues me propongo no desflorar atrevida y neciamente temas tan interesantes, que bien merecen investigaciones mejor hechas, de lo que él da buen ejemplo, probando documentalmentemente cuanto afirma de sí en la relación de sus propios méritos. Solamente lo que se refiere a la grandeza de Madrid será tratado ahora con un poco más de atención y de cariño.

En el año de 1613 creyó ya llegada la oportunidad de pedir, según la costumbre de entonces, la recompensa debida en justicia a sus muchos y señalados servicios, dirigiendo al rey Don Felipe III un respetuoso, razonado y bien documentado memorial, con el título de «Relación de los muchos y particulares servicios que por espacio de treinta y seis años el Dr. Cristobal Pérez de Herrera, Médico del Rey N. S. y del Reino, ha hecho a la Magestad del Rey D. Felipe III N. S., que Dios nos guarde muchos años».

En síntesis, he aquí sus méritos y su actuación variadísima: nacido en Salamanca hacia el año 1558, estudió Medicina en la Universidad de Alcalá, al lado de ilustres doctores de esta Facultad, doctorándose muy joven en la de su ciudad natal. Ya graduado, y previo satisfactorio examen, fué llamado a Madrid, en el año 1577, por el protomédico doctor Olivares, para que le ayudase a examinar médicos, cirujanos y demás personas relacionadas con la profesión de curar. Aquí, durante su estancia por espacio de tres años, ejerció la noble profesión y curó gratuitamente a personas modestas, entre ellas a los criados de la Casa de Campo, y desempeñó además una misión de no poca confianza, cual era la de buscar buenas amas de leche para el rey y para sus hermanos, cuya designación hace suponer conocimientos nada vulgares en la especialidad médica llamada hoy puericultura.

En el año 1580 fué nombrado *protomédico de las galeras de España*, en cuyo destino prestó preciosos servicios, documentalmentemente bien probados, tanto embarcado a las órdenes de D. Alvaro de Bazán, habiendo recibido heridas con motivo de combates navales, como en bases navales, en las que fundó y atendió hospitales para heridos y enfermos, v. gr., en Punta Delgada. De estas operaciones y combates, verificados en aguas de las Azores, de San Miguel y de la isla Tercera, volvió nuestra flota a Cádiz, llevando a bordo no pocos heridos y enfermos, que hubieron de ser alojados y atendidos

convenientemente en dicha ciudad; a esa labor de instalación, hasta en muchas casas particulares, y a su curación solicita atendió Pérez de Herrera, y lo mismo hizo gratuitamente el año 1585 en Gibraltar con las tropas del tercio que Puñonrostro tenía descansando en dicha plaza después de tres años de azarosa navegación.

De muy grave peligro salvó también por entonces a nuestra irredenta plaza: allí se conservaban mil doscientos quintales de pólvora, y conocedores los moros corsarios de la existencia de este depósito, se dispusieron a provocar su explosión, impidiéndolo la perspicacia de este insigne protomédico de nuestras galeras. También había descubierto en Barcelona una conjura que por su aviso oportuno pudo deshacerse.

Quiero pasar por alto su señalado valor personal, demostrado en esta etapa interesante de su vida; pero su actuación profesional, su misión especial, la propia de un celoso y competente médico militar, se completó atendiendo vigilante a la higiene y limpieza de las embarcaciones, y sobre todo al mejor trato del personal, al vestido y a la alimentación sana y suficiente de la chusma; todo sin perjuicio de la administración más honrada.

Llamado a Madrid por el doctor Francisco Valles, el Divino, protomédico de Su Majestad, ilustre catedrático de Alcalá y honra de la Medicina española, vino a Madrid el año 1592, y desde ahora lo tenemos incorporado a la vida matritense con mayor interés y entusiasmo que el más amante de sus hijos. A España y a la Villa sirvió durante varios años siguientes en muchas cosas de importancia, sobre las cuales escribió e imprimió varios discursos, como el *Amparo de pobres y reducción de vagabundos*, sobre el *Real Hospital General de Madrid* y sobre otras materias profesionales y no profesionales, gastando en impresiones y encuadernaciones algunos miles de ducados.

En Madrid se había desarrollado la peste, sobre la cual se discutió en juntas de médicos y se hicieron publicaciones, entre ellas las del doctor Cristóbal Pérez de Herrera, que no estaba conforme con el modo de combatirla de la generalidad de los facultativos más famosos de la Corte; sabido es que esta peste o contagio era de bubones, en cuya curación intervino él con notable éxito, pues salvó a todos los que había tratado, con la excepción de un solo caso.

Cuando la Corte se trasladó a Valladolid, allí hubo de trasladarse también nuestro doctor, por ser médico de Felipe III, no habiendo dejado de actuar intensamente en su profesión, v. gr., en la curación de los presos de aquella cárcel, sin dejar de la mano los libros, es decir, el estudio y las publicaciones, tales como la *Defensa de los niños* y el *Elogio del rey D. Felipe II*.

Durante su estancia en aquella capital castellana, a principios del año 1605, presentó al Consejo de Estado un memorial sobre sus servicios en mar y en tierra por espacio de veintiocho años, pidiendo recompensa, puesto que había realizado hechos con riesgo de su vida y derramamiento de su sangre y con merma de su hacienda. El documento expresado mereció ser atendido y tiene un valor histórico extraordinario, como la mayor parte de las certificaciones y demás papeles comprobatorios que en él se citan.

Vuelto con la Corte a Madrid, aun le quedaron unos quince años para trabajar intensamente en favor de España, y especialmente en favor de Madrid, su capital predilecta y definitiva, según se desprenderá de sus alegaciones y escritos, que en parte voy a describir muy pronto, es decir, casi ahora mismo. Sabido es que murió en junio de 1620, aproximadamente a los sesenta y dos años, que nadie, con razón, puede llamar edad provecta. Pues bien; posteriormente al año 1605 se ocupó en cosas de gran consideración, muchas de ellas tocantes a la comodidad y grandeza de su querido Madrid, entre las que citaré la fundación o establecimiento de tres carnicerías reguladoras, muy útiles a la población o vecindario; la acertada ejecución del libro cuarto del *Amparo de pobres y reducción de vagabundos*, es decir, la reclusión y castigo de las delincuentes en el establecimiento que impropriamente llamaban *galeras*, que de hacerse bien, como se comenzó y se espera que siga, es un buen remedio social, no metiendo en esta casa, ni en otras de clase parecida, sino mujeres tan delincuentes y bajas como son los hombres que se echan a galeras, evitando el afrentarlas, porque solamente debían proponerse enmendarlas y hacerlas buenas cristianas, redimiendo ellas con su buena conducta y trabajo útil las penas en que habían incurrido.

También fundó la casa hospicio para los niños desamparados, cuyo buen funcionamiento él reglamentó con acertada previsión; mas tanto esta institución benéficosocial como la anterior, muy cos-

tosas para ponerlas en marcha, requerían no pequeños dispendios si habían de perdurar, discurriendo la manera de arbitrar los recursos necesarios para estas magníficas obras, a la vez pías, sociales y justamente amparadoras. Logró Pérez de Herrera que el Consejo de Castilla decretase un impuesto de dos maravedís en las entradas a las comedias para estos fines.

También le preocupó el problema social laboral, sobre todo el trastorno que había seguido a la expulsión de los moriscos, acerca de la cual él había informado al rey con manifiesta claridad afirmativa, como mal menor, no obstante su previsión del vacío económico que había de producir esta radical medida política, mal que él quiere afanosamente curar y para cuya curación propone los medios que cree adecuados.

Entretanto, sirve en el ejercicio de su profesión de médico y publica muchas cosas que el lector deseará conocer. Son, desde hace mucho tiempo, publicaciones raras, es decir, difíciles de encontrar, y por tanto, de extraordinario valor bibliográfico y hasta material. Lo mismo respecto a Medicina que respecto a otras materias, me contentaré ahora con enumerar solamente algunos de sus escritos que merecen ser estudiados detenidamente por los especializados en cada asunto; a los puntos de mi pluma vienen los nombres de ciertos insignes doctores actuales que, si se decidieran, lo harían maravillosamente, interpretando aquellas doctrinas médicas y relacionándolas con las presentes. Callo estos nombres porque están en la mente de todos, y recuerdo los títulos de algunas de estas publicaciones, escritas en latín, según costumbre de aquellos tiempos, aunque alguna la vertió al castellano el mismo autor, que también dominaba de una manera absoluta, aun aplicándolo a esta ciencia.

«*Dubitaciones ad maligni popularisque morbi, qui nunc in tota fere Hispania grassatur; exactam medellam Sapientissimis a Regis cubiculo, eisdem Protomedicis generalibus propositae a Doctore Christophoro Perez a Herrera apud tiremes Hispaniarum Prothomedico Regio. Madriti, Anno Domini 1599.*» Portada, más 7 hojas numeradas, en 4.º

«Jesús, María, Joseph. Quinquagena II. *Alia viginti dubia practica et theorica in totius Artis Apollineae notatu digna theoremata cum aliis triginta ex eis collectis et exortis.* Autore Doctore Chisto-

phoro Perez de Herrera Salmanticensi, Regiae domus et Regni Medico, et apud Hispahiarum triremes Protomedico Regio. Philippo Regis III potentissimi et Catholici Archiatri meritissimis, doctissimisque ipsius salutis Consiliariis. 11 hojas numeradas, en 4.*

«*Clypeus puerorum Sive de eorum curatione inmutanda, necnon valetudine tuenda, animadversiones aliquot.* Ad Professores Artis Medicae. A Doctore Christophoro Perez de Herrera Salmanticensi apud Hispaniorum Trirremes olim Regio Prothomedico, nunc vero eiusdem Regis & Regni Medico. Cum Licentia Pintiae, ex officina Ludovici Sanchez, anno 1604.» 48 hojas numeradas, en 8.º, 14,5 cms.

«*Defensa de las criaturas de tierna edad, y algunas dudas y advertencias cerca de la curación y conservación de la salud.* A los Profesores de la Facultad de Medicina. Dirigida a los Cavalleros Procuradores de Cortes destos Reynos. Por el Doctor Cristóbal Pérez de Herrera, Médico del Rey Nuestro Señor y su protomédico de las galeras de España y Médico del Reyno. Traduzido por el mesmo Autor de otro que escrivio en lengua latina. Con licencia en Valladolid por Luis Sánchez, año 1604.» 54 hojas numeradas, más una hoja de erratas y otra de colofón. 8.º, 14,5 cms.

«*Compendium totius Medicinae ad tyrones, eis magna distinctione, & claritate modum discendi, & provectoribus reminescendi insinuans in tres libros divisum, ex veterum, ac neotericorum auctoritatibus, & monumentis, prout compendiosa, & brevis materia exposcit, acutissime elaboratum.* Primus tomus. Ad Catholicum, et Potentissimum Philippum III. Hispaniarum & Indiarum Regem invictissimum. Authore Doctore Christoforo Perez de Herrera Salmanticensi, apud Trirremes Hispaniae Protomedico, domus Regiae, & Regni Medico. Anno (escudo de armas reales de España) 1614. Cum Privilegio. Matriti, apud Ludovicum Sanctium Typographum Regium». 24 hojas preliminares, sin numerar, más 255 folios, más una hoja de colofón.

«*Brevis et compendiosus Tractatus de essentia, causis, notis, praesagio, curatione, et praecautione faucium et gutturis anginosorum ulcerum morbi suffocantis, «Garrotillo» Hispanie appellati, Cum*

quibusdam conclusionibus maximi momenti ex ipsius curationis medula decerptis, circa exactiorem cognitionem et medelam huius periculosissimi affectus... Authore Doctore Christophoro Perez de Herrera salmanticensi medico regio et Regni, apud Hispaniarum trirremes protomedico. Anno (escudo de armas reales de España) 1615. Cum privilegio. Madriti apud Ludovicum Sanctium Typographum Regium». En 4.º, 12 hojas sin foliar, más 60 folios.

Fácilmente comprenderán los lectores que estarán redactados en buen romance castellano todos sus demás escritos, impresos u originales, que versan sobre puntos muy variados, sociales y económicos, morales y políticos, etc., que apenas nadie conoce directamente, sino a través de referencias de segunda y tercera mano, aunque es más interesante su contenido que su rareza y curiosidades, pues tienen planteados problemas todavía no resueltos, con insinuación de algunos remedios.

Aunque con cierto desorden expositivo, relacionamos a continuación algunos de estos bellos y curiosos partos de aquel admirable ingenio:

«*Discurso del Doctor Christoval Pérez de Herrera, Protomedico de las galeras de España por el Rey Nuestro Señor, residente en su Corte. A la Católica y Real Magestad del Rey D. Felipe, señor nuestro, suplicándole se sirva de que los pobres de Dios mendigantes verdaderos destos sus reynos se amparen y socorran, y los fingidos se reduzgan y reformen.* (Escudo de armas reales.) En Madrid, por Luis Sánchez. Año 1595.» En 4.º Al fin, «*Impresso con licencia de los Sres. del Consejo Real.*» 24 hojas numeradas.

«*Discurso del amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos: y de la fundación y principio de los Albergues destos Reynos y amparo de la milicia dellos.* Por el Doctor Christoval Pérez de Herrera. Madrid, Luis Sánchez, 1598». 8 hojas, más 180 folios, más una hoja. Con retrato del autor y grabados.

«*Discurso del modo que parece se podría tener en la execución para el fundamento, conservacion y perpetuidad de los albergues, y lo demas necesario al amparo de los verdaderos pobres y refor-*

macion y castigo de los vagabundos destos Reynos. Por el Doctor Christoval Perez de Herrera, Protomedico de las galeras de España por Su Magestad. • 11 hojas numeradas, en 4.^o

«*Epílogo y suma de los discursos que escribio del amparo y reduccion de los pobres mendigantes y los demas destos Reynos y de la fundacion de los albergues y casas de reclusion y galera para las mujeres vagabundas y delincuentes dellos, con lo acordado cerca desto por la Magestad Catolica del Rey D. Felipe II: N. S. que esta en gloria y su Consejo Supremo.* Con acuerdo y orden del Reyno, en Madrid, por Luis Sanchez, año de 1608.»

«*Discurso de la reclusion y castigo de las mujeres vagabundas y delincuentes destos Reynos,* por el Doctor Christoval Perez de Herrera, Protomedico de las galeras de España, por Su Magestad, residente en su Corte. • 8 hojas numeradas, en 4.^o

«*Al Catolico y poderosísimo Rey de las Españas y nuevo Mundo y de otros muchos grandes Reynos y señorios don Felipe III, N. S. En razon de muchas cosas tocantes al bien, prosperidad, riqueza y fertilidad destos Reynos y restauración de la gente que se ha echado dellos.* El Doctor Christoval Perez de Herrera medico de Su Magestad y del Reyno. • 31 hojas numeradas, en 4.^o

«*Respuestas del Doctor Don Christoval Perez de Herrera protomedico de las galeras de España por el Rey N. S., a las objeciones y dudas que se le han opuesto al discurso que escribio a Su Magestad... de la reduccion y amparo de los pobres.* • 14 hojas numeradas, en 4.^o

Para mi propósito, fácil de deducir del encabezamiento mismo de este trabajito, me bastará con llamar la atención sobre estos escritos siguientes, redactados con entusiasmo, observación y exposición de la realidad, veracidad y visión clara del porvenir grandioso reservado a la capital de España en lo futuro, en tal grado que hoy mismo hay planteados problemas aquí que Pérez de Herrera ya presentó con notabilísimo acierto, y hasta logró realizar en no pequeña parte: la sanidad, higiene y limpieza material de Madrid, la

limpieza moral, la palabra culta, lo social del trabajo, el ornato, la economía, la vivienda, los abastos, etc., aparecen expuestos en sus diversos escritos, y acerca de cada uno de los cuales puntos tengo la seguridad de que podrían hallarse los datos precisos para escribir sendos tratados especiales.

Bien sabido es que en la vida completa de nuestras poblaciones ha ejercido la Iglesia una influencia preponderante y hasta decisiva. La importantísima y popular institución de la Juradería tuvo siempre por centro de giro las *colaciones o parroquias*. Aquí en Madrid existieron varias de éstas ya en la Edad Media, y aumentaron en los siglos sucesivos, siendo esta capital además centro de reuniones de autoridades e instituciones eclesiásticas nacionales, cuyos nombres, importancia y funcionamiento quiero omitir ahora en gracia a la brevedad; mas Pérez de Herrera, que estaba interesado en consolidar la capitalidad y la grandeza de esta nuestra Villa, porque es nuestra villa y la villa de todos y para todos, veía claramente la necesidad de convertirla en sede episcopal, con su iglesia catedral correspondiente, que da a las poblaciones que la tienen preeminencia y grandeza innegables. A esta conveniencia matritense quiso acudir el prestigioso e influyente doctor, en comprobación de lo cual transcribo literalmente el siguiente documento original, custodiado en la Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos:

«SOBRE HAVER IGLESIA COLLEGIAL EN MADRID

Ilustrissimo señor.

Por seguir mi inclinación natural y el deseo que tengo de acudir a las cosas que tocaren al servicio de Dios nuestro señor y de su Magestad y bien publico y particularmente al de esta villa y al ornato y autoridad de ella y por haber escrito muchos años ha al Rey nuestro señor que está en el cielo un discurso impreso en razon de esto en el cual entre otras cosas que propuse a su Magestad fue suplicarle se sirviese de que en ella se fundase una Iglesia Cathedral o Collegial haciendola de una suerte o de otra comunicable con la Santa Iglesia de Toledo y otras calidades que más largamente se contienen en el dicho discurso proponiendo medios para su fabrica y renta de los prebendados y lo demás necesario para su grandeza

y agora viendo quan adelante va la de los edificios y ornato de esta gran población que es y a de ser asiento y morada de la Monarchia de un tan poderosso y gran Rey me ha parecido no perder la ocasion de renovar la platica en cosa tan importante y necesaria principalmente en vida de un Principe de la Iglesia y Primado de las Españas de tan excelentes partes como V. S.^a Ilustrisima y tan inclinado al bien de su Arzobispado que goze felicisimos años como es menester en él.

Y dando principio digo señor Ilustrisimo que no hay para que encarecer lo que importa en esta Corte haya una Iglesia de tanta grandeza de fabrica y renta que sea matriz de todas las demás Iglesias parroquiales della y de otros ornatos convenientes a la Magestad de que es razón este adornada y comenzando por el sitio que parece a proposito para su fundación suplicando a V. S.^a Ilustrisima que perdone mi osadia en esto y en todo lo que dijere en este papel recibiendo mi celo, disponiendo con singular prudencia al gusto y parecer de V. S.^a Ilustrisima, es la parte a donde se quemó aquella casa junto a Santa Maria que era ordinaria morada de los Presidentes pasados de el Consejo con la que esta pegada a ella retirandola de forma hacia la muralla de la puerta de la Vega conque haga proporción con nivel y cordel con la armeria de su Magestad y deje calle capaz por un lado para salir a la dicha puerta que venga derecha de la de Guadalajara y hacer plaza o calle por la delantera anchurosa con que se descubra el edificio tan insigne y suntuoso Palacio Real con la de Cassa tan grandiosa como es la que se va fabricando del Excelentísimo Sr. Duque de Uzeda mudando y quitando del sitio a donde hoy está la Iglesia de Santa Maria, dando a los dueños de las capillas otras en el claustro de la dicha Iglesia a proposito para suplir las que hoy tienen en la parte que convenga y los arcos y entierros retablos y imagenes de devoción y las demás cosas concernientes a esto que oy ay en la dicha Iglesia.

Y fuera de lo que importa que se fabrique esta Iglesia en esta corte para su ornato y comodidad será de mucho gusto y grandeza desde su real palacio de su Magestad que Dios nos guarde muchos y felicisimos años y sus Altezas gozar en algunas ocasiones de los officios divinos en ella celebrarse Baptismos y casamientos de las personas Reales, por un pasadizo que con el ornato conveniente de dos andenes uno bajo para berano y otro alto a modo de galerias se fabrique por la parte de los jardines y armeria y por defuera o por un lado adentro

de ella hasta la dicha Iglesia, pues será cosa insigne ver en un sitio muy capaz el Real Palacio del Rey Nuestro Señor con tanta grandeza y hermosura de torres y arquitectura como se va acabando y añadiendo luego la armeria y Cavalleriza y casa de Pajes e Iglesia Mayor y la suntuosa cassa de Excmo. Señor Duque de Uzeda con pasadizo también a la dicha Iglesia y al otro lado fábricas de cassas muy lucida perpestiva y todo de forma que adornando a esta Corte con gran grandeza y magestad se vean unos edificios a otros.

Pudiendo ser esta Iglesia Cathedral compañera de la de Toledo como son las de Jaén y Baeza y las de Calahorra y Santo Domingo y si pareciere a V. S.^a Ilustrisima que sea Madrid Obispado sin separarse de Toledo siendo V. S.^a Ilustrisima Arzobispo de Toledo y Obispo de Madrid, pudiendo tener V. S.^a Ilustrisima y sus sucesores su silla Arzobispal y asiento donde quisieren no es cosa indigna de pensar en ello.

Y para que esto tenga facil execución siendo V. S.^a Ilustrisima servido parece a proposito que se haga una de las dos cosas con que esta iglesia tenga las dignidades calongias, raciones y medias raciones capellanes y cantores necesarios y otras personas convenientes para sus servicios y ornato sin costa de la dicha Iglesia ni sin quitar a la de Toledo cosa alguna, la una es que en todas las de estos reinos de Castilla, así Cathedralas que tuvieren a veinte canonigos como Collegiales de doce arriba consuman una de ellas la primera que vacare y acudan con la renta al mayordomo o receptor y Casa de Santa Maria la Real que así parece es bien se llame para que del caudal y dinero que de esto se sacare se funden las dignidades y calongias raciones y medias raciones y las demás convenientes a la grandeza y ornato de ella viendo V. S.^a Ilustrisima si convendra que fuera de que es bien que tenga esta real Iglesia el mismo estatuto que Toledo, todas las dignidades y calongias o la mitad de ellas por lo menos se lleven y den por concurso y oposición a personas muy doctas y exemplares de a donde saque su Magestad, como de su Iglesia de que a de ser patrón hombres tan merecedores de Obispados y de otras cosas y lugares como barones tales merezen pues viviendo a los ojos de su Magestad de los Excmos. Sres. Duques de Lerma y Uzeda y de V. S.^a Ilustrisima y de su Presidente y de sus consejos y predicando los que fueren Theologos en su capilla real y Iglesia y otras partes se descubrieran sus meritos y suficiencia. La otra es o que las dichas Iglesias

Collegiales elijan por mayor parte en los cavildos de ellas una dignidad o canonigo de más conocidas letras virtud y suficiencia que hubiere para que venga a residir a esta Corte, y a servir a la Iglesia Cathedral della acudiendo a las oras y divinos oficios continuos ganando sus prevendas y distribuciones como si asistiese en sus mismas Iglesias, pudiendo de camino acudir a los negocios tocantes a su comunidad conque se excusaria también venir otros a la Congregación General de los prebendados que se hace muy ordinario en esta Corte.

Y para que esto no tenga dificultad y no sea menester descomponer como dicen una casa para componer otra diré otros medios ahora a V. S.^a Ilustrisima con que se saquen con el uno de ellos y con lo ya referido más de ducientos mill ducados cada año en estos reinos sin detrimento casi de nadie y mucho menos de la gente pobre que no pagaran cosa de alguna consideración, pues siendo esta Córte patria común de todos ellos y a donde un día que otro vienen los más a sus negocios y han de participar del gusto y utilidad de esta Iglesia no se les hará dificultoso el contribuir para ella cosa que que tan poca falta les puede hacer como se verá por ello procurando con la renta de cinco o seis años que se pueda tardar en la fábrica y en hacer ornamentos sacarlo de lo que rrentare el arbitrio que se acordare y eligiere de que se puede hacer experiencia en el primer año de su valor administrandole por cuenta de la misma fabrica e iglesia y después arrendarle por partidas.

Y porque con el favor de Nuestro Señor a de ser esta Villa con el tiempo Ciudad autorizandola su Magestad con este titulo y aún mudandole el nombre que signifique el de su fundador por haber nacido en ella tan poderoso Rey y Señor parecele compete el tener Iglesia Cathedral y ser Obispado como esta dicho que a no ser así lo más facil y llano es que esta Iglesia sea Collegial, ame parecido proponer a V. S.^a Ilustrisima tan diferentes platos con tanta brevedad para que de ellos elija V. S.^a Ilustrisima lo que fuere servido y tuviere más facil execución sin detrimento de la autoridad de la Santa Iglesia de Toledo a la cual a de ser como es razón sumisa como a su metropoli y matriz. Esto es Sr. Ilustrissimo lo que por agora se me ha ofrecido escribir en razón de la fundación de cosa tan importante y necesaria, facil cosa es añadir o quitar a lo que se inventa V. S.^a Ilustrisima podrá ser servido de pasar los ojos por ello y disponerlo y hacer lo

que convenga, pues lo que V. S.^a Ilustrísima acordare será lo que mas importa cuya Ilustrísima persona nuestro Señor guarde y prospere como puede y hemos menester los criados de V. S.^a Ilustrísima.—Firmado.—El Doctor *Xpoual Perez de Herrera.*»

«Los arbitrios son dos: El uno que en estos reinos de Castilla se sirva su Magestad de mandar se pague para esa obra un quarto en cada mano de papel para su fabrica renta conque se conserve o en cada libra de almidon otro quarto pues ni lo uno ni lo otro casi pagará la gente pobre a lo menos cosa de consideración ni los ricos lo sentirán por ser para obra tan santa y cosa tan menuda.

La traza y forma que parece será bien que tenga la Iglesia Cathedral o Collegial de la Villa de Madrid Corte de su Magestad.

Una Iglesia Cathedral o Collegial a de ser de grandeza tal que represente en ella ser cabeza y matriz de todas las de su obispado o de las demas Iglesias Parrochiales de lugar a donde se funda. El cuerpo a de constar de tres naves todas libres y desocupadas y en el medio la nave de enmedio con suficiente distancia y capacidad porque, aquella sirve derechamente de cuerpo de iglesia a donde se predica y oyen.....»

Parece que al terminar su importantísimo memorial, recapacitó nuestro gran doctor que lo expuesto con tanto fervor podría ir al cesto de los papeles, y para que esto no sucediera, insistió con entusiasmo de vidente, dando al cardenal primado toda clase de facilidades y pormenores, los cuales hace constar a continuación, debajo de lo anteriormente escrito, formando parte integrante y complementario del mismo, y es como sigue:

El templo ha de tener tres puertas una enfrente del altar mayor dos una al lado derecho y otra al izquierdo y si fronteros enfrente del altar Mayor fueren tres será mayor grandeza en cada nave la suya que en todas por lo menos cinco o seis.

En una de las naves a de haber una puerta que salga a un claustro que en la grandeza corresponda a la grandeza del centro y en medio tenga un patio jardín y en el mismo claustro a de abrirse puerta para unas nuevas y costosas piezas que

Puertas.

Claustro, Con-
taduría, Ar-
chivo y Ne-
cesarias.

sirvan de cabildo que conste de tres y puede haber encima otra que sea de contaduría y archivo y en la parte más a propósito del caastro se puede abrir puerta para necesarias que han de estar muy distantes del claustro.

Piezas y Sagrario.

En el claustro tambien se suele abrir puerta para una Capilla o pieza suntuosa donde se hagan actos pontificales de sinodos y ordenes y actos de oposición y se lea escriptura y para que no se embarace este templo con entierros particulares ni cosa que le impida ni lo ocupe, pues a de ser Iglesia Real a donde en ocasiones solo se depositen los cuerpos de las personas Reales para desde alli con la pompa y grandeza acostumbrada habiendoles hecho sus obsequias (*sic*) en esta corte se trasladen y lleven a San Lorenzo el Real, parece a proposito que al otro lado del Claustro que haga proporción con la fabrica de la Iglesia se haga una de moderada grandeza que sirva de sagrario o pararroquia de la que hoy tiene Santa Maria y a donde se trasladen las Capillas y memorias que hay en ella, quedando el espacio y sitio que hoy tiene con la decencia conveniente como se dirá en su lugar para que no sea profanado por haber sido Iglesia Consagrada.

Torre y Relox.

Al lado del templo, para fortalecer y hermosura de él se levante una fuerte y alta torre en que han de estar diferentes campanas y relox y será de mucha gracia y ornato que alrededor de todo el ambito del cuerpo de la Iglesia en lo alto della poco más abajo de las bidrieras aya un corredor de piedra labrado con primor de relieves al modo de uno que tiene la insigne Iglesia de Salamanca con otros dos corredores más anchos a los lados del coro a donde se pongan dos organos de tanta perfección como conviene a templo tan insigne.

Toda la fabricación que sea de piedra la más fuerte y lucida que hay a la forma de la que se labra y pone en el Real Palacio de su Magestad que aunque el ladrillo es cosa fuerte no es tan autorizada obra y esta a de durar muchos siglos y lucir templo que se hace en una corte de tanta Magestad y el de obra más nueva y primor bien es que sea con perfección fabricado y de esculturas excelentes las portadas y de perpestivas y arquitectura admirable si bien el sagrario, Claustro, Sacristia, Cabildo y las demás oficinas pueden fabricarse de ladrillo por escusar gran costa. Dios Nuestro Señor lo encamine todo como conviene pues es para su Santo Servicio y gloria.—Firmado.—El Doctor Cristóbal Pérez Herrera.

En las páginas anteriormente transcritas se expresa con meridiana claridad el parecer del doctor Cristóbal Pérez de Herrera sobre la catedral de Madrid, sobre cuya conveniencia y aun necesidad se escribió también por entonces un memorial al rey Felipe III, nada menos que de 229 páginas, el cual se conserva asimismo en la Sección de Manuscritos de la citada Biblioteca Nacional, con noticias e ideas muy curiosas e interesantes, y que convendría estudiar y aun publicar con la oportuna crítica.

Vagamente conoce todo el mundo el peligro que corrió Madrid, al pasar del siglo xvi al xvii, por causa sanitaria momentánea, entre otras, de que la capitalidad de las Españas le fuese arrebatada por Valladolid; pero el salmantino doctor luchó tenazmente para que no ocurriera esta desgracia madrileña: en la tantas veces citada Biblioteca Nacional existen preciosos folletos de Pérez de Herrera sobre esto. Y otros relacionados con él, de los cuales cito solamente los siguientes:

«*A la Católica y Real Magestad del Rey D. Felipe III N. S.: suplicando a Su Magestad, que atento a las grandes partes y calidades desta villa de Madrid se sirva de no desampararla, si no antes perpetuar en ella la asistencia de su Corte, casa y Gran Monarchia...* En Madrid a 2 de Febrero de 1600. El Doctor Cristobal Perez de Herrera.» 16 hojas foliadas, en 4.º

«*Discurso a la Catolica Magestad del Rey Don Felipe N. S., en que se le suplica que considerando las muchas cualidades y grandezas de la villa de Madrid se sirva de ver si convendria honrarla y adornarla de murallas y otras cosas que se proponen, con que mereciese ser Corte perpetua y asistencia de su Gran Monarquía,* por el Doctor Cristobal Perez de Herrera protomedico de las galeas de España, por Su Magestad.»—24 hojas foliadas, en 4.º

Aquí pongo punto final para abreviar este trabajo, a la vez largo y corto, teniendo que advertir a los lectores que en esta ocasión no he logrado terminar un tema definido, sino simplemente llamar la atención sobre alguno de ellos e indicar en dónde se hallan las fuentes para muchos, que pueden interesar a los estudiosos.

A. SIERRA CORELLA

EL CONFLICTO DEL AGUA

LOS AGUADORES DE MADRID

Siempre el agua ha constituido en Madrid un conflicto. Las modernas instalaciones de agua a domicilio nos han liberado de los aguadores, que antaño eran la pesadilla de las ciudades grandes. Circunscribiéndonos a Madrid, hay que recordar el tiempo en que un enjambre de aguadores zumbaba alrededor de cada fuente pública, y una hilera de borriquillos, cargados con sus angarillas y cuatro cántaros, repartían continuamente el agua por las casas.

Lo primero que hubo que reglamentar fué *la cola* delante de las fuentes, mandando «que todos los aguadores de esta Corte, que van a hinchir a los Caños del Peral y a las demás fuentes¹, hincen por su antigüedad, como fueren llegando, y los demás no los estorben ni quiten que hincen»². Es decir, que había valentones que quitaban la vez a sus compañeros *quia sum fortis*. No sólo los aguadores peleaban entre sí, sino también los vecinos de las fuentes peleaban contra ellos por su acaparamiento del agua. Vemos, en efecto, que algunos vecinos de las plazuelas de la Provincia y de Santa Cruz dicen «que de cuatro caños que tiene la fuente que está en dicha plazuela, los aguadores de dos cántaros, que asisten a ella, tienen tomados tres caños de dicha fuente, sin dejar de ninguna manera que llenen en ninguno de ellos los criados de los vecinos, y sobre ello hay cada día nuevas quisiones. Y, sin embargo, queriendo que uno de los dichos aguadores eche agua a los vecinos, no lo quieren

¹ Sobre las fuentes madrileñas que se van nombrando en todo este artículo, véanse mis trabajos publicados en esta misma REVISTA, tomo VI, año 1922, págs. 187-204, y tomo VII, año 1930, págs. 373-328.

² *Libros de Alcaldes de Casa y Corte*, año 1613, fol. 63.

hacer, si primero no les dan a dos y tres cuartos por cada carga, de lo cual se siguen a los dichos vecinos gran daño, y perecen de sed. Y pues los dichos aguadores no tienen ningún derecho para ocupar los dichos caños, a V. A. suplicamos mande que de aquí adelante en dichos tres caños llenen los vecinos de dichas plazuelas, en el otro los dichos aguadores, o por lo menos tengan los vecinos dos caños y los aguadores otros dos, y se les ponga una pena grande, si embarazaran más del caño que se les señalare; y así mismo se les mande se moderen en el precio que llevan por cada carga de agua».

No sólo molestaban al vecindario de las plazas donde había fuentes, sino a todo el de las calles próximas, con sus borricos y chirriones, a tal punto que «vecinos de la calle de San Luis, entrada de la Puerta del Sol, y la Puerta del Sol y calle de las Carretas, todos por sí y por los demás vecinos, dicen que por la Villa de Madrid está mandado que ningún chirrión, ni aguadores con angarillas de carga estén en las dichas Puerta del Sol y calles de las Carretas y calle de San Luis, sino es más arriba de las Vallecas, calle de Alcalá, adonde está señalado su sitio. Y es así que los dichos chirriones y aguadores de carga están ocupando todo el paso de la dicha Puerta del Sol y calles referidas, sin que haya remedio de que desocupen las dichas calles, sin que ningún vecino sea dueño de sus tiendas, no dando lugar a los compradores que puedan llegar a dichas tiendas. Lo otro, aunque muchas veces se les pide desocupen las calles, no lo hacen, antes se desvergüenzan, diciendo mil libertades que da ocasión a muchos daños.»¹

Más curiosa es aún otra queja de los vecinos de Leganitos, porque nos enteramos por ella de las costumbres y horarios de estos trabajadores:

«El licenciado Huerta, Rector de los niños de la Real Capilla de S. M. y Ventura de Frias, su Contador del artillería de España, y el Contador Juan de Cuellar..., tienen sus casas en la calle de Leganitos de esta Villa de Madrid, y deseando tener limpias las delanteras de ellas, conforme está mandado por V. M., no lo pueden conseguir, respeto de que los aguadores que van por agua a las fuentes de Leganitos, desde medio día arriba, atan sus jumentos a las rejas de las dichas sus casas, y en el suelo les echan de comer

¹ *Libros de Alcaldes*, año 1627, fol. 375.

paja y cebada y manadas, con que ensucian las dichas calles de Leganitos y la ponen hecha una caballeriza; y a los dueños de las casas de ella hacen muchas denunciaciones por la inmundicia que hallan a sus puertas, no procediendo de culpas suyas, sino por los dichos aguadores, y lo peor que hay en ello es que en una taberna que está enfrente de las casas de los susodichos, en la calle, se sientan a jugar y beber toda la tarde; de manera que como no llevan a sus casas los pollinos, se están sesteando en la dicha calle, donde se ofrecen muchas pendencias y voces y juramentos, estando hechos unos holgazanes y vagabundos. Por lo cual se suplica a V. M. mande echar pregón de que los dichos aguadores se vayan a medio día a sus casas donde puedan aposentar su ganado, y que no puedan hacerlo en la dicha calle, ni ellos estén parados en ella jugando, pues con esto se escusan de muchos inconvenientes que se reciben, etc.¹

Por esta vez se echó pregón, como se pedía en la instancia; pero de ordinario, las autoridades de lo más que se preocupaban era del precio del agua y de que ésta no faltase. La serie de pregones fijando la cabida de los cántaros y el precio del agua de cada fuente de Madrid nos da noticia del funcionamiento detallado del oficio de aguador.

El año 1594 se mandó por pregón público «que todos los aguadores que venden agua en esta Corte, tengan los cántaros con que la vendieren, de cinco azumbres cada uno y no menos; y las personas que venden los dichos cántaros los hagan de la dicha cantidad y no menos, si no fueren las que llaman cantarillas, que no son para aguadores; y que los dichos aguadores no puedan llevar ni lleven por cada carga de la fuente de Leganitos más de cinco maravedis; y del caño Dorado de San Jerónimo, seis maravedis; y de la Priora y de las otras fuentes, a cinco maravedis, lo cual se entienda hasta fin del mes de Octubre primero que viene; y desde primero de Noviembre próximo hasta fin de Abril, lleven por la carga de agua de Leganitos los dichos cinco maravedis y por la del caño Dorado, cinco maravedis, y por el agua de las demás fuentes, a cuatro maravedis y no más; y desde fin de Abril hasta fin de Octubre vuelvan a guardar la orden; y que declaren a los compradores de qué fuentes es la agua, sin nombrarla de una fuente por de otra»².

¹ *Libros de Alcaldes*, año 1617, fol. 592.

² *Ibidem*, año 1594, fol. 17.

El año 1599 se repitió el bando anterior, y entonces replicaron los aguadores con hechos que para la historia del oficio son del mayor interés. Dice el procurador de los aguadores «que los más de ellos son casados y todo el invierno pasado han bastecido de agua, valiendo como ha valido la cebada tan cara, para sus pollinos, y ahora de presente, como se gasta tanta agua por ser verano y acude tanta gente a los caños por agua, no es posible poder hacer tantos caminos como en invierno, para poder sustentar a si y a sus mujeres y hijos, casa y pollinos; porque cuando hagan doce o catorce caminos cada día, es muy poca la ganancia para haberse de sustentar. Atento lo cual, a V. A. suplico considerando esto y que el cántaro les cuesta veintiocho maravedis, mande hacer merced de subirles el precio, dandoles dos maravedis por cada cántaro de agua; pues demás de estas razones tan justas, tienen trabajo de subir el agua tres y cuatro altos»¹.

Las razones convencieron a los alcaldes, y el siglo xvii se inauguró en Madrid con una subida del agua del Caño Dorado y de la de Leganitos, conforme el auto que sigue:

«Que la carga de agua de Leganitos y del Caño Dorado de San Jerónimo la puedan vender a 10 maravedis cada carga, y en las demás, guarden el pregon.—A 12 de Julio de 1600.»

Al regreso de la Corte a Madrid, pasado el interregno vallisoletano, hubo que ocuparse nuevamente del precio del agua. Vemos por vez primera que hay cargas de seis cántaros, y los precios siguen estacionados:

«Ningún aguador sea osado de vender en esta Corte cada carga de agua de cuatro cántaros, que cada uno de ellos quepa cinco azumbres, a más precio de a seis maravedis; y la carga de agua de a seis cántaros no la puedan vender ni vendan a más de a ocho maravedis».²

La orden, repetida el año 1609, mantiene el precio de seis maravedis por carga corriente de agua, y recalca *inhumanamente*: «Aunque suban escaleras.»³ Bien es verdad que las casas no excedían de uno o dos «altos» o pisos, y eran rarísimas las de tres o cuatro.

¹ *Libros de Alcaldes*, año 1599, fol. 416.

² *Ibidem*, año 1606, fol. 14.

³ *Ibidem*, año 1609, fol. 496.

El año 1610, el agua del Caño Dorado había pasado de moda, y era la de Leganitos la que prefería el público: «Por cada carga de agua de cuatro cántaros no lleven más de seis maravedis, y de seis cántaros ocho maravedis, siendo de cualesquier caños de esta Corte; y las de Leganitos, a ocho maravedis, de cuatro cántaros, y de seis, diez maravedis.»¹

El año 1620 descubrimos una nueva modalidad. Aparece el pobre aguador que no tiene chirrión ni asno, sino que lleva su cántaro al hombro. Al instante acude la vigilante autoridad a tasarle las ganancias (!):

«Los aguadores que los traen al hombro, por cada dos cántaros de agua no puedan llevar más de dos maravedis, so pena de vergüenza pública y cuatro ducados para pobres y denunciador.»²

Hacia el año 1610 debió de iniciarse un pequeño fraude en la capacidad de los cántaros, pues en dicho año se tomaron rigurosas medidas sobre este extremo.

A los aguadores se les ordena que «traigan de aquí adelante cántaros de cinco azumbres *sellados*, con la marca que se dará para ello».

La orden se extendió a los alfareros: «Los que hacen y fabrican los cántaros de Alcorcón, no puedan fabricar para los dichos aguadores sino fuere cántaros de cinco azumbres, los cuales hayan de vender sellados con el sello que se les dará, y cada cántaro hayan de vender a precio de veinte maravedis y no más; y que los que fabrican el dicho barro lo vendan, y no por junto a otras personas, para tornar a revender.»

Todavía el año 1620 perduraba el sello que los alfareros de Alcorcón debían poner en las vasijas o cántaros de cinco azumbres «para que sean conocidos».

También por esta época, a raíz de este traslado de la Corte, que dió a Madrid un grande incremento, aparece el aguador de cántaro y vaso que vende agua por las calles. Por una escena lopesca de *El Arenal de Sevilla* parece que este tipo de aguador existía también en Sevilla. El episodio sería idéntico al que se veía en las calles de Madrid:

¹ *Libros de Alcaldes*, año 1610, fol. 588.

² *Ibidem*, año 1620, fol. 344.

(AGUADOR, con su cántaro y su cestilla de anís.)

AGUADOR. ¡Agua y anís!

ALVARADO. Si fuera en esta ocasión
El anís que dice, ostión,
Y el agua zumo de parra...
No la echéis.

AGUADOR. ¡Agua y anís!

(RIVAD., III, 531.)

Al principio, los alcaldes prohibieron estos aguadores; pero pronto los autorizaron, provistos de su licencia:

«Ningún hombre sea osado de andar hecho vagabundo, vendiendo agua y anís en cántaros por las calles, sopena de cien azotes, no teniendo para ello licencia de los dichos Alcaldes.»¹

Con lo cual está dicho que menudearon las peticiones de licencias para despachar agua por las calles. ¡Y qué gente andaba a este oficio! Ellos mismos se pintan:

«Alonso Calvo, vecino de esta Villa, digo: que yo soy casado y tengo cinco hijos, y para poder sustentarlos, tengo necesidad de que V. A. haga merced de mandar se me de licencia para poder vender agua por las calles, como lo hacen otros muchos, por ser como soy pobre y no poder hallar otra cosa en que trabajar, por ser como soy pobre y tener tanta necesidad. Atento a lo cual a V. A. pido y suplico mande se me dé la dicha licencia para vender la dicha agua, para poder sustentar a mi mujer e hijos.»

«Nicolas de Savedrá, residente en esta Corte, digo: que soy pobre y tullido y enfermo y con mujer en una cama y con dos hijas enfermas, no puedo trabajar; a V. A. suplico me mande dar licencia para vender agua con un cántaro por las calles, como se da a los más pobres»².

Al año siguiente, los tales aguadores, así pobres y tullidos como eran, habían medrado para nombrar procurador y habérselas con los alcaldes reales:

¹ *Libros de Alcaldes*, año 1606, fol. 28.

² *Ibidem*, año 1607, fols. 164 y 190.

«Fernando de Solinces, en nombre de los que venden agua con cántaros en esta Villa, digo: que los dichos mis partes han estado y están en costumbre de vender agua con cántaros a todas las personas que lo quieren, con los vidrios y copas que para ello tienen; y siendo esto como es así, y estando los dichos mis partes en esta costumbre, los Alcaldes de vuestra Casa y Corte han mandado que los dichos aguadores no vendan la dicha agua, sopena de vergüenza pública y otras penas. Si esto hubiere de pasar así, sería destruir mis partes, por ser como son gente pobre y necesitada, casados, con mujeres e hijos, que no tienen otra cosa de que comer y sustentarse, porque toda su vida usan este oficio y no otro. Atento a lo cual a V. A. suplico mande revocar el dicho mandamiento y proveer que los dichos mis partes libremente puedan vender la dicha agua, como hasta aquí lo han hecho.»¹

Además del abasto de agua, este gremio buscaba otras ganancias en servicios que no se le han escapado a Lope. ¿Qué quiere decir, preguntará algún crítico del texto de Lope, este pasaje de la comedia *Porfiar hasta morir*?

Si vieses un aguador
con un vestido de jerga
coger una dama y dar
en las jamugas con ella,
¿que diriais?

Los cocheros y aguadores
son sacristanes de iglesias,
que las imágenes ponen,
mas nunca rezan en ellas.

(RIVAD., III, 108.)

Pues es que los aguadores daban en la flor de alquilar sus borriquillos para llevar damas al Manzanares por las mañanas y las tardes del buen tiempo. Y como este servicio no lo hacían sino cayendo en falta en el suyo de acarrear agua a las casas, hubo que prohibirse varias veces. El año 1610 se les ordenó «que no puedan

¹ *Libros de Alcaldes*, año 1608, fol. 331.

alquilar los pollinos para ir al río ni a otra parte, ni echar cargas con ellos de día, sino que asistan a echar la dicha agua hasta que sea la oración; so pena de cien azotes y perdimento de los pollinos»¹.

Luego el año 1616 se les volvió a intimar la prohibición, imponiéndoles un curioso medio de no pasar inadvertidos por ningún sitio:

«Mandaron se pregone que ningún aguador sea osado de alquilarse para llevar mujeres al río, ni otras personas, ni lleven cargas, sino que hasta fin del mes de Setiembre que viene de este presente año, se ocupen en echar agua por las casas, y traigan en los pollinos cencerros para que sean oídos»².

En 1623 todavía Lope pudo ver a un aguador, vestido de jerga basta, levantar en vilo a una señora y sentarla sobre su borrico, pues este año las autoridades «mandaron se pregone en esta Corte que ningún aguador, ni otra persona, puedan dar ni alquilar pollinos para que bajen al río las mujeres por las tardes ni por mañana. Y que las dichas mujeres, ni otra persona pueda alquilarlas para el dicho efecto»³.

Vamos a cerrar este capítulo de los aguadores con un hecho demostrativo de su espíritu de agremiación profesional y de su religiosidad. Es un hecho muy típico de la época, que en todos los oficios solía darse:

«Juan Pérez, por sí y en nombre de los demás aguadores de los Caños del Peral de esta Corte, decimos que por nuestra devoción deseamos llevar un cirio a Nuestra Señora del Buen Suceso, por oferta que le tenemos hecha; y para que esto se haga con solemnidad y regocijo general, suplicamos a V. A. nos mande dar licencia para que podamos hacer una suiza, a manera de compañía de soldados, llevando nuestros arcabuces y armas en la forma que se acostumbra en semejantes ocasiones de ofertas que se hacen por los oficiales a Dios nuestro Señor y a su bendita Madre; que en ello recibiremos merced. Otro si suplicamos a V. A. se entienda la dicha licencia para que se pueda ensayar la gente en el campo cuatro o seis días de fiesta; que en ello recibiremos merced.»

¹ *Libros de Alcaldes*, año 1610, fol. 588.

² *Ibidem*, año 1616, fol. 264.

³ *Ibidem*, año 1623, fol. 447.

Se les concedió el permiso a 13 de agosto, para que la fiesta se hiciera el día 8 de septiembre¹.

Lope nos enteramos de que la mayoría de este gremio lo constituyan montañeses, de aquel estado general inferior al estado de los hidalgos:

GERARDA. Montañés será tu marido.

CELIA. ¿Cosa que sea de estos que venden agua?

GERARDA. ¿Pues qué querías, que tuviese solar, pendón y caldera?

(*La Dorotea*, II. RIVAD., XXXIV, 24.)

Hay que convenir en que otras regiones entraban a la parte con los montañeses en el suministro del agua a lomo de asnos. Armesto y Castro habla de un «aguador gallego»², y Salas Barbadillo escribe esta frase: «Todo aguador gabacho»³; lo cual hace evidente que también los franceses, gascones verosíblemente, alternaban en el oficio de repartir agua por Madrid.

MIGUEL HERRERO.

¹ *Libros de Alcaldes*, año 1619, fol. 109.

² *Entremés del Cantarico*, en *Verdores del Parnaso* (Pamplona, 1697), pág. 60.

³ *El curioso y sabio Alejandro* (RIVAD., XXXIII, 5.)

Se les concedió el permiso a 13 de agosto, para que la fiesta se hiciera el día 8 de septiembre.

Lo que nos interesa de que la mayoría de este término lo constituyan monjes, de aquel estado general inferior al estado de los

hidalgos.

En consecuencia al artículo 5.º de la ley de 1801 que se crea la

GERARDA. Monjes está en Madrid.

CELA. Cosa que sea de estos que venden agua.

GERARDA. Los que venden, que venden agua.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

Los que venden en las casas de los señores y en las

casas de los señores y en las casas de los señores.

NOTICIAS SOBRE LA ORGANIZACION PROFESIONAL EN MADRID DURANTE LA EDAD MEDIA

1.—NOTICIAS MÁS ANTIGUAS

La importancia de Madrid durante la Edad Media ha sido muy discutida por los autores. Muchos tuvieron especial interés en refutar la especie corriente y popular de que Madrid había sido muy poca cosa, no ya sólo desde el aspecto jurídico, sino también desde el económico, antes de que se estableciera en ella la Corte, en los primeros años del reinado de Felipe II. Este juicio adverso estaba erróneamente basado en una realidad indudable: el desarrollo incoherente y precipitado de Madrid, ya en la época de Felipe IV, ya en la de Carlos III, ya en la de Isabel II, los tres momentos fundamentales de su historia. Sin embargo, las opiniones más optimistas no pueden demostrarnos que Madrid constituyese sino una gran unidad económica, nunca una gran ciudad. La organización social de la Edad Media, no estudiada suficientemente hasta la fecha, pero de la cual tenemos hoy una idea, si no completa por lo menos bastante aproximada, favorecía, sobre todo en la meseta, la constitución de comunidades, de tipo económico ante todo, de marcado carácter agrario. Al frente de las grandes comunidades van formándose ciudades que, sobre todo en la Baja Edad Media, merced al enorme desarrollo del comercio y de la industria, al florecimiento de las artes y de los oficios, incrementan su población y llegan a la plenitud de su vida ciudadana. Así Burgos, cabeza de Castilla; Segovia, Avila, por no citar a ciudades del sur de Madrid, al hablar de las cuales tendríamos que referirnos a otros factores más complejos.

Madrid fué cabeza de una comunidad importante; pero quedó absorbida por la comunidad fronteriza, más rica y más extensa, de Segovia, y mientras esta ciudad alcanzó un gran desarrollo industrial y constituyó en su seno un Municipio espléndidamente dotado de todos los elementos de la vida ciudadana, Madrid no consiguió sobrepasar sus características rurales, y su crecimiento quedó constantemente dentro de un marco inevitablemente agrícola y campesino. Con arreglo a este criterio debe ser, pues, interpretado el desarrollo de Madrid y su importancia durante la Edad Media. Parejo a éste corre el valor militar de su posición, y gracias a ambos factores llega a la Edad Moderna con una indiscutible importancia, que no implica en este caso personalidad alguna como ciudad.'

Todo esto supone, naturalmente, un escaso desarrollo, en los siglos medievales, de profesiones, artes y oficios en el recinto de la Villa madrileña. Si repasamos las noticias que conservamos, y que utilizaremos a continuación, podremos observar que se refieren casi todas a aquellos oficios más ligados con las tareas campesinas y que exigen solamente un elemental desenvolvimiento de la economía. Tengamos en cuenta que la población que se agrupaba dentro de los muros madrileños, aunque ignoramos en absoluto su número y no contamos con elementos suficientemente seguros para determinarla, no pasaría con mucho de unos pocos, poquísimos, miles, y aun ésta quedaría desparramada por los campos en época de paz y sosiego, dedicada a lo que era principal y básica fuente de su bienestar y riqueza: el cultivo de los campos de trigo y cebada, de las viñas y de los huertos. Sólo en épocas de ferias y en días de mercado esta población y la de todas aquellas aldeas y lugares dependientes de la jurisdicción y pertenecientes a la comunidad madrileña, invadirían sus calles y sus plazas, llenarían su coso y su mercado y se dedicarían a proveer sus necesidades y su hacienda mientras discutían de aquellos asuntos que les eran comunes.

Las fuentes para el estudio del Madrid medieval son escasas, y más aun las fuentes documentales, aunque, en realidad, Madrid puede vanagloriarse de poseer una rica documentación histórica, sobre todo si se tiene en cuenta su pasada modesta condición. Pero aun de esta documentación, no toda, ni mucho menos, es aprovechable, ya que sólo una mínima parte se refiere al asunto de que nos ocupamos, y aun hemos observado con pena que algunas de las

disposiciones referentes a ordenamiento de oficios y profesiones que se conservan en el Archivo de Villa tenían carácter general, y por tanto, podría ponerse en duda el que reflejasen específicamente la situación del Madrid de entonces. Si nos hemos decidido a utilizar estas disposiciones, ha sido más que nada por criterios que, aun no proporcionándonos absoluta seguridad, nos han parecido de probabilidad suficiente.

Vamos así a estudiar las noticias conservadas en el Fuero de Madrid, documento único e inestimable, tanto por las características de independencia y personalidad que nos ofrece, como por su respetable antigüedad e indiscutible autenticidad; el ordenamiento de menestrales, de Pedro I, que, como es sabido, presenta redacciones diversas. La que nosotros vamos a utilizar es la adaptada para el arzobispado de Toledo y el obispado de Cuenca, que guarda perfectamente relación con las características y aspecto del Madrid medieval. Estudiaremos a continuación algunas noticias, no muchas, conservadas en documentos diversos, y de una manera especial las llamadas Ordenanzas de la Villa de Madrid y su término, fechadas ya en 1500, pero que por su carácter y redacción recogen perfectamente el espíritu del Madrid medieval, y seguidamente las Ordenanzas de cereros y pellejeros, promulgadas con carácter general y adoptadas por la Villa de Madrid. Finalmente, haremos una pequeña recensión de la intervención no escasa que tuvieron en la lucha de las Comunidades artesanos, menestrales y otros hombres de profesiones libres u oficios mecánicos.

2.—EL FUERO DE MADRID¹

Dejando a un lado los problemas críticos que puede plantear el estudio de este interesante manuscrito, y aceptando las conclusiones, algunas de ellas no muy seguras, a que han llegado los estudiosos, podemos afirmar que este documento, que pertenece a los últimos años del reinado de Alfonso VIII y que quizá pueda fecharse

¹ El Fuero de Madrid se conoce gracias a un volumen manuscrito, de principios del siglo xiii, propiedad del excelentísimo Ayuntamiento, y que se conserva en su Archivo. Puede ser consultada la magnífica edición *Publicaciones del Archivo de Villa.—Fuero de Madrid* (Artes Gráficas Municipales. Madrid, 1932), en la que una reproducción facsímil del mismo va acompañada de un estudio sobre su valor jurídico, debido al catedrático

en 1202, según reza una acotación marginal, recoge un estado anterior de cosas y aun disposiciones de monarcas más antiguos. Concretamente, en el apartado LXVII del Fuero¹ se cita un privilegio otorgado por Alfonso VII a Madrid en el año 1145. Y sobre todo, que este Fuero, formado por el Municipio, aprovechó indiscutiblemente la sabiduría popular y se basó, más que en la ciencia de los juristas, en la vida cotidiana y en las necesidades de una población campesina.

Las disposiciones que se refieren a oficios y profesiones no son numerosas, ni mucho menos. Podríamos afirmar que sólo se mencionan tres oficios de artesanos propiamente dichos: los *tableros o carpenteros*, los *ferreiros* y los *pisadores o tasedores*, en compañía de los *cardadores*. Podemos suponer y asegurar la existencia de otros oficios, absolutamente imprescindibles aun en la vida más rudimentaria, como los alfareros. Sin embargo, no encontramos siquiera este nombre en las disposiciones del Fuero; pero esto no nos permite sacar conclusión ninguna, pues, como es sabido, el Fuero de Madrid está incompleto, y entre las disposiciones que faltan muy bien pudo estar, aunque no imprescindiblemente, alguna que se refiera a éstos. Así, pues, esta enumeración no puede ser considerada como exclusiva, sino sencillamente como demostrativa; es decir, estamos convencidos de la existencia de estos tres oficios, sin poder afirmar que no existieran junto a éstos otros varios. De una manera especial, los oficios de curtidor y zapatero deben considerarse existentes, ya que encontramos una disposición que se refiere, no precisamente al oficio, sino a la venta de corambres. De todas maneras, en el siglo XII, al que se refieren estas disposiciones, ni Madrid, ni aun casi ninguna otra ciudad, no ya en España, sino en el mundo, había llegado a poseer una artesanía floreciente.

Junto a estas disposiciones tenemos otras de carácter análogo y que se refieren al comercio; de una manera especial, al de mantenimientos. Las disposiciones relativas a pescadores, que extraían del cercano Manzanares lo suficiente para llenar las apetencias que de este género tenía la entonces poco poblada Villa; los carniceros,

tico de Historia del Derecho de la Universidad Central D. Galo Sánchez, un comentario paleográfico (seguido de la transcripción) del entonces catedrático de Paleografía y Diplomática Española de la Universidad Central y Archivero Bibliotecario del Ayuntamiento de Madrid, D. Agustín Millares Carlo, y un glosario firmado por D. Rafael Lapesa.

¹ Seguimos la misma numeración adoptada por Millares en la citada edición.

panaderos, taberneros y vinateros; los vendedores de caza y los zagaderos o regatones que vendían pequeñas cosas, ya comestibles, ya de adorno y capricho, para remediar urgentes necesidades y satisfacer pequeños gustos.

Las disposiciones referentes a estos oficios y tratos tienen un punto de coincidencia, que es la ordenación al bien común y el deseo de evitar abusos. Se refieren preferentemente a precios o tasas del pescado: bogas, barbos, pescado menudo; de la carne: carnero, cabra, oveja, ciervo; del vino; de la caza; a la fidelidad en el peso o medida (se persigue sobre todo la mengua en el del pan), a la calidad de los géneros (se castiga, por ejemplo, la adulteración del vino). Lllaman la atención, finalmente, algunas otras providencias, entre las que destaca la prohibición de sacar de la Villa algunos géneros que, como el pescado, no debían de andar muy abundantes.

Una norma de tipo religioso podemos observar referente a los carniceros, a los que se prohíbe bajo severas penas sacrificar reses según los ritos judaicos.

De los que el Fuero llama tableros o carpenteros, no nos da otra noticia sino la prohibición de hacer tablas de siete palmos¹. A los *fereros de azadas* se les exige, por la indiscutible importancia de su trabajo, que lo realicen todos los días, a no ser que hubieren de labrar, y se pone tasa a sus actividades, que, al parecer, eran el calzar las azadas y el herrar tanto caballos y mulos como asnos². A los *pisadores o tesedores* se les sujeta a una rígida disciplina³.

3.—ORDENAMIENTO DE MENESTRALES⁴

Las Cortes reunidas por Don Pedro I en Valladolid fueron las primeras de su reinado⁵. Fueron convocadas para el último día de junio de 1351, y en ellas se dictaron varios importantes ordenamientos, de cinco de los cuales conservamos noticia. El primero y el

¹ Página 41, LII. De carpenteros.

² Página 47, LXXVIII. Fereros de azadas.

³ Página 43, LXIX. De pisador e tesedor.

⁴ Una copia de este ordenamiento se conserva en el Archivo del Ayuntamiento de Madrid bajo la signatura A. S. A., 2-305-16. Está constituido por un cuaderuillo de diez hojas de a folio, algo maltratado, de las cuales varias están en blanco.

⁵ Véase *Colección de cartas de los antiguos reinos de España*, por la Real Academia de la Historia. Catálogo (Madrid. Imprenta de José Rodrigo, calle del Factor, núm. 9, 1835.)

segundo son de peticiones generales; el tercero es el ordenamiento de los fijosdalgo; el cuarto, el de los prelados, y el quinto, que es el que vamos a estudiar, llamado ordenamiento de menestrales, y que lleva la fecha de 2 de noviembre del citado año de 1351. Copias autorizadas de este ordenamiento se conservan en numerosos archivos municipales, lo que demuestra su gran difusión y utilidad. Sin embargo, y entre sí, presentan grandes variantes, ya que fué adaptado a las distintas regiones, obispados y comarcas, presentando en cada caso redacción distinta¹.

Las disposiciones contenidas en este ordenamiento son amplias y variadas; suponen un mayor desenvolvimiento económico que el observado en el Fuero; pero, como es natural, no pueden ser tomadas en consideración en su totalidad respecto a Madrid, ya que, probablemente, algunas de estas normas no podrían ser aquí aplicadas por falta de objeto, resultando superfluas e innecesarias, y otras se encontrarían casi en la misma situación, dado el escaso desarrollo de las industrias que regulan. No obstante, las disposiciones más interesantes de esta ley nos reflejan un estado de cosas que representa una situación sensiblemente diferente de la anterior.

Observamos en primer lugar que como principio básico de la economía española se sienta la libertad de contratación del trabajo, procedimiento eminentemente liberal y no muy de acuerdo con el supuesto espíritu de la Edad Media, exclusivista y riguroso. La libertad de contratación trae como consecuencia la no existencia de asociaciones obreras fuertes y poderosas, en el sentido corporativo, y la tendencia de los obreros a unirse en defensa de sus intereses para constituir algo parecido a lo que hoy llamamos sindicatos. Sin embargo, la pureza del régimen económico exige la prohibición de constituir tales agrupaciones, y así, leemos en el ordenamiento: «Otrosí, que ningún omnes nin mugeres non ssean osados de fazer coffradías nin cabildos nin ordenamientos nin los oficiales de cada

¹ El ordenamiento que se conserva en el Archivo madrileño, y que fué común a todo el arzobispado de Toledo y obispado de Cuenca, fué publicado por D. Timoteo Domingo Palacio en sus *Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid*, tomo I, pág. 321, en donde hace constar que «hay profundas variantes entre este ordenamiento y el de igual fecha que publicó la Academia de la Historia en su obra monumental *Cortes de León y de Castilla*». La fecha de la copia madrileña es de 28 de septiembre de 1389.

lugar que ssean a damno del pueblo.» Podemos observar, pues, una lucha entre dos fuerzas antagónicas. Por una parte, la tendencia tradicional, basada en la pequeña propiedad privada y una economía individual, y por otra, las nuevas formas, los nuevos procedimientos, cimentados en la división del trabajo y en la cooperación. En nuestra historia no habrá, pues, sino una superación constante a fin de llegar a una forma estable de cooperativismo, cuya cima será alcanzada en el siglo XVIII. Por circunstancias diversas los resultados no serán tan halagüeños como se apetecían, y nuevas teorías, basadas otra vez en antiguos principios, vendrán a trastornar esta evolución económica; y esta vez, desdichadamente, ya no se tratará de la fuerza sabia y conservadora de la Naturaleza, sino de equivocados cálculos de los economistas.

Basados en estos principios, los redactores del ordenamiento de Valladolid actúan, sin embargo, movidos sobre todo por las lamentables circunstancias en que se encontraba en aquellos momentos la tierra española. El daño mayor lo habían producido, sin duda, los continuos disturbios que durante las minoridades turbulentas de Fernando IV y Alfonso XI mantuvieron en perpetua guerra civil el país. Los años del reinado de Alfonso XI no consiguieron devolverle la tranquilidad ni la normalidad deseadas. Al parecer, grandes extensiones permanecían incultas, muchos terrenos estaban baldíos, y los obreros, en gran número, habían abandonado el trabajo de las tierras y se dedicaban a otros menesteres, y cuando acudían a la labranza, pedían grandes soldadas y jornales. Del mismo modo, los menestrales habían aumentado extraordinariamente los precios de sus mercancías.

Este fenómeno, tan corriente en nuestra época, en que recibe sencillamente el nombre de carestía, preocupaba extraordinariamente a los procuradores reunidos en Valladolid. El alza continua de precios, de jornales y de mantenimientos llevaba aneja toda clase de calamidades, inmoralidades e inseguridad.

Pues bien; partiendo de esta base, y con arreglo a los principios antes enunciados, se redactaron unos ordenamientos completos y llenos de buena voluntad, aunque, como luego veremos, su resultado *no respondió a los buenos deseos de los legisladores*. Tres normas fundamentales constituyen su eje: el trabajo obligatorio, la bondad de la obra y la tasa del precio.

Del estudio de estas interesantes disposiciones sacamos como conclusión fundamental la neta y radical distinción entre el menestral campesino y el menestral ciudadano. El ordenamiento los mezcla en sus disposiciones, hablando indistintamente en muchos casos de unos y otros; pero no hay duda de que a través de todo el texto queda patente el hecho de que estos últimos constituían en cierto modo una aristocracia con respecto a los primeros. Notamos, por otra parte, la ausencia de muchos e importantes oficios, que probablemente por su carácter se encontraban fuera del círculo de la menestralía, o bien por ser de mayor importancia, como en el caso de los barberos, o bien por no llegar ni con mucho a esta categoría. Este es el caso de los regatones y buhoneros.

Los oficios citados en el ordenamiento son muchos: carpinteros, albañiles, tapiadores, alfayates (sastres), tundidores, acicaladores, orífices, zapateros, herreros, armeros, herreros de herraduras, freneros, silleros, maestros de hacer jubetes de armar, pellejeros y alfareros. Como vemos, predominan los oficios más primitivos y los relacionados con los dos grandes menesteres de la época: la agricultura, al servicio de la cual estaban carpinteros y herreros, y la guerra, que se servía de los armeros, acicaladores, silleros, freneros y maestros de hacer jubetes de armar, o encaminados a satisfacer las más elementales necesidades; caso de los albañiles, sastres, zapateros y alfareros. Sólo los orífices presentan un muestra de refinamiento y lujo.

Aparte de éstos, existían diversas disposiciones referentes a los obreros campesinos, que recibían nombres varios: quinteros, masegueros, mancebos de acémilas, peones, podadores, jornaleros y pastores, según su cometido.

Entre estos menestrales podemos establecer otra distinción interesante entre aquellos que trabajaban por su cuenta, que eran la mayor parte de los dedicados a oficios ciudadanos, y realizaban su faena con toda libertad, mientras que los de los oficios campesinos y algunos de los dedicados a tareas urbanas, carpinteros y albañiles de una manera especial, se veían obligados a hacerlo por cuenta ajena y en condiciones onerosas. Habla el ordenamiento de los que se suelen alquilar de sol a sol, con herramienta y vianda, «ganando un jornal de dos o dos y medio maravedíes».

La distinción antes señalada entre estas dos clases de menestrales queda patente en la parte penal del ordenamiento. Para los oficios más viles se establecía la pena de azotes cuando son transgredidas sus disposiciones. Para los otros oficios, la única pena es la multa. El sistema penal está basado en apreciar como única agravante la reincidencia, y de esta manera la primera vez que se comete un delito viene a ser satisfecho en casi todos los casos con veinte azotes y cincuenta maravedís; la segunda, con cuarenta azotes y cien maravedís, y la tercera, con sesenta azotes y doscientos maravedís. La distribución de la multa es la tradicional: una tercera parte para el que hace la denuncia, o el acusador; otra tercera parte para el juez o ejecutor, y otra tercera parte para el señor de la tierra o, como en el caso de Madrid, para la obra del adarve.

4.—NOTICIAS SUELTAS DE LOS SIGLOS XIV Y XV

Muy escasas noticias conservamos de esta época, y en realidad no son suficientes para formar un cuadro completo del desarrollo económico e industrial de la Villa en estas dos centurias. Justo en el momento que termina el siglo xv, el año 1500, y según se desprende de las Ordenanzas de la Villa, que estudiaremos más adelante, Madrid continuaba siendo eminentemente campesino; su vida económica, fundamentalmente agrícola; todas sus actividades industriales y comerciales, subordinadas y dependientes de las elementales necesidades de una población casi exclusivamente rural. Ni siquiera el cuerpo, no muy numeroso, de fijosdalgo perdía este carácter, pues la base fundamental de su influencia y de su poder eran las grandes posesiones, cuyo cultivo les proporcionaba la riqueza suficiente para mantener su elevada posición.

De las noticias conservadas, unas están incluídas en los cuadernos de Cortes, y quizá no tuvieran una aplicación muy inmediata y particular precisamente en nuestra Villa, y si las citamos aquí es por el hecho de que, conservándose entre los papeles que cuidadosamente guardó el antiguo Madrid estas disposiciones generales, parece no aventurado creer que fueron especialmente aplicables y aplicadas por el Concejo madrileño.

Una de las notas características de los ordenamientos de Cortes posteriores al de Valladolid de Pedro I, que acabamos de estudiar, es la queja continua de los procuradores, recogida constantemente en los ordenamientos, de que los campos castellanos se encontraban la mayor parte de las veces incultos y baldíos, mientras que muchos hombres desertaban de la labranza, andaban vagabundos y dedicados ya al comercio y a la arriería, ya viviendo de otras menos honestas ocupaciones. Así podemos observar en las Cortes de Briviesca de 1387 la prohibición contenida en su ordenamiento de que continúen sin trabajar aquellos que, como muy bien dice este texto, viven del sudor de otros «sin lo trabajar e merecer; mas aun, dan mal ejemplo a los otros que les ven hacer aquella vida, por lo cual dejan de trabajar e tórnanse a la vida de ellos e, por ende, no se puede hallar labradores e fican muchas heredades por labrar».

Ya anteriormente, en el cuaderno de Cortes celebradas en Burgos por el rey Don Juan I, se hacía constar que los procuradores expusieron al rey cómo en sus reinos andaban muchos hombres y mujeres baldíos, es decir, sin trabajar, pidiendo, o sea mendigando, y de otras maneras, algunas de las cuales no serían muy honradas, y que no querían trabajar ni aprender oficios, por lo cual se hacían muchos hurtos y robos y otros males por las tales personas. Todo esto daba como resultado el que muchas heredades quedarán yermas, y siendo todo esto deservicio o agravio a Dios y al pueblo, se pedía a Su Alteza remedios para tales males, y Su Alteza contestaba ordenando que todo hombre o mujer que fuera sano y que se encontrase en condiciones de trabajar fuera apremiado por los alcaldes de las ciudades, villas y lugares de sus reinos para que trabajasen o labrasen, o entrasen al servicio de señores, o aprendiesen oficio con que mantenerse, y que aquellos que fueran encontrados ociosos recibieran cincuenta azotes y fueran desterrados de los lugares en donde fueran encontrados.

Más adelante, en las Cortes celebradas en Madrid en el año 1433, fueron tomadas algunas providencias más directamente relacionadas con el comercio y la industria, basadas en principios de absoluta libertad, de acuerdo con una economía, como la de entonces, aun muy primitiva. Así, se disponía, al contestar a una de las peticiones

de los procuradores, que, salvo privilegio o costumbre en contrario, el comercio fuera libre en todas las ciudades y villas de su señorío, excepto la prohibición de que aquellos mercaderes que tuvieran sus tiendas dentro de las ciudades o villas pudiesen vender sus mercancías en los arrabales o afueras.

En otra provisión se dice taxativamente: «A esto vos respondo que el comprar y vender es en libre facultad de cada uno en tanto que no se haga en engaño de usura».

En las Cortes celebradas también en Madrid en 1435, se repiten disposiciones semejantes a las anteriores, y aparece asimismo alguna cosa nueva e interesante, entre ellas la cita de los cirujanos, alfages (o barberos) y albéitares (o veterinarios) y otros oficios semejantes. No falta la inevitable disposición en contra de los hombres y mujeres que, «lanzándose a pedir por Dios y dedicándose a otros oficios miserables, con intención de no trabajar, siendo personas aptas para ello, y pudiendo encontrar en el trabajo, con su soldada, mantenimiento y cuanto les fuera menester, andan, sin embargo, haciendo daño al pueblo honrado y comiendo el pan, holgando.» Los procuradores suplicaron al rey que se sirviera poner remedio a este viejo y endémico mal, y el rey se limitó a decir que se guardasen y ejecutasen las muchas disposiciones que sobre este asunto se habían ya promulgado con anterioridad.

Además de estas disposiciones de carácter general que acabamos de repasar ligeramente, nos encontramos con algunos documentos que de una manera especial se refieren a nuestra Villa de Madrid y en donde, incidentalmente casi siempre, se hace referencia a diferentes individuos, con expresión de su oficio o profesión. Dejando aparte aquellos casos más corrientes y menos interesantes para nuestro trabajo, en que se atribuye a los individuos el apelativo más genérico de pecheros, de labradores, de jornaleros, etc., podríamos citar como casos más notables: un documento del rey Enrique III, fechado en Illescas en 20 de diciembre de 1398, y en donde, con motivo de dirimir una querella entre la Villa y sus pecheros, se mencionan a Ferrant García, Nicolás García, Pedro González y García Alfonso, carniceros.

En la información testifical hecha ante el alcalde Francisco Martínez para justificar que un solar antiguamente destinado a baños, en la colación de San Pedro, era propiedad de Madrid, hecha en

15 de febrero de 1399, comparecen, entre otros, Diego García, jubetero; Ferrant García, alfayate; Diego Alfonso, buhonero, y Alfonso García, manguero. Estos dos últimos vuelven a aparecer posteriormente en otro documento fechado en Valladolid el 24 de febrero de 1405.

En una escritura de concordia otorgada entre la Villa de Madrid y el Real de Manzanares, con licencia del duque del Infantado, sobre comunidad de pastos y caza de una y otro, nos encontramos igualmente a Alfonso González, yerno de García Fernández, corchero; y en otro documento, una provisión de los contadores mayores de Enrique III, fechada en Madrid a 29 de noviembre de 1403, aparece un Guillén, carpintero, que había recibido de un mosén Juan Bardul 1.432 maravedís.

De otro tipo es la sentencia del licenciado Alfonso del Aguila, fechada en 1485, y en la cual encontramos por primera vez referencia directa y exclusiva a un asunto que, aunque no alude específicamente a la artesanía, tiene ya cierta relación con la vida económica ciudadana del Madrid medieval. Pónese en litigio la propiedad de las tiendas y portales que había construido en la plaza de San Salvador, de Madrid, un tal Diego González, sentencia que fué dictada a favor del dicho Diego González, y que tiene su antecedente más inmediato en una carta de Doña Isabel la Católica confirmando la licencia dada por su hermano Enrique IV para que se hicieran portales en la plaza de San Salvador, y que lleva fecha de 1476; asunto este del comercio en la plaza de la Villa que debió de ser muy debatido por aquella época, pues todavía nos encontramos con otra cédula de los Reyes Católicos, de 1494, en que se concede a Madrid facultad para hacer una derrama con destino a la construcción de portales destinados a la venta de comestibles. Todavía podríamos citar en torno a esta cuestión una provisión del Consejo de Castilla, de 1498, ordenando a la Villa de Madrid que permitiese asentarse los mercaderes fuera de la plaza del Arrabal (hoy Plaza Mayor), a la que, por lo visto, estaban circunscritos.

Finalmente, como provisión curiosa, que viene a completar el cuadro general descrito, está la de 15 de octubre de 1499, fechada en Granada, por la que se prohibía la tan discutida vagancia, circunscribiéndola en este caso a una raza que por aquella época había invadido gran parte de España: los gitanos.

5.—ORDENANZAS DE MADRID DE 1500

Como resumen de todo lo que anteriormente hemos dicho, punto final en cierto modo del desarrollo del Madrid medieval, podemos considerar la recopilación de Ordenanzas de la Villa de Madrid y su término, que, fechadas en 1500, fueron recogidas por el Concejo como borrador y resumen de todas las disposiciones que regían la vida ciudadana del Madrid de entonces. Están divididas en dos partes fundamentales, que presentan entre sí una diferencia radical.

Refiérese la primera y más extensa a todos los asuntos relacionados con lo que constituía base y fundamento de toda la economía, lo que era más importante para el orden y buena marcha de la vida de la comunidad madrileña: el campo.

De entre las disposiciones que constituyen la segunda, y que podríamos llamar hoy de policía urbana, vamos a destacar, por su extensión e importancia, las relacionadas con los corambreros y zapateros, y a estudiarlas en párrafo aparte.

No son, por lo demás, muy abundantes las normas que en estas Ordenanzas se recogen sobre la vida intramuros del Madrid de 1500. Una vez más hemos de repetir que los habitantes vivían sin duda cara al campo: en él tenían puesto su tesoro y su corazón, de él se alimentaban, en él pasaban la mayor parte del tiempo, de él dependían sus fiestas y sus diversiones, y, en una palabra, todo lo que pasaba en las calles y en las plazas, y aun en las casas, estaba condicionado por lo que ocurría en los sotos y en los ejidos. Las autoridades de la Villa tenían que esforzarse para convencer a sus vecinos de que convenía que los cerdos no anduviesen por las calles ensuciando su pobre y desigual pavimento y haciéndolas perder el poco rango y distinción que poseían.

Así, pues, dejando a un lado algunas disposiciones encaminadas exclusivamente al aseo y verdadera policía de la Villa, vamos a señalar aquellas normas, no muy abundantes, relacionadas con el comercio y con la industria.

La preocupación fundamental que se refleja en estas Ordenanzas es la exactitud y rigor en los pesos y medidas, encontrándonos

un sistema bastante desarrollado de contraste y seguridad de los mismos, garantizado todo ello por las dos visitas anuales que preceptúan las Ordenanzas y las penas pecuniarias que se imponen a los transgresores de estas medidas. Como es bien sabido, la incertidumbre en cuestión tan importante podía producir sin duda grandes daños para la población. Desde antiguo, no ya sólo los Concejos, sino también las autoridades nacionales, intervinieron en aquellas cuestiones, y bien conocido es que en Burgos y otras de las principales ciudades se encontraban los patrones de la vara castellana, del celemn, de la libra, etc. Cada ciudad poseía sus patrones, que se guardaban bajo la custodia de los fieles (uno de los principales oficios del Concejo), y de esta forma se conseguía que, uniformando los pesos y medidas, quedara a salvo la buena fe de los compradores.

Queda manifiesta la importancia que para el mantenimiento de los madrileños tenía en aquella época la carne, por la cita frecuente y abundante de los carniceros, y es notable el cuidado extraordinario en conseguir una recta distribución del pan, pues las primeras disposiciones se refieren de una manera especial a los panaderos. Quedan bien patentes las medidas tradicionales en este sentido: que el pan no se dé falto de peso; que tenga precio cierto y equitativo, según tasa; que sea de buena calidad, y que el abasto esté garantizado en todo momento. De una manera particular nos interesa la última disposición, en que se renueva la facultad concedida a toda persona no vecindada en la Villa para vender en la plaza el pan que considerase oportuno, sin más limitación que el que su peso, dos o una libra, fuera exacto y cumplido.

El comercio por menor, o más bien muy por menor, lo hacían en la Villa los regatones, bodegoneros y fruteros, y, como aun ocurría en el siglo xix, los mesoneros, de los cuales se ocupan también, con medidas de sabia policía, estas Ordenanzas.

Oficios de menestrales propiamente dichos sólo encontramos dos, regulados en este cuerpo de disposiciones. Se habla de los alfareros, y dentro de éstos solamente de los que fabrican ladrillos, adobes y tejas, reglamentándose su fabricación para conseguir buenos materiales de construcción.

También preocupa al legislador el trabajo de los cereros y la buena calidad de los materiales empleados en la fabricación de las

candelas de sebo, que por lo visto habían de ser la base del alumbrado madrileño.

Habiendo pasado revista, aunque ligeramente, a estas Ordenanzas, y comparando sus disposiciones con las contenidas en otros documentos anteriormente estudiados, si pensamos sólo por un momento que después del Fuero son éstas las únicas disposiciones un poco importantes que se refieren exclusivamente a Madrid, dado el valor muy relativo del ordenamiento de menestrales de Pedro I y de las disposiciones contenidas en los cuadernos de Cortes a que nos hemos referido anteriormente, podríamos sacar las siguientes conclusiones:

En primer lugar, el desarrollo económico de Madrid se había realizado casi exclusivamente en la línea agraria. Madrid y su tierra habían tratado de extraer a campos no muy pródigos de la comarca todo el fruto posible. Los bosques, las dehesas, los campos de cereales y las viñas constituían probablemente la mayor riqueza, aunque los primeros estarían posiblemente, en su mayor parte, en manos de grandes señores. La riqueza de los madrileños sería sobre todo los ganados, y junto a ésto, el producto más codiciado de los campos españoles: el pan, casi siempre de trigo y cebada, a partes iguales.

La artesanía, en cambio, no sólo no había progresado, sino que, en cierto modo, se encuentra menos desarrollada en esta época que trescientos años antes. ¿Cuáles habían sido las causas de este estacionamiento, por no decir retraso? La mayor facilidad de los transportes y la mayor seguridad de los caminos habían hecho más activo el comercio interciudadano. De esta forma, las grandes capitales industriales podrían exportar sus productos con detrimento de las pequeñas industrias locales. No sería aventurado pensar que ésta, y no otra, es la razón de ver desaparecida en 1500 la industria textil madrileña, que se nos presenta en el Fuero con un desarrollo bastante considerable.

De acuerdo con el panorama general de la vida española, podemos pensar que en Madrid se encontraban perdidos entre la gran población labradora—señores y criados—el físico, el cirujano, el albéitar, el maestro de gramática y algún que otro bachiller. Venían a continuación los honrados artesanos, entre los cuales destacaban, como la rama más poderosa de la artesanía, los que trabajaban el

cuero, y junto a ellos un pequeño grupo de mercaderes, casi todos dedicados al tráfico de abastecimientos. Por lo demás, en las ferias, los mercaderes forasteros, especialmente segovianos, traían a la Villa toda clase de objetos y chucherías.

El cuadro económico de la artesanía y demás profesiones, oficios y tratos del Madrid de 1500 no está completo, como puede suponerse, en las Ordenanzas que acabamos de comentar. Sin embargo, no están muy alejadas de la verdad las conclusiones que de su estudio pueden obtenerse.

6.—LOS ZAPATEROS DE LA VILLA EN 1500

Debemos suponer que mientras otros oficios desaparecían o se desarrollaban lenta y penosamente, la fabricación del cuero adquirió una importancia tal en nuestra Villa, que pronto hubieron de ser adoptadas las medidas pertinentes para organizar el abundante tráfico de esta mercancía. Queremos también suponer que, dada la desproporción que observamos entre el fomento de otras industrias y el magnífico estado en que se encuentra ésta, muchos de sus productos habían de ser dedicados a la exportación, y los cueros madrileños llegarían a tener una verdadera importancia y fama, no ya en las comarcas próximas, sino en toda Castilla.

Dentro de las Ordenanzas anteriormente comentadas, aparece la primera regulación de este oficio, la más antigua entre todas las que conservamos. Se ha utilizado el patrón general de la organización de los oficios en las grandes ciudades y villas; pero sin constitución de gremio y adoptando sólo en parte las rígidas medidas de la ordenación gremial. Podemos, sin embargo, saludar en esta disposición el primer atisbo corporativo en la vida artesana de Madrid.

Efectivamente, la primera disposición establece claramente que cada año han de ser nombrados dos veedores de dicho oficio¹. Aunque el nombramiento corresponde al Ayuntamiento, éste no

¹ Es curioso anotar la diferencia entre las palabras elegir y nombrar. Dice el documento que los veedores han de ser nombrados por los oficiales vecinos de la Villa, y elegidos por el Ayuntamiento. En nuestro lenguaje moderno diríamos, con menos propiedad, lo contrario: elegido por sus compañeros y nombrado por el Ayuntamiento.

hace otra cosa que aprobar la nómina presentada por todos los oficiales zapateros vecinos de la Villa, que han de reunirse precisamente en el mes de enero y elegir a dos entré ellos, «hábles y suficientes para el dicho oficio». Los veedores no entraban en posesión de su cargo hasta haber hecho juramento en forma que usarían «bien e fielmente de los dichos oficios».

Además, al final de estas Ordenanzas, después de especificar a quiénes obligan, es decir, zapateros, curtidores y zurradores, establece que ningún oficial de zapatero, ni chapinero, ni borceguinero pueda poner tienda «sin que primero sea examinado por dos personas nombradas por el justicia y vecinos de la dicha Villa, y porque estos examinadores sean hábiles y suficientes, que los oficiales del dicho oficio, vecinos de la dicha Villa, nombren por el mes de enero de cada año dos oficiales que tengan el dicho cargo y en el dicho Ayuntamiento sean recibidos y juren de usar bien e fielmente el dicho oficio de examinadores»; etc.

El oficial, al ser examinado, debía pagar por su trabajo y por la carta de examen cuatro reales para ambos examinadores. Todo el que pusiera tienda sin ser examinado, habría de pagar 1.000 maravedís por cada vez que usase del oficio, repartidos según costumbre.

Podemos observar claramente los dos elementos sustanciales de las Ordenanzas de un oficio: los dos veedores para vigilar el cumplimiento exacto de las Ordenanzas relativas a la perfección de la obra, y los dos examinadores, pieza maestra para regular, impedir y habilitar el uso del oficio. El hecho de que unos y otros fueran nombrados por los oficiales zapateros demuestra que tenían cierta conciencia de cuerpo.

Es interesante hacer notar la diferencia entre los curtidores y zurradores, sujetos solamente a los veedores, y los zapateros, chapineros y borceguineros, artesanos del más difícil y artístico oficio, obligados, además, al trámite del examen.

La mayor parte de las Ordenanzas, sin embargo, regulan el trabajo de estos artesanos. Con una minuciosidad extraordinaria se especifican todas las labores necesarias para la preparación de las corambres, confección de los diversos géneros, zapatos, botas, pantuflos, chinelas, chapines, botines y las mil y mil clases de zapatos que la complicada moda del siglo xv había puesto en circulación.

No hemos de suponer en estas disposiciones un exclusivo fin de policía y de defensa de los legítimos intereses de un vecindario consumidor. Creemos adivinar en estas Ordenanzas un elemento nuevo, de gran importancia: es la mano de los técnicos, que si ha intervenido en la redacción de estas disposiciones, ha debido de ser ante todo con el fin de preservar su arte de la decadencia, de conservar su prestigio y de poder garantizar la bondad y excelencia de los artículos en una época en que la fama de los mismos no estaba circunscrita a una marca o firma industrial, sino vinculada a un determinado lugar, en este caso la Villa de Madrid. Hemos de pensar que al Concejo madrileño y al vecindario no les interesaba de una manera especial «que los botines que fueren de pieza de cordobán lleven las lengüetas de cordobán y no de badana», o «que los pantullos o chinelas que llevaren las palmillas de pieza sean aforrados», o «que los cordobanes tapetados se hagan blancos por la flor». Esto era ante todo interesante para los técnicos del oficio, que buscaban de una manera especial acreditar su industria. Las disposiciones de este tipo, por ello, son numerosas y constituyen la parte más notable de estas Ordenanzas.

Finalmente, y entre éstas, hay también algunas normas relativas a la distribución de las corambres y la primacía de los zapateros de la Villa en sus compras, así como la regulación de aquellas medidas encaminadas a la garantía de los géneros con su presentación a los vendedores del herrete o marca de las badanas y cordobanes.

7.—ORDENANZAS DE LOS CEREROS

Don Fernando y Doña Isabel, estando en Santa Fe, a 25 de febrero de 1492, habían promulgado Ordenanzas para los cereros, dirigidas a «todas las cibdades, villas e logares de estos nuestros reynos y sennoríos». Madrid debió, por tanto, recibirlas y promulgarlas. Debieron también interesar al Concejo y al vecindario; pero su cumplimiento no debió ser muy exacto.

Aprovechando la estancia de los reyes en Madrid, el Concejo solicitó de Sus Altezas «que porque la dicha nuestra carta e premática sanción mejor fuese guardada e cumplida como en ella se con-

tiene, que le mandásemos dar nuestra sobrecarta della». La nueva carta tiene fecha de 30 de noviembre de 1502, y contiene sin modificación las Ordenanzas de diez años antes.

Todo esto nos indica que la disposición primitiva, aunque dirigida con tanta generalidad, sólo fué aplicada y aplicable en algunas ciudades y villas. Pensemos en seguida en las más pobladas, industriosas y de comercio más desarrollado. Madrid se encontraba en el límite, y probablemente surgirían en la Villa las dos opuestas opiniones. Los interesados creerían que la disposición no debía tener vigencia, mientras el Concejo se esforzaría en mantenerla. Diez años más tarde, éste aprovecharía una ocasión favorable para ganar definitivamente la partida a los de contraria opinión.

Prueba de ello es que la pena de 10.000 maravedís de multa con que se castigaba a los Concejos culpables, bien se desprende de la segunda carta, que, aun merecida, no fué aplicada a la Villa. Muestra de que en el ánimo del legislador no estuvo la generalidad expresada.

Llámanse en estas Ordenanzas cereros, candeleros y oficiales de labrar cera y sebo a los que fabricaban hachas, «e cirios e candelas». Se deduce bien claramente una relación entre los nombres de cereros, que labran cera y fabrican hachas y cirios, y candeleros, que labran sebo y fabrican candelas. Ambos oficios van, naturalmente, unidos.

El alumbrado doméstico no sería seguramente el fin principal de estas labores, ni gastaría lo mejor de sus productos. Sospechamos que la abundancia de fiestas religiosas y la devoción popular consumía gran cantidad de hachas y cirios, y aun candelas. Madrid, aun no siendo ciudad episcopal, se nos presenta en esta época, con sus diez parroquias, su media de docena conventos y sus abundantes ermitas, capillas e imágenes, como lugar de abundante vida religiosa.

Las disposiciones contenidas en estas Ordenanzas podemos agruparlas en tres secciones distintas.

En primer lugar, consideraremos algunas normas relativas a la calidad del trabajo. Son éstas no escasas, si bien sencillas, pues no más complicación tenía el oficio. Se dispone cual sea la calidad de la cera, blanca o amarilla, y la forma de trabajarla. Disposición análoga existe para el sebo. Se prohíben los pábilos de cáñamo, y se

ordena que sean de lino bien hechos. Finalmente, se castigan severamente los fraudes, ya la mezcla de cera y sebo, ya la fabricación de las piezas con materiales de diversa calidad, colocando por fuera buena cera o buen sebo, bien trabajados, y por dentro cera o sebo deficientes, aguados o mal cocidos.

El segundo tipo de Ordenanzas lo representan tres disposiciones referentes al comercio de esta mercancía. Se prohíbe severamente a los que no tengan tienda propia. Y se regula el comercio de la cera por mayor, evitando los dos abusos que al parecer estragaban el buen orden y legítima competencia: el acaparamiento de géneros y la ocultación de los mejores, con destino a otras ciudades de mayor importancia.

El tercer grupo está formado por aquellas disposiciones que realmente podemos llamar gremiales, aunque ni la palabra ni aun la verdadera asociación aparezcan en las Ordenanzas; consideraremos en ellas, sin embargo, los siguientes elementos, característicamente gremiales:

Como piedra fundamenal, sostén y base de todo el ordenamiento, se encuentra la institución de los veedores. Serán dos, elegidos por todos los oficiales «cada un anno». Esto supone mucho, aunque aparente poco. Supone convocatoria de oficiales, reunión o junta, elección y, si aun pasamos más adelante, asociación, representación y gestión de negocios. El único requisito que se señala a los veedores para entrar en posesión de su cargo es el juramento. Tan importante es este requisito, que el no hacerlo está penado con privación del oficio y fuerte multa. El Concejo era el organismo encargado de recoger este juramento.

Principal misión de estos veedores era examinar a «los oficiales del dicho oficio que quisieren nuevamente poner tienda en la tal ciudad o villa», y a «los oficiales que hoy día son en el dicho oficio que tienen tienda desde cinco annos a esta parte, contados desde hoy día de la data desta carta». Los exámenes habían de hacerlos los veedores acompañados de otros dos oficiales, elegidos por ambos. No sabemos, sin embargo, detalles, pues las Ordenanzas dejan al arbitrio de los examinadores el lugar, forma, materia, procedimiento y honorarios del examen. Sólo, y de una manera clara, se prohíbe tener tienda a los que no se hallasen examinados, y aun se manda quitarla a los que no consiguiesen ser aprobados.

La otra actividad de los veedores es de tipo fiscal, y completa así el cuadro de su funcionamiento previsto en estas Ordenanzas. Los veedores, en cierto modo funcionarios públicos, se convierten en inspectores de su oficio, y tienen a su cargo el cumplimiento de las Ordenanzas relativas al buen orden del comercio y a la legitimidad de la mercancía. Para conseguir esto, existen los procedimientos de la denuncia y el aviso, recibidos ambos por los veedores, y otros dos que veremos de manera especial a continuación.

Los veedores quedan facultados para visitar las tiendas de los cereros siempre que lo crean oportuno, y obligados a hacerlo tres veces al año. Una, en pleno hervor de festividades vernales, hacia el Corpus, la gran fiesta procesional. Otra, en pleno otoño, alrededor de las fiestas de noviembre, cuando la devoción por las «ánimas» llena los templos de abundante cera. La última, en Cuaresma, época expiatoria y preludio de festejos primaverales.

La visita ha de efectuarse con rectitud y cortesía. Ni engaño, ni violencia. El visitado jura enseñar todas sus existencias. Y el visitante las examina y aquilata. Si hay perjurio o fraude, el veedor impone una pena. Si no, suponemos que todo acabaría con el trasiego de unos vasos de «bon bino».

Queda como nota ingenua el exigir secreto previo en las visitas; y se trasluce la secular desconfianza en el sexo femenino cuando se especifica «no lo descubrirán a nadie, ni aun en sus casas». Primitivo, pero eficaz procedimiento para que una inspección resulte eficaz.

Dentro de este tipo de disposiciones, no queremos olvidar que se ordena a los cereros colocar en las piezas de más de un cuarto de libra «su sello e marca», disposición que contribuiría a dar personalidad a los oficiales de este arte.

La organización penal se basa en un sistema de penas pecuniarias: multas a veces cuantiosas, otras más reducidas. Aparecen también las otras tres penas que ya veremos constantemente: pérdida de la obra fraudulenta, privación del oficio y prohibición de ejercer el arte. La reincidencia se castiga con multa doble, y la segunda reincidencia, con el cuádruple. En la aplicación de las multas extraña la generosidad de la Corona, que quedaba excluida de participar en ellas: un tercio para el acusador y los dos tercios restantes para los Propios de la Villa.

8.—ORDENANZAS DE LOS PELLEJEROS

También conservamos sobrecarta de unas Ordenanzas de pellejeros promulgadas por los Reyes Católicos. Su estructura es parecida a la de las Ordenanzas de los cereros, de las cuales acabamos de hablar. Efectivamente, con fecha 20 de marzo de 1503, la Reina Católica promulgaba unas Ordenanzas regulando la vida de este gremio en todos sus reinos. El Ayuntamiento de Madrid conserva sobrecarta con fecha 25 del mismo mes y año, y hemos de suponer que en este caso no surgiría la controversia a que nos hemos referido en el caso anterior. No nos extraña, puesto que, como llevamos dicho, la industria de las corambres era la más importante de la Villa, y por ello nos parece lógico que hayan sido éstas, entre todas las promulgadas por los Reyes Católicos, casi las únicas que el Ayuntamiento conserva. Además, la sobrecarta suponemos que, aunque no se especifique, sería enviada particularmente a la Villa, teniendo en cuenta de cuánta aplicación habían de ser en ella estas Ordenanzas.

Se les llama «mercaderes e pellejeros e aforradores», y en alguna ocasión parece ser que puede leerse en el documento la palabra *pelleteros*, en lugar de la de *pellejeros*. Se trata, sencillamente, de los que luego han de recibir los nombres de *odrerros* y *boteros*, y fabrican *pellejos*, *odres* o *botas*. El oficio, pues, como se ve, dependía en mucho del de los *curtidores*, estando subordinado a la provisión que de la materia prima, el *cuero*, facilitarán éstos. Como es natural, esto nos ha hecho suponer el desarrollo de esta industria *madrileña*. En épocas posteriores podemos recoger nombres de calles bien significativos: *Ribera de Curtidores*, *calle de Boteros*, de *Pellejeros*, etc.

Ya hemos dicho que el esquema de estas Ordenanzas es análogo al de otras de la época. Efectivamente, no se instituye propiamente la creación de ningún organismo corporativo, y solamente, repetimos una vez más, la necesaria reunión para la elección de oficios; la conciencia de organismo cerrado que producía la práctica del examen, y los incidentes que necesariamente habían de surgir en la

aplicación de las Ordenanzas están, aunque en embrión, relacionadas con una organización posterior más desarrollada.

Establecían las Ordenanzas la elección de veedores. Dicen que han de ser elegidas «dos personas de buena presencia e fama» por todos los oficiales pellejeros, y que después de hecho el juramento oportuno delante del Regimiento o Cabildo de la ciudad o villa, en este caso el Concejo madrileño, entran en el ejercicio de sus funciones, que han de durar un año.

El requisito del juramento es, como siempre, el más importante, y el no efectuarlo da origen a la anulación de la elección y multa de 2.000 maravedís, pudiendo el Concejo elegir otros nuevos.

También los pellejeros, a pesar de que su oficio no era ni mucho menos de una complicación extraordinaria, antes bien, uno de los más sencillos, consiguieron en esta real carta el privilegio del examen, y así se ordenó que ningún oficial pudiera poner tienda nueva sin haber sido antes examinado de su oficio.

Los examinadores habían de ser los mismos veedores, lo cual indica que estaban dispuestos a no prodigar mucho estos exámenes o a simplificarlos de manera extraordinaria.

Dentro del requisito del examen quedaban no solamente los que en lo futuro quisieran establecerse, sino también los que lo habían hecho en los últimos cinco años. Los derechos de examen eran módicos: un real para los veedores, sin que el nuevo examen hubiera de pagar nuevos derechos.

Los veedores se encontraban obligados a visitar las tiendas de sus compañeros de oficio por lo menos dos veces al año, y aun más veces si así lo creyeran necesario. La visita se había de hacer según era tradicional. Los veedores, entrados en la casa o tienda del pellejero, le pedían juramento sobre las obras que tenía guardadas; el oficial las mostraba, y los veedores las examinaban con todo detenimiento, a fin de determinar si estaban hechas con arreglo a las Ordenanzas, y caso de encontrarlas defectuosas, establecían la pena oportuna.

Nos encontramos la misma curiosa disposición que hemos ya examinado en las Ordenanzas de los cereros, relativa al secreto de las visitas, exigiendo que los veedores «no lo descubran a nadie, ni aun en sus casas».

El resto de las Ordenanzas, como es ya acostumbrado, se refiere

a las normas oportunas para garantizar la buena marcha del oficio. Entre las disposiciones relativas a la preparación de los cueros y fabricación de los pellejos se hallan otras referentes a su comercio, que parece ser la preocupación máxima del legislador de estas Ordenanzas. Tanto el abastecimiento de materias primas para los pellejeros como su distribución y su uso están plenamente regulados. Como nota curiosa podemos señalar aquella en que se ordena «que si a algún pellejero faltare pellejería para usar de su oficio e otro oficial tuviere demasiado del que obiere menester, que sea obligado de se la dar por el precio que fuere justo a la vista de los veedores». Un buen ejemplo de solidaridad gremial, aun sin constar la existencia del gremio.

9.—LOS HERREROS

Ya nos hemos extendido en otras ocasiones considerando en la evolución de Madrid, como factor decisivo y de primordial importancia, su carácter agrícola y la base campesina de toda su vida económica. Hemos hablado también de cómo los oficios relacionados con la agricultura son los primeros que aparecen con vida propia y desarrollada, aparte de aquellos que constituyen la más elemental e imprescindible satisfacción de nuestras necesidades. Entre todos éstos nos hemos encontrado ya a los herreros en todas las ordenaciones, desde la más antigua del Fuero hasta la más moderna de las Ordenanzas madrileñas, herreros cuya labor quedaría circunscrita probablemente a calzar arados, fabricar hoces, guadañas y demás instrumentos de labranza, y calzar toda clase de caballerías.

Estas dos diferentes labores fueron separándose poco a poco y diferenciando dos oficios distintos. Por una parte, los herreros propiamente dichos, y por otra, los herradores, que se dedicaban a la última de las tareas apuntadas. Probablemente, en los comienzos del siglo xvi se encontraban estas dos funciones totalmente diferenciadas. El no encontrar las Ordenanzas de los herreros no es de extrañar, puesto que su arte no necesitaba de reglas rigurosas, ni la competencia había de ser excesiva. Sin embargo, hemos querido hablar de ellos por conservar una noticia de verdadera importancia

y que nos puede proporcionar, por extensión, una idea algo aproximada de lo que serían algunos oficios de los existentes en nuestra Villa.

Se trata de una provisión de la reina Doña Juana, hija de los Reyes Católicos, dada en la villa de Valladolid a 24 de octubre de 1514, confirmación de disposiciones anteriores, en especial de otra del rey Don Fernando, su padre. Otorga Doña Juana esta provisión a petición de Francisco de Herrera, vecino y regidor de la Villa de Madrid, y procurador en este asunto de la Villa. La disposición está dirigida al corregidor de Madrid, y en ella se ordena que los oficiales herreros «dándoles la dicha Villa casas en la calle de Puerta Cerrada, tengan en ella sus tiendas e no les consientan que las tengan ni labren en otra parte ni calle de la dicha Villa». El motivo de esta disposición, según se expresa en su texto, es el temor de que, produciéndose un fuego en el taller o herrería, cosa, dada la índole del oficio, nada extraña, se propagase a los edificios vecinos, y el que los compradores podrían hallar lo que hubiesen menester con más facilidad encontrando juntos a todos los oficiales del mismo arte, y aun suponer que de esta forma la competencia sería estímulo para que los herreros se esforzasen en realizar sus obras con mayor esmero. Es decir, que vemos en esta disposición, al parecer tan intrascendente, reflejada la gran preocupación que ha producido todas las Ordenanzas de esta época: la mejora de la calidad de los productos. Los herreros se resistían a dar cumplimiento a esta disposición, y durante varios años disputaron con el Concejo.

Alegaban los oficiales motivos especiosos, y en realidad se trataba únicamente de defender posiciones ya conseguidas. Las casas que la Villa les proporcionaba, hechas para acrecentar sus Propios, no tendrían posiblemente las condiciones de que gozaban las que en aquellos momentos disfrutaban. Por otra parte, la situación de sus tiendas habría de ser, por motivos de vecindad, casi siempre determinante de la mayor parte de su clientela.

No sabemos si la orden llegó a cumplirse con exactitud, y aunque con posterioridad a esta fecha podemos observar abundantes casos de localización de oficios, entre ellos el nombre actualmente conservado de plaza de Herradores en sitio bastante diferente al que en esta disposición se asigna a los herreros, no sabemos si en este caso fué llevado efecto el deseo de la Villa y la orden de los monarcas.

De todas maneras, cabe observar, como nota curiosa de esta disposición, el hecho de que las razones que se alegan para la localización y acuartelamiento de los herreros no están defendidas, como en casos análogos, por el gremio o por el conjunto de los oficiales. No se trata de una doble imposición de éstos a sus clientes y a sus miembros o compañeros, sino que es más bien una medida de policía, basada, como ya hemos dicho, en un doble motivo: por una parte, medidas de seguridad, y por otra, imitando a otras ciudades con más abolengo gremial, la fiebre reguladora de la industria que se apoderó de los Concejos en esta época.

10.—LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES¹

La intervención de Madrid en la guerra de las Comunidades estuvo condicionada por la influencia de Toledo. No vamos hacer un estudio de tales hechos, cosa totalmente ajena al asunto que nos ocupa; pero sí nos parece oportuno hacer un ligero resumen de los sucesos ocurridos.

Poseemos alguna noticia del descontento que produjeron en Madrid las primeras medidas de gobierno del nuevo rey Don Carlos y las incertidumbres que surgieron cuando éste decidió titularse rey en vida de su madre, y cuando, más adelante, rodeado por una camarilla extranjera, abandonaba la Península para postular y conseguir al cabo la corona imperial.

Como acabamos de decir, fué Toledo, y concretamente una carta del Concejo de la gran ciudad castellana, la que colocó a la Villa en la crítica situación de decidirse, tomando las armas en favor o en contra de los que suponían defender los derechos de Sus Majestades, desobedeciendo y atacando a sus representantes y solicitando del ya emperador, y en especial de su augusta madre, la *verdadera* reina Doña Juana, protección para los abusos y atropellos que come-

¹ Los documentos referentes a la intervención de Madrid en la guerra de las Comunidades, y que se conservan en nuestro Archivo, fueron publicados por D. Timoteo Domingo Palacio en el tomo IV de los *Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid*, páginas 263 y sigs., acompañados de un estudio sobre los mismos debido el conocido madrileñista D. Carlos Cambronero, titulado *Reseña histórica del alzamiento de Madrid*, página 449.

tían los extranjeros, que habían arrebatado los mejores cargos y prebendas.

El corregidor de Madrid, licenciado Astudillo, era lo suficientemente impopular para que, a pesar de su carácter, le fuera difícil conservar el orden en la Villa. Reunió el Concejo, y a pesar de dar su opinión con toda sinceridad y firmeza, no consiguió que los regidores secundaran su actitud. Ya entonces se insinuó la conveniencia de entregar la carta al procurador de los pecheros, Juan Vázquez, para que éstos dieran su opinión sobre cuestión tan importante. No sabemos exactamente lo que ocurriría en Madrid en los tres días siguientes a esta sesión, que tuvo lugar el 15 de junio de 1520. Lo cierto es que el 18 tomaba posesión el que podemos llamar Ayuntamiento revolucionario, destituido el corregidor y encargándose del mando supremo un justicia llamado Zapata.

Nos interesa hacer constar que este Ayuntamiento estaba compuesto por varios regidores, representantes del estado noble, que llevan los apellidos todos ilustres de Luzón, Zapata de Cárdenas, Herrera, Losada, Ramírez y Laso, junto a los cuales se sentaron otros representantes de los Luján, Vargas, etc. Al lado de éstos, y en representación del elemento ilustrado, los bachilleres Castillo y Vera, y como representantes de los pecheros, Juan Vázquez Raso, su procurador y sexmero; Pedro de Madrid, Bernardino Vivero, Juan de Madrid, ropero; Ayllón, cuchillero; Jerónimo Hernández, herrero. Como complemento de todo este abigarrado conjunto, un religioso llamado fray Bernardino.

A partir de este momento, y hasta el 15 de mayo de 1521, en que las tropas del emperador entraban en el Alcázar después del desastre de Villalar, y el emperador nombraba a D. Martín de Acuña nuevo corregidor de la Villa, los insurrectos dominaron por completo a Madrid. En este año escaso de su dominio actuó como justicia mayor y alcaide de la fortaleza, es decir, cuantos cargos suponían mando y autoridad, el bachiller Gregorio del Castillo; pero la figura relevante, y probablemente el alma de toda la insurrección, fué el famoso Juan Negrete, personaje oscuro, cuya actividad, sin embargo, fué considerable, sirviendo de enlace con las Comunidades de Toledo y Segovia y la Junta Santa de Avila.

De lo ocurrido en esta época, lo más importante es la famosa defensa del Alcázar, dirigida por la esposa de su alcaide, la vale-

rosa doña María de Lago; la intervención de la Villa en las operaciones militares con 500 hombres y algunas lanzas, y, finalmente, el desbarajuste económico que produjo en Madrid la disparatada política de Negrete, las continuas requisas, préstamos e incautaciones y el abandono en que muchos menestrales dejaron sus oficios.

Nos interesa llamar la atención en primer lugar de la intervención de los menestrales en el alzamiento. Aparentemente, el movimiento agrupó a individuos de todas las clases sociales. Sin embargo, pronto debió de quedar mantenido fundamentalmente por un grupo de animosos menestrales. Los nobles, teniendo mucho más que perder, sofocarían rápidamente sus impulsos, y, como en el caso de D. Francisco de Vargas, el alcaide del Alcázar, quedarían de todas maneras a las órdenes del emperador. Sólo algunos idealistas habrían de servir de cabeza a los ignorantes menestrales. Entre ellos no dudamos en poner al bachiller Castillo, cabeza visible de la insurrección, y que pronto debió de adoptar una actitud conciliadora, que le valió una extrema benevolencia en su proceso.

Pasaremos ahora revista a algunos documentos que nos proporcionan noticias de interés sobre la intervención de los menestrales en este estado de cosas.

Entre los documentos conservados destaca, por las curiosas noticias que sobre los vecinos madrileños ofrece, un estado de la distribución de armas a los vecinos de las diversas parroquias de la Villa. Son muy abundantes en ellos las referencias de los individuos que ejercían diversas profesiones y oficios, de los cuales haremos un ligero bosquejo.

Parroquia de San Miguel: Pedro de Madrid, mercader, diputado; Juan de Madrid, boticario, diputado de la parroquia; Juan Serrano, chapinero.

Parroquia de San Salvador: Francisco de Madrid, cambiador, diputado.

Parroquia de Santa Cruz: Fernando de Madrid, cambiador, diputado; Andrés de Madrid, vainero, diputado.

Parroquia de Santiago: Alonso Dávila, tejedor; Alonso, artesano de Fuente de la Poza.

Parroquia de Santa María: Alonso de Liévana, artesano; Francisco Fidalgo, artesano; Juan de Aranda, artesano.

Parroquia de San Martín: Juan Gallardo, tejedor; Alonso de Salamanca, carpintero.

Otro documento no menos interesante es un abultado cuaderno, en donde constan las relaciones personales y abono de haberes de las personas que intervinieron en la lucha. En él podemos observar también algunos nombres que llevan a continuación la indicación de su oficio, entre ellos los siguientes: Torres, cirujano; Gaspar, zapatero; Villegas, pintor; Rivera, pintor; Alonso de Madrid, cintero; Marqués, cintero; un cordonero cuyo nombre no se hace constar; Francisco, dorador.

Hemos consignado únicamente aquellos nombres que van seguidos de la indicación de oficio o profesión. Sin embargo, cabe suponer, por la índole de muchos de ellos, que la intervención de los menestrales madrileños en la guerra de las Comunidades fué verdaderamente importante. Aunque en los puestos más destacados al frente de cada una de las escuadras, en las Diputaciones de las parroquias, etc., encontramos por regla general nombres de caballeros y nobles que llevaban los apellidos suficientemente conocidos de Luján, Herrera, Luzón, etc., sin embargo, hay en algunos de estos cargos, y sobre todo en los subalternos, abundantes personas dedicadas a las artes y oficios industriales. De entre los oficios reseñados no encontramos casi ninguno nuevo. Sólo los cinteros y cordoneros nos hacen pensar en el futuro desarrollo que la industria de pasamanería hubo de tener en nuestra Villa una vez instalada en ella la Corte.

ENRIQUE PASTOR MATEOS.

MADRID EN EL TEATRO DE TIRSO DE MOLINA

TIRSO Y MADRID

Fray Gabriel Téllez, madrileño, pasó en la Villa y Corte de las Españas bastantes años de su vida. No sólo habían de atraerle hacia nuestra ciudad el cariño que experimentamos hacia la patria chica, los recuerdos de la niñez, la constante frecuentación de lugares y personas, sino los estímulos que en general actuaban sobre los españoles que desde todas las provincias y desde la lejanía de las Indias acudían a sumergirse en el océano de la capital de tan inmenso Imperio. La atracción que ejercía el monarca, de cuya veneración hacíase culto, y las seducciones de la vida cortesana, el contacto y relación con los poderosos, la encrucijada de vidas y fortunas, la mezclada sociedad en que convivían hidalgos y tahures, nobles y aventureros, damas y cortesanas, gentes de todos los oficios y condiciones, el hecho de ser Madrid el núcleo y centro nervioso de tan extensos territorios, el lugar donde podía ser estimado el mérito y salir triunfante la intriga; todo ello, que ejercía indudable fascinación sobre los españoles de los siglos *xvi* y *xvii*, no podía dejar de atraer al autor de *Marta la piadosa*. Pero, además, el fraile Téllez era también el poeta Tirso de Molina, y Madrid, centro y cogollo de la farándula, con sus corrales y mentideros henchidos de autores y representantes, dispensadores con sus vítores de la efímera gloria escénica, no podía menos de ser imán del famoso mercenario.

Un creador, como Tirso, que había de elegir ambientes y lugares en que afirmaran el pie en sus comedias sus galanes y sus damas,

no podía olvidarse de Madrid, y había de utilizarlo como escenario de varias de sus obras. Es interesante comprobar cuál es la actitud que toma Tirso de Molina al elegir Madrid como escenario de sus comedias, y comprobar si en estos ambientes madrileños existe alguna nota peculiar. Cuando fray Gabriel Téllez elige un lugar de Madrid para situar en él una o varias escenas, ¿procede de igual modo que en las ocasiones en que coloca el lugar de la acción en otra ciudad española, Zaragoza o Sevilla, o en lugares extraños, más o menos remotos, como Saluzzo, Praga o Nápoles? Y además, ¿qué lugares madrileños son, a juzgar por sus comedias, predilectos de Tirso, o al menos considerados por él como más adecuados para las ficciones escénicas?

ELOGIO DE MADRID

Es bien sabido que la ilustre tirsista doña Blanca de los Ríos, que ha consagrado su vida al estudio del gran mercedario, ha señalado en el teatro de Tirso, entre otros grupos, uno de comedias portuguesas y otro de comedias madrileñas, teniendo en cuenta los lugares en que se desarrolla la acción. Portugal, sentida con orgullo por Tirso, como por otros ingenios nuestros del Siglo de Oro, como parte integrante de la gran España de la época, cuyos orígenes, leyendas y glorias se ensalzan y cantan, origina un pequeño ciclo teatral. Recuérdesse, entre otras cosas, la elocuente descripción de Lisboa incluida por Tirso de Molina en *El burlador de Sevilla*. Otro tanto sucede con Madrid. Sin embargo, no es en ninguna de sus comedias madrileñas en donde fray Gabriel Téllez incluye su elogio de la Villa y Corte, sino en una de las que presentan ambientes más convencionales: en *La fingida Arcadia*. La acción de esta comedia, toda ella puro juego literario, está situada en un palacio en la convencional Valencia del Po, en Italia; y no es menos convencional la sociedad aristocrática hispanoitaliana a la que pertenecen los principales personajes.

La fingida Arcadia fué escrita por Tirso en la época de su máximo entusiasmo y fervor hacia Lope de Vega. Abundan las alusiones al Fénix, y son varias las obras suyas, como *La Dragontea*, *La Arcadia*, *La Angélica*, *La Jerusalén conquistada*, *El peregrino*

en su patria, que se citan nominalmente. La comedia se abre con un soneto de Lope, que empieza:

«Silvio, a una blanca corderilla suya...»

El soneto, que es bellissimo, suscita en los personajes de la comedia el siguiente comentario:

—No se puede decir más;
hasta aquí la pluma llega.
—Pluma de Lope de Vega,
la fama se deja atrás.

En la escena segunda entonan los personajes, vestidos de pastores, una delicada canción de Lope, tomada de *La Arcadia*, cuyo villancico inicial es:

Alma perseguida,
romped la cadena;
que tan triste vida
para nada es buena.

La condesa Lucrecia, personaje central de la obra, terminada la canción, la agradece en los siguientes términos:

—Tan bien venido seáis
como la canción es buena.
Lope sus versos ordena:
a su Arcadia los hurtáis;
para darme gusto a mí
no hallaréis lisonja igual.

La fingida Arcadia está llena de elogios a Lope. A Lope y a Madrid. Porque precisamente en la primera escena de la obra viene un encendido elogio de nuestra ciudad, que Tirso pone en boca de la italiana Lucrecia. Esta, en conversación con la dama española

Angela, después de recitar el soneto de Lope antes citado, pasa del elogio del poeta al de la ciudad que fué su cuna. He aquí el pasaje:

LUCRECIA. Tan aficionada estoy
a la nación española,
que porque tú lo eres, sola,
contigo gustosa estoy
lo más del día.

ANGELA. Madrid
es mi patria, corte digna
de España, madre benigna
del mundo.

LUCRECIA. Valladolid
dicen que es competidora
de su grandeza.

ANGELA. Si fuera,
si el clima y cielo tuviera
que a Madrid hacen señora.

Mas si sus partes te alego,
contestarás que es mejor:
patria es Madrid del amor,
y así está fundada en fuego.

Agua los celos la han dado,
si su fuerza hace llorar,
de fuentes que pueden dar
salud al más desahuciado.

Si saber sus frutos quieres,
Flora sus campos corona¹;
su tributaria es Pomona,
sus venteros, Baco y Ceres.

Dale en olivos Minerva
oro puro y generoso;
ganado, el monte; sabroso;
tomillos, el campo y hierba.

Las musas, un Alcalá,
que llamar Atenas puedo;
la cortesía, un Toledo,
que doce leguas está.

¹ Cotarelo, en su edición de la N. B. A. E., tomo IV, escribe «flora» con minúscula. Evidentemente se trata de Flora, personaje mitológico, como Pomona, Ceres y los otros que cita Tirso a continuación.

Sus hechizos, la hermosura;
sus hazañas, el valor;
su mansedumbre, el amor;
sus milagros, la ventura.

Nuestra religión, su ley,
de quien es seguro norte;
dos mundos la dan su corte;
la corte la da su rey.

Goza del llano y montaña
que sus términos incluye;
y en fe, que en todos influye
valor, es centro de España.

LUCRECIA. Di patria ilustre también
de Lope, y diraslo todo.

ANGELA. Si a tu gusto me acomodo,
no es ése su menor bien.

Se advierte fácilmente en el tono con que están escritos los versos anteriores, sincero entusiasmo. La actriz que en las representaciones de esta comedia encarnara el papel de Lucrecia, despertaría, sin duda, al recitar esta relación, el aplauso del público, sobre todo con el rasgo (verdadero «latiguillo», como diríamos hoy) de afirmar la superioridad de Madrid sobre Valladolid cuando, por estar aún cercano el nuevo y definitivo traslado de la Corte de Valladolid a nuestra Villa, después de haber estado seis años en la ciudad del Pisuerga, existía latente rivalidad entre ambas ciudades, si bien Lope dicha superioridad la funda sólo en clima y cielo¹. Los elogios tributados a Madrid se refieren principalmente a los productos naturales de su campiña, cosa que hoy sorprendería a un vecino de nuestra ciudad, que sabría y podría elogiarla por muchos otros motivos. «Patria es Madrid del amor, y así está fundada en fuego», escribe Tirso, aludiendo de seguro a la extendida creencia en una supuesta etimología arábica de la palabra «Madrid», de la que se hace eco Covarrubias en 1611 al escribir en su *Tesoro de la lengua*

¹ El traslado de la Corte de Valladolid a Madrid se realizó en 1606. *La fingida Arcadia*, según Cotarelo (N. B. A. E., tomo IX, *Calálogo razonado del teatro de Tirso de Molina*), aunque impresa en la parte III (Tortosa, 1634), debió de escribirse en 1621, pues en ella se dice haberse publicado la parte XVII de las comedias de Lope de Vega, que salió a luz en dicho año.

castellana: «Lo que se tiene por más cierto es ser nombre arábigo, y según los peritos en la lengua, dicen que vale tanto 'Madrid' como 'terrones de fuego', y esto por estar fundada sobre pedernales que, heridos, echan de sí fuego.» Es curioso observar que otros etimologistas relacionan por otros caminos a Madrid con el fuego. Así, Mesonero Romanos da cuenta de la hipótesis de D. Miguel Cortés López, que, en el caso de que Madrid se hubiera llamado en otros tiempos «Ursaria», como suponen algunos, lo explica no derivando esta palabra de la latina «Ursus», a causa de la abundancia de osos en la región, «sino, con más verosimilitud, de la voz hebrea «Ur», que significa «fuego», con lo que vendría a decir «ciudad de fuego»¹. Muy antigua es esta vieja creencia, pues Juan de Mena, en su *Labyrintho de Fortuna*, nos presenta a Don Juan II recibiendo a unos embajadores vestido con ropas teñidas de mûrice, cetro en la mano y corona, y con un león domesticado a sus pies (coplas 221-222):

Tal lo fallaron ya los oradores
en la *su villa de fuego cercada*,
cuando le vino la gran embajada
de bárbaros reyes é grandes señores.

Y Hernán Núñez, al comentar estas estrofas, afirma que *la villa de fuego cercada* «significa la villa de Madrid, en Castilla, la cual dicen que está hecha de fuego, porque mucha parte de las piedras de que es hecho el muro de la villa prestan el mismo uso que los pedernales, los cuales contienen dentro de sí fuego.»²

LA GEOGRAFIA ESCENICA DE TIRSO

Es interesante trazar un breve cuadro, o mapa literario — designación ésta más justa —, de lo que podríamos llamar geographa escénica de Tirso de Molina. No siempre es fácil encajar cada una de

¹ Mesonero Romanos, Ramón de: *El antiguo Madrid*. Introducción. Es claro que estas etimologías carecen de una base científica. El maestro D. Ramón Menéndez Pidal propone hoy para el nombre de Madrid una etimología céltica. Véase su interesante trabajo *La etimología de Madrid y la antigua Carpetania*, publicado por esta REVISTA en su número correspondiente al primer semestre de 1945 (año XIV, núm. 51).

² Véase Juan de Mena, *El laberinto de Fortuna o las Trescientas*. Ed. de J. M. Ble-cua, Clásicos Castellanos, tomo CXIX. Madrid, 1943.

sus piezas dramáticas en el correspondiente casillero o demarcación, pues ni el autor, ni los copistas, ni los editores, se preocuparon de señalar, salvo en algunos casos, al frente de las diferentes jornadas, los correspondientes lugares de la acción. Casi siempre el poeta, a lo largo del diálogo, pone en boca de algún personaje una concisa referencia al lugar en que se encuentra; pero en ningún caso se insiste en conseguir un matiz de lo que hoy llamaríamos color local. No suele haber referencias a lugares concretos, tales como monumentos, calles, plazas, accidentes geográficos notables, que al oyente o lector le creen un «clima» adecuado, de tal manera que los lugares de la acción pueden ser fácilmente intercambiables y ser traspasados de una ciudad de Bohemia a otra de Italia o Portugal. Los ambientes de los distintos países, como era uso en Lope y en todos los autores de la edad de oro, no presentan notas distintivas ni de carácter toponímico ni folklórico. Existen, naturalmente, excepciones. Así, en *El honroso atrevimiento*, cuya acción en gran parte transcurre en Venecia, no podía por menos de haber algunas alusiones a la peculiar estructura de tan singular ciudad. Tirso las pone en la escena inicial de la obra y en boca del protagonista, Lisauero, y de su interlocutor, el viejo Honorato:

HONORATO. ... siguiendo me vendrán desde Rialto...

LISAUERO. ... ni mientras el furor que tenéis pasa,
de Venecia os podrán sacar caballos,
porque en ella la tierra es tan escasa
cuanto pródigo el mar por excusallos;
que es tan casero y manso aquí, que fragua,
cual veis, en vez de piedras, calles de agua...

HONORATO. ... Sacáronme en los brazos, y saltando
en una de las góndolas compuestas
que, en vez de coches, olas van surcando
por calles de agua a su humedad opuestas...

Y esto es todo. Salvo la intervención del Dux—uno de los personajes de la comedia—y otra alusión a las góndolas en la escena XIV del acto tercero, todo lo que en la obra ocurre podría suceder igual, sin quitar ni poner coma ni punto, en Cremona, Setúbal, Praga o Zaragoza. De igual modo que apenas existe una

caracterización geográfica o toponímica, tampoco se recurre a alusiones a costumbres, canciones populares ni indumentaria peculiar de cada país, lo cual, por otra parte, era el uso general de la época.

En cambio, es curioso observar que en las comedias de Tirso existe, siquiera sea solamente en esbozo, una ligera caracterización de los personajes acudiendo al recurso de la onomástica: en las comedias de localización italiana, por convencionales que sean, hay abundancia de Lauras y Sirenas, Lisenos y Octavios, Ascanios y Rugieros; así como no faltan los Silvas y Ataidés, y el indispensable Don Egas, en las comedias portuguesas; los Constantinos e Irenes, en las bizantinas; Ordoños, en las leonesas, y en las intrigas de las comedias aragonesas y catalanas suele desempeñar su parte algún conde de Urgel. Pero este esbozo de caracterización onomástica no puede extremarse, pues junto a estos nombres característicos aparecen otros que igualmente figuran, sin el menor escrúpulo idiomático, en las costas del mar Negro o de la Bretaña y en las riberas del Danubio o del Tajo. Insistimos en que, por otra parte, esta falta de esfuerzo por crear un ambiente en la obra teatral no es privativa ni característica de Tirso, que no hizo otra cosa que lo usual en su tiempo en España y fuera de España. Ahora cualquier escritorzuelo, cuyos engendros aplaudidos a veces — nada añaden a la gloria literaria de su país, se preocupa de dar a sus obrillas «color local», y de documentarse en las enciclopedias a mano sobre los usos, costumbres, nombres e indumentaria del país en que sitúa la acción de sus producciones. En la época del fraile de la Merced, esto no se hacía, y él no lo hizo tampoco. Lo cual nada resta a su talento creador; pero constituye una nota para la caracterización de su teatro.

Tenía Tirso cierta predilección por los escenarios italianos. Ya hemos visto que en Venecia sitúa la acción de *El honroso atrevimiento*. Pero la palma se la lleva Nápoles, teatro nada menos que de cinco comedias, una de ellas la preciosísima joya *El condenado por desconfiado*. (Las otras son: *Palabras y plumas*, *Privar contra mi gusto*, *Cautela contra cautela* y *La mujer por fuerza*, si bien la primera escena de esta última ocurre en Hungría.) Sigue a Nápoles Milán, en donde están localizadas *Celos con celos se curan* y *Del enemigo el primer consejo*, y con una sola comedia, Amalfi (*Amor y celos hacen discretos*), Saluzzo (*Quien calla, otorga*), Roma (*El*

árbol del mejor fruto), Cremona (*Santo y sastre*), Florencia (*Quien no cae, no se levanta*, algunas de cuyas escenas ocurren en Sena o Siena), Bolonia y Parma (*Quien da luego da dos veces*), y Mesina y otros lugares próximos (*La ninfa del cielo*). En varios lugares de Italia se desarrolla la acción de *La elección por la virtud* y *Ventura te dé Dios, hijo*, y en ambiente italiano, aunque sin localización determinada, la de la curiosísima comedia, de tan gran interés literario, *La fingida Arcadia*.

Cinco comedias aparecen localizadas en Francia, si bien solamente una de ellas en París (*Él mayor desengaño*). Las restantes lo están en ciudades de muy diversas regiones: Nantes (*El pretendiente al revés* y *Esto sí que es negociar*), Narbona (*Cómo han de ser los amigos*) y Nancy, de Lorena (*Amor por señas*). *El melancólico*, una de las obras más personales de Tirso, se desarrolla en Bretaña.

No podían dejar de estar representadas en el teatro de Tirso otras comarcas del norte y del centro de Europa, zonas geográficas cuyos nombres se habían hecho conocidos a los españoles en la época de expansión universal de Carlos V. Así, la acción de una de las mejores producciones del fraile de la Merced, *El castigo del penséque*, se desarrolla en una ciudad de Flandes, cerca del mar, a la que denomina en el diálogo Momblán¹. En la geografía poética de Tirso, no lejos de esta ciudad está Clèves, cabeza del ducado de este nombre, lugar de la acción de *Amar por razón de Estado*, que puede identificarse con Cleve, ciudad de Alemania en la Prusia renana, a orillas del río canalizado de Kermisdad, afluente del Rin. En alas de la fantasía aun se remonta nuestro autor a Bohemia, situando en Praga el argumento de *La ventura con el nombre* y *El*

¹ La geografía es completamente convencional. Tirso supone un ducado de Oberisel cuya capital es Momblán, ciudad que a la vez está próxima a la costa y también a Alemania (?), en las proximidades del ducado de Clèves (*sic*). En la segunda parte de *El castigo del penséque*, titulada *Quien calla otorga*, cuya acción, como ya hemos indicado, se desarrolla en Italia, el protagonista, que es el mismo en ambas comedias — el segundo español D. Rodrigo Girón —, refiere en la escena III a la marquesa Aurora sus andanzas en Flandes diciendo:

Troqué por Flandes mi famosa tierra...
Entré en Oberisel, en cuya sierra,
metrópoli Momblán de sus estados
el tribunal de su gobierno elige,
corona muros y flamencos rige.

celoso prudente, y el arranque de *La joya de las montañas*, relato escénico de la vida de Santa Orosia, que se desenvuelve en Aragón.

También se encaminó la musa de Tirso hacia el oriente del Mediterráneo. Es lógico que en Palestina estén situados dramas y comedias inspirados en temas bíblicos, como *La venganza de Tamar*, *La mejor espigadera*, *La mujer que manda en casa* y *La vida de Herodes*, y en Egipto, *Tanto es lo de más como lo de menos*. Tampoco es olvidada la Grecia antigua, por exigirlo así el asunto de *El Aquiles*, ni la Grecia moderna, o mejor el Imperio Bizantino, en donde se desarrolla la acción de *La república al revés*.

Lugar aparte merece Portugal. A la existencia de un ciclo o grupo de comedias portuguesas y al cariño con que Tirso de Molina se refirió a las cosas lusitanas, ya hemos aludido al principio de este trabajo. A este ciclo pertenecen obras tan importantes como *La gallega Mari Hernández* (Chaves, valle de Limia, Monterrey), *El vergonzoso en Palacio* (Avero), *El amor médico* (Sevilla y Coimbra), *Averigüelo Vargas* (Mombanco y Santarén), *Siempre ayuda la verdad* (Lisboa?), *Las quinas de Portugal* (cuyo argumento se desenvuelve en sierras y campos de batalla) y *Escarmiento para el cuerdo*, comedia muy movida, cuyo asunto se inicia en Portugal para pasar después a las costas de Africa, a lo que llama Tirso la «Etiopía africana».

Una gran parte de las obras de fray Gabriel Téllez ocurren, como es de suponer, en España. En cuanto a la distribución de ellas por comarcas o regiones, aparte Madrid, se lleva la palma Toledo, con *No hay peor sordo*, *La villana de la Sagra* y las tres partes de *La Santa Juana*. También tuvo predilección Tirso por los asuntos aragoneses y leoneses. En Zaragoza está situada *La firmeza en la hermosura*; en Zaragoza y Navarra, *Quien habló pagó*, y en Esteruel, *La dama del olivar*. También, como ya hemos dicho, se desarrolla en Aragón gran parte de *La joya de las montañas*. A este grupo aragonés hay que agregar *Los amantes de Teruel*. En León y su antiguo reino tienen sus escenarios *Amar por razón de Estado* (Oviedo y León), *Antona García* (Toro y sus cercanías; venta de Mollorido, entre Medina y Salamanca), *La romera de Santiago* (León; camino de Santiago) y *Habladme en entrando* (León y sus proximidades; Oviedo).

Cataluña, Valencia y Andalucía están escasamente representadas. Corresponde a la primera *El amor y la amistad*, cuya anécdota ocurre en Moncada y Barcelona. Valenciana, aunque con arranque en Castilla, es la comedia *El cobarde más valiente*, que magnifica la figura del Cid. Andalucía, aparte de contar con la mayor parte de *El burlador de Sevilla* (cuyos escenarios iniciales son Nápoles y Tarragona), tiene una comedia histórica en torno al gran rey San Fernando, que se localiza en Martos (Jaén) y en la gran ciudad del Betis: la titulada *La Reina de los Reyes*¹.

Castilla, aparte de las comedias cuya acción ocurre en Madrid y Toledo, cuenta con dos más: *Próspera y Adversa fortuna de Don Alvaro de Luna*, en el caso, no muy seguro, de que pertenezcan a Tirso². Extremadura y el Perú aparecen enlazadas en varias comedias que vienen a ser como una crónica dramática de la familia de los Pizarros; a saber: *Todo es dar en una cosa* (Trujillo; la Zarza); *Amazonas en las Indias* (Perú) y *La lealtad contra la envidia* (Medina del Campo; Cuzco).

Algunas—y aun muchas—de las obras anteriormente citadas presentan una gran variedad de escenarios. Conocido es el caso de *El burlador de Sevilla*, en que el osado Don Juan pasa de Nápoles a Tarragona, y luego a Sevilla y Dos Hermanas, si bien Sevilla sea el lugar indudable para una localización esencial de la obra. Algo parecido ocurre con *La Peña de Francia*, que, aunque se inicia en el país vecino y la acción sucede en varias localidades españolas, hay que referirla fundamentalmente a Salamanca, ya que allí fué sentida y estimada esta comedia como celebración de una tradición de la comarca, ya que la Peña de Francia está situada en las estribaciones de la sierra de Gata, al oriente de Ciudad Rodrigo y al sur de Salamanca. No es fácil reducir a unidad obras como *La prudencia en la mujer* (Toledo, León y otros lugares), *Los lagos de San*

¹ Esta comedia no es de Tirso, según S. Montoto en *Archivo Hispalense*, 1946.

² Ambas comedias fueron publicadas en la enigmática *Segunda parte* de Tirso (1635), tan llena de problemas. Cotarelo las imprime en la N. B. A. E. dándolas como de Téllez, aunque admite la existencia de posibles colaboraciones. Don Eduardo Juliá atribuye decididamente a Mira de Amescua la *Adversa*, y estima muy dudoso que pertenezca a Tirso la *Próspera*. (Véase en *Revista de Bibliografía Nacional*, 1943, tomo IV, págs. 147-150.) Doña Blanca de los Ríos imprime ambas comedias en el tomo I de sus *Obras dramáticas completas de Tirso de Molina* (Madrid, 1946); pero lanza la hipótesis de una colaboración entre Tirso y Quevedo, por completo indemonstrada e improbable. Es muy aventurada una afirmación terminante respecto a estas dos comedias.

Vicente (la Bureba y Toledo, reino moro), y mucho menos *Doña Beatriz de Silva*, una de las comedias de Tirso en que existe mayor diversidad (Lisboa, Badajoz, Tordesillas, Roma, Toledo).

Entre tan radiante dispersión de acciones y lugares como hemos comprobado en el teatro de Tirso, puede observarse con notas perfectamente propias y definidas un grupo de comedias madrileñas. Tal vez nos hayamos demorado con exceso al exponer en las líneas anteriores la multiplicidad de los escenarios de las obras teatrales de fray Gabriel Téllez; pero de este modo podremos darnos cuenta mejor de lo que significa la existencia de este núcleo cerrado y estricto, núcleo que presenta características peculiares y propias que le apartan de todos los demás y que, aunque compuesto por un número no muy crecido de comedias si se le compara con la totalidad del teatro de su autor, supera ampliamente a cuantos restantes grupos geográficos pueden formarse con las comedias hoy conservadas de Tirso.

LAS COMEDIAS MADRILEÑAS

El grupo de comedias madrileñas de Tirso de Molina está formado por las siguientes obras: *Marta la piadosa*, *Don Gil de las calzas verdes*, *La celosa de sí misma*, *La villana de Vallecas*, *Por el sótano y el torno*, *La huerta de Juan Fernández*, *En Madrid y en una casa*, *Los balcones de Madrid*, *Bellaco sois, Gómez*. A ellas puede agregarse *Desde Toledo a Madrid*, que, aunque se inicia en la ciudad imperial y transcurre toda ella en el camino, especialmente en Illescas, termina en la ermita de San Isidro, a las puertas de la Villa, y además, las alusiones a ella son numerosas, así como su espíritu está empapado de madrileñismo. Entre todas estas obras existen notas comunes, como después veremos, que les dan evidente unidad. Se trata de comedias en que se pinta la vida y costumbres de las familias hidalgas de la Corte, no del pueblo ni de la alta nobleza. Cuando Tirso quiere sacar a escena duquesas y príncipes; pone el lugar de la acción de sus comedias en lejanas comarcas. Así, sus comedias palacianas, como *El vergonzoso en Palacio*, *Amar por razón de Estado* o *Amor y celos hacen discretos*, se desarrollan, respectivamente, en Avero, Clèves y Amalfi. ¿Obedecía esto al temor

que experimentarían los autores de desagradar a personajes de gran importancia, riqueza o valimiento que pudieran reconocerse o creerse aludidos en las comedias de ser éstas localizadas en ciudades españolas? Es muy posible que se trate de una postura simplemente defensiva, de una medida de prudencia, y que por ello la comedia palaciana, que aplicando al teatro del Siglo de Oro una terminología posterior pudiéramos denominar «alta comedia», es decir, aquella en que los personajes pertenecen a las clases más elevadas de la sociedad, se desarrolla en un ambiente convencional que permite referirla a lugares y personas extraños a nuestra patria.

No podía existir escrúpulo ni escollo alguno de esta índole para la utilización de tipos del bajo pueblo; pero tampoco son las figuras básicas y fundamentales en estas obras de Tirso. Lope de Vega había marcado hondamente su huella en la pintura de escenas populares, intercaladas en las intrigas de sus comedias; pero la intriga propiamente dicha está a cargo de damas y caballeros, quedando los tipos populares para las figuras secundarias, tales como criados y Celestinas, escuderos, mercaderes, buhoneros y el inevitable «gracioso». Tal es la fórmula social que hallamos en estas comedias tirsistas. En ellas, los personajes principales son hidalgos, aunque no de la nobleza más elevada, sino de aquella más modesta que, sin carecer de bienes de fortuna y de ilustres ascendientes, venía a constituir el estrato intermedio en aquella sociedad, en que todavía no se puede hablar propiamente de lo que se ha llamado después clase media. Esta última, que no se constituye hasta después de la Revolución francesa, se forma sobre la base de este núcleo hidalgo y cortesano a que venimos refiriéndonos, con el incremento de elementos procedentes de las profesiones intelectuales y liberales, y aun del comercio y la industria naciente, que van encumbrándose poco a poco y alcanzando mayor categoría social. En tiempos de Tirso no puede hablarse de clase media, ni apenas de burguesía, como zonas sociales con características propias; pero sí de familias hidalgas, emparentadas a veces con la alta nobleza, o que se envanecen de ello, muy pagadas de sus rancios pergaminos y de su calidad de cristianos viejos, y poseedoras de suficientes bienes de fortuna para vivir, ya que no para brillar, en la Corte. Este grupo social era, indudablemente, el que daba el tono medio a la vida de Madrid en el siglo xvii, y es el que aparece pintado en las comedias madrile-

ñas de fray Gabriel Téllez, con la necesaria añadidura de elementos populares — criados y mercaderes — que desempeñan una función subordinada y auxiliar en la intriga.

A este grupo de diez comedias, que tiene verdadera unidad por la semejanza de tono, ambiente, asuntos y tipos, puede añadirse otra, también madrileña, porque en Madrid se desarrolla la mayor parte de la acción, pero que es obra de carácter muy diferente: la que se titula *El Caballero de Gracia*. Esta obra es del tipo de las biografías escénicas. Se trata aquí de presentar dramáticamente a los espectadores la vida de Jácome o Jacobo de Grattis, sacerdote, natural de Módena, avecindado en Madrid y fundador en sus propias casas de un convento de Clérigos Menores y de la venerable Congregación de Esclavos del Santísimo que labró el famoso Oratorio¹. La figura del Caballero de Gracia debió de ser popularísima en época de Tirso, pues vivió hasta 1619, si bien falleció de edad avanzadísima: de ciento dos años. La comedia es, pues, de carácter histórico, e intervienen en ella personajes que tuvieron existencia real, en unión de otros creados por la fantasía del poeta. En ella abundan las alusiones a sucesos, personas y lugares de la Corte, por lo cual, aunque de carácter muy diferente, puede ser agregada al grupo de comedias madrileñas de Tirso de Molina, aunque sin olvidar que la atribución a éste no es muy segura. Menos segura aún es la del drama, legendario más que histórico, *El Rey Don Pedro en Madrid y el infanzón de Illescas*, una de las piezas fundamentales del teatro español. Con todo, y aunque con la máxima concisión posible, no dejaremos de referirnos más adelante a esta importantísima obra, atribuida por la crítica a Lope y a Tirso, alternativamente.

CRONOLOGIA Y ATRIBUCIONES

Examinemos, siquiera sea brevisimamente, la cronología de estas comedias, para ordenarlas en lo posible según el orden en que fueron compuestas, así como las razones y testimonios que motivan que se las considere como obras de Tirso de Molina; seguras las

¹ Aunque, claro es, no en su fábrica actual. El Oratorio de Gracia fue renovado por completo, a principio del siglo xix, según los planos del arquitecto Villanueva.

unas, pero otras solamente atribuidas con mayor o menor fundamento¹.

Fray Gabriel Téllez nos dejó cinco tomos o *partes* (como se decía entonces) de comedias. Las obras que aparecen impresas en ellos han de ser consideradas como indiscutiblemente auténticas, excepto las incluidas en la *Segunda parte*, que pueden ser sometidas a discusión². De las comedias que nos ocupan, hay dos impresas en la *Parte primera* (1627): las tituladas *La celosa de sí misma* y *La villana de Vallecas*. Esto no quiere decir sino que fueron compuestas antes de 1627. La primera de dichas comedias fué compuesta por Tirso al volver a la Corte después de sus viajes a la isla Española de Santo Domingo (1616 a 1618) y de otras excursiones por Galicia y Portugal (1619 a 1620). Doña Blanca de los Ríos lo deduce del sorprendido entusiasmo que demuestra el poeta por la nueva Plaza Mayor, levantada entre 1617 y 1619 por Juan Gómez de Mora, discípulo de Juan de Herrera³. *La celosa de sí misma* tiene que ser datada, por tanto, hacia 1620, fecha que los críticos atribuyen unánimemente también a *La villana de Vallecas*, pues figura dicho año en una carta intercalada en la escena décima del primer acto. Coincide con Hartzenbusch y Cotarelo D. Adolfo Bonilla San Martín, editor moderno de esta comedia⁴.

En la *Parte segunda* (1635) fué incluida *Por el sótano y el torno*. A pesar de la cautela con que es preciso proceder con las comedias de esta *Parte*, la que nos ocupa es indudablemente de Tirso, que así lo hace constar en los versos finales de la obra. Cotarelo supone que fué compuesta en 1622; pero su argumentación no nos parece convin-

¹ Utilizamos el *Catálogo razonado de las obras dramáticas de Fray Gabriel Téllez*, incluido por Hartzenbusch en las páginas XXXVI-XLII del tomo V de la B. A. E.; el *Catálogo razonado del teatro de Tirso de Molina*, inserto por D. Emilio Cotarelo en las páginas I-XLVI del tomo IX de la N. B. A. E., y el tomo I (único publicado) del libro *Tirso de Molina. Obras dramáticas completas*. Edición crítica por Blanca de los Ríos. Al nombrar, sin indicación especial, a cada uno de estos tres críticos, se sobreentiende que nos referimos a lo que afirman en los trabajos indicados.

² No creemos ahora oportuno entrar en el complicadísimo problema de la *Segunda parte* de Tirso.

³ Véase el artículo de doña Blanca de los Ríos *La Plaza Mayor, sorpresa de Tirso*, publicado en *A B C* el 29 de diciembre de 1951.

⁴ Sin embargo, hay una alusión a Felipe III, en que se dice «que en veinte años — que reina, ni hambres, ni daños, etc.» Como este monarca empezó a reinar en 1598, habría que fechar la comedia veinte años después; es decir, en 1618.

cente. Se basa en que en la comedia se alude a quitar las puntas a los mantos, y a ello se refiere también una carta de la Biblioteca Nacional datada en ese año. Esto es, por lo menos, insuficiente como prueba.

En la *Parte tercera*, que, como es sabido, se imprimió en 1634, un año antes que la *Segunda*, fué incluida *La huerta de Juan Fernández*, comedia escrita, según Cotarelo, en 1626, no sólo porque están intercaladas en su acto segundo dos cartas con esa fecha, sino porque se alude a la gran inundación de Sevilla del 25 de enero de 1626 (en la escena XII del acto tercero).

Don Gil de las calzas verdes, una de las comedias de enredo más ingeniosas y de mayor travesura del teatro español, aparece en la *Parte cuarta* de Tirso (1635). Cotarelo afirmó que esta comedia había sido escrita antes de 1618, año en que el duque de Lerma cayó de la privanza, «según la escena tercera del primer acto», y acertaba en la suposición, pues hoy esta comedia está perfectamente fechada gracias a los documentos descubiertos y publicados por D. Francisco de Borja San Román¹. De ellos se desprende que fué estrenada en julio de 1615 por el comediante Pedro Valdés y su mujer, Jerónima de Burgos, en Toledo, en el célebre Mesón de la Fruta. Doña Blanca de los Ríos calcula decididamente su redacción en 1614.

Otra de las más famosas e imitadas comedias del fraile de la Merced, *Marta la piadosa*, está incluida en la *Parte quinta* y última de sus comedias (1636). La fecha aproximada de redacción de esta comedia puede determinarse por una larga relación que en ella se incluye de la victoriosa expedición hecha en 1614 por D. Luis Fajardo a la Mamora². Hartzenbusch y Cotarelo suponen la comedia compuesta a raíz de dicho acontecimiento, teniendo en cuenta la conocida costumbre existente en nuestro teatro de aludir a sucesos actuales, de una manera casi periodística, como crónica viva de la época³.

¹ En su libro *Lope de Vega, los cómicos toledanos y el poeta sastre* (Madrid, 1935). D. Emilio Cotarelo acertó al afirmar que la comedia es anterior a 1618; pero su argumento es falso. Porque en la escena indicada no se cita ni se elogia al duque de Lerma. Se cita, sí, la huerta del Duque, que se había convertido en un lugar de recreo para los madrileños, lo cual es muy diferente. (Véase también Millé Giménez, en RH, 1926.)

² Véase el trabajo de D. Guillermo Guastavino Gallent *La toma de la Mamora relatada por Tirso de Molina*. (Larache, 1939.)

³ Doña Blanca de los Ríos, en el artículo citado en la nota anterior, supone compuesta esta comedia entre 1615 y 1618. Esperamos la aparición del segundo tomo de su *Teatro de Tirso* para conocer las razones que justifican estas fechas.

Tenemos, pues, seis comedias indudables de Tirso, que él mismo publicó. Las siguientes:

Don Gil de las calzas verdes. Escrita en 1614. Impresa en 1635.

Marta la piadosa. Escrita hacia 1614. Impresa en 1636.

La villana de Vallecas. Escrita en 1620. Impresa en 1627.

La celosa de sí misma. Escrita hacia 1620. Impresa en 1627.

Por el sótano y el torno. ¿Escrita en 1622? Impresa en 1635.

La huerta de Juan Fernández. Escrita en 1626. Impresa en 1634.

No es tan indudable la paternidad tirsista de las restantes comedias madrileñas. No es nuestro deseo hacer alardes de escepticismos que pudieran ser tachados de hipercríticos, sino solamente comprobar que las pruebas para la adjudicación de estas piezas — como ocurre, por otra parte, con no pocas comedias del Siglo de Oro — no son tan evidentes como las de las obras anteriores.

Dos de ellas, si bien no fueron impresas por fray Gabriel Téllez, le fueron atribuidas en antiguas impresiones, y desde entonces está en plena y pacífica posesión de las mismas, de tal manera, que, salvo posteriores descubrimientos en contrario, han de ser consideradas como genuinas del fraile de la Merced. Son las tituladas *Desde Toledo a Madrid* y *El Caballero de Gracia*. Publicóse aquélla como de Tirso en la *Parte XXVI* de *Comedias escogidas*, impresa en Madrid, en 1666, por Francisco Nieto. Hartzenbusch la dió como de Tirso sin vacilar, y Cotarelo añade: «Es indudablemente suya, y de las mejores: basta la simple lectura para probarlo. Empezóse a escribir en Toledo a los comienzos del siglo xvii; pero fué concluida o retocada después del 8 de junio de 1625, en que se rindió Breda. (Acto tercero, escena primera.) Debe de faltar algo en el tercer acto, según ya advirtió Hartzenbusch.» Por lo que respecta a *El Caballero de Gracia*, se imprimió como de Tirso en la *Parte XXXI* de la Colección de *Varios* del siglo xvii. (Madrid, José Fernández de Buendía, 1669.) No sabemos nada de la fecha de su composición; pero hay que suponerla posterior a 1619, año del fallecimiento del protagonista. Probablemente, la *Segunda parte* de la comedia, con que se convida al público en los versos finales — en el caso de llegar a escribirse —, terminaría con el tránsito del piadosísimo modenés, en torno al cual, apenas desaparecido, empezaba a gestarse la leyenda.

Menos evidente es la adjudicación de *Los balcones de Madrid*. Cotarelo dice que fué impresa suelta¹; pero no dice si se trata de impresión antigua, y en el catálogo de 1907 afirma que la primera que ha visto de esta comedia es la de Madrid, por Grimaud de Velaunde, hecha en 1837, de donde la tomó Hartzenbusch para su edición; pero existen varios manuscritos antiguos que autorizan la atribución. Cotarelo afirma que la comedia es «indudablemente de Tirso, y fué escrita hacia 1624...», pues se habla en ella, como cosa no lejana, del asalto de Ormuz; pero supone también que fué retocada después de 1632, fecha de la publicación del *Para todos* de Montalbán, pues se cita esta obra en la escena novena del acto primero. Como puede observarse, la seguridad de la atribución a Tirso es mucho menor. El propio Hartzenbusch escribió textualmente: «Confieso, para principiar, que el primer acto no me parece obra de Téllez; los dos últimos indudablemente son suyos, y sin duda están recompuestos o descompuestos por otro.»

Menos claro aún es el caso de *En Madrid y en una casa*, comedia incluida en la *Parte XXXV* de *Comedias escogidas* (Madrid, Lucas Antonio de Bedmar, 1671); pero adjudicándosela a D. Francisco de Rojas Zorrilla. Fué D. Alberto Lista² el primero que se la atribuyó a Tirso, y como de éste la publicó Hartzenbusch. Esta comedia fué refundida después con el título de *Lo que hace un manto en Madrid*, y publicada suelta como de Calderón. A juzgar por el estilo, ni la obra original ni la refundición pueden ser de Rojas Zorrilla ni de Calderón. La atribución a Téllez aparece justificada por semejanzas de estilo y lenguaje con comedias suyas auténticas; pero no olvidemos lo inseguras que son — a pesar del progreso de la Estilística — las identificaciones de autor basadas simplemente en estos indicios³. Mucho más si se tiene en cuenta que el texto de esta comedia, sobre todo en su primera redacción, aparece estragadísimo. Por lo que respecta a la fecha de composición, hay que situarla

¹ *Tirso de Molina. Investigaciones bio-bibliográficas* (Madrid, 1893), página 178. E. W. Hesse, en su reciente *Bibliografía general de Tirso* (en la revista *Estudios*, 1949), dice que fué impresa suelta; y toma la noticia de Paz y Melia. Este, en su *Catálogo de piezas de teatro manuscritas en la Biblioteca Nacional*, se limita a dar este dato sin más precisiones. Nadie, al parecer, ha visto una impresión antigua de esta comedia.

² En sus *Ensayos literarios*, tomo II, pág. 97.

³ De otro modo sabríamos ya con seguridad a quién pertenecen el *Quijote* de Avellaneda, *La tía fingida*, *El Lazarillo* y cada uno de los actos de *La Celestina*.

hacia 1635 o poco después, porque en la escena décimoprimera del acto primero se da ya por fallecido a Lope de Vega.

Tampoco existen sino razones estilísticas para atribuir a Tirso *Bellaco sois, Gómez*, obra de la que no se conservan impresiones antiguas, aunque sí un manuscrito del siglo XVII, con arreglo al cual la imprimió Cotarelo. El primero que pensó en adjudicársela a Tirso fué Gallardo, cuya opinión recogió D. Antonio Paz y Melia¹. A Cotarelo le parecen de Tirso «no sólo el asunto, en que tan importante papel juega el disfraz masculino de la heroína..., sino el corte de algunos episodios..., la versificación... y hasta el estilo, lenguaje y frases». En el manuscrito 16.920 de la Biblioteca Nacional figuran las licencias para la representación, fechadas en Madrid a 27 de abril de 1643. Esta fecha, en el caso de ser admitida la comedia como de Tirso, no se compagina bien con el hecho de que, según opinión generalmente admitida, éste viviera sus últimos años apartado del teatro, ni con la creencia, también muy generalizada, de que fuera su última comedia *Las quinas de Portugal*, fechada en 1638. Fray Gabriel Téllez murió, diez años más tarde de esta última fecha, en Almazán².

Falta sólo examinar la atribución a Tirso de Molina de uno de los más hermosos dramas del teatro español, *El Rey Don Pedro en Madrid y el infanzón de Illescas*, cuya paternidad vienen adjudicando alternativamente los eruditos al maestro Lope de Vega y a fray Gabriel Téllez. La cuestión es harto ardua, difícil y complicada para intentar resolverla en el escasísimo espacio que podemos dedicarle; pero hemos de aludir a ella forzosamente, siquiera para salvar lo que sería indisculpable omisión. Diremos sólo que esta obra se publicó en la *Parte XXVII* (Barcelona, 1633) de las comedias de Lope de Vega. Esta *Parte* es de las llamadas «extravagantes»; es decir, de las impresas sin intervención ni conocimiento de su autor, y en ella se incluye como de Lope una comedia indudable de Tirso: la titulada *Celos con celos se curan*. Corrió *El infanzón de Illescas* como obra del Fénix (y de Calderón, cosa evidentemente

¹ En su *Catálogo de las piezas de teatro que se conservan en el departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*. (Madrid, 1899.)

² En Almazán, y no en Soria, según ha puesto en claro el padre Penedo en su trabajo *Muerte documentada del P. Maestro Fr. Gabriel Téllez*, publicado en la revista *Estudio*, tomo I (1945).

absurda, en algunas reimpresiones) hasta que D. Juan Eugenio Hartzenbusch, en vista de que la atribuía a Tirso una copia «moderna», y por tanto sin autoridad, la publicó como de éste en su edición de la Biblioteca de Autores Españoles. Hay que reconocer que las palabras de Hartzenbusch distan mucho de ser terminantes: supone que se trata de una obra de Téllez refundida por Andrés de Claramonte; pero sin afirmaciones rotundas. Y añade: «Sea esta comedia de Lope, sea de Téllez y de Claramonte, o de otros, lo cierto es que es... una de las creaciones más notables del teatro español de su época.» Más tarde, el mismo Hartzenbusch, al anotar el catálogo de Chorley de las comedias de Lope de Vega (en el tomo IV de Lope de la Biblioteca de Autores Españoles), rectifica y se inclina a creer en una adaptación de Claramonte sobre una comedia del autor de *Fuenteovejuna*. Cotarelo observó en 1893 (en sus *Investigaciones bio-bibliográficas*) que no son decisivas las razones que existen para atribuir esta obra a Tirso, y hace un resumen de la cuestión, a pesar de lo cual en este libro sigue considerando esta comedia como del mercedario; pero luego, en 1907, al publicar su *Catálogo razonado*, la incluyó entre las obras falsamente atribuidas a Tirso de Molina. Débese esta rectificación al acierto con que el maestro Menéndez Pelayo defendiera la tesis lupiana. En efecto; en 1894, y con ocasión de una larga reseña que publicara D. Marcelino del libro antes citado de Cotarelo¹, rompió lanzas brillantemente en defensa de la atribución primitiva.

La opinión de Menéndez Pelayo, por su gran autoridad, influyó de modo decisivo en los críticos contemporáneos. Así, Lomba y Pedraja, en 1899, escribe: «Ha habido también dudas sobre si fué o no Lope su verdadero autor; mas parece que están ya resueltas a favor de este gran ingenio.»² Todavía el gran maestro de la crítica española insistió a favor del Fénix, y esta vez agotando cuantos recursos le ofrecía su extraordinaria erudición y habitual solidez razonadora, en los magnos prólogos que redactó para la edición académica de

¹ Se publicó en *La España Moderna* (abril de 1894). Puede verse este trabajo en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, tomo III, págs. 47-81. (Tomo VIII de las *Obras completas de Menéndez Pelayo*, publicadas por el C. S. I. C., Santander, 1942.) Lo referente a la obra de Tirso que nos ocupa está en las páginas 78-81 inclusive.

² En *El rey Don Pedro en el teatro*, trabajo incluido en el *Homenaje a Menéndez Pelayo*, tomo II, págs. 257-339. (Véanse especialmente las págs. 258 y 259.)

las obras teatrales de Lope de Vega¹. En este trabajo, el doctísimo director de la Biblioteca Nacional agotó los argumentos favorables a la atribución a Lope de *El infanzón de Illescas*, y aventura una fecha para la composición de este drama, situándolo entre 1614 y 1618. «Debe de ser—escribe—posterior a 1614, puesto que no está citado en la segunda lista de *El Peregrino*; pero no posterior a 1618, puesto que en dicho año cayó de la privanza el duque de Lerma, a quien en la pieza se dirige una alusión lisonjera.»

La gran autoridad de D. Marcelino logró que toda la crítica posterior aceptara sus conclusiones. Solamente doña Blanca de los Ríos, impulsada por su larga devoción tirsista, ha seguido fiel al gran mercedario, y continúa creyendo que a fray Gabriel Téllez, y no al maestro Lope, se le debe la gran creación dramática de *El Rey Don Pedro en Madrid y el infanzón de Illescas*. Era preciso un pleito como el presente, que afectara directamente a la gloria de Tirso, para que esta escritora se apartara de la opinión del admirado D. Marcelino. Pero puestos en ambos platillos la balanza del afecto, inclinóse por el autor de *El vergonzoso en Palacio*. No se crea, sin embargo, que la posición de doña Blanca de los Ríos se deba sólo a una predilección ciega hacia fray Gabriel Téllez, pues su posición es todavía perfectamente defendible en un estricto plano intelectual². A nuestro juicio, el pleito, pese al magistral alegato de Menéndez Pelayo, dista aún de estar concluso para sentencia.

Lo único seguro es que en la versión de *El Rey Don Pedro en Madrid* que ha llegado a nosotros puso sus manos pecadoras Andrés de Claramonte. ¿Refundió éste un original de Lope, o de Tirso? Menéndez Pelayo señala las coincidencias, a veces literales, con otras obras del Fénix, en especial *Los novios de Hornachuelos*, e insiste en la abundancia de obras lupianas en que se presentan apariciones de ultratumba³. Pero, por otra parte, los rasgos tirsistas

¹ Puede leerse este notable trabajo en el tomo IV de los *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*. (Tomo XXXII de las *Obras completas de Menéndez Pelayo*, publicadas por el C. S. I. C., Santander, 1949.) Lo referente al tema que nos ocupa comprende las páginas 325-374.

² Habrá que esperar a conocer la argumentación de doña Blanca de los Ríos en el prefacio correspondiente a la obra de que tratamos, cuando aparezca el tomo segundo de su edición de las *Obras dramáticas completas* de fray Gabriel Téllez.

³ Véase acerca de este tema el estudio de José Fernández Montesinos en su edición de la comedia de Lope *El marqués de las Navas*. (Teatro Antiguo Español, C. S. I. C.)

tampoco faltan en la obra. No es de este lugar ocuparnos de su examen, y hasta tememos habernos demorado excesivamente en la exposición del tema. Disculpenos la gran importancia de la comedia discutida. Hoy por hoy, repetimos, no está fallado este pleito literario, y, a nuestro juicio, resulta aventurado afirmar de manera terminante que la primitiva comedia de *El infanzón de Illescas* saliera de la pluma del Fénix o de la del fraile de la Merced.

Resumamos en un breve cuadro cuanto hemos dicho de las comedias madrileñas atribuidas corrientemente a Tirso. Son las siguientes:

Desde Toledo a Madrid. Al parecer, de Tirso. Terminada después de junio de 1625.

El Caballero de Gracia. Al parecer, de Tirso. Posterior a 1619.

Los balcones de Madrid. De atribución dudosa. Escrita hacia 1624, pero retocada después en 1632.

En Madrid y en una casa. De atribución dudosa. Escrita poco después de 1635.

Bellaco sois, Gómez. De atribución dudosa. Licencias para su representación en 27 de abril de 1643.

El Rey Don Pedro en Madrid y el infanzón de Illescas. Atribuida ahora corrientemente a Lope. Escrita entre 1614 y 1618¹.

Una vez precisadas las razones que mueven a considerar a Tirso de Molina como autor, más o menos seguro, según los casos, de este grupo de comedias madrileñas, y señalada—en lo posible—su cronología, veamos cómo en ellas se refleja la vida del Madrid de entonces, tanto por lo que se refiere a los lugares y las gentes como a las costumbres; en una palabra: la vida. El teatro plantea un conflicto desenvuelto en uno o varios lugares determinados—los decorados o escenarios—por hombres y mujeres—los actores—; todo ello supone el desarrollo de un asunto en forma argumental, reflejo más o menos realista de la vida misma. En estas comedias de Tirso ¿cómo se refleja Madrid en estos tres elementos dramáticos: los escenarios, los personajes y los asuntos? Veámoslo a continuación, aunque sea de un modo rápido y sumario.

¹ Ténganse en cuenta los trabajos de R. L. Kennedy *On the Date of Five Plays by Tirso de Molina* y *Studies for the Chronology of Tirso's Theater*, publicados en *Hispanic Review*, X (1942) y XI (1943).

MADRID: CONFUSION, LABERINTO Y RIESGO

Ya hemos anticipado el elogio que Tirso hace de Madrid en *La fingida Arcadia*. Lo hemos hecho así porque no se halla incluido en ninguna de las comedias madrileñas; pero en éstas no faltan los laudes para su villa natal. Si queremos deducir de las muchas alusiones que en ellas existen una impresión de conjunto sobre lo que a fray Gabriel le parecía Madrid, hemos de llegar a la conclusión de que la nota más reiterada es la que se refiere a la grandeza y fabuloso crecimiento de la que poco antes era pequeña población rural, superpoblada por gentes advenedizas, procedentes de todos los rincones de España, y aun del mundo entero, atraídos por el señuelo de la Corte, en la que bullían e intrigaban. Madrid era confusión, laberinto y riesgo.

En *La celosa de sí misma*, Don Melchor dialoga así con su criado Ventura:

DON MELCHOR. Bello lugar es Madrid.

¡Qué agradable confusión!

VENTURA. No lo era menos León.

DON MELCHOR. ¿Cuándo?

VENTURA. En los tiempos del Cid.

Ya todo lo nuevo aplace;

A toda España se lleva

tras sí.

DON MELCHOR. Su buen gusto aprueba

quien de ella se satisface.

¡Bizarras casas!

VENTURA. Retozan

los ojos del más galán:

que en Madrid, sin ser Jordán,

las más viejas se remozan.

Casa hay aquí, si se aliña

y el dinero la trabuca,

que, anocheciendo caduca,

sale a la mañana niña.

Pícaro entra aquí más roto
que tostador de castañas,
que fiado en las hazañas
del dinero, su piloto,

le muda la ropería
donde hijo pródigo vino
en un conde palatino
tan presto que es tropelía.

Dama hay aquí, si reparas,
en gracia del solimán,
a quien en una hora dan
sus salserillas diez caras.

Como se vive deprisa,
no te has de espantar si vieres
metamorfosar mujeres,
casas y ropas.

Pocos versos más adelante, y en la misma escena, insiste Tirso en esta idea, comparando a Madrid con el mar:

DON MELCHOR. Como yo nunca salí
de León, lugar tan corto,
quedo en este mar absorto.

VENTURA. ¿Mar dices? Llámale así...¹

Otros dos personajes de Tirso, también amo y criado, al aproximarse a Madrid, hacen análoga comparación:

DON PEDRO. ¡Que hoy hemos de entrar, en fin,
en Madrid!

AGUDO. El te reciba
con buen pie; que es menester
confesar y comulgar,
como quien se va a embarcar,
quien su golfo quiere ver.

¹ La necesidad de puntualizar las numerosas citas que lleva esta parte de nuestro trabajo, nos obliga a utilizar las siguientes designaciones, en las que indicamos cada comedia por el primer sustantivo que aparece en su título: BALCONES (*Los balcones de*

- DON PEDRO. ¿Golfo?
- AGUDO. Y no de muchas leguas.
- DON PEDRO. Bien dices si a Madrid llamas
manso golfo de las damas.
- AGUDO. Antes golfo de las yeguas.
¡Qué mal su rumbo conoces!
¿Mas que te han de marcar
la bolsa luego al entrar,
si tiran sus olas coces?
- DON PEDRO. ¿Por qué, si a casarme voy?
- AGUDO. Tu nombre lo ha declarado.
De marido a mareado
¿qué va?
- DON PEDRO. Satisfecho estoy...¹

En la misma obra — *La villana de Vallecas* —, otro criado prefiere a su amo de «la taimería de Madrid», en donde las mujeres tienen la experiencia que les da

cátedra de socarrones,
y nacen en la niñez
jugando en el ajedrez
de enredos y de invenciones
las damas de más estima.
Como has estado en Amberes,
no sabes que las mujeres
tienen su juego de esgrima
en la Corte, en cuyo estilo
la que menos sabe, alcanza
diez tretas más que Carranza;
hieren por el mismo filo...²

Madrid), BELLACO (*Bellaco sois, Gómez*), CABALLERO (*El Caballero de Gracia*), CELOSA (*La celosa de sí misma*), DON GIL (*Don Gil de las calzas verdes*), HUERTA (*La huerta de Juan Fernández*), MADRID (*En Madrid y en una casa*), MARTA (*Marta la piadosa*), REY (*El Rey Don Pedro en Madrid*), SÓTANO (*Por el sótano y el torno*), TOLEDO (*Desde Toledo a Madrid*) y VILLANA (*La villana de Vallecas*). Los versos citados son de la *Celosa*, acto I, esc. I.

¹ *Villana*, acto I, esc. IV.

² *Ibidem*, acto II, esc. I.

En efecto; el laberinto de Madrid hace exclamar al personaje así prevenido: «¡Oh Madrid, Creta encantada!»¹ Tales son los asombrosos sucesos que le acaecen. Más adelante es la dama quien llama a Madrid «confuso Babel»². En otra comedia, cierto caballero habla de la «Babilonia de la Corte»³, Creta, Babel, Babilonia..., laberinto, confusión, grandeza...

A veces, los criados aconsejan a sus amos el regreso a su tierra, a su patria (como entonces solía decirse), hurtándose a los riesgos de la Corte. Ninguno de ellos sigue el consejo. Sólo Don Melchor, en *La celosa de sí misma*, confuso ante las cosas que le suceden, exclama: «¡No más Madrid!»

DON MELCHOR. Salgamos de laberintos,
donde hoy se casan amantes
y enviudan al tiempo mismo.
¡Jesús mil veces! ¡Cuál voy!
¡No más Madrid!»⁴

Sin embargo, los conflictos de Don Melchor se resuelven, y suponemos que el caballero se reconcilia con nuestra ciudad, en donde terminaría por hallarse como el pez en el agua, de igual modo que cuantos en cualquier tiempo han gozado o gozan de ella. En la época de Tirso, como en la nuestra, podía observarse que el tiempo en Madrid transcurría velozmente, de modo más raudo que en otros lugares. En él, sin advertirlo, nos vamos haciendo viejos. La vida se nos va en un vuelo:

Es un engaño
el que esta Corte ofrece,
pues sin sentirlo un hombre se envejece.⁵

Tan aprisa pasa el tiempo en Madrid, que, según experiencia de entonces y de ahora, muchas veces no llegamos a conocer a las gentes que viven en la misma casa que nosotros:

¹ *Villana*, acto II, esc. IX.

² *Ibidem*, acto III, esc. III.

³ *Toledo*, acto III, esc. XVII.

⁴ *Celosa*, acto II, esc. XIII.

⁵ *Madrid*, acto I, esc. XI.

Como tan presto se pasa
el tiempo en Madrid, no da
lugar aun de conocerse
los vecinos, ni poderse
hablar...¹

Madrid se apodera del forastero y lo incorpora a los usos cortesanos. Esto le hace exclamar a una dama:

¡Qué presto a mi hermana influye
Madrid su sacudimiento!
Es contagioso hasta el viento
aquí: todo lo destruye...²

Sin embargo, y a pesar de aquello de que «el aire de Madrid mata a un hombre y no apaga un candil», nuestra Villa es sana. Así lo afirma Tirso de Molina:

Es muy sano, Pacheco,
el clima de Madrid, por frío y seco;
así el otro afirmaba
que sobre fuego y agua se fundaba.³

Además, Madrid es ciudad abierta, donde se logran en seguida amigos. Así lo afirma Tirso en *El Caballero de Gracia*, aunque con un matiz humorista, ya que lo hace por boca de la figura del donaire:

RICOTE. ¡Oh, señor! Enamorado
de Madrid, de gustos mar,
gracias le empezaba a dar
por los amigos que he hallado.

CABALLERO. ¡Amigos tan presto!

RICOTE. Es villa
que a todos hace merced;
los amigos que mi sed
ha hallado son la Membrilla,

¹ *Celosa*, acto I, esc. II.

² *Sótano*, acto II, esc. I.

³ *Madrid*, acto I, esc. XI.

la siempre enlutada y llana,
 que salta sin dar enojos
 desde la taza a los ojos;
 Esquivias la toledana,
 que con ósculos de paz
 se entra el alma por la boca;
 Burguillos que brinda a toca,
 y los Molodros de Orgaz,
 que se oponen a Ajofrín,
 y contra injurias del cierzo,
 felpas que aforran el Vierzo
 y martas de San Martín.

CABALLERO. ¡Buenos amigos!

RICOTE.

Si son
 más leales los más viejos,
 todos éstos, siendo añejos,
 me roban el corazón.

Pero unos curas seglares,
 que aquí llaman taberneros
 y andan bautizando cueros,
 muestran, por darnos pesares,
 que aquesta Corte encantada
 al vino imitar procura,
 pues ni en ella hay verdad pura
 ni amistad que no esté aguada.¹

Pero, pese a lo burlesco de este elogio, en que el gracioso mezcla vinos y amigos, Madrid es tierra de todos, acogedora y cordial. «¡Oh, Madrid, hermoso abismo — de hermosura y de valor.»² Así, un galán de Tirso que ha vivido en él tres años en calidad de pretendiente, se lamenta de estar a punto de conseguir su deseo, lo cual le obligaría a marchar.

Un hábito he pretendido
 que, ya medio conseguido,
 temo que el plazo me acorte,

¹ *Caballero*, acto II, esc. III.

² *Celosa*, acto I, esc. I.

por lo que me ha de pesar
de dejar esta grandeza;
que es común naturaleza
del mundo aqueste lugar.¹

«Es todo el mundo esta villa», afirma un personaje. En Madrid hay de todo. «Es tienda — de toda mercadería». Y se añade que «como es plaza universal — ese nombre pueden dalle».² Y en esta rica Babel la gente moza encuentra oportunidades para todo, aun para lo más arduo. Tal lo asegura un galán:

No es muy difícil la empresa;
que en Madrid halla ocasiones
toda juventud traviesa,
Leteos de obligaciones
más dificultosas que ésa.³

LA VIDA SOCIAL

No faltan en las comedias de Tirso alusiones a la vida social del Madrid de su tiempo, a sus costumbres, usos y supersticiones. Sin perjuicio de insistir en ello al ocuparnos más adelante del conjunto de los cuadros que traza el fraile de la Merced, veamos ahora algunos detalles sueltos, pero característicos.

Insiste Tirso en varios lugares en la dificultad de hallar casa —igual que en nuestros días— y en la novedad de que en cada casa vivan no una, sino varias familias, que a veces no llegan a tratarse ni aun a conocerse. Todo ello, que ahora nos parece tan natural, entonces sonaba a cosa sorprendente e inusitada. Para las trapisondas y enredos de las arriscadas damas tirsistas, esto significaba una suerte. He aquí lo que dice una:

En tres cuartos repartida
mi casa, tres embelecros,
tres laberintos fabrica.⁴

¹ *Celosa*, acto I, esc. II.

² *Madrid*, acto I, esc. VIII.

³ *Ibidem*, acto I, esc. VI.

⁴ *Ibidem*, acto II, esc. III.

Estas dificultades están motivadas por el rapidísimo crecimiento de la población. De este modo comentan dos personajes, refiriéndose a una casa en la que uno de ellos ha alquilado un cuarto:

—Dicen que hay dificultad
en Madrid de hallarse casa
sola y grande.

—Es infinita
la nobleza que le habita;
toda Castilla se pasa
a la Corte. En ésta moran
dos huéspedes principales;
y en un año, con ser tales,
los unos y otros se ignoran,
sin más comunicación
que Noruega con la China.

—Es grandeza peregrina
desta alegre confusión.
No tiene en Madrid el ocio
lugar ni tiempo dilata.

—No, señora; sólo trata
cada cual de su negocio.¹

Este estado de cosas conduce a extremos sorprendentes, según cuenta el caballero Don Sebastián en la siguiente relación. Refiere en ella que, habiendo ido a buscar a cierto amigo suyo a la casa en que vivía, dirigióse a preguntar, ante todo, al comercio establecido en la planta baja:

Pregunté en la tienda: «¿Aquí
vive Don Juan de Bastida?»
Y dicen: «No vi en mi vida
tal hombre.» Al cuarto subí
primero, y con una boda
vi una sala que, entre fiestas,
de hombres y damas compuestas
estaba ocupada toda.

¹ *Madrid*, acto I, esc. VIII.

Pregunté por mi Don Juan,
y díjome un gentilhombre:
«No hay ninguno de ese nombre
en cuantos en casa están.»

Llegué al segundo, trasunto
del llanto y de la tristeza,
y de una enlutada pieza
vi cargar con un difunto.

Al son de responso y llantos
que a dos viejas escuché,
por mi Don Juan pregunté.
Respondióme uno entre tantos:

«No sé que tal hombre viva
en esta casa, señor.»

Subí, huyendo del dolor
funesto, al de más arriba,
y hallé una mujer de parto,
dando gritos la parida,
y a Don Juan de la Bastida,
plácemes, que en aquel cuarto

había un año que vivía
con hijos y con mujer;
de modo que llegué a ver
en una casa, en un día,

bodas, entierros y partos,
llantos, risas, lutos, galas,
en tres inmediatas salas
y otros tres continuos cuartos,

sin que unos de otros supiesen,
ni dentro una habitación
les diese esta confusión
lugar que se conociesen.

—Está una pared aquí
de la otra más distante
que Valladolid de Gante.

—Bien podéis decirlo así.¹

No faltan tampoco alusiones a los coches, ni era posible, dada la afición a los mismos que existía en la época y que motivó las conocidas pragmáticas. Un coche es elemento fundamental en *Desde*

¹ *Celosa*, acto I, esc. II.

Toledo a Madrid. El vuelco de un carruaje es base de un incidente importante de *Por el sótano y el torno*, precisamente en la escena inicial de la comedia. Los coches eran abundantísimos en Madrid. «¿Un coche en Madrid espanta?», pregunta un personaje. A lo que contesta otro, irónicamente: «No; pero deprisa, sí.»¹ El coche sirve en la época de Tirso, como en todas, para intrigas amorosas y toda clase de lances y aventuras. En *Bellaco soís*, *Gómez*, utiliza el momentáneo cobijo que le ofrece el coche uno de los personajes para cambiar rápidamente de ropa y fingir distinta condición y sexo². En *La huerta de Juan Fernández*, dos mujeres, ama y criada, o mejor, amo y criado (pues ambas, por separado, han adoptado disfraz de varón), dialogan con malicia muy tirsista y gran libertad de lenguaje, salpicado de picantes alusiones, a la tercería de los coches en las aventuras amorosas. Releamos el curioso pasaje:

TOMASA. ¿Y a qué a la Corte venís?

DOÑA PETRONILA. A casarme.

TOMASA. No lo apruebo.

DOÑA PETRONILA. ¿Por qué?

TOMASA. Porque apenas huevo
de la cáscara salís,
y ya aspiráis para gallo.
Nazcan las plumas primero;
probad a Madrid soltero;
quizá después de proballo
mudaréis de parecer.

DOÑA PETRONILA. Llámame un suegro hacendado,
con un ángel que pintado,
aunque le nombran mujer,
en belleza es superior.

TOMASA. Renegad de quien tal pinta:
diz que hay ángeles en cinta
en ese lugar, señor.

Como está Madrid sin cerca,
a todo gusto da entrada;
nombre hay de Puerta Cerrada,
mas pásala quien se acerca.

¹ *Marta*, acto III, esc. XIX.

² *Bellaco*, acto II, esc. XIV.

Doncella y Corte son cosas
que implican contradicción.

DOÑA PETRONILA. ¡Malicioso!

TOMASA. Y con razón.

Las ciruelas más sabrosas,
mientras con su flor se están,
en el árbol se aseguran;
pero al momento maduran
que a la banasta las dan.

Una doncella en su casa
ciruela en el árbol es,
que a veces, de treinta y tres,
es, con flor, ciruela pasa.

Pero en Madrid no hay ninguna
que sea lo que parece,
porque en naciendo se mece
en un coche, en vez de cuna,
con que a madurarse basta
cochizando de día y noche;
que, en fin, doncellas en coche
son ciruelas en banasta.¹

En varias ocasiones se alude a las telas enceradas que llevaban los coches para cubrir las ventanillas. Elisa, en *Los balcones de Madrid*, se queja de la tiranía de su padre:

LEONOR. ¿Has visto por do venías?

ELISA. ¿Cómo sí hasta el resplandor
del cielo mi padre airado
me limitaba? Aun de noche
no nos permitió que al coche
corriesen un encerado.²

Sin embargo, por aquellos días había de salir por primera vez en Madrid un coche con cristales. Fué el 4 de julio de 1625 cuando, según un anónimo cronista de la época, «este día sacó el marqués de Toral cuatro vidrios en el coche a los caballos, que fué la primera

¹ *Huerta*, acto I, esc. I.

² *Balcones*, acto III, esc. II.

vez que se habían visto vidrieras en los coches, y la gente iba a ver cuándo se quebraban con el movimiento del coche»¹.

Una cuestión que en la época de los Austrias apasionaba a los españoles, era la de la cortesía². En estas comedias del fraile de la Merced se alude varias veces al prurito general de afectar títulos y tratamientos indebidos. Entre las citas recogidas anotamos dos. Día vendrá en que a todo el mundo se le llame «señoría» y nadie tolere un «vuestra merced», dice un personaje de Tirso.

DOÑA LEONOR. ¿Quién será esta señoría?

DON PEDRO. Hay tantas, Leonora mía,
que en ellas no se repara;
y que ha de venir, creed,
tiempo, según se dilata,
que como el oro y la plata,
no ha de hallarse una «merced».³

También se alude a lo que llamó Cadalso en el siglo XVIII «done-manía», como hace un personaje de *Marta la piadosa* al referirse a dos damas, apresurándose a repetir burlescamente «con su *don* en cada una»⁴.

Tampoco faltan las referencias a supersticiones, tan características de la época. En una de las comedias se hace inventario de los objetos que contiene el bolsillo de una dama, y entre otros aparece «una piedra verde oscura atada a un listón» con un papel que dice: «Esta piedra es por extremo — buena para el mal de ijada.»⁵ No ya a esta medicina pueril, sino a prácticas menos candorosas se alude en la comedia *En Madrid y en una casa*, pues al quedar maravillados Don Gabriel y el gracioso Majuelo de las cosas que les suceden, y al ver que una mujer está enterada de los secretos de sus vidas,

¹ Manuscrito anónimo publicado por D. Angel González Palencia con el título de *Noticias de Madrid (1621-1627)*. Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1942.

² Existen muchas y muy curiosas referencias a ello en la literatura de la época. Alguna vez haremos públicas nuestras notas, si no las hace inútiles el trabajo que hace tiempo prepara sobre el tema nuestro querido amigo D. Luis Morales Oliver, director de la Biblioteca Nacional. Nos complacería mucho que así fuera.

³ *Madrid*, acto I, esc. IX.

⁴ *Marta*, acto I, esc. VI.

⁵ *Celosa*, acto I, esc. V.

exclama el segundo: «¡Vive Dios, que ha habido haba y cedazo!», clara alusión a prácticas de ocultismo que se comprueba versos adelante: «No dudes que consultó—caracteres la hechicera.»¹ Las habas formaban parte usualmente del *equipo* de las brujas de la época, y se hallan citadas muchas veces en los procesos de hechicería. Había muchas formas de utilizarlas, y distintos conjuros. En 1615, una tal Margarita de Borja, procesada por la Inquisición, declaró que «eran cosa muy ordinaria entre las mujeres de Madrid las suertes y el conjuro de las habas», dando curiosos detalles de la forma en que ella, que había aprendido de las Zúñigas, lo practicaba. El conjuro de las habas era muy usado en Madrid y Toledo, en especial a petición de mujeres enamoradas. También era frecuente, aunque menos usual, el del cedazo, que nada tenía que ver con el sortilegio anterior².

Demos de lado a otros detalles menudos, pero característicos de la vida madrileña de la época, como las promesas de novenas a la Virgen de Atocha³ o la costumbre de emparejar a damas y galanes en juego que se celebraba la víspera de Año Nuevo⁴; la descripción de un juego de naipes⁵, la costumbre usual de las rondas de los enamorados⁶, el elogio de los dulces de Santo Domingo el Real o del convento llamado de Constantinopla⁷, la oportunista alusión a la severidad de la justicia de entonces⁸ y tantos otros detalles que dan a estas comedias madrileñas de Tirso de Molina el carácter de testimonio precioso de aquellos tiempos, pero cuyo examen haría excesivamente prolijo nuestro trabajo.

No podemos, sin embargo, olvidar las descaradas y burlescas referencias que hace Tirso a la tradicional falta de policía de la Villa, cuya suciedad no desapareció hasta tiempos de Carlos III. Destacan en este sentido tres escenas de *La celosa de sí misma*, en

¹ *Madrid*, acto I, esc. XII.

² Véase el libro de D. Sebastián Cirac Estopañán *Los procesos de hechicerías en la Inquisición de Castilla la Vieja*. Madrid, 1942. (C. S. I. C.)

³ *Balcones*, acto II, esc. II.

⁴ *Ibidem*, acto II, esc. III.

⁵ El juego llamado del hombre, muy parecido al que hoy denominamos del tresillo. En *Bellaco*, acto I, esc. II, puede seguirse al detalle y casi con entera exactitud el desarrollo de una de las jugadas.

⁶ *Bellaco*, acto III, esc. XXII.

⁷ *Celosa*, acto III, esc. IV.

⁸ *Huerta*, acto I, esc. I.

las cuales el desenfado es verdaderamente característico. Santillana transmite a Don Melchor una cita de la Condesa:

La Condesa, mi señora,
aunque dice que enojada
con vos se partió de aquí,
que vais esta noche os manda
a la una (no a las doce,
porque entonces se despachan
provisiones por Madrid
que trocara yo por ámbar)...¹

Es decir, la cita es para la una, no para las doce, porque a esa hora la Villa se convertía en un vertedero, con riesgo para la pulcritud de los viandantes. (Obsérvese el doble sentido de la palabra «provisiones» en relación con uno de los valores semánticos, ya anticuado, del verbo «proveerse».) Don Melchor acude a la cita. En la espera dialoga con su criado:

DON MELCHOR. Esta es la calle aplazada
y la ventana una destas,
que mis esperanzas verdes
sus verdes hierros enredan.
VENTURA. No hará, a lo menos, la calle
información de limpieza,
ni es malo aquí un romadizo
con dos botas de diez suelas (!)
DON MELCHOR. ¿Las cuántas son?
VENTURA. El cahíz
dió Santa Cruz, y ya empiezan
perfumeras mantellinas
a arrojar quintas esencias.²

Sale la dama, por fin, a una ventana, y el amo, pretendiendo subir sobre las espaldas del criado, le dice:

¹ *Celosa*, acto III, esc. XIV.

² *Ibidem*, acto III, esc. XVII. «El cahíz dió Santa Cruz» quiere decir que la campana de la iglesia de Santa Cruz había dado las doce, ya que un cahíz, en Castilla, tiene doce fanegas.

DON MELCHOR. Haz esta merced, que así
quiero llamarla.

VENTURA. Dijeras
servicio, que agora hay hartos
que a todo Madrid inciensa.¹

La utilización de estos elementos escatológicos como fuente de comicidad era frecuente en la literatura de los siglos xvi y xvii, tanto en el teatro como en la novela. Aquí nos interesa como reflejo de una realidad: la del descuido que existió en Madrid, hasta Carlos III, en materia de higiene y policía urbana. Estos rasgos cómicos producirían mayor efecto al público de los corrales madrileños, que captaba inmediatamente las divertidas alusiones a un estado de cosas que formaba parte de la realidad diaria y que más de una vez habría dado motivo al espectador mismo, o a personas de su amistad, para incidentes enojosos o risibles. Se trata de pasajes, ciertamente, poco elegantes, pero que tienen interés porque no existe nada parecido, en lo que tienen de alusión a realidades concretas, en las comedias cuya acción se desarrolla en ciudades extranjeras, o incluso en otras ciudades españolas: su ambiente es siempre más convencional y carece de los rasgos realistas de las comedias madrileñas.

MUEBLES Y ROPAS

No carece de interés anotar los rasgos que en las comedias de Tirso existen sobre indumentaria y mobiliario, y en general acerca de objetos de uso, pues esto contribuirá a darnos idea de la vida madrileña en su tiempo. Es preciso buscar estas curiosas notas no en las acotaciones, escasísimas, sino en el texto mismo de las obras. En ellas se enumeran los muebles que usualmente adornaban las viviendas de las personas de alguna calidad:

... Cuadros, escritorios, sillas,
colgaduras, contador,
cama, estrado...²

¹ *Celosa*, acto III, esc. XVIII.

² *Balcones*, acto II, esc. X.

es decir, los usuales en España por aquella época. En una de las comedias estudiadas, el protagonista se ve sorprendido al hallar ricamente amueblada su habitación y provista de ricas ropas. Su criado se lo advierte:

¡Ay! ¿No ves el aparato,
adorno y ostentación
con que nuestra habitación
nos hace esta noche el plato?

Colcha en la cama, de China;
sábanas de Holanda, nieve
que por los ojos se bebe
— más diabla que Serafina

sois vos, pero provechosa —.

Repara en las almohadas,
guarnecidas y bordadas
de oro y seda generosa;

de plata los candeleros,
y de damasco el tapete
que ensoberbece el bufete;
un talegón de dineros;

dos tabaques todos llenos
de conservas y regalos,
que aunque los diablos son malos
hay entre ellos más y menos.¹

Podrían agregarse otras citas; pero renunciamos a ello porque no añaden nada específicamente madrileño. Más interés tiene lo que se refiere a la indumentaria. Demos de lado a las numerosas referencias sueltas a los trajes usuales de la época, que motivan que estas comedias, y otras, hayan sido llamadas «de capa y espada». Ropillas, jubones, capas, mantos, tocas, basquiñas, sotanas (no sólo vestidas por los eclesiásticos, sino por los estudiantes), y otras muchas prendas archiconocidas eran lucidas en los tablados durante las representaciones de estas comedias. En *Bellaco sois*, Gómez, se nombra el «serenero», toca especial que usaban las mujeres para protegerse del sereno, término no tan conocido². Las calzas, que

¹ *Madrid*, acto III, esc. IV.

² *Bellaco*, acto I, esc. XIV.

dan título a una de las más complicadas comedias de Tirso, son aludidas en otra como elemento cómico¹. Abundan las referencias a los mantos, que permitían a las damas de Téllez sus acostumbradas intrigas y travesuras. Los galanes se enamoran frecuentemente de la blancura de una mano o del fulgor de unos ojos apenas entrevistos. Por eso exclama un galán:

¡Mal haya quien inventó
los mantos, señora mía,
que en España solamente
de tantos gustos nos privan!²

Estos enamoramientos de lo que se adivina más que se ve, desatan las agudezas del gracioso:

¿Es posible que haya amor,
que la hermosura divina
de tal dama menosprecie
por una mujer enigma,
por una mano aruñante,
que con blancura postiza,
a pura muda y salvado
sus mudanzas pronostica?
¿Sin haberla visto un ojo,
sin saber si es vieja o niña,
nari-judaizante o chata,
desdentada o boquichica?
¡Que en cáscara te enamores!
¡Que bien del espejo digas
sin ver no más que la tapa!
¡De una dama en alcancía!
¡De la tumba por el paño!

¹ En *La villana de Vallecas*. Antón, hijo de un labrador de Vallecas, va a casarse con la fingida villana. Para la ceremonia alquila unas calzas en Madrid, y al ser preguntado por el novio uno de los personajes, dice: «De Madrid — trujo unos diabros de calzas — de alquiler, y hase perdido — entre tantas cuchilladas.» (Acto III, esc. XXI.) Las calzas no habían pasado todavía a formar parte de la indumentaria popular. Recuérdese el famosísimo *Diálogo de la invención de las calzas*.

² *Celosa*, acto II, esc. III.

¡De la toca por la lista!
 ¡Del pastelón por la hojaldre!
 ¡De la sota por la pinta!
 ¡De la espada por la vaina!¹

En *Por el sótano y el torno*, como observó Cotarelo, según antes hemos indicado, se alude a la supresión de las puntas de los mantos en la siguiente y curiosa pintura de una dama:

—¿Muchas galas?

—Las que el uso

de la vanidad hereda;
 su chamolete de seda
 leonado y negro se puso;
 escapulario y basquiña
 correspondiente al jubón,
 que abrochándose a traición
 el cristal delante alíña;
 cordón de pita hecho lazos,
 cada mano de manteca,
 con su red a la muñeca
 por remate de los brazos;
 ropa que cruje al andar,
 banda que el pecho atraviesa,
 con una madre Teresa
 que, sin saberla imitar,
 de tortuga guarneció
 con sus menudencias de oro;
 todo esto traigo de coro
 con lo que se me quedó.

El manto, aunque despuntado,
 con palmo y medio de red.
 ¡Qué! ¿Pensaba vuesarced
 que las puntas que han quitado
 les hacen falta? ¡Bonitas
 son! Si en carnes anduvieran,
 de la misma carne hicieran
 guarnición las mujercitas.²

¹ *Celosa*, acto II, esc. I.

² *Sótano*, acto III, esc. V.

No era fácil que las mujeres de la Corte renunciaran a las ventajas ofrecidas por la recatada y protectora prenda, que favorecía las intrigas y trapisondas, las cuales, según otro personaje de Tirso eran

misterios, en fin, de un manto
que no son vistos y ven.¹

La indumentaria de los tiempos de Tirso era más rica y variada que la nuestra. También tenía más carácter nacional, pues entonces apenas se iniciaba débilmente la pérdida de los trajes nacionales entre las personas de calidad para imitar las vestiduras francesas. (La transformación, que ahora empieza con la prohibición de los cuellos en la indumentaria masculina, culminará en la época de Carlos III con la adopción del sombrero de tres picos, la capa corta y el espadín.) Nuestros días viven la uniformidad de la gabardina y el sinsombrerismo. En la época de fray Gabriel Téllez, la indumentaria marcaba más las diferencias entre las distintas calidades y posición social de las personas. De ahí que era más frecuente y necesaria la simulación. En una de las comedias madrileñas plantea Tirso, un poco en burlas, el problema de la necesidad de que cada cual vista como le corresponde:

¿Por qué pensáis vos que España
va, señor, tan decaída?

Porque el vestido y comida
su gente empobrece y daña.

Dadme vos que cada cual
comiera como quien es,
el marqués como marqués,
como pobre el oficial.

Vistiérase el zapatero
como pide el cordobán,
sin romper el gorgorán,
quien tiene el caudal de cuero.

¹ *Madrid*, acto I, esc. V.

No gastara la mulata
 manto fino de Sevilla,
 ni cubriera la virilla
 el medio chapín de plata,
 si el que pasteliza en pelo
 sale a costa del gigote
 el domingo de picote
 y el viernes de terciopelo.

Cena el zurrador besugo
 y el sastre come lamprea,
 y hay quien en la Corte vea
 como a un señor al verdugo.

¿Qué perdición no se aguarda
 de nuestra pobre Castilla?
 El caballo traiga silla,
 y el jumento vista albarda.

Coma aquél un celemin
 y un cuartillo a esotro den,
 porque el jumento no es bien
 que le igualen al rocín...

¿Por qué hizo naturaleza
 el tabí, la seda, el paño,
 la holanda, el cambray y estopa
 distintos al tacto y vista?
 Porque cada cual se vista
 según su estado la ropa.¹

TOPONIMIA MADRILEÑA DE TIRSO

Muchas de las alusiones y datos que llevamos expuestos, aunque interesantes para conocer la vida de la época, no se refieren especialmente a Madrid, y pueden aplicarse a otras ciudades españolas. En cambio, tiene un valor exclusivamente madrileño cuanto se refiere a los lugares en que se desarrolla la acción de las comedias. Cuando éstas no se suponen en Madrid, ya hemos visto que el lugar de la acción no se concreta demasiado. Una calle puede ser una calle cualquiera; una plaza, cualquier plaza indeterminada. En cam-

¹ *Huerta*, acto I, esc. I.

bio, en las comedias madrileñas, si es preciso situar a los personajes en una calle o plaza, éstas aparecen perfectamente señaladas, y son la calle Mayor, la de Carretas, la del Príncipe, o la Plaza Mayor, o la Puerta del Sol... Y estos lugares madrileños, u otros análogos, aparecen citados, aludidos, y aun descritos, de manera inequívoca.

El cogollo de Madrid, su centro nervioso, era ya, por entonces, la Puerta del Sol. Las calles que a ella aflúan, y afluyen, como las de la Victoria, Carretas, y sobre todo la calle Mayor, poseían parecido prestigio. *La celosa de sí misma* se inicia en la lonja del convento de la Victoria, con vista a la puerta del Sol¹. Es cosa sabida que dicho convento se levantaba a la entrada de la carrera de San Jerónimo, haciendo esquina a la calle de la Victoria, a la que dió su nombre, que aun conserva. En la comedia citada, Ventura, lacayo, va describiendo a su amo aquellos lugares de Madrid. La iglesia de la Victoria era muy frecuentada por las gentes distinguidas.

—¿Qué iglesia es ésta?

—Se llama

la Victoria, y toda dama
de silla, coche y estrado,
la cursa.

—¡Bravas personas
entran!

—Todos son galanes,
espolines, gorgoranes,
y mazas de aquestas monas.²

Y más adelante se afirma concretamente el aristocraticismo de dicha iglesia:

¹ Así se desprende del diálogo. (La acotación es del editor Hartzenbusch.)

² *Celosa*, acto I, esc. I. Las monas llevaban una cadena, a la que estaba unida un trozo de madera grueso y pesado, la maza, que les estorbaba el escapar. Ser «maza» de una persona era seguirla sin separarse de ella. En otra comedia, un personaje le dice al gracioso: «... Participas de tu amo — la poca dicha, perdona: — la maza va con la mona, — necio es el necio y el amo.» (El texto parece estragado. El último verso debió de decir: «necio eres si lo es tu amo».) *Caballero*, acto I, esc. VIII. Véase también *Don Gil*, acto I, escena II.

—Es esta iglesia una gloria
de belleza.

—Y la Victoria,
la parroquia de las damas.¹

Frente a la iglesia de la Victoria, y entre la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, dando frente a la Puerta del Sol, estaban la iglesia y hospital del Buen Suceso, cuyo solar avanzaba sobre lo que hoy es la plaza misma. Delante se hallaba la fuente que entonces se denominaba del Buen Suceso². Tirso evoca este lugar en otra escena en que un galán sigue a dos damas tapadas:

—Hacia la Puerta del Sol
echaron, y yo tras ellas,
siguiendo sus pasos voy.
Llegaron al Buen Suceso
(¡bueno me le dé el amor!)
por las gradas de la fuente
ellas, por la puerta yo,
frontera de la Victoria,
que así me lo aconsejó
para asegurar sospechas
la advertencia y discreción...³

Al Caballero de Gracia, según Tirso, le parecía la Puerta del Sol un lugar excelente para la fundación de un convento del Carmen, por ser lugar muy pasajero:

...esta es la Puerta del Sol;
bien estuviera, os confieso,

¹ *Celosa*, acto I, esc. II.

² Todo ello se puede ver con entera claridad en el plano de Texeira. (Véase Martínez Kléiser, Luis: *Guía de Madrid para el año 1656* (Madrid, 1926), págs. 87 y 90). La estatua que está sobre la fuente es la famosa Mariblanca, que fué colocada allí en 1616, según Peñasco y Cambronero. Otra mención del Buen Suceso, en *Sótano*, acto III, escena XIII.

³ *Sótano*, acto II, esc. XIII.

aquí el sitio de esta casa,
que el concurso de la gente
que por aquí al Prado pasa
es notable...¹

Le hace desistir del intento la proximidad del Buen Suceso y de la Victoria. (Ya veremos en dónde fué a establecer su fundación el famoso caballero.)

Desde la Puerta del Sol se ve la animación y bullicio de la calle Mayor, interesante por el Mentidero y las Platerías.

—¡Brava calle!
—Es la Mayor,
donde se vende el amor
a varas, medida y peso.
.....
Cada tienda es la Bermuda;
cada mercader, inglés
pechelingüe, u holandés,
que a todo bajel desnuda.
Cada manto es un escollo.
Dios te libre de que encalle
la bolsa por esta calle...²

No es solamente ésta la mención que hace Tirso en sus comedias de la calle Mayor, tan favorecida de damas y galanes³.

¹ *Caballero*, acto II, esc. V.

² *Celosa*, acto II, esc. I. «Pichelingüe» escribe Tirso en *Marta la piadosa* (II, II) y en *Amar por señas* (II, V). Según Hartzenbusch (B. A. E., tomo V, página 449), se formó esta palabra de «speech english», y designaba en un principio a los ingleses. (Hartzenbusch lo dice en forma algo hipotética; pero la igualdad pichelingüe=inglés se desprende de los textos de Tirso), Guastavino Gallent (*La toma de la Mamora relatada por Tirso de Molina*. Larache, 1939, pág. 15), aceptando la etimología propuesta por Hartzenbusch, dice que Tirso emplea la palabra «pichelingüe» quizá como sinónima de holandés. (Ya hemos visto que no es así.) Observa también que «en la actualidad, en la costa occidental de Africa, se llama *pichininglis* a la jerga hablada por indígenas y marineros de todos los países en sus relaciones mutuas». En su trabajo *Notas sobre el español en Africa Ecuatorial* (RFE, XXXV (1951), págs. 107 y 115), Carlos González Echegaray anota la forma «pichinglis» como nombre con el que se designa la jerga dialectal del inglés hablado por los pueblos del Africa negra, derivándolo de «pidgin-english», que, según los diccionarios, es el inglés hablado en China.

³ Véase también *Sótano*, acto III, esc. XI.

En *La celosa de sí misma* hay también una brillante descripción de la Plaza Mayor, a la que llama

esa que el aire embaraza,
de su soberbia testigo,
usurpando a su elemento
el lugar con edificios
desta Babilonia indicios,
pues hurtan la esfera al viento.¹

Doña Blanca de los Ríos ha utilizado esta alusión, como hemos dicho antes, para fechar la comedia, que ha de ser posterior a la construcción de la plaza, erigida entre 1617 y 1619 por el discípulo de Herrera Juan Gómez de Mora. «La Plaza Mayor — escribe — convirtiéndose en ancho cauce por donde corrió caudalosa y rápida toda la vida religiosa, histórica y artística de Madrid, cabeza y cifra de la España de dos mundos. Conclusa apenas, estrenóse en 1620 con las grandes solemnidades de la beatificación de San Isidro, y el 2 de Mayo de 1621 alzáronse en ella pendones para proclamar Rey a Felipe IV; y aquel mismo año, el 21 de Octubre, cayó allí, bajo el hacha del verdugo, la altiva cabeza de don Rodrigo Calderón, que no murió, como mintió el adagio, soberbio y en la horca, sino contrito y en el tajo; y en 1622, el 19 de Junio, verificáronse allí las célebres solemnidades de las canonizaciones de los cuatro grandes santos: Isidro Labrador, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Teresa de Jesús; y en 1623, para solemnizar con inusitada pompa y magnificencia los conciertos matrimoniales, después rotos, de la infanta María de Austria con el príncipe de Gales, trocóse la plaza en liza de arcaicos torneos, cañas y toros; y en 1630 celebráronse allí las grandes fiestas mercedarias de las canonizaciones de San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort. Y así sucesivamente.»²

La acción de otras comedias de Tirso está situada en las calles de Carretas y del Príncipe. El nombre de la primera de ellas, según Peñasco y Cambronero³, se debe a que, según la tradición, «cuando

¹ *Celosa*, acto I, esc. II.

² Artículo citado en la nota núm. 3 de la pág. 305. Recuérdese también el trabajo de R. L. Kennedy *The New Plaza Mayor of 1620 and the Reflection in the Literature of the Time*, en HR, XII (1944).

³ *Las calles de Madrid*. Noticias, tradiciones y curiosidades, por D. Hilario Peñasco.

el levantamiento de las Comunidades de Castilla, se formó en este sitio un parapeto de carretas, detrás de las cuales se defendieron los amotinados». En la calle de Carretas, o de las Carretas, se hallaba la casa en que la travesura femenina urdió las intrigas de *Por el sótano y el torno*. En esta comedia, Santillana, al apearse del coche Doña Bernarda, la informa del lugar donde se encuentra del siguiente modo:

DOÑA BERNARDA. ¿Cómo se llama esta calle?
 SANTILLANA. La calle de las Carretas.
 Es ombligo de la Corte;
 la Puerta del Sol, aquella;
 la Victoria, al cabo de ella;
 y a la otra acera es su norte
 el Buen Suceso; allí enfrente,
 el Carmen; a man derecha,
 la calle Mayor, cosecha
 de toda buscona gente;
 San Felipe, a la mitad;
 Puerta de Guadajara
 arriba, de quien contara
 lo que puede una beldad...¹

Parte del acto primero de *En Madrid y en una casa* transcurre en la calle del Príncipe, y en ella está situada la casa que da título a la comedia. Doña Manuela se informa de la calle en que va a vivir, preguntando su nombre:

DOÑA MANUELA. ¿Y cuál es el desta calle?
 DON JUAN. Del Príncipe.
 DOÑA MANUELA. ¿Es principal?
 DON JUAN. Tanto como su apellido.
 Títulos y caballeros
 la ilustran, ya aventureros,
 ya naturales.
 DOÑA MANUELA. Yo he sido

co y D. Carlos Cambrónero. Madrid, 1889. (En adelante citaremos esta obra solamente por los apellidos de los autores.)

¹ *Sótano*, acto I, esc. VI.

* AÑO XIX.—NÚMERO 59-60)

siembre inclinada a Madrid,
aunque es tan grande Sevilla.

DON JUAN. Es todo el mundo esta villa.

DOÑA MANUELA. Bien lo encarecéis; subid.¹

Tirso nos informa en otra escena hasta del detalle de la acera en que se encontraba la casa. Es la que hoy lleva numeración impar, es decir, la misma del teatro Español. Entre las ventajas de la casa está la de su proximidad al teatro, con lo que se evitan los lodos:

—Tiene otra circunstancia,
más de comodidad que de ganancia:
que los lodos remedia.
—¿Cuál es ésa?

—La casa de comedia
que en esta misma acera,
porque Apolo la cursa, es cuarta esfera.²

La Puerta y la calle de Atocha también son lugares tirsistas. En *Por el sótano y el torno* se habla de un personaje que se apeó «en la calle de Atocha—en el mesón de la Oliva»³, mesón que sin duda existió y sería conocidísimo en tiempo de Tirso, aunque ahora no podamos identificarlo. Tampoco sabemos a qué enfermedad de Felipe IV alude Tirso en *La villana de Vallecas* en términos de exaltado monarquismo y júbilo irreprimible, haciendo constar que, ya convaleciente, el monarca «ha salido—a Atocha en público hoy»; es decir, ha ido a postrarse ante la Virgen de Atocha, la imagen hallada, según la tradición, por Gracián Ramírez, y a la que se tributaba culto en la iglesia del convento de su nombre en el sitio que era entonces camino de Vallecas⁴. Es interesante esta referencia

¹ *Madrid*, acto I, esc. VIII. No está claro a qué príncipe debe la calle su nombre. Mesonero Romanos supone que fué llamada así en honor del que después sería Felipe II.

² *Ibidem*, acto I, esc. XI. A continuación se hace un elogio de Lope, que había muerto recientemente, diciendo «que sin él quedan viudos los tablados».

³ *Sótano*, acto III, esc. XX.

⁴ *Villana*, acto I, esc. VI.

casi periodística al suceso de máxima actualidad al escribirse y estrenarse la comedia.

Digamos rápidamente, en honor a la brevedad, que en este grupo de comedias de Tirso aparecen también citadas otras calles madrileñas, como las de Alcalá¹; de la Gorguera², Mesón de Paredes³, de las Urosas⁴ y de Silva⁵; sin contar varias plazas, como la Red de San Luis⁶, Puerta Cerrada⁷, la Puerta de Guadalajara⁸ y las plazas de Herradores y Santa Cruz⁹.

No podía faltar como escenario tirsista el Prado, tan propicio a las aventuras de caballeros y tapadas. Al Prado va la Doña Serafina de *La villana de Vallecas*¹⁰. En el Prado de San Jerónimo transcurren las escenas finales de *Don Gil de las calzas verdes* y algunas del acto tercero de *Marta la piadosa*¹¹. En *Bellaco sois, Gómez*, es el Prado de Recoletos lugar de varias escenas¹²: casi medio acto.

Tampoco podían faltar las referencias al Manzanares, «arroyo aprendiz de río», pretexto habitual para que los poetas seiscentistas lucieran fácil ingenio, sin que ninguno de ellos llegara a intuir que llegaría una época en que se le podría admirar canalizado y casi caudaloso. La en apariencia piadosísima Marta desea abandonar sus monjiles vestiduras e ir a cenar a la ribera:

—Pues yo quisiera, bien mío,
por no mostrarme tirana
de tu gusto y albedrío,
vestirme una vez galana
y irnos a cenar al río.

¹ *Huerta*, acto II, esc. III.

² *Ibidem*, acto III, esc. IV.

³ *Don Gil*, acto II, esc. VI.

⁴ *Ibidem*, acto I, esc. II.

⁵ *Celosa*, acto II, esc. V.

⁶ *Caballero*, acto III, esc. XIX.

⁷ *Huerta*, acto I, esc. I.

⁸ *Don Gil*, acto II, esc. X.

⁹ *Sótano*, acto III, esc. III.

¹⁰ *Villana*, acto II, esc. II.

¹¹ Son las escenas XVII, XVIII, XIX y XX las que suceden en el Prado, a la entrada de la huerta del Duque. La escena final ocurre ya en el interior de la huerta.

¹² *Bellaco*, acto II, escenas X a XVII.

—¿Qué río?

—El de Manzanares.

—Ríome del río yo.

—Antes quiero que repares
que es río de quien nació
el rey de todos los mares.

Río de Madrid, que es mar,
que esas letras tiene en sí.

—Eso es quererle alabar.

—Yo que del río aprendí,
no sé más que murmurar.¹

Por su parte, la escena inicial de *Don Gil de las calzas verdes*, así como la escena segunda, transcurren «a vista de Madrid —y en su puente segoviana»; y no faltan las consabidas alusiones burlescas:

—Ya que nos traen tus pesares
a que desta insigne puente
veas la humilde corriente
del enano Manzanares,
que por arenales rojos
corre, y se debe correr,
que en tal puente venga a ser
lágrima de tantos ojos,
¿no sabremos qué ocasión
te ha traído de esa traza?
¿Qué peligro te disfraza
de damisela en varón?

Existen también referencias a lugares concretos: iglesias, ermitas, huertas y edificios particulares. A veces se trata de simples designaciones; otras veces son verdaderos escenarios, de tal manera que uno de ellos da título a una de las comedias madrileñas: *La huerta de Juan Fernández*.

En esta huerta, de Madrid recreo,
me ofrecen bienes y me ferian males,²

¹ *Marta*, acto III, esc. XIII.

² *Huerta*, acto I, esc. II.

dice el protagonista, Don Hernando Cortés, convertido en jardinero por imperativo del amor, como el Don Duardos vicentino. Hay escenas de la comedia que ocurren en la huerta; otras, en la casa de la misma, y algunas, en la parte exterior de ella, en donde existían unas fuentes y un lavadero. Esto da lugar a una divertida escena, en que el gracioso, en el apicarado estilo tan característico de Téllez, se dirige a una lavandera:

—Déjeme lavar mi ropa,
le digo, y hágase allá.
—Vuelve la fachada acá,
y no mires por la popa;
advierte que me destilas
el alma y el corazón.
¡Bien haya quien el jabón
hizo, y inventó las pilas!
¡Bendito sea el regidor,
que entre floridos matices,
condujo jabonatrices
para que se lave amor!
Ni sus salas ni planteles,
cuadros, estatuas, pinturas,
grutescos, arquitecturas,
rejas, balcones, cancelas,
se igualan a la invención
que en tanta pila dilata
brazos fregones de plata
entre niñas de vellón.
¡No me hiciera a mí poeta
el dios rubio, todo cara!
Panegíricos cantara
a la invención arquiteta
de Juan Fernández, que aquí,
refugio de mantellinas,
labró pilas cristalinas...¹

Esta famosa huerta del regidor Juan Fernández era, como escribe Mesonero, «célebre por su amenidad, y relacionada con las memorias poéticas del siglo xvii como sitio que era entonces de pública

¹ *Huerta*, acto III, esc. VI.

recreación, y a que aludieron... célebres escritores de la época». Estaba situada en la parte del jardín del actual Ministerio del Ejército que linda con la calle de Alcalá, la Cibeles y el paseo de Recoletos.¹

También era lugar de recreación la llamada huerta del Duque, en donde ocurre la acción de varias escenas de *Don Gil de las calzas verdes* y de *Marta la piadosa*. En la primera de estas comedias se sitúa en la huerta una fiesta con música y canto:

Alamicos del prado,
fuentes del Duque,
despertad a mi niña
porque me escuche...

y se alude a las parras, los álamos y las fuentes de la célebre huerta². Estas escenas, con elementos líricos, eran mucho más frecuentes en el teatro del maestro Lope que en el del discípulo Téllez. En *Marta la piadosa*, los personajes que se hallan en la huerta y ven aproximarse un coche, suponen que se trata del propio duque, que busca allí, en su soledad, recreo y sosiego:

—Oid, que viene hacia acá
derecho y aprisa un coche.
—¿Un coche en Madrid espanta?
—No; pero deprisa, sí.
Ya llega y ya para allí.
—¿Qué es esto? ¿Quién os encanta?
—No sé que es, que me ha turbado
ese coche. ¿Qué será?
—El Duque que se vendrá
a su huerta retirado,
y corridas las cortinas,
sin criados, como suele...³

¹ Dedicado a *La huerta de Juan Fernández*, y con este título hay un interesante trabajo de Ricardo Sepúlveda, inserto en su libro *Antiguallas* (Madrid, 1898).

² *Don Gil*, acto, I, esc. VIII.

³ *Marta*, acto III, esc. XIX.

En *La celosa de sí misma*, con motivo del hurto frustrado de un bolsillo, se citan el convento de la Merced—el propio de fray Gabriel Téllez—y el de la Trinidad, «que recoge lo perdido»¹.

En *Don Gil de las calzas verdes* se habla repetidamente de que una dama se ha encerrado en el convento de San Quirce

dando quejas
y suspiros, porque está
con indicios de preñada.²

En *El Rey Don Pedro en Madrid* se sitúan algunas escenas en Santo Domingo el Real, y se alude a la fundación de este convento por dicho Santo, y a que Don Pedro el Cruel labrara allí su enterramiento («Ser piedra en Madrid es esto», como le dice la sombra del clérigo a quien dió de puñaladas). En efecto; en Santo Domingo el Real estuvo la efígie en mármol del discutido monarca, como éste se propone hacer en los siguientes versos:

Maestros me prevenid,
que una fábrica inmortal
en Santo Domingo el Real
le pienso dar a Madrid,
donde en alabastro terso
tenga en soberana historia
eternidad la memoria,
dulce espíritu en el verso.

El templo he de enriquecer
que Domingo comenzó,
donde piedra he de ser yo;
y su abadesa ha de ser
la princesa Doña Juana,
mi hija, en su poca edad,
pues manda en mi voluntad
voluntad más soberana...³

¹ *Celosa*, acto I, esc. IV.

² *Don Gil*, acto II, escenas VI y X.

³ *Rey*, acto III, escenas XIII y XVIII. Se levantaban este convento y su Iglesia en la cuesta de Santo Domingo. Fueron demolidos en 1870, de lo que se lamenta Mesonero Romanos, que realizó inútiles esfuerzos para salvar la iglesia y el coro. En su tiempo todavía se conservaba, aunque mutilada, la estatua del rey Don Pedro.

En *El Caballero de Gracia* hay referencias concretas a la fundación de dos casas de religión. Una, de monjas, el convento de las Descalzas Reales, de religiosas franciscas, fué debida a la piedad de Doña Juana, hermana de Felipe II y madre del infortunado rey Don Sebastián. En la comedia vemos a dicha princesa ocupándose de que se coloque el Sacramento en la nueva iglesia y se la enriquezca con reliquias¹. La otra fundación a que nos referimos es la del convento del Carmen, de frailes calzados de dicha Orden. Fué una de las fundaciones debidas a Jacobo de Grattis, es decir, al famoso Caballero de Gracia, que tuvo la idea feliz de levantar dicho convento e iglesia en el lugar en que estaba entonces la mancebía pública². En la obra de Tirso le vemos, cuando va buscando emplazamiento para la nueva fundación, escandalizarse de hallar tan a la descubierta el lugar del pecado:

—Pero decidme: ¿qué casa
es aquella donde tantos
salen y entran?

—Donde pasa
un trato no para santos.

—Donde Venus da a la tasa
zupia que el seso derriba;
feria donde abre sus tiendas
el vicio a gente láciva,
y es, en fin, porque lo entiendas,
rastros de la carne viva.

—¿Qué dices, loco?

—¿Esto ignoras?

A fe que lo saben hartos;³

¹ *Caballero*, acto II, esc. I. Este monasterio se levantaba en lo que hoy se llama todavía plaza de las Descalzas.

² Véase Martínez Kleiser, *Ob. cit.*, pág. 32. «La casa mancebía pública, que estaba a principios del siglo XVI en el sitio donde ahora el palacio de los condes de Oñate—escribe Mesonero—, se mandó trasladar a ese punto por Real cédula de Carlos I, fecha 28 de Julio de 1541, lo cual se verificó comprándose para ello por la villa un sitio que tenía Juan de Madrid, mercader, y estaba a la cava de la Puerta del Sol, donde se construyó la nueva casa de mujeres públicas. Pero más adelante, y habiendo ingresado este sitio dentro de la población y formándose una nueva calle, fueron expulsadas de él en el reinado de Felipe II, y designado para la fundación de un convento e iglesia de religiosos calzados de Nuestra Señora del Carmen, lo cual se verificó, diciéndose la primera misa en 17 de Enero de 1575.»

Faltan tres versos de esta quintilla en el texto.

lonja de gente ruin,
de la basura rincón,
y, por no hablar en latín,
es, hablando con perdón,
la casa pública, en fin.

—¡Jesús! ¿La casa es aquesta
donde la gente perdida
vive o muere deshonesto?
¿Donde la vergüenza olvida
la honra que tanto cuesta?

¡Válgame Dios, ya que admite
la costumbre y los engaños
que el vicio en la corte habite,
y porque mayores daños
excuse, aquestos permite!

¿Es posible que consienta
que en esta publicidad
tenga su casa el afrenta?
¿Que la deshonestidad
pague aquí al Infierno renta?

Junto a la calle Mayor,
por donde la gente pasa
de más caudal y valor,
¿la torpeza tiene casa,
y a todos no causa horror?...

... En el corazón me ha puesto
Dios que aqueste sitio escoja
para el convento propuesto,
porque el alma me congoja
que aquí el trato deshonesto
a toda la corte ofenda...¹

El Caballero de Gracia pide ayuda para su empresa al cardenal don Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla:

Ilustrísimo Príncipe, ¿es posible
que en mitad desta corte se consienta
tienda al demonio que le pague renta?
Las públicas mujeres deshonestas,

Caballero, acto II, esc. V.

¿es bien que vivan en el mejor sitio
de la corte que rige los tormentos [?]
el pecado mayor junto a la calle
Mayor deste lugar, y esto se calle?...

El cardenal no acoge la idea:

El celo alabo; pero no conviene
mudar el orden que la corte tiene,

dice a Jacobo de Grattis, al que llega a amenazar con quitarle la cabeza de los hombros. No obstante, éste logra su propósito de ver en la antigua mancebía el nuevo convento¹.

En el acto tercero de la misma comedia hallamos referencias a otras dos fundaciones del Caballero de Gracia: las del Hospital de Convalecientes y el Convento de Clérigos Menores, el último de ellos instalado en la morada misma de Jacobo de Grattis. Este expone en pocas palabras la idea que le movió a la primera de dichas fundaciones:

...a los convalecientes
también he dado hospital.
La calle de Fuencarral
se honra con esta obra pía:
flaca la gente salía
enferma, y para volver,
gran señora, a recaer,
¿de qué curallos servía?
Allí a su regalo asisto
mientras fuerza y salud cobra.²

¹ Hoy sólo se conserva la iglesia del Carmen, El solar del antiguo convento corresponde a lo que hoy es plaza del mismo nombre y parte del actual teatro Madrid.

² *Caballero*, acto III, esc. II. El Hospital de Convalecientes de San Bernardo estuvo en la calle Ancha de San Bernardo, que cuando se fundó se llamaba de Fuencarral porque era el camino viejo a este pueblo. En lo que hoy es glorieta de San Bernardo, aproximadamente, estaba la Puerta de Foncarral, que todavía se ve, designada con este nombre, en el plano de Texeira, en 1656. Pero ya Texeira a la calle la llama de los Convalecientes de San Bernardo, y designa con el nombre de Fuencarral a la misma que lo lleva en la actualidad. (Mesonero atribuye la fundación del hospital de Convalecientes al venerable Bernardino Obregón.)

El Caballero de Gracia, al final de la comedia, manifiesta su propósito de hacerse sacerdote:

que yo, después que en mi casa
seguro hospicio haya dado
a los Clérigos Menores,
de virtud espejos claros,
pienso partirme a Toledo
a ordenarme de orden santo,
porque siendo sacerdote
tome el cielo con las manos.¹

La devoción popular madrileña lleva a Tirso a citar otros templos más modestos, pero muy queridos por los habitantes de la Corte, situados entonces fuera del recinto de la Villa, como las ermitas de San Isidro y San Blas. Ambas sirven de escenario en sendas comedias. Ante la de San Isidro,

la ermita
que a Manzanares limita
márgenes de sus arenas,²

se desarrollan las escenas finales de *Entre Toledo y Madrid*. No faltan los versos descriptivos del lugar y la expresión del entusiasmo de Tirso por el Santo labrador:

—... San Isidro
nos brinda con la fuente
que de Iván apagó la sed ardiente.
—Quita las calenturas.
—No las de amor, que, honesto, son seguras.
—¡Quién viera dilatada
esta ermita, a tal santo dedicada!

¹ *Caballero*, acto III, escenas XIII y XXIV. En efecto; en la casa de Jacobo de Grattis, sita en la calle hoy llamada, del Caballero de Gracia, junto a la del Clavel, se estableció el convento y labró una iglesia, más tarde desaparecida, y sustituida en 1662 por otra ya emplazada en el sitio en que hoy existe el famoso Oratorio.

² *Toledo*, acto III, esc. III.

— ¡Milagroso aldeano
que ya en el cielo es rey y es cortesano!
— Bien aquí pareciera
un convento magnífico.

— Estuviera

devoto y adornado,
y dejara a Madrid autorizado.
— Su patrona es la villa,
y algún día lo hará...¹

En cambio, no termina, sino que se inicia la comedia *En Madrid y en una casa* en las inmediaciones de otra ermita, la de San Blas, que se levantaba en el cerrillo de este nombre, junto al Retiro, donde hoy está el Observatorio Astronómico. Allí se desarrolla una animada escena popular, en que los madrileños corren a ver al rey, que va en su coche a la iglesia de Atocha:

... Tiempo habrá de ver
a Su Majestad,
cuando dé la vuelta
de Atocha y San Blas.

.....

— Aquel es el coche
de Su Majestad.
Corramos, señores.

— Hacia el Prado va,²

En estas escenas, expresión de sentimientos arraigados y de la vida cotidiana de la Corte, se observa un simpático realismo.

Todavía puede ampliarse esta toponimia madrileña con las escenas situadas en las ventas próximas a la Villa y que servían de descansaderos al final de jornada a los caminantes que se dirigían a ella. Tales la venta de Arganda³, una situada más allá de Valde-

¹ *Toledo*, acto III, esc. XV. En la última afirmación se equivocaba Tirso, La Villa no ha labrado convento en el lugar de la ermita. En cambio, por la necesidad de conservar las pinturas de Goya, se levantó un duplicado del templo.

² *Madrid*, acto I, esc. I.

³ *Villana*, acto I, escenas IV a VIII.

moro¹ y la venta de Viveros. De ésta, situada a tres leguas de Madrid², hay en *Bellaco sois, Gómez*, una graciosa descripción burlesca:

— Esta es la venta maldita
que intitulan de Viveros,
con su alameda, que, enana,
ha sido a tanto suceso
otra selva de aventuras.
Aquí tienen su colegio
los grajos de esta comarca,
cuyos pollos los venteros
bautizan en palominos,
y a todo escolar hambriento
le dan grajuna fiambre
en lugar de perro muerto;
aquí cuantos se ensotanán
se matriculan primero;
en toda dama bullaque
todo jácara cochero;
aquí, en fin, si hacemos noche,
te espera, cuando cenemos,
vino del Monte Calvario,
pan como un veintidoseno,
rocín-ternera en adobo,
barbo, esto sí, jarameño,
corto mantel de la Mancha,
pie de taza por salero,
y, en llegando el *tanto monta*,
aceitunas de reniegos.³

La venta de Viveros hallábase en el camino de Alcalá de Henares, por lo cual era muy frecuentada por estudiantes, que, como se dice en los versos anteriores, cuando se ensotanaban, es decir, al vestir el hábito escolar, antes de pisar la Universidad cursaban en la venta los estudios de trapisonda y tahurería. Así vemos que Tirso,

¹ *Huerto*, acto I, esc. I.

² Lo dice el mismo Tirso, por boca de Doña Ana: «¡Oh, pues, siendo así, tendremos — para tres leguas que faltan — gustoso entretenimiento!» *Bellaco*, acto I, esc. IV.

³ *Bellaco*, acto I, esc. I.

en la segunda escena de esta comedia, nos presenta una pendencia entre sopistas y cocheros, y en la siguiente un animadísimo cuadro de juego de naipes, prodigio de gracia y exactitud, pintura de un realismo acabado, de tono más de entremés que de comedia; interesante cuadrillo observado de la vida misma. Sería inútil buscar algo parecido, como pintura de ambiente, en las comedias no madrileñas.

LOS TIPOS HUMANOS

Por las comedias madrileñas de Tirso campean los mismos tipos — más o menos convencionales — de caballeros graves, galanes, damas, criados — más o menos graciosos — y dueñas que vemos en la mayor parte de las obras de los autores dramáticos de nuestra edad de oro. Si queremos buscar otras figuras más específicamente madrileñas, hemos de buscarlas entre los personajes secundarios o como referencias o actividades de los personajes principales.

Característico de la Villa y Corte de las Españas era la turba-multa de pretendientes. Ser pretendiente en Corte era eternizarse, a veces inútilmente, en la penosa espera de la concesión de un título, de una encomienda, de un hábito militar o de la solución de un pleito.

La figura del caballero que viene a pretender a la Corte, muy real en la época de Tirso, no falta en estas comedias. Así, el Don Sebastián de *La celosa de sí misma* había venido a Madrid a pretender un hábito¹, y Doña Juana, el fingido y enredador personaje central de *Don Gil de las calzas verdes*, al tomar como criado a Caramanchel, justifica su venida a Madrid dándole como pretexto que «vengo a pretender aquí — un hábito o encomienda»².

También es característico de la época el indiano — o perulero — que acudía a la Corte desde las lejanas tierras americanas, como el Don Pedro de *La villana de Vallecas*, que un mes antes de empezar la comedia había desembarcado en Sanlúcar, procedente de Méjico³;

¹ *Celosa*, acto I, esc. II.

² *Don Gil*, acto I, esc. II.

³ *Villana*, acto I, esc. IV.

sin que se olvide el autor de poner en boca del gracioso, con este motivo, algunos americanismos¹.

Más interesantes son los tipos de estudiantes, alguaciles y cocheros, por ser de carácter más popular. Los primeros y los últimos tejen en *Bellaco sois*, *Gómez*, animadísima escena, a la que ya hemos aludido, de burlas y tahurería. En *Marta la piadosa*, el galán se disfraza de estudiante pobre, ensotanándose para lograr aproximarse a la fingida beata². Otras veces, el galán acude al recurso de fingirse jardinero³, o mozo de camino⁴, o barbero⁵. Los alguaciles cruzan en varias ocasiones por los tablados tirsistas⁶. Por excepción, entre las comedias de este grupo aparece en *Por el sótano y el torno* la figura de una esclava, Polonia, a la que en la última escena de la comedia se concede la libertad⁷. En la Corte tampoco podían faltar los soldados, como el alférez de *Marta la piadosa*⁸, que relata al auditorio la ocupación de la Mamora por las fuerzas españolas mandadas por Fajardo, y el capitán de *El Caballero de Gracia*.

Más color popular presentan los tipos de vendedores, sean auténticos o fingidos, con sus característicos pregones: la vendedora de cuajada, disfraz a que se acoge la Doña Ana de *Bellaco sois*, *Gómez*, que sale «de cuajadera; toca de rebozo hasta la nariz; sombrero, mangas y fundillas blancas; náguas de cotonía; devantal, con pliegues, blanco; una olla de cobre en una cesta, cubierta con unos manteles que lleva en una mano, y en la otra un cucharón de hierro». La pintura de la acotación no puede ser más exacta. La vemos así pregonar su mercancía:

¡Y a la cuajada!

¹ *Villana*, acto I, esc. IV, y acto II, esc. IX.

² *Marta*, acto II, esc. IX, y acto III, esc. XI.

³ *Huerta*, acto I, esc. II.

⁴ *Toledo*, acto II, esc. IV.

⁵ *Sótano*, acto I, esc. IX.

⁶ *Villana*, acto II, esc. XVIII, y *Huerta*, acto III, esc. XX.

⁷ He aquí el texto de Tirso: «Doña Jusepa: Tu esclava soy. — Doña Bernarda: Yo tu hermana. — Don Duarte: Yo vuestro esposo. — Polonia: ¿Y podría — decir yo que horra? — Doña Bernarda: Sí».

⁸ *Marta*, acto II, esc. II, y acto III, esc. XII.

Y ponderarla:

—¿Quiere vuesasted cuajada
para aquestos caballeros?

—¡Buena merienda!

—Sin sueros,
limpia, fresca y sazónada;
más dulce es que una conserva;
al azúcar la aventajo;
pruébela, que no es de cuajo;
a fe mía que es de hierba.¹

Doña Violante, la fingida *Villana de Vallecas*, no vende cuajada, sino pan o escobas. No corre riesgo de que la conozcan; es demasiado hábil y sabe imitar el lenguaje rústico:

—No haya miedo que me aturda,
con un palo y con un *arre*,
y un *jo que te estriego*, suelo
dar con un hombre en el suelo.

según afirma². Así la vemos de vendedora de pan, con un palo y su asnillo, mantener deliciosos diálogos con Don Juan. Y más tarde con una carga de escobas a cuestras, pregonando escobas de algarabía³.

No falta tampoco la toquera montañesa, con vara y fardo, a la que Doña Bernarda, en *Por el sótano y el torno*, quiere comprar

tocas que al uso de corte
me desocupen la cara
y aligeren la cabeza;
que me causaban tristeza
telas que en Guadalajara

¹ *Bellaco*, acto III, esc. VII.

² *Villana*, acto I, esc. XIII.

³ Algarabía es una planta escrofulariácea silvestre, cuyos ramos se utilizan para hacer escobas. Dedicábanse especialmente los moriscos a esta industria, como también a tejer esteras de palma, a lo que hay una alusión en *Villana*, acto III, esc. IX.

prolijas el uso enseña;
que enfadosas de sufrir,
nunca saben distinguir
una viuda de una dueña.¹

Mucho menos falta el buhonero francés, figura cómica a que tantas veces se acoge el gracioso en las comedias de la edad de oro para servir de tercero a su señor. Sin que se omita tampoco la larga y pintoresca enumeración de la mercancía:

¿Compran peines, alfileres,
trenzaderas de cabello,
papeles de carmesí,
orejeras, gargantillas,
pebetes finos, pastillas,
estoraque y menjuí,
polvos para encarnar dientes,
caraña, capey, anime,
goma, aceite de canime,
abanillos, mondadientes,
sangre de drago en palillos,
dijes de alquimia y acero,
quinta esencia de romero,
jabón de manos, sebillos,
frangas de oro milanés,
listones, adobo en masa...²

No aparece en el grupo madrileño de las comedias de Tirso ni médico, ni abogado, ni clérigo; pero sí una larga e ingeniosa pintura burlesca de estas profesiones, puesta en boca del gracioso en una extensa relación de *Don Gil de las calzas verdes*³, que es una verdadera novela picaresca en extracto, que pudiera titularse «Caramanchel, mozo de muchos amos». Las consabidas figuras del médico que no estudia, el letrado presumido y el clérigo avariento, aparecen en ella pintadas con pocos, pero vigorosos rasgos, de mano maestra.

¹ *Sótano*, acto II, escenas V, VI, VIII y XI.

² *Ibidem*, acto II, esc. IX. Compárese con otras relaciones análogas, como la del supuesto buhonero francés de *Las travesuras de Pantoja*, de Moreto, que, a diferencia de Tirso, introduce de propósito algunos galicismos en ella.

³ *Don Gil*, acto I, esc. II.

Los carreteros aparecen, entre otros lugares, en una escena animadísima, de aire popular, en que carreteros de Toledo y de Madrid van dándose mutuamente vaya entre canción y canción. Es de notar que, de acuerdo con la tradicional broma, tan usual en la época, los de Toledo denominan a los madrileños «ballenatos»¹. La viveza y colorido de la escena hacen exclamar al gracioso Carreño:

Esta sí, ¡cuerpo de Dios!,
que es tierra alegre y sin miedo.
¡Oh, gran Madrid! ¡Oh Toledo!
Dios me mate entre los dos.

Sea de Lope o de Tirso *El Rey Don Pedro en Madrid y el infanzón de Illescas*, del mismo modo que se diferencia profundamente de las comedias que estamos examinando, por su imprecisión toponímica, tampoco se parece a ellas en cuanto a los tipos que intervienen en la acción. En esta disputada obra, el Rey y el Infanzón lo son todo. Pero entre los personajes secundarios hallamos un arbitrista, un contador, un poeta y un alférez, pintados con rápidas pinceladas. El último de ellos es el dibujado con más vigor y relieve.

El Caballero de Gracia, por su carácter de comedia histórica, presenta, junto a los personajes de pura invención, otros que tuvieron realidad viva, como el del mismo Jacobo de Grattis, y junto a él figuras tan conocidas como las de Felipe II, su hermana la princesa Doña Juana, el cardenal Espinosa y Rodrigo Vázquez de Arce. Pero ninguna de ellas añade nada al madrileñismo de Tirso de Molina por lo que se refiere a los personajes de sus obras.

LOS ASUNTOS DE LAS COMEDIAS

Si examinamos brevemente los asuntos de las comedias madrileñas de Tirso, hallaremos en ellos una mezcla curiosa de realidad y convencionalismo. Mas no se tema que nos entretengamos ahora en la tarea pueril de «contar argumentos». Basta para nuestro pro-

¹ *Toledo*, acto III, esc. V. Se dice que alguien, viendo que las aguas del Manzanares arrastraban un pellejo vacío o un objeto análogo, gritó, llamando la atención de las gentes, que bajaba por el aprendiz de río una ballena, lo que originó repetidas burlas.

pósito señalar rápidamente los rasgos comunes que existen en las divertidas peripecias de la acción de este grupo de obras dramáticas, prescindiendo totalmente de dos: *El Caballero de Gracia*, por su carácter histórico, que la convierte en verdadera biografía escénica, y *El Rey Don Pedro en Madrid*, obra legendaria, que nada tiene que ver con las demás y cuya atribución a Tirso es harto insegura. Las diez restantes componen un grupo que posee, como veremos, extraordinaria unidad.

Hasta la saciedad se repite en estas comedias de Téllez, y en otras de autores a él contemporáneos, el tema de los amores entre caballero y dama, estorbados por padres severos o galanes celosos. Unas veces se trata de anteriores compromisos de boda, contraídos por los padres sin la autorización ni aun el conocimiento de los futuros contrayentes. Otras, de promesas de matrimonio incumplidas por los galanes, que se ven seguidos y perseguidos por las damiselas burladas. He aquí las dos situaciones básicas de casi todas estas comedias. En cualquiera de los dos casos, damas y caballeros han de apelar a la astucia, al disimulo y al disfraz. Al final se conciertan de cualquier modo una o varias bodas, con lo que termina la comedia, y los personajes se muestran extraordinariamente acomodaticios para, renunciando a la persona hasta entonces objeto de sus afanes, conformarse con matrimoniar con cualquier otra al verse vencidos en la amorosa pugna.

Típica intriga de este tipo es *La celosa de sí misma*, en que, tras variadas escenas de tapadas y celos, combinadas con el incidente del hurto de un bolsillo, los personajes se acomodan al final, concertándose la boda de varias parejas¹. En *Marta la piadosa*, la protagonista, para conservar su libertad, se ve obligada a fingirse atraída por la vida religiosa, vistiéndose de beata. También la intriga amorosa de *Por el sótano y el torno* está llevada por dos hermanas con objeto de evitar que la menor tuviera que casarse con un viejo. La circunstancia de una comunicación de dos casas por los sótanos respectivos favorece la maraña. En *Don Gil de las calzas verdes* hallamos el tipo de la mujer vestida de hombre que fué tan del gusto de nuestro

¹ En el desenlace de *Marta la piadosa* existe también el convencional emparejamiento de los personajes al final de la obra. Esto es muy común en todo el teatro del Siglo de Oro. Parece como si los autores no quisieran dejar sin casar a ninguno de los personajes. A veces, el gracioso alude a ello humorísticamente.

público y no desconocido del de los restantes países; tipo que tanto hizo gemir a los moralistas y que motivó más de una pragmática¹. La protagonista de *La villana de Vallecas* no recurre al cambio de sexo, pero sí al de traje y condición, disfrazándose de villana para perseguir a su ingrato amante. Casi siempre es la mujer quien lleva la iniciativa de la intriga: así en *La huerta de Juan Fernández*, en que dos mujeres, ama y criada, en hábito varonil, que abandonan cuando les conviene, para volver a adoptarlo más tarde, urden un complicado enredo amoroso. De igual modo son las damas las que llevan la iniciativa de *En Madrid y en una casa*, aprovechándose de vivir en el piso superior al del galán y de la existencia de una comunicación secreta que enlaza ambas viviendas. También en *Los balcones de Madrid* hallamos la acostumbrada intriga amorosa, con la variante de que la comunicación entre los enamorados no se establece por los sótanos de casas contiguas, ni entre piso y piso de la misma casa, sino estableciendo entre balcón y balcón un difícil pasadizo con el improvisado puente de una tabla, en la que la pareja protagonista es sorprendida en la escena final, en la que se concierta una boda montada al aire. La intriga en esta comedia está favorecida, como dice Tirso, por «manto, jaulilla y balcones»².

Excepcional es el caso de *Desde Toledo a Madrid*, porque en esta comedia no es la dama quien urde y dirige la intriga, como es lo más frecuentemente en Tirso, sino el galán. Trátase aquí de un caballero que, perseguido, entra de noche, en Toledo, en la habitación de una señora de la que se enamora y a la que sigue a Madrid disfrazado de arriero o mozo de mulas, logrando finalmente su propósito de evitar el matrimonio proyectado y hacerla su esposa.

La intriga de *Bellaco sois, Gómez*, es de las más complicadas y reúne características diversas. La protagonista no se limita a vestirse de hombre, sino que tiene decisión, valor, fuerza y destreza varoniles. Así vemos que Doña Ana hiere, vestida de hombre, a un caballero que la despreció como mujer, sin que éste la reconozca,

¹ Hasta el extremo de que hubo épocas en que las comediantas salían a escena vestidas de hombre...; pero sólo de cintura para arriba, es decir, ¡con faldas!

² *Balcones*, acto III, esc. XVI. La jaulilla era una red dentro de la cual las damas recogíanse el cabello. En esta comedia, la criada Leonor, para engañar a Don Alonso, destócase la jaulilla, y dentro del moño hace desaparecer el manto, colocándose de nuevo la prenda de cabeza, haciendo creer así a su amo que no es la persona a quien acaba de ver fuera de la casa.

Perseguida por la justicia, escapa de los esbirros engañándolos al recobrar su verdadero sexo. Más tarde, de nuevo vestida de caballero, y bajo el nombre de Don Gómez, urde la correspondiente maraña, para seguir la cual usa varios disfraces, entre otros el de vendedora de cuajada, y hasta llega a fingirse jalma en pena de sí misma!

Hemos visto que en las comedias madrileñas existen una toponimia y unos escenarios que responden a la realidad de la Villa y Corte por aquellos días, y que asimismo entre los personajes hay también, junto a los convencionales de toda comedia, algunos cuya exactitud de dibujo es evidente. ¿Qué diremos ahora de los argumentos, las intrigas, los asuntos? ¿Responden, en efecto, a lo que era la vida del Madrid de entonces, o se trata de cosas de pura invención? ¿Debemos considerar estas comedias como pinturas realistas, o como convencionales fantasías?

Es evidente que existe un fondo real en la organización social pintada en las comedias de Tirso; pero este fondo real se encuentra elaborado de tal modo, que no puede considerársele como documento, sino como ficción de arte. El mismo Tirso, por boca del galán Don Fernando, sale en *Por el sótano y el torno* al paso de los que puedan pensar que lo que él pinta en su comedia es cosa real. He aquí sus palabras:

Esto sirva
de entretener solamente;
no porque haya estas malicias,
que por *El sótano y torno*
Tirso escribe, mas no afirma.

Sobre la base, pues, de la realidad social de su época, Lope y sus continuadores, entre ellos Tirso, crearon un tipo convencional de comedia que sería exagerado interpretar como una pintura exacta de la vida española. No podía ser de otro modo, porque a ese espíritu realista, a que hoy tan acostumbrados nos tiene tanto el teatro como la novela, se oponía la inmensa producción dramática de aquellos escritores. El realismo exige la observación, y ésta no era posible en aquella producción tan apresurada. Los tipos de la comedia amorosa llegaron a estratificarse, con sus inevitables parejas de galán

y dama, lacayo y criada, y las mismas o parecidas intrigas, repetidas hasta el infinito. Era un teatro de arte, y no de observación. Y de ahí que los autores se copiaran y repitieran y aprovecharan personajes y escenas que de una obra pasaban a otra distinta. Por eso D. Leandro Fernández de Moratín se burla en su *Lección poética* de las comedias españolas de la edad de oro, dando la siguiente graciosa versión de las mismas:

Mil lances ha de haber por un retrato,
una banda, una joya, un ramillete;
con lo de infiel, traidor, aleve, ingrato.

La dama ha de esconder en su retrete
a dos o tres galanes rondadores,
preciado cada cual de matasiete.

Riñen, y salta por los corredores
el uno de ellos al jardín vecino,
y encuentra allí peligros no menores.

El padre, oyendo cuchilladas, vino,
y aunque es un tanto cuanto malicioso,
traga el enredo que Chichón previno.

Pero un primo frenético y celoso
lo vuelve a trabucar, de tal manera,
que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera;
la dama escoge el suyo, y la segunda
se casa de rondón con un cualquiera...

Vemos, pues, que existe mucho de convencional en los asuntos de estas comedias. En ellas — y no nos referimos sólo a las de Tirso, sino también a las de los restantes autores dramáticos del Siglo de Oro — se opera con elementos casi invariables, innumerables veces utilizados. El arte del escritor, del ingenio — como entonces, acertadamente, solía ser denominado —, consistía en combinar estos elementos, tan usados y resobados, de tal manera que la obra tuviese alguna novedad, cosa no siempre fácil.

Si comparamos el teatro del siglo xvii con la novelística de la época, en seguida surge la comparación entre estas comedias, cuyo argumento se desarrolla en Madrid, a las que pertenece el grupo de obras tirsistas que estamos examinando, con los relatos en prosa

que con tanto acierto D. Agustín González de Amezúa ha denominado «novelas cortesanas»¹. En efecto; las novelas de este tipo, por su extensión, son lo que los españoles denominamos hoy novelas cortas, es decir, lo que entonces se llamaban, más propiamente, novelas. El desarrollo argumental, por sus dimensiones, se corresponde con el desarrollo del asunto en una comedia en tres actos o jornadas. Fácilmente, una de estas novelas, versificándola y dándole estructura escénica, se podría transformar en obra teatral sin necesidad de esas violentas adaptaciones a que tienen que ser sometidas las novelas largas. De igual modo una comedia puede convertirse en novela, y sería fácil presentar ejemplos de ambos casos de cambio de género literario.

El ambiente, las ideas, los personajes, los conflictos de las novelas cortesanas, son idénticos a los de las comedias madrileñas de Tirso y de los restantes autores dramáticos de la edad de oro. Por ello, estas obras de teatro podrían, de igual modo, ser denominadas «comedias cortesanas» si no se prestara a confusión este nombre con las comedias que hoy se denominan «palacianas», también de corte o de palacio, pero cuyo ambiente carece de rasgos realistas de localización. Estas comedias «palacianas», como *El desdén con el desdén* o *El vergonzoso en Palacio*, son, en realidad, ejemplares de la «alta comedia» de aquel tiempo, y nada tienen que ver con las comedias madrileñas que podríamos llamar «cortesanas»; pero de nuestra Corte de Madrid, de aquella Corte que en la época de los Austrias se sentía centro del mundo y era una mezcla de monarquismo, devoción, riqueza y picardía.

La brillante descripción que hace el señor Amezúa de la vida de Madrid vista a través de las novelas cortesanas, puede aplicarse con entera exactitud a las comedias madrileñas. En unas y en otras existe mucho de invención por lo que se refiere a los asuntos, y de préstamos forzosos de los *novellieri* italianos, sobre todo de Boccaccio, Bandello y Cintio; pero los escritores españoles, aunque novelaran o escenificaran una convencional anécdota amorosa, al fijar el lugar de la acción en Madrid, no podían dejar de dar pinceladas realistas de color local, tanto por lo que se refiere a los lugares o escenarios como a los tipos humanos. Por eso estas novelas cor-

¹ En su discurso de ingreso en la Real Academia Española.

tesanas tienen gran interés como precedente remoto del costumbrismo, que, por lo que se refiere a sus orígenes en España, es casi exclusivamente madrileño¹. Cuando escriben los autores de novelas cortesanas del siglo xvii, aun no se había desarrollado el gusto por la morosa y detallada descripción de paisajes y retratos al modo que lo hizo después la novelística realista y naturalista. En la novela cortesana abunda más la pintura de tipos, como los que hallamos en la *Guía y avisos de forasteros* de Liñán y Verdugo, o en las obras de Salas Barbadillo, Zabaleta y Francisco Santos, para citar a algunos de los más destacados, sin olvidar a Castillo Solórzano y doña María de Zayas. Las descripciones de lugares suelen quedar reducidas a rápidas pinceladas, excepto en alguna obra, como la interesantísima *Los peligros de Madrid*, de Bautista Remiro de Navarro. Esta mezcla de asuntos convencionales y de rasgos realistas madrileños se da, de igual modo que en la novela cortesana, en las comedias del tipo de las que motivan este trabajo. Se trata, pues, de un modo común de ver y sentir el problema de la elaboración literaria de la vida de la Corte, con las diferencias impuestas por la diferente técnica utilizada por novelistas y autores de comedias.

LOS RASGOS MADRILEÑOS DE LAS COMEDIAS DE TIRSO

A nuestro juicio, pues, la presencia de rasgos realistas en la designación de escenarios, de personajes y ambientes en las comedias madrileñas de Tirso que hemos venido examinando, no constituye una originalidad ni rasgo especial del mismo, sino nota común, no sólo a todo el teatro español de la época, sino a la novelística de tipo cortesano. Sería necesario precisar ahora si, dentro de la existencia de este denominador común, en las comedias del mercedario hubiera algo especial y diferenciado. Para ello haría falta un largo y minucioso estudio, difícil de realizar por la gran cantidad de materiales

¹ El madrileñismo inicial del costumbrismo español puede observarse en el interesante tomo I de *Costumbristas españoles* publicado por E. Correa Calderón (Madrid. Aguilar, 1950). Aunque el colector, como tributo a Cervantes, abre su libro con el *Rincónete*, pintura del hampa sevillana, todos los restantes textos del siglo xvii son madrileños.

que nos brinda para ello nuestro teatro de la edad de oro. No obstante, podemos anticipar algunas conclusiones provisionales¹.

En las obras del maestro Lope y en las de sus discípulos y continuadores, cuando la acción de las mismas se realiza en Madrid, se da, en efecto, la misma combinación de invención y realidad que hemos señalado en las comedias tirsistas, y que distinguen a las comedias madrileñas de las localizadas en otros ambientes, siempre mucho más convencionales. La fórmula procede del Fénix de los Ingenios, que, en uno más de sus extraordinarios atisbos, nos dió la «comedia cortesana» del Siglo de Oro. Comparado con Tirso, hay que señalar en Lope un superior genio artístico, que, con la frecuente utilización de cantos y escenas populares, envuelve sus comedias en un clima poético superior². Las comedias de los discípulos y continuadores de Lope siguen la misma técnica; pero, en general, con mucha menos precisión en los escenarios que la que hemos visto en las obras de fray Gabriel Téllez. A veces se precisan y concretan los lugares; pero otras muchas, ni en las acotaciones ni en los diálogos existe la alusión al lugar madrileño exacto. Muchas veces, la acción ocurre en una calle de Madrid, sin que se nos diga cuál es ésta. No sucede así en Tirso, que, como hemos visto antes, puntualiza con toda minuciosidad la calle y hasta la acera de la misma. Tampoco, en general, abundan en otros autores, como en Tirso, intercalados en los diálogos, las alusiones y elogios a lugares madrileños. Es bien conocido un pasaje de Ruiz de Alarcón en que éste explica la razón del nombre de la calle Mayor³. Pero estos pasajes, en que se glosan de algún modo cosas madrileñas, no abundan en el autor mejicano, más atento a dibujar el perfil moral de sus personajes que

¹ Es preciso evitar el riesgo de considerar rasgos característicos de un autor los que lo son de toda la producción de la época. En ese escollo ha tropezado un estudio reciente sobre *Los lacayos en el teatro de Tirso de Molina*, en el que se dan como notas características de Téllez las que existen en todo el teatro de su tiempo. El interesantísimo tema de la figura del donaire en las comedias del inmortal mercedario está todavía en espera del tratamiento adecuado.

² Recuérdense, por ejemplo, algunas escenas de *Santiago el Verde*.

³ He aquí el pasaje aludido en el texto:

LEONOR. ¡Calle Mayor! ¿Tan grande es
que iguala a su nombre y fama?

DOÑA CLARA. Dírete por qué se llama
la calle Mayor.

LEONOR. Di, pues.

a los detalles vivos y pintorescos. Más extraño es que Moreto no se fije en la gracia y animación de cosa real, de presencia viva, que las menciones de lugares madrileños y su comentario y glosa proporcionan a algunas escenas tirsistas. Y es más extraño porque Moreto cultivó también con éxito el entremés, y este género menor, como más tarde el sainete, y después el sainete lírico o zarzuela en un acto, se presta mucho al comentario y glosa teatral de la novedad local. En el teatro, estos géneros menores fueron el germen del costumbrismo más que la comedia seria. Moreto, a pesar de su filiación de entremesista, en sus comedias de asunto madrileño se preocupa poco de situar en lugares auténticos la acción de sus escenas, y no se ensaya en darles color local¹.

A todos ellos les lleva Tirso de Molina gran ventaja por lo que se refiere al madrileñismo de sus comedias cortesanas. Fray Gabriel Téllez quería a su Madrid, a aquel Madrid que él contemplaba a diario desde su celda del convento de la Merced². Y es que, además, este fijarse en los detalles concretos de la vida cotidiana para comentarlos después burlescamente iba bien con su temperamento de escritor. Tirso, como autor dramático, destaca, no por el lirismo, sino por la fuerza creadora de caracteres, por la viveza de sus personajes femeninos y la gracia y el ingenio de sus graciosos. No quiere

DOÑA CLARA. Filipo es el rey mayor,
 Madrid su corte, y en ella
 la mayor y la más bella
 calle, la calle Mayor.
 Luego ha sido justa ley
 la calle Mayor llamar
 a la mayor del lugar
 que aposenta al mayor rey.

(*Mudarse por mejorarse*, acto I, esc. X.)

¹ Sólo hemos examinado las comedias de Moreto contenidas en el tomo correspondiente a la B. A. E., por lo que insistimos en la provisionalidad de nuestras conclusiones. No podíamos hacer otra cosa, dados los límites, excedidos en mucho, que habíamos fijado a nuestro trabajo.

² El convento de la Merced, fundado en 1564, fué demolido en la época de la desamortización para formar sobre su solar la plaza que se llamó del Progreso y que hoy lleva el nombre del autor de *El burlador de Sevilla*. En el centro de la misma, la estatua del desamortizador Mendizábal ha sido sustituida por la de Tirso. La celda de fray Gabriel Téllez estaba en la esquina del edificio, enfrente de la calle de la Colegiata, llamada entonces vulgarmente calle del Burro. Desde su ventana, según escribe él mismo en su *Historia de la Orden de la Merced*, todavía inédita, «estaba viendo el Burro que tenía por muestra un corral». Mesonero Romanos visitó, todavía, la celda de Tirso en 1830.

esto decir que no escribiera obras en que hiciera alarde de riqueza poética, rindiendo culto al gusto de la época; pero en ello no está a la altura de otros autores, sobre todo de Lope y Calderón. De igual modo, en sus obras en prosa no hay que buscar sus mejores páginas en sus largas y retorcidas descripciones, en que hay verdaderos alardes barrocos, sino en aquellos pasajes en que, cercenado el vuelo de la fantasía y limpio el estilo de excesos verbales, se limita a lo concreto y cotidiano¹. Estas cualidades de Tirso como escritor hacen que, a nuestro juicio, sus comedias cortesanas excedan a las de los restantes autores de su época en interés madrileño.

JUAN ANTONIO TAMAYO.

¹ Por eso en nuestra conferencia en el Ateneo con motivo del tercer centenario de la muerte de fray Gabriel Téllez, al estudiar sus obras en prosa, llegamos a la conclusión de que Tirso de Molina hubiera sido un gran novelista picaresco.

ORIGEN Y FORMACION DEL TIPO ANTROPOLOGICO MADRILEÑO

El plural es preciso y esencial en la formación de cualquier tipo, y habría que decir, por tanto, *los* orígenes, porque son siempre muy variados cronológicamente a través del tiempo y de diferentes cunas o regiones, esparcidas por todas las orientaciones del espacio.

Si esto es ley general para los tipos aislados o naturales, lo es más aún para los verdaderos complejos, y en un mosaico tan variado en piezas como es el de los madrileños, alcanzan el máximo en variación y extensión sus orígenes por el esencialísimo hecho de ser milenariamente centro de la región, núcleo de la comarca, capital de un Estado y Corte de una Monarquía.

Atrajo Madrid, aun sin hipérbole, gentes, no sólo de todos los territorios peninsulares, sino de las naciones vecinas, y hasta de las alejadas, cuando su Imperio colonial—fundamentalmente el continente americano—tenía países en el fragmentario e insular de Oceanía, y continuó perdurablemente sus genéticas relaciones con tierras africanas, y aunque España, en conjunto—y por ende la región de su capital—, no llegó al constante mestizaje de toda la Europa Central, si fué influida por ésta lo bastante para que tudescos, flamencos, franceses, italianos y austriacos, por causas varias, y sobre todo por la influencia que los matrimonios reales crearon y—más aún los reyes de origen extranjero—tuvieron en la aportación hacia la comarca de la capital española de gentes de todas castas raciales y de todas las posiciones y clases sociales.

Pero hay una gran ley en la antropogénesis, que es la absorción y despersonalización de todo lo accesorio, agregado y discontinuo por la raza o casta natural o indígena, y la creación, según las ob-

servaciones—y aun pudiéramos decir experiencias antropogénicas—de tipos raciales y aun locales, verdaderas perduraciones, aunque, naturalmente, no puras, del tipo originario o indígena.

Estas leyes se han cumplido en el poblamiento de Madrid in extenso, y su tipo es más auténticamente centropeninsular que cualquiera del de las grandes urbes europeas en este básico concepto del hombre físico y en el derivado; pero para la historia—más interesante—del hombre espiritual, Madrid ha creado un tipo por adaptación, y marcaré la resultancia de sus mezclas en un verdadero sentido de evolución progresiva, demostrándose esencial y claramente en la modificación de lo que pudiéramos llamar genotipos regionales o comarcales, que son, evidentemente, los que con más intensidad actúan por su número o masa y la continuidad de la acción, y puede afirmarse, aunque no sea este momento en el que pueda desarrollarlo, que la psicografía madrileña—en conjunto, en el total de las clases y grupos sociales—es un afinamiento de sus diversos factores étnicos generadores, y prueba sería, pero que no puede aquí traerse, la de transcribir las opiniones de científicos y literatos, verdaderos investigadores de las psicologías regionales y de sus síntesis, más que sumarial, factorial, de la psicología nacional.

Madrid afina, concierta, y puede decirse que iguala, todos sus tipos comarcales periféricos y que dan el tránsito a los regionales más alejados. No es sólo el poblachón manchego ni la villa serrana por sus gentes.

A las dos grandes zonas geoantropológicas, pues el cambio de tierra origina el de los hombres, la *Sierra* y la *Mancha*, hay que añadir tipos y afluencias intermedias en la complejidad madrileña: la Alcarria nororiental da su tipo, bien conocido y destacado, en vendedores callejeros y mozas del servicio doméstico, como biotipos más reducidos que el madrileño, y en contraste con el músculoadiposo plenamente digestivo en que Cervantes desdobló el manchego por el contraste del servidor con el señor, típica representación de las dos estructuras y funciones: cerebral respiratoria en Don Quijote, y digestiva muscular en Sancho.

Aparece en el Occidente, bien destacada, una subvariedad del tipo general serrano, que es el abulense, reduciendo al mínimo la estatura y la corpulencia, aunque de modo distinto a como lo hace el alcarreño, y queda entre ambos la estilización del serrano de los

partidos altos de Segovia y los de igual categoría de Madrid, que es por ello el más claro tránsito al tipo castellano viejo, por ser la Sierra la zona de paso para toda la etnogenia española, y en la que tal vez la elevación de medidas y pesos de sus hombres sobre los de sus dos márgenes es debida a la perduración de los restos del tipo o raza de Cro-Magnon, que, en fin de cuentas, bien puede bajar desde las tierras de Vasconia a pasar el Estrecho y terminar en las islas Canarias, pues vascos y guanches tienen una buena pacotilla de caracteres comunes.

Admitiendo como hipótesis—que por comparación es muy defendible—que la comarca luego matritense había sido de antiguo muy poblada, por ser oasis entre Sierra y Mancha en el declinar final de los tiempos geológicos y en los iniciales de la época actual, en que podemos asentar la protohistoria, es obligado buscar en la comarca in extenso madrileña cuáles fueron antropológica y etnográficamente los grupos humanos que fueron complejizando la población hasta los actuales momentos, en que resulta, por lo corporal y por lo animico, un verdadero complejo científico de todos los grupos nacionales.

Así ha pasado también, y esta creencia confirma la hipótesis, en la generación de las poblaciones de París, Londres y Roma, y no es difícil hallar en las riberas de sus grandes ríos, como en aquellas épocas milenarias lo era nuestro Manzanares, restos de obras y hombres representativos de diversos tipos y de diversas culturas.

Base precisa es para la etnogenia madrileña el conexionarla con la general de España, pues todas las fuentes de ésta han influido en el caudal antropológico de Madrid, aunque, claro es, a medida que nos acercamos a los actuales días, con menos aforo físico que las zonas inmediatas y delimitantes de nuestra capital.

LOS RESTOS DEL PRIMER MADRILEÑO

Bástenos decir que los tipos bien definidos que nosotros admitimos en la antropología española tienen toda representación proporcional en el homotipo central madrileño, según su separación anatómica o geográfica. Por ello es indispensable no olvidar al hombre de las graveras de San Isidro que hemos descrito como el proto-

madrileño, con la verdadera suerte científica de haber hallado la calavera de éste en la más moderna de las formaciones geológicas de la terraza del Manzanares, por bajo y a la izquierda de la actual plaza de Legazpi, dándole nosotros el título del madrileño más antiguo, porque, riquísimos como pocos todos los yacimientos del Manzanares en objetos de las industrias y artes de sus habitantes paleolíticos, no habían dado hasta la fecha restos propios de sus hombres, siendo este cráneo, que se conserva en el Museo Antropológico, el único ejemplar de nuestros antepasados.

También había que tener en cuenta el que representa al no tan milenario y fósil, pues ya es protohistórico, con varios milenios posteriores en la cronología: al ribereño del hoy puente de la Princesa, que habitaba en la otra orilla, en los areneros de Praena, en la época del bronce atlántico, precioso ejemplar que tenemos en estudio. Tras ellos, los de las tribus, y luego, claro es, ya en plena historia, cuantas corrientes antropológicas hemos señalado en lo que podemos suponer como un anticipo a la tipología humana de la España Central.

MOVIMIENTO DE LA POBLACIÓN MADRILEÑA

Una base esencial para determinar actualmente el aporte de cada región—mejor que provincia—a la constitución del tipo madrileño, es la *demografía*, es decir, la fijación del número de forasteros que en cada censo desde hace un siglo vienen figurando, distribuidos éstos por su número absoluto regional y provincial, y afinado el concepto por el porcentaje que en el total corresponde a cada una de las divisiones étnicas o administrativas que completan el territorio nacional.

Sentemos que en el último censo de 1940—sin olvidar que la variación respecto al principio de siglo es escasísima, lo cual permite suponer que están muy estabilizadas ya de antiguo las corrientes demográficas intrapeninsulares—Madrid es la provincia de máximo porcentaje de forasteros, pues alcanza la enorme proporción del 40 por 100, es decir, el cuádruple del promedio total de España, que queda en el 11,9. Sigue a Madrid la capital catalana, que baja la intrusión a 33, y aun descende—a pesar de la gran atracción de

obreros — en Vizcaya a sólo 23 forasteros, pudiéndose unir a ella las otras dos provincias vascas, aunque no sea realmente explicable la alta cifra de Alava, con 21; continuando esta serie, sin que sea preciso enumerarlas, las otras provincias con grandes capitales comarcales, aunque difieran por su constitución económico-social, como si rigiera fundamentalmente la ley física de las masas.

Completemos con un dato, no sólo de curiosidad, sino de esencia, el de que los extranjeros, que en España representan solamente el 0,75 por 100, suben en Madrid a 0,89, siendo la séptima de las provincias. Está precedida o inmediatamente seguida por las provincias fronterizas con Portugal, que mantienen siempre la ósmosis a través de la frontera, como Huelva, Pontevedra y Orense, o con Francia, como Gerona. Forman en esta pequeña pléyade de intrusiones exóticas las tres provincias insulares de Canarias y Baleares, y la cierra Barcelona, de atracción comercial.

Citemos como las de menos atracción de extranjeros las de las provincias manchegas y las del reino de Granada, que, por tanto, conservan la pureza indígena en el más alto grado, correspondiendo a la extremeña Badajoz, a la gallega Lugo y a las manchegas de Cuenca y Toledo. Como contraprueba bien clara, demostrando la atracción de nuestra provincia, Madrid cierra este índice de indigenismo al figurar en el lugar 50 de las provincias españolas, quedando Barcelona y las tres vascongadas inmediatamente anteriores a ella.

Como último esbozo de las provincias que envían gente a Madrid, señalemos las próximas de Toledo y Cuenca, las dos extremeñas y otras dos más retiradas, como Zamora y Jaén. Amplían este área provincias tan lejanas como las cuatro gallegas y el principado asturiano, teniendo sus simétricas en el Mediterráneo en las de Almería y Murcia, y como aislada, la de Teruel, quedando, aunque la estadística no aclare la realidad, las gentes serranas de Guadalajara y Avila. Considerando por primera vez, pues históriconatural y antropológicamente puede hacerse, la zona matritense a mitad serrana y a mitad manchega, para mí en el fondo zona intermedia entre ambas unidades geológicas, las tierras del granito y de las margas, esta tierra de las arenas que une y separa las dos anteriores y a la cual en concreto pertenece Madrid. Utilizando las últimas distribuciones comarcales que hemos señalado, puede hacerse, y es útil, como veremos, la separación del tipo centromatritense de ella y de sus bor-

deantes y formadores, pues aun actualmente, en un análisis por distritos o barrios madrileños de sus componentes, podían distinguirse hasta hace muy pocos años concentraciones bien características de sus vecinos en los suburbios y perímetro de la gran urbe, por la fijación de los serranos entre la carretera de Francia y la de La Coruña, es decir, en los distritos de Chamberí, Universidad y Palacio; de los alcarreños y—generalizando—de los aragoneses a los dos lados de la carretera que lleva este nombre, bajando hasta la de Valencia o camino de Arganda; de los manchegos desde esta última carretera, por todos los barrios del Sur, hasta la de Toledo; quedando una zona intrarradial bien marcada para que los toledanos y las gentes de tierras de las arenas de Avila completaran el perímetro de este poblamiento periférico antropológico, y aun folklórico, pues por estos dos últimos hechos, acusados en la vida ordinaria, y principalmente en las diversiones y reuniones, se fijaron los caracteres originarios de sus habitantes hasta en formas literarias tan peculiares como las de Pérez Galdós, Baroja y Ciro Bayo, destacándose rutas tan notables como la de la carretera de la Alta Extremadura, precisamente por los tres descrita.

Esta conexión, realmente intercambiable, de los orígenes, próximos en el espacio y continuos en el tiempo, entre la Villa y Corte y su provincia, nos permite abocetar las diversas facetas antropológicas en los orígenes de la mezcla fusional del madrileño cortesano y rural sirviéndonos como fundamental base de las estadísticas antropológicas del médico militar señor Sánchez y Fernández, que, por alcanzar unos 120.000 casos, son las más utilizables.

EXAMEN DE LOS CARACTERES ANTROPOMÉTRICOS

La talla o *estatura* «in toto», que es el carácter más reconocido por el gran público, es en esta compleja zona madrileña una de las más bajas de España, aunque advirtamos que precisamente en ella se exagera el retraso del desarrollo del crecimiento, que alcanzan definitivamente los reclutas en los tres años que siguen a su alistamiento, pues es *muy inferior a la vasca y catalana*, y aunque regionalmente no podamos seguir la nomenclatura de aquel meritisimo médico militar, el hecho es que, aunque incluida nuestra comarca

en una de sus zonas, sigue siendo la de menor estatura nacional, y dentro de ella exageran esta depredación estatural la Alcarria y Toledo, elevándola la propia capital y los abulenses, mal estimados por este carácter.

Más que la talla importa en la biología la proporción entre el busto y las extremidades, o sea la relación entre la talla sentado y la total, y el madrileño tipo o urbano alcanza el índice de 51,9, algo menor que el promedio español e idéntico al manchego conquense, mejorando este carácter, como razas de más fondo, los serranos y alcarreños, y perdiendo, aunque en proporción muy escasa, los abulenses, que reducen su tórax y abdomen, aumentando sus piernas.

Amplio, en buena fisiología general, debe ser el *cerco o perímetro del pecho*, y fuerte su derivado *índice respiratorio o vital*, porque precisamente entre sierra y llano se dan estos caracteres; pero lo racial parece dominar, y como los tamaños son mayores en otros tipos peninsulares, nuestra zona sólo por la energía puede sustituirlos, aunque por excepción sostienen el criterio general los altos números de Santander, Navarra y Gerona, que cumplen con la ley de situación de país quebrado y llano.

Ya en nuestro campo territorial, sube a 853 milímetros el perímetro del cerco del pecho, y se eleva a 52,3 el índice vital, hecho que corresponde a los manchegos de un modo genérico, representados por el tipo trabajador. La reducción de estos valores se da en los abulenses indudablemente por la elongación de la estatura. Este hecho puede explicar que sean los madrileños, tanto cortesanos como rurales, los del valor promedio por el perímetro de su tórax, aunque pueda generalizarse, mientras no se pueda hacer un análisis que separe la ciudad del campo, el que la semisuma de los valores de ambos coloque siempre a la provincia en el equilibrio o centro de todos los valores, y que sea una realidad biológica y no sólo estadística.

El *peso*, la masa y la macidez corporal son tres caracteres interdependientes y muy significativos, e inmediatamente el mismo conocimiento vulgar distingue siempre un vasco de un serrano y de un bético, y siempre se ha destacado el madrileño por no ser pesado, reduciendo los 60,5 kilogramos que por esta estadística del doctor Sánchez y Fernández resulta como promedio general para el espa-

ñol, en dos kilogramos, aunque aquí reiteramos, aún con más fuerza que en otros caracteres, que la cifra está reducida porque el crecimiento y la culminación de la masa es muy posterior a la que alcanza la estatura.

En esta zona, cuna del tipo provincial madrileño, figura Cuenca a la cabeza, que iguala a la del promedio español, y en descenso, aunque escaso, los tipos alcarreños y serranos por el arco de Guadalajara a Segovia, cerrando el circuito, por la zona manchega, Toledo, y por la occidental, los abulenses; pero preciso es decir que estos serranos de tierras pobres y ásperas superan a la provincia central y capital, como si ésta afinara el tipo por una desnutrición, ya que la macidez o corpulencia queda en el bajísimo índice de 359 gramos por centímetro de estatura, que, salvo en la zona salmantino-extremeña, en que se presenta inferior, es la más baja de las restantes cifras regionales, alcanzando el óptimo guipuzcoanos y canarios, que por esto también nos confirman la posibilidad del mismo origen de ambos, como mutaciones adaptativas del gran tronco paneuropeo de los cromañones.

Un último valor, sintético y calificativo, nacido de la relación entre el peso y el perímetro torácico restado de la talla, llamado por los franceses valor numérico del soldado y por los antropólogos en general *robustes*, nos permite afirmar la consideración de la constitución física de los madrileños y sus vecinos, que, expresada en una cifra nacional correspondiente a 17,7, se eleva a los óptimos valores, representados en las cifras de 14 y 15, en diez provincias, de las cuales son norteñas Lugo y sus tres conterráneas, continuando por todo el litoral cantábrico y vasco —excepto Vizcaya—, incluyendo Navarra y Zaragoza, y el archipiélago canario. Y es extraño que, siendo esta zona norteña la que más aportación de forasteros da a Madrid, influye tan poco en tan esencialísimo carácter biológico, que se ve incluido en el grupo bajo, calificado como malo y representado por la cifras de 20 y 21, acompañando a Madrid sus vecinas de Guadalajara y Avila, prolongado a Salamanca y Cáceres. Salvan la región, figurando en el grupo de la buena robustez, la serrana de Segovia y las manchegas de Cuenca y Toledo.

No podemos cerrar este análisis sin una importante y consoladora consideración, nacida de los hechos biométricos, ya que todas las resultancias calificativas del tipo madrileño y sus formadores

inmediatos, anteriormente expuestas, tenían por base las estadísticas de fines del pasado siglo y algún año de los primeros del presente, y todas ellas se han modificado favorablemente en los decenios transcurridos del siglo xx en todo el ámbito de las provincias y regiones españolas, y que siguiendo la orientadora y rectora cifra de la mortalidad, constantemente en baja, como contribución básica de este resultado, todos los índices y coeficientes antropométricos y biométricos han tenido una mejora verdaderamente asombrosa en toda la Península, y más destacadamente en esta región central serranomanchega, y especialmente más mejorados en los madrileños concretamente.

Iniciado por el aumento de talla que observamos hace una veintena de años en los dos sexos—y por un cambio de impresiones con el profesor Pittard, máxima autoridad en esta materia—, y aun más destacadamente en las mujeres emprendimos una búsqueda de datos ajenos y una recogida de investigaciones propias, que comenzó por la comparación de los datos antropométricos y biométricos de las colonias escolares creadas en Madrid por el Museo Pedagógico en los decenios de 1880-1890, comparando sus resultados en múltiples trabajos por nosotros dirigidos en la Escuela Superior del Magisterio hasta los últimos años de actuación de aquel meritisimo Centro, en que recogimos los datos del tercero y cuarto decenio del presente siglo, obteniendo la satisfactoria prueba plena de la mejoría de los *malos* niños biológicamente estimados, que, naturalmente, fué superada por la elevación biométrica de los que podían estimarse como buenos en los grupos superiores social y económicamente en la capital y en algunos pueblos de la provincia.

Amplióse esta investigación, que in extenso será pronto publicada, con los datos del reclutamiento militar, cada vez más precisos y utilizables, tomando también por base los recogidos y parte de ellos publicados por aquel meritisimo catedrático y académico doctor Olóriz, correspondientes a los reclutamientos de los decenios de 1880 y 1890, en los que le auxiliamos como verdadero discípulo, y todo ello nos ha permitido comprobar la verdadera ascensión biológica en los tres grupos o zonas económicosociales que él distinguió: de obreros, de empleados y de estudiantes.

Tal vez más mejorados en sus valores—y por tanto en sus aptitudes biológicas—que en la propia talla, se destacan en niños y en

adultos, en Madrid y en su provincia, con análoga orientación, pero con más coeficiente mejorador que en todas las de España, la elevación del peso y la macidez o corpulencia, así como del perímetro torácico y las múltiples relaciones de él derivadas, y las fundadas en la amplimetría, demostrando todo ello que no sólo el órgano, sino las funciones que lo crean y utilizan, han experimentado un evidente mejoramiento, preciso es decirlo, en grado mayor en la capital, salvo en algunos barrios extremos o suburbios, que en los medios rurales, comprobando esto el hecho ya observado de la mejora y aun inversión de la mortalidad en el medio urbano, en comparación con el rural.

Como demostración basal de estas notas sobre la bioantropometría de los madrileños, podemos presentar las múltiples Memorias y trabajos de investigación que sobre los niños en la edad escolar y su medio adecuado, o sea la escuela, hemos dirigido y practicado durante una veintena de años, desde la topografía del número y reparto y situación de las escuelas hasta el estudio detallado de todas las condiciones higiénicas de las mismas: ventilación, iluminación, calefacción y estudio detallado del moblaje, tanto en las escuelas unitarias como en los grandes grupos escolares de la capital, así como la ampliación de este medio ambiente escolar con las instituciones necesariamente complementarias de cantinas que aumenten o completen el esencial cimiento nutritivo del niño, y de colonias que no sólo rustifiquen, sino que rectifiquen los daños que aun quedan en la ciudad, y propiamente sanitarias o profilácticas para las verdaderas tendencias morbosas que en los escolares se presentan, pues siempre uníamos nuestro culto a la ciencia con el amor a Madrid.

CARACTERES DE LA CABEZA.—EL ÍNDICE CEFÁLICO

Ha de iniciarse la antropogeografía matritense por la morfología cefálica, fundamentalmente representada por la relación centesimal entre lo ancho y lo largo de la cabeza, que constituye la cifra denominada *índice cefálico*. Utilizamos, por ser el análisis hecho según los partidos judiciales, el más adecuado, las investigaciones que en el hombre vivo hizo el doctor Olóriz.

Inclúyese nuestra zona, por este carácter, en la región llamada *castellana inferior*, denominación útil, por no ser ni exclusivamente serrana ni plenamente manchega.

Resalta que en la zona de la ladera de la Sierra, al SE., los hombres tienen más larga cabeza, es decir, más de melón, que hacia la llanura del Tajo, que son más bien de forma de sandía. Esta ladera serrana está constituida por la faja que desde Torrelaguna va hacia el SO. por Colmenar Viejo, El Escorial, San Martín de Valdeiglesias y Navalcarnero, que es realmente la zona serrana o de sus desbarries, y presenta una unidad algo ampliada en su índice cefálico, menor que la otra zona llanera, que en principio distinguió aquel geólogo de buena memoria D. Casiano del Prado.

El hecho se refuerza porque Torrelaguna, en la parte oriental de esta zona, es más dolicocefala, como colindante, y aun incluida en el foco de este carácter, señalado en Riaza, que nosotros atribuímos a la herencia del tipo Cro-Magnon, posible padre común de toda la zona montañosa. Pero también pudiera ser una emisión por la cordillera desde el foco y centro ibérico de Soria, si tenemos en cuenta, con este carácter de la forma de la cabeza, el de la estructura y tamaño del cuerpo, más iberoide y norteafricano que el tipo europeo músculo adiposo derivado del Cro-Magnon, y de mayor desarrollo en sus medidas transversales y de profundidad.

Los tres partidos que completan la jurisdicción madrileña son llaneros, y directa o indirectamente forman la vega del Tajo, y presentan, siguiendo la gran ley de la topografía racial, mayor mezcla que los serranos, pues no ha de olvidarse que por su mayor fertilidad son los que más han cambiado de dueño. Así, la campiña alcalaina presenta una cabeza de tipo medio, o sea mesocéfala. Vuelve el cerealista partido de Getafe a la subdolicocefalia o comienzo de las cabezas alargadas, para contrastar con el de Chinchón, cuyos hombres son ya subbraquicéfalos o de cráneo redondeado, formando una zona más extensa con los partidos de Tarancón en Cuenca y los de Ocaña y Toledo, cuya cefalización está indudablemente influida no sólo por los aportes de múltiples razas en la vieja capital, sino por la intrusión en Aranjuez y en Ocaña de individuos procedentes de muy diversos lugares y coincidentes, como se ve, en una raigambre más o menos norteafricana o celtoidea, a la que también estuvo sometido en su génesis constitucional el otro partido con el sitio real

de San Lorenzo de El Escorial, que exagera la braquicefalia o redondeamiento de cabeza de toda la provincia.

Si en un mapa se sitúa el término jurisdiccional de la Villa y Corte entre los partidos que la rodean, aparece siguiendo la colorimetría dada por Olóriz (aunque rectificando nosotros los errores de estampación, y siguiendo siempre las exactas cifras de los cuadros), aceptando la más antigua establecida por Aranzadi y nosotros, de los tres colores, vemos que la capital presenta el rojo claro, símbolo de la subdolicocefalia, con un índice promedio de 77,8; es decir, tan equilibrado promedio, que sólo se difencia una décima del de 77,7 que sigue rigiendo en la antigua nomenclatura a la distribución de las razas europeas, lo cual nos permitiría sin exceso de orgullo tenernos por verdaderos representantes promedios de todas ellas. La capital está rodeada por los cinco partidos judiciales, desde los de más alargada cabeza, en Getafe y Navalcarnero, que serían prototipos de la más perfecta mesocefalia europea en la nomenclatura general, pero que al trasladarla a la clave peninsular quedan en la subdolicocefalia estimada por Olóriz para el vivo y aceptada por Aranzadi y nosotros en la ampliación de estos estudios. Alcalá y Colmenar Viejo forman y encuadran a Madrid hacia la mesocefalia española, con la cifra de 78, y añade el partido de San Lorenzo de El Escorial la última tilde, que destacamos por su verdadera tendencia hacia la braquioide de Madrid, redondeando su cabeza hasta un índice de 80.

Todo lo anterior no es más que preparar una petición al Municipio, y extenderla a la Diputación de Madrid, para que amplíen su digna tutela higiénica, tanto en lo corporal como en lo cultural, y que sus no bastante agradecidas actuaciones en esta orientación sean elevadas a la óptima categoría posible, pues los resultados son tan reales y rápidos cuando se actúa sobre los niños, que pronto podrán repetir la frase de aquel alcalde de Edimburgo que se comprometió y realizó en un quinquenio a disminuir en un 5 por 100 la mortalidad de su Municipio.

LUIS DE HOYOS.

DOCUMENTOS

LAS EPIDEMIAS DE COLERA EN MADRID EN EL SIGLO XIX, REFLEJADAS EN AUTOBIOGRAFIAS Y MEMORIAS

Las noticias que sobre las epidemias de cólera en Madrid nos dejaron los escritores de autobiografías y Memorias tienen un especial interés, por referirse a episodios entrañablemente vividos y que escapan en su mayoría a los relatos de la crónica oficial o de tipo general.

Tres fuertes invasiones—1834, 1855 y 1865—, más otros brotes menos importantes, se registraron en Madrid a lo largo del siglo XIX. Y éste es también el siglo en que se desarrolla y florece en España el género de autobiografías y Memorias, que recibió su impulso de la guerra de la Independencia y prosperó con las incontables agitaciones políticas de aquellos tiempos.

Sin embargo, no hay proporción entre lo copioso de este género literario e histórico y las noticias que encontramos relativas a las trágicas pestes. Y es que la autobiografía propiamente tal es siempre rara entre nosotros; lo que domina—y muy especialmente en el siglo XIX—es el libro de Memorias políticas y militares, más bien con fines justificativos y polémicos; fines que absorben por completo la atención del escritor.

* * *

Las condiciones sanitarias de Madrid en el pasado siglo, y sobre todo antes de su cuarto final, favorecían las terribles plagas. Un médico notable, cuyas Memorias abarcan muchos años—desde 1850 a 1890—, D. Antonio Espina y Capo, recuerda con horror el Madrid de su juventud:

«El ramo de limpieza conservaba vivos y olorosos recuerdos de Sabatini en sus pozos negros, a veces rezumantes, y al salir de los teatros se encontraban las gentes con este tren de batir, y ¡menudo era el batido que se hacía!»

«El riego de las calles corría, digo no corría, a cuenta de unas regaderas de mano de los horteras¹.

«Parece mentira que en medio de aquella escasez de agua² se pudiera vivir, sin más baños que los de la calle de Jesús y María, casa muy simpática en verdad, y los de Oriente, para toda la población. Sin urinarios en las calles, ni retretes caseros; barriendo en seco; con palanganas tan pequeñas que no cabían casi las narices, y, en fin, siendo imposible toda limpieza personal, y con tal cúmulo de enfermedades cutáneas y parásitos que asusta pensar en aquellos tiempos³.

«La capital de España no tenía otro desagüe en las casas de vecindad sino los célebres pozos negros, cuya limpieza se hacía con grave peligro para los obreros y malos olores para los vecinos: todavía socorrí yo a algunos de ellos, de una cuadrilla de estos obreros, casi muertos por asfixia, cuando era médico de guardia en 1874; las heces eran recogidas en cubas, que se llamaban de Sabatini porque éste fué el primer contratista de estos servicios en Madrid. Se llevaban fuera de la población a las altas horas. La limpieza se hacía de noche, y por regla general, con verdadera saña, a la salida de los teatros.»

«Cuando los cóleras de 1834, 1835 y 1865, sus víctimas numerosas casi dibujaban el plano de extensión de estos pozos.»

«El polvo, al caer de la tarde, envolvía a Madrid y penetraba en las casas con tal fuerza y corría por las calles tan sucio, que eran entonces frecuentísimas las oftalmías.»⁴

¹ *Notas del viaje de mi vida* (Madrid, 1926-1929), vol. I, pág. 56. Sobre Sabatini, léase más adelante.

² En los tiempos anteriores a junio de 1858, en que se inauguró la traída del agua del Lozoya.

³ *Notas del viaje de mi vida*, vol. II, pág. 20).

⁴ *Ibid.*, vol. II, págs. 38 y 48.

1834

En julio de 1834 llegaba a Madrid, de vuelta de su largo destierro, el famosísimo Alcalá Galiano, y entraba en la capital a pesar de que, como nos dice en sus *Memorias* (Madrid, 1886, vol. II, pág. 516), «estaba afligida al doble por el cólera y por sedición, en que en el día anterior habían sido asesinados los religiosos».

Alcalá Galiano gusta llenar sus amenas y extensas Memorias de episodios y pormenores. Pero la política le domina, y las palabras arriba copiadas son su única referencia a la plaga colérica.

Algo más nos refiere Mesonero Romanos, que contaba entonces treinta y un años; pero tampoco gusta de escribir mucho sobre el tema, si bien hay que tener en cuenta la extensión relativamente corta de su famoso libro. Oigámosle en las *Memorias de un setentón* (Madrid, 1881), pág. 124:

«Terminado tenía ya mi concienzudo trabajo, y me disponía a darlo a la estampa en los primeros días del mes de Julio de dicho año, cuando un acontecimiento vino, no solamente á impedirlo, sino también á turbar la existencia misma del pueblo madrileño, y muy particularmente la mía propia; y aunque con inmensa repugnancia á ocuparme de aquella terrible catástrofe, especialmente en cuanto dice relación con mi persona, no me es posible prescindir de consagrarla algunas líneas de estas Memorias retrospectivas, por la íntima relación que guardó entre ambos aspectos, público y privado.

»En la noche del 9 ó del 10 de Julio, después de asistir á la tertulia, ó *soirée*, que en ciertos días de la semana reunía en su casa, calle de Relatores, el ilustrado jurisconsulto, estadista y consejero Real, D. Vicente González Arnao (el amigo y heredero de los manuscritos de Moratín), salí de ella acompañado de mis amigos Larra, Salas y Quiroga y Bustamante; y siendo la noche en extremo calurosa, y no muy avanzada la hora, entramos a refrescar en el *Café de San Sebastián*, sin tener para nada en cuenta los vagos rumores que ya empezaban a circular de haberse observado algunos casos de cólera morbo asiático; casos que eran desmentidos, y por lo menos desdeñados, del público y de los facultativos, fiándose en la notoria salubridad de nuestro clima, que en todos tiempos había resistido a la invasión de las epidemias. Mas por lo que á mí toca, no sé si por efecto del inoportuno refresco ó de la preocupación aprensiva de que me hallaba dominado, es lo cierto que desde aquel mismo

momento me sentí indispuerto, y así continué en los días sucesivos, aunque sin darle gran importancia; pero en el día 15, mi médico, que hasta aquí había negado resueltamente la existencia de la enfermedad, vino azorado diciendo que ésta se había desarrollado en tan terribles términos, que en aquel mismo día se calculaban hasta el número de mil y quinientos los atacados, con lo cual era general la consternación. Esta imprudente noticia, disparada que me fué, como suele decirse, á boca de jarro, por el indiscreto facultativo, produjo en mí, como era natural, un recrudecimiento en el progreso del mal; y éste subió de todo punto cuando el funesto día 17 llegué á entender que, desbordada la muchedumbre del pueblo bajo, y no sabiendo á quién atribuir ó achacar la repentina y horrible calamidad que se le echaba encima, dió oídos al absurdo rumor, propalado tal vez con aviesa intención, de hallarse envenenadas las fuentes públicas (rumor, sin embargo, que no por lo absurdo dejaba de tener precedentes en Manila y en otros pueblos a la primera aparición de la terrible enfermedad); y en vez de declararse en hostilidad, como París y San Petersburgo, contra los médicos ó los panaderos, hicieron aquí blanco de sus iras á los inocentes religiosos de las órdenes monásticas, y asaltando las turbas feroces los conventos de los jesuitas (San Isidro), de San Francisco, de la Merced y de Santo Tomás, inmolaron sacrílegamente á un centenar casi de aquellas víctimas inocentes.

•La noticia de tan horrible catástrofe, difundida por todos los ámbitos de la capital, ayudó tan poderosamente á la plaga desoladora, que, tomando un vuelo indecible, añadió algunos miles á la cifra de la mortandad. Aunque quisiera, no podría reseñar aquí el espantoso estado de la población en tan críticos momentos, porque aletargado y casi exánime, sólo era sensible a los tiernos cuidados que me dispensaba mi amantísima madre, la cual llevó su abnegación a tal extremo, que al verme materialmente expirar en la noche del 19, hubieron de arrancarla violentamente de mi lado; pero ¿de qué modo? Cuando un ataque fulminante de la terrible enfermedad la hirió súbitamente y acabó en breves horas con su existir. ¡Testimonio sublime de abnegación y de amor maternal, que no puedo menos de consignar aquí, y á cuyo recuerdo (aún á tan larga distancia) siento agolparse á mis ojos lágrimas de ternura!¹

* * *

¹ Págs. 124 y sigs.

Otra figura popular en Madrid en el segundo tercio de la pasada centuria, arrebatado siempre por las agitaciones políticas de la época, el impresor-editor Benito Hortelano, sufrió muy directamente los efectos de la epidemia de Madrid y su provincia de 1834. En sus curiosísimas *Memorias* nos cuenta cómo el 15 de julio, estando él en Chinchón, su pueblo natal, «se formó una tormenta hacia el Sur con caracteres tan siniestros que aterró a los labradores, los que se apresuraron a encerrarse en el pueblo. A las cuatro de la tarde descargó con tal fuerza el huracán que la precedió, que arrasaba cuanto se le oponía... Al siguiente día 16, día de la Virgen del Carmen, se desarrolló con tal fuerza la peste, que por instantes desaparecían las más robustas personas... Días hubo que llegó a cuarenta el número de víctimas.

«Gozaba mi padre de una robustez y salud preciosas. Nada indicaba su próximo fin, y sin embargo, atacado del flagelo, sucumbió en 16 de Agosto. Mi hermana Prisca, tan hermosa y contando apenas treinta y ocho años, también sucumbió a los pocos días. Dos tíos también sucumbieron.»¹

He copiado estas palabras de Hortelano, principalmente, por la curiosa triste coincidencia de que con ellas se abre el relato de una vida que, después de innumerables vicisitudes, vino a terminar precisamente víctima de otra epidemia: en 1871, viviendo Hortelano en Buenos Aires, estableció un hospital «para socorrer a las víctimas españolas de una terrible epidemia de fiebre amarilla, cuando él mismo cogió el mal y murió». (Del prólogo de estas *Memorias*, pág. 6.)

1855

La segunda gran invasión colérica del siglo pasado coge ausentes de Madrid a muchas de las personas que luego escribieron sus *Memorias*; así, por ejemplo, Fernández de Córdoba, el alcalde de Roa, León Pizarro, el marqués de Miraflores, Estébanez, Vico, etc.; otras no pudieron dejar su recuerdo de esta fecha debido a sus pocos años, y un tercer grupo de escritores — el menos numeroso — se olvidan de comentar la tragedia, absorbidos, como hemos dicho, por sus obsesiones políticas o por otras preocupaciones.

Pero aquellos luctuosos días no pudieron menos de dejar profunda huella en los recuerdos de un Nombela, el amigo de Bécquer,

¹ *Memorias de Benito Hortelano* (Madrid, 1936), pág. 31.

y redactor de unas Memorias que se complacen en todo género de pormenores.

Por su temperamento de escritor romántico, anota casos e incidentes particularmente trágicos y lúgubres. Su pintura de Madrid en aquellos días impresiona fuertemente:

«A principios de Agosto empezó a susurrarse que el cólera, que tantos estragos había causado el año 1834, amenazaba de nuevo a España. Los habitantes de las poblaciones donde al presentarse por primera vez la epidemia había causado estragos, y Madrid fué una de ellas, experimentaron un verdadero pánico.

«El gobierno y el municipio realizaron cuanto les fué posible para aminorar los espantosos efectos de aquel terrible azote; pero no estando preparados para combatirle, poco pudieron hacer en favor del vecindario.

«Antes de que apareciese en Madrid, el huésped del Ganges, como llamaban al cólera los ampulosos publicistas y oradores de aquel tiempo, había diezclado a algunas importantes poblaciones del litoral y en la Villa y Corte esperábamos, o mejor dicho temíamos, que de un momento a otro nos invadiese.

«Esto ocurría en la última decena de Agosto. Unos cuantos casos aislados produjeron la alarma y poco después la invasión fué general, rápida, espantosa.

«La primera medida que se tomaba en las casas un poco ordenadas, era suprimir de las comidas las legumbres, las frutas, todo cuanto podía alterar las funciones digestivas.

«No había filtros más que en las farmacias, se ignoraba aún la conveniencia de hervir el agua enfriándola después para beberla, lo único que se sabía era que absorbiendo unas cuantas tazas de té con una buena cantidad de anisado, se podía obtener una reacción contra el frío glacial que era uno de los primeros síntomas del mal, y en cuanto la aprensión hacía creer a un prójimo que había sido atacado, al té y al aguardiente recurría.

«Cada cual ponderaba un remedio: la verdad es que nadie, incluso los médicos, sabían lo necesario para combatir a aquel taimado enemigo.

«Raspaill, que a fuerza de anuncios y reclamos había alcanzado celebridad en toda Europa, aconsejaba como preservativo el alcanfor, y mi padre se proporcionó plumas de ave, lo que no era difícil porque se vendían en todas las tiendas de objetos de escritorio, cortó la parte superior del cañón, introdujo en la inferior menudos pedacitos de alcanfor, cerró con lacre la abertura y haciendo con un alfiler un agujerito en el extremo opuesto, formó unos a ma-

nera de cigarrillos que distribuyó entre todos los individuos de la familia.

»Para librarnos de la epidemia debíamos tenerlos siempre en la boca. Además colocó en los rincones de cada cuarto terrones de alcanfor. Por fortuna, el olor que despidió esta sustancia me ha sido siempre grato, y como la fe salva, todos en mi casa creímos que aspirando aquel aroma, nos libraríamos de la epidemia.

»No fué así, por desgracia, como indicaré, después de referir uno de los más dolorosos episodios que presencié en aquel periodo de calamidades.

»En la tarde del 24 de Agosto fui a visitar a la familia de D. Casimiro Trillo para informarme del estado de salud de los que la formaban.

»A cosa de las cuatro de la tarde llegué a la casa núm. 102 de la calle de Hortaleza, esquina a la de Gravina, en cuyo piso segundo habitaban los señores de Trillo.

»Me recibieron la madre y las dos hijas mayores, que estaban poseídas de gran inquietud, porque Felipe, apenas acabó de comer, sintió en todo su cuerpo un frío glacial, tuvo que acostarse, le atiborraron de té con anisado, llamaron al médico a quien esperaban con impaciencia, y temían que hubiera sido atacado por la epidemia, que según supe después, aquel día se había desarrollado en Madrid como una explosión.»

Con detalles espeluznantes cuenta Nombela cómo en brevísimas horas van sucumbiendo los miembros de la familia amiga:

»A la mañana siguiente, reforzados mis nervios y sin darme cuenta del estado de mi espíritu, partí a desempeñar la comisión que me había dado el afligido padre, y en la calle, en donde las personas aun sin conocerse formaban corros y cada cual contaba lo que había presenciado u oído referir, me enteré de que la epidemia había adquirido un desarrollo formidable. Sólo entonces pensé en el peligro que había corrido y que podía correr.

»Durante las escenas de desolación a que asistí, no me preocupé ni un momento de mi persona, ni me acordé del cigarrillo de alcanfor que guardaba en uno de los bolsillos del chaleco; pero al oír contar tantos horrores, sentí aprensión y necesité hacer un gran esfuerzo para desempeñar el encargo que me habían confiado.

»Recordé la rapidez con que habían pasado de la vida a la muerte Felipe, su hermanita, la criada, y la idea de que podía sucederme lo mismo, me horrorizó. Creo que entonces fué la primera vez que surgió en mi mente el temor de la muerte.

»Necesité atravesar gran número de calles y plazas para llegar

a la oficina donde recibía los avisos la sociedad de pompas fúnebres. El aspecto de la población era tétrico. Los médicos, que por entonces usaban bastón con puño de oro y borlas, motivo por el cual era fácil reconocerlos, circulaban con paso precipitado, sin detenerse se comunicaban sus impresiones al encontrarse, y los mozos de cuerda llevaban a cuestras féretros de diversos tamaños con galones dorados o plateados unos, con cintas blancas o amarillas otros, forrados estos últimos de burda bayeta negra.

»Necesitaría mucho espacio para dar una idea del tétrico aspecto de las figuras, los accesorios y el fondo de aquel cuadro.

»En la oficina de las pompas fúnebres había mucha gente portadora como yo de avisos, y los empleados tomaban nota, manifestando que carecían de material y de personal para atender a los pedidos que les hacían.

»Cumplí mi cometido, me dirigí a mi casa para enterarme del estado de mi familia y encontré a mi padre y a mis hermanas angustiados, porque en la carta que envié olvidé indicar las señas del domicilio en donde debía pasar la noche.

»Me abrazaron como si hubiera corrido un gran peligro y me hubiera salvado. En mi familia no había habido novedad.

»Vivíamos entonces en una casa de la calle Ancha de San Bernardo, esquina a la de la Cueva, que hoy se llama del Marqués de Leganés. Era una casa muy vieja de dos pisos y nosotros habitábamos uno de los cuartos interiores del primero, cuya puerta de entrada y las ventanas de las habitaciones, daban a un corredor que recibía la luz de un patio. Pagaba mi padre cinco duros al mes por aquel cuarto que no tenía más que tres alcobas, una en la que dormían mis hermanas Dolores y Felisa, otra que albergaba al ama y a mi hermana Rafaela, que contaba cuatro años escasos, y otra en la que dormíamos mi padre y yo. Una salita que servía a la vez de comedor y una microscópica cocina, completaban aquel mísero cuarto.

»En la actualidad ocupa el solar de aquella especie de pocilga un amplio y elegante edificio marcado con el número 20.

»Enteré a mi familia de lo que había ocurrido en casa de los señores de Trillo entre tanto me preparó el ama un almuerzo, y cuando anuncié que tenía que volver a la casa infestada, todos a una se opusieron, temerosos de que también fuese yo víctima de aquel foco de infección.

»Pasada la primera impresión, comprendió mi padre que debía volver a prestar ayuda a aquella atribulada familia.

»María se sintió también atacada del mal que había llevado al sepulcro a sus hermanos, y temeroso de que sucumbiera en aquel

foco de infección, manifesté al Sr. Madariaga que quizás podríamos salvarla llevándola a su casa.

» Vivía muy cerca, en el número 5 ó 7 de la calle de Hernán Cortés; sólo habitaban en la casa su esposa y una criada. Hasta entonces no se había registrado un solo caso en la calle. En dos o tres minutos podíamos conducirla a aquel paraje sano, donde estaría mejor atendida que en su casa, en la que todos estaban entregados al dolor.

» Le pareció bien mi propósito, y mientras que Madariaga hablaba al Sr. Trillo que asintió, informé a María de nuestro deseo, al que se negó, no queriendo abandonar a sus padres; pero logré convencerla, y evitando la despedida salimos al anochecer de la casa apestada y nos trasladamos a la de sus primos.

» Me ofrecí a quedarme para cuidarla durante la noche, oferta que aceptaron, porque la esposa del Sr. Madariaga no disfrutaba de buena salud. Su marido y yo velaríamos.

» En la sala se improvisó una cama en la que se acostó María y la obligamos a tomar dos o tres tazas de té con algunas gotas de anisado para ver si lográbamos que transpirase y entrara en reacción.

» Madariaga y yo permanecemos a su lado, y los esfuerzos que hizo para contener los efectos del mal en nuestra presencia, produjeron en todo su organismo un sudor copiosísimo que paralizó como por encanto los síntomas alarmantes que me habían inspirado el proyecto de su traslación.

» A cosa de las once se quedó profundamente dormida, y Madariaga y su señora se empeñaron en que cenase con ellos, lo que agradecí porque estaba desfallecido y creí no poder desempeñar debidamente el cargo de enfermero.

» Cuando volvimos, seguía la enferma durmiendo con la mayor tranquilidad. Madariaga la tomó el pulso, que estaba en estado normal, y persuadidos de que el peligro había pasado, conseguí que se retiraran a descansar los primos de María, permaneciendo en vela la criada y yo, para atender a lo que pudiera ocurrir.

» A la una de la madrugada todo quedó en silencio. Sobre una consola había una lamparilla que proyectaba en la estancia una débil claridad.

» Me senté en una butaca sin perder de vista a María, y el cansancio, las emociones y los fueros de la tiránica materia, me sumieron en un profundo sueño.

» Cinco campanadas de un reloj de pared que había en la antesala, me demostraron que había dormido cuatro horas.

» La enferma se había despertado; pero estaba tranquila. Tenía sed, dispuse que le dieran una taza de té muy caliente y mientras la

criada fué a buscarla, al mismo tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas balbuceó:

»—Es usted un buen amigo... ¡Cuánto tenemos que agradecerle!

»Después de tomar el té volvió a dormirse; torné a mi butaca y allí, despierto, medité con profunda tristeza en lo que en menos de dos días había presenciado. Por analogía, pensaba en mis amigos Bécquer, Luna, Márquez; en mis compañeros de las veladas en las casas de Arriera, de D.^a Concha Ordoño, de la señora de Reyes, de la de Santa Coloma. ¿Me esperaban nuevas y dolorosas sorpresas cuando fuese a enterarme del estado de su salud?

»El desdichado Sr. de Trillo envió al médico a casa de sus sobrinos para saber qué había sido de su hija, temeroso de que volviese a aumentar su aflicción.

»Serían las nueve de la mañana cuando llegó y la encontró tan bien, que dispuso que dejara el lecho y se alimentase.

»Cuando al abandonar la sala para despedirle, le referimos lo que había pasado desde que decidimos sacarla de su casa, nos dijo:

»—¡La ha salvado el pudor! Sin pensarlo, al permanecer a su lado, han contribuido ustedes a su curación.

»Como se hallaba bien, aunque muy débil, resolví ir a mi casa para ver si había habido alguna novedad, y si mi padre y mis hermanas estaban bien, visitar a los amigos, cuyo estado de salud me interesaba vivamente.

»Bécquer vivía entonces con la familia de Alcega en la calle de Atocha, muy cerca del Colegio de San Carlos. Fuí a verle y tanto él como los amigos que le hospedaban disfrutaban de buena salud; pero Gustavo estaba muy apenado por lo que había visto y oído relacionado con la epidemia.

»El mes de Septiembre fué desastroso. Todo contribuía a entristecer el ánimo; la lectura de los periódicos, que atraían como el abismo, aumentaba el terror, porque publicaban el número de los atacados, los barrios y las calles en que se cebaba la epidemia. El sol no brilló un solo día en todo el mes, llovía a menudo; pero aunque cesase la lluvia, el cielo estaba cubierto de nubarrones. Parecía que una mano de hierro oprimía el corazón.

»Hacer alarde de indiferencia, de desprecio al mal que diezmaba a los habitantes de Madrid, constituía el modo de ser aparente de los más miedosos. Proporcionarse distracciones, el remedio que buscaban los que evitando con el juicio y la discreción los peligros, se resignaban a acatar la voluntad divina.»

* * *

El médico D. Francisco Cortejerena y Aldevó es una figura nobilísima de nuestro siglo XIX. Sus Memorias, que él tituló *Tiempo pasado*, y que están escritas con la mayor sencillez, tienen bastante interés para la historia de la enseñanza de la Medicina en España. Estaba Cortejerena a mitad de sus estudios el año 1855, cuando en «el verano se desarrolló con gran fuerza el cólera en toda España, muriendo muchísima gente. En Madrid fué terrible la epidemia... He de contar, porque revela la poca aprensión de los jóvenes, que en ocho días fallecieron en la plaza del Progreso, núm. 1, los padres de nuestro condiscípulo D. Francisco Ossorio y Bernard, jefe facultativo que fué hasta su muerte de la Maternidad de Madrid... Pues en aquella triste ocasión acompañábamos y asistíamos casi todo el día a aquella infortunada familia, comíamos de todo sin temor alguno, y, por cierto, consumimos un buen repuesto de guindas en aguardiente».

«Así pasamos todo el verano en Madrid, sin agua potable, sin riego en las calles, y viendo pasar largas filas de féretros llevados en los pocos carros fúnebres que había entonces, y los de gentes pobres a hombros de cuatro sepultureros.»

«Y siempre recordaremos con cariño y respeto a aquel buen Gobernador civil, D. Luis Sagasti, que apenas convaleciente del cólera, bajó un día al río en momentos de más peligro y consternación (por una inundación del Manzanares), lloviendo espantosamente. Su heroico comportamiento le costó la vida pocos días después.»¹

1865

Echegaray, Eusebio Blasco, Villalba y Gutiérrez Gamero, además del ya citado Cortejerena, nos han dejado en sus *Autobiografías*, *Memorias* o *Recuerdos* interesantes notas personales y observaciones de la vida en Madrid bajo la invasión colérica del 1865.

El más breve es Villalba; pero sus palabras tocan un tema que vamos a ver después comentado también en otros escritores.

Dice así Villalba en sus *Recuerdos de cinco lustros* (Madrid, 1896), pág. 253:

¹ *Tiempo pasado* (Madrid, 1909), págs. 83-84.

•Al terminar el verano de 1865 se desarrolló en Madrid el cólera, si bien con menos intensidad que otras veces, y, como siempre, la administración pública exhibió su imprevisión y su indolencia. Para remediarlas en lo posible surgieron las asociaciones particulares tituladas *Amigos de los pobres*, las cuales realizaron verdaderas maravillas. A todas partes llevaban su acción eficacísima para proveer de alimento, medicinas, dinero y asistencia a cuantos de esos auxilios necesitasen. Fué un gran arranque de caridad; pero también resultó una terrible arma política, porque aquellas sociedades se formaron sobre la base de las juntas o comités progresistas y democráticas, y como buscando términos de comparación entre ellas y la conducta de la Corte, que de Zarauz a San Ildefonso plácidamente viajaba, cual si España navegase por un mar de prosperidades.»

* * *

A la *Sociedad de Amigos de los Pobres* también se refiere Eusebio Blasco; pero, buen «progresista», la elogia incondicionalmente, sin las reservas de Villalba.

En sus *Memorias íntimas* (Madrid, 1904), págs. 59-62, nos cuenta: «... y en aquellos momentos sonó una palabra terrible, espantosa, que suspendió toda vida anunciando mil muertes. El cólera.

•Ya se susurraba que había casos, pero al público se le ocultaba. El público lo vió, presenció su aparición brutal enmedio de todos, se codeó con él. Caballero de Saz había convidado a mil personas al ensayo general de *La Africana* con trajes y decoraciones. El teatro más bien parecía un salón. En palcos y butacas lo mejor de Madrid. En galerías y paraíso, todas las clases. Y allí mismo, cuando se admiraba el barco del segundo acto y Naudín entusiasmaba cantando como un ángel, hubo dos casos de cólera fulminante en los palcos por asientos y en el paraíso. Casos de ese cólera que hiere como el rayo, que se ve surgir con sus calambres y sus vómitos y la descomposición horrible del rostro... ¡El cólera! Y cundió la voz y fué más alarmante aún que la voz de ¡fuego! que tanto nos aterra. Allí se acabaron la alegría de Madrid y la animación política y los bailes y las fiestas y las conspiraciones y los discursos y todo. La muerte comenzó a recorrer las calles. Al cielo azul incomparable de Madrid sucedió una serie de días negros, de nubes plumizas que pesaban como una losa sobre los corazones. En vez de los ricos trenes y elegantes coches, comenzamos a ver féretros y carros fune-

rarios en todas direcciones... Los días eran eternos; las noches madrileñas, silenciosas y negras, y la lectura de los periódicos espantaba... Se respiraba una atmósfera de desolación y de miedo.

•Y entonces Castelar y Rivero y Sagasta tuvieron una idea feliz, que ni aun en aquellos tristes días dejaron de ser propagandistas. Se organizó la Sociedad *Amigos de los Pobres* y divididos por grupos y calles, todos los periodistas, políticos y patriotas y hombres de los partidos revolucionarios, se dedicaron, admirablemente organizados, a visitar personalmente a los coléricos pobres, exponiendo sus personas y vidas. Y el pueblo que les vió de cerca y les debió socorro y ayuda y consuelo, cuando la epidemia se acabó era tan suyo que ya pudieron contar con él para todo. Se estableció como una relación de familia entre la masa popular y los que habían de guiarla a empresas atrevidas, y moralmente la revolución estaba hecha.

•No hubo más que una nota cómica en medio de tantas tristezas. Y la dió el popular dibujante Perea, el mudo, que mudo y todo y enterado apenas de lo que pasaba, hizo durante los días más terribles de la epidemia su alegre vida de siempre. Una noche a las tres de la madrugada le atacó el cólera en plena Puerta del Sol; de allí se le llevó a su casa y, medio muerto ya, iba diciendo: ¡mala cosa! Y el médico llamado a toda prisa le dió por perdido y por pura fórmula ordenó que le diesen a beber a pasto manzanilla hirviendo. La criada creyendo que se trataba no de la planta de aquel nombre, sino de vino de Manzanilla, puso a hervir cinco o seis litros de una manzanilla riquísima de San Lúcar que tenían en la casa; y a la mañana siguiente cuando fuimos a ver al mudo le encontramos sentado en la cama con un bastón haciendo de guitarra y muy colorado y gritando: «¡Con-ten-to! ¡Muy con-ten-to!» (¡Ya lo creo!)

•Fué, como digo, el único día en que tuvimos de qué reir aun en medio de aquellos horrores. •

* * *

Fogosísimo «progresista» fué el insigne Gutiérrez Gamero, cuya autobiografía es de lo mejor que en su género tiene la literatura española. Pero a los ochenta años, Gutiérrez Gamero contempla ya sereno y comprensivo las actividades políticas de su juventud. También él recordará la cuestión de la *Sociedad de Amigos de los Pobres*; pero lo hará con ecuanimidad suave. Por otra parte, su humor fino y alegre evocará los terribles días del cólera con notas desconocidas

en los otros escritores de Memorias, y que nos presentan bajo distinto aspecto la vida madrileña en aquellos días luctuosos:

«¡Funestos meses del año de 1865 que dieron a Madrid un aspecto lúgubre y terrorífico! Decíase que el cólera venía del Ganges, pero sin duda vino de los quintos infiernos y hubo de repartirse por el mundo para castigo de nuestras culpas y pecados; y como a los sabios les cogió desprevenidos del conocimiento de la terrible enfermedad y de los medios profilácticos para precaverse de ella, resultaba que las medicinas aplicadas a un individuo le sentaban como un tiro, y a otro le ponían en disposición de despedir al molesto huésped.

»—No lo dude usted. El cólera está en el aire y por el aire se trasmite—decíame un médico ilustre.

»—Entonces—le repliqué—¿cómo se explica usted que a la mayor parte de los que habitan en las casas de números pares de la calle de Fuencarral les haya cogido el cólera, y en cambio han sido muy raras las invasiones en los de la acera de enfrente?

»—En eso quizás haya algo misterioso tocante a lo suprasensible. Pero de todas maneras creo que la diferencia del ataque, según sean pares o impares, consiste en que el viento ha soplado con más fuerza hacia un lado—contestó el doctor.

»—Luego en la fuerza del viento está el tiento del cuidado que se ha de emplear para huir del soplete maligno—dije muy preocupado.

»—Lo mejor sería—añadió mi interlocutor—proveerse de un antifaz cuyos agujeros estuvieran ligeramente obstruidos por una materia impregnada de alcanfor, al través de la cual pasara el aire, y así se reprimiría el humor vagabundo del mal, y sus partículas morbosas se quedarían inocuas por virtud de las del alcanfor.

»—¿Luego usted cree que el alcanfor...?

»—Es un preservativo eficaz. Yo lo he probado—me atajó el médico—. Es un específico poderosísimo.

—Pero eso de ir por la calle con carátula me parece algo ridículo—objeté curioso.

»—Basta con que se meta usted en las narices unos algodoncitos impregnados del salutarífico producto y lleve en la boca una plumita rellena del mismo. Con esta precaución, azufrando bien el pavimento de su casa, ciñéndose además una franela al estómago para conservar el calor, y respecto al interior del cuerpo propinándose, después de cada comida, una copita de ron viejo, riase usted del cólera morbo asiático.

»A esta altura se hallaba la opinión facultativa cuando empezó a hacer estragos la traidora enfermedad, y como los sabios ignora-

ban su etiología, claro es que mucho menos caían en su profilaxis. Pero, por si o por no, hicimos en mi casa provisión de azufre y alcanfor, yo acepté la pluma y rechacé lo del ceñidor de franela, pues hacía un calor de zona tórrida, y en punto al ron de la Jamaica, Lhardy le vendió a mi padre unas cuantas botellas con cuyo precioso líquido «vieux de vingt ans» —según aquél— al fin de cada refacción, nos refamos familiarmente del inverecundo viajero.

»—No hagas caso de azufres ni alcanfores, y sobre todo, no pienses a la continua que hay cólera en Madrid. Haz tu vida ordinaria, no cometas ningún exceso, y sea lo que Dios quiera, teniendo en cuenta que el miedo es un auxiliar del cólera. ¿No has oído a tu padre que cuando el cólera del año 34 el populacho creyó que las aguas estaban envenenadas? Pues por ahí debe de andar el busilis. No bebais más agua que la de la fuente del Berro, y mejor que agua, Valdepeñas puro —hablárame don Juan Escobedo, el médico oficial de mi gente.

»¡Decíamos del azufre y del alcanfor! Cada familia tenía sus preservativos, los más originales, y sin embargo, el pánico cundía en todas las casas, al saber el número de invasiones y de fallecimientos, dando al siempre alegre Madrid un tinte de tristeza muy poco propicio a alejar el miedo.

»Y yo tuve que desecharlo por fuerza, o mejor dicho por amor propio. Desde que se recrudeció la epidemia, los amigos más íntimos nos reuníamos, a eso de las ocho de la noche, en casa de Ramón Chico de Guzmán, que vivía en el número 31 de la calle de Hortaleza. Allí nos comunicábamos nuestras impresiones, y la reunión servía, en primer término, para contarnos, procurando cada cual asistir con puntualidad a la cita, porque la menor tardanza de cualquiera nos alarmaba. Pero una vez... ¡qué angustia tan tremenda! Faltaba Esteban Pinel... ¿Qué le habrá sucedido? ¿Por qué su retraso? ¡Todos le habíamos visto por la mañana, y estaba bueno y sano! Bromista como de costumbre y burlándose de los aprensivos... Y al cabo de media hora de aguardarle en vano, nos encaminamos frenéticos a su casa... ¡Pobre Esteban Pinel! La invasión del horroroso mal fué tremenda, rápida, fulminante. Al mediodía le cogió la enfermedad con los síntomas premonitorios que no daban lugar a la duda de su fuerza, los médicos hicieron cuanto pudieron para salvarle... Todo inútil. Aquel hombre fuerte, joven y vigoroso, que en punto a entendimiento tenía mucho de su ascendiente el célebre médico francés que puso tanta piedad en el trato y curación de los locos, en pocas horas pasó de la vida a la muerte, en medio de una agonía espantosa.

»En casa de Pinel tropecé con Eduardo Asquerino. Se hallaba allí porque era amigo de Esteban, y además, individuo importante de la bienhechora institución que se llamó *Los Amigos de los Pobres*. Casualmente supo que Pinel había sido atacado del cólera; al momento fué a verle y ya no se separó de él. Salimos juntos de la fúnebre estancia y me dijo:

»—¿Tienes valor para unirme a los que componemos *Los Amigos de los Pobres*?

»—La pregunta es ociosa. Puedes contar conmigo—respondí, haciéndome el héroe por fuerza.

»—Nos dividimos en secciones, acomodándonos a la perfecta organización del partido, que para este caso de prestar servicios caritativos nos sirve a maravilla. Vamos a la *Tertulia Progresista*, te inscribo en tu sección y, a trabajar... si no te asusta ver coléricos y socorrerles.

»—¿Te quieres callar?... Vamos donde tú quieras—repuse y me metí en la benéfica Compañía.

»Este Madrid, tan calumniado por los que no conocen su entraña, asilo afectuoso de cuantos a él vienen y perdonero de injustas rivalidades, dió entonces un noble ejemplo de patriótica caridad que le colocó a la altura de los pueblos más cultos, y al partido progresista se debió que los ánimos decaídos se rehiciesen y también la organización de los servicios, de esos que sólo puede pagar una sincera y nunca desmentida gratitud. Montada la máquina a la manera de los partidos liberales, gentes de toda clase y condición, altos y bajos, chicos y grandes, cuantos tenían en el pecho abnegados sentimientos, la virtud teologal más verdadera, porque en las otras dos caben lejanías espirituales, acudieron a las Juntas, a los comités, a los distritos y ofrecieron su vida en pro de sus semejantes. Muchos títulos tiene este poblachón mío, donde nacieron Lope, Calderón y Quevedo, para que su nombre esclarecido figure en las más altas cimas, pero aquella su prueba de virilidad durante la angustiosa pesadilla colérica, le hizo digno de añadir uno de gran resonancia en su blasón heráldico.

»Sacudí los escrúpulos, a venga lo que viniere, y arrimé el hombro como todos mis colegas; visité enfermos, y procuré auxilios de mi bolsillo y con las dádivas ajenas, teniendo la inmensa suerte de que ni yo ni ninguno de mis compañeros, que seguíamos acudiendo puntualmente a casa de Ramón Chico, tuviéramos el más leve síntoma del asiático. Pero de este constante acercarme a la muerte, que llegaba tan escondida que no se la sentía venir, y de este perpetuo rozarme con la miseria humana, que achicaba

el corazón y ponía espanto en los más fuertes, saqué, en vez de la indiferencia que endurece, la blandura que apiada.

»Pasó la racha morbosa y todos respiramos, gracias, según el doctor Escobedo, a que la enfermedad se cansó y se fué a fastidiar a otra parte, con su cortejo de calambres, cámaras y corrimientos.

»¿Pues no propalaron las malas lenguas que *Los Amigos de los Pobres* conspirábamos contra el Gobierno, al par que ejercíamos, casa hita, nuestro bienhechor cometido? Que el partido progresista ganó simpatías, por ser el iniciador de la caritativa y abnegada campaña, no tiene duda, y que si se presentaba coyuntura propicia a ganar adeptos la aprovechábamos, de su peso se cae, siempre —naturalmente— que la captación no se disfrazase de buena obra; pero esto no era conspirar, sino satisfacer la necesidad propagandista que cada uno de los afiliados llevaba dentro de sí, como se lleva la sangre¹.

* * *

En el 65, ya Cortejerena era un doctor reputado. Sus recuerdos del cólera en Madrid tienen el mérito de ser los únicos conservados en la autobiografía de un médico:

»En el verano de 1865 hice mi acostumbrado viaje por el extranjero, y, al volver a Madrid, en Septiembre había algunos casos de cólera, como los había visto en París, y esta desagradable nueva no podía menos que impresionarme en extremo, pues me recordaba otras epidemias análogas y la muerte en una de ellas del hermano menor y muy querido, preocupándome el terror que, desde las primeras noticias, se apoderó de mi padre.

»Comprendimos todos que nos amenazaba una epidemia como la del 55, y me preparé a sufrir sus consecuencias.

»Sólo yo en mi casa de la calle de Santa Catalina, núm. 8, con el servicio conveniente, confiaba mucho en mi salud y robustez, y con las precauciones higiénicas que entonces se aconsejaban, afronté sereno el peligro. Este no se hizo esperar, pues cada día era mayor el número de personas invadidas, y ya a primeros de Octubre, los días 5 y 6, el cólera estalló con fuerza y hubo muchos atacados en la parroquia de San Sebastián; el día 8 fué la explosión general, sobre todo en los barrios altos de Madrid. A las seis de la mañana reclamaban mis servicios en la Cárcel del Saladero unos modestos empleados a cuya hija había yo curado. Allí encontré a la madre

¹ *Mis primeros ochenta años* (Madrid, 1925) págs. 99-104.

muy grave con cólera, y al mismo tiempo presencié el horrible espectáculo que ofrecía el movimiento de las camillas de enfermos y moribundos, el traslado de presos a otra parte, y con todo esto el pánico que reinaba en el establecimiento.

»Aprovechando mi llegada, fui también demandado para otras personas de la casa, que habitaban en las calles próximas; todas estaban muy graves, y en los que empezaban a estar malos también se adivinaba el mal resultado. La noche del 7 al 8 fué horrible, y fallecieron muchos en la acera de la derecha de la calle de la Montera y Hortaleza y calles afluentes a éstas.

»Todo el día 8 hubo muchos atacados y muertos de personas conocidas. Enfrente de mi casa, en el núm. 10, fué atacado y falleció el célebre hombre D. Juan Francisco Pacheco, y fué el único muerto en la calle de Santa Catalina.

»Por raro contraste verificóse en aquella noche el ensayo general en el teatro Real de la ópera *La Africana*. Concurrió muchísima gente, llenándose por completo el teatro. Hacía muchísimo calor y tardaron en empezar más de una hora. Algunas personas se pusieron enfermas y se decía fueron víctimas del cólera. La función terminó muy tarde y vi salir mucha gente, porque casualmente pasé por allí en este momento.

»Siempre será de elogiar y grato recuerdo la gran explosión de caridad que se produjo en el pueblo de Madrid en todas sus clases. Constituyóse una asociación que se dividió en juntas de distrito y de barrio, perfectamente organizadas y formadas por personas que voluntariamente se ofrecían a prestar sus servicios, proporcionados a su calidad y ocupaciones. Los médicos nos ofrecimos todos, y cada uno prestó el servicio en su barrio correspondiente. Como éramos muchos, no puedo decir que fué grandemente molesta nuestra obra caritativa; lo fué más de satisfacción personal de haber cumplido un deber de caridad.

»La epidemia disminuyó algo en la segunda quincena de Octubre, pero el día 24 llamó la atención el gran número de atacados por la calle de Segovia y sus inmediaciones. En los primeros días de Noviembre declinó el mal, y al terminar el mes se dió por desaparecida la epidemia, que había matado mucha gente.

»Tuve la suerte de disfrutar mi habitual salud, sin la más pequeña molestia, a pesar de trasnochar y madrugar mucho y trabajar lo que es de suponer.

»La Junta nos regaló a los médicos una medalla de plata.

»También hubo propuestas de cruces de Beneficencia y algunos compañeros míos la obtuvieron; pero yo, con mi poco celo habitual

en materia de pretensiones, no llegué a obtenerla, a pesar de haber sido también propuesto.

»Puede decirse que la epidemia colérica del año 1865 fué la primera de una serie de calamidades. Madrid quedó muy desanimado: los espectáculos abandonados y aun los más predilectos como el teatro Real, lo cual nos permitía asistir muchas noches a oír buenas óperas, mediante medio duro la butaca. Las fiestas de Navidad tan bulliciosas en Madrid siempre, fueron este año lánguidas, las ventas mucho menores que en otras épocas. Verdad es que la política lo absorbía todo y que se reanudaban las preocupaciones de épocas pasadas, pensando siempre en revoluciones, y entonces decían que sería gorda.

»Sólo había animación en el café de La Iberia, sitio de reunión a todas horas, pero especialmente a media noche, de políticos, literatos, militares y de la gente más visible de Madrid, y allí se adquirían y comentaban noticias de toda especie y para todos los gustos; se anunciaban próximas sublevaciones militares; se hablaba de precauciones de las autoridades; de temores respecto a jefes de Cuerpos y generales.»

* * *

El teatro, la ingeniería, y a veces también la política, son los temas dominantes de las agradabilísimas Memorias de Echegaray. El cólera de 1865 hirió al famoso dramaturgo en una de sus fibras más sensibles. El director de su «Casa» (la Escuela de Ingenieros), hombre de valía, sucumbió a la invasión. La relación de Echegaray es emocionante:

«Fuimos una mañana a la Escuela en el período álgido de la epidemia, y nos dieron la triste noticia de que don Calixto estaba gravísimo.

»Inmediatamente corrí a su casa, y poco después vinieron tres o cuatro médicos para celebrar una junta; entre ellos estaba mi padre.

»Al terminar la junta y preguntarles los ingenieros que allí estábamos a los doctores sobre la enfermedad de don Calixto, nos dijeron que era hombre perdido, y que aquel mismo día, antes de que llegase la noche, moriría, como, en efecto, sucedió.

»Un criado vino a decirme que don Calixto quería hablarme, é inmediatamente entré en su alcoba.

»Estaba casi á oscuras, apenas si por la puerta de la sala entraba

una pequeña claridad; se adivinaban los contornos de la cama, pero á don Calixto no se le podía divisar.

•Sin duda oyó el ruido que al entrar hice, porque preguntó con voz bastante entera:

•—¿Está usted ahí?

•—Sí, aquí estoy, don Calixto.

•—¡Ah! ¿Es usted? Yo había llamado a su padre para que me dijese con franqueza cuántas horas me quedan de vida.

•Su voz era tranquila, reposada, de una severidad que imponía y sin ningún alarde melodramático. Preguntaba en el mismo tono cuántas horas le quedaban de vida, que hubiera preguntado la cosa más indiferente; por ejemplo: «¿Les parece a ustedes que tengamos mañana junta?»

•Yo protesté con mucho calor y con cierta emoción que no podía dominar:

•—Por Dios, don Calixto, no diga usted esas cosas; los médicos han asegurado que no corre usted peligro ninguno.

•Y él, con el mismo tono entero y reposado, me contestó:

•—Natural es que usted diga eso; pero los médicos no han podido decirlo, porque tengo el cólera; y como sabe usted que he padecido mucho del estómago, la enfermedad, que en otra persona sería gravísima, en mí es mortal. Yo me moriré dentro de pocas horas.

•Y no me dejó que contestase, y continuó diciendo:

•—De todas maneras me alegro mucho que haya usted entrado, para despedirme de usted, á quien aprecio y considero en lo que vale, y para que me despidan usted de los compañeros. Usted es joven, puede hacer mucho por el brillo de la Escuela de Caminos, y tiene usted la obligación de enaltecerla, porque hijo de la Escuela de Caminos ha sido usted.

•Y siguió hablándome y dándome consejos algunos minutos más.

•Era la muerte de un hombre verdaderamente superior.

•La muerte no le espantaba, ni siquiera debilitaba sus energías espirituales, ni aun le empañaba la voz.

•Don Calixto Santa Cruz era soltero. No sé á punto fijo si soltero o viudo; pero no creo que fuese lo último.

•Me parece que vivía solo, ó, en todo caso, en compañía de un sobrino; sobre esto no conservo recuerdos claros.

•Al anochecer de aquel día murió, en efecto, don Calixto, que fué muy sentido en el Cuerpo, y que dejó envidiable fama de talento, honradez y entereza de carácter.¹

¹ *Recuerdos* (Madrid, 1917), vol. II, pág. 12.

1885

Del brote de 1885 quedan muchas menos huellas en la literatura autobiográfica, en parte principal por la menor importancia del morbo. No conozco más que un recuerdo del ya citado doctor Espina y Capo, que, además de la obligada alusión al viaje de Alfonso XII a Aranjuez, inserta un episodio gracioso, y en el que, por otra parte, observamos cómo para un madrileño de finales de siglo el Retiro se encontraba, como quien dice, fuera del término de la ciudad:

«Pero lo más grave ocurrido en este año fué la aparición, ya en forma de epidemia, del cólera morbo asiático, que motivó otro rasgo del rey, yéndose de incógnito completo a Aranjuez para visitar los coléricos del pueblo y del Real Patrimonio, en cuyo pueblo estaba prestando sus servicios el ilustre médico de la Beneficencia provincial D. Juan Cisneros y Sevillano, cargo que no abandonó hasta la completa extinción de la epidemia, motivando un homenaje, que debió consistir en un banquete que se le debía dar en el salón del Embarcadero del Retiro; pero un huracán y una tormenta de lluvia y truenos que se presentaron al iniciarse la comida nos hicieron salir de allí, por haberse inundado con cerca de medio metro de agua todo el salón dedicado a comedor, teniendo yo la suerte de que me trajera a Madrid en su coche el gobernador don Raimundo Fernández Villaverde, y viéndose muy apurados los comensales, llegando algunos á sus casas pasadas las doce de la noche.»¹

Por la copia,
JOSÉ VALLEJO.

¹ *Notas del viaje de mi vida*, vol. IV, pág. 347.

CATALOGO DE LOS FONDOS DOCUMENTALES DEL ARCHIVO DE VILLA REFERENTES A AGRIMENSORES

Con el fin de completar en cierto modo el *Catálogo de los fondos documentales del Archivo de Villa referentes a gremios, oficios y profesiones*¹, publicamos hoy el de los referentes a agrimensores, que, o por no referirse directamente a Madrid o no ofrecer una organización colegiada, dejamos de publicar entonces.

Los materiales utilizados pertenecen al ARCHIVO DE LA SECRETARÍA DEL AYUNTAMIENTO (A. S. A.) y al ARCHIVO DE LA SECRETARÍA DEL CORREGIMIENTO (A. S. C.), y se encuentran incluidos los antiguos índices bajo los epígrafes: A. S. A., *Grupo XI: Empleados fuera de las oficinas centrales*; 3, *Agrimensores de Madrid*, y *Grupo XV: Instrucción pública*; 2, *Exámenes de agrimensores del reino*, y A. S. C., *Grupo X: Empleados sin asistencia a oficinas*; 2, *Agrimensores de Madrid*.

Las firmas a que se hace mención en este Catálogo son las siguientes:

ARCHIVO DE LA SECRETARÍA DEL AYUNTAMIENTO

| | | | | | |
|----------|----------|----------|----------|----------|----------|
| 1-216-16 | 2-391-11 | 2-391-15 | 2-391-19 | 2-391-23 | 2-391-27 |
| | 2-391-12 | 2-391-16 | 2-391-20 | 2-391-24 | 2-391-28 |
| 2-369-21 | 2-391-13 | 2-391-17 | 2-391-21 | 2-391-25 | 2-391-29 |
| 2-391-10 | 2-391-14 | 2-391-18 | 2-391-22 | 2-391-26 | 2-391-30 |

¹ En esta misma REVISTA, año XVI, número 55, págs. 393-467. Conviene consultar la Introducción, en la cual se hace referencia a algunos extremos de organización del Archivo, que pueden resultar interesantes.

| | | | | | |
|----------|----------|----------|-----------|-----------|-----------|
| 2-391-31 | 2-391-51 | 2-391-71 | 2-391- 91 | 2-391-111 | 2-391-131 |
| 2-391-32 | 2-391-52 | 2-391-72 | 2-391- 92 | 2-391-112 | 2-391-132 |
| 2-391-33 | 2-391-53 | 2-391-73 | 2-391- 93 | 2-391-113 | 2-391-133 |
| 2-391-34 | 2-391-54 | 2-391-74 | 2-391- 94 | 2-391-114 | 2-391-134 |
| 2-391-35 | 2-391-55 | 2-391-75 | 2-391- 95 | 2-391-115 | 2-391-135 |
| 2-391-36 | 2-391-56 | 2-391-76 | 2-391- 96 | 2-391-116 | 2-391-136 |
| 2-391-37 | 2-391-57 | 2-391-77 | 2-391- 97 | 2-391-117 | |
| 2-391-38 | 2-391-58 | 2-391-78 | 2-391- 98 | 2-391-118 | 3- 44- 15 |
| 2-391-39 | 2-391-59 | 2-391-79 | 2-391- 99 | 2-391-119 | 3- 44- 16 |
| 2-391-40 | 2-391-60 | 2-391-80 | 2-391-100 | 2-391-120 | 3-455- 57 |
| 2-391-41 | 2-391-61 | 2-391-81 | 2-391-101 | 2-391-121 | 3-465- 44 |
| 2-391-42 | 2-391-62 | 2-391-82 | 2-391-102 | 2-391-122 | |
| 2-391-43 | 2-391-63 | 2-391-83 | 2-391-103 | 2-391-123 | 4- 30- 15 |
| 2-391-44 | 2-391-64 | 2-391-84 | 2-391-104 | 2-391-124 | 4- 32- 10 |
| 2-391-45 | 2-391-65 | 2-391-85 | 2-391-105 | 2-391-125 | 4- 32- 24 |
| 2-391-46 | 2-391-66 | 2-391-86 | 2-391-106 | 2-391-126 | 4- 57- 22 |
| 2-391-47 | 2-391-67 | 2-391-87 | 2-391-107 | 2-391-127 | 4- 82- 16 |
| 2-391-48 | 2-391-68 | 2-391-88 | 2-391-108 | 2-391-128 | 4- 82- 31 |
| 2-391-49 | 2-391-69 | 2-391-89 | 2-391-109 | 2-391-129 | |
| 2-391-50 | 2-391-70 | 2-391-90 | 2-391-110 | 2-391-130 | |

ARCHIVO DE LA SECRETARÍA DEL CORREGIMIENTO

| | | | |
|---------|----------|---------|----------|
| 1-46-43 | 1-262-21 | 2-49-77 | 2-113-62 |
|---------|----------|---------|----------|

ENRIQUE PASTOR MATEOS.

AGRIMENSORES EN GENERAL Y AGRIMENSORES DE LA VILLA¹

1. Madrid, 23 de febrero de 1536.—Proceso contra Pedro del Prior, medidor de tierras de la Villa de Madrid, incoado en esa fecha, y en que se le acusa de haber medido con marco falso unas tierras en Amanuel. Pedro del Prior había sucedido en el cargo a Alonso Rebeco tres años antes. El otro medidor era Juan de Perales. El proceso está inconcluso. (A. S. A., 2-369-21.)
2. Getafe, 12 de diciembre de 1608.—Declaración ante escribano, hecha por Sebastián de Odón y Alonso Tobares, apreciadores del lugar de Getafe, de daños ocasionados en unas tierras del lugar de Vaciamadrid, llamadas las Zorreras. (A. S. A., 2-369-21.)
3. Madrid, 4 de noviembre de 1621.—Expediente para pago de sus emolumentos a Pedro Marcos, que había medido unas tierras en el Cuarto de Palacio. (A. S. A., 2-369-21.)
4. Madrid, 23 de enero de 1641.—Nombramiento de apreciador hecho por los labradores de la Villa de Madrid a favor de Francisco de Cavañas. (A. S. A., 2-369-21.)
5. Madrid, 166? S. a.—Juan López de Góngora solicita ser examinado como medidor de tierras por Andrés Verdugo, medidor, o cualquiera otra persona. (A. S. A., 2-369-21.)
6. Madrid, 1661.—Antonio Martínez solicita ser nombrado medidor de tierras de la Villa para el año 1662 y su jurisdicción. Había sido nombrado ya para los años 1659, 1660 y 1661. (A. S. A., 2-369-21.)
7. Vicálvaro, 24 de enero de 1665².—Alonso Pérez solicita que se le dé licencia de medidor de tierras, oficio que venía desempeñando desde dos años y medio antes. (A. S. A., 2-369-21.)
8. Madrid, 11 de octubre de 1666.—Testimonio del nombramiento de medidor de tierras hecho por el Ayuntamiento, con

¹ Véanse al final los números 67 a 251 (1783 a 1830), *Exámenes de agrimensores*.

² Fecha del testimonio.

fecha 8, a favor de Miguel de Pinedo, hasta el día de San Miguel siguiente. Este nombramiento fué prorrogado sucesivamente, como consta en oficio de 29 de septiembre de 1669, en que se pide el despacho de un nuevo nombramiento. (A. S. A., 2-369-21.)

9. Madrid, 26 de junio de 1669.—Pedro García de Sorriva solicita ser examinado como medidor de tierras. Aprobado por Antonio Martínez, medidor. (A. S. A., 2-369-21.)
10. Getafe, 1691.—Francisco Marcos de García solicita que se le nombre medidor de tierras, ya que llevaba tres años ausente Manuel Martínez Catalán, tiempo en el cual él había hecho sus veces. (A. S. A., 2-369-21.)
11. Madrid, 2 de mayo de 1691.—Jerónimo Muñoz solicita que se le nombre medidor de tierras, ya que llevaba tres años ausente Manuel Martínez. (A. S. A., 2-369-21.)
12. Vallecas, 11 de mayo de 1691.—Juan Dorado, hijo de José Dorado, que fué medidor de tierras, solicita que se le nombre por tal, ya que llevaba tres años ausente Manuel Martínez. (A. S. A., 2-369-21.)
13. Madrid, 7 de septiembre de 1696.—Juan García de Garcisánchez solicita ser examinado como medidor de tierras. (A. S. A., 2-369-21.)
14. Madrid, 13 de octubre de 1698.—Juan García de Garcisánchez solicita ser nombrado medidor de tierras en las vancantes producidas por Jerónimo Muñoz y Juan Dorado, que habían fijado su residencia en otros puntos. (A. S. A., 2-369-21.)
15. Madrid, 21 de junio de 1715.—Examen de Toribio Villoria, vecino de la villa de Gavia la Grande, de la vega de Granada, como medidor de tierras. Autorización para realizar el examen a favor de Juan Dorado, medidor, en 4 de abril. Minuta del título a 3 de julio. (A. S. A., 2-369-21.)
16. Madrid, 17 de octubre de 1732.—Mateo Sánchez Illajos solicita que se le nombre medidor de tierras por fallecimiento de los titulares. (A. S. A., 2-369-21.)
17. Fuenlabrada, 15 de febrero de 1734.—Tomás de Cuéllar solicita ser nombrado medidor de tierras de la Villa, ya que después del fallecimiento de Blas de Bargas y de Alonso Jumela (que había sustituido a Juan Dorado) sólo lo había sido Mateo López Illajos. Nombrado el 6 de abril. (A. S. A., 2-369-21.)
18. Madrid, 28 de abril de 1783.—El agrimensor de la Villa Julián Francisco García Gallego solicita ayuda de costa y per-

- miso para retirarse de su oficio, y propone para sustituirlo a Francisco Sastre. (A. S. A., 2-391-74.)
19. Madrid, 6 mayo de 1783.—Francisco Sastre solicita ser nombrado agrimensor de la Villa. (A. S. A., 2-391-74.)
 20. Madrid, 15 de junio de 1783.—Felipe García solicita ser nombrado agrimensor de la Villa. (A. S. A., 2-391-74.)
 21. Madrid, 23 de mayo de 1788.—Simón Judas Cañizares solicita ser nombrado agrimensor de la Villa por fallecimiento de Andrés Jiménez, que había sustituido por ausencia a Francisco Sastre. (A. S. A., 2-391-74.)
 22. Madrid, 13 de diciembre de 1789.—Expediente incoado por reclamación del agrimensor Simón Judas Cañizares sobre haberes, a la que se unen otras del mismo, y del también agrimensor Juan Ramón de las Heras, hasta el 12 de marzo de 1804. (A. S. A., 3-44-15.)
 23. Madrid, 12 de mayo de 1792.—Reclamación del agrimensor Simón Judas Cañizares sobre su pretendido derecho a intervenir en los exámenes de agrimensores. (A. S. A., 2-391-26.)
 24. Madrid, 15 de junio de 1796.—Certificación del acuerdo por el que se nombra a Juan Ramón de las Heras agrimensor suplente de la Villa. Copia. (A. S. A., 2-391-74.)
 25. Madrid, 23 de septiembre de 1801.—Solicitud de Simón Judas Cañizares para que se nombre a su hijo Juan Francisco Cañizares agrimensor suplente. (A. S. A., 2-391-74.)
 26. Madrid, 3 de marzo de 1802.—Reclamación del agrimensor Juan Ramón de las Heras para que se le dé preferencia sobre Juan Francisco Cañizares. (A. S. A., 2-391-74.)
 27. Madrid, 29 de marzo de 1802.—El agrimensor Simón Judas Cañizares solicita que se le paguen algunos trabajos realizados. (A. S. A., 2-391-73.)
 28. Madrid, 24 de octubre de 1803.—Solicitud del agrimensor Simón Judas Cañizares para que se le abonen haberes devengados. Otra de 7 de marzo de 1804. (A. S. A., 3-44-16.)
 29. Madrid, 9 de diciembre de 1813.—Solicitud de Francisco Izquierdo para que se le nombre agrimensor de la Villa, dado no haber más que uno. Otra de 25 de noviembre de 1814. Nombrado suplente en 2 de diciembre de 1814. (A. S. A., 2-391-110.)
 30. Madrid, 22 de diciembre de 1813.—Solicitud de Juan de Blas Molinero para ocupar el puesto de Simón Judas Cañizares, agrimensor, fallecido. (A. S. A., 2-391-110.)

31. Madrid, 7 de enero de 1814.—Solicitud de Angel Izquierdo para ocupar el puesto de Simón Judas Cañizares, agrimensor, fallecido. (A. S. A., 2-391-110.)
32. Madrid, 28 de junio de 1814.—Solicitud de Manuel Lozano para ocupar el puesto de Simón Judas Cañizares, agrimensor, fallecido. (A. S. A., 2-391-110.)
33. Madrid, 30 de junio de 1814.—Oficio de remisión de la solicitud de Manuel Lozano para la plaza de agrimensor vacante por fallecimiento de Simón Judas Cañizares. (A. S. C., 1-262-21.)
34. Madrid, 13 de julio de 1814.—Solicitud de Juan Francisco Cañizares para ocupar el puesto de Simón Judas Cañizares, agrimensor, fallecido. Nombrado en 2 de diciembre. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-391-110.)
35. Madrid, 19 de enero de 1815.—Solicitud de María Aniceta Díaz, viuda de Juan Ramón de las Heras, agrimensor de la Villa, para que se le tase y pague un plano hecho por su marido de la dehesa de Valdelomasa. Expediente concluso en 14 de abril de 1815. (A. S. A., 2-391-112.)
36. Madrid, 22 de mayo de 1815.—Solicitud de Angel Izquierdo para ocupar el puesto de agrimensor de la Villa por estar enfermo Francisco Izquierdo, que lo era. (A. S. A., 3-465-44.)
37. Madrid, 10 de julio de 1818.—Lista de aspirantes a la plaza de agrimensor vacante por fallecimiento de Juan Francisco Cañizares: Francisco Izquierdo, Benito José de Fraga, Manuel Alvarez de Sorribas y José Gómez. (A. S. C., 1-46-43.)
38. Madrid, 10 de mayo de 1819.—Solicitud de Isidoro de Ayala para sustituir en su enfermedad a Francisco Izquierdo, agrimensor de la Villa, o ser nombrado segundo. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 3-465-44.)
39. Madrid, 25 de mayo de 1819.—Solicitud de Benito José de Fraga para ocupar el puesto de Francisco Izquierdo, agrimensor primero, ya que él lo era segundo. (A. S. A., 3-465-44.)
40. Madrid, 27 de mayo de 1819.—Solicitud de Isidoro de Ayala para ocupar el puesto de Francisco Izquierdo, agrimensor, fallecido el día 23. (A. S. A., 3-465-44.)
41. Madrid, 30 de mayo de 1819.—Solicitud de José Gómez para ocupar el puesto de Francisco Izquierdo, agrimensor, fallecido. Con una certificación de sus servicios en la guerra de 1808. (A. S. A., 3-465-44.)
42. Madrid, 5 de junio de 1819.—Solicitud de Blas Olivares de Bargas para ocupar el puesto de Francisco Izquierdo, agrimensor, fallecido. (A. S. A., 3-465-44.)

43. Madrid, 10 de julio de 1819.—Oficio comunicando al Ayuntamiento el fallecimiento del agrimensor Francisco Izquierdo, y remitiendo los memoriales presentados. Sigue el expediente. (A. S. A., 3-465-44.)
44. Madrid, 24 de junio de 1820.—Solicitud renovada de José Gómez solicitando el puesto de Francisco Izquierdo, agrimensor, fallecido. Certificación de estudios. (A. S. A., 3-465-44.)
45. Madrid, 9 de septiembre de 1823.—Solicitud de Manuel Martín Delgado para ocupar una plaza de agrimensor. Nombrado en 12 de marzo de 1825. (A. S. A., 3-465-44.)
46. Madrid, 20 de febrero de 1827.—Solicitud de Pedro de Amoedo para ocupar una de las plazas de agrimensor, a la sazón vacante. (A. S. A., 3-465-44.)
47. Madrid, 28 de noviembre de 1827.—Solicitud del agrimensor Manuel Martín Delgado para que sea preferido a Benito José Fraga por razones políticas. (A. S. A., 3-465-44.)
48. Madrid, 8 de octubre de 1829.—Solicitud de José Lorenzo Gómez para ocupar una plaza de agrimensor, vacante por fallecimiento de Benito José de Fraga. Nombrado en 16 de febrero de 1830. Certificado de estudios. (A. S. A., 3-465-44.)
49. Madrid, 25 de octubre de 1829.—Solicitud de Juan Picot para el puesto de agrimensor vacante por fallecimiento. (A. S. A., 3-465-44.)
50. Madrid, 9 de noviembre de 1829.—Solicitud de Pedro Quintín de Fraga para ocupar el puesto de su hermano Benito José de Fraga, agrimensor, fallecido. (A. S. A., 3-465-44.)
51. Madrid, 13 de noviembre de 1829.—Solicitud de Miguel García para ocupar un puesto de agrimensor con motivo de vacante. (A. S. A., 3-465-44.)
52. Madrid, 13 de noviembre de 1829.—Solicitud de Pedro Amoedo para ocupar el puesto de agrimensor vacante por fallecimiento. (A. S. A., 3-465-44.)
53. Madrid, 16 de noviembre de 1829.—Solicitud de Ramón García Villanveva para ocupar el puesto de agrimensor vacante por fallecimiento. (A. S. A., 3-465-44.)
54. Madrid, 14 de febrero de 1833.—Informe sobre preeminencias de agrimensores. Mandamiento del Consejo y solicitud de José Sanjurjo, agrimensor en el reino de Galicia. (A. S. A., 2-391-135.)
55. Madrid, 22 de julio de 1883.—Andrés Ortiz de Zárate solicita ser nombrado agrimensor de la Villa. Títulos y certificados en copia. (A. S. A., 2-391-136.)

56. Madrid, 2 de marzo de 1837.—Solicitud de Simeón Abalos para que se le nombre agrimensor de la Villa por vacante producida por exoneración del titular. Nombrado en 15 de marzo. (A. S. A., 1-216-16.)
57. Madrid, 14 de julio de 1837.—Reclamación de José Gómez, agrimensor de la Villa. El expediente se resolvió nombrándole primer agrimensor en la vacante de Manuel Martín Delgado, y confirmando a Simeón Abalos como segundo en 9 de junio de 1838. (A. S. A., 1-216-16.)
58. Madrid, 26 de noviembre de 1838.—Oficio del gobernador político de la provincia comunicando al Ayuntamiento la real orden circular del Ministerio de la Gobernación en que se fijaba en 360 reales la cantidad que en concepto de derechos de examen y expedición habían de pagar los que desearan obtener el título de agrimensor. (A. S. A., 3-455-57.)
59. Madrid, 7 de mayo de 1844.—Solicitud de Nemesio Pingarrón para que se le nombre agrimensor de la Villa. (A. S. A., 4-32-10.)
60. Madrid, 27 de junio de 1844.—Solicitud de Nemesio Pingarrón para que se le nombre agrimensor de la Villa. Nombrado en 12 de julio. (A. S. A., 4-30-15.)
61. Madrid, 25 de marzo de 1845.—Solicitud de Luis Riega para que se le nombre agrimensor de la Villa. Nombrado en 22 de abril. (A. S. A., 4-32-24.)
62. Chinchón, 13 de enero de 1848.—Oficio del perito agrónomo del primer distrito pidiendo datos sobre propiedades. El oficio no fué contestado por suponer que carecía de atribuciones para dirigirse a S. E. (A. S. A., 4-57-22.)
63. Madrid, 30 de marzo de 1848.—Solicitud de Mariano Matallana para que se le nombre agrimensor de la Villa. (A. S. A., 4-82-16.)
64. Madrid, 17 de abril de 1848.—Solicitud de José Gómez, primer agrimensor de la Villa, para que se nombre en su puesto a su hijo Félix María. Nombrado en 24 de abril. (A. S. C., 2-49-77.)
65. Madrid, 10 de mayo de 1849.—Solicitud de Pedro Martínez Luna para que se le nombre agrimensor de la Villa. Nombrado en 17 de julio. (A. S. A., 4-82-31.)
66. Madrid, 4 de junio de 1849.—Oficio sobre la solicitud presentada por Pedro Martínez Luna para que se le nombre agrimensor de la Villa. (A. S. C., 2-113-62.)

EXAMENES DE AGRIMENSORES

67 a 251. (1783 a 1830)¹.—Ciento ochenta y cinco diligencias de examen de agrimensores del reino. Exámenes realizados por los arquitectos mayores de Madrid o sus tenientes: Ventura Rodríguez (1), Mateo Guill (1), Juan de Villanueva (87), Antonio Aguado (8), Antonio López Aguado (87) y Juan Antonio Cuerdo (1). A continuación van por orden alfabético de apellidos, nombre y naturaleza o vecindad de los examinados, fecha del acuerdo municipal ratificando el examen y signatura:

67. AGRELO, José, natural y vecino de la villa de Ontígola. 3 de junio de 1806. (A. S. A., 2-391-87.)
68. AGUIRRE, Pedro José de, vecino de la villa de Haro. 24 de mayo de 1804. (A. S. A., 2-391-77.)
69. AIS Y SÁNCHEZ, José Antonio, vecino de la ciudad de Ecija. 23 de septiembre de 1790. (A. S. A., 2-391-17.)
70. ALARCÓN, Sebastián, vecino de la villa de Minaya. 14 de marzo de 1815. (A. S. A., 2-391-116.)
71. ALBAREZ DE SORRIBAS, Manuel, natural y vecino de esta Corte. 16 de septiembre de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
72. ALBÍN, Miguel, natural y vecino de la ciudad de Sevilla. 10 de octubre de 1806. (A. S. A., 2-391-88.)
73. ALVAREZ, José, natural de Chinchón. 10 de febrero de 1824. (A. S. A., 2-391-117.)
74. ALVAREZ TEJERINA, Manuel, vecino de esta Corte. 4 de enero de 1828. (A. S. A., 2-391-122.)
75. AMOEDO, Pedro, vecino de esta Corte. 28 de noviembre de 1826. (A. S. A., 2-391-117.)
76. ANDUISA, Manuel, natural del lugar de Nachitúa, señorío de Vizcaya. 28 de febrero de 1799. (A. S. A., 2-391-56.)
77. ANDÚJAR FERNÁNDEZ, Pedro, vecino de la ciudad de Almería. 19 de diciembre de 1806. (A. S. A., 2-391-92.)
78. ANTÓN, León, natural de la ciudad de Burgos. 26 de junio de 1792. (A. S. A., 2-391-25.)

¹ Véanse también los números 5, 7, 9, 13 y 15, referentes a exámenes de agrimensores anteriores a estas fechas. Véase además el número 58.

79. APARICIO DEL TORNO, Francisco, natural de la parroquia de Vi-diago, del Concejo de Llanes. 22 de agosto de 1799. (Archi-vo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-391-60.)
80. ARES DE PARGA, Melchor, vecino y natural de la ciudad de Betanzos. 11 de noviembre de 1829. (A. S. A., 2-391-127.)
81. ARIAS, Antonio, vecino de esta Corte. 17 de septiembre de 1797. (A. S. A., 2-391-50.)
82. ARNÁIZ, Manuel, vecino de la ciudad de Logroño. 1 de julio de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
83. ARREGUI, Agustín Vicente, natural de la villa de Cestona. 29 de julio de 1799. (A. S. A., 2-391-58.)
84. ARRIZUBIALDE, Hipólito, natural del lugar de Arrazola. 3 de diciembre de 1805. (A. S. A., 2-391-94.)
85. ARRONDO, José Ramón de, natural de la villa de Tolosa. 20 de mayo de 1808. (A. S. A., 2-391-105.)
86. AZQUIBEL, José de, natural de la villa de Azcoitia. 17 de sep-tiembre de 1801. (A. S. A., 2-391-66.)
87. BARRENECHEA, Mateo de, vecino de Durango. 19 de febrero de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
88. BASURTE, Atilano. 14 de diciembre de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
89. BÁZQUEZ, Fernando, vecino de esta Corte. 20 de junio de 1799. (A. S. A., 2-391-59.)
90. BECERRÁ, José, natural de la feligresía de San Martín de Les-tón. 31 de enero de 1799. (A. S. A., 2-391-61.)
91. BENITO, Custodio, vecino de la ciudad de Guadalajara. 22 de mayo de 1792. (A. S. A., 2-391-23.)
92. BENITO, Roque, natural de la villa de Villalumbrales. 17 de sep-tiembre de 1818. (A. S. A., 2-391-115.)
93. BELTRÁN, Antonio, vecino del lugar de Villaverde de Madrid. 16 de septiembre de 1814. (A. S. A., 2-391-109.)
94. BERGANZA, Joaquín Antonio de, natural del lugar de Larrimbe, tierra de Ayala. 28 de julio de 1823. (A. S. A., 2-391-115.)
95. BERNARDO, Juan, natural de la villa de Matadeón de los Oteros. 26 de junio de 1795. (A. S. A., 2-391-43.)
96. BERRAONDO, José Ignacio de, natural de la villa de Elgueta. 14 de julio de 1826. (A. S. A., 2-391-117.)
97. BLANCO, Juan María, natural y vecino de la villa de Huete. 16 de junio de 1807. (A. S. A., 2-391-98.)
98. BLAS Y MOLINERO, Juan de, natural de Burgo de Osma. 25 de octubre de 1805. (A. S. A., 2-391-80.)
99. BOLARÍN, Francisco, vecino de la ciudad de Murcia. 3 de junio de 1794. (A. S. A., 2-391-33.)

100. BUSTILLO PACHECO, Antonio, natural de Prases, en el Real Valle de Toranzo. 2 de septiembre de 1829. (A. S. A., 2-391-130.)
101. BUSTOS, Francisco Javier de, natural y vecino de pueblo de Fontey, en la jurisdicción de Valdeorras. 2 de marzo de 1827. (A. S. A., 2-391-117.)
102. CACHAVERA, Antonio Juan, natural de Santander, vecino de Yurre. 1 de marzo de 1828. (A. S. A., 2-391-126.)
103. CALVO, Francisco, natural de la villa de Cabra. 19 de noviembre de 1818. (A. S. A., 2-391-115.)
104. CANALES ROMATE, Francisco, natural de las montañas de Santander. 15 de julio de 1802. (A. S. A., 2-391-76.)
105. CAÑETE, Manuel, natural de la villa de Cabra. 13 de mayo de 1794. (A. S. A., 2-391-32.)
106. CAÑIZARES, Juan Bautista, natural de la villa de Aspe. 12 de agosto de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
107. CAREAGA, Ignacio Antonio, natural de la villa de Bilbao. 21 de octubre de 1802. (A. S. A., 2-391-67.)
108. CASTAÑO Y SANSANO, Luis, natural y vecino de la villa de Elche. 1 de mayo de 1818. (A. S. A., 2-391-115.)
109. CAVALLERO, Manuel, natural de la villa de Cabra. 5 de octubre de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
110. CAVALLERO, Mateo, vecino de la villa de Tarazona (Cuenca). 1 de abril de 1799. (A. S. A., 2-391-57.)
111. CONDE, José, vecino del lugar de Argomilla, valle de Cayón. 23 de febrero de 1792. (A. S. A., 2-391-27.)
112. CORDERO, José, natural de Moguer. 4 de septiembre de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
113. CORRAL, Severo, vecino de Santo Domingo de la Calzada. 3 de junio de 1806. (A. S. A., 2-391-86.)
114. COSMES, Antonio, vecino del lugar de Macotera (Salamanca). 20 de mayo de 1802. (A. S. A., 2-391-70.)
115. COTANDA, Isidro, vecino del Real Sitio de Aranjuez. 22 de octubre de 1816. (A. S. A., 2-391-116.)
116. CRESPO, Alfonso, natural de la ciudad de Toledo. 7 de noviembre de 1806. (A. S. A., 2-391-91.)
117. CHURDARGUI, Juan Andrés de, vecino de la villa de Berástegui. 9 de marzo de 1804. (A. S. A., 2-391-79.)
118. DÍAZ XIMÉNEZ, Matías. 14 de febrero de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
119. DONAYRE, Mariano, vecino de esta Corte. 11 de abril de 1828. (A. S. A., 2-391-125.)
120. DURANGO, Máximo, vecino de la villa de Madrیدهjos. 19 de diciembre de 1828. (A. S. A., 2-391-124.)

121. ECHABARRÍA, Juan Tomás de, domiciliado en la ciudad de Vitoria. 20 de junio de 1825. (A. S. A., 2-391-117.)
122. ECUÍA, Manuel de, natural del lugar de Luyando. 3 de octubre de 1798. (A. S. A., 2-391-52.)
123. EGUILOR, Juan Antonio, natural del lugar de Luyando. 10 de septiembre de 1798. (A. S. A., 2-391-53.)
124. ESTEBAN, Gregorio, natural de Santiuste de Coca. 2 de junio de 1818. (A. S. A., 2-391-115.)
125. FAZ, Juan, vecino de la ciudad de Murcia. 13 de enero de 1789. (A. S. A., 2-391-12.)
126. FELIPE, Manuel, vecino de la ciudad de Rfóseco. 8 de julio de 1828. (A. S. A., 2-391-123.)
127. FERNÁNDEZ, Blas, residente en esta Corte. 15 de febrero de 1797. (A. S. A., 2-391-48.)
128. FERNÁNDEZ, José, vecino y natural de la parroquia y jurisdicción de Santa María de San Clodio. 14 de diciembre de 1804. (A. S. A., 2-391-78.)
129. FERNÁNDEZ DE LOS RfOS, Cipriano, natural de la villa de Reinos. 22 de noviembre de 1798. (A. S. A., 2-391-55.)
130. FERNÁNDEZ DE UBAGO, Felipe, vecino de la ciudad de Logroño. 4 de junio de 1789. (A. S. A., 2-391-15.)
131. FRAGA, Benito José de, natural y vecino de Madrid. 28 de marzo de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
132. FRAGA, Pedro Quintín de, natural y vecino de esta Corte. 29 de abril de 1826. (A. S. A., 2-391-117.)
133. FRANCH, Francisco, vecino de la ciudad de Barcelona. 22 de noviembre de 1808¹. (A. S. A., 2-391-108.)
134. FREXO, Francisco, vecino de esta Corte. 3 de junio de 1827. (A. S. A., 2-391-117.)
135. GANDARIAS, Antonio de, natural de Mendata. 8 de mayo de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
136. GARAY, Francisco, vecino de la villa de Noblejas. 6 de julio de 1827. (A. S. A., 2-391-117.)
137. GARAY, Isidro, vecino del valle de Aramayona. 10 de febrero de 1824. (A. S. A., 2-391-117.)
138. GARCÍA, Antonio, natural de la feligresía de Santa María Magdalena de Fedofeyta. 19 de julio de 1805. (A. S. A., 2-391-81.)
139. GARCÍA, José, natural de la villa de Osuna. 6 de julio de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
140. GARCÍA, Miguel. 23 de febrero de 1828. (A. S. A., 2-391-121.)

¹ Fecha del examen. Falta la confirmación del Ayuntamiento.

141. GARCÍA, Plácido, vecino de la villa de Talavera de la Reina. 10 de agosto de 1827. (A. S. A., 2-391-117.)
142. GARCÍA DE ARCE, Juan, vecino del lugar de Selaya de Carriedo. 14 de octubre de 1806. (A. S. A., 2-391-93.)
143. GARCÍA Y AZPIDE, José María. 29 de noviembre de 1802. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-391-68.)
144. GARCÍA CASARRUBIOS, Rafael, vecino de la villa de Campo de Criptana. 19 de junio de 1795. (A. S. A., 2-391-42.)
145. GARCÍA DE DÍAZ, Juan, natural y vecino de la villa de Jumilla. 20 de julio de 1796. (A. S. A., 2-391-44.)
146. GARCÍA DE LA HUERTA, Rafael, vecino de Carriedo. 18 de julio de 1829. (A. S. A., 2-391-132.)
147. GARCÍA ROJO, José, natural de la villa de Fuensalida. 7 de febrero de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
148. GARCÍA DE LA TORRE, Jacinto. 4 de marzo de 1807¹. (A. S. A., 2-391-96.)
149. GARCÍA VILLANUEVA, Ramón. 18 de noviembre de 1829. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-391-129.)
150. GARMENDÍA, Juan Ignacio de, natural de la villa de Orendáin. 7 de febrero de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
151. GARZÓN, Luis, vecino de Villademor de la Vega, partido de León. 19 de junio de 1816. (A. S. A., 2-391-116.)
152. GEA, Santos, vecino de la villa de Cieza. 14 de diciembre de 1790. (A. S. A., 2-391-19.)
153. GODOY, Juan, natural de la villa de Inajar, reino de Córdoba. 2 de junio de 1795. (A. S. A., 2-391-40.)
154. GÓMEZ, Diego, vecino de la villa de Ontur. 12 de julio de 1797. (A. S. A., 2-391-49.)
155. GÓMEZ, Francisco, vecino de la villa de Arévalo. 5 de mayo de 1815. (A. S. A., 2-391-106.)
156. GÓMEZ, Ramón, natural del lugar de Guemes, merindad de Trasmiera. 5 de octubre de 1796. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-391-46.)
157. GÓMEZ Y JIMÉNEZ, Francisco, natural de la villa de Colmenar, en la provincia de Málaga; vecino de la de Baena. 24 de octubre de 1826. (A. S. A., 2-391-117.)
158. GÓMEZ DEL PULGAR, Manuel, natural de la villa de Daimiel. 11 de abril de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
159. GONZÁLEZ DE APODACA, Celedonio, vecino de la villa de Salinas. 2 de junio de 1795. (A. S. A., 2-391-39.)

¹ Fecha del examen. Falta la confirmación del Ayuntamiento.

160. GONZÁLEZ DE LA CUESTA, Juan, vecino de la villa de Colmenar de Oreja. 18 de noviembre de 1802. (A. S. A., 2-391-71.)
161. GONZÁLEZ PACHECO, Francisco, vecino de la ciudad de Toledo. 26 de septiembre de 1806. (A. S. A., 2-391-85.)
162. GOYA, Martín de, vecino y natural de la villa de Gaviria. 14 de abril de 1798. (A. S. A., 2-391-51.)
163. GUTIÉRREZ CASADO, Juan, vecino de la villa de Tordesillas. 16 de septiembre de 1790. (A. S. A., 2-391-16.)
164. HERAS, Juan Ramón de las, vecino de esta Corte. 1 de octubre de 1789. (A. S. A., 2-391-14.)
165. HIJÓN, Juan, vecino de la ciudad de Logroño. 14 de octubre de 1802. (A. S. A., 2-391-75.)
166. IBÁÑEZ, Manuel, vecino de esta Corte. 23 de septiembre de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
167. ISLA GÓMEZ, Francisco de, vecino de esta Corte. 20 de noviembre de 1805. (A. S. A., 2-391-84.)
168. IZQUIERDO, Angel, natural de Añover del Tajo. 17 de julio de 1795. (A. S. A., 2-391-41.)
169. JAÉN, Antonio. 31 de mayo de 1808. (A. S. A., 2-391-102.)
170. LATIEGUI, Martín José, natural de la villa de Isasondo. 2 de julio de 1793. (A. S. A., 2-391-29.)
171. LÓPEZ, José María, vecino de la villa de Antol. 20 de diciembre de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
172. LÓPEZ, Julián Antonio, vecino de la ciudad de Toledo. 17 de diciembre de 1805. (A. S. A., 2-391-90.)
173. LÓPEZ, Manuel, vecino de la villa de Ajalbir. 13 de mayo de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
174. LORENZO GÓMEZ, José, natural de Aldeanueva del Codonal. 3 de junio de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
175. MARCOS CANTERO, Juan de, vecino de la villa de Linares. 16 de diciembre de 1783. (A. S. A., 2-391-10.)
176. MARTÍN, José, natural y vecino del lugar de Cedillo. 17 de mayo de 1827. (A. S. A., 2-391-117.)
177. MARTÍN AGUADO, Baldomero, vecino de Cerindote, en la provincia de Toledo. 19 de febrero de 1825. (A. S. A., 2-391-117.)
178. MARTÍN DE ALMAGRO, José, vecino de la villa de Daimiel. 19 de noviembre de 1816. (A. S. A., 2-391-116.)
179. MARTÍN BLANCO, Gaspar, natural de la villa de Trigueros. 16 de octubre de 1807. (A. S. A., 2-391-100.)
180. MARTÍN DELGADO, Manuel, vecino de esta Corte. 23 de septiembre de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)

181. MARTÍN MALDONADO, Gabriel. 26 de noviembre de 1816. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-391-116.)
182. MARTÍN MARINO, Mariano, natural de Argete. 12 de septiembre de 1827. (A. S. A., 2-391-118.)
183. MARTÍNEZ, Juan, vecino de la villa de Chinchón. 3 de febrero de 1815. (A. S. A., 2-391-114.)
184. MARTÍNEZ, Manuel Félix, vecino de la ciudad de Ecija. 11 de agosto de 1789. (A. S. A., 2-391-13.)
185. MARTÍNEZ, Pablo, vecino de la ciudad de Ecija. 20 de octubre de 1789. (A. S. A., 2-391-18.)
186. MARTÍNEZ DEL BARRANCO, Agapito, vecino de la villa de Noya. 7 de mayo de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
187. MAS Y CALATAYUD, Cayetano, natural de la villa de Crevillente. 1 de julio de 1830¹. (A. S. A., 2-391-134.)
188. MEAZA, Domingo de. 8 de junio de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
189. MEIXIDE, Ramón, natural de San Juan de Lubre. 14 de noviembre de 1816. (A. S. A., 2-391-116.)
190. MENCHACA, Ramón de, natural del lugar de Oquendo. 22 de junio de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
191. MENDIZÁBAL, José María, natural de la villa de Lorrio. 12 de agosto de 1825. (A. S. A., 2-391-117.)
192. MERCADO, Francisco, vecino de la villa de Tembleque. 27 de mayo de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
193. MIGALLÓN, José, natural de la villa de Manzanares. 28 de julio de 1823. (A. S. A., 2-391-115.)
194. MILLÁN, Pedro, natural de la villa de Hellín. 24 de septiembre de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
195. MORENO, Gervasio Protasio, vecino del lugar de Fuenlabrada. 14 de octubre de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
196. MUELA, Pedro de, vecino del valle de Castaneda. 24 de abril de 1794. (A. S. A., 2-391-31.)
197. MUÑOZ RODRÍGUEZ, José, vecino de la ciudad de Purchena. 8 de febrero de 1820. (A. S. A., 2-391-115.)
198. MUYNELLO, Froylán. 15 de julio de 1808². (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-391-107.)
199. NAVA, Domingo, natural de la villa del Carpio. 11 de marzo de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
200. NAVARRO, Pedro Antonio, vecino de esta Corte. 11 de octubre de 1791. (A. S. A., 2-391-22.)

¹ Sólo minuta. Los originales, remitidos al Consejo.

² Fecha del examen. Falta la confirmación del Ayuntamiento.

201. OCHOA DE BAQUEDANO, Pedro Nolasco. 9 de junio de 1807. (A. S. A., 2-391-97.)
202. OLIVER Y PASCUAL, Melchor, natural de la ciudad de Palma. 24 de marzo de 1795. (A. S. A., 2-391-37.)
203. ONIEVA, Antonio de, vecino de la ciudad de Lucena. 27 de enero de 1794. (A. S. A., 2-391-34.)
204. ORIZAR, Pablo Gregorio de, natural de la villa de Durango. 30 de septiembre de 1802. (A. S. A., 2-391-72.)
205. ORTIZ DE ZÁRATE, Manuel, vecino de la ciudad de Alicante. 9 de julio de 1800. (A. S. A., 2-391-62.)
206. PACHECO, Juan Diego, natural y vecino de la ciudad de Badajoz. 19 de febrero de 1795. (A. S. A., 2-391-36.)
207. PALAREA, Mariano, vecino de la ciudad de Murcia. 26 de abril de 1808. (A. S. A., 2-391-101.)
208. PAREDES, Domingo, vecino de esta Corte. 14 de noviembre de 1828. (A. S. A., 2-391-120.)
209. PÉREZ, Manuel, natural de la ciudad de Ecija. 15 de febrero de 1805. (A. S. A., 2-391-83.)
210. PÉREZ, Ramón, vecino del lugar de Villanañe (Alava). 27 de mayo de 1808. (A. S. A., 2-391-104.)
211. PÉREZ DE LA REGUERA, Francisco, natural de la parroquia de San Miguel de Canero, del Concejo de Valdés. (A. S. A., 2-391-63.)
212. PÉREZ VIVA, Juan, natural y vecino de la ciudad de Ubeda. 20 de julio de 1825. (A. S. A., 2-391-117.)
213. PICOT, Juan, natural y vecino de esta Villa. 14 de noviembre de 1826. (A. S. A., 2-391-117.)
214. PILA Y CHAVARRIA, Antonio de la, vecino del lugar de Argonilla, valle de Cayón. 29 de octubre de 1807¹. (A. S. A., 2-391-99.)
215. PLATERO, Alejandro, vecino de Villatobas. 13 de noviembre de 1788. (A. S. A., 2-391-11.)
216. POZO, Nicasio de, vecino de esta Corte. 20 de julio de 1829. (A. S. A., 2-391-133.)
217. QUEVEDO, Vicente. 12 de diciembre de 1815. (A. S. A., 2-391-116.)
218. RAMOS, Tomás, natural de Santa María de Cortejada. 24 de septiembre de 1805. (A. S. A., 2-391-82.)
219. RILÓ, José, natural de Santa María de Cuiña. 2 de febrero de 1794. (A. S. A., 2-391-30.)

¹ Fecha del examen. Falta la confirmación del Ayuntamiento.

220. RODRÍGUEZ, Sebastián, maestro agrimensor por la ciudad de Jerez de la Frontera. 28 de mayo de 1793. (A. S. A., 2-391-20.)
221. RODRÍGUEZ CALDERÓN, José, vecino de la villa de Carmena. 12 de septiembre de 1793. (A. S. A., 2-391-28.)
222. RODRÍGUEZ TORIBIO, Santiago, vecino de la villa de Villacañas. 2 de septiembre de 1814. (A. S. A., 2-391-111.)
223. RUIZ, Antonio, vecino de esta Villa. 23 de diciembre de 1802. (A. S. A., 2-391-69.)
224. SÁIZ, Mateo Antonio, natural de la villa de Campillo de Alto-buey. 27 de enero de 1795. (A. S. A., 2-391-35.)
225. SALVIEJO, Manuel, vecino del lugar de Tarrueza, jurisdicción de la villa de Laredo. 3 de julio de 1792. (A. S. A., 2-391-24.)
226. SÁNCHEZ, Vicente Antonio, natural de la feligresía de Santa María de Celas, y vecino de esta Corte. 5 de agosto de 1829. (A. S. A., 2-391-131.)
227. SÁNCHEZ IZQUIERDO, Saturnino, vecino del lugar de Calera, jurisdicción de la villa de Talavera. 26 de enero de 1801. (A. S. A., 2-391-65.)
228. SÁNCHEZ TURRERO, Francisco, natural y vecino de la villa de Huerta de Valdecarábanos. 2 de diciembre de 1817. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-391-115.)
229. SANTOS Y CALVO, Fernando, natural de la ciudad de Valladolid. 2 de marzo de 1828. (A. S. A., 2-391-119.)
230. SEGURA, Manuel, vecino de la ciudad de Baeza. 15 de enero de 1828. (A. S. A., 2-391-122.)
231. SERRANO, Bernardo, natural de la villa de Chincón. 13 de febrero de 1824. (A. S. A., 2-391-117.)
232. SERRANO, José, natural de la ciudad de Málaga. 22 de marzo de 1816. (A. S. A., 2-391-116.)
233. SERRANO, Juan Marcos, natural de la villa de Motilla del Palancar. 8 de febrero de 1797. (A. S. A., 2-391-47.)
234. SOLIGUER, Pedro Mártir, vecino de la villa de Llivia. 7 de diciembre de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
235. SOTO, Juan Antonio de, natural de Bioño, montañas de Santander. 6 de junio de 1815. (A. S. A., 2-391-113.)
236. TABERNERO, Eulogio José, vecino de la ciudad de Guadalajara. 3 de diciembre de 1793. (A. S. A., 2-391-21.)
237. TALBO, Francisco, vecino de la ciudad de Soria. 1 de abril de 1796. (A. S. A., 2-391-45.)
238. TEJADA, Antonio, vecino de esta Corte. 9 de abril de 1825. (A. S. A., 2-391-117.)

239. UBEDA, Joaquín, vecino de Calasparra. 11 de abril de 1806. (A. S. A., 2-391-95.)
240. UGALDE E ITURRIBARRÍA, Francisco Ambrosio de, natural de Llantero. 19 de diciembre de 1829. (A. S. A., 2-391-128.)
241. URANGA, Juan Bautista de, natural de la villa de Legorreta. 20 de mayo de 1808. (A. S. A., 2-391-103.)
242. VALAUZARÁN, José Antonio de, natural y vecino de la villa de Andoáin. 22 de octubre de 1801. (A. S. A., 2-391-64.)
243. VERA, Joaquín de, vecino de la ciudad de Ubeda. 11 de febrero de 1806. (A. S. A., 2-391-89.)
244. VICO, Manuel, natural de esta Corte. 20 de julio de 1825. (A. S. A., 2-391-117.)
245. XIMÉNEZ, Juan, natural de la villa de Osuna. 6 de julio de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)
246. XIMÉNEZ NIEBES, Juan, vecino del lugar de Macotera, jurisdicción de Alba de Tormes. 20 de junio de 1798. (A. S. A., 2-391-54.)
247. ZABALÓ, Miguel Ignacio, 10 de julio de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
248. ZACARES, Francisco, vecino de la ciudad de Lorca. 7 de mayo de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
249. ZARAGOZA, Isídoro de, vecino del Real Sitio de Aranjuez. 7 de octubre de 1817. (A. S. A., 2-391-115.)
250. ZORRILLA, Pedro de la Concepción, vecino de la villa de Almendralejo. 24 de marzo de 1794. (A. S. A., 2-391-38.)
251. ZUMALABE, José Ramón de, natural de la villa de Vergara. 19 de agosto de 1819. (A. S. A., 2-391-115.)

EXTRACTO DE LOS «LIBROS DE ACUERDOS» DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID A PARTIR DEL AÑO 1601

II

RESUMEN DE LOS ACUERDOS CORRESPONDIENTES A LAS SESIONES
DEL 2 DE MARZO AL 30 DE JULIO DE 1601¹

Fol. 139 v.

26.—1601, marzo, 2.

Asisten el Corregidor Bracamonte y los regidores Herrera, Mendoza, Prado, Oviedo, Pedro Fernández, Luis de Valdés y Jerónimo de Barrionuevo. Entran retrasados Urbina, León, Navarrete, Diego de Barrionuevo, Íñigo de Cárdenas, Chaves y el licenciado Valdés. Martín Navarro se presenta por sexmero del sexmo de Aravaca.

Se acuerda que los comisarios de la Peste comuniquen a don Juan del Valle de Villena que el Municipio dispone de muy poco dinero para «la guarda de la peste»; que la Villa guardará a sus vecinos en caso necesario, suprimiendo los grandes gastos que al presente se hacen y que no pueden mantenerse por haberse suprimido, con el traslado de la Corte, las sisas que a ello se aplicaban.

Juan Díaz de Ceballos, Pedro de Santiago y Juan de Cueva son admitidos para veedores y examinadores del oficio de pasamaneros.

Se acuerda librar cien reales para gastos de pleitos al procurador general Luis de Avellaneda.

¹ *Libros de Acuerdos* del Ayuntamiento de Madrid, volumen XXV, que comprende las sesiones de 1599 a 1607.

Fol. 139 v.

27.—1601, marzo, 5.

Se reúnen Bracamonte y los señores Enríquez, Urbina, Barrera, Mendoza, León, Prado, Martínez, Jerónimo de Barrionuevo, Oviedo, Luis de Valdés, Sardaneta y Vallejo. Entran tarde Herrera, Matute, Pedro Fernández y Cárdenas.

Se acuerda pagar 500 reales al alguacil Jerónimo Ramírez por la ejecución que hizo, librados de los gastos del recibimiento de la reina, de donde emanó la deuda.

Se nombra a Diego de Urbina para estudiar y diligenciar las peticiones presentadas por Gregorio de Paz referentes a que «se abra el remate de su rregimiento».

Examinada la escritura otorgada por el doctor Vellerino sobre acuñación de moneda de vellón, se acuerda convocar al Ayuntamiento para tratar este asunto, y se nombran comisarios de él a Diego de Chaves y al contador Sardaneta.

Se nombra obrero de la Villa a Jerónimo de Morales, con el salario ordinario, entregándole con inventario las existencias que hay en la Obrería, por haber vacado este oficio a la muerte de Pedro de la Puente.

Se acuerda celebrar los Ayuntamientos los martes y sábados de cada semana.

Que a Grajal y Miguel Sánchez se les paguen 50.000 maravedís a cada uno y 25.000 librados de la sisa de la carne, *gastados en las obras por la tasación de la Panadería*.

Que se libre a D. Juan de Sosa lo que se le debe de su salario hasta fin de diciembre de 1600; y que al licenciado Méndez de Ocampo, procurador general de la Villa, se le libren 24.000 maravedís por él pagados al doctor Matute por los negocios y pleitos de Madrid.

Fol. 140.

28.—1601, marzo, 10.

Se celebra reunión del Ayuntamiento, presidida por el Corregidor Mosén Rubí de Bracamonte Dávila, con asistencia de los regidores Herrera, Enríquez, Urbina, Jerónimo de Barrionuevo, Oviedo, licenciado Valdés, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Alarcón y Vallejo. Entran retrasados Diego de Barrionuevo, Sardaneta y Prado.

Se recibe por vecino de Madrid al señor marqués de la Viña, considerando que su esposa es vecina y originaria de la Villa, dando él las fianzas de costumbre.

Se acuerda despedir de las carnicerías y mataderos a las personas que no sean necesarias.

Que se vendan los bueyes sobrantes de los adquiridos para el abastecimiento de las carnicerías.

Diego de Urbina y Diego de Barrionuevo son comisionados para estudiar las condiciones del abastecimiento de carbón.

Se comisiona a D. Lorenzo de Prado para que entienda en lo tocante a la nieve.

Se acuerda que «los señores hazedores de rentas y los diputados dellas con el señor licenciado Valdés» se reúnan con el Corregidor para estudiar la forma de cobrar la renta de vecinos encabezados, pues con el traslado de la Corte muchos vecinos podrían irse con ella y perderse este ingreso.

Se aprueba el libramiento de 6.000 maravedís a la esposa de Pedro de la Puente, en atención a los muchos años que éste desempeñó el cargo de obrero de la Villa con muy poco salario, y a que, habiendo quedado tan pobre, devolvió al Ayuntamiento 1.700 reales de lo consignado para los gastos del puente de Viveros.

Fol. 140 v.

29.—1601, marzo, 13.

Reunidos el Corregidor y los regidores Herrera, Enríquez, Urbina, Barrera, Mendoza, León, Matute, Prado, González de Mendoza, Hurtado, Vallejo, Luis de Valdés y los señores conde de Barajas, Jerónimo de Barrionuevo, Sardaneta, Alarcón, Diego de Barrionuevo y Chaves, que llegan después, se acuerda suplicar al Consejo la revocación del auto según el cual se prohíbe la venta de harina del Pósito, lo cual causa gran perjuicio a la Villa, y cocer pan con la harina mencionada, llevándolo al Consejo para que se compruebe su calidad.

Acuérdase que el licenciado Valdés libre los cien ducados que se deben de salario al licenciado Marcos de Torres, abogado en Valladolid.

Que el Corregidor, con Chaves y Mendoza, vean lo presentado por la Obra Pia de redención de cautivos de la ciudad de Burgos sobre lo que pretenden cobrar del conde de Rapol, e informen de lo que haya de hacerse para evitar costas.

Fol. 141.

30.—1601, marzo, 17.

Con el Corregidor se reúnen los regidores Herrera, Navarrete, Urbina, Mendoza, González de Mendoza, Oviedo, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Alarcón, Vallejo, Diego de Barrionuevo, Laso, Hurtado, licenciado Valdés, Prado, Matute, Sardaneta, Jerónimo de Barrionuevo, Chaves y León.

Se acuerda pagar 600 reales al alguacil Jerónimo de Perea por la décima de una ejecución realizada a petición de Alonso de Morales.

Que se haga una diligencia cerca del mayordomo del Pósito para que pague los 10.000 reales del pan que Juan de Ribero sacó del reino de Aragón para el Pósito de Madrid, tomándolos prestados mientras se acaban de obtener.

Se insiste en la conveniencia de que el Consejo autorice a la Villa a vender trigo y harina de su Pósito en Madrid y seis leguas a la redonda, atendiendo a la buena calidad de este pan y a la gran necesidad que existe de darles salida.

Se acuerda pedir autorización al Consejo para traer por lo menos una cuadrilla de ocho carros para la limpieza de la Villa, por ser tan necesaria, y asimismo que los vecinos puedan ayudar en el empedrado de las calles.

Acuérdase que a D. Juan de Sosa se le libren 50.000 maravedís para gastos de pleitos, haciéndose también la cuenta de lo que se le debe al procurador y letrados.

Que los contadores hagan la cuenta de a lo que ascienden los censos que se pagan en Valladolid hasta fin de diciembre de 1600, y hagan nómina de ello para que Diego Sánchez Castellanos lo pague.

Fol. 141 v.

31.—1601, marzo, 19.

Reunidos el Corregidor Bracamonte y los señores Navarrete, Mendoza, Hurtado y Jerónimo de Barrionuevo, acuérdase que los gastos de las obras efectuadas en la calle que linda con la huerta de Sebastián Hurtado y las casas de Agustín de Cetina se repartan por partes iguales entre el Concejo y las calles circunvecinas.

Se acuerda también negar autorización a los alcaldes para mandar más presos a la Villa, y pedir que los que ya se encuentran en ésta sean juzgados por sus Tribunales, ya que la gran aglomeración de ellos y la escasez de medios para mantenerlos hace temer que mueran de hambre y enfermedades contagiosas.

Fol. 142.

32.—1601, marzo, 20.

Con el Corregidor se reúnen Usategui, Urbina, Gregorio de **Paz**¹, Barrera, Matute, Prado, Diego de Barrionuevo, Navarrete, Martínez, Oviedo, Mendoza, Jerónimo de Barrionuevo, Alarcón, Vallejo, Herrera, Laso, Cárdenas, González de Mendoza, Pedro Fernández, Luis de Valdés, licenciado Valdés, Sardaneta, Chaves y Enríquez.

Se nombra una Comisión, formada por el Corregidor y los señores Barrera, Mendoza, Matute y Prado, para que presente la propuesta conveniente para la represión de los vagabundos y gente de mal vivir que quedan y han de entrar en la Villa con motivo de no estar ya en ella la Corte, dividiendo Madrid en seis cuarteles, nombrando la guardia necesaria en cada uno e indicando en qué iglesias y a qué horas se ha de tocar a la queda.

Se acuerda celebrar Ayuntamiento los martes, jueves y sábados de cada semana.

Que D. Lorenzo de Prado haga pregonar el oficio de almotacén, desempeñado hasta ahora por Diego Sainz de Matarrana, difunto.

Fol. 142 v.

33.—1601, marzo, 22.

Asisten el Corregidor y los señores Herrera, Usategui, Enríquez, Barrera, Mendoza, Paz, Chaves, **Bañuelos**¹, Matute, conde de Barajas, Prado, Sosa, Laso, Urbina, Martínez, Jerónimo de Barriónuevo, Hurtado, Oviedo, licenciado Valdés, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Alarcón, Vallejo, Diego de Barrionuevo, González de Mendoza y León.

Ante la necesidad de dar salida a la harina del Pósito, se acuerda rebajarla en un real por fanega, vendiéndola, pues, a diecisiete reales la fanega, precio a que se vende el trigo, y no pudiendo nadie entrar pan cocido en la Villa sin sacar de ella otra tanta cantidad o su equivalente en harina. Para este fin se acuerda colocar en las cinco puertas de la Villa personas, con salario de seis reales, que registren el pan que se introduce y no permitan salir a los interesados sin cumplir el indicado requisito.

Se acuerda pedir licencia para dar el salario de tres ducados diarios a los regidores de la Villa y otras personas que se encuen-

¹ Vid. REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO, XVIII (Enero-Julio, 1949), núm. 58, pág. 416, 3.º

tran en Valladolid para resolver el asunto de la carta ejecutoria que el licenciado Juan Pacheco ejecuta contra los señores del Real y Condado de Manzanares.

Se acuerdo tratar en el próximo Ayuntamiento del salario que se ha de dar a Fernando Méndez y su ayudante.

Que el Corregidor y los fieles ejecutores «hagan las posturas del vino que se vendiere en esta Villa».

Librar en obras públicas los siete ducados que costó «el cajón que se ha comprado de los fieles de aceite».

Acordóse que Alonso Laso, con uno de los letrados de la Villa, «vean los casos que son de hermandad, para que los alcaldes della no excedan», cumpliendo lo dispuesto y no haciendo agravio a los alcaldes.

Fol. 143.

34.—1601, marzo, 24.

Se reúnen el Corregidor y los señores Iñigo de Cárdenas, alférez mayor perpetuo, Herrera, Usategui, Enríquez, León, Laso, Oviedo, Vallejo y Hurtado. Entran después Jerónimo de Barriónuevo, Diego de Barriónuevo, Sosa, Pedro Fernández, Luis de Valdés y Alarcón.

Se acuerda hacer diligencia para que la Villa posea ocho carros en invierno y cuatro en verano destinados a la limpieza de las calles más necesitadas, a costa de los vecinos de cada una de ellas, nombrándose sobrestante de la limpieza al más antiguo de ellos, Francisco Benegas, y comisario a Alonso Laso, y ordenándose hacer quitar las basuras a costa de los dueños que las hubieren echado o las tuvieren a sus puertas.

Se acuerda que el empedrado que es necesario en las calles de San Juan y Santiago corra a cargo de los vecinos de ellas, como está dispuesto.

Acuérdase convocar para el próximo martes para tratar del nombramiento de dos nuevos letrados de la Villa para los negocios de Valladolid, quedando, de los que antes había, D. Jerónimo de Reinoso.

Se acuerda nombrar un solicitador para los asuntos pendientes en la Real Chancillería, que reside al presente en Medina del Campo, enviando el nombramiento en blanco a D. Juan de Sosa para que él designe a la persona oportuna.

Se ordena la forma en que se ha de librar el salario que corresponde al juez ejecutor de la deuda que la Villa tiene con el doctor Pedro de Bárcena.

Fol. 143 v.

35.—1601, marzo, 27.

Concurren con el Corregidor los señores Cárdenas, Herrera, Alarcón, Enríquez, Urbina, Barrera, Juan Fernández, Mendoza, Matute, Prado, Diego de Barrionuevo, Pedro Fernández, Hurtado, Luis de Valdés, Vera, Sardaneta y Vallejo, entrando retrasados León, Jerónimo de Barrionuevo y el conde de Barajas.

Acuérdase devolver a las villas de Consuegra, Tembleque, Madrides, Herencia y Villarrobledo el trigo que se les debe, tomado de sus Pósitos.

Fol. 143 v.

36.—1601, marzo, 28.

El Corregidor se reúne con los señores Cárdenas, Barrera, Matute, Mendoza, Juan Fernández, Prado, Diego de Barrionuevo, González de Mendoza, licenciado Valdés, Hurtado, Pedro Fernández, Vera y Alarcón.

Se da cuenta del incidente producido entre D. Luis de Valdés y el alguacil Vallecillo, en la Puerta de Alcalá, al tratar aquél de impedir, cumpliendo su cometido de regidor comisionado para la guarda de la peste, la entrada en Madrid de unos carros y coches cargados de gente, de procedencia desconocida y desprovistos del necesario salvoconducto; el alguacil Vallecillo le atropella violentamente, introduce en Madrid los carruajes y deja presos a Valdés y su gente en casa del alcalde Gudiel. El Ayuntamiento acuerda que, por tratarse de un agravio contra él, que afecta además gravemente a la salud pública, D. Juan Fernández parta inmediatamente a Valladolid para presentar cartas, con las quejas debidas, a Su Majestad, al presidente, al Consejo y al duque de Lerma, expidiéndose previamente correos urgentes para que D. Juan de Sosa y Francisco de Monzón faciliten la labor de D. Juan Fernández. Este no habrá de regresar hasta que haya cumplido su misión y hasta que dé también a Su Majestad el memorial que lleva sobre el encabezamiento que la Villa de Madrid ha hecho de sus alcabalas y tercias por ella, su tierra y su partido.

Fol. 144.

37.—1601, marzo, 29.

Con el Corregidor asisten los regidores Herrera, Barrera, Cárdenas, Paz, Mendoza, León, Prado, Juan Fernández, Sosa, Diego de Barrionuevo, Hurtado, Oviedo, Vera, Vallejo, Enríquez y licen-

ciado Valdés, y **Galarza**, Jerónimo de Barrionuevo y Chaves, que entran retrasados.

Se acuerda elevar el precio de la libra de carne de carnero a 30 maravedís, 29 de precio y uno de sisa, atento a lo mucho que la Villa ha perdido en sus carnicerías debido a la excesiva baratura de la carne y a que en otras ciudades principales se vende más cara.

Se ordena cumplir el auto por el cual la Contaduría Mayor de Hacienda manda hacer un descuento a la villa de Polvoranca.

Habiendo ratificado D. Gregorio de Paz las fianzas que tiene dadas para quedar condicionalmente libre de la prisión a que por deuda y a petición de la Villa de Madrid se le había condenado, el Ayuntamiento accede a que se le concedan otros diez días de libertad.

Se acuerda «que los señores Don Juan de la Barrera y Don Juan de Leon sean comisarios para lo que toca al vender Su Magestad vasallos y jurisdicciones y hagan abrir los archivos y ver los privilegios que Madrid tiene para la defensa desto y junten los letrados y den su parecer y se traiga a este Ayuntamiento».

Fol. 144 v.

38.—1601, marzo, 30.

Reunidos con el Corregidor los señores regidores Herrera, Urbina, Barrera, Mendoza, Matute, León, Prado, Hurtado, Oviedo, licenciado Valdés, Luis de Valdés, Vera, Alarcón, Vallejo, y posteriormente Diego de Barrionuevo, conde de Barajas y Martínez, se nombran fieles ejecutores para el mes de abril a los señores Vera y Sardaneta, y se hace cesar como jueces del mes de marzo a Pedro Fernández de Alarcón y Luis de Valdés.

Se acuerda hacer la reparación de los tejados de las Carnicerías y las demás que el alcaide de ellas, Martín de Castro, solicita.

Fol. 145.

39.—1601, abril, 3.

Asisten el Corregidor Bracamonte y los regidores Herrera, Barrera, Mendoza, Matute, Prado, Hurtado, Oviedo, Luis de Valdés, Vallejo, Laso, Paz, Diego de Barrionuevo, León, Urbina y Chaves.

Se acuerda que Luis de Avellaneda pague 16 reales al portero que ha ido a notificar «a los tres seismos de la tierra que enbien la

vezindad que tienen los lugares de la tierra desta villa para lo que se pide contra el Real».

Se acuerda escribir a D. Juan de Sosa para que pida el título de regidor de D. Gregorio de Paz, con objeto de depositarlo e hipotecar su regimiento por la deuda que tiene con la Villa.

Fol. 145.

40.—1601, abril, 5.

Asisten el Corregidor Bracamonte y los regidores Herrera, Enríquez, Mendoza, León, Diego y Jerónimo de Barrionuevo, Hurtado, Oviedo, Luis de Valdés, Sardaneta, Matute, Urbina, Laso, Galarza, Barrera, Pardo, licenciado Valdés, Cárdenas y Chaves, acordándose que se libre a los menestrales lo que se les debe; que D. Gabriel de Oviedo vaya como comisario de las Carnicerías a la feria de Puente del Arzobispo, y que se llame a la Villa para el próximo Ayuntamiento para nombrar letrados de la Audiencia de Medina del Campo.

Fol. 145 v.

41.—1601, abril, 7.

El Corregidor, con los regidores Cárdenas, Herrera, Galarza, Enríquez, Urbina, Paz, Chaves, Mendoza, Matute, Diego de Barrionuevo, Martínez, Jerónimo de Barrionuevo, Luis de Valdés, Vallejo, Barrera, Laso, León, Prado, Sosa, Alarcón, licenciado Valdés, Vera, Conde de Barajas, Hurtado y Sardaneta.

Se aprueba la petición hecha al Consejo de que, mientras el Consejo de Hacienda y Su Majestad provean sobre el memorial presentado en el que se pedía que tras el traslado de la Corte el encabezamiento de las rentas reales vuelva a su anterior valor de cinco cuentos y doscientos y pico mil maravedís, el dicho encabezamiento se mantenga como antes estaba hasta fin del mes de mayo.

El Ayuntamiento acuerda, y el Corregidor ordena notificar, que no estando ya la Corte en la Villa, los escribanos reales no deben tomarse atribuciones que excedan las leyes y pragmáticas referentes al caso, prohibiéndoseles hacer informaciones y autos judiciales, y ordenándoseles, lo mismo que a los escribanos de número de la Villa, guardar los aranceles establecidos.

En vista de la necesidad de vender harina del Pósito para cubrir las muchas deudas de la Villa, se acuerda que los doctores Soto, de la Cámara de la Emperatriz, y Sepúlveda examinen el pan que con

ella se elabora e informen de si se puede vender sin detrimento de la salud pública, y si es así, se reparta entre pasteleros, buñoleros, panaderos, bodegoneros y molleteros.

Se nombra receptor de la Villa a Domingo Bravo, en sustitución de Andrés de Morales, que hasta ahora desempeñaba el cargo.

Nómbrense letrados de la Villa para los negocios en la Chancillería de Valladolid a los señores Marcial Gonzalo y Juan Vázquez de Molina, mientras la Chancillería resida en Medina del Campo, con el salario acostumbrado y la condición de que no hayan sido ni sean letrados del duque del Infantado.

Don Francisco Enríquez se opone a que haya en la mencionada Chancillería más de dos letrados.

Fol. 146.

42.—1601, abril, 9.

Asisten Bracamonte y los regidores Cárdenas, Barrera, León, Prado, licenciado Valdés, Luis de Valdés, Alarcón y Matute.

Recibida una carta requisitoria del gobernador de Aranjuez en la que se cita a la Villa «para la mojonera que se a de hazer en este termino con el de Aranjuez al exido de Albendi», se acuerda que, para cumplirla, acudan al lugar, en representación de Madrid, los señores Pedro de Astorga, Juan de la Barrera, Juan de León, Luis de Rojas, Francisco Martínez y el licenciado Avellaneda.

Se acuerda que D. Juan de la Barrera escriba a D. Juan de Sosa comunicándole la necesidad de que de Valladolid vuelva a Medina del Campo, pues su ausencia ocasiona mucho perjuicio a los asuntos que la Villa tiene pendientes con el duque del Infantado.

Que D. Iñigo de Cárdenas escriba a Su Majestad, al duque de Lerma y a otras personas protestando de que no se haya dejado entrar en Valladolid a Juan Fernández, que allí fué para tratar asuntos importantes de la Villa.

Fol. 146 v.

43.—1601, abril, 17.

Con el Corregidor Bracamonte se reúnen el alférez mayor, Iñigo de Cárdenas, y los señores Barrera, Mendoza, Prado, Galarza, Diego de Barrionuevo, Martínez, Oviedo, Luis de Valdés y Vallejo.

Se acuerda repartir la harina del Pósito entre Madrid y su tierra, vendiéndola a 15 reales, como está acordado.

Que se libren 1.000 ducados a Mingó Juan para la reparación del matacán que se está realizando.

Fol. 146 v.

44.—1601, abril, 30.

Se reúnen el Corregidor y los señores Galarza, Usategui, Urbina, Pardo, Enríquez, Barrera, Mendoza, Chaves, Bañuelos, Matute, León, Prado, Martínez, Hurtado, Oviedo, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Vera, Alarcón e Iñigo de Cárdenas. Entran retrasados Jerónimo de Barrionuevo, Laso, Ruiz de Velasco, Diego de Barriónuevo y Sosa.

Se acuerda que Juan de la Barrera y Diego de Chaves visiten al alcalde Gudiel para protestar de que los bueyes que vienen con carros para el viaje de Madrid a Valladolid pasten en el prado de San Jerónimo, el cual no está destinado a ello, sino que es «una recreación que esta Villa tiene para su salida y holgura», causando dichos bueyes mucho daño en las plantas, huertas y encañados que tanto cuestan a esta Villa.

Que se retiren desde mañana los guardas que se pusieron en las puertas de Madrid para que los que introdujesen pan cocido sacasen otro tanto de trigo del Pósito, y se les pague el salario acordado, a razón de seis reales cada uno.

Que Jerónimo de Riaño, mayordomo de los Propios de la Villa, entregue todo el grano de los Propios al mayordomo del Pósito, vendiéndole el trigo a razón de 14 reales, y a siete la cebada; con este importe el mayordomo del Pósito pagará a Riaño los 350.000 maravedís que están librados a Juan de Sosa.

Se nombra comisario a Juan de León para hacer tomar las cuentas a Juan de Espinosa.

Acuérdase que Jerónimo de Riaño haga una fianza, en nombre de la Villa, para pagar lo que a ésta le corresponda de lo del «pleito de los millones» entablado con el Real y Condado de Manzanares; se otorga asimismo poder a Fernando Méndez para que cobre todas las condenaciones por la parte que toca a la Villa.

Gabriel de Galarza y Gabriel de Alarcón son nombrados fieles ejecutores para el mes de mayo.

Son nombrados jueces Diego de Vera y Gabriel de Alarcón para el mes de abril.

Se acuerda que en el próximo Ayuntamiento se tratará de la provisión de la plaza de médico, sustituyendo al licenciado Alvarez.

Acuérdase que las fianzas que Benito Pérez ha de dar para la «receptoría de los millones» le obliguen a él y su mujer por el todo con 12.000 ducados.

Diego de Urbina recuerda su apelación contra el nombramiento de Benito Pérez para el cargo de receptor, habiendo ofrecido a la Villa por el oficio 2.000 ducados, y solicitando que no se haga innovación alguna hasta examinarse su apelación.

Fol. 147 v.

45.—1601, mayo, 2.

Reúnense con el Corregidor, Usategui, Enríquez, Urbina, Barrera, Pardo, Prado, Oviedo, Pedro Fernández, Luis de Valdés y Vallejo, y Martínez, Jerónimo de Barrionuevo, Galarza, Alarcón, y Diego de Barrionuevo, que entran retrasados.

Examinadas las cartas enviadas por Juan Fernández, en las que comunica habersele prohibido la entrada en Valladolid, y atendiendo a la importancia de la misión que la Villa le había encargado, relacionada principalmente con el encabezamiento general, para el cual sólo hay plazo hasta fin del mes de mayo, se acuerda escribir a la Junta quejándose de lo sucedido, y ordenar a Juan Fernández pase a Medina del Campo, suplicando se despachen los asuntos que el enviado de la Villa lleva. De no ser así, se acuerda que sin más detención regrese a Madrid.

Acuérdase citar al próximo Ayuntamiento para elegir mayor-domo del Pósito.

Se da cuenta de una carta recibida de Fernando Méndez Docampo, procurador general de la Villa, fechada en Colmenar Viejo, en la que da cuenta del estado de los asuntos para cuya resolución le envió la Villa, referentes a la ejecutoria que a petición de Madrid está ejecutando el licenciado Juan Pacheco contra los vecinos del Real y Condado de Manzanares «sobre lo que tienen rompido, tomado y ocupado del dicho Real y Condado de Manzanares»; al mismo tiempo se queja de no haber recibido su salario de 600 maravedís diarios y 300 para un ayudante suyo, reclamando este pago y haciendo notar además su insuficiencia, dada la carestía de los tiempos. El Ayuntamiento, teniendo en cuenta la gran eficacia de las gestiones de Fernando Méndez y lo que importa a la Villa la rápida diligencia del asunto, así como la inconveniencia de sustituir al dicho procurador, acuerda se le paguen los 900 maravedís que se le deben, a pesar de las reservas que expresan los señores Enríquez, Urbina y Prado.

Se da cuenta de que, por orden de la Villa, está acordado que las asaduras se pesen con la carne y al mismo precio. Examinado el asunto, y atento a que, por ser manjar de pobres, a quienes siempre

se había dado, no es justo se vendan a 30 maravedis, precio a que está el carnero, se acuerda que en adelante el precio de las asaduras será a real cada una, repartiéndose a pobres, hospitales y monasterios.

Usategui protesta y pide que no se haga variación en el precio de las asaduras, sin perjuicio de que sigan repartiéndose a pobres, hospitales y monasterios.

Acuérdase pedir a D. Diego de Ayala mande se entregue a la Villa el título del regimiento de Gregorio de Paz, como está acordado, para que se haga la escritura conforme al asiento que con él está hecho.

Se nombra al Corregidor y a Francisco Martínez para que repartan «los salarios que se mandan dar del hacimiento de rentas conforme a la provisión de su Magestad».

Fol. 148 v.

46.—1601, mayo, 4.

Asisten el Corregidor y los regidores Cárdenas, Galarza, Usategui, Enríquez, Urbina, Mendoza, Matute, Laso, Martínez, Gregorio de Barrionuevo, Oviedo y Valdés. Lorenzo de Prado y Pedro Fernández entran retrasados.

Se acuerda que el Corregidor y los fieles ejecutores examinen el arancel de las confituras y otras mercancías, reformando lo que sea necesario y mandándolo pregonar después.

Que el Corregidor y comisarios de las sisas del vino y del aceite para el servicio de los millones estudien lo que pide Luis de Melgar y los acuerdos tomados por la Villa sobre ellos, respondiendo lo que convenga a la petición.

Que por lo tocante a las fianzas que ha de entregar Benito Pérez de Alava para la receptoría de los millones, cumpla éste con obligarse él como principal por el todo, dando fianzas en cantidad de 16.000 ducados. Así se acuerda, no obstante la protesta en contrario de Diego de Urbina.

Se nombra al doctor Jaén para sustituir al médico licenciado Alvarez, que se va a servir a Su Majestad; disponiéndose que él y los otros dos médicos que existen asistan a los pobres de las parroquias de la Villa, repartiéndoselos entre ellos por cuarteles, y atiendan también el Hospital General. Se ordena al mayordomo de Propios que no les pague sin que conste que han prestado sus servicios.

Se comisiona a Iñigo de Cárdenas para que «hable al rector de la Compañía de Jesús de esta Villa y sepa la forma que hay y ha de haber en el leer en aquel colegio, como se ha hecho hasta ahora».

En vista que de los treinta y cinco regidores que existen no están presentes más que trece, se acuerda aplazar para el próximo lunes, día 7, la aprobación de las fianzas de las receptorías que ha dado Domingo Bravo, así como el nombramiento de mayordomo del Pósito; aperebiéndose a los regidores de que, de no hallarse presentes, les parará el perjuicio consiguiente.

Expuesto lo mucho que importa «la fabrica que se a de hazer de la yglesia de señor Sant Roque», se acuerda comenzarla inmediatamente.

Son recibidos por vecinos de la Villa D. Fernando de Ludeña y D. Diego Carrillo. En cuanto a lo que Carrillo pretende de que se ha de declarar le corresponde entrar en los oficios de hijosdalgo, en virtud de los documentos que presentó con motivo de las Cortes de San Martín y de estar casado con hija de vecino de esta Villa, se acuerda que a su tiempo pida lo que convenga.

Se acuerda también que para el próximo Ayuntamiento se presente la cuenta del mayordomo de Propios.

Fol. 149.

47. —1601, mayo, 7.

Asisten el Corregidor Bracamonte y los regidores Barrera, Mendoza, Matute, León, Prado, Oviedo, Pedro Fernández y Luis de Valdés. Entran retrasados Paz, Sosa, Iñigo de Cárdenas, Vallejo y Jerónimo de Barrionuevo.

Se acuerda librar a Agustín de Angulo lo que se le debe de su censo corrido en el Pósito.

Que las medidas de madera para la venta de nueces, castañas, avellanas, piñones, tostones, etc., se hagan con arreglo a las órdenes dadas por los fieles ejecutores, y no de otra manera.

Que esta tarde se reúnan el Corregidor y los caballeros «nombrados para lo de la medida de las tierras rompidas», con objeto de dictar las órdenes que han de guardarse en este asunto.

Que se le paguen 4.000 maravedís al padre Carrillo por sus sermones de los miércoles de la Cuaresma.

Se aprueban las fianzas, en cantidad de 12.000 ducados, que da Domingo Bravo para desempeñar el oficio de receptor de la Villa,

obligándose «él y su mujer por el todo», y allegando Pedro de Benavente y Alonso Muñoz, vecinos de Villaverde, 1 400 ducados; Diego de Medina, que vive en la calle de San Ginés, 600; Pero Polo y su mujer, doña Juana de Prada, vecinos de Talavera, 8.000; Nicolás de Escobar, 1.000; Andrés de Hurosa, 500, y Jerónimo de Soto, platero, otros 500 ducados.

Habiendo dado fe los porteros de haber convocado a todos los regidores, se procede a la elección de nuevo mayordomo del Pósito; pero teniendo en cuenta que es de gran importancia el dar salida a la harina que en el Pósito está almacenada, y que el reparto de ella se está realizando convenientemente, y por tanto sería muy perjudicial y arriesgado nombrar a otro mayordomo, se reelige a Diego Sánchez Castellanos por un año más, así como a los comisarios del Pósito, con las fianzas y de la manera que hasta ahora se ha acostumbrado.

Fol. 149 v.

48.—1601, mayo, 9.

Asisten el Corregidor Bracamonte y los señores Barrera, Matute, Pedro Fernández, Vallejo, Mendoza, Galarza, Urbina, Prado, Jerónimo de Barrionuevo, León y Luis de Valdés.

Se acuerda convocar el próximo Ayuntamiento para tratar asuntos de la jurisdicción de la Villa.

Fol. 150.

49.—1601, mayo, 11.

Se reúnen el Corregidor y los señores Urbina, Barrera, Mendoza, Matute, Ruiz de Velasco, Oviedo y Vallejo, entrando posteriormente Luis de Valdés, Iñigo de Cárdenas, León, Prado, Hurtado, licenciado Valdés y Jerónimo de Barrionuevo.

Habiéndose visto una carta de Juan Fernández, fecha 5 de mayo, en la que comunica que se ha dado licencia a la Villa para gastar 1.000 ducados en las fiestas del Santísimo Sacramento, se acuerda pedir cuenta de la cantidad que está suplicada para gastos de los autos, danzas y cera, suplicando se pague de lo procedente de las sisas.

Acuérdase que se ordene el auto para notificar a los truecarreales no truequen en sus casas ni fuera de ellas, so pena de vergüenza pública.

Que los señores Juan de la Barrera e Iñigo de Mendoza vean el libro viejo de Ordenanzas que esta Villa tiene, y lo traigan a este Ayuntamiento.

Que se prohíba en adelante hacer almoneda en la plazuela de la Cárcel de Corte, en la plaza de Santo Domingo y en la del Hospital de la Pasión, bajo multa de 2.000 maravedís para los pobres de la cárcel.

Que el trigo y cebada procedente del cobro de las roturaciones del año pasado se venda, y su importe se gaste en la obra de la iglesia de San Roque.

Que se guarde la costumbre que la Villa ha tenido de nombrar procurador del Común en la forma que antes se hacía.

Que se descuenten a Diego de Castro, arrendador del peso de la harina hasta 21 de marzo pasado, 200 reales, según la estimación hecha por Gabriel de Oviedo y Luis de Valdés.

Fol. 150.

50.—1601, mayo, 14.

Se reúnen el Corregidor Bracamonte con los regidores Herrera, Cárdenas, Galarza, Urbina, Barrera, Mendoza, Prado, Hurtado, Pedro Fernández, Alarcón, Vallejo, Laso, licenciado Valdés y Luis de Valdés.

Se nombra pregonero de la Villa a Francisco de Villaverde.

Se acuerda que por ahora la libra de carne de carnero se venda a 23 maravedís y uno de sisa, pesándose la asadura con la carne al mismo precio, teniendo en cuenta la información dada por Gabriel de Oviedo y Luis de Valdés, comisarios de las carnicerías, según la cual, vendiendo dicha carne a 30 maravedís, como hasta ahora, no se le puede dar salida y dura tres o cuatro días.

Que la vaca se venda a 17 maravedís y uno de sisa por libra.

El licenciado Valdés suspende la ejecución que tiene pedida contra Jerónimo de Riaño de los 200 ducados que le prestó por quince días para el negocio del Real.

Se acuerda pregonar que de aquí adelante el pan de dos libras se venderá a 14 maravedís, y el trigo del Pósito, a 14 reales; que éste se venderá a todas las personas que lo soliciten; que todos los que quieran introducir pan cocido en la Villa lo podrán hacer libremente; que los vecinos de los lugares comarcanos que deseen tomar trigo del Pósito en préstamo para devolverlo en grano, podrán hacerlo, dando las fianzas necesarias. Además se encarga a los comisarios examinen el pan del Pósito para ver de qué partida ha de

tomarse lo que se ha de vender. Todos estos acuerdos se toman en vista de que «el estanco que se a puesto en el pan» ha sido de muy poco provecho, pues los panaderos encuentran la harina necesaria en la Villa a precio menor de la tasa, ya que se vende a 18 maravedís las dos libras, y teniendo en cuenta también que la Villa está cargada de deudas procedentes del trigo del Pósito, que ascienden a más de 40.000 ducados, debidos a las personas de quienes se tomó el trigo. Por otra parte, éste corre el riesgo de pudrirse.

Se ordena a D. Juan de la Barrera y a D. Juan de León se reúnan con los letrados de la Villa para estudiar el problema planteado por la intención que Su Majestad tiene de vender algunos vasallos y jurisdicciones de lugares principales, examinando la concesión que Su Majestad hizo sobre lo de los millones y los demás documentos que la Villa de Madrid posee, redactando los memoriales necesarios para Su Majestad y su Real Consejo.

Teniendo en cuenta la importancia del encabezamiento, y considerando que Juan Fernández ha empleado todo el tiempo transcurrido en tratar de entrar en Valladolid, se le prorroga a dicho señor el tiempo concedido, autorizándosele a disponer de todo el mes de junio.

Fol. 151.

51.—1601, mayo, 16.

Asistentes: el Corregidor Bracamonte y los regidores Urbina, Barrera, Mendoza, León, Prado, Oviedo, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Vallejo y Cárdenas.

Se acuerda citar en Manzanares a los guardas que la Villa de Madrid ha nombrado para custodiar los montes del Real y Condado, a fin de hacerles conocer los términos y mojones del dicho Real y Condado, así como la carta ejecutoria a que Gregorio de Usategui está asistiendo, y reciban las órdenes que éste les dé.

Se nombra a D. Juan de León superintendente y comisario del Soto del Portal y de lo a él anejo, y de sus obras y reparaciones, para que al mismo tiempo haga guardar el arrendamiento y las condiciones establecidas.

Fol. 151.

52.—1601, mayo, 18.

Se reúnen en el Ayuntamiento el Teniente de Corregidor, licenciado **Silva de Torres**, y los señores Barrera, Paz, Mendoza, León, Prado, Luis de Valdés, Herrera, Urbina, Laso, Vallejo, Oviedo y Jerónimo de Barrionuevo.

Se acuerda llamar a la Villa para el próximo Ayuntamiento, a fin de estudiar la petición de Juan Galindo referente a los 1.000 ducados de Domingo de Otaola, y que se hagan diligencias para conocer el estado en que se encuentra el negocio de los 350 ducados «del prometido que dize el señor don Yñigo [de Mendoza]».

Que los censos que están redimidos se empleen con arreglo a las órdenes de D. Iñigo de Mendoza, comisario de ellos.

Que el pan de leche se venda a 12 maravedís la libra y a 24 las dos libras, teniendo en cuenta que el Ayuntamiento ha hecho bajar el precio del pan y que es excesivo vender el de leche a 32 maravedís las dos libras, como ahora se hace.

Fol. 151 v.

53.—1601, mayo, 21.

Asiste el Corregidor Bracamonte, con los señores Herrera, Paz, Barrera, Mendoza, Sosa, Hurtado, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Vallejo, Urbina y Jerónimo de Barrionuevo.

Acuérdase que para sustituir a Jerónimo de Morales, obrero de la Villa, ausente momentáneamente, desempeñe su oficio Julián de Herrera, al cual habrá de entregársele, con inventario, lo que hay en la Obrería.

Nómbrese a Luis de Valdés comisario para resolver el asunto de la música que ha de llevarse para la procesión y fiesta del Santísimo Sacramento, y para que se hagan tres altares: uno en la puerta de Guadalajara, a cargo de los plateros; otro en la plaza, que habrán de hacer los mercaderes, y un tercero en la Herrería, que correrá a cargo de los herreros y caldereros.

Se acuerda que D. Juan de la Barrera y D. Luis de Valdés sean comisarios para la fiesta de San Juan, ocupándose de los toros que se han de correr, y asimismo para la fiesta de Santa Ana.

Otórgase poder a Esteban de Moya, procurador del número de los Consejos de Su Majestad, para actuar en los pleitos que la Villa tiene y ha de tener en el Consejo.

Fol. 152.

54.—1601, mayo, 23.

Con el Corregidor se reúnen los señores Urbina, Mendoza, Oviedo, Luis de Valdés, Vallejo, Prado, Herrera, Galarza, licenciado Valdés y Jerónimo de Barrionuevo.

Se acuerda que, conforme a la cédula de Su Majestad, se libre lo

que montan las pisas de uva y aceituna que se han hecho, sisándose la octava parte del vino y aceite arrobado, lo cual ha de pagarse a Luis de Melgar.

Que se pregone que los panaderos y otras personas que sacan harina o trigo del alholí de la Villa, no están autorizados a venderlos en él.

Que se vendan 20.000 fanegas de trigo que la Villa tiene en su alholí, a razón de 14 reales, hasta fines de agosto, repartiéndose en Madrid y lugares de su tierra hasta seis leguas a la redonda, dándose a los Concejos para que lo repartan, los cuales lo pagarán al Ayuntamiento de Madrid. Si algún particular tomase algo de este trigo, el mayordomo se lo dará fiado por el tiempo mencionado y procurando que el trigo que vaya saliendo sea de lo más añejo.

Fol. 152.

55.—1601, mayo, 25.

Estando reunidos el Corregidor y los señores Herrera, Mendoza, Matute, Prado, Diego de Barrionuevo, Martínez, Jerónimo de Barrionuevo, Pedro Fernández, Luis de Valdés y el licenciado Valdés, se acuerda:

Que habiendo cesado la limpieza de las calles por no tener de dónde pagarla, y siendo esto muy necesario e importante para la salud, se pregone que quien quiera encargarse de dicha limpieza acuda al Corregidor; si nadie acude, el señor Alonso Laso, entretanto, prosiga la comisión que tiene, procurando encontrar quienes limpien las calles, o averiguar si los vecinos mismos quieren hacerlo cobrando lo que gastaren en ello.

Que se escriba a Juan Fernández que haga diligencias para que, si fuere posible, no venga alcalde, como estaba tratado, y si viniere, se le limite la jurisdicción.

Fol. 152 v.

56.—1601, junio, 1.

Juntos en el Ayuntamiento el Corregidor Bracamonte y los señores Barrera, Galarza, Mendoza, Matute, Prado, Luis de Valdés, licenciado Valdés, Alarcón, Herrera, Martínez, Vallejo y Jerónimo de Barrionuevo, se acuerda:

Que a Miguel López Muñoz, alguacil, y a Francisco de Pontes, escribano, que entienden en el repartimiento y cobranza de la harina, se les libre lo que se les ha señalado en el Pósito.

Que D. Juan de la Barrera haga reparar, limpiar y aderezar las calles del Prado de San Jerónimo.

Que los 1.000 ducados que Su Majestad ha autorizado gastar a la Villa para la fiesta del Santísimo Sacramento sean entregados por el licenciado Valdés, de las sisas, a Domingo Bravo, receptor de esta Villa, para que vaya pagando por menudo.

Que se llame a la Villa para ver lo que escribe el Consejo sobre la ermita de San Roque y proveer lo que más convenga.

Se da lectura a dos cartas del Consejo. En la primera pide se envíe relación de la cantidad que la Villa debe y de los propios y rentas que tiene para pagarlos, así como de las sisas que están impuestas y la cantidad en que están arrendadas cada año. La segunda ordena que la Villa pague lo que debe del pan de la Mancha. Se acuerda entregarlas a Gabriel de Galarza y Juan de la Barrera para que cumplan lo que manda el Consejo, trasladándolas a los libros de actas.

Se acuerda pregonar que nadie podrá salir a comprar pan fuera de la Villa, pues en las puertas no se permitirá la entrada si no se trae testimonio.

Traslado de una carta del Consejo a la Villa para que se pague el trigo de la Mancha

«Conçejo, justiçia y rregimiento de la Villa de Madrid: en consejo se tiene notiçia que no pagais el trigo que se truxo de la Mancha para la provision desa Villa en que rreçiben mucho daño las personas a quien se deve. Luego questa rresçivieredes dareis orden que se le pague, prefiriendo a los dueños del dicho trigo en lo que dello proçediere a otras qualesquier deudas que esta Villa deva, sin que en ello aya escusa ni dilacion alguna.—De Valladolid a honze de Abril de 1601 años.—Esta rrubricada del señor presidente y al fin della dize: Por mandado de los señores del Consejo Juan Gallo de Andrada.—Sobrescripto: Al Conçejo, justiçia y rregimiento de la Villa de Madrid.»

Traslado de una carta del Consejo a la Villa sobre las deudas de Madrid

«Conçejo, justiçias y rregimiento de la Villa de Madrid. Su Magestad quiere sauer lo que la Villa deue y â que personas y de lo que valen las sisas questan ynpuestas para pagarlo luego questa rresçiuieredes enbieis al Consejo rrelaçion çierta y verdadera en

manera que haga fee de la cantidad de maravedis que esa Villa deue y de los propios y rrentas que tiene para pagarlo y de las sisas que estan ynpuestas y sobre que cosas y en que estan arrendadas en cada un año y si los arrendadores deuen alguna cantidad y que tanto y de los hefetos para que se pusieron y que se deue á esa Villa y por que personas y que cantidad cada uno, para que visto se prouea lo que convenga.—De Valladolid á dos de Mayo de mill y seisçientos y un años.—Esta rrubricada del señor presidente y de treze señores del Conçejo y al fin della dize: Por mandado de los señores del Consejo Juan Gallo de Andrada.—El sobrescripto: Al Conçejo, justicia y rregimiento de la Villa de Madrid.»

*Traslado de una carta del Consejo a la Villa sobre las obras
de la ermita de San Roque*

«Mosen Rrubi de Bracamonte, corregidor de la Villa de Madrid: en consejo se a visto lo pedido por parte de la dicha Villa en rrazon de que hiziese deshazer la obra y fabrica de la hermita de señor Sant Rroque y executar lo sobrello acordado en cumplimiento del boto que la dicha Villa para ello hizo rrespeto de que la liçencia que sobrello se le concedio fue con aditamento que la dicha obra se hiziese con orden é yntervençion del señor liçenciado Nuñez de Bohorques ques del Consejo de su Magestad y no poder tener esto hefeto por la mudança de la corte y aparecido que conviene que antes que la dicha obra se comience se aberigue y sepa si en alguna parte del sitio donde esta començado el albergue de la dicha Villa se podra hazer la dicha hermita con mas comodidad utilidad y menos costa que en el sitio y parte donde hasta agora estaba acordado se hiziese y si se cunplira con el boto quesa dicha Villa hizo sobrello, luego questa rreçivieredes en el ayuntamiento de la dicha Villa junto con los rregidores della y demas ofiçiales del dicho ayuntamiento tratareis lo suso dicho ynformandoos para ello primero de maestros y ofiçiales que sepan de semejantes obras y edifiçios sobre juramento que primero hagan y lo que se acordare y rresoluçion que sobrello se tomare con vuestro pareçer lo ynbiad ante nos para que visto se prouea lo que convenga.—Valladolid, Mayo 23 de mill y seisçientos y un años.—Esta rrubricada del señor presidente y de otros treze señores del consejo y al fin dize: Por mandado de los señores del consejo Francisco Martinez, y en el sobrescripto dize: A Mosen Rrubi de Bracamonte corregidor de Madrid por su magestad.»

Fol. 153.

57.—1601, junio, 2.

Se reúnen el Corregidor y los señores Galarza, Barrera, Mendoza, Matute, León, Prado, Barrionuevo, Martínez, licenciado Valdés, Luis de Valdés, Alarcón, Vallejo, Herrera y Pedro Fernández.

Se acuerda que al licenciado Matienzo y al doctor Matute, letrados de la Villa que están en Valladolid, se les continúe pagando su salario acostumbrado para que asistan y aboguen en los asuntos que la Villa tenga en los Consejos de Su Majestad. En cambio, a los licenciados Ocaña, Gilimón de la Mota, Fresno de Galdo y Jerónimo de Riaño, que eran letrados de la Villa en los negocios de ésta en la Real Chancillería de Valladolid, no les corra el salario que Madrid les daba, pues mientras la Chancillería se ha trasladado a Medina del Campo ellos han permanecido en Valladolid.

Que el alcalde Benavente de Benavides entregue traslado de la orden que dice tener para conocer en los negocios civiles y criminales contra los criados de Su Majestad la Emperatriz, y que el conde de Barajas, juntamente con Juan Fernández, haga información, por orden del Corregidor, «de lo que se a hecho y como se a avierto carçel y los presos que se an prendido y por que delitos».

Fol. 153 v.

58.—1601, junio, 4.

Asisten a esta sesión el Corregidor y los regidores Herrera, Galarza, Barrera, Matute, Diego de Barrionuevo, González de Mendoza, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Jerónimo de Barrionuevo, Vallejo, León y el licenciado Valdés.

Se encarga a los señores Galarza y Mendoza de responder al auto recibido sobre el regimiento de Gregorio de Paz, consultando al doctor Rojas.

Se aprueban las fianzas que Benito Pérez de Alava ha dado para desempeñar la receptoría de los millones, «que son el por el todo y mill ducados de renta de á diez e seis mill el millar en quatro prevylegios sobre las alcavalas desta Villa que son al licenciado Barrionuevo con cuyo poder se obligan».

Se acuerda que los contadores tomen la cuenta de la madera que estuvo a cargo de Luis de Valdés, estando presente el señor Galarza.

Teniéndose noticias de que se ha nombrado un juez para que haga pagar lo que Madrid debe y cobrar lo que se le debe, y consi-

derando que esto va contra la autoridad de la Villa, se acuerda hacer una relación de lo que el Corregidor ha cobrado y de las diligencias realizadas, y que se escriba una carta al Consejo y otra al duque de Lerma suplicándole favor en este asunto, pues las deudas que Madrid tiene no las ha contraído por su voluntad ni orden.

Se acuerda llamar a la Villa para el miércoles, día 6, para otorgar el poder del encabezamiento y para el asunto de las jurisdicciones.

Fol. 154.

59.—1601, junio, 6.

Reunidos Bracamonte y los señores Herrera, Barrera, Mendoza, León, Prado, Hurtado, Luis de Valdés, Vallejo y Jerónimo de Barriónuevo, se acuerda que Juan Fernández, nombrado por la Villa para llevar a cabo el encabezamiento de sus alcabalas, «que es de tanta ynportancia», haga las diligencias necesarias y pida al Consejo o a la Junta se conceda a Madrid todo el mes de junio para terminarlo.

Se otorga el poder del encabezamiento a los señores Iñigo de Cárdenas y Juan Fernández.

Se acuerda otorgar carta de pago a Francisca Gutiérrez, viuda, de cuatrocientos veinte ducados, del censo de la manzana.

Que Sebastián Hurtado se encargue de hacer empedrar la calle de Santiago a costa de los vecinos, cuidando de que «no se desempiedre para enpedralla mas de lo que fuere necesario».

Fol. 154.

60.—1601, junio, 8.

Asisten a la sesión, con el Corregidor, los señores Mendoza, Prado, Sosa, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Alarcón, Diego de Barrionuevo, Vallejo, licenciado Valdés, Galarza, Barrera, Herrera, Enríquez, León, Laso, Martínez, Hurtado y Jerónimo de Barriónuevo.

Se acuerda vender a Bernardino de Medina el pedazo de tierra cercano a la ermita de San Lázaro, en precio de doscientos reales, conforme a la tasación.

Que se escriba a Gregorio de Usategui citándole para que un día de la Pascua, o en el plazo de ocho, venga a la Villa para dar cuenta e informar de cómo va la ejecutoria que el licenciado Juan Pacheco ejecuta contra los vecinos del Real y Condado de Manzanares.

Que se libren cien ducados a Juan Fernández para gastos de los pleitos en Valladolid.

Que se reúnan el Corregidor y los señores Mendoza y Jerónimo de Barrionuevo con los letrados de la Villa para estudiar el auto notificado al Ayuntamiento, por parte del Cabildo de la Clerecía, «sobre lo de la sisa.»

Que Galarza y León sean comisarios para tomar las cuentas de Villalta, Andrés de Morales y Juan Espinosa, «por ser de tanta importancia, y asistan a ello con mucho cuidado».

Tras la sesión general del Ayuntamiento, vuelven a reunirse el Corregidor y los señores Mendoza, Diego de Barrionuevo, Martínez, Jerónimo de Barrionuevo, Pedro Fernández y Luis de Valdés, y examinado lo que pide Francisco de Valderas y el informe de Diego Sillero, alarife de esta Villa, así como los informes de los comisarios, se acuerda derribar la parte de la casa necesaria para el ensanche de la calle (no aparece nombre alguno).

Fol. 154 v.

61.—1601, junio, 13.

Asisten Bracamonte, Corregidor, y los regidores Herrera, Galarza, Usategui, Mendoza, Matute, Prado, Martínez, Hurtado, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Vallejo, Ruiz de Velasco, Enríquez, Jerónimo de Barrionuevo, licenciado Valdés y Urbina.

Se acuerda pagar a Juan de Espinosa, mayordomo de Propios, diez ducados que entregó a Gregorio de Usategui, quien los pagó al alguacil Valdenebro por los cinco días que le tuvo preso en su casa, debido a que, habiendo mandado D. Diego López de Ayala, del Consejo de Su Majestad, que la Villa de Madrid diese la fianza prevista por la ley de Toledo, correspondiente al pleito ejecutivo entablado con el conde de Barajas, y habiendo demorado el Ayuntamiento este pago hasta consultar con sus letrados, hubo de ser puesto en prisión el regidor más antiguo.

Se acuerda que Gregorio de Usategui, que hasta ahora había estado en Colmenar Viejo asistiendo a Juan Pacheco en la ejecutoria contra el Real y Condado de Manzanares, vuelva a Madrid y permanezca en la Villa para atender al restablecimiento de su salud.

Que se llame para el próximo Ayuntamiento para tratar de la obra de San Roque y responder al Consejo sobre el particular.

Que se le libre al doctor Cristóbal de Villanueva lo que se le debe de su salario de agente de la Villa en los negocios de Roma.

Fol. 155.

62.—1601, junio, 15.

Con el Corregidor Bracamonte se reúnen en sesión los regidores Herrera, Galarza, Usategui, Enríquez, Barrera, Mendoza, Matute, Prado, Diego de Barrionuevo, Laso, Martínez, Jerónimo de Barrionuevo, Oviedo, Hurtado, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Vallejo, León y Urbina.

Se comisiona a Alonso Laso para dar lo que corresponda a los clérigos que han de llevar la custodia del Santísimo y las varas del palio, y para hacer diligencias a fin de que los cofrades salgan con la cera blanca y buenos vestidos.

Se comisiona a Luis de Valdés para organizar la música de la fiesta.

Se acuerda que Gregorio de Usategui, Juan de la Barrera y Juan de León se reúnan con el procurador general para estudiar la petición de Colmenar Viejo y oír al cura que viene en representación de la mencionada villa.

Que Juan Fernández pida al Consejo de Hacienda prorrogue a la Villa el tiempo concedido para el encabezamiento por todo el mes de julio.

Que se llame a la Villa para tratar de si se le concede a Juan Fernández otro mes más.

Fol. 155 v.

63.—1601, junio, 18.

Asisten el Corregidor y los señores Herrera, Usategui, Enríquez, Mendoza, León, Prado, Diego de Barrionuevo, Laso, Jerónimo de Barrionuevo, González de Mendoza, Oviedo, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Vallejo, Urbina, Galarza y Martínez.

Don Iñigo de Mendoza y D. Jerónimo de Barrionuevo son nombrados comisarios de las sisas que han de hacerse del aceite, pescado, vino y tocino desde primero de julio hasta fin de diciembre.

Alonso Laso y Diego de Barrionuevo son nombrados comisarios de las obligaciones de velas y sal.

Se acuerda que Domingo Bravo, quien anticipa los 1.000 ducados librados en la sisa con licencia de Su Majestad para los gastos de la fiesta del Santísimo Sacramento, cobre dichos 1.000 ducados en el próximo mes de julio.

Que Gregorio de Usategui haga las diligencias necesarias para poner en claro el error cometido en la medida del trigo

de Aragón que corrió por cuenta de Juan de Riberos, vecino de Atienza.

Se comisiona a Pedro Fernández y Luis de Valdés para hacer entoldar las calles y aderezarlas convenientemente.

A Luis de Valdés, para concertar la música que ha de ir en la procesión del Santísimo.

Se acuerda que Luis de Valdés y Juan de Vallejo ordenen hacer un tablado en la parte más cómoda de la plaza de Santa María para ver los autos que han de representarse en ella el día del Corpus.

Que el mayordomo de Propios haga aderezar la iglesia de Santa María con las colgaduras de la Villa, y adornar con claveles y ramilletes la custodia del Santísimo Sacramento.

Habiéndose leído en este Ayuntamiento un título de Su Majestad y otros documentos referentes a la sustitución de Gregorio de Paz por Miguel Martínez en el cargo de regidor, y estando divididas las opiniones, se procede a votación, de la cual resulta que el Ayuntamiento decide se siga el parecer de los letrados de la Villa, y tras dar éstos su opinión sobre cómo ha de resolverse el pleito, complicado por las deudas contraídas por Gregorio de Paz, se someta el asunto al Consejo de Su Majestad.

Fol. 156 v.

64.—1601, junio, 20.

El licenciado Silva de Torres, Teniente de Corregidor, se reúne con los señores Mendoza, Prado, Pedro Fernández y León. Se acuerda que las andas y custodia del Santísimo, así como las colgaduras de la Villa y los blandones queden en la iglesia de Santa María por ocho días.

Se comisiona a Lorenzo de Prado «para lo de la niebe».

Que se entregue al alcalde Benavides la carta del Consejo que se ha recibido para él.

Fol. 157.

65.—1601, junio, 22.

Reunido el Corregidor con los señores Usategui, Mendoza, Mate, Prado, Hurtado, Oviedo, Luis de Valdés, Enriquez, Jerónimo de Barrionuevo y Martínez, se acuerda que para el lunes próximo se llame a la Villa para resolver lo que se ha de informar al Consejo sobre la obra de la ermita de San Roque y sobre el asunto del Real.

Se nombran apoderados para la compra de carnes en la feria de Segovia.

Se acuerda hacer diversas peticiones al Consejo de Su Majestad referentes a la labranza de terrenos comunes de la Villa que está mandado se destinen a pastos; mas no existiendo ganado que apacentar en ellos, se solicita permiso para aplicar los cereales que en ellos se produzcan al desempeño de la Villa de Madrid.

Se comisiona a Luis de Valdés para buscar doce toros para la fiesta de San Juan y aderezar la plaza, con el fin de que se corran el día 27.

Que se llame a la Villa para el próximo Ayuntamiento, con el fin de tratar de si se da prórroga por otro mes al señor Juan Fernández.

Fol. 157.

66.—1601, junio, 25.

Asisten el Corregidor con Herrera, Galarza, Usategui, Enriquez, Barrera, Urbina, León, Laso, Hurtado, Jerónimo de Barriónuevo, Oviedo, Luis de Valdés, Vallejo, Matute y Martínez.

Se acuerda librar los cuarenta ducados que costó la música que tocó en la fiesta del Santísimo Sacramento, conforme a la licencia de Su Majestad.

Que para hacer relación de las deudas que esta Villa tiene y de lo que a ella se le debe, se celebren dos juntas semanales, comisionándose a los señores Galarza, Usategui, Barrera y León para examinar las relaciones que presenten los contadores.

Se le prórroga por un mes más a D. Juan Fernández la estancia en Valladolid para continuar atendiendo a los negocios de la Villa, especialmente el referente al encabezamiento general.

Examinada la carta del Consejo dirigida al Corregidor, fechada en Valladolid a 23 de mayo, referente a la construcción de la ermita de San Roque, a la que esta Villa se obligó con un voto, se pone a discusión el asunto, y los regidores emiten su parecer sobre el emplazamiento de ella. Unos opinan que, habiéndose ya en el año 1599 discutido este problema, y habiéndose desechado los proyectos de colocar la imagen de San Roque en la iglesia y hospital de San Lázaro o en el albergue del camino de Nuestra Señora de Atocha, tras de lo cual se decidió edificar la ermita de San Roque «junto a la obrería desta Villa», sitio que ya entonces fué bendecido por un obispo y en el que se han comenzado a hacer los cimientos y a depositar materiales para la construcción, lo más oportuno será edifi-

car allí la ermita, prosiguiendo lo iniciado. En cambio, otros regidores alegan que, después del traslado de la Corte a Valladolid, aquel lugar está despoblado, a trasmano del comercio, desprovisto de calle y lleno de muladares, con lo cual nadie acudiría a la futura ermita ni daría limosna para sostener el culto, siendo además muy poco apropiado el recorrido que la procesión habría de seguir todos los años, en agosto, desde Santa María a la ermita, «por estar tan despoblado mucha parte del camino que ay de la una parte á la otra pues desde el ospital de la latina por la plaza de la çeuada adelante hasta el dicho sitio todo esta despoblado y de tan mal suelo de polbo y lodo quanto se saue y en que no podría aver adorno ni colgadura ni hazerse con la solegnidad y deçençia que se rrequiere». Por otra parte, bastarían 1.500 ducados para terminar las obras del albergue de Nuestra Señora de Atocha, destinado a recoger pobres, que se interrumpieron con el traslado de la Corte, y si allí se instalase la ermita de San Roque, a ella acudiría mucha gente, por ser lugar muy frecuentado por los fieles que acuden al monasterio de Nuestra Señora de Atocha; ello tendría además la ventaja de ser terreno propiedad del Ayuntamiento, el cual ha gastado ya en el dicho albergue 6.000 ducados, de los que de esta forma se sacaría provecho, y de poderse celebrar las procesiones desde Santa María por calle «tan derecha y tan grande y tan bien poblada, limpia y llana» como es la de Atocha. El Corregidor manda se saque traslado de todo lo expuesto, y unido al parecer del padre Alonso Escudero, de la Compañía de Jesús, y a la tasación hecha por Diego Sillero y Francisco de Graxal, maestros de obras, sobre lo que costaría acabar la obra comenzada en el albergue, se le envíe para que dictamine.

Fol. 158 v.

67.—1601, junio, 27.

Asisten con el Corregidor, Herrera, Usategui, Enríquez, Barrera, Mendoza, Hurtado, Oviedo, Valdés, Vallejo, Galarza, Diego de Barrionuevo, Prado y Jerónimo de Barrionuevo.

Los regidores Usategui y Enríquez son nombrados fieles ejecutores para el mes de julio.

Urbina y Vallejo son nombrados jueces.

Se comisiona al Corregidor y a los regidores Barrera y Luis de Valdés para repartir las ventanas de la Panadería, dándolas a quien les pareciere.

Se acuerda librar al Corregidor su sueldo correspondiente a los dos años transcurridos hasta el 23 de abril.

Que los comisarios hagan que el mayordomo de Propios lleve a las ventanas para la fiesta de los toros confitura y agua fría y aloja hasta la cuantía de cincuenta reales, y no más.

Fol. 158 v.

68.—1601, julio, 6.

Asisten el Corregidor y los regidores Galarza, Usategui, Enríquez, Urbina, Barrera, Mendoza, Matute, Prado, Diego de Barrio-nuevo, Oviedo, Hurtado, licenciado Valdés, Pedro Fernández, Vera, Vallejo y Herrera.

Don Luis de Vallejo, vecino de esta Villa, que presenta un título de Su Majestad nombrándole procurador del número de la Villa de Madrid, en lugar y por renuncia de D. Francisco de Ayala, es recibido en calidad de tal procurador.

Vista la mucha abundancia de perros y gatos muertos que hay en las calles de la Villa y el mal olor que de ello resulta, con perjuicio de la salud pública, se acuerda que durante diez días una persona con una bestia los vaya quitando y reciba siete reales por cada uno que quitare.

Se acuerda escribir a D. Juan de Sosa para que en nombre de la Villa pida se dé una prórroga de doscientos días más a don Juan Pacheco, juez de comisión que ejecuta la ejecutoria del Real de Manzanares.

Que «por lo mucho que ynporta questa villa se regocije», con-vendrá correr toros «para la fiesta de Santana por ser patrona desta Villa», como se ha hecho siempre. Barrera y Luis de Valdés son designados para comprar doce toros de los mejores y tratar con los vecinos de la plaza para que contribuyan con trescientos ducados y con ciento cincuenta más si hubiere también juego de cañas.

Fol. 159.

69.—1601, julio, 9.

Reunidos con el Corregidor Bracamonte los señores Mendoza, Herrera, Matute, Prado, Sosa, Oviedo, licenciado Valdés, Pedro Fernández de Alarcón, Luis de Valdés, Vera, Vallejo, Usategui, Enríquez, Urbina, Galarza y Hurtado, se acuerda llamar a la Villa para el miércoles para tratar sobre el salario que ha de darse a Juan

Fernández y a los señores Usategui y Antonio Díaz de Navarrete por la jornada de Aragón.

Que se escriba a D. Juan Fernández para que entregue las cartas en las que se comunica que el alcalde Benavente se ha excedido en su misión.

Que se le libren diez mil maravedís al alguacil mayor por el trabajo que tuvo en los toros de San Juan para desembarazar la plaza, mandar hacer los tablados, encerrar los toros y hacer cercar las calles, dándole al alguacil Ledesma lo que le corresponda.

Fol. 159.

70.—1601, julio, 11.

Se reúnen el Corregidor y los señores Mendoza, Matute, Hurtado, Prado, Vallejo, Pedro Fernández, licenciado Valdés, León, Martínez, Luis de Valdés, Usategui, Enríquez, Galarza, Herrera, Jerónimo de Barrionuevo, Oviedo, Urbina y Sosa, acordando que se libren a Mateo Díaz y a Diego Sillero los ocho mil seiscientos siete reales que en una provisión de Su Majestad se manda pagarles.

Se acuerda también hacer una nómina de los salarios que la Villa paga cada año, con indicación de la procedencia de los fondos.

Que Diego Sánchez Castellanos pague a doña María de Escobar, viuda del secretario Gaspar López, los seiscientos sesenta y nueve reales que, según el mandato del alcalde D. Francisco de Mena Barrionuevo, ha de entregarle esta Villa.

Se comisiona a Gregorio de Usategui para todo lo tocante a la fiesta de Santa Ana, y para averiguar si la Cofradía de esta advocación podrá ayudar a los gastos.

Fol. 159 v.

71.—1601, julio, 13.

Asisten el Corregidor Bracamonte y los regidores Herrera, Barrera, Mendoza, Matute, Oviedo, Pedro Fernández, Vallejo, Hurtado, Luis de Valdés, Galarza, Diego de Barrionuevo, Vera, Martínez, Urbina, Usategui, Enríquez, León, Sosa y Jerónimo de Barrionuevo.

Se acuerda que se libre al licenciado Matienzo lo que se le debe de su salario, y a Juan Yáñez, su tercio corrido.

Que el señor Juan Fernández, enviado por la Villa a Valladolid para tratar del asunto del encabezamiento general, pida se le prorrogue el plazo para dicho encabezamiento por todo el mes

de agosto, ya que, por estar ausentes dos diputados del Reino que han de hallarse en las juntas que sobre esto se hicieren, no es posible llevar adelante las diligencias. Asimismo se le da licencia para regresar a Madrid a informar al Ayuntamiento, y volverse luego a Valladolid, sin lo cual no se le librará su salario.

Se acuerda que Juan Fernández haga que en nombre de la Villa de Madrid «se pida en consejo comision para que el licenciado Joan Pacheco, juez executor questa executando la carta executoria contra el Rreal de Mançanares y sus vecinos haga pagar a esta Villa lo que le tocare de los rronpimientos que en todo el dicho Rreal se an hecho para pagar el servicio de los ocho millones porque aunque los rronpimientos se hizieron con çedula rreal en ella se dize que a los que tovieran comunidad con el dicho Rreal se les de la parte que les tocare y que la comision sea de la misma manera quel consejo la dio para lo que tocava a lo que se rronpio para este hefeto en el termino de la villa de Colmenar Viejo ques del dicho Rreal que se despachó en el concejo antel señor Çauala por el mes de hebrero o março deste año y se den las petiçiones neçesarias».

Se otorga poder a Fernando Méndez para que, con arreglo a la condenación hecha por el licenciado Juan Pacheco sobre la reducción a pasto común de terrenos de Colmenar Viejo, «haga con los questan condenados los conçierto neçesarios».

Oviedo y Luis de Valdés, comisarios del alholí, dan cuenta de que el trigo de éste que está en la Panadería tiene mucho gorgojo. Se acuerda que el Corregidor y los comisarios lo examinen con personas entendidas, y se trate el asunto en el próximo Ayuntamiento.

Se acuerda que desde mañana, día 14, se pese la libra de carnero con las asaduras y se cobre a veintisiete maravedís y uno de sisa, teniendo en cuenta que los comisarios de las carnicerías informan de que, si se sigue como hasta ahora, continuarán las pérdidas. En el próximo Ayuntamiento se tratará del precio de los menudos.

Fol. 160.

72.—1601, julio, 16.

Se reúnen con Bracamonte, Corregidor, los señores Herrera, Barrera, Mendoza, Matute, Prado, Laso, Hurtado, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Vallejo, León, Oviedo, Sosa, Usategui y Urbina.

Se acuerda escribir a Su Majestad, al duque de Lerma y a don Pedro Franqueça solicitando para D. Francisco de Herrera una merced de Su Majestad, por ser el regidor más antiguo de la Villa y estar ocupado en ella en asuntos de importancia.

Que la puerta que da de la casa del señor Corregidor a la sala del Ayuntamiento se cierre para siempre, sin que por ningún motivo se pueda volver a abrir, y que la Contaduría y Archivo vuelvan a instalarse como estaban en los aposentos que se le concedieron al Corregidor para vivienda.

Visto que la Cofradía de Santa Ana carece de medios para organizar las fiestas de su Patrona, el Ayuntamiento acuerda que a su cargo correrá la procesión, lo más solemne que fuera posible, gastando lo necesario para que las Ordenes asistan cada una con su cruz e incensario, como suelen, comprando la cera y lo demás que fuere menester, y si algo sobrare, se aplique a algunas danzas.

Se acuerda librar a Pedro Díaz, alguacil de la limpieza, el salario de medio año que se le debe.

Que del censo que han redimido doña Maria de Alcántara y don Damián de Torres, su marido, de los Propios de la manzana, que están cargados y empleados, se les dé carta de pago.

Preséntase una notaría de los reinos firmada de Su Majestad y refrendada por su secretario Luis de Salazar en favor de Juan Romero, fechada en Valladolid a 17 de junio del presente año.

Fol. 160 v.

73.—1601, julio, 18.

Asisten a la sesión el Corregidor y los señores Herrera, Mendoza, Matute, Diego de Barrionuevo, Galarza, Enríquez, Vera, Urbina, Pedro Fernández, Oviedo y Jerónimo de Barrionuevo.

Se acuerda que a los mercaderes tratantes y a Francisco de Rojas, su mayordomo, se les libren los censos que la Villa les paga de dos años corridos y cumplidos a fin del pasado diciembre.

Que a Pedro Díaz, alguacil de la limpieza, se le libre el medio año de salario acordado.

Que se escriban las cartas pedidas por Juan Fernández para el Consejo.

Se ve el traslado de una carta que el Consejo dirige al licenciado Benavente de Benavides, alcalde de la Casa y Corte de Su Majestad, comisionado en Madrid para las cosas tocantes a la Casa y servicio de la emperatriz. Esta carta va fechada en Valladolid a 12 de junio de 1601, y en ella se ordena al dicho licenciado que no se exceda de las atribuciones que le han sido conferidas, pues la Villa de Madrid se queja de que ha mandado abrir la cárcel de Corte; de que sus justicias y oficiales prenden a los vecinos de ella y los encierran en una cárcel particular, y en las rondas nocturnas entran en competencia

con la justicia ordinaria; de todo lo cual se siguen molestias para el vecindario. En consecuencia, se le recuerda la obligación de atenerse estrictamente a la comisión que le ha sido encargada, y se le ordena que cierre su cárcel particular, y que los presos que hubiere los entregue a la de Corte, con indicación de que no se les suelte sin orden suya.

Se acuerda que el traslado de esta carta se guarde en el Archivo, y que el original se lleve al alcalde Benavente.

Que los comisarios del Hospital General averigüen la renta que el Hospital de Santiago de los Caballeros tenía para hospitalizar a los pobres vergonzantes de las parroquias y para darles medicinas, y sepan en qué estado se encuentra el asunto.

Que se llame a la Villa para tratar del salario del señor Juan Fernández.

Fol. 161 v.

74 —1601, julio, 20.

Asisten con el Corregidor los regidores Herrera, Urbina, Mendoza, Matute, Prado, Diego de Barrionuevo, Vallejo, Barrera, Vera, Sosa, Luis de Valdés, licenciado Valdés, Usategui y Jerónimo de Barrionuevo, acordándose:

Que se paguen diez y siete reales que se gastaron en colgar y descolgar la iglesia de Santa María para la fiesta del Santísimo Sacramento.

Que el trigo guardado en las bóvedas de la Panadería, y que ha comenzado a tener gorgojo a causa de la humedad y de haberse mojado por las ventanas, se aparte inmediatamente, para que no se dañe el resto. Este será trasladado al alholí y dado a las personas que lo soliciten, para devolverlo en grano, hasta fin de mes.

Que se libren a Cristóbal Alvarez dos años que se le deben de su salario de procurador.

Fol. 161 v.

75.—1601, julio, 23.

Asisten el Corregidor y los regidores Mendoza, Sosa, Barriónuevo, Valdés, Vera, Vallejo, Usategui, Enriquez, Laso, Urbina, Pedro Fernández, Matute y Jerónimo de Barrionuevo.

Se aprueba la escritura en que Martín Barrio, vecino de Las Rozas, en nombre de los Concejos de Las Rozas y Majadahonda, se obliga a la guarda y conservación de la dehesa nueva de Quexigar y sus ensanches.

En lugar, y por renuncia del escribano del número Rodrigo de Vera, es nombrado Santiago Hernández, con las condiciones y fianzas acostumbradas.

Se acuerda que por cada día que Juan Fernández ha estado ocupado y se ocupe en el asunto del encabezamiento general y otros a los que atiende en Valladolid se le den tres ducados de salario, teniendo en cuenta la carestía de bastimentos y posadas en aquella ciudad.

Se acuerda que al señor Juan Fernández se le libren, además de los cien ducados que se le han librado, otros doscientos a cuenta de los gastos que ha hecho y ha de hacer en Valladolid.

Llamar al próximo Ayuntamiento para tratar del salario que se ha de dar a los señores Usategui y Navarrete por la jornada de Aragón.

Que se constituya otra cuadrilla de cuatro o cinco carros para la limpieza de las calles, comisionándose para ello a Juan Ruiz.

Se acuerda que se lleven en el repeso dos libros, uno para anotaciones referentes a los fieles ejecutores y otro para las denuncias.

Fol. 161 v.

76.—1601, julio, 30.

Asistentes: el Corregidor Bracamonte y los regidores Galarza, Urbina, Barrera, Matute, Juan Fernández, Diego de Barrionuevo, Laso, Jerónimo de Barrionuevo, Oviedo, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Vera, Vallejo, Usategui, Enríquez, Sosa, licenciado Valdés y Prado.

Se acuerda llamar a la Villa para el próximo Ayuntamiento para tratar del encabezamiento y arbitrios que convengan para «el desempeño de la Villa».

Se presentan por veedores de los sombrereros Diego Hernández y Felipe Alexandre, quienes juran y reciben la licencia.

Juan de la Barrera e Iñigo de Mendoza son nombrados fieles ejecutores para el mes de agosto.

Gregorio de Usategui y Francisco Enríquez, nombrados jueces para el mismo mes.

Que se mantenga el acuerdo tomado por la Villa en 24 de enero (vid. Rev. B. A. M., año XVIII, núm. 58, pág. 422, sesión núm. 10) referente al salario de los señores Usategui y Navarrete.

F. PÉREZ CASTRO.

BIBLIOGRAFIA MADRILEÑA

Por RAMÓN PAZ

Con la colaboración de ISIDORO MONTIEL

IV

Obras bibliográficas de carácter general. Publicaciones periódicas. Prensa y periodismo

- Fernández Pousa, Ramón.—*Catálogo de los diarios y revistas existentes en la Hemeroteca Nacional*. Madrid, Talleres Tip. López, 1949, 118 págs., 4.º Subsecretaría de Educación Popular. Hemeroteca Nacional.
- Fernández Pousa, Ramón.—*Índice de publicaciones diarias y periódicas españolas*. Madrid, Tip. P. López, 1949, 110 págs., 4.º Subsecretaría de Educación Popular. Hemeroteca Nacional.
- Fernández Pousa, Ramón.—*Publicaciones diarias y periódicas extranjeras que recibe la Hemeroteca Nacional*. Madrid, Imprenta E. M. E., 1950, 37 págs., 9 láms., 4.º Subsecretaría de Educación Popular. Hemeroteca Nacional.
- García Moreno, Melchor.—*Ensayo de bibliografía e iconografía del carlismo español*. Madrid, Gráf. González, 1950, 109 págs., 103 láminas, 4.º = F. M. RABYM, 1950, LVI, pág. 727.
- Hernández Sampelayo, Juan.—*El Cinife (Madrid, 1845)*. Madrid, Gráf. Menor, 1950, 142 págs., 4.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Miguel de Cervantes. Colección de Índices de Publicaciones Periódicas.
- Paz Remolar, Ramón.—*Revista Contemporánea (Madrid, 1875-1907)*. Madrid, Imp. Ed. Jura, 1950, XIII, 569 págs., 1 lám., 4.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Miguel de Cervantes. Colección de Índices de Publicaciones Periódicas, XIII.

Simón Díaz, José.—*Un «juicio» sobre la Prensa ilustrada madrileña del siglo XIX*. CL, 1949, V, núms. 13, 14 y 15, páginas 197-204.

Archivos

Ramos Ruiz, Carlos.—*Catálogo de la documentación referente a los Archivos, Bibliotecas y Museos Arqueológicos que se custodian en el Archivo del Ministerio de Educación Nacional*. Madrid, Imp. Góngora, 1950, 448 págs., 4.º Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

ARCHIVO DE VILLA

Gómez Iglesias, Agustín.—*Papeles sobre el servicio de «El chaplín de la reina» conservados en el Archivo de Villa*. REV BAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 339-392.

Pastor Mateos, Enrique.—*Catálogo de los fondos documentales del Archivo de Villa referentes a instituciones e instrumentos de crédito*. REV BAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 393-413.

Pérez Castro, Federico.—*Extracto de los «Libros de acuerdos» del Ayuntamiento de Madrid a partir del año 1601*. REV BAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 415-433.

ARCHIVO DE PROTOCOLOS

Vida, La ——— privada española en el protocolo notarial. Selección de documentos de los siglos XVI, XVII y XVIII del Archivo Notarial de Madrid, publicada con ocasión del II Congreso Internacional del Notariado latino. Con un estudio preliminar de D. Agustín G. de Amezúa y Mayo. Madrid, 1950, 443 págs., 4.º Ilustre Colegio Notarial de Madrid.

Bibliotecas

Alvarez de Linera, María Lourdes.—*Cambio internacional de la Biblioteca General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Fines y actividades de esta Sección*. BGCSIC, 1949, I, núm. 1-2, págs. 17-20.

- Ballesteros Gaibrois, Manuel.—*Un recuerdo curioso de la Biblioteca de San Isidro*. REV BAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 333-337.
- Catálogo abreviado de la Biblioteca del Ministerio de Educación Nacional*. Madrid, s. i., 1941-1949. Publ. en hojas sueltas intercalables, 4.º
- Catálogo de la Biblioteca Central Militar*. Madrid, I. G. España, 1949, págs. 356-426, págs. 97-226 y págs. 65-180, 4.º Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar. Boletín de la Biblioteca Central Militar, segunda época, num. 5.
- García Rives, Luis.—*Catálogo abreviado de la Biblioteca Circulante del Ministerio de Asuntos Exteriores*, refundido, aumentado y corregido por —, Miguel Santiago y Consuelo del Castillo Bravo. Madrid, Vda. de Galo Sáez, 301 págs., 4.º Ministerio de Asuntos Exteriores. Dirección General de Relaciones Culturales.
- Montañez Matilla, María.—*Crónica de la Biblioteca General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas*. Primer semestre de 1949. BGCSIC, 1949, I, págs. 27-32.
- Tortajada y Ferrándiz, Amadeo.—*Biblioteca General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su origen, naturaleza y organización*. BGCSIC, 1949, I, págs. 5-16. Plan. intercal.
- Tortajada y Ferrándiz, Amadeo.—*Las bibliotecas del Consejo. Coordinación de servicios. Objetivos de información bibliográfica y documental*. Madrid, 1950.
- Val, María Asunción del.—*Catálogo de materias de la Dirección General de Marruecos y Colonias. Biblioteca*. Madrid, Imp. de Suc. de Rivadeneyra, 1949, XI, 380 págs., 4.º

NACIONAL

- Catálogo-guía de la Exposición de Semana Santa. Temas de la Pasión. Estampas. Libros*. Redactado por la Sección de Bellas Artes. Madrid, J. G. Magerit, 1950, 34 págs., 4.º Biblioteca Nacional.
- Catálogo-guía de la Exposición de temas navideños. Estampas. Libros*. Redactado por la Sección de Bellas Artes. Madrid, Imprenta G. Magerit, 1949, 23 págs., 4.º Biblioteca Nacional.
- Lista de adquisición de libros extranjeros, 1947-1948. Biblioteca Nacional*. Madrid, Gráficas Prado, 1949, 182 págs., 4.º Patronato de la Biblioteca Nacional.

DEL PALACIO DE ORIENTE

- López Serrano, Matilde.—*Biblioteca de Palacio. Encuadernaciones*. Introducción y notas de—. Fotografías de Juan Pando. Madrid, Afrodisio Aguado, 1950, 181 págs., 79 láms., 8.º Colección Artes Decorativas de España, dirigida por Luis Feduchi, tomo II.—Francisco Esteve Botey. RByD, 1950, IV, págs. 354-356. —«G. Regino de Asaiza» (Arsenio de Izaga). RAByM, 1950, LVI, págs. 731-734.
- Subirá, José.—*Notas sobre la música en la Biblioteca del Palacio Real*. RABM, 1949, vol. LV, págs. 301-328.

Imprentas. Librerías. Artes del libro. Bibliofilia.**Ex libris**

- Bardón López, Luis.—*Librería para bibliófilos. Catálogo núm. 7*. Madrid, Artes Gráficas Argos, 1949, 169 págs., facsímiles, 4.º
- Barbazán, Julián.—*Catálogo de libros antiguos y modernos sobre teatro, música y danza*. Madrid, A. G. Arges, 1950, 63 págs., 4.º
- Barbazán, Julián.—*Catálogo de libros antiguos, raros y curiosos*. Número 25. Madrid, A. G. Arges, 1949, 87 págs., 4.º
- Barbazán, Julián.—*Catálogo de una selecta colección de obras sobre bio-bibliografía*. Núm. 26. Madrid, Barcelona, 1949, 81 págs., 4.º
- Catálogo de la Feria Nacional del Libro, 1949*. Madrid. Instituto Nacional del Libro Español. [Imp. González], 1949, XX, 232 páginas, 4.º
- Catálogo de la librería de Victoria Vindel*. Madrid, Imp. Góngora, 1950, 60 págs., 8.º
- García Rico.—*Botetín Bibliográfico de Libros nuevos y de ocasión*. Varia. Núm. 25, La Librería. Madrid, Imp. Góngora, 1949, 64 páginas, 4.º
- Guzmán, Antonio de.—*Libros antiguos y modernos, raros o curiosos. Catálogo núm. 25. Julio 1949*. Madrid, 1949, 96 págs., 4.º
- Guzmán, Antonio de.—*Libros antiguos, raros y curiosos. Catálogo núm. 26 (primera parte). Obras referentes a Africa, América, Asia y Oceanía, Agricultura y Bellas Artes*. Madrid, 1950, 55 páginas, 4.º

- López Serrano, Matilde.—*La encuadernación española en la época de Carlos IV*. AEArte, 1950, XXIII, núm. 90, 115-131, con 6 láminas y 14 figs.
- Molina, Gabriel.—*Boletín Bibliográfico, por orden de materias, de obras antiguas y modernas españolas y extranjeras*. Librería de los Bibliófilos Españoles. Madrid, 1949, 108 págs., 4.º Núm. 90.
- Molina, Gabriel.—*Catálogo de libros antiguos, raros y curiosos que pone en venta la librería de—*. Madrid, Imp. Góngora, 1949, 120 págs., 4.º Núm. 89.
- Pidal y Bernaldo de Quirós, Roque.—*Libros y papeles viejos*. Madrid, Librería Angelus, 1949, 16 págs., 4.º Año I, núm. 1. Quincenal.
- Pons, Marcial.—*Catálogo de Ciencias jurídicas, económicas y sociales. Octubre de 1949*. Madrid, Librería Marcial Pons, 1949, 11 hojas, 4.º
- Rodríguez, Estanislao.—*Catálogo de libros antiguos y modernos de venta en la librería de—*. Madrid, Imp. Suc. de J. Sánchez, 1949-1950, 54, 58, 62, 68 y 78 págs., 4.º Núms. 88-91.
- Vindel, Francisco.—*El Arte tipográfico en España durante el siglo XV. Zaragoza*. Madrid, Imp. Góngora, 1949, XXXVIII + 359 páginas, con grab., fol.

Geografía. Viajes. Guías. Turismo. Comunicaciones

- Bailly-Bailliére-Riera.—*Guía. Directorio de Madrid y su provincia (1950)*. Madrid, Edit. Bailly-Bailliére, 1950, 1.050 págs., 4.º
- Cortés, Javier.—*Guía ilustrada de la Real Armería de Madrid*. Madrid, Imp. Blass, 1950, 78 págs., 24 láms., 4.º Patrimonio Nacional. Tesoro artístico.
- Gaya Nuño, Juan Antonio.—*Guía artística de Madrid*. Madrid, 1950, 204 págs., 4.º
- Gaya Nuño, Juan Antonio.—*Madrid monumental*. Madrid, Editorial Plus Ultra, Imp. Aldus, 1949, 158 págs., grab., 4.º Colección Los Monumentos Cardinales de España, VI.
- Guía. Manual del forastero. Madrid en el bolsillo*. Madrid, Ed. Jorge Durán, Gráf. Excelsior, 1950, 33 págs., con grab., 8.º
- López Jiménez, José, «Bernardino de Pantorba» (seud).—*A guide of the Prado Museum*, translated into english by F. Puentedura. Madrid, Edit. Gran Capitán, Imp. E. Sánchez Leal, 1950, 270 páginas, 48 láms., 4.º

- Madrid, Gran* ——. —Boletín informativo de la Comisaría General para la Ordenación Urbana de Madrid y sus alrededores. Madrid, Gráfs. Orbe, 1950, 42, 44, 46, 42 y 42 págs., grabs., fol. Números 9-13.
- Miranda Podadera, Luis. —*Guides and Plans Madrid and Escorial trips to El Pardo, Alcalá, Aranjuez, La Granja, Avila and Segovia*. Tercera edición. Madrid, Hernando, Tip. Artística, 1949, 128 págs., con grabs., 8.º
- Niño Mas, Felipa. —*Guía ilustrada del Palacio Real de Madrid*, por — y Paulina Junquera. Madrid, 1950. Patrimonio Nacional.
- Palasi, Enrique. —*Guía turística ilustrada. Madrid... y cercanías*, por — y Alfonso Salaya. Madrid, Imp. San Sebastián, 1949, 397 págs., 4 láms., grabs., 4 planos, 8.º
- Palasi, Enrique. —*Guía artística ilustrada. Madrid. Avila. Toledo. Guadalajara*. Texto, dibujos, planos originales de — y Alfonso Salaya. Madrid, Gráf. San Sebastián, 1949, 397 págs., 30 láminas, 4 planos, grabs, 8.º
- Rivero, Casto María del. —*Madrid y su comarca. Esbozo geográfico histórico*. REV BAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 3-68.

Derecho. Sociología. Economía. Administración.

Demografía

- Fernández Bollo, Mariano. —*Datos geológicos obtenidos en un sondeo en Chamartín de la Rosa*. BRSEHN, 1950, XLVIII, páginas 26-27.
- García y García Miñón, Julián. —*Geografía y topografía médica del Real Sitio de Aranjuez*. Madrid, Imp. Cosano, 1949, 116 páginas, 4.º Real Academia de Medicina.
- Gavira, José. —*Las relaciones histórico-geográficas de Felipe II. (A propósito de una publicación reciente.)* EG, 1950, XI, núm. 40, págs. 551-557.
- Ibarrola, E. —*Granitos de España Central: I, Zarzalejo (Madrid)*, por — y J. M. Fuster. EGeol, 1950, VI, págs. 173-190, 1 lám.
- Matilla Tascón, A. —*Catálogo de la Colección de órdenes generales de rentas (Aportaciones para la historia de los tributos y del comercio españoles)*. Tomo I (Siglo xviii). Madrid, Imp. Sucesores de Peña Cruz, 1950, XIII + 727 págs., 4.º Servicios de Estudio de la Inspección General del Ministerio de Hacienda.

- Ramírez Yáñez, Manuel.—*Sucinta historia del Banco Hipotecario de España desde su fundación hasta fin del año 1947*. Madrid, Imp. Alonso, 1949, 107 págs., grabs., 4 láms., fol.
- Terán, Manuel. *Huertas y jardines de Aranjuez*. REV BAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 261-296, 1 gráf., 9 láms.
- Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España, hechas por iniciativa de Felipe II. Provincia de Madrid*. Edición de Carmelo Viñas y Ramón Paz. Madrid, Imp. Diana, 1949, XVII + 784 págs., 4.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Balmes, de Sociología. Instituto Juan Sebastián Elcano, de Geografía. = J. A. Pérez Rioja. RevABYM, 1950, LVI, págs. 723-724.

Enseñanza. Universidades. Colegios. Institutos. Escuelas

- Fraga Iribarne, Manuel.—*Una encuesta a los estudiantes universitarios de Madrid*, por—— y Joaquín Tena Artigas. RIS, 1949, VII, núm. 28, págs. 5-45.

Academias. Asambleas. Sociedades. Ateneos

- Abánades López, Claro.—*Apuntes para una historia del Colegio de Madrid con motivo del cincuentenario de su fundación*, con un prólogo de D. Angel González Palencia. Madrid, 1949, Estados Artes Gráf., 63 págs., 2 láms. Biblioteca del «Boletín del Consejo Nacional de Colegios Oficiales de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias». Núm. 1.
- Araujo Costa, Luis.—*Biografía del Ateneo de Madrid*. Madrid, Imprenta Samarán, 1949, 207 págs., 1 lám., 4.º = M. del R. Iturriaga. CL, 1949, VI, núms. 16-18, págs. 327-328.
- Azpiazu Zulaica, Joaquín.—*Las directrices sociales de la Iglesia católica*. Discurso. Madrid, 1950. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Ballesteros Alava, Pío.—*La Hacienda pública y las depresiones cíclicas*. Discurso. Madrid. Tip. Pablo López, 1950, 91 págs., 4.º Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Castán Cobeña.—*La equidad y sus tipos históricos en la cultura occidental europea*. Discurso. Madrid, 1950.

- Casso Romero, Ignacio de.—*El Derecho y su dinámica*. Discurso. Madrid, 1949. 92 págs., 4.º Academia de Ciencias Morales y Políticas. = G. del E., CD, 1950, CLXII, pág. 209.
- García de la Parra y Téllez, Benito.—*Bosquejo histórico de la armonía, y su importancia expresiva en la composición*. Discurso. Madrid, Imp. Juan Bravo, 1950, 45 págs., 4.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Historial del Club Atlético de Madrid. El ayer y hoy del Atlético de Madrid. Su nacimiento, vicisitudes y hechos históricos. Biografía completa de los años 1903 a 1949*. Madrid. Ediciones Deportivas, Gráficas Casado, 1950, 97 págs., grabs., 8.º
- Laguna Serrano, Ciríaco.—*La enfermedad de Hodgkin en la infancia*. Discurso. Madrid, Instituto de España, Estados Artes Gráficas, 1950, 84 págs., 4.º Real Academia de Medicina.
- Martínez Campos y Serrano, Carlos, duque de la Torre.—*Movilización de la palabra*. Discurso. Madrid, S. Aguirre, 1950, 57 páginas, 4.º Real Academia Española.
- Melcón, Ramón.—*Historial del Real Madrid C. de F., 1902-1950*, comentado por —. Prólogo de A. López González. Epílogo de «El Duende de Fiesta Alegre». Madrid, Ediciones Deportivas A. L. G., 1950, 112 págs., 4.º
- Olariaga, Luis.—*La orientación de la política social*. Discurso. Madrid, Suc. de Rivadeneyra, 1950. 69 págs., 4.º Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Reyes, Alfonso.—*Tertulia de Madrid*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949, 145 págs., 8.º Colección Austral, núm. 901.
- Sánchez Cantón, Francisco Javier.—*Don Antonio Francisco de Castro, poeta prerromántico (1746-1825)*. Discurso. Madrid, C. Bermejo, imp., 1949, 128 págs., 4.º Real Academia Española.

Real Academia de la Historia

- Castañeda, Vicente.—*El monetario de la Real Academia de la Historia en el siglo XVIII*. Madrid, Maestre, 1950.
- Rodríguez y Rodríguez Moñino, Antonio.—*Catálogo de los documentos de América existentes en la Academia de la Historia*. Badajoz, Imp. de la Excm. Diputación Provincial, 1949, 249 págs., 4.º
- Vega, Angel Custodio.—*La «España Sagrada» y los agustinos en la Real Academia de la Historia*. Discurso. El Escorial, Imprenta del Real Monasterio, 1950.

Exposiciones. Congresos

- Avance de una bibliografía oleícola*, por Eduardo Ponce de León, Antonio Sánchez y Ramón Paz. Madrid, Imprenta Veritas, 1950, 190 págs., 4.º XIII Congreso Internacional de Oleicultura.
- Centenario de Jaime Balmes, conmemorado por el Instituto de España*. Discursos de José Rogerio Sánchez, Juan Zaragüeta Bengoechea y Angel González Palencia. Madrid, Imp. Edit. Magisterio, 1949, 61 págs., 1 lám., 4.º Instituto de España.
- Cuesta Gutiérrez, Luisa.—*Exposición de libros y mapas sobre la independencia de América*. Organizada por el Instituto de Cultura Hispánica en colaboración con la Biblioteca Nacional de Madrid. Madrid, Ind. Gráf. Magerit, 1949, 160 págs., 4.º
- Esteve Botey, Francisco.—*Exposición de ex libris en la Escuela Nacional de Artes Gráficas*. RByD, 1950, III, págs. 353-355.
- Esteve Botey, Francisco.—*Exposición de obras con temas navideños en la Biblioteca Nacional*. RByD, 1950, III, págs. 359-363.
- Esteve Botey, Francisco.—*Libros y estampas en la Exposición de la caza en el arte y primer concurso de trofeos venatorios*. RByD, 1950, IV, págs. 373-374.
- Esteve Botey, Francisco.—*Primera Exposición de Semana Santa en la Biblioteca Nacional*. RByD, 1950, IV, págs. 375-379.
- Exposición de «La Casa en el Arte»*, por C. A. J., AE, 1950, XVII, págs. 73-77, 12 láms.
- Exposición de libros en lenguas indígenas*, patrocinada por la Dirección General de Relaciones Culturales, celebrada en las salas de la Biblioteca Nacional. Madrid, Edic. España Misionera, Gráficas A. Aguado, 1950, 16 págs., 4.º Consejo Superior de Misiones.
- Fixac, Miguel.—*Comentarios de fondo a la Exposición Nacional de Bellas Artes*. Arbor, 1950, XVI, núms. 55-56, págs. 537-538.
- José y Prades, Juana de.—*Una Exposición conmemorativa del Dos de Mayo*. RByD, 1950, IV, pág. 387.
- José y Prades, Juana de.—*Exposición de libros en lenguas indígenas*. RByD, 1950, IV, pág. 385.
- José y Prades, Juana de.—*Primer Congreso Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos*. RByD, 1950, IV, págs. 389-390.
- Morales Díaz, José.—*Segunda Exposición de Pintura y Dibujo de los alumnos de la Escuela Superior de Arquitectura*. AE, 1950, XVIII, págs. 32-34, 3 láms.

Sánchez Cantón, Francisco Javier.—*La Exposición de bocetos en la Sociedad de Amigos del Arte*.—AE, 1950, XVIII, págs. 1-2, 8 láms.

Tradiciones. Costumbres. Folklore. Fiestas y toros.

Deportes

García Ramos Vázquez, Antonio.—*La presentación del «Litri» en Madrid. Crónica publicada en el diario «Odiel», de Huelva, el día 19 de marzo de 1950*. Madrid, S. i., 1950, 8 págs., 8.º

Iniesta Corredor, Alfonso.—*Estampas de Madrid*, por — y L. Gonzalo Calavia. Ilustraciones de Jesús Bernal. Madrid, Gráf. Martínez, 1949, X, 195 págs., grabs., 4.º

Palomar, Luis.—*Tímitos madrileños*, Barcelona, Artes Gráficas Estilo, 1949, 30 págs. 4.º Colección Alas, núm. 50.

Vega, José.—*Vida y gloria de Pedro Romero*. Madrid, Edit. Beltrán, Imp. Arba, 1949, 215 págs., 13 láms., 4.º

Vera López, Alberto, «Areva» (seud).—*Reglamento oficial para la celebración de espectáculos taurinos y de cuanto se relaciona con los mismos*. Notas y comentarios de Areva. Tercera edición. Madrid, Librería Beltrán, 1949, 160 págs., grabs., 4.º

Historia religiosa. Monasterios y Conventos.

Parroquias. Santuarios

Fernández Martín, Fr. Juan.—*Apuntes y documentos para la historia del Carmen Calzado en Madrid*. Madrid, Tall. Gráf. Aldus, 1950, 184 págs., 5 láms., 4.º = M. Penedo Rey. Estudios, 1950, VI, núm. 18, págs. 566-567.

Fernández Martín, Fr. Juan.—*Primera fundación carmelitana en Madrid. Apuntes y documentos para la historia del Carmen Calzado en Madrid*. Madrid, Tall. Gráf. Aldus, 1950, 184 págs., 5 láms., 4.º

Fernández Salcedo, Luis.—*Estampas de San Isidro. Apuntes tomados de la vida del Santo madrileño para agricultores y devotos en general*. Madrid, Imp. Uguina, 1950, 215 págs., 4.º Ministerio de Agricultura. Servicio de Capacitación y Propaganda.

- Marcos, Venancio.—*Charlas de orientación religiosa ante el micrófono de Radio Madrid*. Madrid, Imp. Lazareno-Echániz, 1949, 32 págs., 4.º
- Staehlin, Carlos María.—*El padre Rubio. Vida del siervo de Dios R. P. José María Rubio Peralta, sacerdote de la Compañía de Jesús. 1864-1929*. Madrid, Apostolado de la Prensa, Imp. Bolaños y Aguilar, 1949, XXI, 431 págs., 19 láms., 4.º
- Valle, Florentino del.—*La corona de espinas de Madrid*. RF, 1949, núm. 613, págs. 99-124.

El Escorial

BIBLIOTECA Y MONASTERIO

- Arenillas, Anselmo.—*El cimborrio del monasterio del Escorial*. RNA, 1950, núm. 100, págs. 169-175, grabs.
- Cervera Vera, Luis.—*La Cachicanta del monasterio de San Lorenzo del Escorial*. AEArte, 1949, XXII, núm. 87, págs. 215-231.
- Cervera Vera, Luis.—*Juan de Herrera y el aposento de Felipe II en Torrelodones*. CD, 1949, CLXI, págs. 311-330.
- Conde, Carmen.—*Mi libro del Escorial. Meditaciones*. Valladolid, Edt. S. E. U., E. R. Cuesta, 1949, 183 págs., 8.º Colegio Mayor Universitario.
- López Serrano, Matilde.—*Las trazas de Herrera y sus seguidores para el monasterio del Escorial*. Madrid, Edit. Tecnos, 1950.
- Lorente Junquera, Manuel.—*La «Santa Margarita» del Tiziano en El Escorial*. AEArte, 1951, XXIV, núm. 93, págs. 67-72, 2 láms.
- Menéndez Boneta, Miguel.—*El espíritu de la fundación del monasterio de San Lorenzo el Real. Fábrica del Rey Don Felipe II. El amor al monasterio*. Burgos-Aldecoa, 1949, 48 págs., 4.º Asociación de Antiguos Alumnos del Real Colegio de Alfonso XII, de El Escorial.
- Rubio, Luciano.—*El monasterio del Escorial, sus arquitectos y artífices. Observaciones a algunos libros recientes*. CD, 1949, CLXI, págs. 157-215, figs.
- Rubio, Luciano.—*El monasterio del Escorial, sus arquitectos y artífices*. CD, 1950, CLXII, págs. 91-122, 527-555.
- Ruiz Pelayo, Samuel.—*Un día en El Escorial. Guía popular del Real Monasterio*. Nueva edición. Madrid, Bruno del Amo, Vda. de Gaio Sáez, 1949, 127 págs., 7 láms., 8.º

Gremios y Cofradías. Hermandades. Beneficencia

- Alvarez Sierra, J.—*La Medicina en Madrid antes de ser corte*. PM, 1949, núm. 78, págs. 42-43.
- Alvarez Sierra, J.—*La Medicina madrileña en el tiempo de los Austrias*. PM, 1949, núm. 77, págs. 28-30.
- Alvarez Sierra, J.—*La Medicina madrileña en el siglo de la decadencia*. PM, 1949, núm. 80, págs. 29-31.
- Alvarez Sierra, J.—*La Medicina madrileña al terminar el siglo XIX*. PM, 1949, núm. 74, págs. 27-32.

Historia local. Vida municipal, administrativa, etc.

- Alba Abad, José.—*Historia sintética de Madrid*. Prólogo de Eduardo Juliá Martínez. Madrid, Imp. Estades, 1949, 2 vols. XII + 311 páginas, 20 láms., y 374 págs., 10 láms., 4.º
- Bernia, Juan (seud.)—*Historia del palacio de Santa Cruz. 1629-1950*. Madrid, Blass, 1949, 226 págs., 30 láms., 4.º = M. Molina Campuzano, REVAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 435-438.
- Calendario meteoro-fenológico. 1949*. Madrid, Gráf. Huérfanos Ejercito del Aire, 1949, 164 págs., grabs. 1 cuadro pleg., 8.º
- Deleito Piñuela, José.—*Origen y apogeo del «género chico»*. Madrid, 1949, 272 páginas, 4.º
- Domínguez Ortiz, Antonio.—*Madrid, plaza de armas*. REVAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 123-140.
- Elogios al Palacio Real del Buen Retiro*. Escritos por algunos ingenios de España. Recogidos por D. Diego de Covarrubias y Leyva. Valencia. Tip. Moderna, 1949, 35 fols., 4.º
- Feduchi, Luis M.—*El Palacio Nacional*. Introducción y notas de—. Madrid, Afrosio Aguado, 1949. Dos vols., láms., 4.º Colección El Mueble en España, volúmenes I y II. = C. Bernis, AEArte, 1950, XXIII, núm. 90, pág. 167.
- Fernández Salcedo, Manuel.—*Estampas de San Isidro. Apuntes tomados de la vida del Santo madrileño, para agricultores y devotos en general*. Madrid, 1950, 215 págs., 4.º
- García Cortés, Mariano.—*Madrid y su fisonomía urbana*. Madrid, Art. Gráf. Municipales, 1950, XXVI + 280 págs., 4.º Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid. Sección de Cultura e Información. = J. G. M., REVL, 1950, IX, núm. 51, págs. 450-452.

- Gibert y Sánchez de la Vega, Rafael.—*El Concejo de Madrid. Su organización en los siglos XII a XV*. Madrid, Gráf. Martínez, 1949, 268 págs., 4.º Instituto de Estudios de Administración local. = L. A., REVL, 1950, IX, núm. 49, págs. 113-115.
- Gómez de la Serna, Gaspar.—*Libro de Madrid*. Prólogo de Ramón Gómez de la Serna. Madrid, Edit. Nacional, Imp. Vda. de Galo Sáez, 1949, 217 págs., grabs., 4.º
- González Palencia, Angel.—*El Conde de Moctezuma, corregidor de Madrid*. REVBAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 141-208.
- Herrero, Miguel.—*La iglesia del Carmen*. REVBAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 109-121.
- Lozano Rey, Luis.—*La mayoría de las setas de Madrid no son venenosas*. CMICP, 1949, núm. 83, págs. 696-697, grabs.
- Muñoz Pérez, José.—*Noticias del Madrid americanista*. EA, 1950, II, núm. 5, págs. 97-101.
- Ruiz Bazaga, Rosendo.—*La Puerta del Sol. Lo que fué, lo que es y lo que será. Romance ilustrado de su historia*. Con un prólogo de Antonio Velasco Zazo. Madrid, Imp. Alonso, 1950, 32 págs., grabados, 8.º
- Sainz de Robles, Federico Carlos.—*Madrid. Autobiografía*. La publica sin prólogo, sin notas ni comentarios——. Madrid, Editorial M. Aguilar, Imp. Rollán, 1949, 1.299 págs., 10 láms., grabs., 4.º
- Subirá, José.—*Historia y anecdotario del teatro Real*. Madrid, Editorial Plus Ultra, Imp. Aldus, 1949, 819 págs., grabs., 4.º
- Tormo, Elías.—*Las murallas del Madrid de la Reconquista*. = J. Estévez Ortega, VyV, 1949, VII, núm. 25, págs. 139-140.
- Varela Hervías, Eulogio.—*Un aspecto de la labor cultural del Ayuntamiento de Madrid*. Madrid, Art. Gráf. Municipales, 1949, 78 páginas, 12 láms., grabs., 4.º
- Velasco Zazo, Antonio.—*Panorama de Madrid. Postas y galerías*. Madrid, Victoriano Suárez, Imp. AF, 1950, 182 págs., 4.º

Historia por períodos

EDAD MODERNA

- Blanco Soler.—*La Duquesa de Alba y su tiempo*, por——, Piga Pascual y Pérez Petinto. Madrid, EPESA, Imp. Marisal, 1949, XI + 207 págs., 16 lám., fol.
- Garrido-Lestache, Juan.—*Un caso clínico en la servidumbre de Felipe IV*. CGCME, 1950, IX, núm. 41, págs. 29-34.

- Gil Ulecia, Antonio.—*La gloria de Alcalá y el nombre de Cisneros*. Ecc, 1949, 7 de mayo, núm. 408, págs. 14-15.
- González de Amezúa y Mayo, Agustín.—*Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)*. Estudio biográfico. Madrid, Graficas Ultra, 1949. Tomo I, XVI + 440 págs. Tomo II, 557 págs. Tomo III (apéndices), 655 págs., fol. Dirección General de Relaciones Culturales. = Miguel Lasso de la Vega, marqués del Saltillo, RevBAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 460-469.
- Hermida Balado, M.—*La Condesa de Lemos y la Corte de Felipe III*. Madrid, Paraninfo Librería, 1950, 235 págs., 4 láms., 4.º
- Hume, Martín.—*La Corte de Felipe IV*. Traducción directa del inglés por P. M. G. Barcelona, Edic. Mercedes, Tip. Catalana, 1949, VIII, 312 págs., 1 lám., 4.º
- López Oliván, Federico. *El Duque de Osuna, Embajador de Rusia*. Madrid, Imp. del Ministerio de Asuntos Exteriores, 1949.
- Madrid guarda un tesoro. Beata Mariana de Jesús, mercedaria (1565-1624). Notas de su vida*, por una religiosa del convento de Madres Mercedarias de Don Juan de Alarcón de Madrid. Madrid, 1950, 80 págs., 4.º
- Marañón, Gregorio.—*Una relación inédita de Antonio Pérez*. BRAH, 1949, CXXV, págs. 15-50.
- Miralles de Imperial, Claudio.—*El madrileño Santiago de Vera, sexto gobernador de las islas Filipinas*. RAByM, 1950, LVI, páginas 557-575.
- Nicandro, El.—*o defensa del Conde Duque de Olivares. 1643*. Prólogo de Agustín G. de Amezúa. Madrid, La Arcadia, 1950.
- Pérez Bustamante, Ciríaco.—*Felipe III. Semblanza de un monarca y perfiles de una privanza*. Discurso. Madrid, Imp. Estades, 1950, 115 págs., 8 láms., 4.º Real Academia de la Historia.
- Relaciones de los reinados de Carlos V y Felipe II*. Las publica la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Prólogo de Amalio Huarte. Madrid, Imp. Aldus, 1950. Tomo II, XV + 285 págs., 1 lám., 4.º
- Rico Avello, Carlos.—*Madrid en el siglo XVII. Algunos datos sobre higiene urbana*. Madrid, Gráficas González, 1949, 21 págs., 5 láminas, 4.º Revista de Sanidad e Higiene Pública.
- Salvá, Jaime.—*La fragata del Buen Retiro*. RevBAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 209-259.
- Soubirón, Sebastián.—*Felipe II*. Madrid, Editora Nacional, 1950.
- Vázquez Doderó, J. L.—*Isabel de Valois y la obra de Amezúa*. Arbor, 1950, XV, núm. 52, págs. 563-568.
- Walsh, William Thomas.—*Felipe II*. Traducción por Belén Marañón Moya. Tercera edición. Madrid, Espasa-Calpe, 1949, 809 págs., 4.º

EDAD CONTEMPORÁNEA

- Alvarez de Linera, Antonio.—*Escenarios madrileños de la vida de Godoy*. REV BAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 68-108.
- Baeza Valero, José.—*El Dos de Mayo*. Segunda edición. Barcelona, Ed. Araluce, Imp. Myria, 1950, 148 págs., 8 láms., 8.º
- Bullón de Mendoza, Alfonso.—*Bravo Murillo y su significación en la política española. Estudio histórico*. Madrid, Gráficas Valera, 1950, 426 págs., 4.º = Carmen Llorca Vilaplana, *Hisp*, 1950, X, núm. 39, págs. 398-399.
- Colección documental del Fraile*. Madrid, Ediciones Ares, 1947-1950. Cuatro vols. I: 1947, letras A, B y C, 253 págs. II: 1947, letras CH-K, 267 págs. III: 1949, letras L-Q, 215 págs. IV: 1950, letras R-Z, 212 págs., 4.º Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar. = Juan Antonio Tamayo. REV BAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 469-472.
- Escobar, Alfredo, marqués de Valdeiglesias.—*Setenta años de periodismo. Memorias, I y II*. Madrid, Biblioteca Nueva, Imp. Nebrija, 1949-50, 275 y 265 págs., láms., 4.º
- Eulalia de Borbón, Infanta de España.—*Cartas a Isabel II. 1893. Mi viaje a Cuba y Estados Unidos*. Prólogo de Angel Jiménez Ortiz. Barcelona, Editorial Juventud, Imp. R. Plana, 1949, 159 págs., 4 láms., 4.º
- Jiménez de Sandoval, Felipe.—*José Antonio. Biografía*. Segunda edición. Madrid, Ediciones Almena, Imp. Lazareno-Echániz, 1949, 876 págs., 10 láms., 4.º
- Pimentel Carbó, Julio.—*Un escaño en las Cortes españolas de 1812*. BCIH, VIII, núms. 18, 19 y 20, págs. 151-156.
- Rivas Santiago, Natalio.—*Miscelánea de episodios históricos. Páginas de mi archivo y apuntes para mis Memorias*. Quinta parte del «Anecdotario Histórico Contemporáneo». Madrid, Ed. Nacional, Imp. Valera, 1950, 226 págs., 21 láms., 4.º
- Rivas, Natalio.—*Narraciones históricas contemporáneas. Páginas de mi archivo y apuntes para mis Memorias*. Cuarta parte del «Anecdotario Histórico Contemporáneo». Madrid, Ed. Nacional, Imp. Valera, 1949, 272 págs., 19 láms., 4.º
- Rovira y Pita, Prudencio.—*Cartas son cartas. Varias fichas del archivo de Maura*. Prólogo del duque de Maura. Epílogo de Francisco Casares. Madrid, Espasa-Calpe, 1949, 278 págs., 4.º

Rubio Argüelles, Angeles.—*Un Ministro de Carlos III. Don José de Gálvez y Gallardo, Marqués de la Sonora, Ministro General de Indias*. Málaga, Tall. Gráficos de la Diputación, 1949, 198 págs., láminas, 4.º

Arte. Arqueología. Bellas Artes. Artistas. Numismática. Epigrafía. Musicología

Anglés, Higinio.—*Catálogo musical de la Biblioteca Nacional de Madrid. II: Impresos, Libros litúrgicos y teóricos musicales*, por — y José Subirá. Barcelona, Imp. Casa Provincial de Caridad, 1949, XVI + 292 págs., 3 láms., 4.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Español de Musicología. Catálogos de la música antigua conservada en España. II.

Barberán, Cecilio.—*Madrid visto por el pintor francés Pierre Francois*. RNE, X, núm. 97, págs. 50-55.

Cancionero musical de la Casa de Medinaceli. Siglo XVI. I: Polifonía profana. Volumen I. Transcripción y estudio por Miguel Querol Gavalda. Barcelona, Imp. Casa Provincial, 1949, 56 + 135 páginas, láms., fol. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Español de Musicología. Monumentos de la música española.

Cardona, María de.—*Mariano Fortuny y Madrazo*. AE, 1950, XVIII, págs. 35-37.

Caturla, María Luisa.—*Iglesias madrileñas desaparecidas. El retablo mayor de la antigua parroquia de Santa Cruz*. AE, 1950, XVIII, págs. 3-9.

Cervera Vera, Luis.—*Libros del arquitecto Juan Bautista de Toledo*. CD, 1950, CLXII, págs. 583-622.

Cervera Vera, Luis.—*Notas sobre la iglesia parroquial de Santa María la Mayor, en Colmenar de Oreja*. BSEE, 1949, LIII, páginas 113-168, 8 láms.

Contreras, Juan de, marqués de Lozoya.—*Dos Goyas inéditos de tema religioso*. AEArte, 1951, XXIV, núm. 93, págs. 5-10.

Escrivá de Romaní, Manuel.—*Evocación del arte español en la primera mitad del siglo XX. Homenaje a los artistas fallecidos durante ella*. Oración inaugural. Madrid, 1949, 89 págs., láminas, 4.º Instituto de España.

- Esteve Botey, Francisco.—*La Escuela Central de Bellas Artes de San Fernando. Apuntes de su historia y resumen de su plan de estudios y del reglamento de régimen interior*. Madrid, Imprenta Blass, 1950, 43 págs., 33 láms., 4.º
- Gallegos, Manuel de.—*Obras varias al Real Palacio del Buen Retiro*. Valencia, Tip. Moderna, 1949, 10 hojas + 32 fols., 4.º
- Gómez Moreno, Manuel.—*La joya del Ayuntamiento madrileño ahora descubierta*. AEArte, 1951, XXIV, núm. 93, págs. 1-4.
- Herranz de las Pozas, Agustín.—*Las pinturas negras y apocalípticas de Goya*. Bilbao, La Edit. Vizcaína, 1950, 471 págs., 14 láminas, grab., 4.º
- Iñiguez, Francisco.—*La formación de don Ventura Rodríguez*. AEArte, 1949, XXII, núm. 86, págs. 137-148.
- Lasso de la Vega, Miguel, marqués del Saltillo.—*La casa del arquitecto don Juan de Villanueva*. BRAH, 1949, CXXIV, págs. 228-234.
- López Otero, Modesto.—*Don Isidro González Velázquez (1765-1840)*. RNA, 1949, núm. 85, págs. 43-47.
- López Serrano, Matilde.—*Lámparas, relojes y porcelanas del Palacio Nacional*. Introducción y notas de—. Madrid, Afrodisio Aguado, 1950, 174 págs., 65 láms., 4.º Col. Artes Decorativas.
- Lorente, Manuel.—*Antonio López Aguado (1764-1831)*. RNA, 1949, núm. 86, págs. 94-96, grab.
- Manzano Monís, Manuel.—*Don Juan de Villanueva, arquitecto del Museo del Prado*. BIDGA, 1950, IV, núm. 13, págs. 20-21.
- Miguel, Carlos de.—*La vida y las obras del arquitecto Juan de Villanueva. Estudio biográfico-artístico*, por — y Fernando Chueca. Ampliado y corregido. Madrid, Gráf. Carlos Jaime, 1949, 456 págs., 157 grab., 4.º=M. Molina Campuzano. RevBAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 438-454.
- Ortega y Gasset, José.—*Papeles sobre Velázquez y Goya*. Madrid, Revista de Occidente, Imp. Vda. de Galo Sáez, 1950, 312 págs., 4.º
- Pardo Canalis, Enrique.—*El fusilamiento de Torrijos y sus compañeros. Ante el cuadro de Gisbert*. AE, 1950, XVIII, págs. 89-96.
- Pérez Bueno, Luis.—*De la Villa y Corte en los siglos XVII y XVIII. Varias estampas*. Madrid, Talls. Tips., 1950, 27 págs., 6 láms., 4.º Museo del Pueblo Español.
- Salas, Xavier de.—*Miscelánea Goyesca*. AEArte, 1950, XXIII, número 92, págs. 335-346, 4 láms.
- Sambricio, Valentín de.—*José del Castillo, pintor de tapices*. AEArte, 1950, XXIII, núm. 92, págs. 273-301, 16 láms.
- Sánchez Cantón, Francisco Javier.—*Los caprichos de Goya y sus dibujos preparatorios*. Barcelona, Instituto Amatler, 1949.

Subirá, José.—*El teatro del Real Palacio (1849-1851). Con un bosquejo preliminar sobre la música palatina desde Felipe V hasta Isabel II*. Madrid, C. Bermejo, 1950, 300 págs., 4.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Español de Musicología.

Museos. Colecciones

- Bermúdez de Castro, Luis.—*El catálogo del Museo del Ejército*. Ej, 1949, núm. 119, págs. 3-8, grab.
- Contreras, Juan, marqués de Lozoya.—*Inauguración del Museo Lázaro Galdiano*. AEArte, 1951, XXIV, núm. 93, págs. 88-91.
- Cook, Walter.—*José Lázaro. 1862-1947*. BSEE, 1949, LIII, páginas 227-232.
- Cortés, Javier.—*Guía ilustrada de la Armería de Madrid*. Madrid, Blass, 1950.
- López Jiménez, José, «Bernardino de Pantorba» (seud).—*Museos de Pintura en Madrid. Estudio histórico y crítico*. Madrid, Editorial Mayfe, Imp. Blass, 1950, 191 págs., 219 láms., fol.
- Montenegro Duque, A.—*Notas sobre un vaso con inscripciones existente en el Museo Cerralbo de Madrid*. BSEAA Valladolid, 1949, XV, núm. 50, págs. 241-242.
- Museos, Los*——— *Arqueológico y Valencia de Don Juan*. Introducción y notas de Luis M. Feduchi. Fotografías Juan Pando. Madrid, Afrodísio Aguado, 1950, 65 págs., 64 láms., 4.º Colección El Mueble en España.
- Museo, El nuevo*——— *Cerralbo*, por «Un amigo del Arte». AE, 1949, XVII, págs. 127-160, 16 láms., 54 figs.
- Rodríguez Rivas, Mariano.—*El Museo Romántico*. Introducción y notas de———. Prólogo de Luis M. Feduchi. Fotografías Juan Pando. Madrid, Afrodísio Aguado, 1950, 98 págs., 74 láms.
- Sanz Pastor, Consuelo.—*El Museo Cerralbo*. RABM, 1949, LV, páginas 565-574, 10 láms., 14 reproducciones.

Museo Arqueológico

- Alvarez Ossorio, Francisco.—*Catálogo de las medallas de los siglos XV y XVI conservadas en el Museo Arqueológico Nacional*. Madrid, 1950, XIII + 248 págs., 454 figs.
- Blanco Freijeiro, Antonio.—*Mosaicos romanos de circo y anfiteatro en el Museo Arqueológico Nacional*. AEArq, 1950, XXIII, número 79, págs. 127-142, 14 figs.

Museo del Prado

- Lafuente Ferrari, Enrique.—*Las primeras pinturas románicas en el Museo del Prado*. Clavileño, 1950, núm. 1, págs. 52-58.
- López Jiménez, José, «Bernardino de Pantorba» (seud).—*Guía del Museo del Prado. Estudio histórico y crítico*. Madrid, Ed. Gran Capitán, Imp. E. Sánchez Leal, 1950, 284 págs., grabs., 4.º
- López Jiménez, José, «Bernardino de Pantorba» (seud).—*Historia del Museo del Prado*. Esc, 1950, núm. 65, págs. 129-144.
- Lorente Junquera, Manuel.—*Sobre el bronce de Bernini en el Prado*. AEArte, 1949, XXII, núm. 88, págs. 281-285, 4 láms., 9 figs.
- Pompey, Francisco.—*El Prado. Guía gráfica y espiritual*. Tercera edición. Madrid, Afrodísio Aguado [1949], 191 págs., grabados, 1 plano, 4.º
- Sánchez Cantón, Francisco J.—*Museo del Prado. Catálogo de los cuadros*. Madrid, Imp. Blass, 1949, XVIII + 882 págs., 1 plano, 8.º
- Sánchez Cantón, Francisco Javier.—*El Museo del Prado. Cuadros, estatuas, dibujos y alhajas*. Selección precedida de notas históricas. Madrid, Edit. Peninsular, Imp. Aldus, 1949, 29 págs., 199 láms., 4.º
- Tormo, Elías.—*La sala de las Musas del Museo del Prado. La antesala «Griega», hoy oficialmente la «LVIII» (58.ª). Catálogo informativo de sus noventa y tres esculturas (incluidas las dos de cada uno de los tres ingresos)*. BSEE, 1949, LIII, págs. 5-112, 19 láms.

Literatura

LOPE DE VEGA

- Alonso, Dámaso.—*Lope despojado por Marino*. RFE, 1949, XXXIII, págs. 110-143 y 165-168.
- Alonso, Dámaso.—*Lope en vena de filósofo*. Clavileño, 1950, número 2, págs. 10-15.
- Alonso, Dámaso.—*Otras imitaciones de Lope por Marino*. RFE, 1949, XXXIII, págs. 399-408.
- Barberán, Cecilio.—*La casa de Lope de Vega en Madrid*. RNE, 1950, núm. 95, págs. 33-48.

- Campos, J.—*Lope de Vega y el descubrimiento colombino*. RdeInd, 1949, IX, págs. 731-754.
- Entrambasaguas, Joaquín de.—*Lope de Vega y Portugal*. RNE, 1950, núm. 95, págs. 7-11.
- Espino Gutiérrez, Gabriel.—*El clasicismo y el romanticismo en la obra de Lope de Vega*. BBMP, 1949, XXV, págs. 84-98.
- Herrero García, Miguel.—*La Nobleza española y su función política en el teatro de Lope de Vega*. Esc, 1949, núm. 58, págs. 509-547.
- Herrero García, Miguel.—*Más sobre la Nobleza española y su función política en el teatro de Lope*. Esc, 1949, núm. 61, páginas 13-60.
- Herrero García, Miguel.—*Más aún sobre la Nobleza en el teatro de Lope de Vega*. Esc, 1949, núm. 64, págs. 929-944.
- Ley, Charles David.—*Lope de Vega y la tragedia*. Clavileño, 1950, núm. 4, págs. 9-12.
- Menéndez Pelayo, Marcelino.—*Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*. Edición preparada por E. Sánchez Reyes. Santander, Aldus, 1949, 3 vols., 8.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo.
- Penedo, Manuel.—*El Ayuntamiento de Madrid y Lope de Vega*. RByD, 1950, IV, págs. 313-317.
- Valbuena Prat, Angel.—*En torno a dos temas de Lope*. Clavileño, 1950, núm. 4, págs. 26-28.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*Colección escogida de obras no dramáticas*, por D. Cayetano Rosell. Madrid, Atlas, 1950. Biblioteca de Autores Españoles, tomo XXXVIII.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*Comedias escogidas*, ordenadas por D. Juan Eugenio Hartzenbusch. II. Madrid, Edic. Atlas, 1950, 592 págs. 4.º Biblioteca de Autores Españoles, tomo XXXIV.

TIRSO DE MOLINA

- Azagra, Andrés M.—*Almazán en tiempos de Tirso de Molina*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 157-185.
- Castro Seoane, José, O. de M.—*La Merced de Santo Domingo, provincia adoptiva del maestro Tirso de Molina*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 699-721.
- Coe, Ada M.—*Un estudio sobre Tirso traducido por Millé*. Estudios, 1950, VI, núm. 16, págs. 130-150.

- Bushee, Alice Huntington.—*Un estudio sobre Tirso, traducido por Millé. (Public. por Ada M. Coe.)* Estudios, 1950, VI, págs. 119-150.
- Delgado Varela, José M., O. de M.—*Psicología y teología de la conversión en Tirso*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 341-381.
- Gabriel y Ramírez de Cartagena, Alejandro de.—*Alrededor de Tirso de Molina*. Madrid, Imp. A. Aguado, 1950, 146 págs., 4.º
- García Blanco, Manuel.—*Algunos elementos populares en el teatro de Tirso de Molina*. BRAE, 1949, XXIX, núm. 128, págs. 413-452.
- García Blanco, Manuel.—*Una curiosa utilización del Romancero en el teatro de Tirso de Molina*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 295-303.
- Gijón, Esmeralda.—*Concepto del honor y la mujer en Tirso de Molina*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 479-657.
- Gunckel, Hugo.—*Admiración de Tirso de Molina por Chile y los araucanos*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 199-205.
- Hesse, Everett W.—*Bibliografía general de Tirso de Molina*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 781-891.
- Hesse, Everett W.—*Bibliografía de Tirso de Molina. 1648-1948*. BHi, 1949, LI, págs. 317-333.
- Hesse, Everett W.—*Suplemento primero a la «Bibliografía general de Tirso de Molina»*. Estudios, 1951, VII, núm. 19, páginas 97-109.
- Kennedy, Rut Lee.—*Estudio sobre la dramática de Tirso de Molina. «La prudencia en la mujer» y el ambiente en que se escribió*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 223-295.
- López, Alfonso.—*La Sagrada Biblia en las obras de Tirso*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 381-414.
- López Estrada, Francisco.—*«La Arcadia» de Lope en la escena de Tirso*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 303-321.
- Macedo de Soares, José C.—*Tirso de Molina*. Estudios, 1949, V, números 13-15, págs. 671-699.
- Majos Framis, Ricardo.—*Interpretación y paráfrasis. «El condenado por desconfiado», de Tirso de Molina*. Esc, 1949, núm. 60, páginas 1063-1084.
- Ortúzar, Martín.—*«El condenado por desconfiado» depende teológicamente de Zumel. Nueva aclaración*. Estudios, 1949, V, números 13-15, págs. 321-341.
- Parker, J. H.—*Tirso de Molina, defensor de la comedia nueva*. Guatemala. Universidad de San Carlos, 1949, núm. 12.
- Penedo Rey, Manuel.—*Ampliación al trabajo del reverendo padre fray Miguel L. Ríos «Tirso no es bastardo»*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 14-18.

- Penedo Rey, Manuel.—*Aportaciones biográficas. Tirso de Molina en Toledo. Tirso de Molina en Sevilla. Tirso de Molina, desterrado en Cuenca. Tirso, comendador de Soria. Definidor provincial. Su muerte en Almazán*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 19-123.
- Penedo Rey, Manuel.—*Documentos para la biografía de Tirso de Molina*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 725-781.
- Pérez, Pedro N.—*Tirso de Molina, pasajero a Indias*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 185-199.
- Placer, Gumersindo.—*Estudios tirsianos. Nuevos datos acerca de fray Gabriel Téllez*. Estudios, 1950, VI, núm. 17, págs. 339-352.
- Placer, Gumersindo.—*Un nuevo retrato de Tirso de Molina*. Estudios, 1949, V, núm. 13-15, págs. 721-725.
- Placer, Gumersindo.—*Tirso en Galicia*. Estudios, 1949, V, números 13-15, págs. 415-478.
- Ríos, Miguel L.—*Tirso de Molina no es bastardo*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 1-14.
- Serratos, Ramón.—*El P. Maestro Gabriel Téllez como religioso*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 687-699.
- Téllez, Gabriel, «Tirso de Molina».—*Ensayos sobre la biografía y la obra del padre maestro fray —*, por Revista «Estudios». Madrid, Estudios, 1949, XIII + 931 págs, grabs., 4.º
- Wade, Gerard E.—*El escenario histórico y la fecha de «Amar por razón de Estado»*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 657-671.
- Wade, Gerard E.—*La nueva edición de Tirso de Molina en «Clásicos Castellanos»*. Estudios, 1950, VI, núm. 17, págs. 353-360.
- Wade, Gerard E.—*Tirso de Molina*. Estudios, 1949, V, núms. 13-15, págs. 205-223.
- Wade, Gerard E.—*Tirso de Molina*. HispW, 1949, XXXII, páginas 131-140.
- Zamora Lucas, Florentino.—*Evocación de Tirso en sus conventos de Soria y Almazán*. Madrid, Estudios, 1949, págs. 124-155, grabs., 4.º

CALDERÓN DE LA BARCA

- Calderón de la Barca, Pedro.—*El alcalde de Zalamea. La vida es sueño. El mágico prodigioso*. Madrid, Aguilar, 1950, 511 págs., 1 lám., 8.º
- Calderón de la Barca, Pedro.—*No hay más fortuna que Dios*. Edited with introduction and notes by Alexander A. Parker. Manchester, 1949, XL + 91 págs., 4.º

- Calderón de la Barca, Pedro.—*El Príncipe Constante*. Edición, estudio y notas por Pablo Pou Fernández. Zaragoza, Editorial Ebro, Imp. Heraldo, 1950, 129 págs., 1 lám., 4.º Biblioteca Clásica Ebro, núm. 78.
- Calderón de la Barca, Pedro.—*La vida es sueño. Auto sacramental*. Ilustrado con catorce originales de Francisco Domingo. Barcelona, Jara, SADAG, 1949, 139 págs., 15 láms., fol.
- Coe, Ada M.—*Unas colecciones de comedias sueltas de Pedro Calderón de la Barca comparadas con «Literatur, eine Bibliographischkritische Uebersicht» de Hermann Breymann (München, 1905)*. Estudios, 1951, VII, núm. 19, págs. 111-169.
- Frutos Cortés, Eugenio.—*Calderón de la Barca*. Barcelona, Labor, Tall. Ibero-Americanos, s. a. [1949], 265 págs., 1 lám., 8.º Colección Clásicos Labor, IX.
- González, Eugenio.—*Notas para un estudio de los autos sacramentales de Calderón de la Barca*. Studia, 1950, núm. 251, páginas 65-70.
- Sciacca, Michele Federico.—*Verdad y sueño de «La vida es sueño»*. Clavileño, 1950, marzo-abril, núm. 2, págs. 1-9.
- Valbuena Prat, Angel.—*Calderón y el Año Santo de 1650*. Clavileño, núm. 1, págs. 27-36.

QUEVEDO

- Alonso, Dámaso.—*La angustia de Quevedo*. Insula, 1950, diciembre, núm. 60, págs. 1-2.
- Fernández y González, Manuel.—*Amores y estocadas. Vida turbulenta de Don Francisco de Quevedo*. Madrid, Editorial Tesoro, Imp. Ruiz Alonso, 1950, 351 págs., 4.º
- Gómez de la Serna, Ramón.—*Quevedo, Madrid y América*. CH, 1950, núm. 15, págs. 511-522.
- Gómez de la Serna, Ramón.—*Quevedo y las mujeres*. Clavileño, 1950, mayo-junio, núm. 3, págs. 63-68.
- Gómez de la Serna, Ramón.—*Supremacía de Quevedo*. RNE, 1949, núm. 85, págs. 9-17.
- Lascaris Comneno, Constantino.—*Senequismo y agustinismo en Quevedo*. RdeF, 1950, IX, págs. 461-485.
- Lira, Oswaldo.—*Visión política de Quevedo*. Madrid, Imp. Espejo, s. a. [1949], 286 págs., 4.º Seminario de Problemas Hispanoamericanos. Cuadernos de Monografías, núm. 3.

- Pabón Núñez, Lucio.—*Quevedo, político de la oposición*. Bogotá, Editorial, 1949, 226 págs., 4.º
- Praag, J. A. van.—*Los «Protocolos de los Sabios de Sión» y la «Isla de los Monopantos» de Quevedo*. BHi, 1949, LI, págs. 169-173.
- Quevedo Villegas, Francisco de.—*Poesías*. Prólogo de Agustín Escasáns. Barcelona, Editorial Fama, Imp. Solivellas, s. a. [1949], 159 págs., 8.º
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Prosa festiva*. Edición, prólogo y notas de Alberto Sánchez. Madrid, Ediciones Castilla, 1949, 8.º = Enrique Segura Corvasi. CL, 1949, V, núms. 13, 14 y 15, páginas 310-311.
- Veres D'Ocón, Ernesto.—*La anáfora en la lírica de Quevedo*. BSCC, 1949, IV, págs. 289-305.
- Veres D'Ocón, Ernesto.—*Notas sobre la enumeración descriptiva en Quevedo*. Sait, 1949, VII, núms. 31-32, págs. 27-50.

Escritores madrileños

- Alonso Pueyo, Sabino.—*Existencialismo español: Ortega y Gasset, Unamuno y Xavier Zubiri*. Sait, 1949, VII, págs. 3-11.
- Alonso Pueyo, Sabino.—*Filósofos existencialistas: Ortega y Gasset, Unamuno, Xavier Zubiri*. Rev Educ, 1950, núm. 3, páginas 27-41.
- Araujo Costa, Luis.—*La figura de Víctor Espinós*. RNE, 1949, número 84, págs. 50-62.
- Arniches, Carlos.—*Teatro completo*. Tomo II. Madrid, Edit. Aguilar, 1949, 1.260 págs., 4.º Colección Joya.
- Arniches, Carlos.—*Teatro completo*. Tomo IV. Madrid, Edit. Aguilar, 1949, 1.100 págs., 4.º Colección Joya.
- Arniches, Carlos.—*El último mono o El chico de la tienda*. Sainete. Madrid, Arba, s. a. [1950], 82 págs., 4.º Biblioteca Teatral, año IV, núm. 119.
- Benavente, Jacinto.—*Abdicación. Divorcio de almas. Adoración*. Madrid, Aguilar, Suc. de Sánchez Ocaña, 1950, 229 págs., 4.º Colección Literaria.
- Benavente, Jacinto.—*La escuela de las princesas y Lecciones de buen amor*. Madrid, Diana, 1949, 23 págs., 4.º Revista literaria Novelas y Cuentos, núm. 967.
- Bleiberg, Germán.—*Presencia de Ortega*. Insula, 1949, enero, número 37, pág. 2.

- Bleiberg, Germán.—*Ortega y la interpretación histórica*. Insula, 1949, marzo, núm. 39, pág. 2.
- Calvo Sotelo, Joaquín.—*¡Viva lo imposible! o El contable de estrellas*. Comedia, por — y Miguel Mihura. Madrid, Gráfs. Cinema, 1951, 96 págs., 8.º
- Camón Aznar, José.—*Ortega y Gasset ante Velázquez*. CL, 1950, 15 junio, núm. 2, págs. 1-4.
- Canosa, Ramón.—*Don Juan Navarro Reverter. Ingeniero, literato, ministro (1842-1924). Bosquejo biográfico*. Madrid, Blass, 1950, 143 págs., lám., 4.º
- Canosa, Ramón.—*Pastor Díaz y sus conferencias en el Ateneo de Madrid sobre el socialismo*. Arbor, 1949, XIII, núm. 41, páginas 175-182.
- Cepeda Calzada, Pablo.—*Sombra en la aurora de la razón vital. Crítica de la filosofía de Ortega y Gasset*. Valladolid, 1949, 109 páginas.
- Claussen, Jan M.—*José Ortega y Gasset*. Oslo, 1950.
- Fernández de Moratín, Leandro.—*El sí de las niñas*. Londres, M. M. Couper, 1950. Col. Bell's Spanish Classics.
- Fernández de Moratín, Leandro.—*Teatro*. Segunda edición, corregida y aumentada. Prólogo y notas de F. Ruiz Morcuende. Madrid, Espasa-Calpe, 1949, LVII + 219 págs., 8.º Clásicos Castellanos.
- Figuroa Torres, Alvaro de, conde de Romanones.—*Obras completas*. Madrid, Edit. Plus Ultra, Imp. Aldus, 1949, 3 vols. 759, 789 y 529 págs., 1 lám., 4.º
- Figuroa Torres, Alvaro de, conde de Romanones.—*Observaciones y recuerdos*. Madrid, Espasa-Calpe, 1949, 172 págs., 8.º
- González de Amezúa, Agustín.—*Don Félix de Llanos y Torriglia*. BRAE, 1949, XXIX, núm. 126, págs. 7-13.
- Iriarte, Joaquín.—*Las líneas fundamentales de la filosofía de Ortega*.—RyF, 1949, CXXXIX, núm. 616, págs. 407-424.
- Iriarte, Joaquín.—*Ortega y la dimensión anglosajona de su pensamiento*.—RyF, 1949, CXXXIX, págs. 344-357.
- Iriarte, Joaquín.—*La ruta mental de Ortega. Crítica de su filosofía*. Madrid, Ed. Razón y Fe, 1949, 184 págs., 4.º = S. A. Turienzo, CD, 1950, CLXII, págs. 199-200.
- Iriarte, Joaquín.—*El valor jurídico y mental de los historismos orteguianos*. RyF, 1949, CXL, núms. 618-619.
- Larra, Mariano José de, «Figaro».—*Macías. Drama histórico*. Madrid, Diana, 1949, 24 págs., 4.º Revista literaria Novelas y Cuentos, núm. 955.

- Luca de Tena, Juan Ignacio.—*Luis Escobar. El vampiro de la calle de Claudio Coello. Farsa tragicómica*. Madrid, Prensa Española, 1949, 191 págs., 4.º
- Marías, Julián.—*Ortega y tres antípodas. Un ejemplo de intriga intelectual*. Buenos Aires, Rev. de Occidente Argentina, 1950.
- Martínez Olmedilla, Augusto.—*José Echegaray. El madrileño tres veces famoso. Su vida. Su obra. Su ambiente*. Madrid, Imprenta Sáez, 1949, 287 págs., 4.º
- Maura Gamazo, Gabriel, duque de Maura.—*Estatuas que vuelven a ser hombres. Rincones biográficos de la Historia*. Madrid, Ediciones Ambos Mundos, Talleres Gráficos Montaña, 1950, 370 páginas, 4.º
- Ortega y Gasset, José.—*De la aventura y Casa*. Madrid, Afrodisio Aguado, 1949, 223 págs., 8.º Colección Más Allá. = J. M. Granero. RyF, 1951, CXLIII, núm. 637, pág. 216.
- Ortega y Gasset, José.—*Castilla y sus castillos*. Madrid, Afrodisio Aguado, 1949, 160 págs., 8.º Colección Más Allá, núm. 46.
- Ortega y Gasset, José.—*El Espectador*. Madrid, Imp. Bolaños y Aguilar, 1950, 1.045 págs., 1 lám., 4.º Biblioteca Nueva.
- Ortega y Gasset, José.—*Goethe desde dentro y otros ensayos*. Prólogo conversación de Fernando Vela. Segunda edición española. Madrid, Revista de Occidente, Viuda de Galo Sáez, 1949, 210 págs., 1 lámina, 4.º
- Pastor Mateos, Enrique.—*Larra y Madrid*. REV BAM, 1949, XVIII, núm. 58, págs. 297-331.
- Peers, E. A.—*Sobre H. Ch. Berkowitz. Pérez Galdós. Spanish Liberal Crusader*. BSS, 1949, XXVI, págs. 70-71.
- Perdomo García, J.—*El pensamiento filosófico de J. Zaragüeta*. G Metaf, 1950, V, págs. 663-671.
- Pérez Galdós, Benito.—*Obras completas*. Tomo V. Segunda edición. Madrid, Aguilar, 1950, 2.000 págs., 1 lám., 4.º Obras Eternas.
- Pérez Galdós, Benito.—*Realidad. Drama*. Madrid, Diana, 1949, 23 págs., 4.º Revista literaria Novelas y Cuentos, núm. 949.
- Répide, Pedro de.—*Noche perdida. El solar de la bolera, Del Rastro a Maravillas, Un cuento de viejas, Novelas cortas*. Madrid. Editorial Renacimiento, s. a., 271 págs., 4.º
- Saavedra, Angel de, duque de Rivas.—*Romances*. I. Madrid, Espasa-Calpe, 1949, XVI + 279 págs., 4.º Clásicos Castellanos, número 9.
- Sáiz Barberá, Juan.—*El perspectivismo. Fundamento y origen de esta teoría orteguiana. Su sentido idealista*. RF, 1950, IX, número 34, págs. 74-87.

- Sáiz Barberá, Juan.—*Ortega y Gasset ante la crítica. El idealismo en «El Espectador», de Ortega y Gasset*. Primera edición. Madrid, Tall. Industria Gráfs. España, 1950, XVI + 275 págs., 4.º
- Sánchez Villaseñor, José.—*Ortega y Gasset existencialist. A critical study of his Thought and its Sources*. Hindale's. Regnery, 1949. *Selección y recuerdo de la Revista de Occidente*. Serie II. *Artículos filosóficos e históricos*. Madrid, Rev. de Occidente, Imp. España, 1950, 368 págs., 4.º
- Sopeña, Federico.—*Ortega y la música*. Escorial, 1949, núm. 57, págs. 343-350.
- Teatro, El — del mundo. Clima, personajes y escenarios según los editoriales, artículos, comentarios y crónicas de sus correspondientes publicados en A B C*. Prologados, coordinados y comentados por Grijalba. Epílogo de Andrés Revesz. Madrid, Imp. Prensa Española, s. a. [1949], 66 págs., 4.º
- Valera, José Luis.—*Semblanza isabelina de Enrique Gil*. CL, 1949, VI, núms. 16, 17 y 18, págs. 105-146.
- Vega, José.—*Don Ramón de la Cruz, el poeta de Madrid*. Madrid, Tall. Tip. Sistemas de Control, s. a., 171 págs., 4.º

ABREVIATURAS DE LAS REVISTAS CITADAS EN LA BIBLIOGRAFÍA

- | | |
|---|--|
| AE—Arte Español. Madrid. | BRAH—Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid. |
| AEArq—Archivo Español de Arqueología. Madrid. | BRSEHN—Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Madrid. |
| AEArte—Archivo Español de Arte. Madrid. | BSCC—Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura. Castellón. |
| Arbor—Arbor. Madrid. | BSEAAValladolid—Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. Valladolid. |
| BBMP—Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo. Santander. | BSEE—Boletín de la Sociedad Española de Excursiones. Madrid. |
| BGCSC—Biblioteca General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid. | BSS—Bulletin of Spanish Studies. Liverpool. |
| BHi—Bulletin Hispanique. Bordeaux. | |
| BRAE—Boletín de la Real Academia Española. Madrid. | |

- CD—La Ciudad de Dios. El Escorial.
- CGCME—Consejo General de los Colegios Médicos de España. Madrid.
- CL—Cuadernos de Literatura. Madrid.
- Clavileño—Clavileño. Madrid.
- CMICP—Calendario Mensual Ilustrado de Caza y Pesca. Madrid.
- EA—Estudios Americanos. Madrid.
- Ecc—Ecclesia. Madrid.
- EG—Estudios Geográficos. Madrid.
- Ej—Ejército. Madrid.
- Esc—Escorial. Madrid.
- Estudios—Estudios. Madrid.
- G Metaf—Giornale di Metafisica. Génova.
- Hisp—Hispania. Madrid.
- HispW—Hispania. Wáshington.
- Insula—Insula. Madrid.
- PM—Práctica Médica. Madrid.
- RAByM—Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.
- RBvD—Revista Bibliográfica y Documental. Madrid.
- RdeF—Revista de Filosofía. Madrid.
- RdeInd—Revista de Indias. Madrid.
- REvBAM—REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO. Ayuntamiento de Madrid.
- Rev Educ—Revista de Educación. La Plata.
- REVL—Revista de Estudios de la Vida Local. Madrid.
- RF—Revista de Filosofía. Madrid.
- RFE—Revista de Filología Española. Madrid.
- RIS—Revista Internacional de Sociología. Madrid.
- RNA—Revista Nacional de Arquitectura. Madrid.
- RNE—Revista Nacional de Educación. Madrid.
- RyF—Razón y Fe. Madrid.
- Sait—Saitabi. Valencia.
- Studia—Studia. Palma de Mallorca.
- VyV—Verdad y Vida. Madrid.

INFORMACION

Exposiciones en el Archivo y Hemeroteca Municipales

Durante los días 21, 22 y 23 de marzo de 1950 se celebró en Madrid el Primer Congreso Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos. El excelentísimo Ayuntamiento de la Villa ofreció una brillante recepción en honor de los congresistas. Entre éstos, además de los miembros del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos del Estado, se encontraban representantes de los de las Corporaciones públicas y entidades privadas, y varios archiveros municipales.

Los miembros del Cuerpo de Archiveros Bibliotecarios del Municipio madrileño tomaron parte activa en las sesiones, y ofrecieron a sus compañeros una cordial acogida.

Entre las diversas y brillantes Exposiciones celebradas con este motivo figuraron las de los Centros culturales del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, debidas a la iniciativa de su Comisión de Cultura.

El Archivo de Villa, que había sufrido durante varios años grandes obras de reforma, aprovechó la ocasión para dar a conocer no solamente la riqueza de sus salas nobles, sino también sus instalaciones técnicas, entre las cuales destacaban sus depósitos, provistos de magníficas estanterías metálicas; su cámara fuerte, perfectamente acondicionada, y los talleres de restauración y de revitalización de documentos. Aparte de esto, el Archivo montó una Exposición en una de sus salas, en las que figuraban antiguos pergaminos: el de fecha más remota, un privilegio de Alfonso VII, de 1147; el original del Fuero de Madrid, la bula de canonización de San Isidro, autógrafos de Calderón, Moratín y El Empecinado, el más antiguo sello de la Villa (del siglo xiv), etc. En lugar aparte, las publicaciones del Concejo, y en particular de su Archivo. Por último, una parte

considerable de la Exposición estaba formada por diversos trabajos realizados por el taller de restauración del Archivo, que llamaron poderosamente la atención. Es de destacar el profesor Gallo, jefe del Instituto de Patología del Libro, de Roma, que, invitado por el Congreso, había hecho una gran demostración de sus teorías y trabajos, y dedicó a esta Exposición una detenidísima visita y gratísimos elogios.

También la Hemeroteca Municipal, domiciliada en un edificio en el que se ha ido depurando poco a poco el ambiente estilístico, ofreció a sus visitantes instalaciones nuevas, entre las que destacó, por su importancia y complejidad, la de microfilm. La Exposición montada se refería a «La historia del periodismo en España a través de sus ejemplares más notables». La Hemeroteca Municipal, que, como ya es sabido, tiene entre sus fondos ejemplares rarísimos, a veces únicos, pudo ofrecer a sus visitantes una colección de riquísimas piezas de museo.

REVISTA
DE LA
BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO
TOMO XIX.—Año 1950

ÍNDICE GENERAL

Número LIX-LX

ARTICULOS:

- FRANCISCO IÑIGUEZ ALMECH.—*Juan de Herrera y las reformas en el Madrid de Felipe II*, pág. 3.
GREGORIO MARAÑÓN.—*La casa del Conde Duque*, pág. 109.
FERNANDO URGORRI CASADO.—*Ideas sobre el gobierno económico de España en el siglo XVII*, pág. 123.
ANTONIO SIERRA CORELLA.—*Los forjadores de la grandeza de Madrid*, pág. 231.
MIGUEL HERRERO.—*El conflicto del agua*, pág. 251.
ENRIQUE PASTOR MATEOS.—*Noticias sobre la organización profesional en Madrid durante la Edad Media*, pág. 261.
JUAN ANTONIO TAMAYO.—*Madrid en el teatro de Tirso de Molina*, página 291.
LUIS DE HOYOS.—*Origen y formación del tipo antropológico madrileño*, pág. 365.

DOCUMENTOS:

- Las epidemias de cólera en Madrid en el siglo XIX, reflejadas en autobiografías y memorias* (JOSÉ VALLEJO), pág. 377.
Catálogo de los fondos documentales del Archivo de Villa referentes a agrimensores (ENRIQUE PASTOR MATEOS), pág. 399.

Extracto de los «Libros de Acuerdos» del Ayuntamiento de Madrid a partir del año 1601 (FEDERICO PÉREZ CASTRO), pág. 417.

BIBLIOGRAFIA MADRILEÑA, por RAMÓN PAZ e ISIDORO MONTIEL, pág. 451.

INFORMACION:

Exposiciones en el Archivo y Hemeroteca Municipales, pág. 479.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

- HERRERO, MIGUEL.—*El conflicto del agua*, pág. 251.
- HOYOS, LUIS DE.—*Origen y formación del tipo antropológico madrileño*, pág. 365.
- IÑIGUEZ ALMECH, FRANCISCO.—*Juan de Herrera y las reformas en el Madrid de Felipe II*, pág. 3.
- MARAÑÓN, GREGORIO.—*La casa del Conde Duque*, pág. 109.
- PASTOR MATEOS, ENRIQUE.—*Noticias sobre la organización profesional durante la Edad Media*, pág. 261. *Catálogo de los fondos documentales del Archivo de Villa referentes a agrimensores*, pág. 399.
- PAZ, RAMÓN, y MONTIEL, ISIDORO.—*Bibliografía madrileña*, pág. 451.
- PÉREZ CASTRO, FEDERICO.—*Extracto de los «Libros de Acuerdos» del Ayuntamiento de Madrid a partir del año 1601*, pág. 417.
- SIERRA CORELLA, ANTONIO.—*Los forjadores de la grandeza de Madrid*, pág. 231.
- TAMAYO, JUAN ANTONIO.—*Madrid en el teatro de Tirso de Molina*, pág. 291.
- URGÓRRRI CASADO, FERNANDO.—*Ideas sobre el gobierno económico de España en el siglo XVII*, pág. 123.
- VALLEJO, JOSÉ.—*Las epidemias de cólera en Madrid en el siglo XIX, reflejadas en autobiografías y memorias*, pág. 377.

El presente trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación "El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid" financiado por el Ayuntamiento de Madrid.

El presente trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación "El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid" financiado por el Ayuntamiento de Madrid.

El presente trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación "El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid" financiado por el Ayuntamiento de Madrid.

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

Herrero, M. - El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid, pág. 101.

Hoyos, J. - El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid, pág. 102.

Induráin, J. - El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid, pág. 103.

Marín, J. - El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid, pág. 104.

Marín, J. - El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid, pág. 105.

Marín, J. - El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid, pág. 106.

Marín, J. - El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid, pág. 107.

Marín, J. - El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid, pág. 108.

Marín, J. - El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid, pág. 109.

Marín, J. - El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid, pág. 110.

Marín, J. - El patrimonio cultural de la ciudad de Madrid, pág. 111.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO DE VILLA

FUERO DE MADRID. Edición facsímil, hecha por Agustín Millares. Estudio preliminar de Galo Sánchez y glosario por Rafael Lapesa. (Agotada).

LIBRO DE ACUERDOS DEL CONCEJO MADRILEÑO. Edición de Agustín Millares y Jenaro Artiles. Tomo I, 1464-1485. (Agotada).

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE VILLA. Primera serie, tomos I-IV, 1152-1521. Edición de Timoteo Domingo Palacio. Precio: 40 pesetas.

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE VILLA. Segunda serie, tomos I y II, 1284-1406 y 1408-1440. Edición de Agustín Millares y Eulogio Varela. Precio: Tomo I, 25 pesetas; tomo II, 15 pesetas.

PUBLICACIONES DE LA SECCION DE CULTURA E INFORMACIÓN DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID

ESTADO ACTUAL DE LA ESCULTURA PÚBLICA EN MADRID. Edición del Conde de Casal. Precio: 15 pesetas.

NOTICIAS DE MADRID, 1621-1627. Edición de Angel González Palencia. Precio: 25 pesetas.

CARTAS DE PÉREZ GALDÓS A MESONERO ROMANOS. Edición de Eulogio Varela Hervías. Precio: 15 pesetas

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA

REVISTA DE FILOLOGIA ESPAÑOLA

Se publica en cuadernos trimestrales, formando cada año un tomo de unas 400 páginas.

Comprende estudios de lingüística y literatura, y da información bibliográfica de cuanto aparece en revistas y libros españoles y extranjeros referente a la filología española.

FUNDADOR:

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.

DIRECTOR:

DÁMASO ALONSO.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 35 pesetas año. Tirada aparte de la bibliografía, 3 pesetas año. Cuaderno suelto, 10 pesetas.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Medinaceli, 4. — MADRID
Ayuntamiento de Madrid

